

OESTE

CLIFFORD D. SIMAK



OESTE

CLIFFORD D. SIMAK



Traducción de
Danielus

28 de octubre del 2023

CONTENIDO

LOS «WESTERNS» DE SIMAK

The complete short fiction of Clifford D. Simak Volume Nine

Prólogo de David W. Wixon

COLTS EN CACTUS CITY

Cactus Colts

Lariat Story Magazine - Julio 1944

LA REFORMA DE HANGMAN GULCH

The Reformation of Hangman's Gulch

Big-Book Western Magazine - Diciembre 1944

¡LOS REBELDES DE GRAVESTONE CABALGAN DE NOCHE!

The Gravestone Rebels Ride by Night! (1944)

Big-Book Western Magazine - Octubre 1944

NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA

Trail City's Hot-Lead Crusaders

New Western Magazine - Septiembre 1944

EL MÉDICO LUCHADOR DE BUSHWHACK BASIN

The Fighting Doc of Bushwhack Basin

.44 Western Magazine - Noviembre 1944

EL ALAMBRE DE PÚAS ATRAE LAS BALAS

Barb Wire Brings Bullets

Ace-High Western Stories - Noviembre 1945

¡LOS BUENOS COLONOS SON LOS COLONOS MUERTOS!

Good Nesters are Dead Nesters!

.44 Western Magazine - Julio 1945 (Orig.1944)

¡EL EJÉRCITO DE LINCHADORES LLEGA A LA CIUDAD!

The Hangnoose Army Rides to Town!

Ace-High Western Stories – Septiembre 1945

LA SENDA DE LOS REBELDES DE LA CIUDAD DEL AHORCADO

Way for the Hangtown Rebel!

Ace-High Western Stories Mayo 1945

NO MÁS PIELES Y SEBO

No More Hides and Tallow

Lariat Story Magazine, Marzo 1946

EL BUHONERO DE GUNSMOKE VENDE UNA GUERRA

The Gunsmoke Drummer Sells a War

Ace-High Western Stories, Enero 1946

INTERLUDIO EN GUNSMOKE

Gunsmoke Interlude

10 Story Western Magazine, Octubre 1952

CUANDO LLEGA LA HORA DE LA “SOGA” EN EL INFIERNO

When it's Hangnoose Time in Hell

.44 Western Magazine, Abril 1946

EL ASESINO DEL HUMO

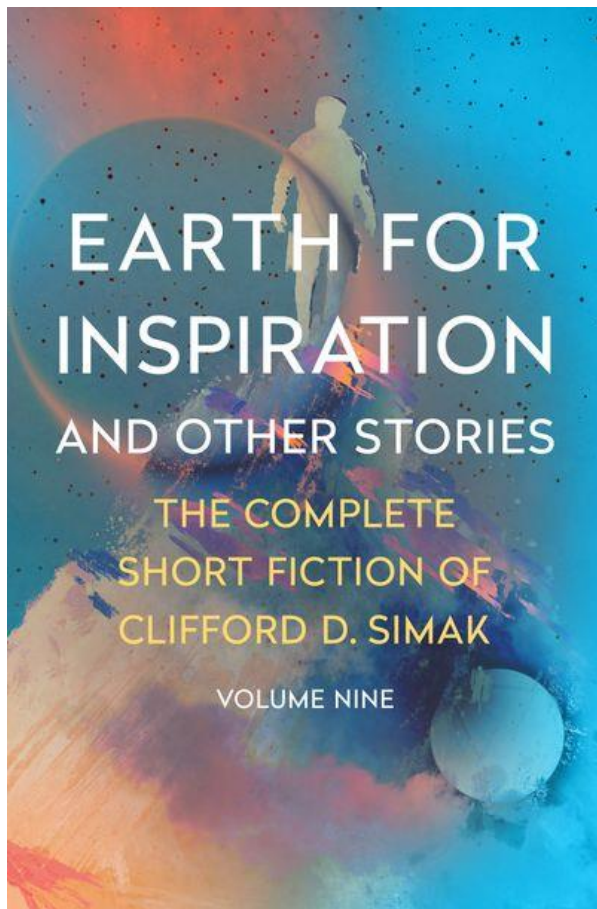
Smoke Killer

Lariat Story Magazine, Mayo 1944





LOS «WESTERNS» DE SIMAK



Prologo extraído de
*“The complete short fiction of Clifford D. Simak
Volume Nine”*
de David W. Wixon.

“Parker yacía, mirando fijamente a la oscuridad, escuchando cómo el viento se movía por el tejado y tropezaba con las tejas”.

Clifford D. Simak en *“The Hangnoose Army Rides to Town!”*
(El ejército Hangnoose llega a la ciudad).

Entre los muchos lectores de ciencia-ficción que se consideran admiradores de Clifford D. Simak, algunos se sorprenden al saber que escribió una serie de relatos que se publicaron en otros géneros, concretamente westerns e historias de combates aéreos de la Segunda Guerra Mundial. Esto se debe, en parte, a la larga carrera del autor. El último de esos relatos que no eran de ciencia ficción se publicó hace más de sesenta y tres años, y la carrera de Cliff continuó, limitada por decisión propia a la ciencia ficción, durante treinta y cuatro años después de la publicación del último western. (Es importante señalar que, mientras que en el tiempo transcurrido desde que se anunció esta serie de recopilaciones he visto varias expresiones de sorpresa acerca de los Westerns, nadie parece haber comentado nada acerca de las historias de la guerra aérea -pero bueno, son mucho menos interesantes, y mucho más cortas, que los Westerns; y por eso limitaré este ensayo a los Westerns).

Es cierto que, en cierta ocasión, Cliff Simak le dijo a un bibliógrafo que sólo había habido un momento en su carrera en el que había escrito “estrictamente por dinero”. El mercado de la ciencia ficción había estado lento, dijo, así que salió y compró un montón de Westerns. “Me pasé el fin de semana leyéndolos. El lunes por la mañana empecé a escribir”. (En este punto, me siento obligado a señalar que el comentario citado se refería en realidad más a escribir por dinero que a escribir historias del Oeste; el lector no debe interpretarlo como que Cliff nunca escribió Westerns hasta la época a la que se refería. De hecho, sus diarios muestran que escribió algunas historias del Oeste ya en los primeros años de su carrera).

En aquellos comentarios al bibliógrafo, Cliff hablaba del mercado de los Westerns tal y como lo encontró en aquella época: “Todos tenían a los vaqueros como héroes, y yo pensaba que había más gente en el Oeste que vaqueros e indios. Así que escribí sobre médicos, abogados y otras personas. ... Pero dejé de escribir westerns al cabo de un año. Tenía cosas que decir que no podían expresarse dentro de la fórmula del western”.

En realidad, Cliff no dejó de escribir Westerns al cabo de un año. Sus diarios dejan claro que estuvo vendiendo westerns durante al menos tres años. El mercado de las películas del Oeste parece haber experimentado un auge durante la Segunda Guerra Mundial (sospecho que al menos en parte debido a la necesidad de proporcionar entretenimiento a todos los hombres de las fuerzas armadas) y el dinero era bastante bueno. Pero hay que tener en cuenta que todo esto ocurrió más de treinta años antes de sus comentarios a su bibliógrafo, y parece claro que Cliff no disfrutaba especialmente haciéndolos, por lo que no sería de extrañar que los detalles se hubieran desdibujado en su mente.

Sin embargo, aún hoy no está claro cuántos westerns escribió Cliff. Sus diarios, que llevaba de forma esporádica, que se saltaba durante años o que perdió, parecen indicar que escribió veintiún westerns: tres a principios de los años treinta, al principio de su carrera, y el resto durante el periodo comprendido entre finales de 1943 y principios de 1947. (Parece que al menos un western de Simak “*Gunsmoke Interlude*” se publicó en 1952, pero no está claro cuándo fue realmente escrito o vendido a un editor).

Aparte de la falta de documentación completa en los diarios de Cliff, hay un segundo problema que impide la certeza en este asunto: la gran mayoría de los Westerns citados en los diarios de Cliff no se publicaron con los nombres que él les dio. Y aunque un par de los cambios de título que se hicieron pueden deducirse a partir de información como las similitudes de los elementos de la trama y las fechas de publicación, eso no funciona para la mayoría de las historias.



Los westerns de Clifford D. Simak

Para los inclinados a la bibliografía: El relato que aparece en algunas listas bajo el título “*Pilgrim Ramrod for Hell's Range*” no fue escrito por Cliff Simak. Su aparición inicial en una bibliografía de relatos de Simak fue el resultado de un error de un bibliógrafo.

“*Smoke Killer*”, el primero de los westerns de Simak que se publicó, apareció en *Lariat Story Magazine* en mayo de 1944. Sospecho que se trata del relato que Cliff tituló “Los asesinos no deberían fumar” cuando lo escribió en 1943. Es más corto que la

mayoría de sus Westerns.

“*Cactus Colts*” apareció en *Lariat Story Magazine* en julio de 1944. También es uno de los westerns más cortos de Simak.

“*Trail City's Hot-Lead Crusaders*”, que se publicó en *New Western Magazine* en septiembre de 1944, es probablemente la historia que Cliff envió bajo el título “*Gunsmoke Goes to Press*”.

“*Gravestone Rebels Ride by Night!*” se publicó en *Big-Book Western Magazine* en octubre de 1944.

“*The Fighting Doc of Bushwhack Basin*” se publicó por primera vez en el número de noviembre de 1944 de *.44 Western Magazine*. Cliff envió un relato titulado “*Powdersmoke Prescription*” a *Popular Publications* a finales de julio de ese año.

“*The Reformation of Hangman's Gulch*” apareció en el número de diciembre de 1944 de *Big-Book Western Magazine*. Sospecho que es la historia que Cliff tituló “*Owlhoot Heritage*”.

“*Way for the Hangtown Rebel!*” apareció originalmente en *Ace-High Western Stories* en mayo de 1945. Era la historia más larga del número y la única que aparecía en la portada.

“*Good Nesters Are Dead Nesters*” se publicó por primera vez en *.44 Western Magazine* en julio de 1945. Fue la historia más larga del número.

“*The Hangnose Army Rides to Town*” apareció originalmente en *Ace-High Western Stories*, en septiembre de 1945. Es el único de los Westerns de Cliff en el que aparece un agente de la ley como héroe, y sospecho que se trata de un relato que Cliff envió bajo el título “*Hang Your Guns on a Gallows Tree*”.

“*Barb Wire Brings Bullets!*” se publicó por primera vez en el número de noviembre de 1945 de *Ace-High Western Stories*. Es probable que sea la historia que Cliff vendió bajo el título “*Blood Buys Barb Wire*”.

“*The Gunsmoke Drummer Sells a War*” apareció originalmente en

el número de enero de 1946 de *Ace-High Western Stories*.

“*No More Hides and Tallow*” se publicó originalmente en el número de marzo de 1946 de *Lariat Story Magazine*. Permaneció bajo el título que le dio Cliff.

“*When it's Hangnoose Time in Hell*” se publicó por primera vez en el número de abril de 1946 de *.44 Western Magazine*.

“*Gunsmoke Interlude*” se publicó finalmente en el número de octubre de 1952 de la revista *Ten-Story Western Magazine*, pero sospecho que en realidad se trata del relato titulado “*Walk in the Middle of the Street*”, que se vendió en enero de 1946, pero nunca se publicó, que yo sepa, durante el resto de esa década.

Por último, señalaré que hay pruebas de que Cliff escribió al menos otros siete relatos del Oeste. Es probable que la mayoría nunca fueran aceptados por ningún editor, pero sigue siendo posible que algunos sí lo fueran. (Señalaré, como ejemplo, que el propio Cliff no parecía saber que se había publicado “*Gunsmoke Interlude*”. No tenía ningún ejemplar, ninguno de sus registros hace referencia a ese título y nunca se lo mencionó al bibliógrafo que le entrevistó). No he podido encontrar mucha información exhaustiva sobre las revistas de pulpa del Oeste, pero creo que al menos es posible que otros Westerns de Cliff se publicaran en otros lugares.

Las historias que siguen son títulos que creo que fueron Westerns de Simak, pero de los que no se conoce ninguna publicación: “*One-Shot Plays Rustler*” (1933), “*Gold Vengeance*” (1934). “*Some Cats and a Rocking Chair*” (1943), “*Powdersmoke Payoff in Purgatory Canyon*” (1944), “*Gringo Guns Spell Trouble*” (1944), “*Busted Banks Pay Off in Bullets*” (1944), y “*A Tramp Trumps a Tenderfoot*” (1945).

David W. Wixon

COLTS EN CACTUS CITY



Los diarios de Cliff Simak no mencionan un relato titulado «Cactus Colts». Sospecho que se trata del titulado «*Boothill Brothers Talk with Bullets*» («Los hermanos Boothill hablan con balas») —un título feo, pero ese tipo de cosas eran habituales en los *westerns pulp* de la época—. Pero no estoy muy seguro de esta conclusión debido a una discrepancia en las fechas. En cualquier caso, «Cactus Colts», que apareció por primera vez en el número de julio de 1944 de *Lariat Story Magazine*, es más corto que la mayoría de los westerns de Cliff, lo que supone que es una creación escueta y directa.

David W. Wixon



Cactus Colts
Lariat Story Magazine, Julio 1944

COLTS EN CACTUS CITY

Jeff Jones tropezó cuando una tabla suelta en los escalones frente al Silver Dollar se partió debajo de él. Gruñendo roncamente, alargó la mano y se sujetó a un poste del porche para salvarse de la caída. Enfurecido, arrancó el pie de la tabla rota y miró a su alrededor, esperando las carcajadas que recibirían su tropiezo.

No hubo risas. No había nadie que se riera. Esta calle de Ciudad Cactus se adormecía polvorienta en la silenciosa tarde. El aire era pesado como consecuencia del calor, y la luz del sol era algo que salía a raudales del crisol fundido del cielo, tan brillante que hacía daño a los ojos. El caballo de Jeff, el único ser vivo a la vista, permanecía con la cabeza gacha atado al poste frente al salón.

Más allá del pueblo se extendían las llanuras vítreas, bronceadas por la hierba quemada por el sol.

Jeff cruzó el estrecho porche y atravesó las puertas batientes. Por un momento se detuvo, parpadeando en la sombra que parecía casi oscuridad después de la calle bañada por el sol.

Un cantinero, con un saco de harina por delantal, fregaba con mal humor. Tres hombres estaban alineados junto a la barra. En una de las mesas dormía un borracho barbudo. Su maltrecho sombrero se le había caído de la cabeza y yacía inclinado sobre su ala.

Jeff se acercó a la barra y tiró un dólar. El camarero le tendió una botella y Jeff se sirvió un trago. El licor le atravesó la garganta, cortando el polvo. Su mejilla izquierda, la de la cicatriz, se crispó nerviosamente. Se sirvió otro trago.

Una voz salvaje gruñó detrás de él.

—¡Jones!

Jeff se dio la vuelta, con la mano en la pistola.

Uno de los hombres en el otro extremo de la barra se enderezó, dio un paso adelante y se paró con las piernas separadas. Sus palmas descansaban sobre las empuñaduras de los revólveres.

Con los ojos aún no adaptados debido al resplandor del sol, Jeff no podía ver la cara del otro. No era más que una mancha blancuzca. Pero no había duda del significado de las manos sobre las armas.

No había tiempo para pensar, ni espacio para preguntarse. La mente de Jeff se quedó en blanco con la repentina concentración, todo lo demás borrado excepto aquella figura de piernas arqueadas preparada para un doble desenfunde.

Un frío silencio se había apoderado de la habitación. Los dos hombres de la barra estaban rígidos. El borracho había despertado y se agarraba el sombrero.

Jeff sintió la respiración entrecortada en la garganta y deseó por un instante que la luz fuera mejor. Entonces las manos del otro hombre se movieron y sus pistolas salieron.

Con un rápido movimiento de muñeca, Jeff desenfundó su propia arma.

Dos ojos rojos centellearon por un momento casi directamente en la cara de Jeff, que sintió cómo su propia pistola pateaba contra su brazo y su boca escupía fuego. Detrás de él, los cristales estallaron y tintinearón como campanillas de plata.

La cara del manchón blanco se retorció de dolor repentino y las dos pistolas cayeron al suelo repiqueteando.

Jeff dirigió su arma hacia las silenciosas figuras de la barra.

—¿Alguien más? —preguntó, y su voz era tan quebradiza que apenas la reconocía como propia.

Uno de los hombres se agitó.

—No es nuestra pelea, forastero.

El hombre que estaba en el centro de la sala no había hecho ningún movimiento para recoger las armas caídas. Estaba

encorvado, como alguien con dolor de estómago, gimiendo suavemente, con la mano izquierda agarrándose la muñeca derecha.

El hombre que había hablado se apartó de la barra y avanzó lentamente.

—Soy Owen —dijo.

Jeff le apuntó con la pistola.

—Tu nombre —dijo—, no significa nada para mí.

Owen se detuvo en seco. Era un hombre grande, un oso de hombre, un oso elegante con un abrigo negro brillante y una corbata negra en la que brillaba un alfiler de gancho.

—Soy el dueño —dijo—. No puedo imaginar qué le pasó a Jim. Un minuto estaba allí hablando con nosotros. Al minuto siguiente ya estaba gritándote.

El herido se enderezó.

—Es Peaceful¹ Jones —gritó—. Lo reconocería en cualquier parte por esa cicatriz que tiene en la cara.

Jeff volvió a meter la pistola en su funda.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Sabes muy bien a qué me refiero —gritó Jim—. Allá en Texas...

—Cállate —dijo Owen—. Por derecho, deberías ser pasto de los buitres.

—Yo no mato a nadie que no esté armado —dijo Jeff.

—Tú, Buck, recoge las armas —dijo Owen—, y ponlas en la barra. Jim, será mejor que vayas al médico a que te cure esa muñeca.

El herido murmuró y se dirigió hacia la puerta, todavía sujetándose la muñeca, con los dedos manchados de rojo. Buck recogió las armas y sonrió a Jeff como un lobo.

—Así que tú eres Peaceful Jones —dijo Owen.

Jeff vaciló. Se llamaba Jones, de acuerdo, pero no era el Peaceful Jones. Al menos, nunca le habían llamado así en ningún sitio.

—Te estaba esperando —le dijo Owen. Miró a Jeff especulativamente—. Pensé que podríamos hablar de negocios.

—Estoy algo ocupado —declaró Jeff—. Busco a alguien.

¹ Peaceful: Pacífico, Tranquilo etc.

—Claro —dijo Owen—. Sé todo sobre eso. Ven a la parte de atrás y tómate una botella conmigo.

Extendió la mano y cogió la botella que el camarero le había tendido a Jeff.

Por un momento, Jeff dudó. Él no era el Peaceful Jones y tal vez se ahorraría un montón de problemas si se levantara y lo dijera. Pero había venido a Cactus City en busca de problemas y ahora que los había encontrado...

—Supongo que me sobra algo de tiempo —dijo lentamente.

Vio que el borracho se había vuelto a quedar dormido. El sombrero se le había vuelto a caer y yacía en el suelo.

La trastienda estaba vacía. Una botella vacía, algunos vasos y una baraja de cartas grasientas cubrían la mesa.

Jeff se sentó en una silla mientras Owen servía licor en dos vasos.

—Así que el banquero Slemp te contrató —le dijo Owen a Jim.

Jeff cogió un vaso y lo hizo girar entre las manos. Owen lo miró fijamente.

—Ya, muestra tus cartas —dijo Jeff—. Ponlas boca arriba.

—Estás haciendo que sea difícil tratar contigo —se quejó Owen.

—Yo —dijo Jeff—. Ya tengo trabajo.

—Con Slemp —dijo Owen.

Jeff asintió.

—En ese caso me la estás jugando —le dijo Owen sin rodeos.

—No sé nada de eso —dijo Jeff—. Slemp tiene un trabajo para mí. Eso es todo lo que sé al respecto.

Owen vació su vaso y lo golpeó contra la mesa.

—Probablemente piensa robarte todo tu dinero —declaró—. Igual que como ha engañado a todos los rancheros.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —preguntó Jeff.

Owen adelantó la silla y se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué pasaría si atracaran el banco y mataran a Slemp?

Jeff reprimió un resuello. Agachó la cabeza, mirando el vaso, con el cerebro acelerado. Tratando de descifrarlo, tratando de encontrar la respuesta.

—Slemp ya no se interpondrá en tu camino —dijo.

—Te das cuenta rápido —dijo Owen—. Rápido en el gatillo, rápido en el entendimiento. Así me gusta.

—Robar bancos —señaló Jeff—, a veces es francamente arriesgado.

Owen soltó una risotada. —Nosotros no lo haríamos así. Contigo dentro y nosotros fuera sería pan comido. Alguna noche cuando Slem্প estuviera trabajando en los libros. Y se culparía a la banda de Hills.

Volvió a reírse. —Nadie pensaría en nosotros.

Jeff inclinó el vaso, tragó el *whisky* y volvió a dejarlo sobre la mesa. Se levantó y se ciñó el cinturón.

—¿Habría algo para mí? —preguntó.

Owen soltó otra carcajada. —Mucho. No te preocupes. No me interesa el dinero. Sólo Slem্প.

—Ya te veré —dijo Jeff.

—Te estaremos vigilando —advirtió Owen.

—Sólo ten cuidado —dijo Jeff—, de no molestarme.

En la calle frente al Silver Dollar, Jeff se quedó un momento mirando hacia abajo. Un cartel decía RESTAURANTE. Otro decía SILLAS. El tercero decía BANCO.

El caballo seguía de pie con la cabeza colgando, moviéndose perezosamente. Un perro había salido de alguna parte y yacía acurrucado entre las sombras en la esquina de un edificio.

Jeff se dirigió calle abajo. Pequeñas bocanadas de polvo brotaban alrededor de sus botas. El perro lo observaba con ojos tristes y poco interesados.

El banco era una sola habitación, dividida por la mitad por un mostrador sobre el que había una reja de hierro negro que formaba una jaula. Había una ventana. Un hombre que escribía en un escritorio se levantó.

—¿Eres Slem্প? —preguntó Jeff.

El banquero asintió.

—Yo soy Jones —dijo Jeff.

Lo que parecía una sonrisa brilló bajo el bigote.

—Debe de haber llegado antes de tiempo, señor Jones. No le esperaba hasta dentro de un día o dos.

—Cuando viajo —dijo Jeff—, viajo.

—Le dejaré pasar, señor Jones —dijo Slempp.

—El nombre —dijo Jeff—, es Peaceful.

—Voy a cerrar —dijo Slempp—. Ya casi es hora de cerrar. No hay muchos negocios estos días.

Sacó una cadena del bolsillo, seleccionó una llave y se dirigió a la puerta principal.

Jeff oyó el chasquido de una cerradura y Slempp regresó, abriendo la puerta que daba a la parte trasera de la jaula.

—Toma una silla —sugirió.

Jeff enganchó una silla de debajo del escritorio con la punta de la bota y se sentó.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó.

Slempp hizo un gesto. —¿Esas armas? ¿Eres hábil con ellas?

—Podría decirse que sí —admitió Jeff.

—Puede que tengas ocasión de usarlas —declaró Slempp.

—¿Cuál es el problema, Slempp? ¿Algunos de los rancheros de la pradera?

—¿Qué quieres decir? —dijo Slempp.

Jeff sonrió. —Algunos banqueros no son muy populares. Son un poco particulares sobre las leyes de ejecución hipotecaria.

—Nunca he tenido ningún problema en ese sentido —declaró Slempp—. Todo lo que he hecho ha sido estrictamente legal. Las ejecuciones que he tenido que hacer sólo se han llevado a cabo para hacer valer el préstamo.

—Naturalmente —dijo Jeff.

—El hombre que tienes que vigilar —dijo Slempp, inclinándose más cerca, bajando la voz—, es un hombre llamado Owen. Es el dueño del Silver Dollar.

—Sí —dijo Jeff—, lo sé. Paré allí a tomar algo.

Slempp frunció el ceño. —No te habrás encontrado con Owen, ¿verdad?

—Él y yo —dijo Jeff—, tomamos un trago juntos.

—¿Sabía quién eras?

—Supongo que sí —admitió Jeff—. Un hombre² me reconoció. Vino a por mí. Dijo que lo había traicionado en Texas.

—¿Lo mataste?

—No, sólo lo maltraté un poco.

Slemp sacudió la cabeza.

—Eso no me gusta, Jones. Deberías haber venido directamente aquí.

La mano de Jeff salió disparada y agarró a Slemp por la parte delantera de la camisa, tirando de la tela con un giro despiadado, arrastrando al hombre hacia él.

—No empieces a decirme lo que debería haber hecho —gruñó—. No empieces a pensar que puedes tratarme como a un asalariado. Dime cuál es el plan y dímelo rápido. Déjate de rodeos y dímelo directamente.

—Es Owen —jadeó Slemp—. Empiezo a tenerle miedo. Está planeando algo. Tengo formas de averiguarlo.

—¿Espías?

La cara del banquero se torció.

—Sí, puedes llamarlos así. Hombres de la banda de Owen que me cuentan cosas que necesito saber. Les pago por ello.

—¿Por qué le temes a Owen? —dijo Jeff—. ¿Qué tiene contra ti? Slemp vaciló. Jeff lo sacudió bruscamente.

—Estuvimos juntos en algunos tratos —dijo Slemp, con los ojos blancos de miedo.

—¿Y lo traicionaste?

—No. No, Jones, no es eso. Entre los dos dirigimos este pueblo. Pero Owen no está satisfecho con eso. Lo quiere todo para él. Me temo que...

Jeff soltó la camisa.

—Tienes todo el derecho a temer —dijo.

El banquero extendió una mano hacia una silla y se sentó en ella con cuidado.

—Así que tengo que salvarte el pellejo —dijo Jeff—. ¿Qué

² En Español en el Original

quieres que haga? ¿Una simple y elegante vigilancia o echar a Owen y a su banda de la ciudad a tiros?

Slemp tragó saliva.

—Sólo vigilancia —dijo—. Sólo un mes o dos. Estoy preparando un plan para echar a Owen yo mismo. Un comité de vigilantes o una asociación de ley y orden o algo así.

Jeff escupió con disgusto.

—Puedes hacerlo, sin duda. Un ciudadano honrado como tú.

—Claro que puedo —dijo el banquero.

—¿Crees que todos esos rancheros a los que robaste te apoyarán?

Slemp se enfadó.

—Yo no robé a nadie, Jones. Todos los rancheros sabían que cuando obtuvieran el préstamo tendrían que pagar puntualmente. Se los dije antes de que recibieran el dinero. No es culpa mía que no pudieran hacerlo.

—Como quieras —dijo Jeff—. Empezaré a trabajar mañana.

—Ya has empezado —declaró Slemp—. A partir de ahora te quedas conmigo. Come conmigo. Duerme en mi casa. Quédate...

—No —insistió Jeff—. Mañana. Yo, me tomaré algo esta noche. Nunca bebo mientras estoy en el trabajo y mi garganta está polvorienta.

—No me gusta —protestó Slemp.

—Me importa un bledo si te gusta o no —dijo Jeff—. Saca esa llave tuya y déjame salir de aquí.

El sol se ponía en el sangriento poniente, arrojando sombras azules y cenicientas sobre la polvorienta calle. Un perro correteaba entre un par de edificios. Varios caballos estaban atados al poste frente al Silver Dollar. Un hombre gritó un saludo calle abajo.

Cactus City cobraba vida.

Jeff desató el caballo del poste y se dirigió calle abajo hacia la caballeriza.

No había nadie en el establo, pero Jeff hizo entrar al caballo, eligió un establo y lo desensilló. Cogió una medida de avena del cubo, la echó en el cajón y se puso a frotar a su montura.

Una sombra cruzó el establo y Jeff levantó la vista. Había un

hombre mirándole fijamente. Un hombre con la mano derecha vendada.

Jeff se enderezó y dejó caer el cepillo en la paja.

El hombre sonrió.

—No hace falta que cojas los hierros, forastero —dijo—. Cometí un error tonto. Supongo que fue esa cicatriz.

—No me diste ninguna oportunidad de corregirte —declaró Jeff—. No me quedaba más remedio que sacarlo humeando.

—Te pareces a Peaceful —dijo el hombre—. Pero no lo eres. Si lo hubieras sido, ya estaría muerto.

Extendió su mano izquierda buena.

—Sería un honor estrecharla —dijo.

Se dieron la mano.

—Me llamo Churchill —dijo el hombre—. Jim Churchill. Soy el dueño de este granero. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Todo —dijo Jeff—. Encontré la avena. Sólo hay una cosa que puedes hacer. Te agradecería que no dijeras que no soy Peaceful Jones. Por un tiempo, al menos.

—Como quieras —dijo Churchill.

—En realidad me llamo Jones —explicó Jeff—. Jeff Jones. Pero nunca he oído hablar de este tal Peaceful. Busco a mi hermano, Dan. Solía tener un rancho hacia el este.

—Dan Jones —dijo Churchill—. Sí, he oído hablar de él. Desapareció hace dos o tres meses. Slempp se hizo cargo de su rancho.

—Lo sé —le dijo Jeff—. Pasé por el lugar al llegar. Un tipo dijo que cuidaba el rancho para Slempp. Parece que Dan tenía una hipoteca.

—Por aquí hay muchos tipos que pierden sus tierras a manos de Slempp —dijo Churchill—. A veces es realmente extraño cómo ocurre. A algunos los matan, a otros les roban y otros simplemente desaparecen. Parece como si Slempp tuviera la suerte de su lado. Ninguna de esas tierras vale más que el dinero que se debe por ellas.

—¿Quiénes son los asesinos? —preguntó Jeff.

—Un grupo de jinetes en las colinas, supongo —dijo

Churchill—. Al menos, eso es lo que siempre pensamos. Les llaman la Banda de las Colinas. Tienen a los agentes de la ley de diez condados locos de atar.

El escenario estaba plagado de muertes súbitas. De eso no cabía duda.

Tal vez, se dijo Jeff, debería salir antes de que empezara el tiroteo. Después de todo, se había jugado el cuello deliberadamente sin pensarlo bien. Había aceptado la identidad de Peaceful Jones, había escuchado la despiadada propuesta de Owen de robar y asesinar, había ido a ver a Slempp fingiendo que era el hombre al que éste había mandado llamar.

Jeff sabía muy bien que se encontraría en medio cuando empezara el tiroteo.

Tanto Owen como Slempp, se dio cuenta, eran hombres despiadados. Owen planeaba acabar con Slempp, quien, con sus espías infiltrados, sabía que lo estaba planeando. Y ninguno de los dos, pensó Jeff, era de fiar ni siquiera por un instante.

Encorvado sobre su plato de jamón y huevos, Jeff miró por la ventana del restaurante hacia la calle suavizada por la noche. Unos cuantos hombres llegaban a caballo, probablemente en dirección al Silver Dollar.

Tuvimos algunos negocios juntos, había dicho Slempp al describir por qué temía a Owen. No era difícil imaginar qué clase de tratos podían haber sido... no era difícil entender por qué los hombres que debían dinero a Slempp eran asesinados o robados o simplemente desaparecían.

Dan había tenido el dinero para pagarle a Slempp. Jeff lo sabía, porque él mismo le había enviado parte de él, había planeado reunirse más tarde con Dan. Eso, recordó, era algo de lo que habían hablado durante años... el día en que pudieran poseer una parcela juntos.

Los dedos de Jeff se tensaron sobre el tenedor y éste tembló de tal manera que el trozo de jamón se cayó.

Lo más probable era que Dan estuviera muerto. Eso era algo que

tenía que afrontar. Un hecho que debía aceptar. En algún lugar, Dan Jones, su hermano, había sido abatido, probablemente en una emboscada, sin ninguna posibilidad de defenderse.

Jeff terminaba el jamón, limpiando la yema de huevo con los últimos trozos, y apuraba la taza de café.

Afuera había caído la noche y el cobre oscuro de la luz de las farolas había florecido a lo largo de la calle. Las estrellas eran una tenue y polvorienta deriva en la negra bóveda del cielo y un viento solitario tamborileaba sobre Cactus City con un sonido hueco.

Jeff avanzó calle arriba hacia el banco. Sabía que Slempp debía de estar trabajando, porque las dos ventanas brillaban con una luz anaranjada.

Frente al banco, Jeff empezó a cruzar la calle y luego retrocedió hacia las sombras de los edificios. Había alguien dentro con Slempp.

Jeff miró calle arriba y calle abajo. No había nadie cerca. Junto al Silver Dollar había unos cuantos caballos enganchados a la barandilla y un par de hombres descansaban frente a la caballeriza.

Jeff cruzó rápidamente la calle en dirección al banco. A través de la ventana pudo ver a Slempp y al otro hombre, de pie junto a la puerta trasera abierta, hablando juntos. Entonces el segundo hombre salió y Slempp cerró la puerta, echando el pesado cerrojo.

Pero Jeff había reconocido al otro hombre. Alto, ojeroso, lobuno, no podía haber error. El hombre era Buck... el que había estado en el Silver Dollar aquella tarde, el que había recogido las armas que Churchill dejó caer.

Jeff esperó diez minutos, apoyado contra el edificio, silbando sin hacer ruido. Luego golpeó la ventana y apretó la cara contra el cristal. Slempp levantó la vista de sus libros, se asomó por encima del mostrador enjaulado como un conejo asustado. Jeff volvió a golpear.

Lentamente, inseguro, Slempp salió de detrás de la jaula y se acercó a la ventana. Luego, al ver quién era, hizo un gesto hacia la puerta.

La puerta se abrió y Jeff entró.

Slempp se frotó las manos.

—Así que has decidido empezar el trabajo enseguida —dijo.

—Coge tu sombrero —dijo Jeff—. Te vienes conmigo.

—¿Mi sombrero?

—Claro, tu sombrero. Vamos a bajar al Silver Dollar.

Jeff se acercó y sacó el seis tiros de la funda del banquero.

—No la necesitarás —dijo. Pasó la mano por encima del abrigo de Slempp, asegurándose de que no llevaba ninguna pistola en bandolera.

El banquero intentó hablar, pero las palabras se le secaron en la boca y sólo balbuceó. Jeff alargó la mano, cogió el sombrero de Slempp del clavo que había junto a la puerta y se lo puso en la cabeza.

—Pero el Silver Dollar —gritó Slempp—. Owen...

—Eso es justo lo que pensaba —dijo Jeff—. Owen y tú querrán hablar un poco.

Le hundió la boca del revólver en el estómago al banquero e hizo un gesto hacia la puerta.

—Fuera —dijo—. Camina delante de mí. Ni muy rápido, ni muy lento. Tan natural como puedas. Si intentas escapar te llenaré de agujeros.

—No puedes hacer esto —farfulló el banquero—. Te contraté para que me protegieras. Yo soy el que...

—Contrataste a Peaceful Jones para protegerte —respondió Jeff — y aún no ha llegado. Yo soy otro Jones, no soy pariente suyo.

—¡Tú no eres Peaceful Jones!

—No, soy Jeff Jones. Tenía un hermano que se llamaba Dan. Tal vez te acuerdes de él. Tenía una hipoteca contigo.

—Pero escucha, Jones, todo lo que hice...

—Sí, lo sé. Tú no hiciste nada excepto ejecutar todo lo legal. Él no se presentó con el dinero, por lo que tomaste su tierra. Vamos a averiguar lo que Owen sabe al respecto.

—Te arrepentirás de esto —dijo Slempp furioso—. Te estás pasando de la raya.

—Puede que sí —admitió Jeff—. Lo averiguaremos.

Empujó el vientre de Slempp con el cañón de la pistola.

—Sal por la puerta y recuerda lo que te dije.

Slemp salió por la puerta y Jeff lo siguió.

Desde el Silver Dollar llegaba el sonido de las voces, el tintineo de los vasos en la barra, la música tintineante de un piano de sonido latoso.

Jeff sonrió sombríamente. Esta era la recompensa. Si fallaba, si no funcionaba, se jugaría el cuello y no tendría tiempo de recuperarlo.

Slemp se adelantó, sin mirar a izquierda ni derecha, con los hombros encorvados como si en cualquier momento esperara el impacto de una bala. Al llegar a los escalones de la taberna, giró y subió al porche. Jeff le siguió.

Tropezó con la tabla rota.

En la oscuridad, al otro lado del porche, un revólver de seis tiros empezó a disparar y llamas rojas brotaron con furia. Jeff se puso de rodillas, con las manos extendidas, la bala pasó sobre su cabeza con un violento zumbido. El revólver volvió a rugir y unas astillas blancas saltaron del suelo del porche justo delante de él.

Violentamente, Jeff desenfundó su pistola y disparó hacia el lugar de donde procedían los disparos. El Colt oculto volvió a rugir mientras alguien corría calle abajo.

Girándose, Jeff alineó la mira entre los postes de la barandilla del porche y disparó. El que corría se tambaleó como un borracho y cayó de rodillas ante la luz de las lámparas que salía del local.

Los caballos resoplaban, se encabritaban y se sacudían las ataduras. Las puertas batientes del Silver Dollar se abrieron de golpe bajo el impacto de los hombres que avanzaban a toda prisa. El piano se detuvo bruscamente.

Jeff arrancó el pie del escalón roto, el escalón que se había roto debajo de él aquella tarde. Un escalón roto, lo sabía, que probablemente le había salvado la vida. De no haber tropezado, la bala del asesino le habría alcanzado.

El hombre arrodillado frente al restaurante estaba apuntando con su arma. El arma bramó y la bala atravesó las costillas de Jeff con un golpe que le entumeció el costado.

Detrás de Jeff sonó un disparo de revólver y el hombre arrodillado se desplomó, con los brazos extendidos y el cuerpo doblado en un ángulo extraño.

Jeff se dio la vuelta, agarró el brazo que sostenía el arma humeante y giró con fuerza. El arma cayó.

—Alguien me ha quitado el arma —gritó una voz—. Me la arrebató. Espera a que le ponga mis manos...

—Está en el suelo —dijo Jeff secamente—. Recógela.

Se dirigió al hombre que tenía sujeto.

—Fue muy amable de su parte salvarme la vida.

Slemp trató de zafarse de su agarre, su rostro se retorció en una mueca de horror.

—Tú lo preparaste todo —continuó Jeff—. Le dijiste que esperara para emboscarme. Debería haberlo adivinado cuando los vi juntos. Él es uno de tus informantes. Te asustaste y decidiste deshacerte de mí.

Slemp intentó hablar, pero Jeff le gruñó.

—¡Cállate!

Tres hombres regresaron al restaurante, cargando el cuerpo inerte.

—Es Buck —dijo uno de ellos—. Está más muerto que el clavo de una puerta.

Lo dejaron en el porche y alguien trajo una manta para cubrirlo.

Jeff levantó la vista y vio a Owen de pie en el porche, mirándoles a él y a Slemp.

—Veo —dijo Owen—, que te estás tomando muy en serio tu nuevo trabajo.

—Eso pretendo —le dijo Jeff. Señaló con la cabeza el cuerpo cubierto por la manta—. Uno de tus hombres, ¿no?

Owen negó con la cabeza.

—Debe haber algo mal, Jones. Buck nunca te habría atacado.

—Pero lo hizo.

—Y —dijo Owen, despectivamente—, recibió lo que se merecía.

Owen se dio la vuelta y se dirigió a las puertas.

—Invita la casa —dijo.

Los hombres entraron en tropel y se alinearon junto a la barra.

—En marcha —le dijo Jeff a Slempp.

Juntos subieron los escalones y atravesaron las puertas, deteniéndose justo dentro de ellas.

Todos los demás estaban en la barra... excepto un hombre. El borracho seguía durmiendo en la mesa, con el sombrero todavía inclinado sobre el ala. Roncaba y el ronquido hacía que sus bigotes se agitaran como si soplara viento.

—Owen —dijo Jeff, y su voz, afilada como el acero, cortó las voces de la barra, llamó la atención de todos los hombres, e impuso silencio en el lugar.

Durante un largo minuto el silencio se mantuvo, entonces Owen salió de la fila.

—Sí, Jones, ¿qué pasa?

Jeff le retorció el brazo y envió al banquero dando vueltas hacia el centro de la sala. Desequilibrado, Slempp intentó enderezarse, patinó resbalando, y luego cayó al suelo.

—Slempp quiere preguntarte por un dinero —dijo Jeff—. El dinero de una hipoteca que nunca le llegó.

—Está loco —gritó el Slempp sentado—. No sabe de lo que habla.

—Yo tenía un hermano llamado Dan —dijo Jeff—. Se fue a Cactus City a pagar su hipoteca. Nunca pudo regresar. Él...

Tras la barra un hombre se movía velozmente, sus brazos un borrón de movimiento, su pistola una cosa rayante que brillaba en la luz.

Las manos de Jeff buscaron sus Colts, pero sabía que llegaría demasiado tarde. La jugada había fracasado... nunca tuvo oportunidad...

Sonó un disparo ensordecedor que sacudió la habitación y el hombre detrás de la barra se inclinó hacia delante, retorciéndose, luchando por mantenerse en pie. Salió tambaleándose al salón, se le cayeron las pistolas de la mano y se sentó sin fuerzas, con un hombro del que brotaba sangre.

El borracho, ya no lo estaba, se agazapó detrás de su mesa, con dos pistolas desenfundadas. Una de ellas aún humeaba.

La multitud del bar se abalanzó sobre ellos, pero Jeff les apuntó con los cañones de las pistolas.

—Quedaos donde estáis —gritó—. Y alcen sus manos al cielo.

Se detuvieron, retrocedieron hasta apoyar la espalda contra la barra. Lentamente levantaron las manos.

—Hay buenos muchachos entre ustedes, Hombres³ —continuó Jeff—, pero no todos, no todos. No puedo descifrarlo, así que hagamos esto: el que se mueve es malo. ¿Acordado?

El borracho habló despacio, casi conversando.

—Tú los coges por ese lado, chico, y yo los cogeré por el otro.

—¡Dan! —gritó Jeff.

—Sí, soy yo. Pero mantén los ojos bien abiertos. Ese rufián en el suelo debe ser uno de los que me emboscaron ese día. No puedo explicarme lo que pasó de otra manera.

La sangre retumbaba en la cabeza de Jeff, pero mantenía la vista al frente. Dan estaba vivo... vivo y en esta habitación con él. Los dos poniendo las fichas contra Slempp y Owen.

La situación se mantenía. La fila de hombres contra la barra estaba quieta y en silencio, con las manos en alto. Slempp aún en el suelo, Owen de pie a unos metros de distancia en la habitación. El herido se desplomó en el suelo, con la cabeza colgando y la mano agarrándose el hombro.

Pero tendría que estallar. La situación no podía durar, Jeff lo sabía.

Se quedó mirando las caras que le observaban. Jim Churchill era el único que conocía. Pero debía de haber otros dispuestos a luchar contra Slempp y Owen.

El herido balbuceaba.

—Estaba seguro de que le había dado. Estaba oscuro, pero estaba seguro. Su caballo corrió y estaba oscuro. El dinero estaba en las alforjas y no volví a comprobarlo. Estaba...

—Cállate, imbécil —gritó Owen.

—Entonces —gruñó Jeff—, no quieres que hable.

—Hombres —gritó Owen—, ¿van a tolerar esto? ¿Vais a dejar

³ En Español en el Original

que este tipo se salga con la suya?

Algunos de los que estaban en la barra se agitaron inquietos, pero nadie intentó sacar sus armas.

Churchill, con los brazos aún en alto, se apartó.

—Será mejor que te expliques, Jones —dijo.

—Es sencillo —dijo Jeff—. Owen y su banda han estado matando a los rancheros cuando vienen a pagar sus préstamos. Owen se queda con el dinero y Slempp con la tierra.

—Yo nunca tuve nada que ver con eso —gritó Slempp—. Fue a Owen a quien se le ocurrió...

La fila ante la barra estalló. Rugió una pistola y una bala se estrelló contra el marco de la puerta, detrás de la cabeza de Jeff.

Owen estaba cargando y Jeff sacó una pistola, apretó el gatillo. Pero el hombretón se lanzó contra él.

Se oyeron disparos y una lámpara se estrelló, desparramando aceite por el suelo.

Jeff saltó para hacer frente a la carga de Owen, pero su pie resbaló en el charco de aceite y sus manos resbalaron del cuerpo de Owen. Las puertas batientes se agitaron como golpeadas por un viento repentino y el hombre desapareció.

Una bala se estrelló contra el suelo y unas astillas salieron disparadas hacia la cara de Jeff. Un disparo pasó justo por encima de él. Había perdido una de sus armas, pero aún tenía la otra. Se levantó de un salto y se lanzó hacia la puerta.

Owen estaba de rodillas sobre el polvo de la calle, como un animal atrapado, con un pie atascado en el escalón roto de abajo.

Con un grito, Jeff se lanzó en un ataque volador justo cuando el pie de Owen se soltaba.

Alertado por el grito, Owen giró para salir a su encuentro y levantó un brazo que frenó el golpe de la pistola de Jeff. Al chocar contra Owen, Jeff sintió que se le entumecía el brazo y que el arma salía volando de sus dedos repentinamente inertes.

Un puño lo golpeó en la mandíbula y lo hizo caer contra el porche. Delante de él, Owen se estaba poniendo en pie, con las manos tratando de alcanzar las pistolas que colgaban de sus caderas.

Desesperado, Jeff saltó balanceando el brazo bueno. El golpe alcanzó a Owen en un lado de la cabeza y lo hizo tambalearse. Jeff le siguió, golpeando con el puño izquierdo mientras Owen buscaba desesperadamente el arma.

Uno de los revólveres de Owen empezó a elevarse. Jeff puso toda la fuerza que le quedaba en el nuevo golpe. La cabeza de Owen salió disparada hacia atrás y se estrelló contra el poste del porche. Sonó un disparo, la bala quemó la pierna de Jeff.

Owen estaba contra la barandilla, aturdido, tambaleante. Jeff dio un paso adelante y su pierna aulló de dolor. El arma se elevó de nuevo, temblorosa, insegura.

Jeff lanzó un puñetazo directo a la barbilla. Owen se desplomó como un saco y el arma se le cayó de la mano.

Aferrado a la barandilla, Jeff se agachó y la recogió, se enderezó de nuevo, todavía agarrado a la barandilla. Sabía que no podía moverse. Tenía que sujetarse a la barandilla.

Levantó la cabeza y se quedó mirando el Silver Dollar. El lugar era un murmullo de voces, pero no había disparos. La luz seguía saliendo por las ventanas.

La cabeza le daba vueltas y luchaba por mantenerse sujeto. Pero la barandilla parecía retorcerse y su mano resbaló. Supo que se precipitaba a la calle, de bruces.

Se despertó ahogándose, tosiendo, sujetándose la garganta. A través de los ojos empañados vio un vaso medio lleno de *whisky* en una mano delante de su cara.

Se incorporó con dificultad y miró a su alrededor. Había hombres de pie formando un círculo, entre ellos un hombre con barba.

—¿Qué te parece, Dan? —preguntó con voz ronca.

—Está bien, chico —dijo Dan—. Slem্প escupió hasta las tripas. Tenemos pruebas suficientes para colgarlos a todos.

—Pero tú —preguntó Jeff—. ¿Cómo conseguiste escapar?

Dan se rió.

—Slem্প fue el único que me vio de cerca. Yo estaba demasiado ocupado en el rancho para pasar mucho tiempo en la ciudad. Y

entonces la barba les engañó, habría engañado incluso a Slem. Y nadie presta mucha atención a un vagabundo borracho. Me imaginé cuál era la trampa y quise conseguir las pruebas. Pero casi desbaratas mis planes. Cuando llegaste irrumpiendo esa tarde, estuve a punto de echarte una mano cuando Churchill se abalanzó sobre ti...

—Suerte para mí —dijo Churchill—, que no lo hiciste.

—Lo único —dijo Dan—, es que ni yo mismo estaba seguro. Esa cicatriz tuya.

Jeff se llevó la mano a la mejilla.

—Me la hice una semana después de que te fueras de casa —dijo—. Un caballo bronco me empujó contra una alambrada de espinas.

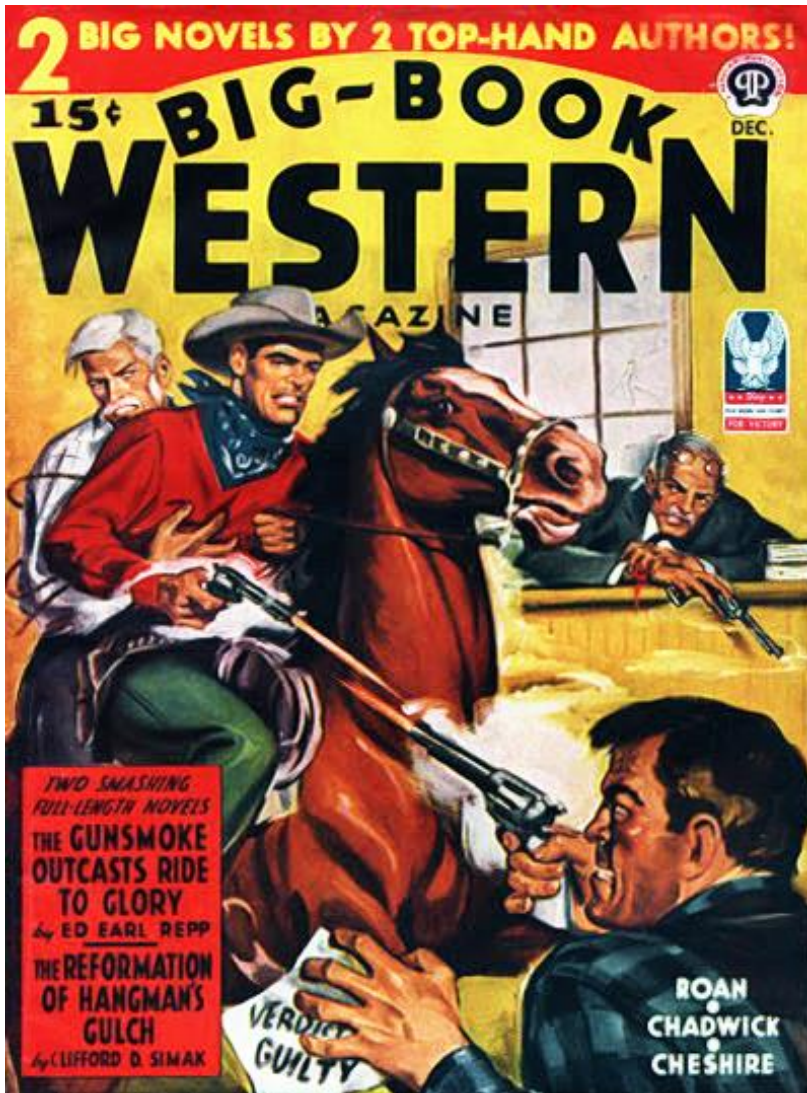
F I N

LA REFORMA DE HANGMAN GULCH



Descrita por un editor anónimo como una “novela impactante”, “*The Reformation of Hangman’s Gulch*” se publicó originalmente en el número de diciembre de 1944 de Big-Book Western Magazine, que en aquella época tenía un precio de portada de quince centavos. En este y quizás en un par de westerns más, Clifford Simak muestra su aparente fascinación por la forma en que el humo de un cigarrillo encendido puede elevarse hasta los ojos del fumador.

David W. Wixon



The Reformation of Hangman's Gulch
Big-Book Western Magazine, Dicembre 1944

CAPÍTULO I

UN COLT INVITA

Una ráfaga de viento barrió el cañón e hizo balancearse a la cosa que colgaba del álamo. El caballo de Stanley Packard se inquietó cuando la cuerda crujió contra la rama. Packard habló suavemente al animal y le acarició el cuello.

El caballo se calmó y Packard se acercó, mirando fijamente al hombre que colgaba de la cuerda. Había algo familiar en aquella forma grotesca, algo que le traía recuerdos.

Una nube dejó paso a la luna y la luz penetró a través de las hojas otoñales de aquel árbol imponente... luz que por un momento reveló el rostro torcido en un ángulo extraño contra el nudo del ahorcado.

Los ojos estaban abiertos por el terror y la presión de la cuerda apretaba las mandíbulas más de lo normal, pero la cara era inconfundible. Packard había visto esa cara demasiadas veces, con los ojos lascivos entrecerrados por el humo que salía de un cigarrillo que colgaba de sus labios. La horca no podía cambiar el pequeño y cuidado bigote ni la muerte borrar la vieja cicatriz de un cuchillo que recorría la mejilla.

El cuerpo se balanceaba lentamente, como un péndulo, y los ojos muertos miraban fijamente a la luna. Las botas colgaban lastimosamente, con los dedos de los pies hacia abajo, como si el hombre quisiera alcanzar la tierra. Tenía las manos atadas a la espalda y un pequeño chorro de sangre había brotado de la comisura de los labios, dejando una mancha oscura que serpenteaba por la barbilla.

Un repentino escalofrío se apoderó de Packard, un escalofrío que no era el de la noche otoñal. Miró rápidamente a su alrededor, presa del pánico.

Pero no había señales de vida, salvo el parpadeo de las pocas luces que había al fondo del cañón, luces que marcaban las afueras del pueblo de Hangman's Gulch. Por lo demás, solo había rocas y matorrales, y aquí y allá un árbol con las ramas desnudas alzadas contra la noche.

Packard se llevó la mano al abrigo y los dedos presionaron la carta que llevaba en el bolsillo interior. Un crujido del papel le indicó que aún estaba allí.

Dejó caer de nuevo la mano y se estremeció. Si aquella carta le hubiera llegado un poco antes, si hubiera estado allí un poco antes, habría habido dos hombres en aquel árbol en lugar de uno.

Cardway, por supuesto, no había escrito exactamente lo que tenía en mente. Pero no era difícil adivinarlo, no era difícil leer entre líneas. No era demasiado difícil cuando Packard recordaba los labios delgados y rectos con el cigarrillo colgando que vertía humo en aquellos ojos lascivos y entrecerrados.

Pero ahora, se dijo, nunca sabría con certeza lo que Cardway tenía en mente. Los hombres que decoran un álamo no dan explicaciones.

Con cuidado, Packard apartó su caballo del álamo y volvió al sendero, dirigiéndose una vez más hacia Hangman Gulch.

El sendero se ensanchaba hasta convertirse en una calle cuando el cañón se abría para formar una hondonada, con las cabañas y tiendas que formaban Hangman Gulch trepando por las dos laderas.

Packard tomó nota de los lugares a medida que el caballo avanzaba por la calle. Una diligencia estaba parada, sin caballos, delante de la oficina del expreso. El lugar estaba muy iluminado y dos hombres armados con rifles estaban sentados justo detrás de la puerta.

Del Crystal Palace llegaban sonidos de juerga, el tintineo metálico de un piano desafinado, la risa estridente de una mujer, el grito ebrio de algún minero que iba a beberse su polvo de oro.

En un restaurante vacío, un chino se desparramaba sobre una mesa, profundamente dormido. Un barbero situado al lado

recortaba laboriosamente mientras una larga hilera de hombres esperaba las tijeras. Dos hombres se sentaban, recostados en sillas inclinadas, frente a la caballeriza. Un poco más allá había una estructura de dos pisos, con la palabra «Hotel» pintada en una ventana iluminada.

Packard llegó al establo y bajó de la montura. Uno de los hombres se sentó en su silla, se inclinó hacia delante y se hurgó los dientes con un tallo de heno.

—¿Puedo hacer algo por usted, forastero?

—¿Tienes grano para el caballo? —preguntó Packard.

—Lleva todo el día sin parar.

El hombre negó con la cabeza.

—Solo heno. Pero de buena calidad. No se puede transportar grano. Cuesta demasiado.

Packard asintió, recordando el camino que había recorrido. El flete sería costoso en un camino como ese.

—Si vienes desde Devil's Slide —dijo el hombre—, sabes a lo que me refiero.

Packard sonrió tenso. Reconoció las palabras como una forma de hacer una pregunta en un sitio donde no se hacían preguntas.

—No hay nada malo en decir que vengo de Devil's Slide, ¿verdad? —preguntó Packard.

El hombre se rascó la barbilla con las uñas sucias.

—No puedo decir que lo haya, forastero. No viste a nadie por el camino, ¿verdad?

—Diablos, Clint —dijo el hombre todavía reclinado contra el establo— no vería a nadie. La banda del Cañón no se preocupa de nada excepto de las diligencias llenas de polvo.

—El único hombre que vi —les dijo Packard —estaba colgado en ese viejo álamo a las afueras del pueblo.

—Oh, él —dijo Clint.

—Era un hombre que llegó hace un par de semanas. Los vigilantes lo atraparon.

—¿Vigilantes?

—Maldita sea —sentenció Clint—. Este pueblo se va a civilizar

o se dejará la piel en el intento. Ha habido demasiada violencia para los ciudadanos.

—¿Le disparó a alguien? —preguntó Packard.

El hombre inclinado contra el establo le dio la respuesta.

—Sí, mató a alguien. A uno de los guardias de la oficina del expreso.

Packard asintió.

—Ya veo. Tratando de asaltar el lugar.

—Demonios, no —dijo el hombre.

—Simplemente se lo encontré en la calle a plena luz del día y se la dio. No le dijo ni una sola palabra.

—Es curioso —dijo Packard.

—¿Verdad? —asintió el hombre.

—Debía de conocerle de algún otro sitio —opinó Clint—. Tal vez lo estuvo siguiendo.

El mozo de cuadra se alejó y condujo al caballo al interior del establo.

—Si quieres lavarte —dijo el otro hombre —el abrevadero para caballos está detrás.

Packard sonrió.

—Quizá lo haga —dijo.

—El Crystal Palace es el único bar del pueblo —dijo el hombre—, y ese local de al lado es el único hotel. Si no te van los hoteles, Clint puede prepararte un sitio donde extender la manta.

—Gracias —dijo Packard.

Un hombre salió arrastrando los pies de la vereda de tablas y avanzó por la oscuridad hacia ellos. Packard vio que era un hombre pequeño que vestía un traje a cuadros blancos y negros. Una cadena de reloj de oro brillaba en su chaleco.

Sus mejillas estaban hinchadas como las de una ardilla que regresa a casa con el grano cargado y sus labios también estaban hinchados, en lo que parecía un eterno mohín. Un alegre bigote adornaba su labio superior y daba una nota grotesca.

—Buenas noches, caballeros —dijo el hombrecillo.

—Buenas noches —dijo el hombre de la silla.

—Estoy buscando mi ojo —dijo el hombre.

—No lo ha visto, ¿verdad?

La silla chocó hacia delante y el hombre que la ocupaba se quedó atónito.

—¡Está buscando su qué!

—Mi ojo —explicó el hombrecillo.

—Se me cayó y lo perdí.

Señaló hacia el lado izquierdo de su cara, del que sobresalía una cuenca vacía.

—Era un ojo de cristal —dijo.

—Parecía algo así como una canica.

El hombre de la silla resolló desconcertado.

—No, no lo he visto. ¿Qué le hace pensar que lo ha perdido por aquí?

—No sé dónde lo perdí —explicó el hombrecillo.

—Me emborraché y cuando se me pasó la borrachera ya no estaba.

—Ya veo.

—Podría estar en cualquier sitio —dijo el hombrecillo.

—Estaré atento —prometió el hombre de la silla.

—Ojalá lo hicieras —le dijo el otro—. Me siento desnudo sin él—. Se volvió y se alejó arrastrando los pies, con la cabeza inclinada, como si buscara el ojo.

El hombre de la silla miró a Packard.

—Aquí tenemos a la gente más rara —se disculpó.

Packard estaba de pie con los codos apoyados en la barra, tomando su copa y mirándose en el espejo.

El Crystal Palace rugía de vida. Entre el murmullo de las voces se oía el tintineo de las copas, el zumbido de las ruletas y de vez en cuando el suave chasquido de las fichas de las mesas de póquer del fondo. En un rincón, un anciano con un violín y otro más joven con un acordeón hacían equipo con el piano desafinado, librando una batalla perdida con el estruendo que corría por el local.

Así que Preston Cardway había disparado a un guardia de la compañía del expreso y había sido ahorcado por los justicieros, dejando su cuerpo colgando del árbol como una especie de sombría advertencia para cualquiera que pudiera venir cabalgando por el sendero.

Bueno, de todos modos ya era algo, se dijo Packard, mirando la pared de botellas, tener ese tipo de advertencia. Aunque Cardway tuviera que morir para darla. Cardway, el maldito idiota, yendo a lo loco y matando a un hombre. Aunque no se le podía culpar por pensar que podía salirse con la suya. En su época, Cardway había abatido a muchos hombres en las calles principales de muchas ciudades a plena luz del día y se había salido con la suya. ¿Qué razón podía tener para pensar que aquí sería diferente?

Solo que había algo que no encajaba. Algo que no encajaba de alguna manera. Hangman Gulch no parecía el tipo de pueblo que se estaba limpiando, no el tipo de lugar donde los justicieros cabalgaban para imponer la ley y el orden.

Para empezar, Hangman Gulch no era lo bastante viejo. Aún era nuevo y crudo, un pueblo en auge apenas limpio detrás de las orejas. Había demasiada gente ajena, ruido y espuma. Las ciudades no adquieren conciencia cívica, se dijo Packard, hasta que se les quita el brillo de lo nuevo.

Un hombre se abrió paso a codazos entre la multitud y se colocó junto a Packard. Por el espejo, Packard lo estudió. Un hombre con cuello blanco y corbata negra en la que brillaba un alfiler de diamante, la corbata atada por encima de un chaleco color leonado que lucía una fina cadena con un palillo dorado colgando.

La boca del hombre se movió.

—Es usted un forastero, ¿verdad?

—Así es —dijo Packard, dirigiéndose al reflejo del espejo en lugar de al hombre.

—Acabo de llegar esta noche.

—Mi nombre —dijo el hombre—, es Jason Randall. Propietario de este lugar. Le vi aquí. Quería decirle que es

bienvenido.

—El mío es Packard —le dijo Packard—. Stanley Packard. Solo estoy de paso.

—Pensé que quizá te quedarías por aquí —dijo Randall—. Mucha gente lo hace. Hangman Gulch es un buen pueblo. No encontrarás ninguno mejor de aquí a la costa.

Packard estudió al hombre con gran interés. Un sujeto astuto, supuso. Despiadado y mezquino. Brillante y suave como una araña agazapada en su tela.

Los ojos de Randall se apartaron de los de Packard, miraron más allá de su hombro. Packard se dio la vuelta. Un hombre estaba de pie justo dentro de las puertas batientes. Un hombre alto y erguido que no llevaba pistola, un hombre con el pelo plateado peinado hacia atrás desde la frente como una reluciente corona de luz, que brillaba bajo las lámparas de cristal que se balanceaban en el techo. Llevaba la cabeza alta y miraba a la multitud en penumbra con algo parecido a la compasión en el rostro.

Alguien en el salón vio al hombre junto a la puerta y le gritó:

—Eh, aquí está Predicador. Vamos, Predicador, ánimo. Te invito a una copa.

El hombre no se movió, sus ojos seguían buscando entre la multitud. Una mujer gorjeó, un sonido agudo y chillón que se coló entre la música sibilante, el rumor de muchas voces y el traqueteo de las ruletas.

El hombre vio a Randall, se quedó mirándolo un momento y Randall le devolvió la mirada. Luego, lentamente, el hombre avanzó. La multitud se separó para dejarle pasar. Las caras se volvían tras él.

Se detuvo frente a Randall. Su voz era grave:

—Sr. Randall, ¿podría hablar con usted un momento?

—Reverendo —atronó Randall—, cualquier cosa que tenga que decirme, puede decírmela aquí mismo.

—No es mucho... —comenzó el hombre, pero Randall lo interrumpió.

—Quiere que cierre.

El hombre asintió.

—El domingo es el día del Señor —dijo.

—No está bien que un lugar como este...

—Lo único que le pasa, reverendo —gritó Randall—, es que está enfadado porque yo tengo público y usted no. Porque sus sermones de pacotilla no pueden competir con lo que yo ofrezco aquí.

—Solo sería durante el domingo —dijo el ministro—. Digamos, desde el sábado a medianoche hasta el lunes por la mañana. No tengo nada en contra de lo que se hace en otros días de la semana, pero el domingo, ciertamente, debería haber algo de paz y decoro. Los hombres borrachos no deberían estar tirados en la calle para que las señoras que vienen a mi iglesia tengan que bajar a la calle para esquivarlos.

Randall escupió al suelo.

—Mire, reverendo, está usted metiendo las narices donde no le llaman. Yo me ocupo de mis asuntos y usted de los suyos. Si los dos hacemos eso, saldremos adelante.

La mano de Packard se alargó, se cerró sobre el hombro de Randall, le hizo girar con un violento tirón que le apretó y retorció el abrigo contra el cuerpo. Con otro tirón salvaje, acercó al hombre a él, de modo que sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Mira —dijo Packard—, de donde yo vengo, tenemos cierto respeto por los hombres que visten el hábito. Quizá no estemos de acuerdo con ellos, pero al menos los tratamos decentemente.

—Vaya, sucio... —la mano de Randall se dirigió hacia su cinturón.

El ministro se movió con rapidez, acercándose a Randall, apartándole la mano incluso cuando sus dedos alcanzaban la pistola. Hábilmente, el hombre de pelo plateado sacó la pistola de Randall de la funda y la atrapó en el aire.

—Tranquilo, reverendo —dijo Packard en voz baja.

—Es inútil que se meta en esto.

Empujó a Randall hacia atrás, haciéndole chocar contra la barra.

—Tenía el puño izquierdo ocupado todo el tiempo —dijo Packard.

—Si hubiera llegado a coger esa pistola, le habría hecho un agujero en el centro de la barriga —miró fijamente a Randall—. No me gusta la gente que presiona a los demás —dijo—. Si haces un movimiento o alguno de tus hombres lo hace, estarás comiendo serrín.

Se había hecho un silencio sepulcral en el lugar, un silencio brillante que resplandecía a la luz de la lámpara.

—No me importa si cierran o no —dijo Packard.

—A mí me da igual. Pero la próxima vez que hables con el reverendo, asegúrate de ser educado.

Se hizo el silencio, un silencio tenso y sin aliento.

—Reverendo —dijo Packard—, tal vez sea mejor que se vaya de aquí. Diecisiete tipos diferentes de infierno pueden desatarse en cualquier...

La cabeza de Packard estalló con un poderoso rugido. Candelas romanas atravesaron la oscuridad y estallaron con un sonido chirriante que escupió estrellas arremolinadas... estrellas que crecían en tamaño y brillo a medida que giraban hasta convertirse en bolas de luz que miraban a los ojos. Estaba cayendo en un mar espumoso de luz brillante y al golpearlo se hundió y la luz se oscureció.

Lariat

STORY MAGAZINE



CAPÍTULO II

BOLAS DE CRISTAL — OJOS DE CRISTAL

Poco a poco, Packard fue consciente de sí mismo. Consciente del dolor que le atravesaba la cabeza con punzadas penetrantes como cuchilladas. Se llevó las manos a la cabeza palpitante.

—Tranquilo, muchacho —dijo una voz suave.

—Túmbate otra vez.

Buscó a tientas su cinturón y encontró la funda vacía.

—Sus armas están sobre la mesa —dijo la voz.

Packard abrió los ojos y la luz los torturó. Volvió a cerrarlos, pero sabía que no estaba en el suelo del Crystal Palace ni desparramado por la calle ni tirado en algún callejón como algo que hubiera muerto.

—El camarero —dijo la voz—, te ha golpeado con una botella.

Con cuidado, Packard volvió a abrir los ojos y vio la cara del hombre de pelo plateado que se inclinaba sobre él.

—Hola, reverendo —dijo.

—Ojalá no me llames así —le dijo el hombre.

—Me llamo Page y me llaman Predicador Page. Casi siempre solo Predicador.

Packard se incorporó y vio que había estado tumbado en un viejo y maltrecho sofá. Con pesadez, bajó los pies al suelo y se sentó encorvado en el borde del sofá.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó.

—Te he traído a cuestras —dijo el predicador Page. Se rio entre dientes.

—Era lo menos que podía hacer por ti después de lo que había pasado.

Packard echó un vistazo a la habitación. Estaba amueblada de forma desaliñada, pero tenía un cierto toque... un toque hogareño. En un rincón había una mecedora desvencijada y una

vieja mesa alargada con una lámpara colocada sobre un pañuelo bordado. Había cuadros en la pared y algunos libros en estanterías.

Sus pistolas, vio, estaban en la mesa junto a la lámpara.

—Así que el camarero me pegó —dijo Packard.

—¿Entonces qué pasó?

—Entonces uno de los pistoleros de Randall sacó su arma y te estaba apuntando y yo le grité y agité la pistola que le había quitado a Randall. Les dije: Caballeros, lamentaría dispararles, pero si hacen daño a ese joven, tendré que hacerlo.

—¿Habrías disparado? —preguntó Packard.

El rostro del ministro se torció en una mueca.

—Afortunadamente, no tuve que tomar esa decisión.

Tembloroso, Packard se puso en pie, cruzó hasta la mesa y cogió las pistolas. Las abrió una a una con pericia, hizo girar los cilindros para comprobar los cartuchos y se las volvió a meter en el cinturón.

—Gracias, Predicador —dijo.

—Gracias por todo lo que hiciste por mí.

—¿Pero no te irás...?

—Claro que sí. Tengo una cita con Randall.

El Predicador jadeó.

—Pero no puedes. Te estarán esperando. Ellos...

—Si quiere ir, padre, déjelo que se vaya —dijo una voz desde la puerta.

Packard se dio la vuelta.

Había una chica. Una chica que uno habría reconocido en cualquier parte como la hija del Predicador Page. El mismo rostro tranquilo, los mismos ojos llanos. Sencilla, pensó Packard. Sencilla, pero bonita.

—Padre —dijo la muchacha dirigiéndose a Packard —siempre trae a casa a vagabundos desvencijados o a jóvenes pendencieros que resultan heridos.

—Pero, Alice —protestó el viejo—, este caballero me defendió. Es el primer hombre desde que llegué aquí que me defiende...

Unos golpes retumbantes golpearon la puerta exterior, y Packard se giró, con la mano derecha desfundando un arma.

La voz del predicador le gritó, una voz con el filo del acero.

—Guarda eso. En esta casa no habrá...

—Predicador —gruñó Packard—. Abre esa puerta. Y asegúrate de ponerte a un lado cuando lo hagas.

—No habrá disparos —dijo el predicador—. Esta es mi casa y no habrá...

Packard dio un paso hacia él.

—¡Ya me has oído! Abre esa puerta... ¡Apúrate y rápido!

El arma se levantó y el Predicador se movió rápida y ágilmente hacia la puerta, abriéndola de un tirón. En el abanico de luz que se derramaba sobre el patio lleno de tierra había un hombre alto, un hombre con el pelo canoso en las sienes, con mejillas que parecían de cuero curtido y arrugado, un bigote que le caía afectuosamente sobre las comisuras de los labios.

—Hola, Predicador —dijo el hombre.

—Hola, Hurley —dijo el Predicador con gravedad.

Los ojos de Hurley se clavaron en Packard.

—Si eres Packard —dijo— tengo que hablar contigo.

—Habla —dijo Packard.

Rápidamente, el hombre entró en la habitación, cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella.

—Será mejor que te pongas en marcha —dijo Hurley.

—Stover está al acecho.

—¿Quién es Stover?

—Stover —explicó el predicador Page —es el mejor pistolero de Randall. Me han dicho que tiene una puntería mortal.

—Yo también —espetó Packard.

Hurley estudió a Packard en silencio.

—¿Qué tan buen tirador eres? —preguntó.

—Suficientemente bueno para Stover —le dijo Packard.

—Suficientemente bueno para cualquiera de los pistoleros de pacotilla que ansían mi sangre. Lo aprendí en un circo. Un tipo cabalgaba delante de mí y lanzaba rápidamente bolas de cristal.

Las derribaba en el aire.

—Deberías haberte quedado en el circo.

—Yo estaba de acuerdo —dijo Packard—. Pero no me dejaron.

Hurley se mordisqueó la comisura del bigote.

—Descubrieron quién eras, ¿eh?

—Así es —dijo Packard. Miró fijamente al hombre, con una mirada tensa y los labios apretados.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Cabalgué con tu padre —dijo Hurley.

—Estaba con él cuando murió. Te reconocería en cualquier parte. En aquella época era igual que tú ahora.

Hurley miró a Page.

—Una palabra de esto, Predicador —advirtió— y yo personalmente te pondré en apuros.

—Caballeros —dijo Page—, no he oído nada.

Hurley abrió la puerta y preguntó:

—¿Qué te parece, chico?

Packard enfundó su pistola.

—Solo indícame quién es ese Stover.

Los caminos de tablas estaban helados bajo sus botas cuando Packard y Hurley subieron los escalones que conducían al porche del Crystal Palace. Dentro, las luces seguían encendidas y un perezoso barrendero empuñaba una escoba. Detrás de la barra, el camarero bostezaba y limpiaba la cristalería. Un borracho dormía la mona en una mesa del rincón.

Hurley le guio a través de la sala hacia una puerta que daba a la parte trasera. El barrendero siguió barriendo y el camarero no les hizo caso. El borracho roncaba y resoplaba en sueños, frotando los brazos sobre la mesa.

Packard sintió que el vello se le erizaba en la base del cuello. Sabía que algo iba mal. Nada que pudiera determinar con precisión, pero algo iba mal. La forma en que el barrendero seguía barriendo, la forma en que el tabernero bostezaba y seguía sacando brillo a sus gafas. Sin prestarles atención. Casi como si

estuvieran esperándolos.

—Hurley —dijo Packard.

—Hurley, hay algo...

Un débil sonido le advirtió, el susurrante crujido de las puertas batientes de la entrada. Como un gato, se giró, las armas ya estaban saliendo.

En la puerta había un hombre, un hombre cuyos brazos eran un borrón de movimiento, cuyos ojos eran gemas de acero que brillaban a la luz. Acero, como el brillo de la luz en las bolas de cristal girando al sol.

Las pistolas del hombre estaban fuera de las cartucheras y se elevaban y, detrás de él, las puertas batientes oscilaban suavemente de un lado a otro, casi privadas de movimiento, pero aún balanceándose.

La llama estalló en las manos de Packard, la llama explosiva de las pistolas saltarinas que se agitaban y martilleaban, llenando la habitación hasta reventar con su estruendo.

El hombre que estaba frente a las puertas en forma de alas de murciélago salió disparado a través de ellas, lanzado hacia atrás como si alguien le hubiera agarrado y lanzado con una fuerza tremenda. Una de sus pistolas seguía en su mano, pero la otra se le escapó de los dedos y patinó sobre el serrín.

Y entonces las puertas se balancearon violentamente, aleteando de un lado a otro, y de debajo de ellas sobresalieron dos botas, con los dedos de los pies apuntando hacia el techo.

El tabernero estaba de pie con las manos extendidas sobre la barra, con cara de asombro.

—Que me aspen —dijo—. Que me parta un rayo.

El barrendero se apoyó en su escoba y se quedó mirando. El borracho había cobrado vida y trataba de escarbar en el serrín que había debajo de su mesa.

La puerta de atrás se abrió de golpe y Randall salió. Se detuvo, mirando las botas, y el batir de las puertas.

Luego, lentamente, su mirada se desvió hacia Packard y este levantó sus armas.

—¿Eres el siguiente? —preguntó Packard.

Randall se limitó a mirar.

—Por justicia —dijo Hurley con frialdad—, debería dártela a ti. Nos has hecho trampa. Se suponía que era una lucha justa.

Randall se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Packard, aquí presente, ganó.

—Cuatro tiros —dijo el camarero.

—Cuatro tiros y cada uno en el blanco. Cuatro tiros antes de que Stover cayera al suelo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Packard fríamente—. Será mejor que empiecen a hablar, caballeros.

Randall rio brevemente.

—Diablos —dijo— no sirve de nada enfadarse. Packard, te acabas de ganar un trabajo.

—¿Un trabajo?

—Claro, el trabajo de Stover. Necesitaré un hombre que ocupe su lugar.

—Te dije que el chico tenía lo que hay que tener. Igual que su padre —le dijo Hurley a Randall.

—No quiero el appestoso trabajo —dijo Packard.

Packard giró sobre sus talones y se alejó. En el silencio de la habitación, oyó el ruido de la escoba del barrendero y el trago aún asustado del borracho. Al llegar a la puerta, empujó las alas de murciélago y rodeó el cuerpo del hombre que había intentado dispararle por la espalda.

Fuera, el aire era fresco y nuevo por la llegada del día. Las estrellas palidecían y Packard se dio cuenta de repente de que tenía sueño y hambre.

La escarcha crujía bajo sus pies mientras caminaba hacia el hotel y, de pronto, su cabeza se sintió ligera y mareada y el latido volvió a resurgir... el latido de su cuero cabelludo donde había golpeado la botella.

Pasó lentamente por delante de la caballeriza, donde un farol humeante ardía rojizo en la ventana de la oficina. Desde las

sombras del callejón entre la caballeriza y el hotel, una voz le siseó.

Sobresaltado, la mano derecha de Packard se lanzó sobre su revólver, pero la voz dijo:

—Tranquilo, Packard. Soy amigo tuyo.

Con la mano aún en la culata, Packard se adentró en el oscuro callejón y vio la cara del hombre que tenía delante. Un rostro lunar, hinchado y disoluto, con los labios hinchados.

—Craig es mi nombre —dijo Cara de Luna.

—Cardway dijo que vendrías.

—Cardway está muerto —espetó Packard—. Lo vi, colgado de un árbol. ¿Qué pintaba Cardway contigo?

Craig se acercó.

—Podemos arreglárnoslas sin él, Packard. Solo nosotros dos para repartirnos.

Packard frunció el ceño.

—¿Y el hombre al que mató Cardway?

—Se llama Jett —dijo Craig.

—Uno de los guardias de la oficina del expreso. Igual que yo.

—¿Pero por qué lo mató Cardway?

El rostro fofo se retorció impaciente en la sombra.

—Jett estaba con la gente de Randall. Nos oyó hablar.

La mano de Packard salió disparada, agarró el chaleco del hombre, lo retorció con fuerza y lo acercó.

—Habla con sensatez —gruñó.

—¿Qué tiene que ver Randall con esto?

Craig se retorció.

—¿No te lo dijo Cardway?

—Ni una palabra —dijo Packard.

—Solo me escribió y me dijo que viniera. Dijo que había algo bueno aquí.

—Es el oro —resolló Craig—. Listo para el embarque. La banda de Randall atraca las diligencias. Más fácil y seguro que asaltar la oficina.

—Este Jett era el hombre de Randall, dices. Le avisó cuando

había un gran cargamento.

Craig asintió vigorosamente.

—Entendiste rápido. Cardway dijo que lo harías. Dijo que tu padre...

Packard acercó aún más al hombre.

—Dices que la banda de Randall asalta las diligencias. ¿Quién más lo sabe? ¿Todos en la ciudad?

Craig tragó saliva con disgusto.

—No señor, no lo saben. Solo yo ahora. Verás, Cardway lo descubrió y me lo dijo y ahora...

—Y Cardway pensó en ganarle a Randall en el sorteo. Pensó en robar la oficina antes de que saliera la diligencia.

Craig tragó saliva de nuevo y asintió.

—¿Y cuánto ibas a recibir?

—Un cuarto, dijo Cardway. Dijo que yo recibiría un cuarto y tú y él el resto. Pero ahora que está muerto, pensé que tal vez podría obtener algo mejor para mí.

—¿Quieres que te diga cuánto te habría dado realmente Cardway?

—Dijo un cuarto.

—Ni una maldita onza —dijo Packard fríamente.

—Te usaría y te mataría. Yo conocía a Preston Cardway.

—Pero él dijo...

—No deberías haberme parado aquí —gruñó Packard—. No vuelvas a hacer algo así. No vuelvas a hablarme. No actúes como si me hubieras visto. Te buscaré cuando sea seguro hablar.

Soltó el chaleco.

—Sigue tu camino —le dijo secamente a Craig.

Con una sonrisa lúgubre en los labios, vio al hombre escabullirse por el callejón para ser engullido por las sombras.

De nuevo en la calle, Packard se sentó en las escaleras del hotel y armó un cigarrillo.

Así que Cardway buscaba oro. Un trabajo desde dentro, arreglado con los guardias de la oficina. Probablemente también lo habría conseguido de no haber sido por Randall. Randall,

naturalmente, no habría querido que nadie se metiera y por eso Randall había arreglado un trato con los vigilantes.

A Packard le dolía la cabeza y le resultaba difícil pensar, e incluso a pesar del dolor de la cabeza palpitante, tenía tanto sueño que los ojos se le cerraban mientras cabeceaba sobre el cigarrillo.

Sonaron pasos en las tablas y se despertó de golpe. Ante él había un hombrecillo con un traje a cuadros.

—Ah, es usted —dijo Packard.

El hombre le miró con su único ojo bueno.

—¿No ha visto un ojo? —preguntó.

—Un ojo de cristal. Lo perdí y he buscado por todas partes...

—Oh, diablos —estalló Packard—. Me voy a la cama.

Se levantó y subió las escaleras hasta el porche. El hombrecillo del traje a cuadros se quedó mirándole marchar.

CAPÍTULO III

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

Jason Randall estaba sentado en la silla junto a la ventana, fumando un cigarro y con una botella de *whisky* sobre la mesa a su lado, cuando Packard se despertó. Duermes como un angelito —dijo Randall.

Packard se levantó de la cama, localizó sus botas y se las calzó.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó.

—Quería hablar contigo —dijo Randall con suavidad.

—No tengo nada de qué hablar contigo —gruñó Packard.

Randall no insistió.

—No corrías ningún riesgo, ¿verdad? —preguntó.

—Durmiendo así con la ropa puesta.

—Estaba demasiado cansado para quitármela.

—¿No querías estar preparado para una huida rápida?

Packard se colocó la pistolera en una posición más cómoda.

—Mira, Randall —dijo— no voy a hacer ninguna escapada

rápida. Cuando abandone esta ciudad saldré, en mi propio caballo, a plena luz del día.

—Eso espero —dijo Randall.

—Lo espero sinceramente —. Pero sonaba como si aquello no fuera posible. Cogió la botella y la inclinó hacia uno de los dos vasos que había sobre la mesa.

—¿Un trago? —preguntó.

Packard asintió. Mientras observaba cómo Randall servía, vio que el sol se colaba por la ventana ante la que Randall estaba sentado. Debía de ser por la tarde, se dijo. Faltaba más o menos una hora para la puesta de sol.

Cruzó la habitación, cogió el vaso y se sentó en el borde de la mesa.

—Vamos a ello, Randall —exigió.

—¿Qué tienes en mente?

—Es el trabajo —dijo Randall—. El que rechazaste.

—Sigo rechazándolo —dijo Packard.

Randall se mostró comprensivo.

—Y con trabajos tan difíciles de conseguir... y de conservar.

—Encontraré uno —dijo Packard.

—Mira —le dijo Randall —es inútil que te tires un farol conmigo. No puedes mantener un trabajo y lo sabes. Tu padre era un bandido, y bastante conocido. Cuando quienquiera para el que trabajes lo descubra, estarás buscando otro trabajo. Intentaste cambiarte el nombre y no funcionó. Demasiada gente conocía a tu viejo.

—Hurley ha estado hablando contigo —dijo Packard.

—Claro, ¿por qué no? Hurley trabaja para mí.

—No lo sabía, aunque debería haberlo sabido. Así que el trato con Stover estaba claro. Excepto quizá que te imaginabas que saldría al revés.

—No vayas a culpar a Hurley —advirtió Randall.

—Si no hubiera sido por él, ahora mismo serías carne para los buitres. Me dolió bastante, ya ves, la forma en que actuaste, y le dije a Stover que saliera y acabara contigo. Pero Hurley me dijo

quién eras y que debías tener una oportunidad.

—¡Una oportunidad! ¿Con Stover entrando por la puerta a mis espaldas?

—No estaba planeado así —le dijo Randall—. Iba a ser justo y limpio. Pero el perro Stover nos la jugó a todos. Se llevó su merecido. Probablemente te pareció bastante injusto, pero no estaba previsto que fuese así. Y un hombre que maneja armas como tú es demasiado bueno para dejarlo escapar.

Packard negó con la cabeza.

—Tengo otras cosas qué hacer.

—¿Cómo atracar la oficina del expreso? —preguntó Randall.

El licor del vaso de Packard se agitó y se derramó, pero él mantuvo el rostro firme.

—Algo así —admitió.

Si Randall lo sabía, era inútil negarlo.

—¿Viste a Cardway en el sendero? —preguntó Randall. Y cuando Packard asintió:

—Vaya forma de morir —dijo Randall.

—Nunca quisiera morir así —dijo Packard.

—Tampoco Cardway —le dijo Randall.

Vació su vaso y lo dejó a un lado.

—Si lo que quieres es oro, ¿por qué no nos acompañas? Es seguro. Yo dirijo el pueblo.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Al menos, sigo dirigiéndola. Pero he sido un poco descuidado. Tengo que apretar a un hombre.

—El predicador Page —dijo Packard con indiferencia.

Randall asintió.

—Amenaza con pedir la ley marcial —dijo.

—Pero no va a ocurrir. Yo me encargaré de Page.

—Vamos a mostrar nuestras cartas. Viniste aquí para asaltar la oficina del expreso. Probablemente nunca habías hecho algo así antes, pero lo más probable es que pensaras que ya que no podías mantener un trabajo, deberías ser lo que la gente pensaba que eras. Pensaste qué demonios.

Packard asintió con seriedad.

—Bueno —continuó Randall—, no puedes asaltar la oficina del expreso, porque tengo el oro vigilado. Cualquiera que levante un dedo hacia él estará firmando su sentencia de muerte.

Miró fijamente a Packard.

—¿De acuerdo? —preguntó.

—De acuerdo —dijo Packard.

—Muy bien, entonces —dijo Randall—, unámonos. No puedes tener otro tipo de trabajo que el que te ofrezco, porque la gente siempre descubrirá quién eres y entonces te irás. Y yo necesito un hombre como tú.

—Supongo —adivinó Packard—, que si me niego intentarás arreglarlo para que no salga vivo de la ciudad.

—Tu razonamiento —le dijo Randall —es francamente extraño. Claro que si ¿tienes alguna idea propia...?

—Ni una —le dijo Packard.

—De acuerdo —dijo Randall—, estás en nómina. Quinientos al mes y dividendos.

—¿Y mis obligaciones?

—Actuar como si no fueras uno de los nuestros. Hazte a la idea de que vas a por mi piel. Yo te ayudaré un poco a difundir la idea.

—El hombre al margen —dijo Packard.

Randall asintió.

—Exactamente, excepto... excepto que vas a estar en un atraco. Mañana sale un gran cargamento. Saldrás esta noche.

—Para que me quede claro —dijo Packard.

—Así seré uno de ustedes.

—En este negocio —le dijo Randall —no podemos tener hombres puros y santos. Tu cuello tiene que estar nominado para la soga como el del resto de nosotros.

—Tú —dijo Packard— no dejas nada al azar, ¿verdad, Randall?

—Nada —dijo Randall.

—¿Y cómo sabré lo que tengo que hacer? ¿A dónde debo ir?

—Ya te lo dirán —dijo Randall.

Se levantó de la silla y cruzó la habitación. En la puerta se volvió.

—Y te vigilarán —añadió.

—Me lo imaginaba —dijo Packard—, que sería así.

Al oír los pasos de Randall por el pasillo, Packard alargó la mano hacia la botella, se sirvió un trago y se lo bebió de un trago, volviendo a dejar el vaso sobre la mesa.

Era la única manera en que podría actuar, se dijo a sí mismo, mirando fijamente la puerta. Haber rechazado la oferta de Randall habría significado que estaría muerto antes de que pasara una hora.

Se levantó, se quitó la cartuchera y esbozó una sonrisa retorcida. Primero conseguiría algo de comida. Hizo tintinear los pocos dólares que le quedaban en el bolsillo y sonrió. Le vendría bien algo de ese dinero que Randall le pagaría. Tal vez debería ir a pedirle algo por adelantado.

En el chino, Packard colgó su sombrero en un clavo, se sentó y ordenó algo.

El chino parloteó mientras corría con el cuchillo, el tenedor y los platos.

—¿Es usted nuevo en la ciudad?

—Puede ser —convino Packard.

—¿Tal vez el hombre que disparó a Stover?

—Puede ser —dijo Packard.

—Buen disparo —dijo el chino.

Se escabulló hacia la cocina y volvió a salir.

—Predicador Page, estar aquí para saber si has estado aquí. Pide que vayas a su casa en cuanto aparezcas.

—Gracias —dijo Packard. Comió apresuradamente, engullendo la comida y pensando.

Se alegraba de que Page quisiera verle, de que el hombre hubiera preguntado por él. Sería arriesgarse con Randall ir a ver al ministro, pero tenía que arriesgarse. Si Randall le preguntaba, podría decir que, al ver a Page, solo quería dar la

impresión de que no estaba de parte de Randall.

Había anochecido en la calle y las primeras estrellas débiles empezaban a brillar en el este. Packard se apoyó en la fachada del restaurante, se lió un cigarrillo y se alejó tranquilamente.

Reconoció el sinuoso sendero por el que Hurley y él habían pasado la noche anterior y lo tomó, siguiendo sus curvas por la ladera de la montaña.

A mitad de camino, se detuvo y descansó. La subida era empinada y no estaba acostumbrado a caminar. Debajo de él se veían las luces de Hangman Gulch, un grupo de chispas en la oscuridad.

Unos pasos subían por el sendero y se acercaban. Un hombre se perfilaba en la penumbra. Un hombre encorvado, con las piernas arqueadas, que se tambaleaba en el crepúsculo. A metro y medio se detuvo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Caminando —respondió Packard.

El hombre se acercó.

—Si vas a dónde creo que vas, será mejor que cambies de idea.

—¿Por qué? —preguntó Packard, rotundamente.

—Al jefe no le gustaría que fueras a ver a Page.

Packard dio un rápido paso adelante y el hombre fue a por su arma. Pero el puño de Packard se adelantó al revólver y le golpeó la mandíbula.

El hombre retrocedió bruscamente, recto y rígido, balanceándose sobre los talones, y cayó al suelo con un golpe que le hizo rebotar.

Inclinándose sobre el hombre caído, Packard extrajo la pistola de su cinturón y la arrojó a la maleza. Todavía en cuclillas, lió otro cigarrillo, utilizó la cerilla que encendió para estudiar el rostro del hombre. Pero no le sonaba de nada. Si lo había visto en el Crystal Palace, no lo recordaba.

El hombre gimió y se incorporó con dificultad; se frotó la mandíbula con la mano. Sus ojos encontraron a Packard y lo miraron fijamente. Torció los labios.

—El jefe se las verá contigo por esto —murmuró.

—¿Te ha puesto a seguirme? —preguntó Packard.

El hombre asintió.

—¿Te dijo que me impidieras ir a cualquier sitio o hacer cualquier cosa?

—No, pero...

—Pero no querría que viera a Page.

—Eso es —dijo el hombre.

—Se enfadaría mucho. Cabreado con los dos.

—¿Cómo sabes que no me envió a ver a Page?

El hombre se quedó boquiabierto.

—¿Lo hizo? ¿El jefe...?

—Eso —dijo Packard—, no es de tu maldita incumbencia.

Packard se levantó.

—Me voy —dijo.

—Si quieres venir, no me importa. Pero procura quedarte atrás... muy atrás.

Page abrió la puerta al oír a Packard llamar, le tendió una mano y le arrastró dentro, dándole una palmada en la espalda.

—Así que has venido —dijo—. Viste al chino.

Packard frunció el ceño.

—No te hagas ilusiones, Predicador. Sé lo que tienes en mente y no puedo hacerlo.

El pelo plateado del anciano brillaba a la luz de la lámpara los cuadros estaban en la pared y los libros seguían en las estanterías. De la cocina llegaba el olor de la carne frita y el zapateo rápido y veloz de los pies de una mujer.

—Pero tú mataste a Stover —protestó Page.

—Mataste al pistolero más rápido que ha conocido esta ciudad. Le diste incluso cuando se acercaba sigilosamente por detrás, con las pistolas medio desenfundadas.

—¿Cuál es tu propuesta? —preguntó Packard, sin rodeos.

—Una placa de alguacil —dijo Page—. Una placa de *marshal* y

varios hombres que te respalden.

—Las placas de alguacil —dijo Packard—, no se pueden conseguir en cualquier parte.

—Puedo conseguirte una —le dijo Page.

—Y mientras convences a las autoridades para que me den una, ¿qué voy a hacer?

—Saldrás de la ciudad esta noche. Hay un sendero por la montaña y tengo un caballo. Puedes traer a tus hombres.

—No tengo hombres —dijo Packard.

—Pero... pero...

—Claro —dijo Packard—, eres igual que los demás. Me tienen por un forajido⁴. Crees que mato a un hombre todos los días para desayunar. Crees que tengo una banda de hombres duros⁵ escondidos en alguna parte y que si consiguieras que los trajera, acabaríamos con la banda de Randall en un gran tiroteo.

—Pero —protestó Page—, habría compensaciones. Indultos y...

—No he hecho nada —dijo Packard—, por lo que ser perdonado, excepto quizás disparar a Stover y eso fue en defensa propia. Y no tengo hombres. Así que olvida tu sueño de utilizarme para limpiar la ciudad por ti.

El viejo se desplomó en una silla, con el rostro repentinamente demacrado.

—Hice mal —dijo, casi como si hablara con alguien que no estuviera en la habitación—. No ha sido mi forma de actuar, ni la de mi iglesia, pero a veces la visión de un hombre puede nublarse. La fuerza está mal... tan mal para mí como para Randall. Pero

⁴ “Owlhoot rider” en el original: A los forajidos se los llamaba “Aullidos de Búho”. “Recorriendo el camino del cuerno de búho” se refería a un hombre que había dejado el camino recto y angosto para convertirse en un forajido. Una explicación del origen provino de un hombre que vivía en el territorio indio del este de Oklahoma alrededor de 1870.

⁵ “Curly wolves” en el original: “Lobo Rizado”. Un hombre que puede presumir y está dispuesto a respaldar sus palabras con los puños u otros medios. ¡A los vaqueros les encantó una frase colorida! Este significaba un hombre duro o peligroso. No querías meterte con un verdadero lobo rizado.

estuve tentado. Vi una manera de hacer de este un pueblo decente...

—Lo siento, Predicador —dijo Packard.

—No —dijo una voz desde la puerta —malgastes tu pena con nosotros.

Packard giró la cabeza y vio a la chica. Se quitó el sombrero.

—Buenas noches, señorita —dijo.

—Desearía que no viniera aquí —dijo ella con acritud—. Ya es bastante malo que Hurley vea a papá todo el tiempo. Le he dicho que debería irse lejos, donde no conozca a hombres así. No hay razón para que se quede aquí cuando podría ir a otro sitio, a un lugar civilizado.

—No le hagas caso —le suplicó Page—. Está enfadada. Enfadada porque la voy a mandar al este a la escuela. Este no es lugar para que se quede una mujer.

Pero Packard apenas oyó al viejo. Estaba mirando a la chica.

—Señorita —dijo— para que quede claro, quiero decirle algo. Quizá no me crea, pero en realidad no importa. Hasta que maté a Stover nunca había matado a un hombre. Pero me estoy cansando de pistoleros de pacotilla que quieren añadirme a sus asesinatos para poder presumir de haber matado al hijo de Steve Packard. No me apetece convertirme en una muesca en la culata de la pistola de alguien, señorita, y me imagino que tal vez la única manera de evitarlo es coleccionar algunas muescas propias.

Ella no habló, pero desde donde él estaba, Packard pudo ver la sangre latándole en la garganta, pudo ver sus labios entreabrirse para responder, y luego cerrarse de nuevo.

—Has sufrido una amarga decepción, hijo —dijo Page.

—Y eres demasiado impaciente. Hay cosas buenas en el mundo...

—No he visto nada de eso —espetó Packard.

—Has venido aquí —dijo Page— con algo en la cabeza. No sé lo que es, pero será mejor que te lo quites de la mente. No te traerá más que una eterna tristeza.

—Guárdate tus sermones —le dijo Packard —para alguien que

quiera escucharlos. Es la gente como usted la que empuja a un hombre por un camino que no quiere recorrer y luego lo utiliza como un —horrible ejemplo—⁶ cuando se levanta y lo sigue.

Se volvió hacia la puerta y la abrió. Luego se volvió.

—Tenías razón, Predicador —dijo—. He venido aquí para algo y voy a hacerlo.

Salió al sendero y caminó rápidamente colina abajo. Había caído la noche y Hangman Gulch era un borrón de oscuridad salpicado de luces parpadeantes, lleno del zumbido de una humanidad febril.

Todo era, se dijo Packard, resultado de tu nacimiento. Si tu padre mataba hombres, atracaba diligencias y robaba bancos, tú matabas hombres, atracabas diligencias y robabas bancos. Podrías esforzarte por no hacerlo. Podrías intentar vivir otro tipo de vida, pero al final te alcanzaría. Como al final le había pasado a él. Un hombre, después de todo, tenía que ganarse la vida de alguna manera.

Al pie de la colina, justo antes de que el camino desembocara en la calle, un hombre salió de detrás de un árbol. Packard se detuvo y se llevó las manos a las armas.

—Los caballos —dijo el hombre—, están por aquí.

Packard se acercó a él, caminando suavemente. Se acercó por fin y preguntó:

—¿Vienes conmigo?

—Así es —dijo el hombre.

—Me llamo Blade. John Blade. Déjala ahí, socio. Estoy orgulloso de cabalgar contigo.

Por impulso, Packard extendió la mano y encontró la del otro en la oscuridad. El apretón de manos del hombre fue rápido y seguro. Rápido y seguro y cálido... un calor que hizo estremecer a Packard, un sentimiento de camaradería.

⁶ *Horrible Example*: Esta idea, motivo, (frase) lo emplea y desarrolla en su relato de Ciencia Ficción “El Horrible Ejemplo” Analog Science Fact + Fiction, March 1961 (“*Horrible Example*”, Antología Astropirx 2023)

—Blade —dijo— yo también estoy orgulloso de cabalgar contigo.

CAPÍTULO IV

MORIR POR UNA PIZCA DE POLVO

La luna tardaba en salir y la noche estaba oscura, oscura y fría, con un viento otoñal que gemía a lo largo de las crestas y azotaba los cañones. Blade parecía conocer el camino casi al tacto y, aunque iban despacio, no parecía dudar al elegir el sendero. Packard cabalgaba detrás de él.

Al parecer, el hombre que le había seguido no había informado a Randall. Porque si Randall hubiera sabido de su visita a Page, al menos le habría llamado la atención y le habría pedido explicaciones.

Randall, sin duda, pensaba que lo tenía atrapado, que no tenía más remedio que seguir su juego. Packard sonrió sombríamente en la oscuridad. Algo ocurriría mañana, estaba seguro, algo que le daría la oportunidad que estaba esperando.

Especuló sombríamente sobre la posibilidad de haber desafiado a Randall, y supo casi tan pronto como se planteó la pregunta que no habría servido de nada. En realidad, no había otra opción. Randall lo tenía bien agarrado. Sabía quién era y por qué había venido a la ciudad. Sabía su conexión con Cardway. Randall, lo sabía, nunca lo habría dejado salir vivo de la ciudad.

En realidad, se dijo a sí mismo, esto lo satisfacía más que el trato con Cardway. Incluso con la connivencia del guardia, el robo de la oficina del expreso en las narices de Randall habría sido el colmo de la locura.

Aunque no se trataba solo de salvar el pellejo. También era algo más. Un cierto odio amargo por el hecho de que un hombre como Randall pudiera detentar y gobernar una ciudad, pudiera establecer por temporal que fuera un imperio empleando el poder

del seis tiros. Que un hombre como el Predicador Page pudiera ser puesto en peligro por atreverse a oponerse a tal imperio de las armas. Que un hombre pudiera decir si se robaba oro, él sería quien lo robase, que tenía el derecho al robo asegurado.

Recordó que no estaba ansioso por unirse a Cardway. Solo la amargura de la desesperación le había llevado a participar en los planes que Cardway insinuaba vagamente. Cardway había estado bien, por supuesto, pero era un personaje sospechoso. Packard se acordó del cigarrillo que se le caía de los labios e inundaba de humo sus ojos entrecerrados.

Cardway, sin duda, había estado dispuesto a utilizarlo. Se había sentado a verle disparar a aquellas bolas de cristal y había intuido la ventaja que podía suponer esa puntería. Había averiguado quién era y había trabajado en ello.

—Diablos, chico, no tienes ninguna oportunidad. Nadie te dará nunca una oportunidad. El mundo no está hecho así. Siempre buscando a alguien a quién patear. Y tu viejo les da la oportunidad de patearte. Deja de ser un tonto, chico. Con la habilidad con las armas que tienes, se puede hacer dinero...

Había algo de verdad en lo que decía. Mucha verdad, de hecho. Estaba el trabajo en el circo y el anterior en la tienda de piensos de Kansas, y las dos semanas que Packard trabajó como guarda del banco hasta que los temblorosos y horrorizados directores descubrieron quién era.

La luna salió, abultada sobre el horizonte al este, una enorme bola roja dividida en dos en ese momento por un pino ralo que crecía en lo alto de una cresta.

Blade detuvo su caballo y Packard cabalgó a su lado y se detuvo.

Blade había sacado sus cosas y se estaba liando un cigarrillo. Packard sostuvo su caballo y contempló la tierra salvaje y desordenada, medio iluminada por el rojizo resplandor de la luna, medio oculta en las sombras.

Blade le entregó el saquito y los papeles.

—Fuma uno, te invito —dijo.

—Gracias —dijo Packard.

Blade prendió una cerilla, encendió el cigarrillo y luego la arrojó.

—Así que fuiste a ver a Page —dijo.

Llevándose el cigarrillo a los labios para humedecer el papel, Packard miró fijamente al otro hombre. De manera pausada, se llevó el cigarrillo a la boca.

—Tal vez —dijo finalmente—. No es una pregunta que debas hacer.

—Quizá no lo sea, Packard. Pero supuse que lo harías. Randall es un tipo astuto.

Packard asintió, buscando el significado de las palabras del otro. Al parecer, el hombre creía que Randall le había enviado a ver a Page.

Blade soltaba el humo del cigarrillo por la nariz y, de repente, el humo se convirtió en un chorro sanguinolento. Blade abrió la boca para gritar, pero el grito no salió y su boca permaneció abierta, con el cigarrillo aún pegado al labio inferior.

Un disparo atravesó la quietud de la noche y Blade comenzó a caer de lado, deslizándose de su silla, y su caballo retrocedió como si quisiera sacudirse a su jinete.

El puño de Packard se dirigió hacia el revólver, lo sacó de la funda de cuero y luchó con la otra mano con su caballo que se ladeaba.

—Guarda el arma, chico —dijo una voz.

Packard se giró. Un hombre estaba de pie a la sombra de un grupo de pinos, con un rifle en los brazos.

—¡Hurley! —gritó Packard.

—Así es —dijo Hurley.

—Acabo de resolver un problema—. Salió al sendero, tomó las riendas del asustado caballo de Blade y le habló al animal en un tono suave y tranquilizador.

—No puedo permitir que huyas a casa, amigo —dijo—. No

puedo permitir que vuelvas y le des el aviso a Randall.

—Creí —dijo Packard fríamente —que andabas con el grupo de Randall.

—Claro —admitió Hurley—. Claro que sí. O lo hacía. Ahora vuelvo a la banda de Packard. No conozco a nadie con quien prefiera cabalgar que con la banda de Packard.

—No hay ninguna pandilla Packard —dijo Packard.

Hurley tragó saliva.

—¿No querrás decir, muchacho, que estás solo?

—Así es.

—Pues que me aspen —dijo Hurley.

—Qué descaró... qué bendito descaró.

Se rio entre dientes.

—Igual que tu viejo —dijo.

—Nunca tuvo un grupo grande. Decía que se estorbaban unos a otros. Solo tú y yo y Jim y Charley y entre los cuatro podríamos haberle dado ases a Randall y ganarle igualmente la partida.

Las campanas de alarma sonaron en la cabeza de Packard.

—Estás ladrando al árbol equivocado, Hurley —declaró—. Voy por el mismo camino que Randall. Nada de lobos solitarios. Randall me hizo un trato y me pareció bien.

Hurley avanzó tambaleándose hasta situarse cerca del caballo de Packard, miró al hombre más joven, con toda la luz de la luna brillando en su rostro.

—Estás mintiendo, jovencito —declaró.

—Ningún Packard haría algo así. Estás pensando en hacerte cargo una vez que el oro esté donde tú quieres. Utilizarás a la banda de Randall para ayudar a retener la diligencia, pero Randall no verá ni un gramo de la mercancía.

—¿Y piensas hacer tratos conmigo?

Hurley replicó.

—Claro que sí. He cabalgado con tu viejo... Dime, ¿estará Charley en este asunto?

—¿Charley?

—Seguro, Page. Charley Page, Jim Davis y yo formábamos la

banda de los Packard. Ahora Jim está muerto y Charley se ha vuelto religioso pero...

Packard respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Así que Page sabía quién era yo todo el tiempo. ¡Ese hipócrita rastrero!

—Charley no es un hipócrita —espetó Hurley.

—Realmente sigue su religión. Solo que pensé que tal vez Charley podría estar desanimándose un poco y solo es humano...

—Pero —dijo Packard—. Page sabía quién eras.

—Claro, pero nunca dijo una palabra sobre mí y yo nunca le delaté. Randall sabía quién era yo, por supuesto, pero ninguno de los otros chicos. Nunca fuimos muy conocidos, como tu viejo. Él era el que estaba al frente, ya ves...

—Sí, sí, lo sé —dijo Packard, impaciente.

Hurley suspiró.

—Así que supongo que Charley no vendrá. Solo quedamos nosotros dos.

—Mira —soltó Packard—, tú eres el único que ha estado hablando de traicionar a Randall. Tú eres el que está enfadado por eso. Yo no he dicho ni una palabra.

—Ah, demonios —protestó Hurley—, puedes hablar conmigo. Yo era amigo de tu viejo.

—Supongo —dijo Packard—, que tendrás que venir conmigo. No conozco el camino.

Hizo girar a su caballo y miró el cadáver que yacía en un montón sin forma en el camino.

—Espero que puedas explicar por qué te convertiste en mi guía en lugar de Blade.

—Caramba —declaró Hurley—, eso no será difícil de hacer. Los muchachos no sabrán a quién envió Randall. No mencionaremos a Blade para nada. Pensarán que fui yo quien estuvo contigo todo el tiempo.

—De alguna manera —dijo Packard—, no me gusta lo que le hiciste a Blade. Parecía un buen hombre.

—A decir verdad —confesó Hurley—, preferiría que hubiera

sido otra persona. Puedo pensar en una par que hubiera preferido que hubieran sido. Blade fue el elegido... Pero no me has contado tus planes.

—No tengo planes.

—Mira, chico, no puedes engañarme. No puedes...

Packard se inclinó sobre su caballo.

—¿Me acompañas o no? —bramó.

—Claro. Claro, voy contigo.

Hurley ató la montura de Blade a uno de los pinos, se montó en el suyo y trotó por el sendero. Packard animó a su caballo a seguirle.

El estómago de Packard era un nudo plumizo de disgusto mientras observaba la forma oscilante de Hurley.

A sí que así eran las cosas, se dijo a sí mismo. Mataste a tiros a tus propios amigos, rompiste la alianza que te unía a tú propia banda, hiciste cualquier cosa que te permitiera meter tus dedos rastreros en un saco de oro. No tienes honor y caminas con la espalda encorvada contra una bala que puede venir de un hombre al que llamas amigo, porque en este negocio no existen los amigos... solo otros hombres a los que vigilas, preguntándote si llegará el día en que te maten o los mates por una onza o dos de oro, o por un fajo de billetes, o por cualquier cosa.

¡Incluso al predicador Page!

La luna subía más y desde algún saliente lejano un lobo aullaba solitario. Un búho se abalanzó sobre la cabeza de Packard, con un sonido apagado que flotaba en la noche. Pequeñas criaturas correteaban y se escabullían por el sendero rocoso.

Sus caballos doblaron un recodo pronunciado del sendero y en un valle encajonado ardía una pequeña hoguera.

Hurley volvió la cabeza.

—Ese es el campamento —dijo.

Packard asintió.

—¿Qué dices, chico? —preguntó Hurley.

—¿Tienes algo que decirme?

—Nada —dijo Packard.

Y por su mente cruzó un pensamiento: *No puedo confiar en ti, Hurley. ¿Cómo sé que eres honrado? ¿Cómo puedo estar seguro de que Randall no lo planeó todo solo para sondearme? Si hablara contigo, si realmente te dijera lo que tengo en mente, podrías pagarme con una bala en la cabeza.*

Pero Hurley había jugado limpio con Page, no le había dicho ni pío a Randall sobre quién era el Predicador. Y a Randall le habría servido de mucho saberlo, con Page amenazando con instaurar la ley marcial. Le habría dado a Randall un garrote que habría silenciado a Page o le habría hecho huir de la ciudad.

Eso era lo peor, se dijo Packard. Nunca se podía estar seguro.

Cuando llegaron, los hombres estaban esperando alrededor del fuego. Eran hombres de rostro duro que los miraron fijamente durante un largo rato sin hablar.

Finalmente, uno de ellos se adelantó.

—Hola —dijo.

—¿Eres el nuevo?

Hurley soltó una risita.

—Así es, Pinky. Uno nuevo que Randall quiere que domemos. Se llama Packard. El hijo de Steve Packard.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Pinky.

—Debería estar bien —dijo— si se parece en algo a su viejo.

Caminó hacia Packard, con la mano tendida.

—Me llamo Traynor, Packard. Pero todos los chicos me llaman Pinky.

Packard le estrechó la mano.

—Te presento a los chicos —dijo Pinky.

—Este viejo es Pop Allen. Y el de allí es Marks. El que está junto al fuego es Sylvester. Menudo nombre, ¿verdad?

Por un instante, el ojo izquierdo de Sylvester parpadeó, captando y reflejando el resplandor de la hoguera... y había algo en el rostro del hombre que hizo sonar campanas de reconocimiento en el cerebro de Packard... un recuerdo inquietante que hizo que sus pensamientos retrocedieran a lo

largo de los últimos días.

Las mejillas eran planas y los labios estaban apretados, pero había un ángulo en la barbilla y la forma en que el pelo le caía hacia atrás desde la frente que parecían encajar con alguna otra cara en Hangman Gulch.

Entonces Sylvester dijo:

—¿Qué tal, Packard? —y se adelantó con la mano extendida, una mano regordeta que no parecía hecha para empuñar un revolver de seis tiros.

Packard, apretando la mano de Sylvester, miró fijamente hacia ese ojo izquierdo que no brillaba.

De repente reconoció a Sylvester, y su mente reconstruyó la cara como la había visto antes... una cara con algún tipo de material plástico aplicado en las mejillas y delante de las encías para hinchar las mejillas y los labios, para distorsionar la cara de modo que, una vez pegado el estúpido bigotito, nadie pudiera reconocer al hombre.

Habló en voz baja, sin apenas mover los labios, para que nadie más pudiera oírle.

—Veo —le dijo a Sylvester —que has encontrado tu ojo.

CAPÍTULO V

¡NO DESPERDICIAMOS PLOMO!

Desde el fondo del cañón llegaba el débil traqueteo de las ruedas, el ruido sordo de los cascos de los caballos.

Agazapado en un grupo de enebros junto al sendero, Packard contempló la hendidura acanalada entre las rocas que trepaba, serpenteando hacia lo profundo de la montaña.

Volvió a oírse el lejano chirrido de las ruedas y Packard, aguzando el oído, se tensó y luego volvió a relajarse. Con los ojos entrecerrados contra el sol de la mañana, hizo balance de la

situación.

Pinky estaba al otro lado del sendero, casi enfrente de donde Packard se agazapaba tras el enebro. Marks estaba más arriba. Sylvester y Hurley estaban entre él y Marks, cada uno a su lado del sendero. Pop Allen estaba en el pequeño cañón lateral, a un cuarto de milla de distancia, sujetando los caballos.

Los cuatro, les había dicho Pinky, debían dejar pasar a la diligencia, debían permanecer fuera de la vista hasta que Marks saliera y disparara un tiro, primero al aire, por encima de la cabeza del cochero, y luego a la cabeza si se movía.

Sylvester debía cubrir al escolta de la escopeta en el asiento junto al conductor, con Hurley como apoyo. Packard y Pinky se encargarían de los demás guardias, si es que los había. Probablemente los habría, había dicho Pinky... en el techo.

Packard sintió que el sudor le resbalaba por la cara detrás del pañuelo azul que le servía de máscara.

Estaba nervioso, se dijo, algo sorprendido. Y no debería estar nervioso. Porque nunca había necesitado la seguridad de manos y ojos que podría necesitar en los próximos minutos.

Sabía que la oportunidad que esperaba llegaría en ese primer momento de acción rápida, cuando Marks salió al sendero y levantó su arma.

Con cautela, Packard entrecerró los ojos en dirección al sendero, tratando de distinguir las posiciones de los demás. Sabía dónde debían estar, pero no había nada que los delatara. Ni el aleteo de un pañuelo soplado por el viento, ni un atisbo de color en los enmarañados arbustos, ni un arbusto que se moviera.

Hurley estaría ahí arriba en alguna parte. Hurley, que había eliminado a Blade cuando este ni siquiera miraba y así se había conseguido una carta. Sabía que Hurley lo estaría observando, esperando la señal que lo pondría en acción. Hurley no era tonto. Hurley sabía que había algo en el viento, probablemente estaba más que un poco molesto porque el hijo de su viejo amigo y compañero de ruta no se lo había revelado.

Y sin embargo, se dijo Packard, no podía habérselo dicho,

porque en realidad no había nada... ningún plan bien definido, ningún curso de acción pensado. Solo una corazonada de que llegaría una oportunidad, esperando la ruptura que le daría ventaja. Y cuando llegara, no habría tiempo para pensar, ni para planificar... tendría que actuar por instinto.

Y ahí estaba Sylvester. ¿Dónde encajaba Sylvester? El hombre tenía un ojo de cristal, pero uno tan perfecto que sus compañeros de ruta nunca lo habían descubierto. De haberlo hecho, habría llevado un apodo que le habría señalado como un hombre de cierta distinción. Aquel ojo le habría proporcionado más de una burla, más de una broma de mal gusto, más de un cuento chino.

Si Sylvester era un miembro de buena fe de la banda de Canyon, ¿por qué iba a estar en Hangman Gulch, con la cara disfrazada y un traje a cuadros? E incluso si quería pasarse sin que nadie supiera quién era, ¿por qué toda esa ridícula historia de que había perdido su ojo de vidrio? Una cosa así no conseguiría nada, salvo llamar la atención sobre él.

El traqueteo de las ruedas estaba ya más cerca y el clop de los cascos de los caballos se oía claramente en el polvo. Alrededor de la curva se levantó una espesa nube, el polvo que se deslizaba lentamente agitado por el paso del carruaje.

Packard se agachó tras el enebro, sacó con cuidado los revólveres del cinturón y los sujetó con manos seguras y hábiles.

La diligencia giró en la curva, los caballos se lanzaron cuesta arriba y los arneses crujieron por el esfuerzo. El conductor se inclinó ligeramente hacia delante, con las riendas sueltas en las manos, pero su cabeza se movía de un lado a otro, observando los arbustos a lo largo del camino. A su lado, el escopetero estaba sentado en posición vertical, con la culata del arma apoyada en la rodilla, la boca apuntando al cielo y la mano izquierda agarrando el cañón. Otro hombre se puso de rodillas encima de la diligencia, con el rifle preparado.

La diligencia pasó atronando entre los matorrales. Una rueda crujió; terrones de tierra polvorienta cayeron de debajo de las

ruedas que giraban lentamente y cayeron en los surcos que aún despedían polvo tras el paso de las herraduras.

Con la respiración entrecortada, Packard lo vio pasar. Sus dedos se movieron ligeramente, tomando de nuevo las empuñaduras de los seis tiros.

Con cuidado, levantó un poco la cabeza, miró fijamente tras el carruaje, oyó los segundos latir en su cabeza mientras el tiempo se ralentizaba hasta convertirse en una agonía.

Un hombre surgió de entre los arbustos, como salido de una caja de sorpresas cuando alguien abre el pestillo. Un hombre que gritó, levantó un arma y disparó.

El cochero tiró bruscamente de las riendas. Los caballos se encabritaron; correas de cuero, patas delanteras separadas, melenas enredadas, todo mezclado en un montón.

El escolta de la escopeta levantó a medias su arma, se sacudió hacia delante cuando sonó el estruendo de un revólver y luego se dobló por la mitad como si fuera una bisagra. Por un momento se quedó allí suspendido, grabado contra el sol de la mañana, un hombre encorvado con el arma escapándosele de las manos. Luego, lentamente, se inclinó hacia delante como un buzo que se desploma sobre la borda, se precipitó entre los caballos y cayó bajo sus pies.

El guardia que estaba en lo alto del vagón se había puesto en pie de un salto y se había llevado el rifle al hombro en un rápido y fluido movimiento. Un arma escupió con furia detrás de él, como un gato rabioso, y el guardia se puso rígido se tambaleó, cayó y rodó, se deslizó a medio camino fuera de la diligencia y se quedó allí, con la rodilla atrapada por debajo de la barandilla baja de hierro que corría a lo largo de la parte superior. Sus manos colgaban sin fuerza y se balanceaban lentamente de un lado a otro, como péndulos inestables, mientras la sangre le goteaba de la boca y salpicaba el polvo.

Luego no se oyó más sonido que el del conductor hablando a los caballos, hablando en un tono tranquilizador que chirriaba de terror oculto, tratando de calmar a los animales que se

encabritaban se lanzaban y luchaban contra los bocados mientras pataleaban y esquivaban la cosa ensangrentada que rodaba bajo sus cascos.

Packard se había levantado del enebro, pero no se había movido, ni siquiera había levantado el arma. La acción había sido demasiado rápida, la mortal ejecución a tiros demasiado bien planeada.

Miró a Pinky a través del sendero y, por encima de su máscara de pañuelo rojo, los ojos de Pinky brillaban de excitación. Todavía salía humo de la pistola que sostenía en su mano peluda.

—Así es como lo hacemos, chico —dijo Pinky.

—Rápido y limpio. Sin perder tiempo ni balas.

Y lo que decía era cierto, se dio cuenta Packard. Solo habían transcurrido unos segundos desde que Marks había salido de entre los arbustos, solo se habían efectuado tres disparos y ya había dos hombres muertos.

Marks se había puesto a la cabeza de los caballos, estaba luchando con ellos hasta detenerlos mientras Hurley seguía apuntando con su arma al conductor que intentaba dominar a los caballos.

Sylvester hablaba con alguien en el interior del carruaje, con voz distendida, casi como si estuviera charlando con el vecino de al lado.

—No hay motivo para alarmarse, señora —decía.

—Los muchachos no pretenden hacerle daño ni siquiera a un pelo de su cabeza. Solo tiene que salir y sentarse a la sombra mientras recogemos el polvo. Eso es todo lo que queremos. Tomaremos el polvo y nos iremos galopando.

Pero aún tenía una pistola en la mano y la mantuvo en posición mientras se acercaba, agarraba el picaporte y abría de un tirón la puerta del carruaje.

—Por favor, señora —dijo.

—Sea sensata. Gritar no la ayudará en nada.

—No tengo intención —le dijo la mujer —de gritar ni chillar. Pero no voy a salir. Me quedo aquí.

La voz hizo que Packard sintiera un escalofrío de miedo, un escalofrío gélido que lo aferro y lo retuvo como una garra poderosa. Porque él conocía esa voz, la había oído la noche anterior...

—Dice —le dijo Sylvester a Pinky —que no va a salir.

—Al infierno que no —gruñó Pinky.

Rápidamente se adelantó, se abalanzó hacia la puerta del carruaje y metió la mano. La mujer gritó y Pinky tiró de ella, sacándola por la puerta, saltando hacia atrás para escapar de sus garras. Tropezó y cayó en el polvo.

—Levántenlas —gritó Packard.

—Levántenlas y manténganlas arriba. Yo me encargo.

Sylvester y Pinky se dieron la vuelta, miraron fijamente las bocas de las armas que les fruncían el ceño desde los puños de Packard.

—¡Estás loco! —gritó Pinky.

—No puedes...

Una de las pistolas de Packard escupió llamas y humo y el sombrero de Pinky se elevó en el aire, planeó rápidamente hacia abajo y cayó al suelo.

—El próximo —dijo Packard—, será justo entre los ojos.

Con los ojos muy abiertos, los dos levantaron las manos, muy por encima de sus cabezas.

—Apártese, señorita Page —dijo Packard en voz baja.

—Podría haber algún tiroteo si estos caballeros se inquietan.

—Es usted demasiado considerado —le dijo la muchacha.

—¿Por qué no les disparas?

—Quítate de en medio —espetó Packard—. Aquí la gente hace lo que yo digo que hagan.

Levantó la voz.

—Marks, baja por aquí. Hurley, sube y saca el oro. Ustedes dos, muchachos, tiren sus armas.

Un mazazo le golpeó el hombro, le hizo girar y cayó hacia delante, con el suelo precipitándose hacia él a la velocidad de un tren expreso. A través del rugido en sus oídos llegó el hosco ruido de un rifle de alta potencia.

Pop, pensó. Pop Allen. Me había olvidado de ese maldito viejo loco. ¿Qué quería decir con meterse? No tenía nada que hacer. Se suponía que debía estar en el barranco sujetando los caballos.

Golpeó el suelo y explotó, navegando en el espacio, parte de él yendo en una dirección y parte en otra... pero finalmente las piezas volvieron a juntarse y volvió a estar entero y se revolcó en un lecho de dolor y sed.

Una voz dijo:
—Está volviendo en sí.

Otra voz le dijo:

—Basta ya de tonterías, Marks. Sería una pena colgarlo y que no se enterara.

—Deberían arrastrarlo de vuelta y colgarlo junto a Cardway — sugirió alguien más.

La voz que había hablado, protestó.

—Está demasiado lejos. Y de todos modos, Randall no quiere darle mala fama a Hangman Gulch. Los ahorcamientos en la ciudad tienen que ser legales... vigilantes y todo lo demás.

Las palabras se filtraron en el cerebro de Packard, se filtraron y se cocinaron a fuego lento, los pensamientos luchaban por encontrar significado.

A Packard le dolía el hombro izquierdo con un palpitar sordo y monótono que latía y latía, como si alguien lo estuviera golpeando con un martillo acolchado. También le dolía la garganta y, cuando levantó la mano derecha para palparla, había algo allí. Algo duro y áspero que le apretaba fuertemente.

Agarró débilmente la cosa que tenía alrededor del cuello, intentando aflojarla para poder respirar con más facilidad. Estaba sentado en el suelo, con las piernas estiradas hacia delante y la espalda apoyada en el tronco duro y rugoso de un árbol de buen tamaño. Apretó más la espalda contra el árbol y sintió cómo la corteza escamosa le mordía la carne.

Sentado contra un árbol, con una cuerda alrededor del cuello. Y probablemente el otro extremo de la cuerda estaba en una rama

por encima de su cabeza. Un tirón... un buen y fuerte tirón dado por dos o tres hombres y se balancearía a sus anchas. Se columpiaría como Cardway... como Cardway se columpiaba con la brisa que soplaba desde el lecho del cañón.

—Dame ese cubo de agua —dijo una voz.

—Maldita sea, se está haciendo el muerto.

El agua salpicó la cara de Packard con fuerza punzante, corriendo en riachuelos helados por su pelo y por su cuello, empapando su camisa.

Packard sacudió la cabeza, abrió los ojos y se quedó mirando al hombre que tenía delante.

CAPÍTULO VI

UN ASUNTO CON PLOMO CALIENTE

Pinky sostenía el cubo en la mano y Hurley estaba a su lado, con una mano en la culata de su pistola. Marks estaba apoyado contra un árbol, sujetando el extremo libre de la cuerda que bajaba de la rama por encima de la cabeza de Packard. Sylvester se acuclilló sobre sus talones a unos metros de donde estaba Hurley. Pop Allen estaba poniendo leña en un pequeño fuego recién encendido.

Detrás de Pop, Packard vio a Alice Page atada a otro árbol. Tenía las manos atadas a la espalda y una línea oscura de barro en la cara. Había perdido su sombrero y su cabello, suelto, le caía sobre un hombro. El vestido también estaba manchado de polvo y suciedad

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Pinky.

—Mejor —dijo Packard—, de lo que te vas a sentir cuando acabe contigo.

—Vamos a colgarte —le dijo Pinky.

—Vamos a colgarte y a dejarte aquí colgado para que te coman los cuervos.

Marks se rio, mostrando los dientes a través de su espesa barba.

—Lo olvidaste, Pinky. No vamos a dejarle colgado. Esta es mi cuerda y no pienso perderla. Es una cuerda demasiado buena para irse y dejarla.

El rostro de Alice Page se contrajo de horror. Ella y Packard estaban a solo unos metros de distancia. Captó la mirada de la chica y la sostuvo durante unos segundos.

—¿Qué van a hacer con ella? —preguntó.

Marks volvió a reír, una risa aguda y desagradable. Pinky dijo:

—La retenemos hasta que su viejo se ponga en regla. Ha estado armando demasiado jaleo para que le guste al jefe.

Packard se quedó mirando a la chica. Seguía con la cabeza alta, alta con esa inclinación hechizante que él recordaba de las otras veces que la había visto.

—*No le hagas caso* —le había dicho el predicador Page.

—*Solo está enfadada porque la estoy enviando lejos de aquí.*

Pero el predicador Page no le había dicho que se marchaba a la mañana siguiente y él no había preguntado. Debería haber avisado al viejo. Debería haberle dicho que no la enviara en la siguiente diligencia. Pero habían habido otras cosas en las que pensar, otras cosas que decir.

Randall lo sabía, por supuesto. De alguna manera Randall se había enterado. Hurley, tal vez. Hurley y Page aún eran amigos y Hurley podría haberlo sabido. Y Hurley haría cualquier cosa que le sirviera.

No era solo el oro lo que Randall quería sacar de la diligencia. Había sido la chica también... la chica para usarla como látigo sobre la cabeza del predicador Page. Una forma de hacer que Predicador se doblegara, de hacerle olvidar lo de la ley marcial, de acallar sus demandas de ley y orden.

Marks movió la cuerda y esta se tensó en la garganta de Packard con un tirón que lo estranguló.

—¿A qué demonios estamos esperando? —preguntó Marks.

—Más vale que colguemos a este duro de pelar y sigamos nuestro camino.

—Espera un segundo —dijo Packard.

Lentamente se puso en pie, se apoyó en el árbol, con la cabeza ligera y mareada por el esfuerzo de valerse por sí mismo.

—Pierdes el tiempo —gruñó Pinky.

—No puedes liberarte de esa cuerda. Ya te tenemos muerto y aunque hablaras un millón de años aún te colgaríamos.

Packard miró a Hurley y los ojos del hombre se apartaron, reacios a encontrarse con su mirada. Sylvester seguía en cuclillas sobre sus talones, rascando el suelo con un palo que había cogido, con el sombrero de ala ancha tapándole la cara.

—Si tienes algo que decir —dijo Pinky—, adelante, escúpelo. No somos de los que niegan a un hombre la última palabra. Y fúmate un último cigarrillo, si quieres. Hurley te dará de fumar.

—Al diablo —gritó Hurley. Llevó la mano a la culata y el arma salió disparada, como un destello de acero bajo la brillante luz del sol. Packard, sobresaltado, se agachó contra el árbol, con los músculos del estómago contraídos como si al contraerlos pudieran servir de armadura contra la bala que se acercaba.

Sylvester entró en acción desde el suelo. Como un resorte comprimido, se levantó y se lanzó contra el brazo de Hurley. El arma tosió bruscamente y una bala se estrelló con un golpe seco contra el tronco del árbol, a pocos centímetros de la cabeza de Packard.

El arma voló de la mano de Hurley y este retrocedió un paso, acariciándose la muñeca retorcida.

—Maldito seas —gruñó.

—Te...

—Adelante —le invitó Sylvester—. Adelante, hazlo—. Su mano se cernía como un halcón expectante sobre su culata del revólver seis.

Hurley no se movió.

—Adelante, súbelo —gritó.

—¿A qué esperas? ¿Qué...?

—Pareces demasiado ansioso por que lo suban —dijo Marks.

—Quizá haya una razón para ello. Ahora que lo pienso, fue a ti a quién dijo que subieras y bajaras el oro. Parece que estaba seguro de que lo harías sin causar problemas. Parece que deberíamos hablar...

—¡Hablar! —gritó Hurley—. Eso es todo lo que ustedes hacen. Se sientan a hablar y nunca hacen nada.

—¡Cállate! —estalló Pinky.

Hurley lo fulminó con la mirada.

Agazapado contra el árbol, Packard cerró los ojos, sintió que el latido de su hombro herido le sacudía todo el cuerpo. Tenía la esperanza de que Hurley le ayudara. Pero eso había quedado descartado. Hurley lo había abandonado como a una patata caliente en el momento en que su cuerda se había agotado. Hurley no era un hombre que apoyara causas perdidas.

—Lo que dice Marks es cierto —afirmó Pinky.

—¿Qué sabes tú de Packard, Hurley?

—Nada —dijo Hurley.

—Es un hombre nuevo, eso es todo.

—Yo puedo decirte algo sobre él —dijo una voz nueva.

Packard abrió los ojos.

—No te metas en esto —advirtió.

Pero Alice Page no le prestó atención. Estaba mirando a Pinky y en sus ojos ardía un desafío amenazador.

—El señor Packard —dijo— es un *marshal* de los Estados Unidos.

Una bomba de silencio irrumpió en el grupo, una bomba de frío y silencio.

Las palabras de Alice Page gotearon a través de la quietud.

—Si le matáis —dijo— os perseguirán como a perros rabiosos. El gobierno nunca olvida una cosa así. No es como matar a cualquiera, ya lo saben.

Pinky se acercó lentamente a la chica.

—Mientes —gruñó.

—Sabes muy bien que no es un *marshal*. No actuó como un *marshal* allí con la diligencia. Le dijo a Hurley que subiera y tirara

las bolsas de polvo y ningún *marshal* haría eso. Y no dijo nada de arrestarnos. A un *marshal* siempre se le va la cara por arrestar a alguien.

Se detuvo y se plantó frente a la muchacha, pero Alice Page permaneció impassible, con la barbilla alta.

—Adelante, entonces —desafió.

—Adelante, cuélgalo y verás lo que te pasa. Es lo más seguro que puedes hacer para acabar con tu podrida banda.

Pinky le tiró del brazo.

—Tengo la idea de abofetearte —gruñó.

—Pequeña sucia...

—¡Pinky! —gritó Packard.

Pinky se dio la vuelta.

—Deja a la chica en paz —advirtió Packard.

—Ella no está metida en esto. Solo está haciendo lo que puede para ayudarme.

Pinky se mofó.

—Es dulce contigo, ¿eh?

—Maldita seas, Pinky —rugió Packard. Clavó el talón y se aferró al árbol, pero Marks tiró con fuerza de la cuerda y él retrocedió, arrastrando los talones, con el nudo más apretado alrededor de la garganta. Con la única mano sana, se aferró al árbol y se quedó jadeando.

A través del espacio que los separaba, miró a Alice Page.

—Ha sido un buen intento, señorita —susurró— y muchas gracias, pero no se sostiene.

Deliberadamente, Pinky se dio la vuelta, balanceando el brazo con él. Su palma golpeó con la mano abierta la boca de Alice Page y la hizo retroceder, tambaleándose contra el árbol. Sus piernas cedieron, pero la cuerda que le ataba las manos no la dejó caer y permaneció de rodillas.

Desde donde estaba, Packard pudo ver la huella blanca de la mano de Pinky en su cara y movió un pie hacia delante y luego lo retiró. Por pura fuerza de voluntad, se mantuvo

contra el árbol, con el cuerpo rígido mientras la llama del odio y la rabia lo devoraba como un incendio.

Sabía que no le serviría de nada intentar una nueva embestida. Marks estaba esperando, observándole, con una sonrisa detrás de la barba. A Marks le gustaría que intentara alcanzar a Pinky o a la chica.

—La próxima vez —dijo Pinky, salvajemente —te romperé el cuello.

Giró sobre sus talones y miró a Hurley, con el ceño fruncido.

—Hurley —dijo Pinky—, será mejor que hables. Y que sea rápido y directo.

Hurley no habló. Se movió. Un segundo estaba frente a Pinky, con las manos colgando a los lados, y al siguiente se lanzaba por la pistola que Sylvester le había arrebatado de las manos. De un salto estaba a su lado, agachado, cogiéndola con un movimiento relámpago.

Los brazos de Pinky saltaron y sus pistolas se encendieron bajo el sol del mediodía cuando salieron susurrando de las fundas.

A quemarropa, las pistolas rugieron fuego y humo, y resonaron tres disparos más, fusionándose en uno. El pañuelo que rodeaba el cuello de Pinky se sacudió como por una ráfaga repentina de viento, y Hurley comenzó a caer bajo la brillante luz del día, moviéndose torpemente de un pie a otro en un intento de ponerse de pie.

La pistola se le escapó de los dedos y cayó suavemente, mientras trataba de levantarla del suelo con su mano muy por encima de ella. Luego, con suavidad, casi como si quisiera hacerlo, se desplomó y quedó acurrucado sobre la hierba.

Pinky se puso de pie sobre sus piernas separadas, observando la caída de Hurley, luego volvió a guardarse tranquilamente las pistolas humeantes en el cinturón y le dio la espalda al cuerpo de Hurley.

Su rostro era casi agradable mientras hablaba con Packard.

—Supongo —dijo— que no tendrás tiempo para ese cigarrillo, después de todo.

Señaló con la cabeza a Marks.

—Adelante.

—Caray —protestó Marks—, no esperarás que lo haga yo solo. Packard pesa cerca de cien kilos.

—Pop —ordenó Pinky—, ve a echar una mano a Marks.

Pop se levantó lentamente y avanzó.

Packard se enderezó, tenso contra el árbol, con los pensamientos agitándose en su cerebro. Le iban a colgar. Ejecutado por un hombre musculoso y barbudo y un viejo arrugado mientras un hombre llamado Pinky se quedaba a un lado mirando.

Y no había nada que pudiera hacer al respecto... nada.

Pop refunfuñaba.

—Diablos, ¿por qué no le disparas, Pinky? Esto es demasiado trabajo.

—Un momento —dijo una voz y Packard torció el cuello, vio a Sylvester de pie casi a su lado. Sylvester se había puesto el sombrero en la nuca y tenía las dos pistolas desenfundadas.

Pinky se quedó mirando.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—¿No se puede colgar a un hombre sin todo el jaleo que ha habido aquí?

—Posiblemente —dijo Sylvester, conversando.

—Pero no vas a hacerlo, Pinky. Ahora mismo, no colgarás a nadie en absoluto.

La cara de Pinky se retorció con una rabia repentina y violenta y su mano se crispó hacia arriba. La pistola en la mano izquierda de Sylvester saltó y escupió y Pinky chilló cuando la bala le destrozó la muñeca.

Por el rabillo del ojo, Packard vio que Pop y Marks iban por sus armas y que Sylvester giraba sobre sus talones para salirles al encuentro. Vio que Marks había soltado la cuerda. Era su oportunidad.

Packard bajó la cabeza, encorvó su único hombro bueno y empujó con toda la fuerza de sus piernas. Por encima de él oyó el

suave siseo de la cuerda corriendo por la rama.

Sintió cómo su hombro y su cabeza se estrellaban contra la carne que cedía, sintió la lanza de dolor que le atravesaba el brazo destrozado y el otro hombro. Entonces Pinky cayó, hacia atrás, y Packard se tambaleó, con las piernas abiertas sobre el líder de los forajidos que se tambaleaba en el suelo.

Una bota con espuelas se abalanzó sobre él y Packard se apartó, se lanzó de nuevo sobre el cuerpo extendido del hombre, con la mano derecha extendida, apuntando a la garganta desnuda.

Sintió la suavidad de la garganta bajo sus dedos y estos se cerraron con una violencia similar a la de un tornillo de banco, mientras en su cerebro ardía una ira sorda y creciente.

Debajo de él, Packard sintió que Pinky buscaba una pistola, tanteando a ciegas con su mano izquierda, que no estaba herida, el arma que llevaba en el cinturón. Salvajemente, tiró hacia arriba de la garganta que tenía agarrada, como si quisiera arrancársela, y luego la volvió a estrellar contra el suelo con toda la fuerza de sus poderosos músculos. La cabeza de Pinky sonó como un huevo que se rompe, rebotó y giró hacia un lado de forma horrible al chocar contra el suelo.

Pero aun así los dedos de Packard mantuvieron su agarre, se hundieron más al recordar las marcas de su mano en la cara de Alice Page.

Detrás de él oía el rugido y el estruendo de los disparos de las Colts, pero había un trueno en su cerebro que ahogaba cualquier otro sonido. Sintió que se inclinaba hacia delante, que una nube de niebla roja le entraba por los ojos y se arremolinaba en su cabeza.

Sus dedos se aflojaron y su mano se desprendió de la garganta y se arrastró a ciegas, como un perro sobre manos y rodillas.

—¡Levántate, hombre! —le gritó una voz y se puso en pie tambaleándose mientras se le aclaraba la vista. Sacudió la cabeza y vio a Sylvester de pie ante él, mientras que detrás de Sylvester asomaba un rostro blanco y brumoso que él sabía que era el de

Alice Page.

Sylvester se pasó la mano por la cara. Fue arañado por una bala, por lo que la sien, el pómulo y el cabello de un lado estaban manchados de sangre.

Marks yacía en el suelo, con los brazos extendidos por encima de la cabeza y un reguero rojo empapando su barba negra como el carbón. Pop Allen estaba sentado con la espalda apoyada en un árbol y se llevaba las manos a un costado. Como un niño, pensó Packard. Como un niño que ha comido manzanas verdes y tiene dolor de barriga.

El rostro de Sylvester se enfocó mejor y Packard le habló.

—Señor —dijo— aún me pregunto de qué va todo esto.

—Creía que lo habías adivinado —le dijo Sylvester.

—Creí que lo sabías cuando te enteraste de lo de mi ojo.

—Sabía que pasaba algo —confesó Packard—, pero no podía averiguarlo.

—Soy un detective de seguros.

—¿Q-que? —dijo Packard.

—Un detective de seguros. Randall, verás, estaba trabajando en ambos sentidos. Aseguraba el oro que embarcaba en la diligencia. Luego asaltaba la diligencia y se quedaba con el oro. Luego nos embaucaba con el dinero del seguro.

Sylvester volvió a limpiarse la cara, dejándose manchas rojas en la mejilla.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo.

—Quítate esa cuerda del cuello. La Srta. Page te curará el hombro mientras yo busco unos caballos.

—¿Les importaría —preguntó una voz— quedarse aquí tan solo un momento?

Los tres se giraron y se quedaron mirando al hombre que montaba un gran caballo bayo justo al borde del pequeño claro. Un hombre vestido de Levita negra, chaleco tostado, corbata de seda blanca. Un diamante destellaba a la luz del sol cuando el hombre les apuntó con su Colt.

—Parece —dijo Randall— que os he descubierto. Será mejor

que te quites esas pistolas, Sylvester, y te alejes de ellos.

Lentamente, Sylvester se desabrochó el cinturón y lo dejó caer al suelo. Con su revólver, Randall les hizo señas para que se alejaran.

Se rio entre dientes, observándolos.

—Lástima —dijo—. Casi se salen con la suya.

—Quizá esta vez no se hayan salido con la suya —dijo Alice Page—. Puede que estos dos hombres nunca se salgan con la suya. Pero alguna vez alguien lo hará. No se puede seguir así eternamente.

Randall inclinó su sombrero, pero su pistola seguía inquebrantable en su mano.

—Cuánta razón tiene, señorita Page —dijo—. Y ahora, si se aleja y da la espalda...

—Siempre un caballero —dijo Packard, amargamente—. Por nada del mundo dispararías a un hombre delante de los ojos de una mujer.

—Claro que no —dijo Randall—. Hay ciertas buenas maneras sociales que no se pueden ignorar.

Hizo girar a su caballo y levantó el revólver.

—Señorita Page, por favor...

—¡No! —gritó Alice Page.

—No puede... no puede...

Ella corría hacia él, con los brazos en alto como si quisiera protegerse de la bala que el arma iba a disparar.

—¡Alice!

Aquel grito fue como el de un toro y detuvo a la muchacha a mitad de la carrera, haciéndola darse vuelta.

—¡Padre! —gritó.

El predicador Page estaba bajo el árbol donde yacía Pinky con el cuello caído y tenía un pesado rifle preparado.

—Aléjate, niña —gritó.

Randall levantó el revólver y se puso rígido. El cañón del rifle en la mano del viejo le apuntaba a la cintura. Si el arma se

disparaba...

—Tira el arma, Randall —dijo el Predicador.

—Tírala y bájate de ese caballo.

Randall dudó.

El Predicador entornó los ojos.

—No soy un hombre —dijo— que desee derramar sangre, pero si no tiras esa pistola, te atravesaré tus sucias tripas.

Randall tiró el arma y se bajó del caballo. Sylvester se bajó y recogió el arma.

Lentamente, el Predicador se acercó a Randall.

—Comprueba si tiene otras armas —le dijo Page a Sylvester.

Rápidamente, Sylvester pasó las manos por el abrigo de Randall.

—Ni una —dijo.

El predicador apartó su rifle a un lado.

—Levanta los puños —le dijo a Randall.

—Voy a darte la peor paliza que un hombre haya recibido jamás.

Randall saltó hacia delante, con un puño extendido y el otro preparado para asestarle un golpe mortal. El Predicador se agachó, se deslizó por debajo del puño y descargó un puñetazo que hizo retroceder a Randall.

Luego, los dos estaban enfrentados, luchando cuerpo a cuerpo, golpeando, absorbiendo el castigo, en un silencio sepulcral. Sus pies batían la hierba con paso firme y se oía el ruido de la carne sobre los huesos, la respiración agitada, el gruñido sordo y la respiración jadeante de hombres decididos que luchaban con un odio mortal.

Randall se debilitaba. Bajo los mazazos del ministro, estaba retrocediendo. Una vez intentó escapar y huir, pero el Predicador lo persiguió, se acercó y forzó la lucha.

El final no se hizo esperar. Un golpe hizo tambalearse a Randall y el Predicador se lanzó al ataque, un derechazo a la mandíbula, un izquierdazo al corazón, otro derechazo a la mandíbula que levantó a Randall de sus pies y lo arrojó al suelo.

Durante un largo instante, el viejo permaneció de pie a la luz del sol sobre el hombre caído, con el pelo blanco brillando y agitándose con la brisa, el pecho subiendo y bajando mientras jadeaba.

Luego se dio la vuelta, se acercó a los tres, se quitó el abrigo y se alisó los puños de la camisa.

—¿Alguno de vosotros necesita a este hombre? —preguntó.

—Yo —le dijo Sylvester.

El Predicador miró a Packard con severidad.

—Esperaba que fueras tú.

Packard negó con la cabeza.

—Yo no. Supongo que volveré a cabalgar. No tiene sentido volver a Hangman Gulch.

El Predicador extendió el brazo y atrajo a Alice a su lado.

—Estaba preocupado por ti, niña —dijo—. Pensé que había sido una tontería enviarte en esa diligencia. Así que cogí un caballo y cabalgué. Pensé que podría alcanzarte y hacer de guardia. Verte pasar a salvo. Pero llegué demasiado tarde. Oí disparos...

Se frotó los ojos con una mano nudosa.

Packard se llevó la mano a la garganta y se sorprendió al ver que la cuerda seguía colgando. Violentamente soltó la soga, la arrojó por encima de su cabeza, se dio la vuelta y se alejó.

Había un caballo atado en el bosque. Sería fácil llegar hasta allí dando un paseo. Luego se subiría a la silla y estaba seguro de que nadie se molestaría en atraparlo.

Después de todo, era casi tan malo como Pinky o cualquiera de los otros. No tanto, quizá, pero no porque no lo hubiera intentado. Era inútil intentar engañar a nadie. Había intentado conseguir ese oro, lo había intentado tanto como cualquiera de los otros.

—¡Packard!

Oyó el sonido de unos pies detrás de él, se detuvo y esperó. Lentamente se giró para mirar al viejo.

—Sí, ¿qué pasa?

—Vas a volver con nosotros —dijo Page.

Packard negó con la cabeza.

—No, Predicador. Hangman Gulch va a ser un pueblo respetable ahora que Randall y su banda han sido eliminados. Y yo no pertenezco...

—Mira, Packard —dijo el Predicador.

—Quiero que me escuches. El próximo domingo subiré al púlpito y le diré a la gente quién soy. Y quiero hacer un trato contigo...

Packard jadeó.

—Pero no puedes hacerlo. Estás en una buena posición. No hay razón para hacerlo.

—Sin embargo, hay una razón. Tengo que ser sincero conmigo mismo. No puedo seguir viviendo una mentira.

—De acuerdo —convino Packard.

—Como quieras. Pero no veo qué tiene que ver conmigo.

—Te dije que tenía un trato —dijo el Predicador—. Si la gente me echa, nos iremos los tres, tú, yo y Alice. Pero si me dejan quedarme, nos quedaremos los tres.

Packard miró a Alice más allá del Predicador y vio que ella sonreía.

—¿Es un trato? —preguntó el Predicador.

—Es un trato —respondió Packard, sin mirarle siquiera.

FIN

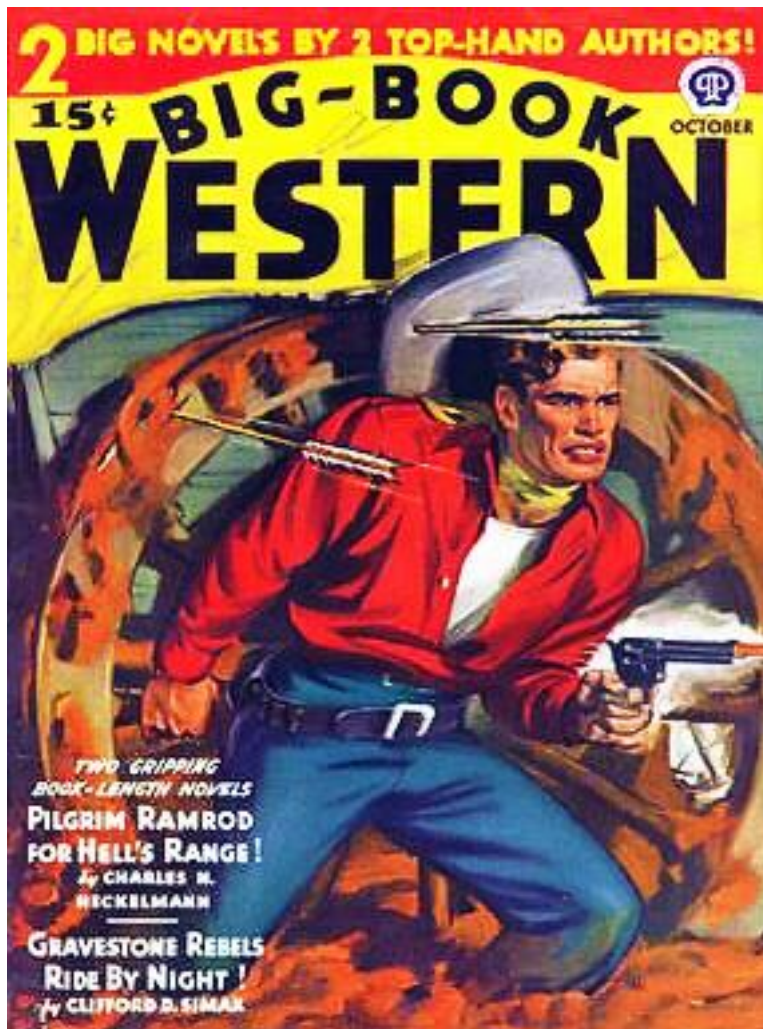
¡LOS REBELDES DE GRAVESTONE CABALGAN DE NOCHE!



Como las revistas *pulp* las consideraban, esta historia es una novela, una de las dos que encabezaban los seis relatos y tres “artículos informativos” incluidos en el número de octubre de 1944 de *Big-Book Western Magazine*, en el que apareció. Los diarios de Cliff Simak no muestran que escribiera una historia con este título, pero sí que le pagaron 177 dólares, en 1944, por una historia titulada “*Sixguns Write the Law*”(Los seis tiros escriben la ley), y el héroe de esta historia era un abogado de la frontera, por lo que parece razonable concluir que se trata de esa historia.

Supongo que la cuantía del pago al autor reflejaba la extensión del relato...

David W. Wixon



The Gravestone Rebels Ride by Night!
Big-Book Western Magazine, Octobre 1944

CAPÍTULO I

¡LA MUERTE LLEGA A LA CIUDAD!

Todavía salía humo de lo que había sido una cabaña situada bajo los álamos que crecían junto al manantial. Las brasas, cubiertas de ceniza gris, aún desprendían un calor sofocante. Los propios álamos, marcados por las llamas, permanecían inertes, con las hojas marchitas y las ramas caídas.

Pero había ardidido algo más que troncos y muebles caseros. Debajo de dos maderos humeantes yacía una silueta, cubierta de ceniza y ennegrecida por el fuego, que no podía ser ni tronco ni mueble, ni baúl de cuero de buey ni silla de montar manchada de sudor.

Shane Fletcher se llevó a una mano varias de las cosas que había encontrado en el suelo y se quedó mirando la silueta bajo los maderos, arrugando la nariz por el hedor que le decía, mejor que la propia silueta, lo que había entre las cenizas.

Las cosas que llevaba en la mano tintinearón al moverlas.

—¿Encontraste algo? —preguntó el hombre que estaba sentado en el asiento de la carreta, con ambas manos agarrando el cayado plantado rígidamente ante él.

—Sí —dijo Fletcher.

—¿Vainas?

—¿Cómo lo supiste?

—Mis oídos —dijo Johnny el Ciego.

—Las estás moviendo. Tintinean.

—Tres de ellas —le dijo Fletcher—. Disparadas no hace mucho. Todavía huelen a pólvora.

—¿Sangre en la hierba? —preguntó Johnny.

Fletcher negó con la cabeza.

—No. Lo cogieron cerca de la puerta, le gritaron que saliera y

lo acribillaron cuando salió.

Un perro salió de entre la maleza junto al manantial y se aproximó asustado y compungido hacia la carreta y los hombres, con el rabo metido entre las patas y el blanco de los ojos a la vista.

Fletcher acarició al animal.

—¡Hola, pequeño!

Un cubo de madera carbonizado yacía inclinado de lado a unos metros del montón humeante que antaño había sido una cabaña. Cerca había parte de un tosco banco. Una palangana de hojalata brillaba a la luz del sol y la humareda.

Ésas, pensó Fletcher, habían sido las cosas con las que Harry Duff se había lavado las manos y la cara, y había bebido un trago de agua. Aquel era el perro de Harry, que buscaba protección humana contra el estampido de los rifles, y el furioso rugido de las llamas que habían consumido lo que había sido su hogar.

El perro se sentó y se quedó mirando con ojos brillantes de asombro y miedo. Fletcher acarició su cabeza amarilla y sintió el estremecimiento que recorría su cuerpo.

—¿Huellas? —preguntó Johnny el Ciego.

—Tal vez —le dijo Fletcher.

—Si las hay, se dirigirían directamente a las tierras baldías.

El ciego Johnny meneó la cabeza.

—No entiendo por qué alguien querría hacerle algo así a un hombre como Harry. Harry nunca le hizo daño ni a una mosca.

El ciego se sentó rígidamente en el asiento de la carreta, con ambas manos agarrando el bastón, la cabeza inmóvil, como si estuviera mirando el horizonte lejano.

Fletcher acarició la cabeza amarilla y el perro se acercó, apretándose contra sus piernas.

—El otro día vino a verme —dijo Fletcher, mirando el montículo de ceniza que yacía retorcido entre las brasas.

—Feliz como un oso metido hasta las rodillas en miel. Parece que un tío suyo murió en algún lugar del este y le dejó unos cuantos cientos. Suficiente, dijo, para pagar su deuda y volver a buscar a su chica. El bufete que escribió la carta quería

información, pero él no la tenía, por lo que acudió a mí.

—¿Qué tipo de deudas? —preguntó Johnny—. Él no bebía y no jugaba.

—Mencionó algo sobre una hipoteca —dijo Fletcher.

—Quizá alguien oyó que le habían dejado dinero y pensó que lo tenía en la cabaña.

FLETCHER sacudió la cabeza—. No es ese tipo de asesinato, Johnny. No hay intención de robo. Esto es un asesinato. Alguien le disparó y metió su cuerpo dentro de la cabaña, luego le prendió fuego para que pareciera que estaba allí durmiendo y no pudo salir a tiempo.

Sacudió las relucientes vainas que tenía en la mano.

—Descuidado, también. Dejar cosas como estas por ahí.

—La mayoría lo son —le dijo Johnny el Ciego.

—Descuidados de una forma u otra. Aunque algunos no lo son. Si se trata de un hombre listo, se saldrá con la suya.

Fletcher dejó caer las vainas vacías en el bolsillo de su abrigo y se acercó a la carreta.

—Vamos, muchacho —animó al perro. El animal trotó detrás de él y se detuvo junto a la carreta. Inclinandose, Fletcher lo levantó, subió al asiento y tomó las riendas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Johnny.

—Volver a Gravestone y decirle al *marshal* —dijo Fletcher.

—No servirá de nada —afirmó el ciego.

—El *marshal* Jeff Shepherd es tan tonto que no puede ni siquiera agarrar un resfriado.

—Tenemos que informar de todos modos —insistió Fletcher—. Es nuestro deber como ciudadanos.

Johnny soltó una risita.

—Estás muy disgustado por un asesinato. Pero ya se te pasará.

—Sucede a menudo, ¿eh?

Johnny torció la cara.

—Bueno, no todos los días, exactamente, pero con cierta frecuencia. Matt Humphrey fue asesinado esta primavera por

unos cuatreros que huían con su ganado. Matt fue un tonto. Salió e intentó discutir con ellos. Luego fue Charlie Craig, el invierno pasado.

—¿Agricultores? —preguntó Fletcher.

—Los dos —dijo Johnny.

Fletcher se quedó mirando el humeante solar de la cabaña. Recordando la felicidad que había brillado en el rostro de Duff aquel día que había llegado a la oficina. Una oportunidad para saldar sus deudas, había dicho, y volver a por la chica que le esperaba en el Este. Una oportunidad para empezar a formar un hogar. Para comprar algunas cabezas de ganado más, tal vez.

—No llevas armas, ¿verdad, Shane? —preguntó Johnny.

—Pues no —dijo Shane, desconcertado.

—Estás desnudo sin una—, declaró Johnny.

—Todo el mundo las lleva. Incluso el banquero Childress. No le daría ni a la fachada de un granero.

Fletcher se quedó mirando las cenizas y las brasas, con los ojos entrecerrados contra el sol y el humo.

—Creo que, tal vez —dijo— yo podría acertarle a un granero.

Recogió las riendas, arengó a la yunta y trazó un amplio círculo alejándose de los álamos...

EL PUEBLO de Gravestone dormitaba bajo el sol de la tarde, apiñado en la amplia llanura vidriosa al pie de un peñasco cuadrangular. Un perro dormía frente a la barbería y sus patas se agitaban mientras perseguía conejos en sueños. Dan Hunter estaba desparramado en los escalones del Silver Dollar, tallando con una navaja un trozo de tabla. Las virutas ensuciaban la acera y la calle.

—¿Qué estás haciendo, Dan? —preguntó Fletcher.

—Naa —le dijo Hunter.

—Solo tallaba para pasar el tiempo—. Siguió tallando.

Los carteles de madera que había a lo largo de la calle se balanceaban cansinamente con las ráfagas de viento que recorrían la pradera. De la herrería, dos puertas más abajo, llegaba el sonido

de los martillazos mientras Jack McKinley herraba a un caballo. Calle arriba, la bandera ondeaba en la brisa desde el mástil frente a la escuela.

—Hay una gran partida dentro —dijo Dan Hunter.

—Zeb White está limpiando el lugar. Es el buitre más afortunado que he visto.

—Zeb no es ningún jugador —declaró Fletcher.

—Claro que no —asintió Hunter—, pero se ha topado con una racha de suerte de la que no puede librarse.

Fletcher cruzó la calle, dirigiéndose a sus dos habitaciones encima del banco. Antes de empezar a subir las escaleras se detuvo y miró el termómetro que colgaba del marco de la puerta. El mercurio marcaba 38 grados sobre cero.

Las habitaciones de arriba estaban vacías, sobre todo la de delante. Un escritorio y tres sillas maltrechas, una foto enmarcada de Abraham Lincoln. También tenía una pintura de George Washington, pero el cristal estaba roto.

En cuanto recibiera los libros de derecho de la oficina de transportes de Antelope, se dijo Fletcher, tendría que construir algunas estanterías. Darle un aire al lugar, hacer que pareciera un despacho de abogados. Sabía que tendría tiempo para construir las estanterías, porque no había muchos clientes.

De pie en el centro de la habitación, se preguntó si alguna vez habría muchos clientes. Los hombres de esta ciudad no entendían muy bien la ley. La llevaban en la funda en lugar de aprenderla de los libros.

Lo de Harry Duff el otro día. Y Tony, el barbero, para ver qué se podía hacer con el borracho que había lanzado una piedra contra la ventana de Tony como protesta por lo que él consideraba el alto precio de los cortes de pelo. Y el tendero para informarse sobre el cobro a Lance Blair, propietario del Silver Dollar, al otro lado de la calle... Eso era todo.

Unos pasos torpes subieron las escaleras e, incluso antes de que llegara el visitante, Fletcher supo que se trataba de Charles J. Childress, el banquero del piso de abajo, que subía jadeando y

resoplando los chirriantes escalones.

Childress era fofo y afable. Tenía la cara roja y el faldón de la camisa se le había salido y le colgaba por la espalda.

—Jeff acaba de venir a verme —le dijo a Fletcher resoplando—. Me ha contado lo de Duff. Mal, muy mal. Le dije a Jeff que no dejara piedra sin remover. No, señor, ni una piedra sin remover. No puede ocurrir algo así en esta comunidad.

—Jeff no podrá hacer mucho —señaló Fletcher—. El asesino ha tenido muchas horas de ventaja. Lo más probable es que se haya internado en los páramos. No hay posibilidad de encontrarlo.

—Jeff es un agente de la ley muy capaz —insistió Childress—. Lento en la toma de decisiones, pero se agarra a las cosas. Sí, señor, se aferra a las cosas.

El banquero metió la mano en el bolsillo trasero, sacó un pañuelo rojo y se limpió la cara. Con el pañuelo aún en la mano, se sentó cautelosamente en una de las maltrechas sillas y echó un vistazo a la habitación.

—¿Y cómo te va? —preguntó.

—No está tan mal —dijo Fletcher.

—Lleva su tiempo. La gente tiene que conocerte. Nadie ha levantado un bufete de la noche a la mañana.

—Estaba pensando —le dijo Childress —que tal vez podría emplearte. Tengo mucho trabajo relacionado con el banco. Lo he estado haciendo yo mismo, pero ahora que estás aquí, puede que te venga bien, con todo y demás. No lo suficiente para mantenerte ocupado todo el tiempo, pero algo que te ayude.

—Está bien —dijo Fletcher—. Se lo agradezco.

Childress se ajustó los tirantes.

—Sí, señor, una gran oportunidad para un abogado prometedor. Nunca pude entender por qué no vino uno antes.

—Espero que tenga razón —dijo Fletcher.

—Pensé, que tal vez...

—Claro, claro —dijo Childress, interrumpiendo—. Claro, por eso has venido. Previsión. No hay razón por la que no puedas ser

fiscal del condado en época de elecciones. Simplemente conociendo a la gente adecuada, haciendo las cosas correctas... seguirles el juego, no hay ninguna razón, de que solo porque Antelope sea la capital del condado, el fiscal del condado tenga que ser de allí. Ahora fijate en Rand... es el fiscal del condado, ya sabes.

Fletcher asintió.

—Lo sé.

—No entiende los problemas de este sitio —declaró Childress.

—No sabe distinguir entre arriba y abajo. Solo se esfuerza un poco, tú podrías hacerlo mucho mejor.

Fletcher sonrió.

—Quizá debería esperar un año o dos.

Childress gruñó.

—Tonterías y sandeces. Te presentaré el año que viene, eso es lo que haré. Te llevaré por ahí y te presentaré a la gente. Haré que los muchachos salgan a votar por ti.

—Muy amable —dijo Fletcher.

Childress se levantó lentamente de la silla.

—Me gusta ayudar a los jóvenes —gruñó. Se secó la cara con el pañuelo rojo.

—No hay nada como ayudar a los demás cuando se puede—. Soltó una carcajada—. Entonces puede que ellos te ayuden a ti, en caso de apuro. Ese es mi lema, el juego limpio. Hago lo que puedo para ayudar a un tipo y espero que él haga lo mismo por mí.

Extendió una mano como un jamón y golpeó a Fletcher en la espalda.

—Baja algún día —le invitó— y hablaremos de los negocios jurídicos. Tengo unos cuantos trabajos en los que podrías empezar ahora mismo.

—Bajaré mañana —prometió Fletcher. Se quedó de pie en el centro de la habitación, escuchando cómo Childress se arrastraba pesadamente escaleras abajo, resoplando por el esfuerzo.

Un tipo raro, pensó Fletcher. Divertido y peligroso, como un oso pardo. Aquello de presentarse a fiscal del condado, ayudarse

mutuamente, dar vueltas y más vueltas. La oferta de un trabajo caído del cielo, conocer a la gente adecuada y seguirle el juego.

No le gustaba. A Fletcher no le gustaba la forma en que Childress había actuado, como si ya fuera su dueño.

—Te pondré el año que viene—. Como si él, Fletcher, no tuviera nada que decir al respecto.

Sin embargo, no podía permitirse enemistarse con el hombre. El trabajo legal que le ofrecía lo ayudaría mucho, lo mantendría en pie hasta que pudiera conseguir otros clientes.

Fletcher hizo una mueca y cruzo la habitación hasta una de las dos ventanas que daban a la calle.

Dan Hunter seguía recostado en los escalones de enfrente, tallando su madera. Un hombre conducía su caballo fuera de la herrería, mientras McKinley, el herrero, permanecía con un brazo apoyado en la puerta.

Childress había salido de la escalera a la acera, se estaba limpiando la cara, de espaldas a la calle, mirando el termómetro.

De repente, el termómetro estalló en una lluvia de cristales y madera, casi como si le hubiera explotado en la cara. La calle resonó con el estruendo de un arma de grueso calibre.

El hombre que había estado sacando el caballo de la herrería había soltado las riendas, estaba en la calle con las piernas separadas como si quisiese asegurarse para seguir disparando. El arma que sostenía en el puño escupía fuego y humo. Las astillas saltaban a la luz del sol desde el lateral del edificio.

Childress se había arrojado a la acera, parecía intentar enterrarse en ella. En el silencio que siguió al segundo disparo, Fletcher oyó la voz del banquero gimiendo asustado.

Deliberadamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para hacer su trabajo, el hombre que estaba delante de la herrería volvió a levantar la pistola, pero antes de que pudiera apretar el gatillo otra arma rugió.

Durante un segundo, el hombre frente a la herrería se quedó inmóvil, como si una gran mano lo hubiera agarrado y sujetado. Luego se vino abajo lentamente. Con un impulso cada vez mayor,

cayó de bruces. Su pistola, arrancada de la mano por el impacto de la caída, giró sobre sí misma y cayó al polvo.

Delante del Silver Dollar, Dan Hunter cogió su pistola, sopló tranquilamente el humo del cañón y volvió a enfundarla. Se agachó y recogió la madera y la navaja que se le habían caído.

Fletcher abandonó la ventana, salió corriendo por la puerta y se precipitó escaleras abajo. La calle se había convertido en un remolino de vida. El caballo del muerto corría calle arriba, con las riendas ondeando sobre el polvo. El herrero había levado al muerto del suelo y luego lo había dejado caer lentamente. Se levantó y se limpió las manos en los pantalones.

—¡Está muerto! —Su voz retumbó por toda la calle.

El barbero, con su bata blanca, corría por la acera. El Silver Dollar se vació y los pies resonaron por sus escalones. Dan Hunter se apoyó en un poste y les dejó pasar, con una sonrisa helada en los labios.

Fletcher cruzó la calle.

—¿Quién era? —preguntó a Hunter.

—Un hombre llamado Wilson —dijo Hunter.

—Solía ser un ranchero.

—¿Solía serlo?

—Sí, eso es lo que he dicho. Hipotecó el lugar y lo perdió.

—A Childress, ¿eh?

—Así es —dijo Hunter—. Parecía enfadado por ello.

—Suerte para Childress —observó Fletcher—, que usted estaba sentado aquí.

Hunter sonrió.

—Ah, no fue nada —declaró.

El banquero se había levantado de la acera y se dirigía hacia la multitud que rodeaba el cadáver.

Fletcher le señaló con el pulgar.

—Para un hombre que lleva pistola, está claro que no se aguanta ni un disparo.

—Muchos pájaros que llevan pistola —dijo Hunter—, no saben usarla.

—Tú sí —dijo Fletcher.

—Es algo natural —le dijo Hunter.

Fletcher vio la insolente inclinación de los hombros de Hunter, las duras líneas de la boca, la frialdad de los ojos.

Hunter giró la punta de su cuchillo hacia la calle.

—Aquí viene la maestra —dijo.

Cynthia Thornton caminaba por el otro lado de la calle, obviamente intentando ignorar lo que había ocurrido frente a la herrería. Llevaba un vestido de cuadros azul y blanco que le daba un aspecto elegante y fresco. En la mano llevaba una sombrillita ridícula.

—Discúlpeme —le dijo Fletcher a Hunter.

Hunter sonrió.

—Claro —dijo. Se sentó en los escalones y empezó a tallar de nuevo.

Fletcher se encontró con Cynthia Thornton al pie de la escalera que conducía a su despacho. La mujer sonreía con desgana y Fletcher vio que la mano que llevaba la sombrilla temblaba.

—¿Qué ha pasado, Shane? —le preguntó.

—Un pequeño desacuerdo —le dijo Fletcher.

—Alguien llamado Wilson intentó matar a Childress a tiros, pero Hunter lo abatió.

—Es terrible —dijo Cynthia Thornton—. ¿Crees que algún día...?

—Desde luego —dijo Fletcher—. Algún día el pueblo crecerá y será seguro caminar por las calles.

—No puedo quedarme aquí —dijo Cynthia—. Tendrás que perdonarme.

—Sube un momento al despacho —sugirió Fletcher—. Quiero hablar contigo.

Ella dudó.

—Estrictamente de negocios —le dijo Fletcher.

—Tengo una corazonada.

Ella le hizo un gesto con la cabeza y subió las escaleras.

DENTRO del despacho, sacó papel del escritorio y un lápiz del bolsillo.

—Acerca una silla —dijo—. Quiero que me ayudes a resolver algunas cosas.

Asombrada, cogió el lápiz y lo colocó sobre la hoja de papel.

—Conoces el territorio mejor que yo —dijo— si no, no tendría que molestarte. Quiero un mapa que muestre los ranchos y las granjas. No tiene que ser elegante ni preciso. Solo que muestre su ubicación relativa.

—¿Empezando por dónde? —preguntó ella.

—Empezando por el de Harry Duff.

Parecía asustada. Pero inclinó la cabeza sobre el papel y dibujó con cuidado y pulcritud. Fletcher rodeó el escritorio y se colocó detrás de ella, observando el papel por encima de su hombro.

—Es suficiente —le dijo.

—Es todo lo que necesito saber.

Ella le sonrió.

—Adelante, hazte el misterioso, querido.

Él le sonrió.

—Por cierto, te he traído un perro. Uno que he recogido hoy. Está en la caballeriza.

—Qué amable. ¿Cuándo puedo verlo?

—Cuando quieras. Es el perro de Duff. Salió de la maleza hoy, asustado y miedoso. Te has enterado de lo de Duff, ¿verdad?

Ella asintió.

—Me lo contaron unos niños.

—Golpeó distraídamente el suelo con la sombrilla.

—Es bueno tener un perro —dijo—. Siempre tuvimos uno en el rancho. Cuando salga a cabalgar, me lo llevaré mañana.

Fletcher se rio.

—Mañana es sábado. Un poco de tiro al blanco, supongo.

Parecía un poco enfadada.

—Si me gusta disparar —le dijo— voy a disparar. Mi padre me enseñó a montar a caballo y a manejar un arma cuando era

pequeña y ahora...

—Y ahora te pasas todos los sábados con un caballo y una pistola —dijo él.

Ella le hizo una mueca y se marchó.

Él sonrió, escuchando sus pasos al bajar las escaleras. Luego dejó el mapa que ella había dibujado sobre el escritorio y lo estudió con el ceño fruncido.

En la habitación de atrás, en donde dormía, quitó el cerrojo de un baúl de metal, sacó una caja y, hurgando entre un montón de camisas y calcetines, sacó una cartuchera y una pistola.

Abrió la pistola, hizo girar el cilindro y miró a través del cañón. Con dedos rápidos y seguros, introdujo las balas, cerró el arma y se ciñó el cinturón.

—El ciego Johnny tenía razón —se dijo a sí mismo.

—Es hora de que empiece a llevar una.

CAPÍTULO II

EL INFIERNO CAE SOBRE EL SILVER DOLLAR

JOHNNY el Ciego estaba tocando suavemente *Pop Goes the Weasel* en el salón delantero del Silver Dollar, pero aún no se había reunido mucha gente. Unos cuantos hombres estaban de pie junto a la barra y un borracho dormía la mona en una mesa del rincón.

Mike, el cantinero, levantó una mano hacia Fletcher.

—¿Qué va a ser esta noche? —preguntó, alcanzando una botella.

—Por el momento, paso, Mike —dijo Fletcher. Hizo un gesto con la cabeza hacia la trastienda—. ¿Sigue el juego?

Mike asintió.

—White sigue ganando. No sé cómo lo hace. Por la forma en que pierden los otros, ya no lo entiendo.

Fletcher se detuvo en la mesa donde tocaba Johnny.

—¿Qué tal, Johnny?

El ciego bajó el violín.

—Fletcher, ¿verdad?

—Así es. Supongo que tienes razón sobre los asesinatos. El hombre se acostumbrará a ellos después de un tiempo.

—Hombre y niño —dijo Johnny— he estado tocando el violín por todo el país. He visto pueblos donde había más tiroteos y otros donde había menos. Supongo que esto es lo normal.

—Tengo entendido que Wilson perdió su rancho aquí hace algún tiempo.

—Lo perdió a manos de Childress —dijo Johnny.

—Le pidió una hipoteca al banco y estaba a punto de pagar cuando alguien lo limpió. Le robaron casi todo lo que tenía. Sin su ganado, Wilson no podía pagar y Childress no le escuchó.

—¿Ejecutó la hipoteca?

—De cabo a rabo —dijo Johnny. Levantó el violín, emitió unas cuantas notas titilantes y volvió a bajarlo.

—¿Y White? —preguntó Fletcher—. El que se está forrando en la parte de atrás. ¿También tiene una hipoteca?

—Casi todo el mundo en este sitio tiene una hipoteca —dijo Johnny—. Claro que la tiene. Pero ahora debería poder pagarla. Los chicos me dicen que tiene tres préstamos apilados delante de él.

—¿A Childress?

Johnny negó con la cabeza.

—A Blair.

—No sabía que Blair prestara dinero.

—De vez en cuando —le dijo Johnny.

—Cuando cree que es un buen negocio.

Fletcher se levantó de la silla.

—Creo que voy a ir a mirar un rato.

La trastienda era una niebla de humo y vapores alcohólicos. Un silencioso círculo de hombres se apiñaba alrededor de la mesa, en el centro de la sala. La luz de las lámparas caía del techo.

De pie junto a la puerta, Fletcher distinguió los rostros que

conocía. Allí estaba McKinley, el herrero, con un enorme cigarro apretado con fuerza entre los dientes. Tony, el barbero, de pie detrás de él, de puntillas, intentando ver. Lance Blair, el dueño del Silver Dollar, estaba de pie cerca de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho, el cigarro retorcido entre los dientes, su rostro bonachón a la luz de la lámpara. Pero sus labios eran una dura línea recta. A su lado estaba Dan Hunter y, más cerca de la puerta, Jeff Shepherd, el alguacil. Era una reunión de lobos.

Fletcher se colocó junto a Shepherd. Al estirar el cuello, pudo ver que uno de los hombres de la mesa tenía ante sí montones de monedas. Supo que debía de ser White.

—¿Qué averiguaste en casa de Duff?—, susurró Fletcher a Shepherd.

—Era Duff, sin duda —le susurró Shepherd.

—Quemado hasta los huesos. Probablemente fumando en la cama.

—Le dispararon —dijo Fletcher—. Encontré tres casquillos vacíos.

Shepherd gruñó.

—No significa nada. Harry pudo haberlos disparado él mismo.

—Pero habían sido disparados poco antes. Todavía podía oler la pólvora en ellos.

—Quizá disparó a algo justo antes de que ocurriera —insistió Shepherd.

—Así te resulta más fácil, ¿no? —dijo Fletcher.

—Cállense, muchachos —gritó alguien enojado.

Fletcher dijo:

—He venido a decir algo. Denme un minuto para decirlo y luego me iré.

A VANZÓ a codazos, apartando a los hombres hasta llegar a la mesa. Al otro lado de la mesa vio los duros ojos de Lance Blair clavados en él.

—Cualquier cosa que tengas que decir, Fletcher —dijo Blair—, puede esperar hasta que termine el juego.

—Esa es la cuestión —espetó Fletcher.

—No puede.

Miró al hombre de los montones de dinero.

—¿Eres White?

White le gruñó.

—¿Y qué si lo soy?

—¿Tienes una hipoteca —le dijo Fletcher —con Blair?

—Espera —gritó Blair.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el juego? Claro, tengo la hipoteca de Zeb, pero...

Fletcher no le hizo caso.

—¿Tienes suficiente para pagarla? —le preguntó a White.

—Supongo que sí. Dime, ¿qué demonios...?

White se levantó de la mesa.

—Siéntate, White —le espetó Fletcher.

—Cuenta el dinero que le debes a Blair.

White se sentó.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo haces —dijo Fletcher—, no vivirás hasta mañana por la noche.

Blair se inclinó sobre la mesa.

—Estás loco —gritó.

—Venir aquí hablando así.

—Hoy ha muerto un hombre —le dijo Fletcher con serenidad —porque estaba a punto de recibir un dinero con el que habría pagado su hipoteca. Solo quiero asegurarme de que no ocurra lo mismo aquí.

Por el rabillo del ojo, Fletcher vio el rápido movimiento del brazo de Hunter, dirigiéndose hacia su pistola.

Con un grito salvaje, el abogado se lanzó hacia delante, chocando contra uno de los jugadores y arrojándolo contra la mesa. La mesa se tambaleó y volcó, derramando dinero y vasos de *whisky* por el suelo. Fletcher se dejó caer rápidamente y sacó su propia pistola de la funda.

Una bala atravesó el borde volcado de la mesa, arrojando

astillas a la luz de la lámpara. El estruendo del disparo ahogó el ruido de los pies, el ruido de los cuerpos que se lanzaban al suelo fuera de la línea de tiro.

Hunter se acercó a la mesa con el arma humeante a la altura de la cadera. Detrás de la mesa, Fletcher se puso sobre sus pies y le apuntó con su arma.

El rostro triunfante de Hunter se cubrió con una mirada helada de sorpresa y sus talones se clavaron en el suelo. El arma de Fletcher lanzó una tos humeante y Hunter tropezó y cayó de cabeza, con una pierna doblada debajo de él.

Fletcher se agachó y otro hombre cayó al suelo con tanta fuerza que su pistola se sacudió de su mano y giró como una rueda brillante sobre las tablas.

Lentamente, Fletcher se levantó y retrocedió hacia la pared.

—Blair —dijo en voz baja —guarda esa pistola.

Blair, boca abajo, abrió la mano y la pistola cayó con un ruido seco.

Fletcher miró a su alrededor. Había hombres agachados, en cuclillas o tumbados en el suelo. Tony, el barbero, estaba acurrucado bajo una silla que sostenía por encima de la cabeza. Shepherd estaba acurrucado en un rincón, con los ojos brillantes a la luz de la lámpara.

Fletcher sintió la pared a su espalda y se detuvo.

—White —dijo— sal y recoge tu dinero. Para que no puedas decir que he estropeado la partida y te he hecho perder todo ese dinero.

WHITE se levantó lentamente del suelo, caminó hacia el centro de la habitación, se puso en cuclillas y empezó a recoger las monedas esparcidas.

—Blair —dijo Fletcher, conversando —si vuelves a hacer un solo intento con esa pistola, te la meto entre ceja y ceja.

Miró a Hunter, que se retorció en el suelo, con un charco de sangre creciendo bajo él.

—Sal de debajo de esa silla, Tony —ordenó Fletcher.

—Tú y McKinley. Echa un vistazo a Hunter. No está muerto. Lo más probable es que se haya hecho daño en la pierna.

Cautelosamente los dos salieron, inclinándose sobre el hombre caído.

White estaba de pie de nuevo, con los bolsillos repletos.

—Blair —dijo, haciendo un esfuerzo por mantener la calma—. Blair, quiero pagar mi hipoteca.

Blair no se movió.

La mano de White bajó hasta su costado y se apoyó en la culata de su pistola.

—Ya me has oído, Blair.

Blair se levantó lentamente.

—No tengo la hipoteca conmigo —declaró.

—Te pagaré —dijo White—, y puedes escribirme un recibo. Ya nos ocuparemos del papeleo más tarde.

Blair cruzó la habitación y enderezó la mesa inclinada. Rápidamente, White contó un montón de dinero. Blair sacó un papel del bolsillo, y rebuscó en los otros.

—¡Aquí tiene! —Fletcher arrojó un lápiz sobre la mesa.

—Gracias —dijo Blair. Se inclinó para escribir.

—Fletcher —dijo McKinley, su voz retumbando en la habitación —si no te importa, será mejor que saquemos a Hunter de aquí y corramos a buscar al médico. Está perdiendo mucha sangre.

—No me importa —dijo Fletcher.

—El juego ya ha terminado.

Blair le había entregado a White el papelito y este lo estaba doblando y guardando. Blair estaba contando el dinero sobre la mesa. Fletcher enfundó su pistola.

—Buenas noches, caballeros —dijo.

Se detuvo un momento en la entrada y miró la calle de arriba abajo. Las ventanas del banco brillaban con luz propia y en el interior pudo ver a Childress moviéndose, recogiendo papeles y libros y guardándolos en la gran caja fuerte de hierro que había en una esquina de la sala.

Un caballo bajaba por la calle, con los cascos golpeando suavemente en el polvo, y el jinete se balanceaba con soltura en la silla. Una mujer salió de la tienda con una cesta en el brazo.

Unos pasos sonaron detrás de él y se dio la vuelta. Jeff Shepherd venía hacia él, no demasiado deprisa, con la pistola desenfundada y la estrella brillando a la luz de la lámpara.

—¿Qué pasa, Jeff? —preguntó Fletcher.

—Te estoy arrestando —dijo Jeff.

—No puede venir ningún pie tierno a la ciudad y armar tanto jaleo como el que acabas de armar tú.

—Está bien —dijo Fletcher—. Guarda tu hierro. Te acompañaré pacíficamente.

CAPÍTULO III

FUGA DE LA CÁRCEL

FLETCHER se sentó en el catre, único mueble de la solitaria celda de que podía presumir la cárcel de Gravestone, e intentó comprender lo sucedido. Matt Humphrey tenía una hipoteca y a Matt Humphrey le habían disparado unos cuatreros que huían de su rebaño. Lo más probable es que justo antes de que estuviera listo para comercializar el ganado. Charlie Craig, otro granjero, había muerto violentamente el invierno pasado. Sería interesante saber, pensó Fletcher, si Charlie también tenía una hipoteca.

Wilson había hipotecado su casa y, cuando estaba dispuesto a pagar, le había ocurrido lo mismo que a Humphrey, con la diferencia de que Wilson, de momento, solo había perdido el ganado, no la vida.

Y Harry Duff, menos de 48 horas después de haber recibido el legado con el que habría pagado su hipoteca, había sido tiroteado y quemado dentro de su cabaña.

No era, se dijo Fletcher, demasiado difícil de reconstruir.

Alguien no quería que se pagasen las hipotecas, alguien prefería quedarse con las tierras que garantizaban los préstamos, que con los préstamos en sí.

Fletcher se levantó del catre y se acercó a la pequeña ventana enrejada. Una luna en forma de hoz se alzaba sobre la colina y las estrellas de verano resplandecían sobre las llanuras. A lo lejos se oía el aullido de los lobos que iban de caza y en la calle cercana un caballo salía del pueblo dando lentos pasos mientras su jinete borracho cantaba desafinado.

Una sombra salió encorvada de la oscuridad del callejón y algo dio unos golpecitos en el suelo.

—Johnny —dijo Fletcher, en voz baja.

El ciego extendió una mano y buscando el edificio logró guiarse.

—Te he traído algo —le susurró Johnny. Apoyó el bastón en la pared y se hurgó en la parte delantera de la camisa.

—Toma —dijo, alargando la mano con dos objetos.

Fletcher los cogió.

—¿Pero qué...?

—Una lima —dijo Johnny.

—Una lima y una lata de aceite. El aceite apagará el ruido.

—Pero no tengo...

—Caramba —le dijo Johnny —no tendrás ningún problema. Las barras son blandas. El pueblo está demasiado apretado para comprar buen acero. En tres o cuatro horas estarás fuera de aquí.

—Pero, Johnny, no tengo la menor intención de escapar. No pueden probar nada contra mí. Yo no maté a Hunter, ¿verdad? Así que no pueden acusarme de asesinato. Disparé en defensa propia, a un hombre que venía hacia mí con un arma. Tuve cuidado de darle en un lugar que no fuera fatal.

—Pero no lo entiendes —protestó Johnny.

—Ven mañana —declaró Fletcher—, y me soltarán. Incluso podría demandarlos por detención ilegal.

—Por la mañana —le dijo Johnny, secamente —estarás estirando cáñamo decorando un álamo, seguro como un tiro. Esta

noche se desatará el infierno.

—¿Qué quieres decir?

—Escucha —susurró Johnny—. Conoces el asunto, ¿verdad?

—Claro que sí —dijo Fletcher—. Blair y Childress quieren hacerse con unos terrenos. Tienen una banda operando para que los pequeños tipos cuyos préstamos tienen no puedan pagarse y...

—Y —dijo Johnny —tú lo destapaste todo cuando entraste en ese juego y le dijiste a White que no estaría vivo si no pagaba su hipoteca. Lo tenías bien claro. Necesitaban las tierras de White y no pretendían que las conservara solo por un golpe de suerte a las cartas. Volviendo a casa esta noche, alguien habría disparado a Zeb, seguro. Alguien, entiendes, que sabía que tenía el dinero y estaba empeñado en asaltarle.

—¡Claro, claro, lo sé!

—De acuerdo, entonces —respondió Johnny—. Ocupate de ese asunto. Yo me quedaré aquí y te avisaré si oigo algo.

—Pero no puedo huir —declaró Fletcher—, escaparme de la cárcel como cualquier vulgar ladrón.

—Mejor fugarse y vivir —le dijo Johnny —que quedarse dentro y morir. Childress y Blair no pueden permitirse que salgas vivo de aquí. Antes de que amanezca habrá una turba con pistolas y cuerdas.

Fletcher se secó la frente con la manga de la camisa.

—Así que eso es, Johnny. Ciudadanos indignados. Hartos de que los tipos vengan y tiroteen el lugar.

Johnny dijo:

—Empieza a serrar los barrotes.

Unos pasos resonaron en el pasillo que conducía a la celda. Fletcher giró, se agachó, dejó la lima y la lata de aceite en el suelo, se deslizó rápidamente hasta el catre y se esforzó por parecer que había estado sentado allí todo el tiempo.

Contra el abanico de luz que salía al pasillo desde la oficina de la cárcel, Fletcher vio la forma incipiente de Jeff Shepherd. Detrás de Jeff, otra figura salió rápidamente del despacho al pasillo. ¡Zeb White! Zeb White, con una pistola en la mano, se acercaba de

puntillas por el pasillo.

—Bueno —bramó Fletcher a Shepherd—, ya era hora de que vinieras a soltarme. ¿Qué te parece...?

La pistola en la mano de White se elevó en el aire, golpeó con rapidez. Shepherd se desplomó contra la puerta y cayó al suelo como un saco vacío.

Al otro lado del *marshal* caído, Fletcher miró a White.

—Inteligente —dijo White—. Una jugada inteligente, Fletcher. Contigo gritándole, ni siquiera sospechó que había alguien cerca.

Fletcher le dijo:

—Estaba a punto de empezar con las barras.

White gruñó, se inclinó sobre el alguacil y sacó un manajo de llaves.

—Te sacaré en un minuto —resolló—. Entonces tú y yo nos vamos pitando. Hay que avisar a los muchachos.

—¿Te refieres a los otros hombres con hipotecas?

—Exactamente —espetó White—. La banda de Blair saldrá a hacer limpieza antes de que corra la noticia. La vida de cualquier hombre que tenga un préstamo con Blair no vale un centavo.

—No es solo Blair —dijo Fletcher—. También es Childress. Si pudiéramos entrar en la caja fuerte del banco, encontraríamos allí todos los papeles.

La tercera llave que probó White hizo clic en la cerradura y la puerta se abrió.

—No tenemos tiempo para entrar en bancos —espetó el ranchero—. Tenemos que poner kilómetros detrás de nosotros. Mike, el cantinero, se fue justo después del alboroto en el Silver Dollar. Blair le envió para que avisara a la pandilla.

Fletcher asintió.

—Estarían merodeando por los páramos, ¿no?

—Así lo creo yo —coincidió White.

—El escondite perfecto para ellos. No los encontraríamos allí ni en un millón de años.

Rápidamente se dirigieron hacia la parte trasera, abrieron una

puerta y entraron en el callejón. Un leve golpeteo surgió de las sombras del edificio.

—¿Eres tú, Johnny? —llamó Fletcher.

El ciego se acercó a ellos y permaneció en silencio.

—Mira, Johnny —dijo White en voz baja —será mejor que vuelvas antes de que alguien te eche de menos. Fletcher y yo tenemos que montar a caballo.

Fletcher sacudió la cabeza obstinadamente en la oscuridad.

—Todavía me gustaría ver lo que hay en esa caja fuerte.

—¿Qué caja fuerte? —preguntó Johnny. Su voz sonaba temblorosa.

—La caja fuerte del banco —explicó Fletcher.

—¿No ves que todos los papeles estarían allí? Algo para presentar, algo para mostrar en el tribunal.

—Al diablo con la corte —dijo White.

—Cuando acabemos con esta banda de acaparadores de tierras no quedará ninguno que se presente ante los tribunales.

Fletcher se encogió de hombros.

—Aunque pudiéramos entrar en el banco, no podríamos abrir la caja fuerte. Ni con dinamita la abriríamos.

Los dedos de Johnny tiraron de la manga de Fletcher.

—Entra en el banco, Shane, y yo abriré la caja fuerte.

Fletcher soltó un suspiro.

—¿Qué harás qué?

—Abriré la caja fuerte —declaró Johnny.

—No sería la primera.

White los fulminó.

—Todo esto es una maldita locura. Para empezar, ¿cómo vas a entrar en el banco?

—Desde mi oficina —le dijo Fletcher.

—Compré una sierra el otro día para colocar estanterías para un lote de libros. Podríamos hacer un agujero en el suelo.

—Se enterarían —protestó White—. Tendrían a la ciudad encima en cinco minutos.

—Tenemos una lata de aceite —dijo Johnny.

—Adelántate, White —dijo Fletcher—. Dime dónde encontrarte. Si no tenemos esos papeles en una hora, me iré y te seguiré.

White miró fijamente a Fletcher en la oscuridad.

—Eres el hombre más estúpido que he conocido —dijo—. Nunca estarás satisfecho a menos que estés metiendo la cabeza en un lazo. Me quedaré contigo aunque solo sea una hora.

Fletcher negó con la cabeza.

—No, tú monta. Avisa a un par de muchachos y que envíen a otros jinetes. Dime dónde encontrarte.

—¿Sabes dónde está la casa de Phillips? Nos encontraremos allí. Antes de partir ensillaré un caballo y lo ataré detrás de la caballeriza. Puede que tengas que hacer una escapada rápida.

—Será mejor que sean dos —dijo Johnny.

White se volvió para mirar perplejo al ciego.

—De acuerdo, Johnny —dijo finalmente.

—Serán dos.

FLETCHER se agazapó en la oscuridad junto a la caja fuerte, escuchando el suave chirrido del disco mientras Johnny manipulaba la combinación, con la oreja pegada a la enorme puerta de acero.

El silencio, solo roto por el susurro del disco que giraba lentamente, llenaba el interior del banco. Fletcher estaba tenso, con los nervios tirantes como cuerdas de violín.

Se dijo a sí mismo que lo que estaba haciendo era una locura. Robar un banco. Y, sin embargo, sabía, por alguna lógica inusual y retorcida, que era lo único que podía hacer. Porque ahora solo quedaban dos opciones. Quedarse en Gravestone y luchar con Blair y Childress, o escabullirse como un perro apaleado y montar otra oficina en otro lugar, empezar de nuevo la lucha por establecerse.

Childress le había ofrecido trabajo solo para cerrarle la boca, para convertirlo en otro parásito de Blair y Childress, como Mike, el cantinero, como Hunter, que trabajaba en las escaleras del

Silver Dollar, vigilando la calle cuando Blair o Childress salían de sus establecimientos. Como Jeff Shepherd, que había acudido rápidamente a Childress en cuanto le informaron de la muerte de Harry Duff.

Lo que Fletcher le había contado a Jeff sobre el asunto de Duff había hecho que Childress lo reconociera como un posible peligro, como un hombre que sabía o sospechaba demasiado. Por eso Childress había intentado sobornarlo ofreciéndole un empleo, con el sueldo de un cargo público.

Fletcher sonrió para sus adentros. A Childress, desde luego, nada le habría gustado más que un fiscal del condado fuera su hombre.

En la oscuridad, Fletcher oyó a Johnny aspirar, oyó el chasquido de la cerradura.

—Está abierta —susurró Johnny.

Lentamente, el ciego abrió la puerta de un tirón y Fletcher, cambiándose de sitio, en cuclillas sobre los talones, vio tenuemente los compartimentos de la caja fuerte: la caja de caudales y los rollos de billetes sujetos con pesadas gomas elásticas, los casilleros llenos de papeles, y una botella de *whisky* que Childress había guardado bajo llave con el dinero.

—Tendré que arriesgarme a encender una cerilla —le susurró a Johnny.

El ciego gruñó.

—De acuerdo, entonces, pero date prisa.

Buscando en su bolsillo, Fletcher encontró el fósforo, lo encendió en la parte trasera de sus pantalones, lo ahuecó por un momento entre sus manos y lo mantuvo en una llama estable.

Rápidamente, la movió de un casillero a otro, mirando los papeles. Uno de ellos estaba lleno de hojas de papel con anotaciones garabateadas; el tercero, de documentos legales. Rápidamente sacó los documentos de su lugar de descanso y los barajó, con una sola mano, a la luz de la cerilla que se apagaba.

Hipotecas. Al menos dos docenas.

La cerilla se consumió y le chamuscó los dedos. La dejó caer y

el lugar volvió a la oscuridad que los envolvía como una manta.

—¿Tienes lo que quieres? —preguntó Johnny.

—Claro que sí —le dijo Fletcher.

—Será mejor que empecemos a salir de aquí—. Metió el paquete de papeles en el bolsillo interior de su abrigo y lo palmeó para comprobar que estaban en su sitio. Extendió la mano y cerró la pesada puerta; estaba buscando la combinación cuando Johnny emitió un ligero sonido de alarma.

En cuclillas ante la caja fuerte, Fletcher se quedó inmóvil, con la mano aún tocando el disco de la combinación. Había alguien en la puerta. Oyó el ruido de la llave en la cerradura, imaginó que podía oír la respiración jadeante del hombre que estaba fuera.

Rápidamente, se apartó de la caja fuerte, se precipitó de nuevo en el estrecho espacio entre la enorme caja de hierro y la pared, y se acercó a Johnny, que se había escabullido allí al primer ruido del exterior.

FLETCHER sacó suavemente la pistola de la funda. Estaba atrapado en un banco, con la caja fuerte abierta... ¡con un ciego! Escapado de la cárcel, ¡con el alguacil apaleado fuera de la celda! Un agujero perfectamente serrado en el suelo que bajaba de su despacho, que solo podía haber hecho el mismo.

Fletcher sintió que se le tensaban los músculos de la mandíbula.

La puerta exterior se abrió de golpe, dejando ver la figura corpulenta de Charles J. Childress. Childress entró rápidamente, seguido de otros dos, y el último cerró la puerta de un golpe.

Fletcher se agazapó en su rincón, repentinamente frío de aprensión, con la pistola en la mano.

Un gruñido ahogado surgió de la oscuridad:

—Estás muy equivocado, Childress. No tiene sentido lo que estás haciendo.

Las palabras del banquero llegaron después.

—Tú me metiste en este trato, Blair, y me quedé mientras funcionaba. Pero ahora me salgo. No tiene sentido quedarse y

dejar que algo te explote en la cara.

—Tienes miedo —gruñó Blair.

—Claro que tengo miedo —respondió Childress.

—Es sensato tener miedo en un momento así.

—Tendremos a Fletcher bien estirado antes de que amanezca —espetó Blair—. No conoce el territorio y no puede escapar.

—Tuvo ayuda para escapar —le recordó Childress—. Tiene a alguien con él.

Una tercera voz dijo:

—Caminaba hacia la celda y alguien me golpeó en la cabeza.

—Cállate —espetó Blair—, o te pasará algo peor que recibir un golpe en la cabeza.

—No entiendo por qué Charlie nombró representante de la ley a un patán como tú.

Childress se balanceaba sobre el suelo en dirección a la caja fuerte y los demás lo seguían, con las botas haciendo ruido sobre las tablas.

—Huelo algo —dijo de pronto Shepherd, con su áspero susurro raspando la oscuridad.

—Como una cerilla.

Los pies se detuvieron.

Childress olfateó.

—No huelo nada.

—Jeff es un miedoso —gruñó Blair.

—No, no lo soy —protestó Jeff.

—Te digo que he olido una cerilla.

Resoplando, Childress acomodó su enorme corpachón frente a la caja fuerte. Fletcher volvió a arrinconarse. Alargando la mano podría haber tocado al hombre que estaba en cuclillas frente a él.

El susurro crudo y sobresaltado de Childress recorrió la habitación.

—¡La caja fuerte está abierta!

—Olvídalo y ponte a trabajar —le espetó Blair.

—Seguro que se te ha olvidado cerrarla.

Childress se mostró testarudo.

—No, no se me ha olvidado. Siempre hay que cerrarla. Nunca lo olvidas.

—¡Rápido! —gruñó Blair.

—Ábrela y saca ese dinero.

En la niebla de luz nocturna que se filtraba por la ventana, Fletcher vio que el dueño de la taberna había sacado la pistola y estaba apuntando al banquero.

Childress tembló.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que saques ese dinero de ahí y lo entregues.

—Pero... pero... —Childress sollozó.

—Ya me has oído —le dijo Blair.

—Sácalo y entrégalo. No creerás que voy a dejar que te lleves todo ese dinero.

Con una agilidad que desmentía su tamaño, Childress se levantó de la caja fuerte, se lanzó hacia la esquina y su enorme cuerpo chocó contra Fletcher.

En el centro de la habitación, la pistola de Blair escupió un destello de fuego y una bala se estrelló contra la pared, justo encima de la cabeza de Fletcher.

—¡Hay alguien aquí! —gritó Childress.

FLETCHER, que seguía en el rincón, apuntó con la pistola y apretó el gatillo. El arma se sacudió con fuerza contra su muñeca y el estruendo ahogó cualquier otro sonido de la habitación.

Entonces Blair ya no estaba allí y, junto al escritorio, se oyó el ruido sordo de un cuerpo que caía, el rápido corretear de manos y rodillas. Un arma sonó desde el rincón junto a la puerta, tres disparos rápidos que se propagaron por la oscuridad.

Fletcher se tiró al suelo y se apretó contra la caja fuerte. En algún lugar de la habitación, alguien se agitó. No se oía nada en el rincón donde estaba agazapado Johnny el Ciego. Fletcher se preguntó por un segundo cómo le iría a Johnny.

Desde detrás de Fletcher tosió una segunda arma. Un hombre

gritó de agonía y un cuerpo se revolvió brevemente en el suelo. Fletcher contuvo el aliento y se acurrucó más contra la caja fuerte, con los oídos aguzados por el silencio.

El disparo había salido del rincón de Johnny.

Junto a la puerta reinaba un silencio terrible tras el espeluznante sonido de un cuerpo que se desplomaba.

—No podemos quedarnos aquí —se dijo Fletcher.

—Tenemos que escapar.

Se imaginaba a los hombres saliendo a trompicones de las camas, buscando sus pantalones, calzándose sus botas frías, tomando sus pistoleras.

Lentamente, con cautela, avanzando unos centímetros, conteniendo la respiración, Fletcher salió de detrás de la caja fuerte y se deslizó hacia la pared que conducía a la puerta. Blair estaba allí, agazapado detrás del mueble, esperando un destello en la oscuridad, un sonido, algo a lo que disparar.

Jeff debía ser el que estaba junto a la puerta, el que había gritado y se había desplomado dolorosamente al suelo antes de que la quietud acudiera a calmarlo. Fletcher no tenía ni idea de dónde estaba Childress.

Poco a poco fue avanzando. Y el silencio se mantuvo. Casi como si la habitación estuviera vacía, como si las armas hambrientas no estuvieran esperando para rugir y provocar una muerte súbita. Fletcher extendió una mano y la bajó lentamente. Pero en lugar de un suelo liso y duro, se encontró con una bota que estalló de repente en acción.

Por un instante, Fletcher vio el enorme cuerpo que le miraba, que se dirigía hacia él a través de la oscuridad.

Unas manos se aferraron a uno de sus pies y tiraron de él. Se retorció y golpeó a ciegas con el cañón de su arma, sintió cómo se clavaba en la carne blanda, oyó el gruñido que le arrancó a Childress. Entonces las manos dejaron su pie y lo buscaron en la oscuridad.

Fletcher dobló el puño y golpeó en la oscuridad, golpeó carne que cedía con un impacto que le sacudió el hombro. Detrás de él,

desde la esquina junto a la caja fuerte, un arma ladraba, escupiendo llamas que hacían de la cara de Johnny una cosa que se iluminaba por instantes.

Johnny, lo sabía, intentaba mantener a Blair en su sitio con aquel fuego rápido, intentaba darle tiempo a él para llegar a la puerta.

Fletcher dobló las piernas y golpeó salvajemente, enviando al banquero agazapado contra la pared. Luego se puso en pie y echó a correr, abriendo la puerta de par en par, apuntando con su arma al escritorio tras el que estaba agazapado Blair.

—¡Johnny! —gritó.

—¡Por aquí! —Luego vació su pistola de seis tiros contra el escritorio.

Los pies retumbaron en la habitación y Johnny pasó junto a él, saliendo a la calle. De un salto, Fletcher lo siguió, lo alcanzó y lo rebasó.

—¡Vamos, Johnny! —gritó.

—Sigue adelante —resopló el ciego.

—Puedo seguirte. Puedo oír tus pies.

Desde lo alto de la calle otros hombres corrían hacia el banco. Alguien gritó algo cerca de la herrería. Un rifle restalló en la quietud y una bala silbó sobre sus cabezas.

Fletcher se detuvo momentáneamente, agarró a Johnny por el brazo y se metió en el estrecho callejón que separaba el Silver Dollar de la caballeriza, arrastrando al ciego tras de sí. Los caballos le esperaban, levantó a Johnny, lo subió a uno de ellos y se subió a la silla del otro.

Con las riendas del caballo de Johnny en una mano, puso su montura al galope. Por delante se alzaba la enorme altura del enorme promontorio, una sombra negra en las llanuras iluminadas por las estrellas.

—No podemos ir a casa de Phillips ahora —se dijo Fletcher.

—Teniendo que cuidar de Johnny, me atraparían antes de estar a mitad de camino.

Solo había un lugar adónde ir, solo un lugar donde podría

eludir la persecución. Dirigió el caballo hacia la colina y hacia el páramo.

CAPÍTULO IV

ESCONDITE EN EL PÁRAMO

EL amanecer clavó lanzas doradas en el enmarañado páramo, iluminando fantásticos chapiteles y minaretes, agitando e intensificando los colores que habían sido tenues tonos pastel cuando la primera tenue luz se había deslizado desde el este.

Los caballos descendieron con cuidado por un estrecho cañón que contenía un arroyo parlanchín. Fletcher echo una mirada por encima del hombro y vio que Johnny el Ciego seguía aferrado al asta de la silla con ambas manos, con la cabeza inclinada y el cuerpo balanceándose.

Como si el hombre se hubiera dado cuenta del escrutinio de Fletcher, levantó la cabeza, parpadeando con ojos fijos y vacíos.

—¿Dónde estamos, Shane? —preguntó.

—En las tierras malditas —dijo Fletcher.

—En lo más profundo. El sol saldrá dentro de un rato. Estoy buscando un lugar para escondernos.

—No tenemos comida —dijo Johnny.

Fletcher negó con la cabeza.

—No, no tenemos, Johnny. Tendremos que arreglárnoslas. Llegará la noche e intentaremos improvisar algo.

Una liebre salió de un matorral y subió por la ladera del cañón dando grandes saltos. Los pájaros trinaban y cantaban. En una alta cresta que se elevaba sobre el cañón, un lobo se deslizó como una sombra.

—Me he estado preguntando algo, Johnny —dijo Fletcher.

—¿Cómo es que llevas pistola?

—No la llevo —le dijo Johnny —salvo en ocasiones especiales.

Anoche fue una de ellas.

—Disparas de oído, supongo.

—Así es —dijo Johnny, alegremente.

—Mejor de lo que la mayoría de los hombres pueden hacerlo de vista —dijo Fletcher.

—Le diste a Jeff a la primera.

Johnny gruñó.

—Con lo oscuro que habrá estado, los ojos no le habrían servido de mucho a un hombre.

Fletcher vio que el cañón terminaba y se ensanchaba en una pradera.

Abandonaron el cañón y cruzaron la pradera. Lentamente, Fletcher giró la cabeza, buscando algún lugar oculto donde pudieran esconderse. Al girar a la derecha, se puso rígido y apretó las riendas. Su caballo se detuvo y el otro chocó contra él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Johnny.

—Hombres —dijo Fletcher.

El campamento estaba situado en una hondonada en la que un peñasco se enroscaba sobre sí mismo y luego volvía a salir. Los caballos se agitaban inquietos en el corral de postes y el humo se elevaba en una estrecha cinta desde la cabaña de troncos que se recostaba contra el acantilado.

Un hombre que estaba sentado en lo alto de la valla del corral se enderezó y los miró fijamente.

—Será mejor que salgamos a toda prisa —sugirió Johnny.

—No podemos —le dijo Fletcher.

—Presionamos mucho a estos broncos anoche. Están demasiado cansados para ir muy lejos. Lo único que podemos hacer es avanzar y arriesgarnos—. Se quedó mirando el campamento.

—¿Alguien tiene un rancho por aquí? —preguntó—. ¿Tal vez recién comenzado?

Johnny resopló con disgusto.

—Nadie está tan loco como para intentar hacer rancho aquí.

EL hombre de la valla del corral hizo una llamada y dos hombres se acercaron a la puerta de la cabaña, se quedaron mirando a los dos que estaban en la boca del cañón.

A paso ligero se acercaron al campamento. Los dos hombres seguían de pie en la puerta. El hombre de la valla se bajó de ella y caminó lentamente hacia la cabaña. Los tres esperaban, en silencio, cuando Fletcher se detuvo.

—Buenos días, caballeros —dijo.

—¿Qué tal? —dijo el que había estado en la valla. Los otros dos no dijeron nada.

—No sabía que había alguien aquí —dijo Fletcher.

—No llevamos mucho tiempo aquí —dijo uno.

El otro señaló a Johnny con el pulgar.

—Ese es Johnny el Ciego, ¿no?

—Claro, ese soy yo —dijo Johnny—, pero no reconozco tu voz.

—¿Qué hace este hombre contigo? —preguntó el hombre.

—Solo me lleva a dar una vuelta —dijo Johnny—. Me gusta salir a pasear de vez en cuando.

—Deben de haber salido temprano.

Un cuarto hombre se acercó a la puerta. Llevaba una venda manchada de sangre alrededor de la cabeza y los bigotes de un lado de la cara estaban apelmazados con sangre seca.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó.

El hombre de la valla respondió:

—Tenemos compañía. Estos hombres están dando un paseo.

—¿Dónde están tus modales? —exclamó el que tenía la venda.

—Pídeles que bajen y coman algo.

—Claro, claro —dijo el de la valla—. Bajen y vengan con nosotros.

Fletcher recogió las riendas.

—No, gracias de todos modos. Será mejor que nos pongamos en marcha. Tenemos que volver al pueblo antes del mediodía.

—¡Baja! —dijo el hombre. Su voz no se elevó, pero había un latigazo de insistencia en ella. Tenía las manos apoyadas en las culatas de las pistolas y parecía un resorte comprimido a punto de

entrar en acción.

Fletcher le miró fijamente.

—No acabo de entenderlo —dijo.

El hombre palmeó las culatas.

—Tengo algo aquí que te hará entender. Bájate de esos jamelgos.

Fletcher sonrió cansado.

—Será mejor que bajemos, Johnny.

Lentamente pasó la pierna por encima de la silla y desmontó, dejando caer las riendas al suelo. Johnny, vio, se apeaba del segundo caballo.

Uno de los hombres de la puerta se adelantó, sacó la pistola de Fletcher de la funda y se la metió en la cintura.

—Odio ser brusco —dijo— pero no podemos dejar que te escapes. Lástima que hayas chocado con nosotros.

—El jefe no tardará en llegar —dijo el hombre de la valla—. Él sabrá quiénes son.

El hombre que había cogido la pistola de Fletcher miró a Johnny.

—¿Y él?

El hombre de la venda sacudió la cabeza.

—Nunca lleva una.

Los hombres estaban nerviosos, decidió Fletcher, mirándolos. Esperaban que ocurriera algo y no estaban muy seguros de que sucediera. Debajo de la barba que les había crecido durante el día, sus rostros estaban tensos y nerviosos, y se sentían incómodos.

Dijo:

—Espero que sepan lo que hacen.

—Solo estamos siendo cuidadosos, forastero —dijo el vendado.

—No vamos a correr ningún riesgo. Lo más probable es que te soltemos cuando llegue el jefe.

—Ahí viene —dijo uno de ellos.

Fletcher se dio la vuelta y vio un caballo que trotaba rápidamente hacia el campamento desde la boca del cañón. Se sobresaltó al ver al hombre montado. Era Lance Blair.

MIRÓ rápidamente a Johnny, vio que el ciego permanecía inmóvil y erguido, mirando hacia el jinete que se acercaba, con el rostro tenso, casi como si lo viera y lo reconociera. Buscó desesperadamente en su mente alguna forma de avisar a Johnny, de hacerle saber quién era el jinete, de prepararle para lo que estaba por venir. Pero sabía que no había forma de hacerlo. En cuanto Blair abriera la boca, Johnny lo descubriría.

Blair detuvo a su animal y se sentó mirando a los hombres que estaban ante la puerta.

—¡Menudo grupo! —dijo.

—¡Que una banda de rancheros os ponga en fuga!

El hombre con la venda en la cabeza se adelantó.

—Puedo explicarlo, jefe. Estaban avisados y esperándonos.

Nosotros...

La mirada de Blair lo detuvo. Señaló a Fletcher y Johnny.

—¿Cuándo aparecieron estos dos?

—Hace un momento —dijo el hombre vendado.

—Pensamos que tal vez sabrías quiénes son.

Una sonrisa lobuna se dibujó en el rostro de Blair.

—¡Claro! Son amigos míos.

—No lo sabíamos, jefe.

Blair empezó a balancearse de su montura y en ese momento Johnny el Ciego actuó. Su mano serpenteó suavemente dentro de su abrigo, bajo su axila y volvió a salir, todo en un rápido movimiento que se llevó a cabo casi tan rápido como un hombre podría parpadear.

—¡Atrápalo, Shane! —gritó.

En silencio, se lanzó sobre Blair, un poderoso salto que alcanzó al dueño de la taberna cuando aún se balanceaba de la silla de montar, golpeándolo sin piedad contra el costado de su montura. Con las manos como garras, Blair se dejó caer al suelo, con las botas patinando en la tierra y deslizándose por debajo de él. El caballo, sobresaltado, se encabritó y lanzó un relincho.

Fletcher se abalanzó sobre Blair de un salto, girando el cuerpo para escapar de la bota que se levantaba con violencia, apuntándole al estómago. Cayó al suelo y oyó el silbido de la respiración del hombre que tenía debajo.

Blair estaba tratando de coger su arma y Fletcher llevó la mano a su muñeca, la agarró con fuerza y la estrelló salvajemente contra la arena. El puño de Blair alcanzó a Fletcher en la mandíbula, dándole un golpe que le sacudió la cabeza. La sangre le goteaba por la comisura de sus labios y Fletcher devolvió el golpe a ciegas.

A su espalda, Fletcher oyó el estruendo de las armas e instintivamente, incluso mientras luchaba, encorvo los hombros contra la bala que sabía que iba a llegar.

Y mientras luchaba por alejar la muñeca de Blair de la pistola, mientras llevaba la mano hacia la garganta del otro, su mente pensó que había sido una tontería. Un hombre desarmado y un ciego armado contra otros cinco hombres completamente armados.

Blair arqueó el cuerpo, agitándose, tratando de zafarse de él. Con fría deliberación, Fletcher asestó un golpe en la cara del otro.

Cuando sintió que Blair se aflojaba, Fletcher le soltó la muñeca, cogió la pistola y la sacó de la funda. Con un grito, se apartó de Blair, agachado, con la pistola en la mano.

El hombre que había estado sentado en la valla estaba tendido en el suelo, con los brazos abiertos y la cara hundida en la tierra. Uno de los que habían estado en la puerta estaba de rodillas, encorvado, con el cuerpo agitado y tosiendo.

Johnny se desplomaba frente al otro hombre que había estado en la puerta, con el brazo de la pistola flácido y colgando, la cabeza echada hacia delante como un hombre que camina contra el viento.

Deliberadamente, el hombre que estaba delante de Johnny volvió a levantar la pistola y Fletcher, con la respiración entrecortada, levantó el arma y apretó el gatillo.

El hombre que estaba frente a Johnny giró sobre sí mismo y su rostro, por un instante, fue una expresión de horror siniestro y

luego quedó en blanco. Por un momento se tambaleó, con la pistola cayendo de unos dedos que de repente se volvieron flácidos. Luego, como un árbol que se desploma, cayó de bruces.

A un lado, Johnny se deslizó lentamente hacia delante...

NO había rastro del hombre de la cabeza vendada. El que había estado de rodillas se había tumbado como un oso que se hace un ovillo para dormir en invierno, con las rodillas hacia arriba y los brazos agarrándose el vientre como para aliviar el dolor.

Fletcher, agazapado en el suelo, se dio cuenta de pronto del extraño silencio que flotaba vacío y sin voz a la luz del sol que se derramaba por aquella tierra cubierta de rocas.

Lentamente, Fletcher se puso en pie y enfundó el revólver que le había quitado a Blair. Con pies de plomo avanzó, rodeó el cuerpo del hombre que había caído como un árbol, se detuvo un segundo en silencio antes de arrodillarse y poner a Johnny boca arriba.

Los ojos de Johnny se abrieron y miraron fijamente a Fletcher. Un pequeño chorro de sangre salió por la comisura de la boca de Johnny y le resbaló por la barbilla.

—Johnny —dijo Fletcher.

—Johnny.

—Ahora lo sabes —dijo Johnny, sin dejar de mirarle—. Quizá lo adivinaste todo el tiempo.

—¿Saber qué, Johnny?

—Que no estaba ciego.

—Alguna vez me lo pregunté —admitió Fletcher.

—Me querían en el Este —dijo Johnny—. Abrí demasiadas cajas fuertes, como la del banco. Tenía dedos educados.

—¿Era un disfraz? —dijo Fletcher, en voz baja.

—Claro, Shane. ¿Quién buscaría a un ladrón ciego? ¿Quién pensaría que un ciego tenía precio por su cabeza?

Fletcher abrazó al hombre contra sí, como si por pura fuerza física pudiera mantener la vida que se extinguía dentro de aquel

cuerpo.

—Pero, Johnny —dijo— podrías haberte ido...

—Te parabas a hablar conmigo cada vez que entrabas en el Silver Dollar —le dijo Johnny—. Me pediste que saliera a pasear contigo. Me presentaste a tu maestra. Me llevaste contigo cuando fuiste a buscar los libros. Como si yo fuera otro hombre, igual que tú. No me preguntaste qué se siente al ser ciego, ni cómo llegué a serlo, ni...

La voz se redujo a un susurro, bajó hasta que los labios aún se movieron pero no salió ningún sonido. Los párpados se deslizaron sobre los ojos como si Johnny se hubiera cansado de repente y se hubiera dormido mientras hablaba.

Por un momento, Fletcher miró fijamente el rostro del hombre que sostenía, luego levantó los ojos y barrió las alturas que los rodeaban. El diminuto prado zumbaba con la quietud de la madrugada y las agujas y pináculos habían adquirido una luz nueva y parpadeante con la llegada del sol.

La calma, pensó Fletcher. La calma que sigue al eructo del humo de las armas.

La tranquilidad de la vida que ha terminado después de años de esconderse detrás de un par de ojos que habían sido entrenados para una mirada en blanco, sin parpadear... la mirada que tendrían los ojos de los ciegos. La autodisciplina que permitía a un hombre ver una cosa, pero nunca actuar como si la hubiera visto. Los años que habían inculcado en un hombre una cierta conciencia de su papel hasta que llegó a pensar en sí mismo como un ciego que tocaba el violín en los salones de todo el país. Un hombre con dedos educados que, a veces, se reía para sí mismo cuando estaba solo, se reía de la broma que estaba gastando a toda la humanidad.

Unos pies veloces resonaron en la hierba detrás de él, pisadas violentas medio amortiguadas por la hierba.

Fletcher se llevó la mano al cinturón y, medio agachado, giró sobre sus talones, levantándose al mismo tiempo que giraba. Incluso antes de ver al hombre que lo atacaba, Fletcher supo de quien se trataba. Blair. El hombre que un momento antes había

caído de espaldas, aturdido por un golpe, un peligro a su espalda que había olvidado con la muerte de Johnny.

El arma de Fletcher se movió con rapidez en su mano, pero no tanto como aquellos pies que avanzaban con rapidez. Un peso aplastante, apenas percibido, atrapó a Fletcher mientras giraba, un peso que lo estrelló contra el suelo, que cayó sobre él, le quitó el aliento de los pulmones y lo dejó tambaleándose en un pozo de dolorosa oscuridad.

Fletcher intentó luchar, intentó mantener el agarre, intentó girar la muñeca para que el arma apuntara hacia el cuerpo de su oponente. Pero no le quedaba fuerza.

Entonces recibió un golpe en la cabeza que llenó el mundo por un momento de luces parpadeantes y estrellas girando y girando...

CAPÍTULO V

EL TIRADOR MISTERIOSO

UN buitre volaba sobre sus perezosas alas contra el azul ardiente del cielo y un árbol retorcido se aferraba desesperadamente al borde desmoronado de un acantilado lleno de colores. Fletcher se tumbó boca arriba y observó el árbol y el pájaro, preguntándose cómo era que estaba aquí, al aire libre, tumbado boca arriba, mirando a un buitre.

Poco a poco, sus pensamientos se fueron volviendo más agudos y se dio cuenta del dolor sordo que le palpitaba en las sienes, del dolor de las manos atadas a la espalda. Le llegaron voces a los oídos y giró la cabeza.

Blair y el hombre de la cabeza vendada estaban en cuclillas junto a una hoguera de la que salía perezosamente un fino hilo de humo azul. Una cafetera se calentaba a fuego lento sobre las brasas y el hombre de la venda hurgaba con un tenedor en una sartén para freír unas tiras de tocino. Más allá del fuego, un pequeño arroyo se arremolinaba y corría sobre una zona cubierta de hierba.

El buitre se había alejado de allí, pero el árbol seguía posado con las raíces nudosas en el borde del acantilado tostado por el sol. Lenta y metódicamente, con cuidado de recordar todos los detalles, Fletcher hizo memoria y cerró los ojos para recordar lo sucedido.

Los hombres de la pradera habían formado parte de la banda criminal de Blair, quizá todos ellos, porque solo se necesitaban unos pocos hombres para hacer lo que ellos habían hecho. Golpear y huir, atacar a hombres solos o a familias solas, todos ellos desprevenidos, todos ellos indefensos.

Fletcher se preguntó si Childress había participado en la organización de la banda y la respuesta parecía ser que no. Lo más probable era que ese hubiera sido el trabajo de Blair. Childress había prestado la mayor parte del dinero, y Blair se había encargado de que los que habían pedido prestado no pudieran devolverlo.

Pero algo había salido mal. El hombre de la cabeza vendada era la prueba de ello. Al parecer, White había llegado a tiempo a los ranchos y los asaltantes, en lugar de atacar a hombres desprevenidos, en lugar de arrasar como una plaga a unos corderitos desprevenidos, se habían topado con una lluvia de balas. Tal vez habían dejado unos cuantos de sus miembros atrás, en los ranchos, donde los disparos habían retumbado en la noche.

Pero, ¿dónde encajaba él, Fletcher, en el cuadro? ¿Por qué yacía aquí, con la cabeza palpitante por el golpe de la culata del arma de Blair y las manos atadas a la espalda? ¿Por qué no estaba en el prado, con el cadáver tendido junto al del ciego Johnny?

La hierba crujió cuando unos pies se acercaron a él. Despacio, un pie calzado le dio una patada en las costillas. Abrió los ojos y miró fijamente la cara de Blair.

—Ya era hora de que despertaras —dijo Blair.

Fletcher hizo una mueca.

—Me has pegado demasiado fuerte.

—¿Quieres tocino y café?

Fletcher se puso de rodillas y se levantó.

—¿Cómo voy a comer? —preguntó.

—Te desataremos las manos —dijo Blair—, pero te tendremos apuntado con una pistola.

El hombre de la venda, vio Fletcher, ya tenía la pistola desenfundada. Colgaba floja entre sus dedos, con su muñeca apoyada en la rodilla.

Fletcher señaló con la cabeza a una forma envuelta en una manta.

—¿Quién es?

Blair parpadeó con fingida sorpresa.

—Pero, ¿no lo sabes? Es Johnny el Ciego. También tenemos que cobrársela.

—¿Cobrar?

—Claro. Los dos tienen un precio.

Fletcher se quedó boquiabierto.

—¿Un precio?

—Claro, robaron el banco. Y Childress fue asesinado. También Jeff. ¿O es que no te acuerdas?

Fletcher jadeó.

—¿Una recompensa?

—Mil dólares por cada uno. Vivos o muertos.

Fletcher se quedó tieso y erguido mientras Blair se colocaba detrás de él y jugueteaba con el nudo que le ataba las manos. Bien hecho, pensó. Un trabajo impecable, idel tipo que uno esperaría de Blair!

CLARO que habían atracado el banco y habían matado a Childress. Pero ni él ni Johnny habían tenido nada que ver con eso. Eso había sucedido después de que él y Johnny se marcharan, en los pocos minutos que transcurrieron entre el momento en que salieron a la calle y el momento en que los excitados ciudadanos de la ciudad llegaron al banco. No había llevado mucho tiempo. Un disparo rápido y Childress murió. Un minuto de trabajo para sacar las bolsas de dinero y los rollos de billetes de la caja fuerte y arrojarlos por una ventana donde

pudieran ser recogidos más tarde.

Fletcher se llevó las manos sueltas hacia delante y se las frotó, masajeándose las muñecas enrojecidas para ocultar que le temblaban.

—Vivo o muerto —le dijo a Blair.

—¿Mil dólares por cualquiera de los dos, vivo o muerto?

Blair lo miró con ojos cautelosos y asintió.

—Entonces, ¿por qué tanta molestia en llevarme vivo?

—Queda mejor así —le dijo Blair.

—Nadie podrá decir que os matamos a los dos para callaros la boca.

—Todavía podría hablar —dijo Fletcher.

—Claro —asintió Blair—, para lo que te sirve. Puedes hablar hasta que se te ponga la cara azul y nadie te creerá. Porque, verás, te encontramos el botín. En tus alforjas—. Señaló un par de alforjas que estaban cerca del fuego.

—Y —dijo el hombre de la venda— ¿quién demonios creería la historia que contarías?

Fletcher sabía que nadie la creería. No cuando llevaran al jurado arriba, sobre el banco, y les enseñaran el agujero serrado en el suelo. Nadie creería que Blair y Childress habían asaltado a los rancheros. Nadie, salvo los propios rancheros. Y Fletcher sabía que ninguno de ellos tendría la oportunidad de formar parte del jurado. El mero hecho de que le debieran dinero a Childress o de que Childress les hubiera ejecutado una hipoteca provocaría una recusación y serían excusados.

Había sido una locura irrumpir así en el banco. Pero en aquel momento había parecido una buena idea. La única manera, de hecho, de conseguir pruebas de los tratos de Childress, la única manera de saber qué rancheros estaban en peligro, la única manera de demostrar ante un tribunal que Childress solo había prestado dinero a los rancheros que poseían las tierras que él quería.

Pero las cosas no habían salido como Fletcher pensaba.

Vio que Blair lo miraba con ojos divertidos.

—Lo que no puedo entender —dijo Blair— es qué te llevó a hacerlo. No eres el tipo de hombre que roba un banco.

—Lo contaré en el juicio —dijo Fletcher.

—¿Y por qué llevaste a Johnny contigo? Fue una locura. Cargar con un ciego.

—Ah, diablos —dijo el hombre de la venda —disparémosle y acabemos de una vez.

—Cállate —replicó Blair.

—Pero es demasiado astuto para nosotros —insistió el hombre vendado—. Irá a los tribunales y logrará librarse. Probablemente nos convencerá a nosotros antes de que termine. Es abogado y la ley es su negocio y...

Antes de que pudiera terminar de hablar, el fuego explotó repentinamente con un extraño estallido sordo, lanzando fuegos artificiales de brasas ardientes en el aire. Varias piezas cayeron en los brazos de Fletcher, quemándolo dolorosamente. Saltó hacia atrás, pero golpeó un matojo de hierbas con el talón y, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo.

En el mismo momento, hubo un estruendo entrecortado, el sonido de un disparo, solo un instante detrás de la rápida bala de un rifle.

EL hombre vendado se había tirado detrás de un arbusto ralo, con el regazo apretado contra el suelo. Blair estaba agazapado en una depresión natural poco profunda, protegido por matas de hierba ondulante. Las ropas del dueño de la taberna ardían en una docena de sitios distintos por la lluvia de brasas y él las golpeaba con fiereza, maldiciendo con voz aguda.

—Fletcher —dijo una voz y el abogado, torciendo la cabeza, vio que era Blair quien le hablaba.

—Fletcher —dijo Blair—, no intentes cosas raras.

Fletcher le devolvió la mirada sin hablar, leyó asesinato en los ojos entrecerrados bajo el sombrero de ala ancha. Blair, de espaldas a la pared, era peligroso. Cuando las cosas le iban como él quería, era diferente. Entonces se había inclinado por la

frivolidad, como un gato jugando con un ratón. Pero ahora, aterrizado por el rifle oculto, se sentía la muerte pronta en el dedo de su gatillo.

Lentamente, Fletcher dio la vuelta hasta quedar tendido sobre el vientre, sintiendo en todo momento los ojos del hombre sobre él. Lentamente, se dirigió, pegado al suelo, hacia un enebro de poca altura.

—¿De qué demonios tienes miedo? —preguntó Blair.

—Ponerse a cubierto de esa manera. No es a ti a quién disparan.

—¿Cómo voy a saberlo? —le replicó Fletcher—. Cómo voy a saber quién está ahí fuera con un arma. Quizá no les importaría matarme a ti y a mí.

Blair gruñó salvajemente y se agachó más en el agujero poco profundo excavado por el viento.

—¿Qué está pasando? —preguntó el hombre vendado.

—No es natural. Solo un disparo y nada más.

—Tal vez solo un hombre —dijo Blair.

Esperaron. El sol caía implacable. El cielo estaba azul y quieto.

Ya había despistado parcialmente a Blair, lo sabía, al fingir que temía al arma ahí fuera, al arrastrarse hasta ponerse a cubierto.

Pero se dijo a sí mismo que no tenía mucho que temer del tirador oculto, fuera quien fuera. Solo había dos bandos en este asunto y un hombre estaba a su favor o en su contra. Y si el hombre de la pistola hubiera estado en su contra, habría cabalgado hasta el campamento en lugar de empezar a lanzar plomo.

Es gracioso: dispararon solo una vez, e incluso luego al fuego. La bala rozó la cafetera y levantó una fuente de brasas. ¿Quizás este hombre no tenía la intención de matar? Un solo disparo, y silencio, como si el tirador hubiera logrado su objetivo.

Fletcher se devanaba los sesos preguntándose quién estaría escondido ahí fuera, satisfecho de dejar que las cosas siguieran su curso mientras los tuviera inmovilizados en el suelo. White, tal vez. Aunque no parecía probable. White estaría con los rancheros,

no vendría a hurtadillas solo. Si hubiera sido White, Blair ahora estaría muerto.

Oyó un susurro y giró la cabeza, manteniendo la mejilla pegada al suelo. Vio que Blair se incorporaba lentamente, cada vez más arriba por encima de la hierba.

Un destello de fuego brilló momentáneamente desde el borde del risco al otro lado del arroyo y la tos hosca del rifle atravesó las colinas. Blair cayó con un ruido sordo, enterrándose en el suelo protector. Justo detrás de él, una nube de polvo se asentó lentamente. Fletcher soltó una risita.

Blair le gruñó con la comisura de los labios.

—¡Ríete, maldito seas! —Pronto borraré la sonrisa de tu sucia cara.

—Añadió, entrecerrando los ojos—. Solo estoy esperando una excusa, Fletcher, eso es todo. Nada me gustaría más.

El rifle del risco volvió a sonar y la bala, rozando el borde de la zona en la que Blair estaba agazapado, le roció con una lluvia de tierra.

—Te está alcanzando —dijo Fletcher.

—Todo lo que tengo que hacer es tumbarme aquí y esperar a que te quite el polvo.

Blair se acurrucó más abajo en el suelo, se sacudió de pasada la tierra que la bala le había echado sobre los hombros.

—O tal vez —declaró Fletcher—, esté planeando enterrarte vivo. Unos cuantos disparos más como ese y...

Blair le gritó.

—¡Cállate!

CAPÍTULO VI

¡VEN Y TÓMALO!

FLETCHER se quedó en silencio, observando a Blair. Lentamente giró la cabeza para mirar al hombre de la cabeza vendada. Pero el sitio detrás del arbusto, donde el hombre se había tirado, estaba vacío.

—Ese hombre es mejor que un indio —dijo Blair.

—Está rodeando al hombre del rifle en el acantilado.

Con cautela, Fletcher movió el cuerpo hacia delante hasta que pudo mirar más allá del enebro. Con los ojos entrecerrados contra el resplandor del sol, buscó entre la confusión de los peñascos.

Estaba allí, sin duda. La mancha blanca que se distinguía contra la sombra de la pared era el vendaje que le rodeaba la cabeza. La mancha blanca cruzó la pared de roca, desapareció por un instante, reapareció de nuevo, más alto y más cerca del escondite del hombre del rifle.

—Te tengo vigilado —gruñó Blair.

—Estoy observando cada movimiento que haces. Intenta avisar a tu amigo y te convertiré en carne de buitre.

El cuerpo de Fletcher se tensó y su mente se agitó. Tenía que hacer algo.

Algo que no era la cabeza vendada del asaltante se movía también cerca de la cima del acantilado: algo más pequeño que un hombre y amarillo, como una piel amarilla donde le daban los rayos del sol.

La cosa amarilla era el perro que había encontrado en la cabaña quemada de Duff y que le había dado a Cynthia Thornton. Y si el perro estaba allí, Fletcher sabía quién debía ser el tirador: no un hombre, sino Cynthia Thornton.

Desde el acantilado se oyó un grito de terror y, de repente, el perro amarillo se precipitó hacia abajo, desde la cornisa sobre los hombros del hombre que llevaba la venda...

POR un momento, el hombre de Blair se quedó perfilado contra la roca, de espaldas al espacio exterior, frente a la furia amarilla que se agazapaba ante él, tensa para dar un salto despiadado. Por un momento, las manos del hombre

arañaron el aire mientras intentaba mantener el equilibrio.

Y entonces, lenta y deliberadamente, como si lo hiciera por voluntad propia, cayó hacia atrás, desde la cornisa. Dio vueltas de campana, con la venda blanca iluminada por el sol. Se oyó un grito prolongado, que parecía no tener fin, pero que en realidad no duró más que unos pocos segundos...

Con la mente todavía aturrida por el horror, Fletcher se volvió. Blair apartó los ojos y levantó el arma. Fletcher, cargando, con la cabeza gacha y los brazos extendidos, vio el rojo toser del arma frente a él, sintió un fuego punzante que le atravesó el hombro.

Su mano izquierda se extendió mientras corría y sus dedos se cerraron con un agarre de acero alrededor de la muñeca que sujetaba la pistola. Su cuerpo chocó contra el de Blair y levantó el brazo de la pistola con un violento tirón.

El brazo con el que Blair empuñaba el arma cedió ante la presión y se dobló hacia atrás. El revólver cayó y Fletcher lo apartó de un puntapié.

—Vamos —dijo.

Blair se abalanzó, con la cabeza gacha. Retrocediendo, Fletcher le golpeó en la cabeza.

Un puño se hundió en su vientre. Se tambaleó hacia atrás, con el estómago contraído por el dolor.

Se acercaba otro golpe y Fletcher levantó unos brazos que parecían le pesaran una tonelada, lo atajó con la muñeca izquierda, bloqueándolo.

El malestar se le estaba quitando del estómago y tenía la cabeza más despejada. Blair volvía a la carga, con la cabeza todavía baja. Fletcher dio un paso atrás y luego se abalanzó, con el puño derecho saliendo de la rodilla. Golpeó a Blair en la frente, lo detuvo y lo enderezó. Fletcher golpeó con la izquierda y luego volvió a golpear con la derecha.

Vio la cara de Blair, retiró el puño y lo dirigió hacia la boca. El dolor le atravesó los nudillos y la cara seguía allí. La izquierda esta vez. Y luego la derecha otra vez. La cara ya no estaba.

Fletcher se irguió sobre piernas separadas y sacudió la cabeza

para despejar la niebla.

Una nariz suave y húmeda olisqueó la mano de Fletcher. Este le alargó la mano y acarició al perro amarillo. Cynthia Thornton estaba de pie junto a su caballo.

—Shane —se le entrecortó la voz —Shane, ¿has visto lo que ha hecho el perro?

Fletcher asintió.

—Eso fue por Duff —dijo.

—El hombre del acantilado debía de ser uno de los que mataron a su amo. Lo recordaba, ya ves.

Cynthia Thornton se aproximó rápidamente y secó con un pañuelo la cara de Fletcher.

—Eres todo un espectáculo —dijo.

Unos cascos la interrumpieron. Un grupo de hombres a caballo salía de un cañón. Los jinetes se detuvieron.

Zeb White se alzó sobre los estribos y se quitó el sombrero.

—Hola, señora —le dijo a Cynthia.

—Hola, Sr. White.

—Veo que lo tienes —dijo White.

—Durante un tiempo él me tuvo a mí —le dijo Fletcher—. Pero llegó la señorita Thornton y creó una especie de distracción, podría decirse.

CYNTHIA negó con la cabeza—. Solo salí a dar un paseo, señor White, y llevaba mi pistola para practicar un poco de tiro al blanco. Luego, cuando vi a Shane atado como un pavo para la sartén, decidí hacer algo al respecto.

Otro de los jinetes habló.

—Hemos oído disparos.

Fletcher asintió.

—Hubo un pequeño tiroteo, supongo.

El hombre miró a Blair.

—Deben de haberle dado una paliza considerable —supuso. Como respuesta, Fletcher levantó los nudillos ensangrentados.

—¿Hallaste el dinero? —preguntó White.

—Está junto al fuego. Lo llevaba de regreso. Me iba a llevar con él. Iba a alegar que fui yo quien robó el banco y mató a Childress.

—No puede alegar eso —dijo White—. Era el único que usaba una treinta y ocho. El resto de los que estabais metidos en el asunto teníais cuarenta y cinco.

—Y una treinta y ocho mató a Childress —dijo uno de los otros hombres—. Doc le sacó la bala.

—Será mejor que volvamos al pueblo —dijo White—. Algunos de ustedes tomen los caballos de allá y recojan las cosas, incluyendo a Blair. Y lo que sea esa cosa de la manta.

—Es Johnny el Ciego —le dijo Fletcher.

—¿Muerto?

Fletcher asintió.

—Será mejor que uno de los muchachos vaya a Antílope y le diga al predicador que lo necesitaremos.

—Claro —asintió White de corazón.

—Tenemos que darle a Johnny un entierro como es debido—. Miró de Fletcher a Cynthia y viceversa—. Tal vez ustedes también necesiten a un predicador.

Fletcher sonrió.

—Después de un tiempo, tal vez. Ahora mismo no gano ni para mantenerme.

—Caramba —dijo White—, olvidé decírtelo. Ahora no tenemos banco desde que mataron a Childress. Así que estamos organizando otro. Necesitamos un hombre de confianza para dirigirlo.

Los hombres se sentaron en silencio sobre sus caballos, mirando a Fletcher.

—Estábamos pensando en ti —le dijo White.

De repente, Fletcher lo recordó. Metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó un fajo de papeles. Los hojeó. Sonrió a White.

—Supongo que me equivoqué con estos —dijo—. Después de todo, no los necesitaba.

—Vuelve a metértelos en el bolsillo —le dijo White—. Recogerlos formará parte de tu nuevo trabajo.

Cynthia enlazó su brazo con el de Fletcher y sonrió a White.

—Tal vez —dijo— podamos necesitar a ese predicador, después de todo.

FIN

NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA



Cliff Simak escribió esta historia bajo el nombre de *Gunsmoke Goes to Press*, pero se publicó, en el número de septiembre de 1944 de *New Western Magazine*, con un nuevo título... y hoy en día es probable que muchos lectores pasen por alto el juego de palabras del nuevo título. Si ha leído algunas novelas del Oeste, probablemente sabrá que “plomo caliente” es un eufemismo para referirse a un tiroteo, pero el protagonista de esta historia es el editor de un periódico fronterizo en la época en que la publicación de periódicos a menudo requería fundir y refundir la aleación de plomo utilizada para escribir en la imprenta. (Resultó que *Gunsmoke Goes to Press* se mantuvo como título de un capítulo en la historia de nuevo título).

Clifford D. Simak parece haber tenido algunos seguidores en la literatura del Oeste de la época, en este caso, su historia era la primera de las dos que aparecían en la portada de la revista, y apareció como la primera historia de la revista. El diario de Cliff muestra que le pagaron 120 dólares por el relato en una época en la que el precio de portada de la revista era de quince centavos. Varios personajes de la historia llevan nombres de pueblos de la zona de Wisconsin donde creció Cliff, y el protagonista lleva como apellido el nombre del hermano pequeño de Cliff, Carson.

David W. Wixon



Trail City's Hot-Lead Crusaders
New Western Magazine, Septiembre 1944

CAPÍTULO UNO

VETE POR EL CAMINO O MUERE

Morgan Carson, editor del Trail City Tribune, reconocía los problemas cuando los veía, y estaban cruzando la calle directamente hacia su puerta.

Jackson Quinn, el único abogado de la ciudad, o Roger Delavan, el banquero, no eran más que visitantes que pasaban el rato. Pero cuando venían juntos, había algo que soplabla en el viento.

Jake, el impresor, se acercó desde la trastienda, con una caja de tipos en la mano, y una botella sacudiéndose en el bolsillo a cada paso que daba, con la ira en su rostro manchado de tinta.

—¿Todavía no tienes ese maldito editorial? —preguntó.

—Santo cielo, ¿es que uno tiene que esperar todo el día?

Carson se puso el lápiz detrás de la oreja.

—Estamos recibiendo visitas —dijo.

Jake movió el pedazo de tabaco hacia el lado izquierdo de la boca y entrecerró los ojos bajo sus pobladas cejas para mirar a la calle.

—El par de clientes más astutos que he visto —declaró.

—Seguro que mantendría mis ojos bien abiertos, con esos tipos viniendo hacia mí.

—Delavan no es tan malo —dijo Carson.

—Sí, sólo le quitaría las monedas de los ojos a un hombre muerto, eso es todo —dijo Jake.

Escupió con asombrosa precisión en el agujero de un ratón en la esquina.

—El problema contigo —afirmó— es que estás enamorado de esa mujer. Como ella es buena, crees que su padre también lo es. Nadie que ande con Quinn es correcto. No son más que un par de rufianes, metidos con esa víbora de Fennimore hasta la cintura.

Quinn y Delavan se acercaban al entablado, fuera de la oficina del Tribune. Jake se volvió y arrastró los pies hacia la parte de atrás.

La puerta se abrió y entraron los dos: Quinn, enorme, de hombros cuadrados, llamativo incluso con un sencillo traje negro; Delavan, tranquilo y digno, con su pelo plateado y su bombín.

—Es un placer —dijo Carson.

—Dos de los ciudadanos más distinguidos de la ciudad, y ambos a la vez. ¿Puedo ofrecerles una copa?

Se inclinó y rebuscó en un profundo cajón del escritorio, y salió con las manos vacías.

—No —dijo— no puedo. Jake la ha vuelto a encontrar.

—Olvida la bebida —dijo Quinn. Se sentó en el escritorio de Carson y balanceó una pierna hacia delante y hacia atrás. Delavan se sentó en una silla, ceñido y recto, como un hombre que teme el trabajo que tiene que hacer.

—Venimos con una pequeña propuesta de negocios —dijo Quinn.

—Tenemos un hombre interesado en el periódico.

Carson negó con la cabeza.

—El Tribune no está en venta.

Quinn sonrió, agradablemente.

—No digas eso tan rápido, Carson. Aún no has oído el precio.

—Tíentame —invitó Carson.

—Diez mil —dijo Quinn, inclinándose un poco como para mantener la confidencialidad.

—No es suficiente —dijo Carson.

—¡No es suficiente! —jadeó Quinn.

—¿No es suficiente para esto? —señaló con la mano la habitación polvorienta y sucia—. No pagaste mil por todo lo que tienes en este maldito lugar.

—Byron Fennimore —le dijo Carson sin rodeos— no tiene suficiente para comprarme.

—¿Quién ha hablado de Fennimore?

—Yo —espetó Carson—. ¿Quién más podría estar interesado?

¿Quién más estaría dispuesto a pagar diez mil para sacarme de la ciudad?

Delavan se aclaró la garganta.

—Yo diría, Morgan, que eso no debería tener nada que ver. Después de todo, un negocio es un negocio. ¿Qué importa quién haga la oferta?

Volvió a aclararse la garganta.

—Hago la observación —señaló— simplemente como amigo. No tengo ningún interés en este negocio. Sólo he venido para ocuparme de la parte financiera en caso de que quieras vender.

Carson miró a Delavan.

—Diez mil —preguntó— ¿al contado? ¿Diez mil al contado?

—Dilo —dijo Quinn—, y te los daremos.

Carson rió con dureza.

—Nunca saldría de la ciudad con eso.

Quinn habló en voz baja.

—Eso podría ser parte del trato —dijo.

—No —le dijo Carson —diez mil es demasiado para el periódico. Vendería el periódico —sólo el periódico, fíjate— por diez mil. Pero no venderé a mis amigos. No me venderé a mí mismo.

—Estarías haciendo dinero con ello, ¿no? —preguntó Quinn.

—¿No has venido aquí para eso?

Carson se reclinó en la silla, se enganchó los pulgares en el chaleco y miró fijamente a Quinn.

—Supongo que ni tú ni Fennimore entenderéis por qué he venido. No estáis hechos así. No sabrían de qué les estoy hablando si les dijera que veo Trail City como un pequeño pueblecito ganadero que podría convertirse en una ciudad.

—Caballeros, eso es exactamente lo que vi. Y estoy aquí, en la planta baja. Creceré con la ciudad.

—¿Te has parado a pensar —señaló Quinn—, que podrías no crecer? ¿Podrías caer muerto, de repente, algún día?

—Todos tus pistoleros tienen mala puntería —dijo Carson—. Hasta ahora siempre me han fallado.

—¿Tal vez hasta ahora los muchachos no se han esforzado demasiado?

—Supongo —dijo Carson—, que se esforzarán realmente a partir de ahora.

Lanzó una mirada a Delavan. El hombre estaba inquieto, incómodo, girando el bombín en sus manos.

—Dejémonos de rodeos —sugirió Carson.

—No sé por qué lo intentaron en primer lugar. Según tengo entendido, Fennimore me dará diez mil si dejo de desafiarle, me olvido de elegir a Purvis para sheriff y me largo de la ciudad. Si no, los chicos de Fennimore me convierten en cebo para buitres.

—Eso es todo —dijo Quinn.

—¿No estarás deseando mi sangre, personalmente? —preguntó Carson.

Quinn negó con la cabeza.

—Yo no. No soy un pistolero.

—Yo tampoco —le dijo Carson.

—Al menos no profesionalmente. Pero a partir de ahora no voy a llevar esta pistola mía de adorno. Voy a empezar a devolver los disparos. Puedes hacerlo circular, como una especie de chisme.

—Los muchachos —dijo Quinn, sarcásticamente — agradecerán la advertencia.

—Y puedes decirle a Fennimore —dijo Carson—, que sus días han terminado. Los días de campar a sus anchas y exprimir al pequeño han llegado a su fin. Tal vez Fennimore pueda detenerme con algunas balas. Tal vez pueda detener a muchos hombres. Pero no puede detenerlos para siempre.

—Está a punto de llegar el día en que Fennimore no pueda fijar elecciones y elegir a dedo a sus sheriffs, en que no pueda imponer tributos a todos los hombres de negocios de la ciudad, en que no pueda acaparar toda el agua de la pradera.

—Mejor pon eso en un editorial —dijo Quinn.

—Ya lo he hecho —declaró Carson.

—¿No lees mi periódico?

Quinn se volvió hacia la puerta y Delavan se levantó. Jugueteadó

un poco con el sombrero antes de ponérselo.

—Vas a venir a cenar a casa esta noche, ¿verdad? —preguntó.

—Eso pensaba, hasta ahora —dijo Carson.

—Kathryn te está esperando —dijo el banquero.

Quinn se dio la vuelta.

—Claro, adelante, Carson. No hay nada personal en esto, lo entiendes.

Carson se levantó lentamente.

—No creí que lo hubiera. No tendrás a un hombre plantado por el camino, ¿verdad?

—Qué idea —dijo Quinn.

—No, amigo mío, cuando te cojamos, será a plena luz del día.

Carson los siguió hasta la puerta y se quedó en el umbral para verlos salir. Cruzaron la calle en dirección al banco y el polvo que levantaban sus botas brilló momentáneamente bajo los rayos oblicuos del sol poniente.

Un caballo galopaba calle abajo, procedente del este, con su jinete encorvado en la silla. Una gallina rascaba laboriosamente en el polvo y cacareaba a una cría imaginaria. El sol se reflejaba en las ventanas del North Star Saloon, justo enfrente de la oficina del periódico, y los cristales se tornaban de un plateado resplandeciente.

Trail City, pensó el editor Morgan Carson, mirándola. Hoy sólo es un conjunto de casuchas. El North Star el banco y la oficina del sheriff con la cárcel detrás. La caballeriza y la nueva tienda con la barbería en una esquina.

Un pueblo fronterizo, con gallinas cacareando en el polvo y perros callejeros que se paraban a rascarse en busca de pulgas. Pero algún día sería una gran ciudad, una ciudad con trenes y una torre de agua en lugar de un chirriante molino de viento, una ciudad de cristal reluciente y ladrillos.

Un hombre bajaba las escaleras del North Star, un hombre grande que caminaba con paso ligero. Carson lo observó abstraído, lo reconoció como uno de los jornaleros de Fennimore, probablemente en la ciudad por algún recado.

El hombre cruzó la calle y se detuvo. Su voz llegó en voz baja a través del estrecho tramo de polvo.

—¡Carson!

—Sí —dijo Carson. Y algo en la forma en que el hombre estaba allí, algo en la sola palabra, algo en la forma en que el rostro del hombre se veía bajo el sombrero caído, lo hizo ponerse rígido, tensando cada nervio dentro de él.

—Le estoy llamando —dijo el hombre, y fue como si hubiera pedido una cerilla para encender el humo. Sin ira, sin excitación, sólo una simple declaración.

Por un instante, el tiempo se detuvo y se quedó mirando. Incluso cuando las manos del hombre se dirigieron a las culatas de sus pistolas en los muslos, la calle pareció congelarse en una inmovilidad eterna.

Y en ese instante eterno, Carson supo que su propia mano se abalanzaba sobre su pistola, que la culata del arma estaba en su mano y salía.

Entonces el tiempo estalló y se reanudó y el arma de Carson se balanceaba hacia arriba, fácilmente, sin esfuerzo, tan sencillo como apuntar con el dedo. Los revólveres del otro hombre también se elevaban, un brillo de acero a la luz del sol.

Carson sintió que su arma rebotaba contra su mano, vio la expresión de sorpresa que apareció en el rostro del otro, oyó el estruendo del disparo resonando en sus oídos.

El hombre que estaba en la calle se caía, se desplomaba como un saco que se hunde lentamente, como si las fuerzas se le estuvieran agotando en el agonizante día. Se le doblaron las rodillas y las pistolas, aún sin disparar, se le cayeron de los dedos flácidos. Como si algo le hubiera empujado suavemente, cayó de bruces.

Durante un instante más, la quietud se mantuvo, una quietud aún más profunda que antes. El hombre del caballo había tomado las riendas y permanecía inmóvil, la gallina que escarbaba era una estatua emplumada de desconcierto.

Entonces se oyeron portazos y voces; los pies golpeaban las

aceras. El porche de la taberna hervía de hombres. Bill Robinson, con un delantal blanco en la cintura, salió de la tienda. El barbero apareció y gritó. Su cliente, con una toalla blanca alrededor del cuello y espuma en la cara, buscaba su pistola a tientas, maldiciendo a la toalla.

Dos hombres salieron de la oficina del sheriff y caminaron por la calle, se dirigieron hacia Carson, allí de pie, todavía con la pistola en la mano. Después de pasar junto al hombre muerto en la calle, siguieron caminando, mientras el pueblo se quedaba inmóvil observando.

Carson los esperó, luchando contra el miedo que brotaba de su interior, el miedo y la ira. Ira por la trampa, por lo bien que había funcionado.

A su espalda, la puerta se cerró de golpe y Jake estaba a su lado, con un rifle en la mano.

—¿Qué te pasa, chico? —preguntó.

Carson señaló al hombre que yacía en el polvo.

—Me desafié —dijo.

Jake movió su bola de tabaco en su boca hacia la izquierda.

—Un trabajo estupendo —dijo.

El sheriff Bert Bean y Stu Leonard, su ayudante, se detuvieron junto a la acera.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Bean, señalando el polvo con el pulgar.

—Sí —admitió Carson.

—En ese caso —dijo Bean—, quedas arrestado.

—No me someto a arresto —dijo Carson.

El sheriff se quedó boquiabierto.

—No te sometes... ¡tú qué!

—Ya le has oído —rugió Jake.

—No va a ir contigo. ¿Quieres hacer algo al respecto?

Bean levantó las manos hacia sus pistolas, se lo pensó mejor y las volvió a dejar caer a su lado.

—Será mejor que vengas —dijo Bean con un tono casi suplicante en la voz.

—Si no lo haces, tengo formas de obligarte.

—Si tienes formas —gritó Jake—, ponte a ello. Está intentando tirarse un farol.

Los cuatro hombres permanecieron inmóviles durante un largo momento.

Jake rompió la tensión bajando el rifle.

—Muévanse —gritó.

—Empiecen a regresar a su guarida, o los llevaré hasta allí. Vete de aquí y dile a Fennimore que no te atreves a tocar a Carson porque tienes miedo de que te saque de la ciudad.

La multitud, silenciosa, inmóvil hasta ahora, se agitó inquieta.

—Jake —replicó Carson—, vigila a esa multitud de ahí fuera.

Jake escupió con entusiasmo y accionó el percutor del arma. El chasquido fue fuerte y ominoso en el silencio.

Carson bajó lentamente los escalones hacia la acera, y Bean y Leonard retrocedieron. Carson tenía la pistola en la mano, colgando a su lado, y no hizo ademán de levantarla, pero a medida que avanzaba los dos retrocedían hacia el otro lado de la calle.

Quinn se abrió paso entre la multitud frente al banco y cruzó el polvo a grandes zancadas.

—Carson —gritó— estás loco. No puedes hacer esto. No puedes desafiar la ley y el orden.

—Claro que no puede —gritó Jake.

—Lo está haciendo.

—No me estoy saltando la ley y el orden —declaró Carson—. Bean no es la ley y el orden. Es un asalariado de Fennimore. Intentó hacer un trabajo para Fennimore y no se salió con la suya. Ese hombre que maté me lo plantaron. Tenías a Bean esperando allí, listo para salir al galope y meterme en la cárcel.

Quinn gruñó.

—Lo tienes todo entendido, ¿verdad?

—Te llevo mucha ventaja —dijo Carson.

—Usaste a un hombre que era de segunda categoría con sus armas. Probablemente lo tenías todo cebado con licor para que pensara que era el mismísimo maldito demonio de las armas.

Sabías que le dispararía más rápido y entonces podrías acusarme de asesinato. Buena idea, Quinn. Mejor que matarme directamente. Nunca le des un mártir al otro bando.

—¿Y qué? —preguntó Quinn.

—Pues que no funcionó.

—Pero funcionará —declaró Quinn—. Serás arrestado.

—Adelante, entonces —dijo Carson. Levantó el revólver—. Te daré a ti primero, Quinn. Y al sheriff después...

—Oye —gritó Jake— ¿en qué orden quieres que me encargue de ellos? No tiene sentido que los dos disparemos a los mismos.

Quinn se acercó a Carson y bajó la voz.

—Escucha, Carson —dijo— tienes hasta mañana para desaparecer.

—¿Qué? —preguntó Carson con fingida sorpresa.

—¿No hay diez mil?

CAPÍTULO DOS

GUNSMOKE APARECE PUBLICADO

Jake se frotó la nuca con una mano mugrienta, con el ceño fruncido como el de un sabueso preocupado.

—No te has vuelto muy popular con el sheriff — declaró.

—Ahora no va a estar contento hasta que estés perforado.

—El sheriff —anunció Carson—, no hará ningún movimiento contra mí hasta que tenga una orden de Fennimore.

—Tengo la esperanza —dijo Jake—, de que Fennimore decida disparar. Esto de dar vueltas, gruñendo el uno al otro como dos perros al acecho, me ha puesto muy nervioso. No hay nada que me gustaría más que una animada fiesta de balas.

Carson golpeó el escritorio con un lápiz.

—Sabes, Jake, me imagino que tal vez ganamos las elecciones en la calle. Antes de mañana por la mañana no habrá un hombre

en el condado de Rosebud que no haya oído cómo se echó atrás Bean. Una historia así puede hacerle perder un montón de votos. Fennimore puede asustar a mucha gente para que no vote a Purvis, pero esto de alguna manera le quita el halo de miedo. La gente pensará que como eso le pasó a Bean, tal vez Fennimore no sea tan duro.

—Seguro que se equivocan —dijo Jake.

—Fennimore es el hombre más retorcido que jamás haya montado a caballo.

Carson asintió con gravedad.

—No creo que Fennimore se lo tome a broma. Será mejor que salgas por la puerta trasera, Jake, y le digas a Lee Weaver, que está en la caballeriza, que cabalgue un poco. Avisa a los chicos de que el infierno está a punto de estallar.

—Buena idea —estuvo de acuerdo Jake. Se dirigió hacia la parte de atrás y, un momento después, Carson oyó que la puerta trasera se cerraba tras él.

No había duda, se dijo Carson, mientras golpeaba el escritorio con un lápiz, de que el enfrentamiento no tardaría en llegar. Tal vez esta noche, tal vez mañana por la mañana... pero no tardaría en llegar.

Fennimore no era el tipo de hombre que esperase cuando le lanzaban un desafío, y lo que había sucedido aquella tarde no era nada menos que un desafío. Primero rechazó la oferta de comprar el periódico, luego se negó a someterse al arresto y, por último, se tiró un farol y envió a Bean de vuelta a la oficina del sheriff.

En su sano juicio, se dijo Carson, nunca lo habría hecho, nunca habría tenido el valor de hacerlo. Pero estaba completamente furioso y lo había hecho sin pensar.

La puerta principal se abrió y Carson levantó la vista. Una chica estaba allí, mirándole: una chica con un delicado encaje en la garganta, guantes de seda y una delicada sombrilla.

—Me he enterado de lo que ha pasado —dijo.

—He venido enseguida.

Carson se levantó.

—No deberías haberlo hecho —dijo.

—Soy un fugitivo de la justicia.

—Deberías esconderte —dijo ella.

—¿No se esconden todos los fugitivos?

—Sólo cuando huyen —dijo él—. Yo no estoy precisamente huyendo.

—Eso está bien —dijo la chica—. Entonces podrás comer con nosotros esta noche.

—¿Un asesino? —preguntó—. Kathryn, puede que a tu padre no le guste eso. Piénsalo, un asesino comiendo con el banquero y su encantadora hija.

Kathryn Delavan le miró fijamente.

—Le diré a papá que venga cuando termine de trabajar y te acompañe a casa. Probablemente tendrá algo de lo que hablar contigo.

—Si haces eso —dijo Carson—, iré.

Permanecieron un minuto en silencio en la habitación. Una mosca zumbó contra el cristal de una ventana y el ruido se oyó alto.

—Lo entiendes, ¿verdad, Kathryn? —preguntó Carson.

—¿Entiendes por qué tengo que luchar contra Fennimore, luchar por un gobierno decente? Fennimore llegó aquí hace diez años. Tenía dinero, ganado y hombres. Se asentó y se apoderó del lugar, ahora lo llama libertad de pastoreo, pero ése es sólo un término que él y los hombres como él inventaron para quedarse con cosas que nunca fueron suyas. No es democracia, Kathryn, no es americano. No es construir el tipo de país o el tipo de ciudad en el que la gente común y corriente quiere vivir.

Vaciló, casi tartamudeando.

—A veces es un asunto sucio, lo sé, pero si el humo de las armas es la única respuesta, entonces tendrá que ser el humo de las armas.

Extendió una mano y le tocó el brazo.

—Creo que lo entiendo —dijo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Papá vendrá sobre las seis para acompañarte a casa —le dijo.

Carson se acercó a la ventana, la vio cruzar la calle y entrar en la tienda de Robinson. Permaneció allí largo rato, escuchando el zumbido de la mosca. Luego volvió al escritorio y se puso a trabajar.

Eran casi las siete cuando llegó Roger Delavan, lleno de disculpas.

—Kathryn se enfadará conmigo —dijo, jugueteando con su sombrero— pero tenía trabajo que hacer, me olvidé por completo de la hora.

Fuera, el crepúsculo había caído sobre la calle y las ventanas de los locales comerciales brillaban con una luz amarillenta. El viento soplaba con fuerza y Delavan se subió el cuello del abrigo. Unos cuantos caballos permanecían apiñados, con las cabezas gachas, en el poste de los caballos frente al North Star. Calle arriba, de repente, estalló una pelea de perros que cesó de repente.

Carson y Delavan giraron hacia el oeste y sus botas resonaron en la acera. El viento susurraba y discurría entre la maleza y la hierba que crecían en el espacio vacío que rodeaba la chirriante y quejumbrosa torre del molino.

—Quiero hablar contigo —dijo Delavan, con la cabeza inclinada contra el viento y el sombrero bien calado en la cabeza.

—Sobre lo que ha pasado hoy. Temo que pienses...

—Se trataba de un negocio —le dijo Carson—. Tú mismo lo has dicho.

—No, no lo fue —protestó Delavan—. Fue el tipo de soborno e intento de intimidación más vil que jamás he visto. Le he seguido el juego a Fennimore por razones de negocios. Fennimore, después de todo, fue el único negocio de Trail City durante mucho tiempo. Hice la vista gorda ante muchos de sus métodos, pensando que no eran más que los dolores de crecimiento de cualquier ciudad normal. Pero después de lo ocurrido hoy, tuve que poner un límite. Se lo dije a Quinn esta tarde...

Una llama roja parpadeó en la maleza junto a la torre y un arma bramó en el crepúsculo. Delavan se tambaleó, tosió y cayó

de rodillas. Se le cayó el bombín y rodó por la calle. El viento lo atrapó y empezó a rodar como una rueda de carreta.

Un hombre, agachado, corría entre la maleza, medio oculto en la oscuridad cada vez más densa.

La mano de Carson buscó su pistola y la cogió, pero el hombre había desaparecido, oculto en las sombras más densas, donde no llegaba la luz de las ventanas de la calle.

Carson guardó el arma, se arrodilló junto a Delavan y le dio la vuelta. El hombre era un peso muerto en sus brazos; la cabeza le colgaba sin fuerzas. Carson le abrió el abrigo, inclinó una oreja hacia el pecho y no oyó ningún latido.

Lentamente, volvió a recostar al banquero en el suelo, le tapó con el abrigo y se enderezó. El bombín ya no estaba a la vista, pero media docena de hombres corrían calle abajo. Entre ellos reconoció a Bill Robinson, el nuevo propietario de la tienda, por el delantal blanco que llevaba atado a la cintura.

—¿Eres tú, Robinson? —preguntó Carson.

—Sí, soy yo —dijo Robinson.

—Hemos oído un disparo.

—Alguien le disparó a Delavan —dijo Carson—. Está muerto.

Se acercaron y se quedaron en silencio un momento, mirando la forma negra en el suelo. Uno de ellos, vio Carson, era Caleb Storm, el barbero. Otro era Lee Weaver, el librero. A los demás sólo los conocía de haberlos visto por el pueblo. Hombres de algunos ranchos.

Robinson miró por encima del hombro hacia el North Star.

—Supongo que no oyeron el disparo —dijo—. Probablemente estarán un poco borrachos.

—Estoy pensando en Kathryn —dijo Carson—. La hija de Delavan. Alguien tendrá que decírselo.

—Así es —declaró Robinson. Lo miró un momento, un hombre grueso y rechoncho, casi cuadrado en la penumbra de la calle.

—Mi mujer irá y se quedará con ella —dijo— pero no puede darle la noticia, no sola. Alguien más tendrá que ayudarla a

hacerlo.

Miró a Carson.

—Ibas para allá hace un momento. Kathryn me lo dijo cuando entró a comprar unas patatas.

Carson asintió.

—Supongo que tienes razón, Bill. Llevemos a Delavan a algún sitio.

Storm y dos de los otros hombres levantaron el cuerpo y se pusieron en marcha calle abajo.

—Ven a la tienda un momento —dijo Robinson.

—Mi mujer estará lista en un minuto.

Carson siguió a Robinson. Weaver se rezagó hasta quedar al paso del editor. Se acercó a Carson y bajó la voz.

—Le avisé a Purvis —dijo.

—Envió jinetes. Algunos de los muchachos vendrán a la ciudad.

—Volveré a la oficina —le dijo Carson— en cuanto pueda escaparme.

Unos pies repiquetearon en la acera detrás de ellos y una voz de mujer gritó:

—¡Papá! Papá.

Weaver y Carson se giraron.

Era Kathryn Delavan, que cruzaba la calle corriendo, con sollozos en la garganta. Iba a pasar corriendo, pero Carson la detuvo.

—No, Kathryn —le dijo—. Quédate aquí con nosotros.

Ella se aferró a él.

—Te demoraste tanto —dijo— que vine a ver...

Él la abrazó, tratando torpemente de consolarla.

—No sabes quién...

Carson sacudió la cabeza.

—Estaba demasiado oscuro.

Robinson se acercó hacia ellos a través del crepúsculo.

—Quizá —dijo— quiera venir a la tienda. Mi mujer está allí.

La chica se apartó de Carson.

—No —dijo— quiero volver a casa. Martha está allí. Estaré bien allí con ella.

Se secó los ojos con un pañuelo.

—¿Usted lo llevará a casa, también?

La voz de Robinson era comprensiva, casi suave.

—Sí, señorita, tan pronto como... en una hora o dos.

Ella se acercó, tomó el brazo de Carson y se dirigieron hacia el oeste, calle arriba, hacia la casa donde la cena esperaba a un hombre que no la comería.

El reloj de la barra marcaba las diez cuando Carson empujó la puerta del North Star.

El local estaba medio lleno, y entre la multitud Carson destacó a un puñado de jinetes de Fennimore: Clay Duffy, John Nobles, Madden y Farady en la barra; Saunders y Downey en una mesa en una lánguida partida de póquer. El resto de los hombres venían de otros ranchos o eran de la ciudad.

Carson se acercó a la barra e hizo una señal al cantinero.

El hombre se acercó.

—¿Qué va a querer?

—¿Está Fennimore por aquí? —preguntó Carson.

—Te importa un bledo tu vida, ¿verdad? —gruñó el hombre.

La voz de Carson se convirtió en hielo.

—¿Está Fennimore?

El hombre hizo un gesto con la cabeza.

—En la parte de atrás.

Por un momento la sala se había quedado en silencio, pero de nuevo retomó su habitual barullo de lenguas, vasos y fichas de póquer. Uno o dos hombres sonrieron a Carson a su paso, pero otros giraron la cabeza o no mostraron ninguna expresión.

Sin llamar, Carson empujó la puerta trasera y entró en la habitación llena de humo.

Tres hombres le miraban fijamente desde una única mesa redonda decorada con dos botellas de whisky, con esa mirada súbitamente vacía y hostil que caracteriza una conversación interrumpida.

Uno era Fennimore, un hombre enorme, con mechones de pelo negro colgando bajo su sombrero de ala ancha. Quinn y Bean estaban a ambos lados.

Durante unos instantes, las miradas fueron ininterrumpidas y se mantuvo el silencio. Fennimore fue quien lo rompió.

—¿Qué quieres? —preguntó, y su voz era como un latigazo, dura y fría y con un aguijón en cada palabra.

—He venido —dijo Carson—, a ver qué se estaba haciendo en relación con el asesinato de Delavan.

—Entonces —dijo Fennimore lentamente.

—Entonces, ¿qué quiere que se haga al respecto?

—Quiero que se encuentre al hombre que lo mató.

—¿Y si no lo hacemos?

—Diré que no quieres que lo encuentren. En la primera página del Tribune.

—Mira, Morgan —dijo Quinn—, no estás en posición de decir eso. Cuando tú mismo eres buscado por asesinato.

—Estoy aquí —dijo Carson—. Adelante, llévame.

Los tres permanecieron sentados, inmóviles. Fennimore se pasó brevemente la lengua por el labio superior. La cara de Bean, sonrojada por el whisky, se tornó de un blanco pastoso.

—No —dijo Carson.

—De acuerdo, entonces...

—Quinn —interrumpió Fennimore—, te dio hasta mañana por la mañana para salir de la ciudad. Eso sigue en pie.

—No me voy a ir —dijo Carson—. Se acabó el día en que podías decirle a un hombre que se fuera y hacer que se cumpliera, Fennimore. Porque dentro de una semana elegiremos un nuevo sheriff, uno que defenderá la ley del pueblo y no la de un jefe ganadero.

—Es tu maldito periódico —gruñó Fennimore—. Tú y tus asquerosas historias me dan muchos problemas. Agitando a la gente...

—Lo que Fennimore quiere decir —dijo Quinn, sonriendo— es que nunca volverás a publicar....

—Pero lo haré —dijo Carson—. Esta noche. No voy a esperar hasta mañana. Iremos a la imprenta esta noche en lugar de mañana por la tarde. Y voy a contar cómo Delavan fue derribado en una emboscada y no se está haciendo nada al respecto. Y voy a destacar que cuando maté a un hombre esta tarde querías acusarme de asesinato.

—No puedes culpar a ninguno de mis muchachos por matar a Delavan —dijo Fennimore—. Delavan era mi amigo.

—Era tu amigo, querrás decir —dijo Carson—, hasta que esta tarde le dijo a Quinn que había terminado—. Después de eso, Fennimore, no podías permitirte dejarle vivir.

Fennimore se encorvó hacia delante en su silla.

—Si crees que puedes conseguir que suba la oferta de los diez mil —declaró—, te equivocas. Valía esa cantidad para quitarte de en medio, pero tampoco vale más.

Carson se rió de él, una risa que le salió entre los dientes.

—¿Sigues dispuesto a pagar esos diez mil?

Fennimore asintió.

—Si te vas en menos de una hora. Si consigues un caballo y cabalgas. Si no vuelves nunca más a la oficina.

—Sabía que te tenía asustado —dijo Carson—, pero no sabía que podía asustarte tanto.

Lentamente salió por la puerta, la cerró y cruzó el bar.

CAPÍTULO TRES

UNO CONTRA EL PUEBLO

La luz brillaba en las ventanas del Tribune y Carson, cruzando apresuradamente la calle, vio que la pequeña oficina estaba llena de hombres.

Cuando cruzó la puerta, se oyeron gritos de reconocimiento y se detuvo un momento para reconocer las caras. Allí estaban Gordon Purvis, el candidato a sheriff, Jim Owens, Dan Kelton,

Humphrey Ross y otros. Lee Weaver estaba allí y también Bill Robinson.

Jake salió tambaleándose de la trastienda, con una barra de tipos de impresión en una mano y la pistolera en la cadera.

—¿Aún no tienes ese maldito editorial? —preguntó.

—¡Santo cielo!

—Jake —dijo Carson— ¿cuánto tardarías en sacar un periódico? ¿Un extra?

Jake jadeó.

—¿Un periódico entero? ¿Un maldito periódico entero?

—No, sólo una página. Una especie de circular.

—Un par, o tres horas —dijo Jake—, si puedo usar letra grande.

—Muy bien —dijo Carson—, prepárate. Yo empezaré a escribir.

Jake movió la bola del tabaco hacia el lado izquierdo de su boca y escupió en el agujero del ratón.

Owens se había levantado y se dirigía hacia Carson.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó, y su pregunta hizo callar a la habitación, de modo que los pies de Jake, arrastrando los pies hacia el fondo, sonaron casi como un trueno.

—Voy a hacer saltar a Fennimore por los aires —dijo Carson.

—Voy a obligarle a descubrir al asesino de Delavan o a enfrentarse a la suposición de que fue él mismo quien ordenó el asesinato.

—No puede hacer eso —dijo Owens, en voz baja.

—¡No puedo!

—No, no puedes. Esto se nos está yendo de las manos. Una guerra de granjeros puede estallar en cualquier momento. Ya sabes lo que eso significa. Nuestras casas serán quemadas. Nuestras familias huirán o serán asesinadas. Nosotros mismos abatidos en emboscadas.

Purvis se puso en pie de un salto.

—No sabes lo que dices, Owens —gritó.

—Si quieren terminar a tiros, tenemos que terminar a tiros. Si

retrocedemos esta vez, estamos acabados. Nunca...

—Tú ya estás a salvo —gruñó Owens—, estás solo. No tienes familia por la que preocuparte. El resto de nosotros...

—Espera un minuto —gritó Carson—. Espera un minuto.

Todos se callaron.

—¿Recuerdas cuando viniste aquí hace seis meses para hablar de esto conmigo? —preguntó Carson.

—Me dijiste entonces que si iba contigo, me acompañarías. Me juraste que no me defraudarías. Estuviste de acuerdo en que éste era el enfrentamiento. Dijiste que querías a Purvis de sheriff y que le apoyarías...

—Lo sabemos —gritó Owens—, pero ahora es diferente...

—Déjame hablar, Owens —estalló Carson, su voz como un cuchillo—. Quiero contarte algo. Algo que sucedió esta tarde. Fennimore me ofreció diez mil si te vendía, diez mil, dinero en efectivo y la promesa de que saldría sano y salvo de la ciudad. Lo rechacé. Le dije que no los traicionaría. Y porque le dije eso, tengo una acusación de asesinato sobre mí y Delavan está muerto...

Miró de uno a otro en aquel silencio mortal, cada uno de ellos mirándole por turno.

—Me negué a traicionaros —dijo Carson—, y ahora me estáis traicionando a mí. No apoyáis mi jugada. Debería haber aceptado esos diez mil.

Sus ojos se movían, negándose a encontrarse con los suyos. Un extraño temor se apoderó de ellos.

Kelton dijo:

—Pero no lo entiendes, Morgan. Nuestras esposas e hijos. Nunca pensamos que llegaríamos a esto.

De la calle exterior llegaban gritos salvajes y el sonido de pies corriendo.

—¡Fuego! —aquella única palabra atravesó la noche alarmada y se estrelló contra la oficina del Tribune, iluminada por una lámpara.

—¡Fuego! ¡fuego!

Carson giró hacia la ventana, vio las llamas saltar al otro lado de la calle.

—¡Es mi tienda! —gritó Bill Robinson.

—¡Mi tienda! Cada centavo que tengo — cada centavo —

Se precipitó hacia la puerta, golpeando la jamba, sollozando en su apuro.

La habitación estalló en una oleada de hombres que saltaban hacia la puerta. Al otro lado de la calle, siluetas oscuras de hombres se recortaban contra las ventanas, saltaban la barandilla del porche del North Star y salían a la calle corriendo. En los postes de los caballos, éstos se encabritaban, gritaban y lanzaban patadas al aire, aterrorizados.

Las llamas saltaban y corrían por la tienda, tiñendo de rojo toda la calle. El humo crecía como una furiosa nube que ocultaba las estrellas. Los cristales tintinearón al romperse una ventana por el calor.

Carson se abrió paso entre el polvo. Unas figuras que corrían chocaron contra él. Las voces gritaban pidiendo cubos y que alguien pusiera en marcha el molino.

Las llamas atravesaron el tejado con un suspiro racheado, se enroscaron hacia el cielo, pintando la nube de humo con un tono sangriento. Uno de los picos del tejado se derrumbó cuando el fuego atravesó la madera. En la parte trasera, algo explotó con un silbido y, por un momento, la calle se iluminó con una chillona llamarada que parecía iluminar incluso las llamas, pero luego unas espesas nubes negras de humo la ocultaron.

El tambor de queroseno había estallado.

El edificio se disolvía, lenguas de fuego lamiendo la sólida pared. Alguien gritó una advertencia y el edificio se derrumbó, la estructura superior se precipitó sobre la nada consumida por las llamas que había debajo. Las brasas ardientes saltaron a la calle y los hombres se agacharon mientras caían al polvo.

Por un momento, la multitud se quedó en silencio, y lo único que se oía era el hambriento susurro del fuego mientras devoraba su camino hacia el olvido.

Los hombres que se habían apresurado a salir del molino con agua para rociar los laterales y el tejado de la oficina del sheriff y evitar que se incendiara, bajaron sus cubos y, a medida que el fuego se extinguía, llegó un nuevo sonido: el tintineo del molino.

Entre la multitud apareció Bill Robinson, con la cara blanca y la camisa humeante donde le había caído una brasa. Se detuvo frente a Carson.

—Todo ha desaparecido —dijo, casi como si hablara consigo mismo. Sus ojos miraban más allá de Carson, apenas le veían.

—Todo. Estoy arruinado. Todo....

Carson alargó una mano y agarró al hombre por el hombro, pero éste se apartó, sacudió la cabeza y avanzó por la calle. Los hombres se apartaban para dejarle pasar, sin saber qué decir.

Gordon Purvis estaba junto a Carson. Dijo en voz baja:

—Tendremos que pensar en algo. Pasar el sombrero....

Carson asintió.

—Será mejor que volvamos a la oficina. Aquí no podemos hacer nada.

Un hombre entró de un salto por la puerta abierta del Tribune, los vio y se dirigió hacia ellos a la carrera. Carson vio que era Jake. Y a medida que el hombre se acercaba supo que algo iba mal.

—¡Los tipos! —jadeó Jake.

—Todos por el suelo y tirados hacia fuera por la puerta. Y alguien le ha dado con un mazo a la prensa....

Carson echó a correr, con el corazón en el estómago, el estómago apretándose para ponerlo en su sitio, los pies fríos de la aprensión bailándole sobre la columna vertebral.

Lo que Jake había dicho era cierto.

La trastienda era un caos. Todas las cajas habían sido sacadas de los armarios y vaciadas, y algunas habían sido arrojadas por la puerta a la hierba del camino que llevaba a la caballeriza. La prensa estaba destrozada como por una pesada maza. La misma maza había destrozado los botes de tinta y los había dejado esparcidos por el suelo.

El trabajo de un momento, de los pocos minutos que duró el

incendio en la tienda de Robinson.

Carson se quedó mirando los restos con los hombros caídos.

Finalmente se volvió hacia Purvis.

—Supongo —dijo— que no imprimimos ese extra después de todo.

Purvis negó con la cabeza.

—Ahora sabemos que ese incendio no fue un accidente —declaró.

—Nos querían fuera de aquí, y eligieron una manera segura de sacarnos.

Volvieron a la oficina y se sentaron a esperar, pero no entró nadie. Fuera, los cascos golpeaban de vez en cuando mientras los hombres montaban sus caballos y se dirigían fuera de la ciudad. El murmullo de las voces terminó por apaciguarse hasta que la calle quedó en silencio. Del North Star aún llegaban sonidos de jolgorio ocasional. El molino de viento, que nadie se había acordado de detener, repiqueteaba con el viento. Las brasas de la hoguera del otro lado de la calle seguían brillando rojizas.

Purvis, recostado en su silla, se preparaba un cigarrillo con los dedos. Jake sacó una botella del bolsillo, bebió un trago y la pasó.

—Supongo que no van a volver —dijo finalmente Purvis.

—Supongo que todos sienten lo mismo que Owens. Todos están muy asustados.

—¿Qué diablos —preguntó Jake—, se puede hacer por esa clase de gente? Vienen aquí buscando ayuda, y ahora...

—No puedes culparlos —dijo Carson, brevemente—. Después de todo, tienen familias en las que pensar. Se juegan demasiado.

Cogió un lápiz de su escritorio, lo rompió deliberadamente con una mano y tiró los trozos al suelo.

—Incendiaron el negocio de Robinson —dijo.

—Despiadadamente. Lo quemaron para poder destrozarnos la tienda. Para poder parar ese extra, para asustarnos y que nos fuéramos de la ciudad. Una banda así haría cualquier cosa. No me extraña que los otros no volvieran. No me extraña que se largaran a casa.

Miró a Purvis.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

La cara de Purvis no cambió.

—¿Tienes un lugar donde pueda pasar la noche?

—¿Seguro que quieres?

—Será mejor —dijo Purvis.

—Lo único que pueden hacer es quemar mi chabola y llevarse mi ganado—. Echó una bocanada de humo por la nariz—. Y tal vez, por la mañana, necesites un arma extra.

Carson se despertó una vez por la noche, vio a Jake sentado con la espalda apoyada en la puerta, la cabeza caída sobre un hombro, la boca abierta, roncando vigorosamente. Tenía el rifle sobre las rodillas.

La luz de la luna pintaba un oblongo blanco en el suelo y la noche estaba en silencio, salvo por el molino de viento, que seguía traqueteando a merced del viento.

Carson se tapó hasta el cuello con la manta y apoyó la cabeza en las botas cubiertas por el abrigo, que le servían de almohada. En el catre, Purvis era una mancha negra.

Así que esto es todo, pensó Carson, mirando la luz de la luna que entraba por la ventana.

La prensa rota, los tipos dispersos, los hombres para los que había estado trabajando desertando, espantados una vez más por las armas que respaldaban a Fennimore. No quedaba nada.

Se encogió de hombros ante la desesperación que le invadía y cerró los ojos con fuerza. Al cabo de un rato se durmió.

Era por la mañana cuando se despertó de nuevo, con el olor del café en sus fosas nasales. Jake, lo sabía, había encendido un pequeño fuego en la vieja estufa de la parte de atrás. Oyó el siseo del tocino en la sartén, se incorporó, se calzó las botas y se puso el abrigo.

El catre estaba vacío.

—¿Dónde está Purvis? —le preguntó a Jake.

—Salió a buscar un cubo de agua —dijo Jake.

—Debe estar bien fría después de correr toda la noche.

En algún lugar tosió un rifle, un sonido hosco en el aire de la mañana. Como un hombre tratando de aclarar una garganta difícil.

Por un momento Carson se quedó inmóvil, como si las suelas de sus botas estuvieran clavadas en el suelo.

Luego corrió hacia la ventana lateral, la que daba al terreno del molino, medio sabiendo lo que vería allí, medio temiendo lo que vería.

Purvis era un montón de ropa arrugada a menos de metro y medio del molino. El cubo yacía de lado, brillando al sol. Una brisa vagabunda agitaba el pañuelo alrededor del cuello de Purvis.

El pueblo estaba tranquilo. El rifle había tosido y roto el silencio y luego el silencio había vuelto. Nada se movía, ni siquiera el viento después de aquel soplo solitario que había movido el pañuelo.

Carson se apartó lentamente de la ventana, vio a Jake de pie en la puerta de la trastienda, con un tenedor en una mano y una sartén con tocino en la otra.

—¿Qué fue eso? —preguntó Jake.

—Es demasiado temprano para empezar a disparar.

—Purvis —dijo Carson—. Está ahí fuera, muerto.

Jake dejó con cuidado la sartén con tocino sobre una silla, apoyó el tenedor sobre ella, caminó hasta un rincón y cogió su rifle. Cuando se volvió, tenía los ojos entrecerrados como si ya hubieran mirado a lo largo del cañón.

—Esos tipos —anunció— se han pasado un poco. Está bien, tal vez, disparar a un hombre cuando se lo espera a medias y tiene al menos la oportunidad de hacer un movimiento hacia su propia artillería. Pero no está bien matar a un hombre que va a buscar un cubo de agua.

Jake escupió a la ratonera y no acertó.

—Especialmente —declaró— antes de que haya desayunado.

—Mira, Jake —dijo Carson—, esta pelea no es tuya. ¿Por qué no sales por la ventana trasera y te escapas? Podrías hacerlo ahora. Tal vez más tarde no puedas.

—Demonios, que no es mi pelea —gritó Jake.

—No te llesves todo el mérito de esta pelea. Yo también tuve algo que ver. Puede que tú escribieras todas esas piezas quitándole el pellejo a Fennimore, pero yo las escribí tipográficamente y las llevé a la prensa.

Una voz gritaba afuera.

—¡Carson! —gritaba.

—¡Carson!

Acechando a través de la habitación, pero manteniéndose alejado de la ventana, Carson miró hacia afuera.

El sheriff Bean estaba de pie frente al North Star, con la insignia de su cargo bien visible en el chaleco y dos pistolas a los lados.

—¡Carson!

—Cuidado —dijo Jake.

—Si ven un movimiento aquí, nos llenarán de plomo.

Carson asintió, salió de la línea de la ventana y caminó hacia la pared. Desenfundó su pistola, extendió la mano y golpeó el cristal de una ventana con el cañón, luego se puso en cuclillas.

—¿Qué pasa? —gritó.

—Sal y entrégate —berreó Bean.

—Eso es todo lo que queremos.

—¿No tienen a alguien apostado para liquidarme? —preguntó Carson.

—No dispararán ni un tiro —dijo Bean—. Sólo sal por esa puerta, con las manos en alto, y nadie saldrá herido.

El susurro de Jake cortó ferozmente la habitación.

—No creas ni una palabra de lo que dice ese coyote. Tiene una docena de hombres en el North Star. Abre esa puerta y serás primo hermano de un colador.

Carson asintió sombríamente.

—Di la palabra —instó Jake—, y me lo cargaré. Tan fácil como derribar un buitre de una valla.

—No dispaes —espetó Carson.

—Si empiezas a disparar ahora, no tendremos ninguna

oportunidad. Probablemente no la tengamos. Tal y como están las cosas, nos tienen a tiro. Bean, allí, técnicamente es la ley y puede matarnos legalmente. Puede decir después que éramos forajidos o que nos resistimos al arresto o lo que quiera....

—Mataron a Delavan y Purvis —gritó Jake—. Ellos...

—No podemos probarlo —dijo Carson amargamente—. No podemos probar nada. Y ahora nos han metido en un agujero. No ganamos nada luchando. Voy a salir y entregarme.

—No puedes hacer eso —jadeó Jake—. No llegarías ni a un metro de la puerta antes de que te dispararan.

—Escúchame —gritó Carson—. Voy a entregarme. Me arriesgaré a que me disparen. Sal de aquí, por la parte de atrás. Weaver te dará un caballo. Cabalga y dile a los muchachos que Purvis está muerto y yo en la cárcel. Diles que el próximo movimiento depende de ellos. Pueden hacer lo que quieran.

—Pero... pero... —protestó Jake.

—Ya se ha matado bastante —declaró Carson—. Un poco de tiroteo estaba bien, tal vez, cuando todavía había algo por lo que luchar, pero ¿de qué sirve luchar si los hombres por los que luchas no te ayudan? Eso es lo que estoy haciendo. Dándoles la oportunidad de demostrar si quieren luchar o arrodillarse ante Fennimore.

Alzó la voz.

—Bean. Bean.

—¿Qué pasa? —Bean respondió.

—Voy a salir —gritó Carson.

Se hizo el silencio, un silencio pesado.

—Ponte en marcha —le dijo Carson a Jake.

—Sal por atrás. Arrástrate por la maleza.

Jake movió el rifle sobre su brazo.

—Cuando estés a salvo —insistió.

—Hasta que te vea cruzar esa calle, me quedaré aquí.

—¿Por qué? —preguntó Carson.

—Si te disparan —le dijo Jake —estoy decidido a perforar a Bean.

Carson estiró la mano y abrió la puerta de un tirón. Se quedó un momento en el umbral, mirando a Bean, que esperaba frente al North Star.

El amanecer era limpio y tranquilo, y la calle olía a polvo fresco y el viento del día aún no se había levantado, sino que sólo se agitaba aquí y allá, en pequeñas bocanadas de advertencia.

Carson dio un paso hacia delante y, mientras lo daba, se oyó el rugido de un rifle, un sonido gutural y áspero que resonó entre los edificios de madera.

Al otro lado de la calle, algo levantó a Bean de sus pies, como si un poderoso puño lo hubiera golpeado, tan duro que lo derribó de un golpe y lo dejó tendido en el polvo.

Al oír el disparo, Carson se agachó, giró sobre sus talones y volvió a la oficina, cerrando la puerta de un portazo.

De las ventanas del North Star brotaron ráfagas de llamas y el estruendo de las ventanas del Tribune ahogó por un instante el estruendo de las armas. Las balas zumbaron a través del delgado revestimiento y abrieron surcos en el suelo, lanzando brillantes lluvias de astillas al surcar la madera.

Carson se lanzó hacia su pesado escritorio, cayó al suelo y patinó con fuerza contra el tabique que había detrás. Un proyectil se estrelló contra la pared por encima de su cabeza y otra bala rebotó en la parte superior del escritorio.

Un trueno retumbó en los oídos de Carson, un trueno atronador y agitado que pareció sacudir la habitación. Por el rabillo del ojo vio a Jake agazapado, semioculto junto a la puerta que daba a la tienda trasera, vertiendo plomo a través de las ventanas rotas. Los cartuchos rodaban y repiqueteaban por el suelo mientras el viejo impresor, con los ojos entrecerrados bajo las pobladas cejas y el tabaco cuidadosamente acomodado en un costado de su boca, accionaba la palanca.

Desde la esquina del escritorio, Carson hizo dos disparos rápidos a una de las ventanas del North Star, donde creyó ver por un instante el indicio de un movimiento fugaz.

Y de repente se dio cuenta de que ya no se oían ruidos de

armas, ni balas que rebotaran contra el suelo lanzando lluvias de astillas.

Jake estaba hurgando en los bolsillos de su delantal de impresor, derramando cartuchos por el suelo en su afán por llenar la recámara.

Escupió al agujero del ratón con una precisión asombrosa.

—Me pregunto quién demonios se habrá cargado a Bean —dijo.

—Alguien en el terreno del molino —dijo Carson.

Jake recogió los cartuchos que se le habían caído y volvió a guardarlos en el bolsillo del delantal.

—Es agradable —declaró— saber que tienes a alguien que te respalda. Probablemente alguien que odia a Fennimore tanto como nosotros.

—Quiquiera que fuese —declaró Carson—, seguro que estropeó mis planes. No tiene sentido intentar rendirse ahora.

—Nunca lo tuvo en primer lugar —le dijo Jake.

—Es la mayor estupidez que he oído nunca. Salir para que te disparen.

Se acuclilló en la puerta, con el rifle sobre la rodilla.

—No nos han cogido desprevenidos —dijo.

—Ahora estarán tramando algo más. Pensé que tal vez acabarían con nosotros llenando el lugar de agujeros—. Acarició la culata del rifle—. Esto les ha desanimado —dijo.

—Ahora serán francotiradores —declaró Carson—. Esperando a que uno de nosotros se deje ver.

—Y nosotros —dijo Jake—, esperando a que ellos también lo hagan.

—Se dispersarán —dijo Carson—, intentando atacarnos desde distintas direcciones. Tenemos que mantener los ojos bien abiertos. Uno de nosotros vigilará desde el frente y el otro desde atrás.

—Por mí está bien —dijo Jake.

—¿Quieres tirar la moneda?

—No hay tiempo para eso —dijo Carson—. Tú ve por detrás.

Yo vigilaré aquí arriba.

Miró el reloj de la pared.

—Si sólo pudiéramos aguantar hasta que oscurezca — declaró— tal vez...

Se oyó un golpecito furtivo en la parte trasera del edificio.

—¿Quién es? —gritó Jake, cauteloso.

Un susurro ronco atravesó las tablas.

—Abre. Soy yo. Robinson.

El hombre entró arrastrando el rifle cuando Jake abrió la puerta. El comerciante se sacudió el polvo de la ropa.

—Así que tú eres el que se cargó a Bean —dijo Jake.

Robinson asintió.

—Quemaron mi tienda —dijo.

—Para poder arruinar tu establecimiento. Quemaron todo lo que tenía, sin ninguna razón en absoluto, excepto para que pudieran entrar aquí y detener ese extra que estabas planeando.

—Eso es lo que nos imaginábamos, también —dijo Jake.

—Yo no soy un hombre luchador —declaró Robinson—. Me gustan las cosas pacíficas... me gustan tan pacíficas que lucharé para que sean así. Por eso le disparé a Bean. Por eso vine aquí. A mi modo de ver, no habrá paz por aquí hasta que acabemos con Fennimore.

—En vez de venir aquí —le dijo Carson— deberías haber cabalgado y decirles a los rancheros lo que estaba pasando. Decirles que necesitábamos ayuda.

—Lee Weaver ya ha salido —dijo Robinson—. Acabo de estar allí. El mozo de cuadra me dijo que salió hace media hora.

Una ráfaga de disparos salió de la Estrella del Norte, y las balas entraron en la habitación. Una de ellas, apuntando más alto que el resto, destrozó el reloj y éste colgó ebrio de su clavo, una cosa destrozada que escupía ruedas y muelles rotos.

—Sólo nos ponen a prueba —dijo Jake.

Al norte, muy lejos, llegó el sonido de disparos. Agudizaron el oído, esperando.

—¿Qué estará pasando ahí arriba? —preguntó Jake.

Robinson sacudió la cabeza.

—Espero que no sea Lee —dijo.

Después de esa descarga no hubo más disparos.

El sol subía por el cielo y la ciudad dormitaba, con sus calles desiertas.

—Todo el mundo está a cubierto —opinó Jake.

—Nadie quiere verse mezclado en esto.

Justo después del mediodía Lee Weaver llegó, boca abajo a través de la maleza y la hierba alta detrás del edificio, arrastrándose con una mano, el brazo derecho arrastrándose sin fuerza a su lado, su codo una ruina ensangrentada atado con un pañuelo manchado de rojo.

—Estuve a punto de dártela —le dijo Jake.

—Colándote entre la maleza como si fueras un ladrón piel roja.

Weaver se desplomó en una silla y se bebió el trago de agua que le trajo Carson.

—No pude pasar —les dijo.

—Fennimore tiene hombres apostados por todo el pueblo, vigilando. Dispararon a mi caballo, pero me escapé. Tuve que batirme a tiros con tres de ellos. Me tiré dos horas en una mata de salvia mientras me cazaban.

Carson frunció el ceño, preocupado.

—Eso nos deja en el limbo —dijo—. No viene ninguna ayuda. Nos tienen acorralados. Por la noche...

—Llega la noche —sugirió Jake—, y nos largamos de aquí. Es inútil intentarlo ahora. Nos atraparían. En la oscuridad tendríamos alguna oportunidad de escapar.

Carson sacudió la cabeza.

—Por la noche —declaró— voy a entrar en esa taberna por detrás. Mientras ustedes los mantienen ocupados desde aquí.

—Si no nos atrapan primero —le recordó Weaver.

—Nos atacarán en cuanto oscurezca.

—En ese caso —espetó Carson—, empiezo ahora. Esa maleza de ahí fuera es lo bastante alta como para cubrir a un hombre si va despacio, centímetro a centímetro, y no causa demasiados

disturbios. Rodearé a lo ancho antes de intentar cruzar la calle. Estaré esperando para entrar en la Estrella del Norte mucho antes de que oscurezca.

CAPÍTULO CUATRO

LOS PLANES DE RATONES Y HOMBRES...

El pomo de la puerta giró con facilidad, y Carson dejó escapar el aliento. Llevaba muchas horas detrás del North Star, pensando en todo lo que podía salir mal. La puerta podría estar cerrada, podrían verle antes de que llegara, podría encontrarse con alguien justo dentro.....

Pero llegó a la puerta sin ser detectado y ahora el pomo giraba bajo sus dedos. Lo empujó lentamente, temeroso de que chirriara la bisagra.

El olor a licor y a comida rancia le golpeó en la cara cuando la puerta se abrió. Del interior llegaba el rumor sordo de unas palabras ocasionales, el roce de los tacones de las botas.

Conteniendo la respiración, entró, se deslizó por la pared y cerró la puerta de un empujón. Sin moverse, con los hombros apoyados en la pared, esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Vio que se encontraba en una especie de almacén. Había cajas de licor y barriles apilados contra las paredes, tapando a medias la única ventana de la habitación. Más adelante había otra puerta y supuso que daba a un pasillo que conducía al bar, con otra habitación, aquella en la que se había enfrentado a Fennimore la noche anterior, a un lado.

Una pistola sonó delante de él. Un solo disparo. Y luego otro. Luego una ráfaga de disparos.

Sintió que el vello se le erizaba en la base del cuero cabelludo y apretó con fuerza el arma que tenía en la mano. Había habido disparos ocasionales durante toda la tarde, algunos tiros de vez en

cuando. Podía tratarse de una nueva descarga o significar que la matanza había comenzado, que la oficina no tardaría en caer.

De puntillas, cruzó la habitación y llegó a la segunda puerta. Y cuando se acercó al pomo, sintió que giraba bajo su mano antes de que sus dedos lo agarraran.

Alguien más había agarrado el pomo del otro lado, ¡estaba entrando por la puerta!

Giró sobre el tacón de su bota, se apartó y se tambaleó contra las cajas apiladas. La puerta se abrió y una figura entró en la habitación.

Con todas sus fuerzas, Carson se abalanzó sobre la cabeza del hombre en la sombra y sintió cómo el cañón de su revólver rompía la resistencia del sombrero y se estrellaba contra el cráneo. El hombre jadeó y cayó de rodillas.

Moviéndose con rapidez, Carson sacó las pistolas de las fundas del hombre caído. Se agachó para intentar ver quién era, pero en la oscuridad la cara era una mancha blanca, irreconocible.

Se enderezó y se quedó tenso, escuchando. No se oía nada. No hubo más disparos.

Alargó la mano para colocar las dos pistolas que había sacado de las fundas encima de las cajas de whisky, y cuando se puso de puntillas para apartarlas del borde, algo le apuntó en la espalda, algo duro y redondo.

Rígido, no se movió, y una voz que conocía habló justo detrás de él.

—Vaya, vaya, Morgan, imagínate encontrarte aquí.

Burlona, dura: la voz de Jackson Quinn. Quinn, al oír el ruido sordo de la caída del cuerpo, se acercó a paso tranquilo por el pasillo para investigar, pillándole cuando estaba desprevenido.

—¿Te importa si me doy la vuelta? —preguntó Carson, tratando de mantener la voz suave.

Quinn lanzó un sonido de placer.

—En absoluto. Da la vuelta, por supuesto. Nunca me ha gustado disparar por la espalda —volvió a reírse—. Ni siquiera a ti.

Carson se giró lentamente. La boca del arma nunca abandonó su cuerpo, siguiéndolo desde la espalda hasta el vientre.

—Suelta el arma —dijo Quinn.

Carson aflojó los dedos y la pistola cayó al suelo.

—Me has dado tantos problemas —le dijo Quinn— que debería machacarte un poco. Pero no creo que lo haga. Creo que ni siquiera me molestaré.

—Se rió entre dientes—. Creo que te pegaré un tiro aquí y acabaré de una vez.

El hierro chirrió contra el hierro, un sonido espeluznante que les llegó desde la oscuridad.

Quinn se dio la vuelta y, por primera vez, la boca de su pistola se separó del cuerpo de Carson.

Carson se movió como un rayo, con el puño cerrado subiendo y bajando, golpeando contra la muñeca que sujetaba la pistola; golpeó totalmente por instinto, porque estaba demasiado oscuro para ver.

Quinn gritó y el arma cayó al suelo.

La puerta trasera estaba abierta. Una figura se perfilaba contra la penumbra del exterior, una figura agazapada que llevaba un rifle preparado.

Con los hombros encorvados, la cabeza gacha y un pie apoyado contra las cajas de whisky, Carson se lanzó contra Quinn. Sintió que el hombre se desplomaba por el impacto del golpe, supo que le caía encima y echó el brazo hacia atrás para asestarle un golpe.

Pero un pie se acercó y le golpeó el estómago. Presintió que se acercaba, se retorció, le dio en las costillas y cayó de espaldas contra las cajas de whisky, sin fuerzas por el dolor.

Quinn estaba agazapado y saltó hacia él. Le estalló un puño en la cara y le golpeó la cabeza contra las cajas. Agachó la cabeza, con los oídos zumbándole, y se abalanzó sobre él, con los puños tatuando el vientre de Quinn, empujando al hombre hacia el centro de la sala.

Un puñetazo despiadado enderezó a Carson, lo sacudió. El borrón blanco de la cara de Quinn venía hacia él y le apuntó,

golpeando con todas sus fuerzas, y la cara retrocedió mientras Quinn se tambaleaba sobre sus talones.

Carson intervino, y de la oscuridad surgieron golpes demoledores que lo sacudieron con saña.

La cara estaba allí de nuevo. Carson lo midió, levantó el puño casi desde el suelo en un bucle silbante y cantarín. El dolor le recorrió el brazo cuando el golpe conectó con la blancura de la cara y luego la cara desapareció y Quinn estaba en el suelo.

En el pasillo se oían golpes y gritos procedentes del bar. Detrás de él, un rifle tronó, ensordecedor en la proximidad de la habitación, y el aliento rojo de su boca iluminó el lugar durante un instante.

El rifle volvió a sonar una y otra vez y la habitación se llenó de vapores de pólvora que hacían arder las fosas nasales.

—¡Jake! —gritó Carson.

—Puedes apostar tus botas —dijo el hombre del rifle.

—¡No pensarías que te dejaría hacerlo solo!

—¡Rápido! —jadeó Carson.

—Entra aquí, detrás de la puerta. No pueden alcanzarnos aquí.

Una seis tiros estalló y las balas se estrellaron contra las cajas. Los cristales se rompieron y el olor a whisky se mezcló con el de las armas.

Jake cruzó la habitación de un salto, agazapado en el ángulo posterior de la puerta.

Raspando el suelo con los pies, Carson localizó su colt y lo recogió.

Jake susurró con pesar.

—Nos tienen en una garrafa como si fuéramos ron.

Carson asintió en la oscuridad.

—Habría salido bien —dijo— si Quinn no me hubiera encontrado.

—¿Ese Quinn con el que tuviste el jaleo?

—Así es.

—Tuve la intención de intervenir y hacer algo con la culata — le dijo Jake— pero decidí que era demasiado arriesgado. No sabía

quién de vosotros era quién.

Las armas retumbaron en el pasillo, las explosiones ensordecedoras. Las balas se estrellaron contra las cajas, destrozando las tablas y las botellas.

Carson levantó la mano y cogió una caja de las que estaban apiladas detrás de él. El rifle de Jake rugió. Carson arrojó la caja por encima de su cabeza. Se estrelló contra la puerta. Lanzó otra.

Jake volvió a disparar. Las armas del pasillo se silenciaron.

—Vigila —le dijo Carson a Jake. Colocó más cajas en la puerta, bloqueándola hasta la altura de los hombros.

Desde el otro lado de la calle llegó el sonido de los disparos: el horrible gruñido de un rifle de alta potencia.

—Es Robinson —dijo Jake.

—Algunos de esos buitres intentaron escabullirse por la puerta principal y atacarnos por detrás, pero Robinson estaba con Johnny en la ratonera.

—Robinson no puede detenerlos por mucho tiempo —espetó Carson—. Van a llegar a nosotros en un minuto o dos...

Un arma martilleó casi en sus oídos y algo se clavó en la cara de Carson. Se rozó con la mano y se arrancó una astilla. El arma volvió a rugir, como si estuviera justo al lado de sus cabezas.

—Están en la habitación de atrás —jadeó Jake— ¡disparándonos a través del tabique!

—¡Rápido! —gritó Carson.

—¡Tenemos que salir de aquí! Toma, agarra a Quinn y sácalo. Yo me encargo del otro.

Agarró al hombre que había inmovilizado con la pistola y empezó a tirar de él hacia la puerta.

—¿Por qué no los dejamos aquí? —gritó Jake.

—¿Qué sentido tiene cargar con ellos?

—No discutas conmigo —gritó Carson.

—Sólo saca a Quinn de aquí.

La pistola de la trastienda martilleaba, se le unió otra. A través de los agujeros ya perforados por las balas, Carson pudo ver la llamarada roja de las ráfagas. Una de las balas pasó rozando la cara

de Carson, enterrándose con un ruido sordo en las cajas apiladas. Otra le quemó las costillas.

Abrió la puerta de un tirón, empujó a su hombre y lo tiró al suelo. Echó una mano a Jake, que jadeaba y resoplaba, con Quinn.

—Llévalos un poco más lejos —dijo Carson.

—No queremos que se achicharren.

—¿achicharren? —gritó Jake.

—¡Estás completamente loco!

—He dicho achicharren —declaró Carson—, y quiero decir achicharren. Las cosas se van a calentar en los próximos cinco minutos.

Se metió la mano en un bolsillo, sacó una cerilla y la rascó en el asiento de sus pantalones. Por un momento la sostuvo en su mano ahuecada, cuidando la llama, y luego, con un movimiento de los dedos, la arrojó a la habitación que olía a whisky.

La llama chisporroteó un instante en el suelo, estuvo a punto de apagarse, y luego ardió brillantemente, abriéndose paso a lo largo de un reguero de licor que salía de una de las cajas rotas.

Carson encendió otra cerilla y la arrojó a la habitación. La llama se propagó rápidamente, saltando por el suelo, trepando por las cajas, chasqueando y gruñendo.

Carson se dio la vuelta y echó a correr, con Jake pisándole los talones. En la larga hierba de la parte trasera del North Star se tumbaron y observaron.

La única ventana del edificio era una furiosa garganta de fuego, y pequeñas lenguas de llamas se abrían paso a través del tejado.

Un hombre saltó por una de las ventanas laterales en medio de una lluvia de cristales rotos. Junto a Carson, casi en su oído, el rifle de Jake bramó. El sombrero del hombre, que seguía en su cabeza a pesar del salto, fue arrancado como por una mano invisible.

De la oficina del Tribune, al otro lado de la calle, llegó el parpadeo de las detonaciones, que cubrieron las ventanas delanteras y la puerta de la taberna en llamas.

—¡Escucha! —siseó Jake. Su mano se extendió y agarró a Carson por el hombro.

—¡Caballos!

Eran caballos, no había duda. El retumbar de los cascos a lo largo de la polvorienta calle, el grito de un jinete y el estruendo de los colts.

Del North Star salían hombres corriendo con las armas en las manos. Y sobre ellos se abalanzaron los jinetes, gritando, con sus revólveres lanzando llamas.

Los jinetes pasaron junto al North Star, giraron y volvieron, y a su paso dejaron silenciosas figuras tendidas en el polvo.

Jake estaba de rodillas, con el rifle al hombro, disparando sin cesar a aquellos que corrían, esquivando a los que corrían en busca de refugio.

Un hombre que corría se precipitó por la esquina de la taberna en llamas, se agachó en el terreno irregular y lleno de maleza de la parte trasera de la cárcel. Por un momento la luz del fuego le iluminó el rostro y en ese instante Carson le reconoció.

Era Fennimore. Fennimore, huyendo.

Carson se puso en pie de un salto, se agachó y corrió rápidamente en la dirección que había tomado Fennimore. Delante de él ladró un arma y una bala zumbó como una abeja furiosa sobre su cabeza.

Por un instante vio una forma más oscura entre las sombras y sacó su propia arma, disparándola rápidamente. Desde la oscuridad, el arma de Fennimore respondió y la bala, viajando a baja altura, susurró malignamente entre la hierba que le llegaba hasta las rodillas.

Carson disparó ante el destello del arma y, en el mismo instante, algo le tiró del brazo y le hizo girar. Tambaleándose, su bota se enganchó en un montículo y cayó al suelo, golpeando la tierra con el hombro.

Intentó extender el brazo para levantarse y se dio cuenta de que no podía. Su brazo derecho no se movía. Era una cosa muerta que colgaba de él, una cosa muerta que estaba entumecida, casi

como si no formara parte de él.

Tanteando en la hierba con la mano izquierda, encontró el arma y la recogió, mientras una embotada comprensión golpeaba su cerebro.

Corriendo tras Fennimore, se había perfilado contra el North Star en llamas, había sido un blanco perfecto. Fennimore le había perforado el brazo de un disparo, quizá pensó que lo había matado cuando lo vio tropezar.

Agazapado en la hierba, levantó la cabeza con cautela. Pero no había nada más que oscuridad.

Detrás de él, el techo de la taberna se derrumbó con un estallido de llamas y por un momento el fuego se elevó, retorciéndose en el aire. Y en ese momento vio a Fennimore en una elevación del terreno por encima de él. El hombre estaba de pie, mirando las llamas.

Carson se puso en pie.

—¡Fennimore! —gritó.

El hombre giró hacia él, y por un instante los dos estuvieron frente a frente ante las llamas del edificio destruido.

Entonces el arma de Fennimore se levantó y para Carson fue casi como si se hubiera quedado a un lado observando con un interés frío, deliberado, casi científico.

Pero sabía que su propia mano también se estaba levantando, la izquierda, con el tacto del arma un poco ajeno.

El arma de Fennimore escupió fuego y algo rozó con una ráfaga de aire la mejilla de Carson. Entonces el arma de Carson se sacudió contra su muñeca, y volvió a sacudirse.

En la elevación del terreno, a la luz mortecina del fuego que se extinguía, Fennimore se dobló lentamente. Y a través del espacio de los pocos metros que los separaban, Carson le oyó toser, toses arrancadas de su pecho. El hombre se inclinó lentamente hacia delante, estrellándose de bruces contra la hierba.

Lentamente, Carson se dio la vuelta y bajó a la calle, con el brazo herido colgando a su lado, goteando sangre de sus dedos flácidos.

Las armas estaban en silencio. El fuego se estaba extinguiendo. Figuras negras y grotescas seguían acurrucadas en el polvo. Delante de la oficina del Tribune se arremolinaban los caballos, y dentro de la oficina alguien había encendido una lámpara.

Unas voces le gritaron cuando subió a la acera de tablas y se dirigió a la oficina. Reconoció algunas de las voces. Owens, Kelton, Ross... los hombres que habían huido la noche anterior, temerosos de lo que pudiera ocurrirles a sus hogares.

Owens bajaba a grandes zancadas a su encuentro. Se quedó mirando el brazo ensangrentado de Carson.

—Fennimore me disparó —dijo Carson.

—Fennimore se escapó. No está aquí.

—Está en la parte de atrás de la cárcel —le dijo Carson.

—Nos alegramos de haber llegado a tiempo —dijo Owens, serio.

—Nos alegramos de haber entrado en razón. Los muchachos se sienten muy mal por lo de anoche. Tuvo que venir la Srta. Delavan para hacernos recapacitar...

—¿La señorita Delavan? —preguntó Carson, aturdido.

—¿Qué tuvo que ver Kathryn?

Owens parecía sorprendido.

—Creía que lo sabías. Ella vino a caballo y nos lo dijo.

—¡Pero Fennimore tenía guardias apostados!

—Ella pudo eludirlos —declaró Owens.

—No le dispararon. Supongo que incluso a un pistolero de Fennimore no le gusta disparar a una mujer. Salieron tras ella, pero ella estaba en su pequeño caballo Estrella...

—Sí, lo conozco —dijo Carson—. Estrella puede correr más rápido que cualquier cosa en cuatro patas.

—Ella nos dijo que era nuestra oportunidad de hacer algo decente aquí, un lugar decente para vivir, un lugar decente para nuestros hijos.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Carson—. Hiciste que se quedara. Tú...

Owens negó con la cabeza.

—Ella no nos escuchó. Lo único que pretendía era venir con nosotros. Dijo que su padre...

—¿Lo dejaron en la casa?

Owens asintió.

—Ella dijo...

Pero Carson no estaba escuchando. Ni siquiera permaneció allí. Bajó a la calle y se alejó, su paso cambió en un instante a una carrera.

—¡Kathryn! —gritó.

Ella corría calle abajo hacia él, con los brazos extendidos.

Jake, que llevaba a Quinn y Clay Duffy hacia el Tribune a punta de rifle, los vio cuando se encontraron. Los observó con interés y escupió cuidadosamente en el polvo.

—Es increíble —le dijo a Quinn— cómo se entiende ese tipo con las mujeres.

FIN

EL MÉDICO LUCHADOR DE BUSHWHACK BASIN



Como ocurría a menudo con las historias del Oeste de Clifford D. Simak, parece que el título con el que vendió esta historia no fue el mismo con el que se publicó, pero en este caso parece bastante fácil concluir que la historia de Simak titulada, al ser enviada, “Powdersmoke Prescription —que insinuaba fuertemente un elemento médico en la historia, se convirtió en “The Fighting Doc of Bushwhack Basin—. Además, el diario de Cliff muestra que después de enviar “Powdersmoke Prescription” a *Popular Publications* en julio de 1944, recibió 150 dólares por la historia, y posteriormente apareció en el número de noviembre de 1944 de *.44 Western Magazine*, que era uno de los títulos de *Popular Publications*. (No tengo ni idea de por qué la revista no daba el nombre de su editor, pero parece que eso ocurría de vez en cuando en las revistas *pulp*).

Aunque la palabra estaba mal escrita “Bushwack” en la portada, era la historia más larga de las ocho de la revista, y encabezaba el número (que tenía un precio de portada de quince centavos).

David W. Wixon



The Fighting Doc of Bushwack Basin
.44 Western Magazine — Noviembre 1944

CAPÍTULO UNO

EL SABOR DE LA LEY Y EL ORDEN

El doctor Stephen Carter se sentó en una silla desvencijada junto a la cama y vio morir a Jake McCord. Carter no podía hacer nada. La bala había alcanzado al hombre en el pecho y se había dirigido hacia abajo, alojándose en su espalda, a no más de dos centímetros de la columna vertebral.

Sólo un poco hacia un lado, y le habría dado en el corazón. Y eso, se dijo Carter, habría sido mucho más misericordioso, mucho mejor para todos los implicados, especialmente para Jake.

Una lámpara humeante en la mesa junto a la cama parpadeaba en el viento racheado del amanecer que se colaba fríamente a través de un cristal roto. Un cristal que había sido rellenado con un saco de yute, pero el saco se había soltado y ahora ya nadie pensaba en arreglarlo.

El rostro sobre la almohada era un rostro áspero, como algo cortado en granito con un hacha roma. Los altos pómulos resaltaban demacrados a la luz del farol y la canosa barba de tres días daba al hombre una edad que debía de ser muy superior a la suya. La boca, normalmente apretada, estaba floja, jadeando desesperadamente por respirar, y el pelo estaba despeinado en un alarmante enredo de colores grisáceos.

Jake McCord luchaba por su vida, luchaba como había luchado durante muchos años. Como había luchado contra el desamor y la decepción, la sequía y la ventisca, los insectos, la falta de agua y las armas de los que codiciaban los pocos acres que había tenido durante unos años.

Pero ésta era su última lucha. Esta era la que no ganaría. Carter cerró las manos en puños y luego las relajó, separando los dedos, diciéndose a sí mismo que no había nada que nadie pudiera haber

hecho. No había cura para una bala que se estrellaba en el pecho de un hombre y recorría su cuerpo.

Desde algún lugar del exterior, en el turbio amanecer, una alondra se despertó y cantó, y el canto era algo extraño de oír dentro de la pequeña cabaña. Algo extraño cuando un hombre agonizaba.

En el rincón oscuro a los pies de la cama, la señora McCord se removió en su silla y por un momento se inclinó hacia adelante para que la pálida luz de la ventana cayera sobre su rostro... un rostro gris en el amanecer, con ojos que eran profundos charcos de negro y una boca tensa contra el tiempo que corría.

—No está sufriendo ahora, ¿verdad, doctor?

Carter sacudió la cabeza.

—Probablemente nunca sufrió, Sra. McCord.

A través del delgado tabique oyó a Mary McCord atizando el fuego, encendiendo la cafetera. La puerta se abrió y unos pasos se dirigieron a la leñera. La carga de leña golpeó suavemente. Un palo cayó al suelo. Ése, supo Carter, era Walker, el hijo mayor de los McCord.

—Era un buen hombre —dijo la señora McCord, sin dirigirse a nadie en particular, probablemente sin darse cuenta de que hablaba del hombre de la cama como si ya estuviera muerto.

—Nunca pidió nada, excepto un lugar donde vivir. Un lugar donde construir su hogar, criar a su familia y conducir su arado. Un lugar que pudiera llamar suyo. Íbamos de un sitio a otro y siempre era lo mismo...

Walker McCord entró en la habitación, caminando de puntillas tratando de no hacer ruido y deteniéndose detrás de la silla de Carter. En el silencio, el médico pudo oír la respiración del joven silbando en sus fosas nasales.

La respiración de Jake McCord vaciló y se detuvo, volvió a acelerarse, se detuvo durante un largo momento y no se reanudó. Carter alargó la mano hacia la muñeca del hombre, la sostuvo un momento y buscó el pulso. No lo notó y lentamente volvió a dejar la mano sobre la cama, se levantó y levantó la colcha para cubrirle

la cara.

La señora McCord sollozaba en su rincón oscuro y Walker se acercó al extremo de la cama, agachándose torpemente para consolarla. Carter levantó su bolso del suelo, lo puso en la silla y lo cerró.

Momentos como éste, decidió, eran la peor parte de ser médico. Se suponía que los médicos debían curar, curar, salvar vidas... no sentarse y ver cómo se les escapaba una vida, incapaces de levantar una mano para detenerla.

Los McCord, lo sabía, tenían todo el derecho a odiarle, todo el derecho a pensar que había faltado a su deber, que había fracasado en la fe que tenían en él. Y, sin embargo, también sabía que no había nada que él pudiera haber hecho, nada que nadie pudiera haber hecho.

Ni siquiera había nada que pudiera decir.

—Lo siento —era todo y no era suficiente. Era a la vez inadecuado y apologetico, como si alguien pudiera disculparse por la muerte.

Salió pesadamente de la habitación y se dirigió a la cocina.

La luz de la mañana se filtraba por las ventanas y el fuego de la estufa arrojaba un resplandor rojizo desde el tiro del fogón. Mary McCord estaba de pie frente a la estufa, con las manos juntas y la cabeza inclinada.

Carter dejó su bolso sobre la mesa inclinada y se acercó lentamente a ella. Ella levantó la cabeza y, al resplandor del fuego, él vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Se ha ido, ¿verdad? —susurró ella, y él asintió.

Los sollozos le sacudieron los hombros, pero ella siguió levantando la cabeza.

—No voy a llorar —le dijo a Carter, ferozmente.

—Simplemente no lo haré. Él no habría querido que llorara. Tenemos que seguir viviendo, los que quedamos, hagan lo que hagan los Plimpton.

—¿Estás segura, Mary, de que fueron los Plimpton?

—¿Quienes más podrían ser? —le preguntó.

—Vinieron en la oscuridad, cuando papá llegaba del granero. Le dispararon y cuando Clyde corrió hacia sus caballos uno de ellos le golpeó con un látigo.

Carter cruzó la habitación a grandes zancadas hasta una pequeña cama que había en un rincón y miró al muchacho que yacía allí. Tenía la cabeza y la cara envueltas en vendas, pero estaba dormido. Carter, al mirarlo, sintió que una rabia sorda se agitaba en su interior al recordar los salvajes cortes que surcaban el rostro de Clyde McCord. Un látigo cargado⁷ era lo único que podía infligir un castigo así. Un látigo cargado y un brazo brutal y despiadado.

Sus ojos recorrieron el contorno lastimosamente pequeño del cuerpo que yacía acurrucado bajo el edredón. Un tipo diminuto. Pequeño incluso para su edad. Diez años, tal vez. Tal vez un poco más. No más de doce, como mucho.

No se lo había dicho a la familia, pero sabía que Clyde McCord llevaría cicatrices en la cara de por vida, la marca salvaje de algo que había ocurrido hacía unas horas. Un retumbar de cascos en el corral, el estruendo de un seis tiros, el silbido de un látigo.

Se levantó de la cama y volvió a la cocina. Mary seguía allí, con la cabeza erguida, como si contemplara la luz creciente que entraba por la ventana.

—Dejo bálsamo para Clyde —dijo.

—Póngaselo en abundancia y mantenga limpias las heridas. Cambia las vendas antes de que empiecen a ensuciarse. Volveré a verlo en cuanto pueda irme. Esta noche, tal vez.

—No nos iremos —dijo Mary.

—No pueden echarnos. Papá dijo, cuando nos instalamos aquí, que ya nos habían llevado bastante lejos. Aquí nos quedamos, dijo, y no hay armas suficientes en todo el oeste para hacernos levantar el vuelo.

Walker McCord entró en la cocina.

⁷ Este modelo de látigo está cargado con perdigones, lo que significa que dentro del mango hay perdigones de plomo. Cuanto mayor sea el peso del mango. También afecta la velocidad del látigo, ralentizándolo.

—Dejé a mamá con él —dijo.

—Dijo que sólo quería sentarse allí sola un rato.

El rostro del muchacho estaba demacrado, y había marcas de lágrimas por sus mejillas y su voz era un poco temblorosa.

—Procura que duerma un poco antes de que acabe el día —le dijo Carter.

Walker asintió.

—¿Quiere que le traiga su caballo?

—No hace falta —declaró Carter.

—Lo cogeré yo mismo. ¿Lo pusiste en el establo?

—También le di de comer —dijo Walker.

—Ve a buscarlo, Walker —dijo la muchacha.

—Yo le serviré al doctor una taza de café y le prepararé unos huevos. Nuestras gallinas están poniendo ahora.

—Sólo un poco de café —dijo Carter.

—Si lo tiene listo.

Quería marcharse, pero parecía que no podía apresurarse. Había tantos momentos difíciles en un momento así. Como alejarse y dejar un lugar. Un lugar donde uno había fracasado y a través de su fracaso había dejado tristeza. La cabaña ya tenía una sensación de desolación, esa sensación extraña y vacía que siempre llega después de la muerte.

—No sé cómo podremos pagarle —dijo Mary.

—No pienses en eso ahora —le dijo Carter.

—No pienses en eso nunca a menos que sientas que puedes hacerlo sin problemas.

Bebió el café de pie y luego Walker estaba en la puerta para decir que el caballo estaba listo.

Fuera se quedó un momento con el joven antes de subir a la silla de montar.

—Tal vez quieras que haga algo por ti en la ciudad —sugirió.

Walker tragó saliva.

—Claro, doctor, si quiere. Podría decirle al predicador Slocum que suba.

Carter asintió.

—También veré al sheriff.

—No es necesario —dijo Walker.

—No es necesario en absoluto. No hay una bendita cosa que se pueda hacer, legalmente. No puedo probar quién lo hizo, pero lo sé. Y estoy seguro de que me pondré en pie de guerra en cuanto termine el funeral.

Carter agarró el hombro del muchacho.

—No hagas ninguna tontería, Walker. No puedes competir con los jinetes de Plimpton. Sólo conseguirás que te maten a ti también. Justo cuando tu madre más te necesita. Ahora eres el jefe, Walker, y no puedes salir a que te maten.

El doctor se subió a la silla.

—Quemaron nuestro heno —dijo Walker, ferozmente.

—Mataron a nuestro perro y se llevaron nuestro ganado. Lo soportamos todo. Ni siquiera intentamos defendernos. Pero ahora mataron a mi padre y van a pagar por ello. Van a pagar por todo lo que hicieron.

—Espera un poco —aconsejó el doctor.

—Algo tiene que pasar. Las cosas así tienen que parar en algún sitio. No pueden continuar para siempre. Después de todo, existe la ley y el orden y algún día este país va a probarlo.

Hizo girar su caballo y se dirigió hacia el sendero.

Aún no había salido el sol, aunque el este se iluminaba rápidamente con su llegada. Ante él, mientras cabalgaba, el valle del “Tumbling K” se extendía como una gran alfombra verde, entre las estribaciones montañosas que se extendían como dedos.

El aire era cortante por el persistente frío de la noche y pesado por el olor a pino. Los pájaros silbaban en la hierba que crecía junto al sendero y otros cantaban en los matorrales y manchas de bosque que se aferraban a las onduladas colinas.

La mancha marrón en el extremo más alejado del verde valle marcaba los edificios del rancho de Bob Plimpton “Tumbling K” y mientras Carter los observaba vio los pálidos penachos de humo que se elevaban de las lejanas chimeneas.

—Ya era hora —se dijo —de que me dejara caer por Plimpton.

CAPÍTULO DOS

PIE TIERNO DE BOCA FLOJA

El Tumbling K tenía un aspecto de elegante prosperidad. Los edificios estaban en buen estado y la casa del rancho, a diferencia de la mayoría, estaba rodeada por un patio vallado con césped y algunos macizos de flores que más adelante florecerían con profusión de colores.

Al llegar al poste de enganche que había ante la puerta del patio, Carter se fijó en todo aquello, vio el corral con sus caballos relucientes, los montones de heno ordenados que había entre los dos establos, oyó las risas que salían de la cocina y el chirrido que hacía el molino con el viento que soplabá.

Un perro gordo salió sin prisa a saludarle, meneando la cola, mientras él abría la verja y subía los escalones del amplio porche delantero.

La puerta se abrió antes de que llegara y allí estaba Bob Plimpton, con la mano extendida.

—Justo a tiempo para desayunar, doc —dijo Plimpton.

—Ya hemos comido, pero queda bastante. Haré que el cocinero...

Carter sacudió la cabeza.

—Tengo que volver rápido al pueblo. Sólo pasé para hablar un momento.

—¿Hay alguien enfermo por aquí? —preguntó Plimpton, abriendo la puerta para que Carter pudiera entrar.

Carter asintió.

—He estado con los McCord.

—¿Está seguro sobre el desayuno? —preguntó Plimpton.

—No me costaría nada darte un bocado.

—Sí, estoy seguro. Sólo quería decirle una cosa.

Plimpton lo condujo al cubículo de la sala de estar que

utilizaba como despacho, apartó una silla para su visitante y se sentó en el maltrecho sillón armado que había delante de un escritorio desordenado.

El ranchero se acarició los bigotes caídos y miró fijamente a Carter.

“¿Tiene algo en mente, doctor?”

Plimpton, reflexionó Carter, era un hombre que te podía caer bien. Un hombre que uno no podía evitar que le cayera bien. Empezaba a tener arrugas en las sienes, pero su rostro aún conservaba un atisbo de juventud. De hombros anchos, se sentaba derecho en la silla, llenándola con su corpulencia.

—Jake McCord ha muerto esta mañana —le dijo Carter sin rodeos.

El rostro de Plimpton se torció un poco.

—Lamento oír eso, doctor. Jake era un buen vecino.

—Alguien le disparó —dijo Carter.

—Jake venía del granero donde había estado haciendo tareas. El pequeño estaba con él. Se llama Clyde. Dos hombres se les acercaron a caballo y, sin decir palabra, uno de ellos disparó a Jake. Luego, cuando Clyde corrió hacia ellos, gritando, el otro le cortó la cara con su látigo.

Plimpton estaba sentado en la silla, con el rostro inmutable. Sus grandes manos, cruzadas sobre el regazo, mantenían los dedos cuidadosamente entrelazados.

—Qué lástima —dijo Plimpton.

—Me afecta mucho. Tuve algunos problemas con McCord, de vez en cuando, pero éramos vecinos. ¿Puedo hacer algo por ellos?

Carter negó con la cabeza.

—No hay nada que nadie pueda hacer por ellos ahora. Excepto, tal vez, dejarlos en paz.

—Podría ir hasta allí —dijo Plimpton.

—Yo en su lugar no lo haría —dijo Carter.

Los ojos de Plimpton se entrecerraron un poco.

“¿Por qué no?”

—Porque creen que fueron sus jinetes los que le dispararon —

dijo Carter.

Las manos de Plimpton se desplegaron, se movieron hacia los brazos de la silla y se agarraron a ellos.

—¿Ha venido a decirme eso? —había amenaza en la voz atronadora.

—He venido a decirle —dijo Carter— que me estoy hartando de tantos casos de disparos. Apenas pasa una semana sin que me llamen para uno.

Plimpton no habló, pero agarró los brazos de la silla con tanta fuerza que Carter se sorprendió de que la madera resistiera la presión.

—Verá —dijo Carter, hablando despacio para elegir las palabras adecuadas —el trabajo de un médico consiste en eliminar la causa de la enfermedad. Primero hay que encontrarla, determinar de qué se trata y luego deshacerse de ella. Estos tiroteos por aquí, Plimpton, están asumiendo la naturaleza de una enfermedad. Casi una epidemia, podría decirse.

—Supone usted —inquirió el ranchero, en voz baja, demasiado baja —que son excesivos.

Carter asintió.

—Demasiados. Una docena al año... bueno, tal vez eso sería correcto. Probablemente normal para este país. Pero hay más que eso. Mucho más que eso.

—Y me está culpando a mí —espetó Plimpton—. Está culpando a mis hombres.

—No, no le estoy culpando —dijo Carter.

—Sólo se lo digo. Me preguntaba si no habría algo que pudiera hacer para acabar con esta incidencia. Algo que pudiera hacer o decir que lo arreglara para que no hubiera tantos de ellos. Un poco de derramamiento de sangre de vez en cuando, Plimpton, está bien. Supongo que es una de esas cosas que hay que esperar cuando un país es nuevo y salvaje, aún no está asentado. Es algo con lo que tenemos que convivir. Pero el derramamiento de sangre debería estar aflojando un poco ahora. Pero no es así. En los últimos dos años, más o menos, ha empeorado.

Plimpton se inclinó hacia delante y le dio un golpecito en la rodilla a Carter.

—Déjeme contarle una historia, doctor. Una historia que quizá nunca haya oído. Sobre cómo alguien se hizo un rancho y tuvo algunas dificultades para empezar, con nevadas que a veces acababan con la mitad del rebaño e indios que aparecían de vez en cuando para huir de lo que encontrarán. Pero finalmente, después de largos años se puso en pie y se estableció para tomárselo con calma.

—Ya he oído la historia —le interrumpió Carter.

—Y justo entonces empezaron a aparecer los colonos. Se asentaron en la tierra que él sentía que le pertenecía. Ocuparon los manantiales y los rodearon de vallas, araron un terreno que sólo estaba destinado a pastos y, cuando querían carne, salían y mataban a la primera vaca con la que se cruzaban. La historia de siempre.

—Sólo que —dijo Plimpton— no se contentan con derribar una res de vez en cuando. Ya no. He perdido más de mil reses en el último año.

—Tiene usted algo de su parte, desde luego —convino Carter— pero no se arregla con armas.

—Sigo disparando a cualquier cuatrero que pille al descubierto —gruñó Plimpton.

—Jake no le robó su ganado —dijo Carter.

—Y nadie va a decir, al menos en voz alta, que yo le disparé a Jake —advirtió Plimpton.

Carter hizo caso omiso del desafío.

—Tiene que darse cuenta de que las cosas han cambiado. Los viejos tiempos de la libertad de pastoreo han pasado. Es una lástima, quizás, desde su punto de vista, pero es la verdad, y algo que debe afrontar. Salga y mate a todos los colonos que le molestan y habrá más dentro de seis meses. Las ruedas de los carromatos retumban por todo el oeste y son algo que hombres como usted no pueden detener.

—Al menos —dijo Plimpton, y había un tono mortífero en su

voz —puedo detener el robo de mi propio rebaño y no tengo que escuchar a ningún pie tierno de boca blanda al que no le guste la forma en que dirijo las cosas.

Carter se levantó lentamente de su silla.

—Esperaba que se lo tomara de otra manera —dijo.

—Fuera —gruñó Plimpton.

—¿Y seguirán los asesinatos? —preguntó Carter.

—¡He dicho que se vaya!

—Porque —dijo Carter— recuerde lo que le dije, sobre cómo el trabajo de un médico es encontrar la raíz del problema....

Con un rugido, Plimpton se levantó de la silla. Carter vio venir el puño, un golpe demoledor que partió de la rodilla y se dirigió silbando hacia su cabeza.

Carter dio un rápido paso hacia atrás, inclinó la cabeza y sintió que el golpe había pasado con potencia mortal.

Otro paso hacia atrás y otro más y allí estaba Plimpton frente a él, desequilibrado por la violencia del puñetazo que falló. El hombre tenía la cabeza torcida y el cuerpo inclinado hacia delante, siguiendo el golpe que no llegó a impactar.

Si se hubiera parado a pensar, Carter quizá no habría hecho lo que hizo. En un momento de cordura, supo más tarde que nunca lo haría. Pero no había tiempo para pensar... y allí estaba la barbilla levantada, la cabeza girada.

Carter pivotó sobre la punta del pie derecho para poner todo el cuerpo en juego y su puño golpeó con brutal precisión en la mandíbula, justo detrás de la barbilla. Un golpe científico, asestado con lo que parecía más interés que ira.

Durante un segundo, en los ojos de Plimpton brilló un asombro sordo, incluso cuando su enorme cuerpo se desplomaba hacia atrás... hacia atrás para coger la silla y llevársela con él a la esquina.

La silla se astilló bajo el peso del hombre que caía y Plimpton se apoyó contra sus restos, medio apoyado contra la pared, desparramado como un trapo sucio que alguien hubiera tirado.

Carter se frotó los nudillos de la mano derecha, preguntándose

por lo inteligente que había actuado con ellos.

Miró fijamente a Plimpton y se sorprendió de no sentir remordimiento.

El hombre se agitó y gimió, intentó incorporarse, gimió y volvió a caer.

Desde donde estaba, Carter hizo un rápido diagnóstico. No estaba malherido. Noqueado. Le dolería la mandíbula uno o dos días.

Deliberadamente se dio la vuelta, cruzó el salón hasta la puerta principal y salió. En la parte trasera de la casa oyó ruido de pies y alguien que gritaba.

El perro gordo, con el rabo aún ondeando alegremente, le acompañó tranquilamente hasta la puerta y se quedó mirando mientras se alejaba.

CAPÍTULO TRES

¡NO VALE LA PENA MORIR POR LA TIERRA!

Cuando llegó a Basin City, la mano derecha de Carter estaba notablemente hinchada y sabía que tendría que hacer algo al respecto. Una bolsa de hielo para reducir la hinchazón, se dijo a sí mismo, y entonces recordó que no había ningún lugar donde se pudiera conseguir hielo en toda Basin City.

Estaba hambriento y agotado, cansado por la larga noche de vigilia, un poco conmocionado por su experiencia con Plimpton. Necesitaba afeitarse y cambiarse de ropa, y decidió que lo haría antes del desayuno.

Pasó por delante del único restaurante del pueblo y llamó al chino que pretendía atenderlo.

—Un plato de jamón y huevos en media hora, Charlie —dijo.

El chino agachó la cabeza en una rápida reverencia que denotaba que había entendido, y sonrió ampliamente.

—Puedo hacerlo —concluyó.

Carter dejó el caballo en la caballeriza y caminó por la calle casi desierta hasta su oficina y su vivienda, situadas encima del banco.

En los cuatro años que llevaba allí, decidió, Basin City había cambiado muy poco. Recordaba claramente aquel día de hacía cuatro años, cuando había llegado a caballo con Chet Saunders, el conductor de la diligencia y librero, desde Antelope Springs, la ciudad ferroviaria más cercana, cuarenta millas al sur.

Sonrió macabramente al recordarlo. Recién llegado de Ohio, con sus ordenadas granjas y pulcros pueblos, había quedado horrorizado ante Basin City. No estaba seguro de que no le siguiera horrorizando un poco. Pero, se había dicho a sí mismo, era un lugar para empezar, una ciudad nueva que crecería, una ciudad que no tenía médico. Un lugar donde un hombre joven, siempre y cuando se dedicara estrictamente a los negocios y se moviera un poco para que la gente lo conociera, podría establecer una práctica sólida.

Con el recuerdo de Ohio aún en su memoria, se estremeció un poco al contemplar las desgastadas fachadas falsas, los pocos y lánguidos caballos que descansaban a tres patas en los postes de enganche. Dentro del salón del Lirio Dorado alguien reía y desde la calle se oía el golpeteo del martillo sobre el yunque cuando el herrero empezaba a trabajar de madrugada.

Subió cansado las escaleras hasta la oficina. Un afeitado, ropa limpia y luego ese plato de jamón y huevos. Después intentaría dormir una o dos horas.

Al abrir la puerta, un hombre se levantó de una silla y lo miró.

—Buenos días, doctor —le dijo.

Carter se sorprendió. No solía tener pacientes tan temprano.

El hombre, vio, era Matt Denby, uno de los colonos al norte del Tumbling K.

—Llegas pronto, ¿verdad, Matt? —preguntó Carter.

Matt le dio la razón.

—Medio temprano. Me levanté al amanecer. Tenía algunos negocios en la ciudad.

—Yo estuve fuera toda la noche —dijo Carter.

—Acabo de llegar. Espero que no hayas tenido que esperar mucho.

—Sólo una hora más o menos —dijo Matt.

—Me dormí un rato, sentado en la silla. Me desperté hace un rato.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Carter.

—Espero que tu mujer esté bien.

—Ella está bien —dijo Matt.

—A ninguno de nosotros nos pasa nada. Sólo vine a ver lo que te debía.

—Tendré que buscarlo —dijo Carter.

Abrió un cajón del escritorio, sacó un libro de contabilidad con las páginas muy dobladas y lo hojeó.

—Son veinte dólares, Matt.

—No tengo tanto —dijo Matt.

—No importa. Puedes pagarme cuando quieras.

Matt sacó su cartera y la toqueteó con dedos torpes.

—Te pagaré algo a cuenta ahora mismo —dijo.

—Verás, nos estamos retirando.

—¿Se van? ¿Quieres decir que abandonas el territorio?

—Sí, eso es. Pero no te preocupes, doc. Te pagaré cinco dólares ahora y te enviaré el resto por correo. No puedo dejar pasar lo que te debo, doc. Salvaste a Jenny, y eso vale más de lo que yo pueda pagarte.

Dejó tres billetes de uno y uno de dos sobre el escritorio y se guardó la cartera en el bolsillo de la cadera.

—Te escribiré un recibo —dijo Carter.

Mientras escribía, preguntó:

—¿Adónde vas, Matt? ¿Tienes algo mejor en alguna parte?

Matt se revolvió torpemente.

—No exactamente algo mejor. Sólo me retiro, eso es todo. Me pica el pie, supongo. Me voy más al oeste.

—¿A algún lugar en particular?

—No. Sólo al oeste. Hay mucha tierra todavía.

Carter dejó de escribir, dejó el lápiz.

—Quieres decir que te estás quedando sin nada —dijo.

—Te estás largando porque tienes miedo de Plimpton.

Matt se retorció.

—No exactamente asustado, doc. Pero no me gusta. No me importaba tanto el jaleo que solían hacer los tipos normales. Parecía que podía soportarlo. Pero desde que Plimpton se metió con sus pistoleros no puedo sentirme cómodo.

Carter volvió a coger el lápiz y empezó a escribir.

—Jake McCord murió esta mañana —dijo.

—Alguien lo mató a tiros.

—Te lo dije —dijo Matt.

—Ya no es lo mismo que antes. No es sólo una pequeña disputa privada. Plimpton nos declaró la guerra. Trajo una banda de pistoleros para echarnos.

—Odio verte ir, Matt —dijo Carter.

—Ustedes empiezan a retirarse y Plimpton gana. Sólo prolonga la situación. Si lo hace con uno de ustedes, pensará que puede hacerlo con todos.

—¿Quieres decir que crees que debemos hacerle frente? —preguntó Denby.

—Engrasar nuestros propios fierros e ir tras él.

Carter negó con la cabeza.

—No sabría decirte —dijo.

—Es algo sobre lo que no puedo aconsejarle. Yo no soy un hombre de lucha. Soy nuevo aquí. En realidad no sé lo que haría. Todo lo que sé es que odio verte marchar.

—Plimpton lo tiene todo arreglado —dijo Denby amargamente.

—Ese gran valle suyo. Tú lo has visto.

—Claro que sí.

—No es de Plimpton, legalmente —dijo Matt.

—Se apoderó de él, hace años, en virtud de esa ley de tierras pantanosas. Ya sabes. Todo lo que tienes que hacer es jurar que la tierra está bajo el agua y puedes pedir un pedazo tan grande como quieras.

—Esa ley fue derogada —le dijo Carter.

—Demasiados valles se estaban convirtiendo en pantanos.

—Claro —convino Matt.

—Claro, fue derogada. Pero eso no significa que Plimpton renunciara al valle. Lo amañó para poder quedarse con él.

—No lo entiendo —protestó Carter—. ¿Cómo pudo hacer una cosa así?

—En connivencia con el registro de la oficina de tierras —dijo Matt.

—Le pagó algo, lo más probable. Quizá le siga pagando, por lo que sé. Intenté registrar un cuarto de sección en el extremo superior del valle cuando llegué aquí, pero Grant dijo que no se podía entrar. Dijo que lo único que quedaba eran las reclamaciones de las estribaciones.

Carter golpeó el lápiz sobre el escritorio.

—Ya veo —dijo.

—Ya veo.

—Es lógico que debe haber muchas tierras en los valles más al oeste —le dijo Matt.

—Tierra en la que un hombre pueda trabajar. Tierras en las que se puede arar.

Carter se levantó del escritorio, sacudiéndose mentalmente, y le tendió el recibo.

Matt lo cogió—. ¿Dices que le dieron a Jake?

Carter asintió, sin hablar.

—No vale la pena —declaró Matt.

—Ni siquiera la tierra. No vale la pena morir por ello.

Dobló el recibo con cuidado, se lo metió en el bolsillo de la camisa y salió por la puerta.

CAPÍTULO CUATRO

JUSTO ENTRE LOS OJOS

Un hombre había muerto y otro se retiraba. Todo en un solo día. Pero no eran los primeros, ni serían los últimos.

Carter descubrió que le costaba sostener el tenedor. Tenía los nudillos doloridos y la mano más hinchada que nunca, aunque sabía que en unas horas empezaría a bajar y probablemente mañana estaría como nueva.

Pinchó un trozo de jamón, lo untó en un poco de yema de huevo y masticó el bocado con avidez. Intentó arrepentirse un poco de haber pegado tan fuerte a Plimpton, pero no pudo. Era algo que, tal vez, había deseado hacer durante muchos meses.

Se quedó mirando el restaurante. Pequeño, limpio y casi alegre. Todo lo alegre que puede ser una habitación en Basin City. La luz del sol entraba por la ventana y cubría al gato amarillo que yacía en el alféizar.

Carter, se dijo a sí mismo, eres un tonto por preocuparte tanto por esto. No es asunto tuyo. No te importa cuántos hombres mueran o cuántos se levanten y se vayan. No te importa que Plimpton robara el valle hace años y que sobornara o chantajeara a un funcionario deshonesto para que le permitiera conservarlo. No es asunto suyo que los hombres que vienen a establecerse sean acosados por hombres que cabalgan con dedos de gatillo fácil.

Pero tal vez, dijo contradiciéndose a sí mismo, sí sea asunto suyo. Porque un médico cuida de su gente. Casi como un ministro cuida de su gente. Los vigila y los protege de la enfermedad y de la muerte. Un amigo dispuesto a acudir en el momento de su llamada. Un amigo que finge no necesitar los honorarios si se ven en apuros.

Hizo una mueca ante sus pensamientos, cogió una rebanada de

pan para limpiar el plato.

En su ensimismamiento no oyó el clic de la puerta al abrirse y cerrarse de nuevo y no fue hasta que una sombra cayó sobre la mesa, tapando el sol que entraba a raudales por la ventana, que se dio cuenta de que alguien estaba delante de él.

Levantó la vista y vio una figura larguirucha y enjuta. Por un momento desconoció el rostro de cuero crudo y luego recordó los ojos. Unos ojos pétreos que brillaban incluso cuando el hombre estaba de espaldas al sol. Un par de ojos que uno no podía olvidar. El capataz de Plimpton.

—Hola, Mapes —dijo.

—Siéntate.

—No he venido a sentarme —dijo Mapes y su voz era plana y sin tono.

—¿Te envía Plimpton? —preguntó Carter.

Ernie Mapes se enganchó los pulgares en las axilas del chaleco, y escupió al suelo sin mover la cabeza.

—No me ha enviado nadie —anunció.

—He venido por mi propio pie.

Carter volvió a posar los ojos en el plato, fregó con cuidado el último trozo de huevo, y estiró la mano para coger la taza de café.

—Empieza a hablar —dijo Mapes y la voz seguía sin tono y apenas un tono por encima de un susurro.

Carter soltó la taza de café y volvió a mirar al hombre.

—No tengo nada de qué hablar contigo.

—Más te vale —dijo Mapes.

—¿Te refieres al jaleo de esta mañana?

Mapes asintió, con los ojos todavía brillantes.

—No tengo nada que decir al respecto —dijo Carter.

—Si Plimpton quiere hablar de ello, dile que venga él mismo y no envíe a un asalariado.

Mapes puso las manos sobre la superficie de la mesa y se inclinó para que sus ojos estuvieran casi a la altura de los de Carter.

—Me estoy esforzando mucho por ser paciente contigo —

declaró.

—Si no fueras un aserrador de huesos te dispararía donde estás sentado.

—Mira, Mapes —dijo Carter— todo es bastante simple si lo consideras. Plimpton me golpeó y falló. Yo le pegué y no fallé. Esa es la historia. ¿Qué puede ser más sencillo que eso?

—Doc —declaró Mapes —estás metiendo la nariz donde no te llaman. Te estás volviendo demasiado curioso. Nos caes bien en el rancho y odiaríamos que te pasara algo, digamos, repentino.

—¿Como una bala, tal vez?

—Justo entre los ojos —dijo Mapes.

Carter se encogió de hombros—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Miró a Mapes y Mapes no habló, sólo le devolvió la mirada con esos ojos pétreos.

—Porque si es así —dijo Carter— tengo asuntos que atender. Voy a ir a la oficina de tierras a preguntarle a Grant si puede registrar un cuarto de sección justo en el centro de las tierras del valle de Plimpton.

Mapes se sobresaltó, pero sus ojos firmes se mantuvieron firmes.

—Estás loco —dijo finalmente.

—No puedes solicitar esa tierra.

—Eso es lo que voy a averiguar —declaró Carter.

—Si puedo solicitarla o no. Grant puede ser capaz de engañar a estos pobres colonos que vienen aquí, pero no puede engañarme a mí. Si la tierra está abierta a la entrada, me voy a enterar.

Mapes se encorvó hacia delante, acercó la cara.

—Si yo fuera usted, doc, no haría eso. Podría averiguar demasiado.

—Ya veo —dijo Carter, sobriamente.

—Entonces el terreno realmente no pertenece a Plimpton.

La mano derecha de Mapes abandonó la mesa y se llevó deliberadamente la mano al cinturón. La mano de Carter salió disparada, agarró la taza de café y arrojó el humeante contenido a

la cara de Mapes.

Casi con el mismo movimiento se puso en pie, agarró el respaldo de la silla y la levantó del suelo. Mapes se tambaleaba hacia atrás, con la pistola colgando de una mano y la otra arañándose la cara.

Con facilidad, Carter balanceó la silla y la dejó caer con una fuerza despiadada. Demasiado tarde, Mapes intentó agacharse.

La silla se estrelló contra su cabeza. Los travesaños, salidos de su sitio, se esparcieron por el suelo. Mapes cayó como si le hubieran dado un hachazo. La pistola se le soltó de la mano y cayó al suelo.

Carter dejó caer los pocos palos de silla que aún le quedaban y se agachó para recoger el arma caída.

Charlie estaba de pie en la puerta que daba a la cocina, con el rostro amarillo estrujado por la consternación.

—¿Cuánto te debo, Charlie? —preguntó Carter.

Charlie asimiló la situación.

—Jamón y huevos, seis dólares. Silla, cinco dólares.

—Un poco caro lo de la silla, ¿no? —preguntó Carter.

—Buena silla —dijo Charlie.

—Muy divertida.

Carter pagó y volvió a la habitación. Mapes se agitaba, sentado, gimiendo.

—Te mataré por esto, doc —declaró y fue una declaración tranquila, casi como si estuviera hablando del tiempo.

Carter levantó la pistola.

—Dejaré esto en el Lirio Dorado —dijo.

—Puedes recogerla.

CAPÍTULO CINCO

LLAMADA NOCTURNA: ¡A LA MUERTE!

Amenazaba la primera tormenta de la primavera. A través de la ventana junto a su cama, Carter podía ver el juego de los relámpagos en el horizonte occidental, oía el sordo murmullo de los truenos retumbando en la tierra.

Carter se echó la manta al hombro y cerró los ojos. El sueño rodó en una ola negra hasta envolverlo y pensó, nebulosamente, que era curioso que se hubiera despertado. Nunca antes una tormenta le había quitado el sueño.

Luego se incorporó, tenso y escuchando. Escuchando el pequeño sonido que se había colado en su cerebro entre los truenos lejanos.

Volvió a sonar, un golpe sordo.

Carter apoyó los pies en el suelo, se irguió cautelosamente, con los ojos tratando de penetrar la oscuridad de la habitación. La ventana brilló momentáneamente con un relámpago lejano y durante un segundo la habitación parpadeó y pudo ver que allí no había nada. Nada que pudiera hacer ruido.

El golpeteo volvió a oírse y, por primera vez, Carter lo reconoció como lo que era. Alguien llamaba a la puerta.

Cogió su bata e hizo una mueca en la oscuridad, reprochándose su nerviosismo. Un médico debería acostumbrarse a que lo sacaran de la cama a cualquier hora, se dijo.

—Ya voy —gritó.

Encontró la lámpara y, tanteando en la oscuridad, localizó la caja de cerillas que había junto a ella. Encendida, la llevó al despacho y abrió la puerta.

Un desconocido parpadeó al ver la luz.

—¿Es usted el médico?

Carter asintió.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi compañero está muy enfermo —le dijo el hombre.

—Tengo mucho miedo de que no sobreviva.

—¿Dónde está su compañero?

—Arriba, en Snow Mountain.

—Eso está muy lejos.

—Seguro que lo está. Pero usted es el médico más cercano. Trampeamos en invierno y hacemos prospección cuando no podemos.

—¿Qué le pasa a tu compañero?

—Deben haber sido los melocotones, doc.

Carter asintió sombríamente.

—Estuvieron en la lata por un día o dos.

El hombre estuvo de acuerdo con él.

—Así es. Abrimos una lata y pensamos que nos los habíamos comido todos. Luego Ted descubrió que quedaba uno en la lata y se lo tragó. Me enfureció como el infierno. Quería ese melocotón para mí solo.

El trampero-prospector, vio Carter, era un hombre pequeño, apenas más que un niño. Tenía pecas en la nariz y el pelo rubio sin recortar asomaba bajo su maltrecho sombrero de ala ancha. Tenía la camisa rota y los vaqueros llenos de barro. Sus manos no estaban demasiado limpias. El cinturón de cartuchos que llevaba en la cintura era una simple tira de cuero con trabillas para cartuchos, sin adornos extravagantes. El revólver hacía juego. Mango liso.

—Tenemos que darnos prisa, Doc —dijo.

—Supongo que sí —asintió Carter.

—Ve a la caballeriza y trae mi caballo. ¿Sabes dónde está?

El hombre asintió.

—He estado en el pueblo una o dos veces —dijo.

De vuelta en su cuarto, Carter se vistió apresuradamente, sacó la pesada capa de montar del clavo. Estaba esperando al pie de la escalera, con la bolsa en la mano, cuando el hombre bajó por la calle, conduciendo su caballo.

La noche estaba muy oscura, excepto por los relámpagos, y el aire era húmedo. Casi se podía oler la tormenta que se avecinaba.

La ciudad estaba en silencio y los cascos de los caballos resonaban al trote. Un perro salió corriendo, gruñéndoles, y luego volvió hacia la oscuridad de los edificios. Un molino traqueteaba con el viento.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Carter.

—Becker —le dijo el otro, y añadió:

—Será mejor que pongamos en marcha estos caballos.

Siguiendo el sendero que bordeaba el valle de Plimpton, Carter forzó la vista hacia el lugar donde se alzaban los edificios. Pero no había luz. Desde algún lugar en el extremo superior del valle una vaca mugió, un sonido estremecedor en la oscuridad.

Unas gotas de lluvia caían del oeste, gotas enormes y frías, y el viento silbaba entre la hierba del sendero.

Tras las primeras gotas, la lluvia amainó. Los relámpagos se elevaban en el cielo: ya no eran meras serpientes que ondeaban y parpadeaban en el horizonte, sino lívidos rayos azules que se estremecían y colgaban temblorosos en el aire por encima de sus cabezas.

Los caballos seguían avanzando a paso ligero y Carter, todavía aturdido por el sueño, se sorprendía a sí mismo una y otra vez a punto de quedarse dormido.

Tomaron el sendero que pasaba junto a la casa de los McCord y, al pasar junto a la casa, un relámpago abrasador cruzó el cielo, iluminando la casa con un resplandor que contrastaba asombrosamente con la negrura que se había apoderado de ella.

En el resplandor vívido y desgarrador que cubrió el grupo de edificios por un momento, Carter vio el lugar con todo detalle, el granero desvencijado, el pajar inclinado, el caballo que estaba encorvado contra él. Y cuando las ventanas de la casa brillaron por un momento, Carter creyó ver un movimiento detrás de una de ellas, como si alguien hubiera estado allí de pie, mirándolos.

Luego el relámpago se desvaneció y volvió la oscuridad, cerrándose negra y hermética incluso antes de que el increíble

azul del destello hubiera desaparecido del cerebro.

Oscuridad y un creciente rugido de trueno que se acercaba cada vez más, como un tren que surcara el cielo, hasta que rompió el aire con un sonido desgarrador que hizo que los caballos se asustaran y forcejearan aterrorizados.

El sendero subía y subía hasta que cruzaron un espolón donde el viento les azotó con furia, un viento lleno de agudos avisos, un viento que parecía estar vivo. Y, sin embargo, la lluvia no caía.

Carter espoleó su caballo a la par del de Becker y le gritó a través del viento—. ¿Cuánto falta?

—Sólo un poco —aulló el hombre.

Pero era más que un trecho. Carter calculó que faltaba otra media hora por lo menos antes de girar alrededor de un abrupto acantilado y entrar en la boca de un cañón donde brillaba una hoguera.

Las alarmas sonaron en la cabeza de Carter, que se puso rígido en la silla y apretó las riendas con fuerza. Pero antes de que pudiera hacer nada, el caballo había dado la media docena de pasos que lo llevaron al interior del anillo de luz. Una docena de hombres estaban sentados alrededor del fuego y uno estaba de pie junto a él, a no más de tres pasos de donde Carter controlaba a su caballo.

Era un hombre alto, con una pistola en la mano y el sombrero echado hacia atrás, de modo que la luz del fuego le iluminaba la cara.

Un hombre de rostro delgado y duro, con ojos que brillaban a la luz.

—Me alegro de verle, doc —dijo Ernie Mapes.

CAPÍTULO SEIS

DE ESPALDAS CONTRA LA PARED

El tiempo vaciló durante un segundo, como si se tambaleara de un tictac de reloj al siguiente; una vacilación que contenía la calma sin aliento de la tormenta que se avecinaba, la fría ira que acuchillaba el cerebro de Carter.

La lluvia caía a cántaros, como si alguien, enfadado por la espera, la arrojara con furiosa violencia desde la negrura que se agazapaba alrededor de la hoguera.

El caballo de Carter se encabritó ante el impacto de la tormenta, con las patas delanteras arañando el aire casi delante de la cara de Mapes. La hoguera y los hombres que la rodeaban se disolvieron y difuminaron en una llamarada de resplandor violeta cuando un rayo atravesó la noche.

Un fuego rojo brotó de la boca del arma de Mapes y entonces el caballo de Carter se puso a girar, corriendo hacia atrás por el sendero, aterrorizado por las repentinas ráfagas de agua que caían del cielo, y por el destello cegador que había llenado el mundo.

Carter se agachó, cegado, tanteando. Bajo él, el caballo se tambaleaba, luchaba frenéticamente por mantenerse en pie. Carter sintió que se elevaba en el aire, agarró desesperadamente el asta de la silla, sintió que el cuero resbaladizo y húmedo se deslizaba entre sus dedos.

Entonces el caballo ya no estaba debajo de él. Flotaba en un mar de oscuridad. No tuvo la sensación de ser arrojado o de caer, ni la idea del desastre.

Su cuerpo chocó contra un árbol, se raspó contra una escarpada pared rocosa, se golpeó contra el suelo con un crujido de huesos.

El aliento se le escapó de los pulmones con un gorgoteo eructante y le pareció que una gran mano se había extendido por

encima de él y le presionaba lenta e inexorablemente contra la tierra empapada. El estómago se le subió y le golpeó en la cara, toda la energía había sido arrancada de su cuerpo y le había dejado como una cosa marchita.

Durante largos minutos Carter permaneció allí, acurrucado contra la tierra, con la lluvia golpeándole la cara y los riachuelos derramándose a su alrededor. La fuerza volvía por momentos. Al principio, una fuerza débil que le permitía arañar el suelo con dedos temblorosos. Luego, tuvo fuerza suficiente para levantarse poco a poco hasta sentarse erguido. Finalmente, la suficiente para arrodillarse y arrastrarse, para agarrarse al árbol que encontró en la oscuridad y erguirse.

Se apoyó en el árbol, con un brazo alrededor de su tronco áspero, aferrándose a él mientras el estómago se le revolvía y jadeaba y pequeños puntos rojos danzaban sin cesar por su dolorida cabeza.

La tormenta rugía, la tormenta que se había contenido, que parecía tan reacia a estallar, pero que ahora estaba recuperando el tiempo perdido. El árbol gemía y detrás de él la pared del acantilado gemía cuando el viento golpeaba y se deslizaba a lo largo de ella.

En algún lugar, como si viniera de muy lejos, se oyó un grito y luego otro sonido, un sonido que no era de la tormenta, un sonido que lo invadió. Un sonido decidido y cadencioso: el chapoteo de los cascos de los caballos que subían por el sendero.

Carter se arrastró inseguro alrededor del árbol hasta situarse entre éste y la pared rocosa.

Los truenos retumbaban en la cima del acantilado y los relámpagos parpadeaban, iluminando la noche húmeda con fantasmales llamaradas insustanciales.

Los jinetes llegaron por un recodo del sendero: cuatro de ellos, encorvados contra la lluvia.

Carter se aplastó contra el árbol, trató de contener la respiración y esperó ferozmente que los relámpagos no lo traicionaran.

Los cuatro pasaron, con los caballos trotando.

Me persiguen, se dijo Carter. Me persiguen, como un hombre perseguiría a un perro rabioso o a un oso hambriento de carne. Y cuando me atrapen no harán preguntas, no dirán nada. Dispararán a matar y cuando amanezca habrá comida para los buitres.

Se agarró con fuerza al árbol con ambas manos e intentó calmar su mente, intentó razonar consigo mismo, combatir el pánico ciego y acechante que surgía en su interior.

Ni caballo, ni arma. Ni siquiera un sombrero. Lo había perdido al caer del caballo. Sólo tenía una vaga idea de dónde estaba.

Desde su refugio detrás del árbol, miró sin ver hacia la tormenta, la lluvia inundándole la cara, los relámpagos casi un parpadeo constante contra sus ojos.

Tenía que conseguir un arma. Tenía que luchar. Él...

Sus zapatos mojados chirriaban a cada paso que daba y se resbaló y cayó una docena de veces al tropezar con piedras y ramas caídas. Recogió una de las ramas y la llevó consigo. Era pesada, pero de la longitud adecuada, fácil de agarrar, fácil de manejar. Era un garrote.

Cuando vio el parpadeo de la hoguera a través de la oscuridad, abandonó el sendero y avanzó con cautela.

El fuego estaba bajo y chisporroteaba, pero se mantenía contra la pared de roca desnuda, desafiando aún con éxito a la lluvia. Acurrucados contra la roca, envueltos en mantas, había tres hombres en cuclillas.

Desde la maleza donde estaba agazapado, Carter intentó distinguir sus rostros. Uno era de huesos enormes, pero los otros dos eran más pequeños. Uno de los más pequeños, estaba seguro, era Becker, el que le había traído hasta aquí.

Aferró su garrote y midió la distancia que había entre él y las figuras envueltas en mantas. Avanzó lentamente, en silencio, separando los arbustos con la mano libre.

La lluvia amainaba, pero los relámpagos seguían surcando el

cielo. Pronto regresarían los cuatro que habían recorrido el sendero.

Y cuando volvieran....

Carter se levantó con cuidado, se puso en tensión.

Sin decir una palabra, cargó, estaba sobre los tres casi antes de que se dieran cuenta de que había alguien cerca.

Uno de ellos se levantó a medias y Carter blandió su garrote, lo blandió con la locura cantándole en la sangre, con un bramido en la garganta. El hombre cayó como un buey herido.

Los otros dos se pusieron en pie, se quitaron las mantas y fueron a por sus armas. Carter se abalanzó, con su garrote en ristre que silbaba en el aire. El hombre grande trató de agacharse, levantando el brazo para evitar el golpe. El garrote se estrelló contra el brazo y el hombre gritó de dolor repentino, se tambaleó hacia delante y cayó de rodillas.

A través de su forma arrodillada, Carter miró fijamente a los ojos del tercer hombre, y supo que había fallado. Sabía que el tercer hombre también lo sabía, porque tenía una sonrisa retorcida en los labios y los ojos acerados y brillantes, entrecerrados, ya entrecerrando los ojos para el disparo.

Con un grito salvaje, Carter levantó el garrote. El tercer hombre se agachó y el garrote silbó por encima de su cabeza, pero mientras lo hacía, Carter se abalanzó sobre él, lo alcanzó de un salto y se estrelló contra el hombre, haciéndolo retroceder contra la pared rocosa, golpeando su cuerpo contra ella con fuerza.

Desequilibrado, Carter patinó sobre el suelo resbaladizo, luchó desesperadamente por mantener el equilibrio, sintió que se hundía e incluso mientras caía, se tensó contra la bala que sabía que iba a llegar.

Un arma sonó y una bala rebotó en el acantilado, chillando en la lluviosa noche.

Carter aterrizó en el suelo y rodó, intentó seguir rodando. Tal vez, dijo su cerebro entumecido... tal vez, si seguía rodando las balas no le alcanzarían.

El revólver volvió a sonar y luego otro revólver, un revólver

diferente, un revólver que tosió como si intentara llamar la atención de alguien.

Una voz dijo:

—Levantadlas, muchachos. Soltad las armas y tendedlas hacia el cielo.

Una voz que era clara y aguda... y sin embargo divertida, de alguna manera.

Carter se puso en pie de un salto y contempló la escena.

El primer hombre al que había golpeado seguía tendido en el suelo, medio cubierto por la manta, con un brazo doblado debajo de él y el otro extendiéndose hacia delante, con los dedos apretados, como si intentara tirar de sí mismo.

El segundo hombre seguía de rodillas. Un brazo colgaba, pero el otro estaba por encima de su cabeza, muy por encima de su cabeza. Justo delante de él había una pistola de la que aún salía humo. El tercer hombre estaba de pie, de espaldas contra la pared, pero con ambas manos en alto.

—Doctor —dijo Mary McCord —será mejor que coja sus armas.

Carter miró fijamente a la chica que estaba de pie justo dentro del anillo de luz del fuego, una chica con las faldas recogidas y que llevaba un rifle que parecía el doble de grande para ella.

—Adelante —instó—. Quíteles las armas.

Intentó hablar, tartamudeando, pero ella señaló con la cabeza a los hombres que tenía delante.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo.

Rápidamente, Carter avanzó hacia el hombre que estaba contra la pared. Era Becker.

—Debería darte una paliza —dijo Carter. Rápidamente le quitó la pistolera al joven, dio un paso atrás y cogió la pistola que yacía frente al hombre arrodillado.

Desde el sendero se oyó el ruido de cascos.

Carter dio un paso hacia el hombre que yacía tendido en el suelo y luego retrocedió. No había tiempo. No había tiempo para coger la otra pistola.

—¡Corre! —le gritó a Mary, y de un salto estaba a su lado.

Las ramas mojadas les golpeaban en la oscuridad y las piedras y ramas rotas les hacían tropezar.

En la oscuridad, Carter encontró la mano de la chica y la estrechó entre las suyas.

—Por aquí —ella le gritó.

—Conozco un sendero.

Habían rodeado el saliente de roca que formaba el acantilado y subían por una pendiente.

Detrás de ellos se oían gritos de rabia. Los jinetes habían llegado al campamento.

La pendiente aumentó hasta que prácticamente se arrastraron sobre manos y rodillas, buscando a tientas en la oscuridad árboles pequeños, árboles, cualquier cosa que les ayudara a subir por el sendero.

Los relámpagos seguían parpadeando de vez en cuando, iluminando el camino.

—No podemos seguir por el sendero —resolló Carter.

En respuesta, la muchacha le tiró de la mano, casi con rabia.

—Nos encontrarán —jadeó él, protestando.

Ella no contestó y siguieron subiendo, con la respiración entrecortada por el esfuerzo y los cuerpos doloridos.

Desde abajo se oyó un disparo. Luego otro disparo y esta vez, Carter oyó la bala estrellarse en la colina por encima de ellos.

Con un grito, se dio la vuelta, vio a los hombres en el camino de abajo mientras un relámpago surcaba el cielo. Levantó la pistola que le había quitado al hombre que había estado de rodillas, sorprendido al darse cuenta por primera vez de que la había llevado consigo todo el tiempo. De un modo u otro, se había sujetado la pistola a la cintura.

Bocas rojas centellearon desde abajo y las balas silbaron en la maleza.

Entonces el arma en la mano de Carter empezó a saltar, a saltar mientras apretaba el gatillo. El sonido de los disparos era un martillo sordo en sus oídos y el fuego lamedor que brotaba de la

boca del cañón le pintaba la cara con un brillo furioso.

Los disparos se agotaron, el percutor chasqueó sobre las vainas vacías. Carter giró sobre sí mismo y corrió por el sendero, chocando con la chica.

Ella volvió a tomarle la mano.

—Rápido —le instó.

Cien metros más arriba, ella abandonó el camino y Carter la siguió. La maleza se hizo más fina y subieron por una ladera casi desnuda, sembrada de rocas, hasta llegar a un bosquecillo de cedros.

Mary McCord se sentó, apoyó la espalda contra una roca y sostuvo el rifle sobre el regazo.

—Quería llegar hasta mi caballo —dijo— pero no había posibilidad de hacerlo.

Se llevó ambas manos a la cara e intentó apartarse el pelo empapado por la lluvia.

—Este es el segundo mejor lugar —dijo.

CAPÍTULO SIETE

ESPERA HASTA EL DÍA

Había dejado de llover y las nubes se habían disipado ante el viento, disipándose de vez en cuando para permitir que brillara una luna acuosa que inundaba el suelo de una palidez fantasmal.

Carter, tumbado en el suelo empapado detrás de un cedro bajo, con el revólver en un puño, contemplaba el paisaje. Estaban en la cima de un viejo desprendimiento de rocas apoyado contra un imponente acantilado. Por todos lados, los escombros rocosos descendían hacia el sombrío valle. Las laderas estaban salpicadas de rocas y de algún arbusto bajo, pero nada que ofreciera demasiada protección. Sólo aquí, en la cima, en una pequeña zona, había algo parecido a un refugio adecuado. Aquí, los cedros

achaparrados, encajados entre las rocas dispersas, habían encontrado un lugar seguro para echar raíces y luchar contra el viento eterno.

Contemplando las laderas bajo ellos, se dio cuenta de que, con luz suficiente, incluso dos armas podrían mantener su posición contra una carga desesperada. Él y la chica, lo sabía, nunca habrían podido lograrlo de no ser por la oscuridad.

—Debes conocer muy bien este terreno —le dijo a Mary McCord.

El cedro crujió cuando ella volvió la cabeza hacia él.

—Lo conozco —dijo ella, y eso fue todo. Ninguna otra explicación. Tal vez, reflexionó Carter, ella había cabalgado por aquí a menudo. La vida de una muchacha en una cabaña, se dijo, debe ser monótona a veces.

La noche era tranquila. No había señales de movimiento, ni crujidos que delataran la presencia de alguien que se acercara sigilosamente al desprendimiento de rocas. Ni gritos, ni ruido de cascadas.

Carter miró hacia el valle, entrecerrando los ojos para distinguir la masa oscura que parecía flotar en las sombras del valle. Pero no podía distinguir ninguna forma, no podía oír ningún sonido. Algo había allí abajo, estaba seguro y sin embargo....

—Lo que no puedo entender —dijo— es cómo me encontraste o por qué viniste.

—Le vi pasar a caballo —le dijo Mary.

—Acababa de levantarme para mirar a Clyde a la cara y Clyde quería mirar por la ventana y ver los relámpagos. Ya sabe, lo que hacen los niños. Qué ideas tan raras se les ocurren.

—Sí, lo sé —dijo Carter—. ¿Cómo está la cara de Clyde?

Ella no contestó a la pregunta, sino que continuó:

—Cuando miramos por la ventana nos llegó un gran fognazo y le vimos pasar a caballo. Clyde me gritó, me dijo que el hombre que estaba contigo era el que le había pegado con el látigo.

Carter aspiró hondo, contuvo el aliento.

—No debiste hacerlo, Mary. No veo...

Su voz era plana y apagada.

—Enterramos a papá justo antes del atardecer, doctor. Ayudé a Walker a construir el ataúd. Aserré las tablas y él las clavó. Lo envolvimos con unas mantas viejas para que no pareciera tan desnudo. Algunos hombres vinieron y cavaron la tumba. Matt Denby, usted se lo contó. Trajo a otros con él. Pero podríamos haber tenido que cavar la tumba nosotros también.

Carter se estremeció, se estremeció con el frío de la noche y la frialdad absoluta que había en las palabras rotundas de la muchacha.

No estaba llorando. Hablaba de su padre y no había ni un sollozo en su voz. Y él recordó cómo no había llorado cuando él murió, aunque sus ojos brillaron con lágrimas. Cómo había levantado la barbilla y hablado de no ser expulsada. Recordó algo que había dicho su padre.

—No hay armas suficientes en todo el oeste para hacernos levantar el campamento.

Y lo que acababa de decir probablemente no era una explicación. No, al menos, explicar como una persona se sentaría y decir por qué hizo una cosa. Pero había una explicación en ello.

—Tuve que venir —dijo Mary.

—Me enteré de que fue a casa de Plimpton y de lo que pasó allí. Y cuando le vi cabalgando con uno de los hombres de Plimpton...

Algo silbó entre los cedros, se estrelló contra la pared de roca más allá y silbó. Desde abajo se oyó el chasquido de un rifle.

Carter se acurrucó contra el suelo, olvidando ahora que hacía frío y estaba mojado.

Otra cosa parecida a un latigazo atravesó las ramas por encima de su cabeza, chocó contra el acantilado y lanzó un silbido. De nuevo tosió el rifle.

—¡Doctor! —dijo Mary.

—¿Sí?

—¿Sabe disparar un rifle?

—Un poco —Carter le dijo.

—Solía practicar con uno en Ohio. Disparaba a muchas ardillas y conejos y hacía tiro al blanco.

La oyó arrastrarse hacia él, retorciéndose entre las ramas bajas. Le tendió el rifle.

—Toma, quédatelo. No soy muy buena tiradora y no podemos desperdiciar cartuchos. No tenemos muchos.

Extendió la mano y cogió el arma.

—Nunca tuvimos mucho dinero para comprar cartuchos —le dijo.

—Son muy caros.

Sin mediar palabra, cogió el rifle y le entregó el seis tiros.

—Ponte detrás de una de esas rocas —le dijo él.

—Tal vez se rindan. Quizá no sepan que estamos aquí arriba. Sólo se arriesgan y tratan de descubrirnos.

En la penumbra, la vio sacudir la cabeza.

—Encontraron nuestras huellas donde dejamos el rastro. No hay duda. Saben dónde estamos. No podíamos haber ido a ningún otro sitio.

Una bala se estrelló contra el suelo justo delante de Carter y le arrojó barro y gravilla a la cara. Otra atravesó una roca junto al cedro, arrojando astillas a la luz de la luna.

Arrastrándose centímetro a centímetro, Carter se encorvó hacia delante, escarbando bajo las ramas de cedro hasta que pudo ver por encima del borde del desfiladero. Lentamente, empujó el rifle hacia adelante, con los ojos ocupados en la ladera de abajo.

Una figura sombría surgió de un matorral cercano a la base y corrió ladera arriba, dejándose caer detrás de una roca. De otro grupo de arbustos en la base surgió de repente una llamarada y el cedro crujió espeluznantemente. Una ramita cortada cayó sobre la mano de Carter.

El fuego, en muchos puntos, parpadeó a lo largo de la base del desfiladero y los cedros se agitaron como en un fuerte vendaval, mientras detrás de él las balas gritaban y aullaban mientras se desplazaban por la pared rocosa y caían al espacio.

El hombre que estaba detrás de la roca se había levantado de nuevo y corría ladera arriba.

Carter alzó el rifle con suavidad, vio el destello de la luz de la luna brillar a lo largo de su cañón, acurrucó la mejilla contra la culata y empezó a apretar el gatillo.

Fácil, le dijo su mente. Con cuidado. Mantenlo firme y aprieta, no des tirones. Tómate tu tiempo y asegúrate. Así lo había hecho en aquellas luminosas tardes de tiro al blanco con su hermano en Ohio. Así había que hacerlo aquí, cuando el blanco era un hombre vivo que se aproximaba a toda velocidad por la ladera.

De repente, tiró del rifle y lo desplazó del objetivo mientras le rugía en los oídos, aun cuando el fuego salía a borbotones por la boca del cañón.

El hombre de la ladera se agachó para ponerse a cubierto, desapareciendo en una rápida zambullida detrás de otra roca flanqueada por un escuálido arbusto.

Durante largos segundos, Carter se sintió mal. La repulsión le subió a la garganta y el estómago se le revolvió. Había estado a punto de matar a un hombre. Había apuntado a un ser humano y había apretado el gatillo.

Tu trabajo es salvar vidas, no quitarlas, le dijo una voz en el cerebro. Tu trabajo es curar, no destruir.

Una bala cantó por encima de su cabeza, se estrelló contra lo que tenía detrás. Otra se estrelló contra el suelo bajo él. Algo le golpeó y le sacudió, como si una mano gigante le hubiera asestado un golpe demoledor.

Su hombro izquierdo se entumeció de repente y, con cautela, movió el brazo para ver si tenía algún hueso roto. Al parecer, no. Una herida superficial, se dijo a sí mismo, tan fríamente, tan sombríamente como si estuviera diagnosticando a otra persona. Una bala en la parte carnosa del brazo.

Se agachó contra el suelo mientras una tormenta de balas rastillaba las ramas por encima de su cabeza. El disparo que había efectuado, lo sabía, había dado a los pistoleros su posición. Y ahora estaban arrasando el lugar en un intento de atraparlos. A

él y a Mary McCord. Para acabar con las dos vidas que se apiñaban aquí, en lo alto del desprendimiento de rocas.

Una mancha roja de ira cobró vida en su cerebro, creció y se extendió hasta asustarle. Sintió que le invadía la tensión, supo que su mano izquierda apretaba con fuerza la empuñadura del rifle y se sorprendió cuando una gotita de sudor le recorrió la mejilla.

El hombre que se había acurrucado detrás de la roca había saltado de nuevo, subía por la ladera, saltando como una cabra, con el rifle por encima de la cabeza.

Rápidamente, Carter inclinó la cabeza contra la culata y una vez más su cerebro le dijo:

—¡Tranquilo... quieto!

El rifle golpeó contra su hombro y el hombre cayó hacia atrás, como si una mano poderosa le hubiera abofeteado ladera abajo. Caía hacia atrás, daba una voltereta, rodaba sobre sus hombros, se desplomaba en el suelo y se deslizaba... lentamente.

Metódicamente, Carter accionó la palanca, oyó el chasquido satisfactorio cuando el cartucho gastado fue expulsado y uno nuevo se deslizó en su lugar.

El silencio golpeó sus oídos... un silencio espeluznante. No había armas, ni el latigazo de las balas, ni el silbido del plomo en la roca detrás de él.

—Mary —dijo en voz baja y en las ramas bajas que crecían oyó un susurro.

—¿Estás bien? —él le preguntó.

—Sí —le dijo ella, pero su voz era un poco temblorosa—, ¿y tú? ¿No te han herido?

—No —mintió él. Era inútil decirle lo del hombro. De nada servía asustarla.

Se arrastró hasta tumbarse cerca de él. Girando la cabeza, pudo ver el brillo blanco de la luz de la luna sobre su rostro congelado.

Sus labios se movieron.

—Tal vez no fue tan inteligente venir aquí. Estamos atrapados. No podemos salir. Por la mañana tendrán armas sobre nosotros y luz para disparar a...

Un arma tronó abajo, pero el disparo fue errado, fallando por completo a los cedros.

—Le di a uno de ellos —le dijo, casi presumiendo.

—Voy a quedarme aquí arriba a tu lado —dijo ella.

—Tal vez no pueda darle a nada, pero puedo hacer que se agachen. Hay cartuchos de sobra para el seis tiros.

Él no contestó. Se dijo a sí mismo que era inútil discutir. Una bala podría encontrarla casi tan fácilmente allí, bajo las ramas de cedro, como aquí, en el borde.

—Hace frío —dijo ella.

—Ojalá pudiéramos encender un fuego.

Hacia frío, Carter estaba de acuerdo. Frío, húmedo y miserable. Una roca se le clavaba en la cadera y movió el cuerpo, tratando de encontrar una posición más cómoda.

Miró hacia el valle, hacia la masa oscura que se agolpaba allí. De ella provenían extraños chasquidos y crujidos.

—Hay algo ahí abajo —dijo.

La muchacha se acercó hasta que pudo mirar por encima del borde.

—¡Es ganado! —le dijo—. ¿No oyes sus cascos? Ese ruido. Están moviéndose.

¡Ganado! Eso explicaba muchas cosas. Ayudó a explicar la situación.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó ella.

—No lo ves —le dijo.

—Es un rebaño que han estado reuniendo para el camino, un rebaño alborotado. Plimpton me dijo que había perdido más de mil cabezas de ganado y culpó a los colonos por ello. Sólo...

Mary terminó el pensamiento por él.

—Sólo que son sus propios hombres los que le han estado robando. Los pistoleros que trajo para echar a los colonos.

Carter asintió.

—Y Mapes está en ello. Mapes era el capataz de Plimpton antes de que llegaran los pistoleros. Tal vez él fue el que tramó todo el asunto. Él convenció a Plimpton.

Carter apartó la mirada del valle, examinó la ladera que tenía delante.

Los rifles habían callado, habían permanecido en silencio durante mucho tiempo. Y eso no era bueno. Significaba que algo más estaba pasando. La banda de Tumbling K había fracasado en su primer intento de alcanzarlos con fuego desde la base de la ladera, habían perdido a un hombre. Ahora intentarían algo más.

Oyó un susurro a la izquierda y miró atentamente. Pero era difícil ver. La luz de la luna moteaba la tierra con un resplandor engañoso que impedía distinguir cualquier objeto. Por un fugaz instante creyó ver una figura que se movía, subiendo por la ladera de la izquierda, justo después de la pendiente.

Por la mañana, había dicho Mary, estarán por encima de nosotros. Y eso, Carter estaba seguro, era lo que estaba ocurriendo ahora. Estar por encima de ellos, esperando la luz del día. Capaz de disparar hacia abajo en la parte superior del sitio, sería como coger un par de conejos.

Un arma restalló, un gruñido vicioso... y rugió de nuevo. A la izquierda, un hombre gritó... un agudo grito de dolor. Los rifles sonaron y los seis tiros martillearon. De nuevo el arma con el rugido respondió.

Mary agarró el brazo de Carter.

—¡Es Walker! —susurró con dureza.

—Es Walker. Reconocería esa pistola en cualquier parte. Era de mi padre y solíamos bromear sobre la forma en que sonaba... la forma endiablada en que sonaba...

Los rifles tosieron hoscamente y se hizo un largo silencio. El agarre de la chica se tensó en el brazo de Carter hasta ser casi doloroso.

Entonces el arma que rugía volvió a rasgar la noche... esta vez más lejos... y de nuevo un hombre gritó, un grito que se entrecortó como si la muerte hubiera intervenido y lo hubiera estrangulado.

CAPÍTULO OCHO

¿REHÉN O ALIADO?

La luna estaba lejos en el oeste. Pronto el este se iluminaría con la llegada del alba. El silencio previo al amanecer ya se había asentado sobre la tierra y los pájaros se agitaban, gorjeando somnolientos, inquietos por el día.

Carter se quedó mirando la negrura del espolón que colgaba sobre el desprendimiento de rocas. Sólo una joroba de oscuridad, como la espina dorsal de alguna bestia prehistórica... negra y muerta y silenciosa.

Pero allí había rifles, de eso estaba casi seguro. Rifles que escupirían muerte con la llegada de la luz.

Tumbado bajo las ramas de cedro, aferró el rifle con más fuerza. A su lado, la muchacha se movió ligeramente.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo.

—Me pregunto si Walker...

—Walker está bien —le aseguró Carter.

—Debía de estar bien cuando oímos su último disparo. Y el suyo fue el último disparo. No hubo ningún tiroteo después de eso.

No era tan sencillo, se dijo a sí mismo. Walker, por lo que sabían, podría haber disparado el último tiro después de ser alcanzado. Podía estar en el sendero que subía por el desfiladero, tendido sobre la tierra húmeda, con el arma aún en la mano.

Con tristeza, Carter dio vueltas a sus pensamientos una vez más, buscando esa cosa que podría sacarlos de allí... alguna pequeña cosa que podría haber pasado por alto antes, algún factor que no había considerado.

Pero no había ningún factor. Simplemente no había ninguna posibilidad. Estaban atrapados, aquí en la cima de la roca. La única forma de escapar era bajando por el desfiladero, corriendo a

la vista de todos para que los rifles los acribillaran. Había rifles arriba, y sin duda, otros todavía al acecho abajo. Rifles que estaban esperando....

Era imposible, se dijo a sí mismo. Era un sueño del que despertaría. Esas cosas no podían ocurrirle a un hombre como él. A los colonos, tal vez, o a los pistoleros que Plimpton había importado, pero no a un médico cuya única misión en la vida era curar y no matar.

Y aun así, la dura realidad seguía existiendo. La situación existía. Era la guerra... una guerra pequeña, quizá, pero guerra al fin y al cabo. Una guerra despiadada que no tendría piedad. Una cuestión de matar o morir. Porque los hombres que acechaban en el espolón de arriba, que esperaban en la espesura en la base del desfiladero, no podían dejarlos ir, no podían dejar que él y Mary McCord abandonaran nunca su escondite. Porque entre los dos sabían demasiado. Sabían lo del ganado que vagaba por el valle. Mary sabía del hombre que había rajado la cara de Clyde con un látigo. Había visto y reconocido a los hombres que habían intentado matarlo.

Y, quizás por encima de todo, estaba la forma en que había tratado a Mapes en el restaurante. Mapes había perdido la cara allí. Un hombre no deja que un hombre desarmado le quite un arma y la deje en un bar público para que la recoja más tarde. Al menos, no un hombre como Mapes.

Eso, él sabía, era la razón por la que había sido buscado en primer lugar. Esa había sido la razón por la que Mapes había enviado a Becker a buscarlo. Sabía que Mapes tenía la intención de matarlo a tiros. Sólo el repentino estallido de la tormenta, el relámpago y el terror de su caballo le habían salvado.

Y ahora, habiendo fallado en matarlo entonces, Mapes no podía dejarlo escapar.

—Doc —dijo Mary.

—¿Qué pasa, Mary?

—Me preguntaba. ¿Por qué se metió en esto? No eres de los que disparan. No tienes nada que ganar.

Carter se quedó en silencio, pensando, tratando de reunir las palabras. No era una pregunta fácil de responder. Le había explicado algo a Plimpton, pero no todo. Había razones más profundas, más grandes. Sacudió la cabeza.

—Simplemente me dejé llevar —dijo finalmente.

—Yo sólo... ah, diablos, no puedo decirte por qué. Yo tampoco sé por qué.

Ella le tocó el brazo, suavemente.

—No te preocupes —le dijo.

Así que eso era todo, se dijo a sí mismo. Ése era su epitafio. Ella sabía tan bien como él lo que pasaría cuando llegara la luz.

Sólo dos cuerpos. Dos cuerpos con la mirada vacía que los muertos tienen en sus rostros.

Luchó por borrar el pensamiento. No era la forma en que un hombre debe pensar. Mejor no pensar en absoluto, si ese era el camino.

Extendió la mano, encontró la de la muchacha y la estrechó con fuerza.

—No pasa nada, Doc —le dijo ella, y su voz tembló un poco.

—No pasa nada.

Dos seres humanos, le dijo su mente. Dos seres humanos a punto de morir, acurrucados el uno contra el otro como conejos asustados. Y Mary era demasiado joven para morir, demasiado llena de vida, demasiado orgullosa y virgen para convertirse en no más que un cuerpo con la cara vacía.

—Lo siento, Mary —le dijo con dulzura.

—Si no hubieras venido a ayudarme...

La mano de ella se acercó a los labios de él y detuvo sus palabras.

—No —dijo ella— No es así. Así no podemos seguir.

La rodeó con el brazo y la estrechó contra sí.

Desde abajo se oía a medias el ruido del rebaño en el valle. Un pequeño viento llegó susurrando a través de los cedros. Desde la lejana pradera aulló un lobo con la nariz apuntando a la luna.

En la ladera, una roca golpeó y retumbó, desliziéndose por el

desfiladero. Carter se tensó, escuchando. Durante largos instantes se hizo el silencio. Luego se oyó un ruido de correteo, de tierra y grava rodando.

Alguien se arrastraba por la pendiente, abrazando las sombras del muro.

Mary se había apartado de Carter, le miraba con ojos muy abiertos.

Asintió con la cabeza.

—Alguien ahí fuera —dijeron sus labios sin emitir sonido alguno.

Con cautela, se deslizó hasta el borde y miró hacia abajo. Una sombra oscura se movía allí, sigilosa, como un espectro del amanecer.

Lentamente levantó el rifle, centró la mira en la figura agazapada, con el dedo torcido alrededor del gatillo.

Fácil, le dijo su mente. Tan fácil matar a un hombre una vez que lo has hecho. Fácil de matar cuando estás metido en un agujero y no hay forma de salir.

La figura se movió y el dedo de Carter se tensó. Luego, de repente, el dedo se congeló, se aflojó suavemente. Con cuidado, Carter le devolvió el rifle a Mary, extendió la mano hacia el seis tiros.

Sintió el metal en su puño y su cabeza giró con la idea que se le había ocurrido, giró y se calmó, se volvió fría como el hielo, nítida como el acero.

Ese hombre de ahí fuera, subiendo por el desfiladero, agazapado a la sombra de la pared, podía significar más vivo que muerto. Como rehén, podría significar la vida misma.

Rápido, en silencio, Carter se escabulló entre los cedros, con las rodillas dobladas y la cabeza baja. Llegó a la pared del risco, se deslizó a lo largo de ella, se aplastó contra ella detrás de un cedro que estaba encajado contra la roca.

Su puño se apretó contra el arma y sus oídos parecían a punto de estallar por el esfuerzo de buscar el sonido que le indicaría que su hombre se acercaba.

Un guijarro chasqueó débilmente, y eso fue todo. Y luego, largos segundos después, otro sonido que podría haber sido el crujido de una pisada cautelosa sobre el talud.

Carter contuvo la respiración y esperó, apretando el cuerpo contra la pared, acurrucándose contra el cedro. Un pie apareció más allá del cedro y Carter se tensó. Le siguió un cuerpo, un cuerpo enorme.

Carter se inclinó hacia delante y le clavó el arma en la barriga panzuda. El hombre se detuvo, congelado, con el rifle colgando de la mano, la cabeza sin girar, el paso inacabado con la punta del pie tocando el suelo y el talón aún levantado.

Lentamente, casi centímetro a centímetro, se volvió.

—Muy bien, Plimpton —dijo Carter.

—Puedes soltar el arma. Y levanta las manos.

Golpeó con fuerza la pistola contra las costillas de Plimpton.

Plimpton le gruñó, un gruñido que apenas era más que un ronco susurro.

—Saca esa maldita pistola de mi barriga, doc. Estoy de tu parte.

—¿De qué hablas?

—Estoy de tu lado. ¿No lo he dejado suficientemente claro? Ese ganado de ahí fuera es mío y esas malditas alimañas traidoras que tenía trabajando para mí se las van a cargar.

Carter lo miró fijamente. Lo que el hombre decía era obviamente cierto. Tenía sentido. Tenía mucho sentido. Y Plimpton era otra arma.

Miró a Carter con curiosidad—. ¿Cómo es que estás metido en esto?

—Mapes envió a Becker a buscarme con una historia falsa de que alguien estaba enfermo. Mapes iba a dispararme, pero me escapé. O mejor dicho, Mary McCord vino y me ayudó a escapar.

Plimpton se atragantó de exasperación—. ¿Mary McCord? Es la chica del viejo Jake, ¿no? ¿También está aquí?

—Aquí mismo —dijo Mary.

Plimpton los miró a uno y a otro.

—Vaya por Dios —dijo.

—Pues que me parta un rayo.

Durante un momento los tres permanecieron en silencio, escuchando el piar de los pájaros, el susurro de los cedros.

Plimpton se encogió de hombros.

—Esto lo cierra —dijo finalmente.

—Me imaginé que tal vez algunas de las manos estaban conmigo. Oí el tiroteo, examiné la situación y pensé que quizá algunos de los muchachos habían intentado discutir con Mapes y se habían refugiado aquí. Así que me escabullí para echarles una mano.

—Y nos encontró —dijo Mary, con acritud.

—Sí, señorita —coincidió Plimpton— creo que eso fue todo. Se me escaparon todos, todos y cada uno de ellos. Debería haberlo sospechado antes, pero nunca lo hice. Confié en Mapes. Dejé que me convenciera de contratar pistoleros para ahuyentar a los colonos... Nunca quise que llegaran a matar a nadie. Y luego estaba todo ese alboroto. Mapes decía que eran los colonos.

Carter asintió.

—Sus propios hombres estaban robando y aumentando la manada aquí. Sacando unos cientos a la vez. Y culparon a los colonos para que usted siguiera enfadado con ellos y no despidiera a los pistoleros que Mapes había contratado.

—Tiene razón, doctor —dijo Plimpton. Se dirigió a Mary McCord.

—Siento mucho lo de tu padre.

—Lo debería sentir —le dijo Mary sin rodeos.

—Lo sé —dijo Plimpton.

—Tienes derecho a sentirte así, pero es algo sobre lo que no podemos discutir ahora. Es algo que podemos intentar rectificar...

—Nada de lo que puedas hacer lo rectificará —estalló Mary.

—Crees que puedes ir por ahí matando gente y quemando sus casas y...

Carter se acercó a Mary y le rodeó los hombros con un brazo.

—Plimpton tiene razón —dijo.

—No podemos discutirlo aquí.

Sintió que los sollozos sacudían el cuerpo de la muchacha... sollozos después de tantas horas. No había habido ninguno en la cocina cuando Jake McCord había muerto, no había habido ninguno después cuando ella contó cómo ella y Walker habían hecho el ataúd. Pero ahora se aferraba a él y sollozaba.

Carter miró a Plimpton.

—Has subido por la ladera —dijo.

—Quizá podamos volver por ahí. Este lugar es una ratonera.

Plimpton gruñó.

—Deberíamos haberlo intentado antes —dijo.

—No nos atrevimos —le dijo Carter.

—Supusimos que Mapes tenía cubierta toda la ladera.

Plimpton se movió impaciente.

—Pongámonos en marcha, entonces. Toda esta cháchara no nos llevará...

Los rifles estallaron en ráfagas de fuego desde los árboles que los flanqueaban y el plomo silbante penetró en la espesura de cedros, azotando las ramas, levantando la tierra, chirriando contra la pared rocosa y las rocas desplomadas.

Carter se arrojó al suelo, arrastrando a la muchacha con él. Por el rabillo del ojo, vio a Plimpton ejecutar un salto mortal relámpago.

Los rifles volvieron a sonar y una muerte alada y chillona zumbó sobre sus cabezas.

Rápidamente, Carter empujó a Mary hacia una roca y se arrastró detrás de otra cercana.

A su izquierda, Plimpton se abrazó al suelo. El ranchero empujó su rifle hacia adelante, miró hacia Carter.

—Doc —graznó— ahora sí que estamos en el infierno.

CAPÍTULO NUEVE

EL DOC CAUSA MUERTES

En la cresta de arriba, los rifles carcajaban con lo que parecía una risa diabólica, haciendo pedazos el plomo en el pequeño cedro. Apoyado en el suelo detrás de la roca, Carter se dio cuenta de que su hombro izquierdo estaba rígido, casi como si no estuviera allí, y de repente recordó la bala que lo había atravesado una hora antes. Casi lo había olvidado, se dio cuenta, con la avalancha de acontecimientos que se les habían venido encima.

Girando la cabeza, vio a Mary abrazada a la roca detrás de la cual estaba agazapada, como un cachorro acurrucado en algún rincón protector. Plimpton estaba tumbado en el suelo, pegado a la pared rocosa por un lado y a un cedro de protección por el otro. Mientras Carter observaba, vio cómo las ramas del cedro se movían ante el impacto de las balas.

Era una tontería, se dijo, disparar a ciegas. Tarde o temprano algo de plomo los encontraría, por supuesto, pero parecía una forma poco científica de luchar... un método de escopeta, una teoría según la cual suficiente plomo vertido en una zona determinada era casi seguro que encontraría el objetivo que buscaba.

Con cautela, Carter rodeó el peñasco con el cuerpo, empujó el cañón de su revólver más allá de la roca protectora y asomó lentamente la cabeza para mirar la cresta.

En la media luz del alba pudo ver las bocanadas de humo que flotaban por encima de los rifles ocultos, vio el fuego rojo que brotaba de los cañones.

Una bala golpeó la roca justo por encima de su cabeza y se abrió paso a través de un grupo de cedros.

Carter levantó el seis tiros, lo inclinó hacia un matorral donde

había al menos un tirador, apretó el gatillo, sintió el arma golpear en su mano.

Un rifle bramó casi en su oído y giró la cabeza. Mary estaba de rodillas, con el rifle apoyado en la roca. Mientras miraba, el rifle escupió una llamarada y la muchacha accionó la palanca. El casquillo vacío rodó por el suelo, una reluciente pieza de latón que rodó y rebotó.

Por encima de ellos había movimiento en un matorral, la forma medio visible de un hombre que corría, encorvado. Rápidamente, Carter le disparó y supo que había fallado. Entonces el arma de Plimpton rugió y la figura que corría cayó, rodó hasta quedar a la vista, con los brazos cayendo grotescamente, y se detuvo contra un árbol inclinado.

Un proyectil se estrelló contra el suelo a la altura del codo de Carter, un proyectil que venía casi desde arriba, que no tenía el zumbido furioso de una bala. ¡Una roca! ¡Un trozo de roca!

El saliente del acantilado que hay sobre ti, le gritó el cerebro a Carter, que se dio la vuelta y miró fijamente la boca de un rifle que parecía colgar del borde del acantilado. Y detrás del rifle había una cara, una cara pecosa, con el pelo sin recortar asomando por debajo de un sombrero.

El arma en la mano de Carter tronó y el rifle cayó, cayó lentamente, parecía, casi como si flotara, girando de punta a punta, con el cañón brillando bajo los primeros rayos del sol.

Detrás del rifle, el hombre se encorvó hacia delante, se deslizó con fascinante lentitud, con la cara convertida en una ruina ensangrentada. Se deslizaba, se enganchaba y colgaba.

¡Becker! La cara pecosa a la luz de la lámpara, contando aquella mentira sobre su compañero que se había comido un melocotón y había enfermado...

Una bala sacudió la parte delantera de la camisa de Carter, atravesándole el vientre pero sin tocar carne. El rifle de Mary resonó con un rugido gutural... y volvió a rugir.

En la cresta de arriba alguien gritó y unos hombres salieron de la espesura, lanzándose ladera abajo hacia ellos. Sobre una rodilla,

Plimpton movía su rifle con firmeza.

En la ladera, un hombre levantó los brazos y se precipitó de cara al frente, patinando sobre su pecho. Otro cayó al ceder su rodilla.

Carter cargó hacia adelante a través de los cedros para hacer frente a la oleada de hombres que corrían, con la seis tiros gruñendo en su puño.

Este es el final, dijo la parte posterior de su cerebro... la parte que se quedó a un lado y observó. Esta es la última batalla....

Delante de él se alzaba un hombre:... un hombre alto y enjuto con ojos de piedra que brillaban mientras corría. Los mismos ojos que le habían mirado a través de la mesa en el restaurante, que habían brillado por encima de la mira del arma en la hoguera.

El arma de Mapes escupió humo y llamas, y Carter sintió el viento de la bala al pasar por su mejilla. El hombre seguía avanzando, a zancada suelta, con el arma aún en la cintura, apuntando, listo para otro disparo. Y de repente Carter se dio cuenta de que estaba apretando el gatillo de su propia arma y no ocurría nada:... sólo chasquidos huecos.

Con un bramido de rabia, lanzó el arma vacía, un lanzamiento despiadado que convirtió el arma en una rueda giratoria de luz, una rueda de luz que se estrelló contra el pecho de Mapes y le hizo tambalearse mientras su arma eructaba enrojecida.

Carter cargó, con la cabeza gacha, se estrelló contra el tambaleante Mapes y sintió que caía sobre él.

Desde lo alto de la cresta llegaron los gritos de los hombres, el rápido estruendo de los disparos y luego él y Mapes estaban en el suelo. La mano izquierda de Carter se extendió, atrapó la empuñadura del arma del otro, se retorció salvajemente, pero el hombre aguantó. La rodilla de Mapes subió y golpeó el estómago de Carter, retorciéndolo con un dolor que daba náuseas. Carter apretó los dientes y golpeó con saña con el puño derecho el antebrazo que sujetaba la pistola. Los dedos se aflojaron y el arma se soltó, rodando ladera abajo.

Todavía mareado por el golpe en el estómago, Carter se puso en

pie tambaleándose y se quedó mirando un momento lo que ocurría detrás de él.

La ladera por encima de la pendiente estaba repleta de hombres, hombres con armas de fuego. Hombres que él conocía. El hermano de Mary, Walker, con el arma que gruñía. Y Matt Denby, que había venido a pagar algo de su cuenta antes de irse del país. El chico Jones del norte de Tumbling K.

Los pies crujían sobre los escombros y Carter se dio la vuelta. Mapes se estaba poniendo en pie, empezaba a cargar.

Con un gruñido en la garganta, Carter giró para enfrentarse a él, leyó el odio salvaje y la locura en los ojos brillantes cuando Mapes saltó hacia delante. Carter se balanceó, asestó un golpe que hizo tambalearse al atacante, se abalanzó sobre él y se topó con unos puños duros y brutales que le atravesaron la mejilla, le golpearon la boca y le sacudieron la cabeza con una potencia que le sacudió el cerebro.

Agachando la cabeza, Carter lanzó puñetazos al estómago del otro, haciéndole retroceder.

De repente, Mapes resbaló, se tambaleó, cayó y se deslizó por los escombros de la ladera. Con las piernas medio muertas, Carter le siguió, precipitándose tras él.

Mapes había dejado de deslizarse, se arrastraba sobre sus manos y rodillas. Y mientras se levantaba, sostenía algo en la mano, algo que brillaba bajo el sol de la mañana.

—Maldito seas, Carter —graznó— esta vez te tengo... te tengo...

Levantó el arma y, al hacerlo, Carter vio el truco que Mapes había jugado... deslizándose por la pendiente hasta alcanzar el arma que había perdido.

El rostro de Mapes era salvaje, un rostro sonriente de muerte; brillaba en la sonrisa de dientes blancos, en los ojos acerados.

Carter se tambaleó hacia delante, con el estómago tenso por el plomo que sabía que le iba a llegar del arma de fuego.

Los ojos de Mapes cambiaron. Dejó de sonreír, una mirada de sorpresa apareció en sus ojos y se miró la mano derecha como si se

preguntara qué podía pasarle.

—Atascada —dijo Carter en voz baja.

—Atascada de arena. Será mejor que la tires, Mapes.

Con un grito de furia, Mapes saltó por la ladera, con el arma en alto y golpeando hacia abajo. Carter se agachó, sintió el cañón de la pistola chocar contra su hombro herido con un dolor paralizante.

Dolor que trajo una neblina de rojo... que se arremolinó alrededor y apuntó a una cara. Golpeó la cara, la golpeó con toda la furia que llevaba dentro, con todo el dolor que le recorría el cuerpo. Aplastó con salvaje deliberación... derecha-izquierda-derecha...

La cara se alejaba, se perdía de vista y él corría para seguirla, cortando con saña, mano derecha, mano izquierda.

Y de repente desapareció.

Carter se tambaleó, levantó una mano para limpiar la niebla que se arremolinaba ante sus ojos, vio vagamente el cuerpo extendido del hombre que yacía a sus pies... —Mapes— con el cuello torcido en un ángulo extraño.

Una voz ronca le graznó.

—Por Dios, tío, lo has matado a puñetazos.

—No está muerto —protestó Carter.

—Y una mierda que no lo está —dijo Plimpton.

—Ningún hombre ha vivido con el cuello en esa forma.

Lentamente, Carter se dio la vuelta, vio a Plimpton allí de pie, con el rifle bajo un brazo, el otro brazo una ruina sangrienta y goteante.

Plimpton hizo una mueca.

—Slug me atrapó —dijo.

—¿Mary? —preguntó Carter, sintiendo un profundo terror.

—Ella está bien —dijo Plimpton.

—Los chicos aparecieron a tiempo.

—¿Los chicos?

—Claro, los colonos. El hermano de Mary los reunió. Dijo que estuvo aquí anoche, pero no pudo hacer nada solo. Así que fue a

buscar ayuda.

La cara de Plimpton se retorció.

—Justo a tiempo, en mi opinión.

Matt Denby bajaba a grandes zancadas por el desfiladero, con el seis tiros en la mano. Se detuvo sobre ellos.

—¿Está bien, doctor? —preguntó.

Carter asintió.

Denby apuntó a Plimpton—. ¿Qué pasa con él?

—Está bien —dijo Carter.

—Vino y luchó junto a nosotros.

Denby miró a Plimpton—. ¿Es cierto? —le preguntó.

—Exactamente correcto —dijo Plimpton.

—Más les vale. Por lo que parece, ustedes no me dejaron gente para llevar el rancho.

—Dos o tres de ellos se escaparon —dijo Denby.

Se volvió hacia Carter—. ¿Crees que puedes curar a algunos de los chicos, doc? Algunos tienen heridas. No es mortal ni nada, pero es un inconveniente.

Carter asintió.

—Plimpton también —dijo.

—¿Y usted? —preguntó Plimpton, mirando el hombro ensangrentado.

—Eso puede esperar —dijo Carter bruscamente.

—Un poco entumecido. No me duele nada.

Comenzó a subir la pendiente.

Mary, según él vio, estaba esperando en la cima.

FIN



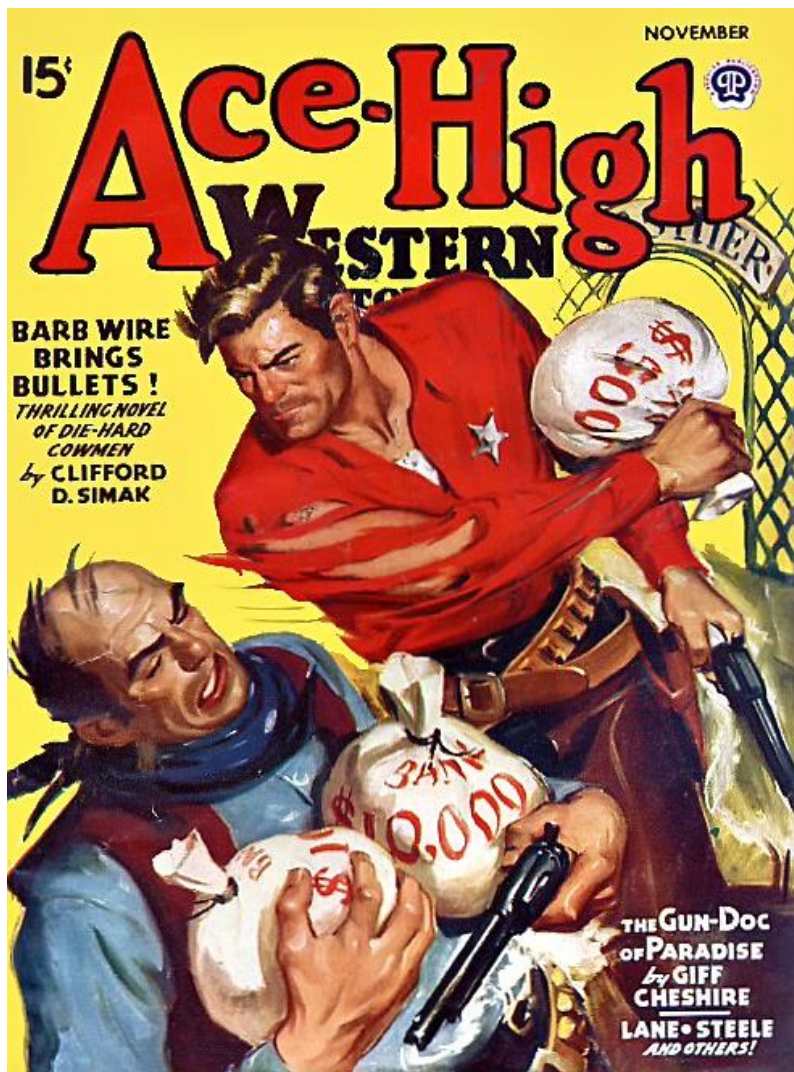
EL ALAMBRE DE PÚAS ATRAE LAS BALAS



Clifford D. Simak envió un relato titulado “Blood Buys Barb Wire” a Charles Tilden a finales de mayo de 1945, y apareció, con un nuevo título, en el número de noviembre de 1945 de *Ace-High Western Stories*, donde era la historia principal. Me gusta especialmente este relato porque evoca la sensación de estar siempre al aire libre, de vivir bajo el viento y, a menudo, bajo la lluvia.

Y es el único cuento del oeste tradicional que he visto que contiene la palabra robot, sin duda un desliz de Cliff...

David W. Wixon



Barb Wire Brings Bullets
Ace-High Western Stories
Noviembre 1945



CAPÍTULO UNO

PROBABILIDADES DE LUCHA: TRES CONTRA UNO

Charley Cornish intuyó el peligro en los rostros sombríos del trío que se acercaba lentamente a él. Apoyando la espalda contra la barra, supo que había llegado el momento contra el que había luchado, el momento contra el que había corrido una carrera contrarreloj. Ahí estaba el destino de Anderson en Yellowstone y el fin de Melvin en las estribaciones de Bighorn: lo que había sumido a esos dos en una eternidad de silencio caminaba hacia él con sus pesadas botas y sus duros rostros. Steve sabía que habría un enfrentamiento.

Y justo cuando estaba a punto de enviar una orden que haría que al viejo Jacobs se le saltaran los ojos de la reseca calavera que era su cara.

Los ojos de Cornish se desviaron rápidamente hacia un lado y vio la botella sobre la barra. Sabía que podría alcanzarla con un

rápido movimiento si fuera necesario. Pero esperaba no verse obligado a hacerlo.

Los tres se detuvieron frente a él y permanecieron en silencio, amenazadoras formas que se cernían en la sombra crepuscular de la taberna, y detrás de él Cornish oyó la respiración jadeante de Steve, el camarero.

El gigante alto y de huesos duros que estaba delante era Titus, capataz del Tumbling K.

Y el hombre con el ceño fruncido debía de ser Squint Douglas, que iba a todas partes con Titus. Pero el tercer hombre, con la llameante mata de pelo rojo retorciéndose bajo su sombrero echado hacia atrás, era un completo desconocido.

—¿Eres Cornish? —preguntó Titus.

Cornish asintió.

—¿Vendes alambre de púas? —preguntó Titus.

Cornish esbozó una sonrisa—. ¿Están ustedes interesados en el mercado? No hay mejor alambre en ninguna parte.

Titus le interrumpió.

—No nos gusta el alambre de púas —dijo.

—Bueno —dijo Cornish— eso es una cuestión de opinión. Los muchachos del arroyo Cottonwood creen que es lo mejor.

—Te dije —gruñó Titus— que no nos gusta ningún tipo de alambre.

Cornish contuvo el aliento.

—Bueno, caballeros, ¡qué lástima!

Levantó la mano para coger la botella cuando Titus dio el primer paso hacia delante y la blandió por encima de su cabeza cuando Titus dio el segundo. La botella silbó en el aire cuando el corpulento capataz se acercó a él, golpeó cuando sus dedos a tientas alcanzaron su camisa, golpeó y estalló con un ruido sordo y violento, rociando cristales rotos y un chorro de whisky.

Titus se desplomó contra las rodillas de Cornish y luego cayó al suelo.

Squint Douglas entraba como un toro embistiendo, con la cara convertida en una máscara de ira y sorpresa. Detrás de él venía el

pelirrojo, con la boca abierta berreando algo que no lograba penetrar en el rugiente trueno de excitación que recorría la mente de Cornish.

El puño de Squint era una bola negra que le apuntaba a la cara y, casi inconscientemente, Cornish levantó la mano derecha para esquivarlo, una mano que aún sujetaba la botella de whisky rota. Squint gritó cuando el cristal le rozó la cara. Se tambaleó hacia atrás mientras la sangre le corría por la barba.

Cornish lanzó la botella rota contra el pelirrojo. La botella chocó contra la pared y se hizo añicos como cien campanas tintineantes sonando todas a la vez.

Cornish cogió una silla y esperó. Squint se arrastraba por el suelo, gimoteando. La sangre le corría por la barba y se esparcía por el serrín. El pelirrojo tanteaba el cinturón, con prisa, con los ojos humeantes de miedo y odio.

—Dámelo —chasquéo una voz y Cornish desvió la mirada hacia la barra.

Steve, el camarero, se inclinó sobre ella y en la mano sostenía un pesado revólver de seis tiros que apuntaba directamente al pelirrojo.

—Pásamelo —dijo Steve— y tómatelo con calma cuando lo hagas. Los hombres podéis pelear todo lo que queráis, pero no es justo que uséis armas.

El pelirrojo le gruñó.

—No te metas, Steve.

—Por supuesto que lo haré —dijo Steve.

—Tres contra uno ya es bastante malo sin sacar los hierros.

Cornish balanceó la silla, viendo cómo se deslizaba la pistola del hombre, observando la mirada de zorro astuto que se deslizaba por su rostro.

El arma salió lentamente, rozando el cuero, centímetro a centímetro. Entonces, el brazo del hombre dio un rápido tirón y Cornish se acercó a él, con la silla por encima de la cabeza. El arma estalló en una llamarada y la silla bajó. Chocó y se hizo astillas contra la carne y los huesos que tenía debajo. Una pata se

desprendió y rodó por el suelo, levantando una nube de serrín. Un travesaño se soltó y cayó con estrépito sobre las tablas.

Cornish retrocedió, con los restos de la silla colgando entre las manos. El hombre pelirrojo se puso en pie, tambaleándose sobre los talones. Cornish se acercó y volvió a balancear la silla. El hombre cayó como un buey.

Cornish se detuvo, cogió la pistola y se la arrojó a Steve al otro lado de la barra.

Squint se puso de pie junto a la barra y se aferró a ella con una mano mientras se limpiaba la sangre de los ojos con la otra.

—¿Por qué demonios —exigió Steve— no te adelantas y acabas con esos sucios coyotes? Vinieron pidiéndolo.

Cornish sacudió la cabeza.

—Supongo que tuvieron suficiente.

Pero mientras hablaba, vio la mano de Squint dirigiéndose a la funda, vio el destello del metal en la luz.

Cornish arrojó la maltrecha silla con todas sus fuerzas y luego se lanzó hacia un lado. El arma rugió y una ventana estalló con un sonido sordo cuando la bala rompió el cristal.

La silla golpeó a Squint y le hizo tambalearse, haciéndole retroceder por la barra. Cornish se lanzó de cabeza, lanzando los brazos hacia las piernas del hombre que se tambaleaba. Falló con uno de los brazos, pero con el otro lo agarró y abrazó las piernas contra su pecho, llevándose a Squint, que gritaba, al suelo con él.

Cornish se levantó rápidamente. Vio que su antagonista se levantaba frente a él. El acero azulado destelló en un arco despiadado y Cornish se agachó, atrapó el golpe del revólver de seis tiros en el hombro, blandió la derecha con la fuerza encorvada de un tacón pivotante detrás. Su puño rozó el codo de Squint, se dirigió hacia las costillas, patinó sobre ellas y se estrelló contra el estómago. Oyó el silbido de la respiración del hombre que tenía delante.

Cornish se apoyó en la barra, jadeando.

Vio que la puerta estaba atestada de rostros que miraban, mientras otros se asomaban por las ventanas, empujándose unos a

otros para ver mejor. Al parecer, la noticia de la pelea en el bar Longhorn se había extendido rápidamente por la pequeña ciudad de Silver Bow.

Titus se había arrastrado hasta la barra y se había apoyado en ella. El pelirrojo permanecía inmóvil en el centro de la habitación.

En cuclillas sobre la barra, Steve le hablaba a Titus.

—Haz un movimiento hacia esa pistola, Titus, y te atravesaré el pecho.

El camarero sopló ferozmente por las fosas nasales.

—Esta pelea —anunció a la multitud —ha sido justa hasta ahora y estoy decidido a que siga siéndolo.

Cornish se apartó de la barra, cogió otra silla y habló con Squint Douglas.

—No peleo sólo por diversión —dijo.

—No peleo a menudo, pero cuando lo hago, peleo para sobrevivir. ¿Qué te apetece, Squint?

Squint lo miró amargamente, secándose la barba ensangrentada.

No contestó a Cornish, sino que se dirigió a Titus.

—En marcha, Jim.

Lentamente, Titus se irguió y se inclinó para recoger su sombrero. Se lo puso en la cabeza y se tambaleó hacia la puerta.

—Tal vez —sugirió Steve— alguno de ustedes podría sacar a Red de aquí. Es un estorbo.

Dos voluntarios entraron, levantaron al hombre inconsciente y se lo llevaron. Los demás entraron en tropel en la taberna.

Steve saltó sobre la barra y se colocó detrás de ella.

—Invita la casa —dijo.

Lentamente, Cornish se dio la vuelta, caminó hasta una mesa de cartas en el fondo de la sala y se sentó en una silla. De repente se sintió cansado.

Lo que temía había llegado y había ganado el primer asalto, pero esto, lo sabía, no era más que un mero comienzo. Después de esto, los Tumbling K buscarían sangre. El trío que había entrado por la puerta hacía un rato pretendía darle una paliza, asustarle y

echarle de la ciudad. La próxima vez se la jugarían.

Quizá Anderson, en Yellowstone, también había ganado el primer asalto. Pero Anderson había desaparecido. De regreso a la oficina de Jacobs, había pocas dudas sobre lo que había ocurrido finalmente.

La mayor parte del público se había alejado, sólo unos pocos habían vuelto al bar. Incluso una persona que era cliente de la casa no había sentido ninguna atracción al quedarse allí y beber podría haberse interpretado como una aprobación de lo que les había ocurrido a los tres hombres del Tumbling K.

Tienen la ciudad en la palma de la mano, pensó Cornish con amargura. Un gran grupo de vacas gobierna todo el maldito territorio. Hasta los que vivían en Cottonwood estaban muertos de miedo. Hubo que hablarles muy rápido para que admitieran que querían alambre de púas.

Un hombre salió lentamente del bar, con una copa en la mano, cruzó la sala y se paró frente a la mesa de Cornish.

—No te asustas fácilmente, hijo —dijo.

—Diablos, no —dijo Cornish, brevemente.

—Sólo eran tres.

El hombre dio media vuelta y volvió a la barra.

Uno a uno se fueron alejando y el salón quedó vacío.

Steve salió de detrás de la barra y se sentó frente a Cornish.

—Te has jugado el cuello —dijo Cornish.

—No deberías haber hecho eso, apuntarles con la pistola.

Steven se rió un poco amargamente.

—Estoy harto de este trabajo —dijo.

—Es hora de seguir adelante.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—La primera vez que alguien se enfrenta a los Tumbling K —dijo.

—La primera vez que alguien les empuja un poco. No les gustará, Charley. La próxima vez vendrán a por todas. Será mejor que te enfundes el revólver.

Cornish negó con la cabeza.

—Mi trabajo es vender alambre —dijo.

—No pelear. Además, no estaré mucho tiempo. Los colonos se reúnen esta noche en casa de Russell.

—¿Para decidir si compran el alambre o no?

—Esa es la idea. Y será mejor que lo compren, o no estarán aquí el año que viene. Sin la alambrada, los Tumbling K empujarán su ganado hacia el valle y todos los colonos se quedarán sin comida.

El camarero sacudió la cabeza.

—Habrá sangre fresca en la alambrada —dijo lentamente.

Cornish se levantó, se dirigió a la barra y volvió con una botella y dos vasos.

—Creo que la casa invita —dijo.

—No debería habérselo ofrecido —declaró Steve, de mal humor.

—Mira a los que lo rechazaron. Asustados de sus propias sombras, eso es lo que les pasa. La banda de Tumbling K lleva demasiado tiempo gobernando esta ciudad. Cada uno de ellos salta tres metros cada vez que Titus chasquea el látigo.

—Titus es sólo el capataz, ¿no?

—Eso es todo lo que es —dijo Steve.

—Un tipo llamado Armstrong, Cornelius Armstrong, es el dueño. Sólo está aquí una o dos semanas cada verano. Vive en algún lugar del este.

—Titus es el dueño, en lo que respecta a la gestión.

Steve tragó su bebida y asintió.

—Así es, Charley. Y le cortarías el cuello a su propia abuela si eso le diera diez dólares en el bolsillo.

Cornish se bebió su propia copa y se levantó.

—Te debo una silla —dijo.

—Ah, olvídale —respondió Steve.

Giró el vaso en la mano, pensativo.

—Valió la pena una silla —decidió— para ver a esos tres matones recibir una paliza.

CAPÍTULO DOS

AHORCADO A LA LUZ DE LA LUNA

La hoguera brillaba en el crepúsculo, una mancha que se destacaba como una estrella demasiado baja en el suave oleaje de la pradera agitada.

Cornish la vio por primera vez cuando estaba a uno o dos kilómetros de distancia, y la perdió cuando el sendero se hundió en un cenagal. Y se preguntó quién estaría encendiendo una hoguera allí cuando el pueblo estaba tan cerca y acababa de anoecer.

El crepúsculo era más profundo y el fuego brillaba con más intensidad cuando coronó la siguiente cresta y, cabalgando por la llanura, vio la parte superior inclinada de la pequeña carreta cubierta que estaba junto al fuego: la carreta cubierta con la lona reluciente de blanco rosado en el reflejo de las llamas saltarinas, la forma desaliñada de dos caballos viejos pastando en sus estacas, la figura negra y encorvada de un hombre con un sombrero andrajoso inclinado sobre la sartén y la cafetera.

El hombre le saludó mientras se acercaba al fuego. Cornish apartó el caballo del camino y lo hizo trotar hacia la carreta.

El hombre se enderezó junto al fuego y Cornish vio que era tan pueblerino como los caballos. Sus ropas eran poco más que harapos que colgaban de su esquelético cuerpo, su sombrero era algo que cualquier otro hombre habría tirado muchos años antes. La mugre de su rostro se reflejaba en la barba desaliñada y descuidada que le llegaba casi hasta el pecho.

—Buenas noches —dijo Cornish.

—La paz del Señor sea contigo —respondió el espantapájaros.

Sobresaltado, Cornish se sentó en la silla y se quedó mirando al hombre.

—¿Un predicador? —preguntó.

—Así es, amigo mío. Llevo la Palabra a rincones extraños de la tierra.

—Este rincón de la tierra no tiene nada de extraño —respondió Cornish.

—Cualquier lugar que no haya escuchado la Palabra es extraño —le dijo el anciano.

—Este Silver Bow, ahora, ¿no tiene iglesia?

Cornish sacudió la cabeza.

—No creo que la tenga. Cinco salones, pero ni una sola iglesia.

—¿Y ningún hombre de Dios?

—Así es —dijo Cornish.

—Ni un solo predicador.

—Entonces —declaró el espantapájaros —es el lugar para mí.

—¿De qué confesión? —preguntó Cornish.

El anciano hizo un gesto casi de desprecio.

—Simplemente oí la llamada y fui. Me dije: si el viejo Joe Wicks puede hacer algo que agrade al Señor, se dejará la piel intentándolo.

Loco, pensó Cornish. Loco como un mapache.

—Y tú, amigo mío —preguntó el viejo—. ¿Cuál podría ser tu vocación?

—¿Yo? —dijo Cornish.

—Sólo soy un vendedor de alambre de púas.

—¿Volverás por aquí?

Cornish asintió.

—Voy a una reunión en Cottonwood Valley. Ganar o perder.

—¿Me pregunto si harías algo por mí? —preguntó el predicador.

—Si puedo, lo haré —dijo Cornish.

—Mantén un ojo abierto por si ves un pequeño cubo, ¿quieres? Debe haber caído de la carreta. Lo busqué por todas partes y no lo encuentro. Lo usaba para cocinar mi avena.

—Seguro que sí.

—¿No quieres bajar y tomar una taza de café?

—No puedo parar —dijo Cornish.

Dio la vuelta al caballo. De vuelta en el sendero, miró detrás de él, vio al viejo harapiento de pie esbozado contra el fuego, con un

brazo levantado en señal de despedida.

Cornish no dejaba de buscar el balde que se había caído de la carreta, pero sus pensamientos estaban en otra cosa, corrían por el sendero delante de él hacia la reunión en la cabaña de Russell, donde los colonos del valle Cottonwood decidirían si compraban o no el alambre para cercar su valle contra los rebaños del Tumbling K.

Cornish pensó rápidamente en los hombres con los que podía contar. Billings y Hobbs y probablemente Goodman. Russell estaba a favor, pero no tan entusiasmado como podría estarlo. El viejo Bert Hays estaba en contra porque decía que sólo provocaría problemas con el Tumbling K. Y muchos de los hombres escucharían lo que Bert tenía que decir.

Molly podría haber ayudado, pero no lo escucharía, pensó Cornish. Ella tenía un don con Bert. Sus vecinos decían que Bert era el hombre más intratable de todo el valle, pero esa chica podía hacerlo girar alrededor de su dedo.

Vender alambre era un trabajo duro y peligroso, al menos aquí, donde las grandes ganaderías consideraban el alambre como una obra del diablo, como algo que cerraba el camino a los abrevaderos y cortaba los pastos que consideraban suyos por derecho de uso. El alambre era lo que acabaría con la libertad de pastoreo y los ganaderos no lo toleraban cuando podían hacer algo al respecto.

A veces hacían cosas desagradables, pensó Cornish. A Anderson y Melvin les habían pasado cosas desagradables. Y no sólo a ellos, sino a otros alambreadores que se habían topado con el antagonismo de los barones del ganado.

El caballo trotó ladera abajo y Cornish oyó el sonido del agua que goteaba: un pequeño arroyo sin nombre que desembocaba en el Cottonwood unos ocho kilómetros más abajo.

El sendero se niveló y corrió junto al arroyo. Se alzaban grupos de álamos, con sus copas negras contra las estrellas. Los cascos del caballo repiqueteaban en el polvo del sendero con un ruido sordo y apagado. En las colinas, un coyote aullaba y, a lo lejos, un búho

parecía ulular en respuesta.

Una forma oscura se movió junto a un álamo y Cornish detuvo el caballo, medio balanceándose por el sendero.

—Haz un movimiento —dijo una voz desde la sombra —y ten por seguro que te dispararé.

Por un momento, el oscuro pánico se arremolinó en el cerebro de Cornish, pero luego se calmó. Era inútil correr. Era inútil intentar defenderse, porque no tenía pistola. Sólo esperar y ver qué pasaba.

Unos caballos salieron de entre los álamos y bloquearon el camino. El metal brillaba a la luz de las estrellas y los hombres eran formas negras que le observaban.

—¿Vas a una reunión? —preguntó uno de ellos, y Cornish, al recordar la voz en la taberna y reconocer la sombra angulosa sentada sobre el caballo, supo que era Titus. Los otros dos jinetes permanecieron en silencio.

Titus soltó una risita maliciosa.

—No va a haber ninguna reunión, Cornish.

—Muy amable de tu parte —dijo Cornish— cabalgar y decírmelo.

—Eres demasiado listo —gruñó Titus.

—Te sacaremos eso.

—Con una cuerda —dijo uno de los otros hombres mientras se movía detrás de Cornish y le obligaba a llevar las manos a la espalda.

—Quieto —espetó Titus.

—Quédate donde estás.

Su pistola hizo un movimiento amenazador.

Las cuerdas mordían las muñecas de Cornish, mordían y quemaban con la fuerza salvaje del hombre que las tensaba y ataba.

—Titus —dijo Cornish, medio en un susurro.

—Sí —dijo Titus— pero no te servirá de nada chillar. Vamos a subirte y dejarte ahí colgado. Puedes arrastrarte todo lo que quieras y no te servirá de nada.

Cornish luchó por calmarse, hizo que su lengua se moviera en una boca que de repente estaba seca como el algodón.

—Puedes colgarme —dijo— y a una docena más como yo, Titus, pero no detendrás el alambre. Está llegando, tan seguro como que Dios hizo manzanas verdes, está llegando a este país para mantener a tus vacas donde pertenecen. Va a delimitar la tierra que es tuya y la tierra que es del otro, y cuando llegue, las armas no valdrán nada contra ella.

Un lazo áspero y despiadado surgió de la oscuridad a sus espaldas, le rozó la cara y se posó sobre sus hombros.

—Hablas demasiado —espetó Titus salvajemente.

La cuerda se tensó y, por un instante, Cornish sintió el torrente ciego de un miedo abrumador. Sus músculos se contrajeron y sus pies se movieron con rapidez, pero el arma que Titus sostenía se le clavó en el vientre y se detuvo, se quedó rígido con un terror nocturno que hablaba en el susurro del viento del álamo sobre él, en el murmullo del arroyo que se apresuraba por su lecho.

Apretó los dientes y sintió que los músculos de sus mandíbulas se ponían rígidos. No hablaría, no suplicaría ni lloriquearía. Eso era lo que querían aquellos hombres: un espectáculo antes de ahorcarlo. Un poco de diversión antes de colgarlo.

La cuerda volvió a tensarse por un instante, se aflojó un segundo y luego se ajustó en un tirón constante que le tiraba del cuerpo. Sabía que habían tirado la cuerda por encima de la rama más baja del álamo y la mantenían tensa.

Una voz preguntó—. ¿Lo hacemos?

Titus enfundó su arma.

—Subidlo —dijo.

La soga se tensó con un tirón salvaje y Cornish trató de gritar mientras una banda de fuego le quemaba la garganta, mientras los músculos del cuello y los hombros gritaban con un dolor desgarrador, pero tenía la lengua de plomo y no tenía aliento para gritar y el mundo giraba en una vertiginosa danza de estrellas y copas de árboles.

Sus pies desatados danzaban sobre el aire vacío y se esforzó un instante por liberar las manos de la cuerda que las sujetaba, con el cuerpo crispado y tembloroso, la mente luchando contra la niebla negra y asfixiante que le llegaba de las estrellas. Los pulmones le ardían y la boca tragaba aire que no llegaba a los pulmones.

La niebla de la oscuridad se arremolinaba ondulante y se aferraba a él y se filtraba en su mente, de modo que sus pensamientos se embotaron y supo que su cuerpo giraba lentamente sobre la cuerda que lo mantenía despegado del suelo.

Las estrellas parpadeaban y el viento en el álamo era un rugido que retumbaba en su cerebro, un rugido que de pronto se hizo entrecortado, como una serie de explosiones.

El suelo se levantó y le golpeó, la cuerda se aflojó alrededor de su cuello y sus pulmones hambrientos aspiraron grandes bocanadas de aire. Balbuceando, gimoteando, aturdido, se arrastró por el suelo, retorciéndose como una serpiente, con un único pensamiento en su mente: alejarse del árbol que había sujetado la cuerda.

Volvió a oír el gemido del viento en los álamos y abrió los ojos. Se tumbó boca arriba y vio las estrellas ardiendo en el cielo, con una luz pícara y parpadeante que formaba una danza centelleante.

Una pisada crujió cerca de él y trató de arrastrarse, pero estaba demasiado débil.

Una voz dijo:

—¿Dónde estás, Charley? ¿Dónde demonios te has metido?

Cornish se incorporó como un poseso y graznó, con la garganta maltrecha negándose a formar palabras.

El hombre se movía en la noche, arrastrándose por la hierba, y su figura se perfilaba en la oscuridad.

—Steve —graznó Cornish.

El cantinero se arrodilló, aflojó la cuerda y la arrojó sobre la cabeza de Cornish.

—Maté a uno de esos mugrosos —dijo— pero los otros escaparon.

—Eras tú disparando, entonces —chilló Cornish.

—Oí algo que sonaba como disparos justo antes de que cayera.

El cuchillo de Steve cortó las cuerdas que ataban las manos de Cornish.

—Sí —dijo Steve— dejé el trabajo. Pensé que podría hacerlo. Los chicos de Tumbling K estarían tras mi pellejo por lo que hice esta tarde.

Cornish se masajeó la garganta, tratando de eliminar el ardor y la calentura donde había estado la cuerda.

—¿Puedes bajar hasta el arroyo? —preguntó Steve.

—Un trago de agua te vendría bien.

—Tengo que llegar a Cottonwood —dijo Cornish.

—Algo pasó allá abajo. Titus dijo que no iba a haber reunión.

—Parece que deberías haber tenido suficiente por una noche —protestó Steve— sin pedir más.

—Me tienen hartos —explicó Cornish.

—Intentaron darme una paliza e intentaron ahorcarme. Ahora intentan fastidiarme el negocio del alambre.

—Está bien —aceptó Steve.

—De acuerdo, te dejaré mi caballo para que vayas allí y te prestaré un arma. Y tú usa esa pistola, no te contengas ni un minuto si te meten en un aprieto.

Cornish se levantó tembloroso.

—Supongo que tienes razón, Steve. Ya era hora de empezar a usar un arma.

Se dirigió al arroyo.

—Traeré algo de beber —dijo.

El caballo del camarero estaba esperando cuando volvió al sendero.

—Aquí está el arma —dijo Steve.

—Abróchatela y tenla a mano.

—Supongo que te debo algún agradecimiento —dijo Cornish.

—Ni uno —protestó Steve.

—Me alegro de haberme divertido. Pensé que sería mejor que te siguiera sólo para controlar. Esas cascabeles humanas del Tumbling K son capaces de hacer cualquier cosa. No te puedes

fiar ni un minuto.

Cornish subió a la montura y se dirigió hacia el sendero. Todavía le ardía la garganta con un dolor punzante y le resultaba una tortura girar la cabeza. El cerebro aún le zumbaba con un dolor agudo y tenía la boca seca como el polvo amargo del camino.

Pero en su interior crecía la rabia, una rabia fría y retorcida contra el Tumbling K, contra Titus, contra el viejo sistema de libre pastoreo que decía que un hombre podía quedarse con toda la tierra que tomara y poseyera.

Una vez alambrado el valle de Cottonwood, el Tumbling K se vería privado de los pastos y el agua que sus rebaños habían utilizado durante más de veinte años. Utilizados por costumbre más que por derecho, por el poder de seis tiros más que por su estatus legal.

Al principio no les había molestado tanto, pues los ganaderos seguían llevando a los rebaños al valle a pesar de las cabañas dispersas, y entraban y salían fanfarroneando con los revólveres de seis tiros que llevaban. Pero la alambrada cambiaría las cosas. El alambre era algo definitivo, una fecha límite, una señal de posesión legal, algo que delimitaba la tierra de un hombre de la de otro.

El sendero se desprendía de las desgrednadas colinas, salía al amplio valle de Cottonwood y se bifurcaba hacia el norte y el sur. Cornish tomó la bifurcación sur.

Una milla más allá se detuvo ante el grupo de edificios que pertenecían al viejo Bert Hays. El lugar estaba silencioso y sin luz.

Un perro salió del granero ladrando salvajemente. Llegó hasta el caballo de Cornish y lo rodeó, ladrando ferozmente.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y salió un hombre con un rifle, un hombre descalzo y vestido sólo con ropa interior.

—Hola, Bert —gritó Cornish para hacerse oír por encima de los ladridos del perro.

La boca del arma, apuntándole a la cabeza, no vaciló en ningún momento.

—Así que eres tú —escupió Hays—. Vienes a armar más jaleo

en el valle.

—Vine a ver qué pasó —declaró Cornish.

—Entiendo que la reunión fue cancelada.

Hays gritó al perro—. ¡Cállate! Cállate antes de que te dé con un garrote.

El perro se calló, se fue trotando, con el rabo entre las piernas, y se sentó a observar desde una distancia segura.

Hays escupió en el polvo.

—Sí, se canceló.

—Cancelado por el Tumbling K —dijo Cornish.

—No importa quién lo canceló —bramó el viejo.

—No es asunto tuyo quién lo canceló. Se ha cancelado. No queremos ningún alambre. Eso es todo lo que necesitas saber.

Cornish se inclinó hacia adelante en su silla de montar.

—Te echaron un farol. Os amenazaron y os rendisteis. Cada uno de ustedes puso la cola entre las piernas y se arrastró.

El viejo levantó el percutor del rifle.

—Cornish —advirtió— he disparado a hombres por menos que eso.

—Deberías haber empezado en el Tumbling K —dijo Cornish.

—Todo lo que te importa es vender alambre —gritó Hays.

—No te importa lo que pase después de eso. No te importa cuántos hombres son baleados a través de ese alambrado después de que lo has vendido.

—Enviaron a tres hombres para echarme de la ciudad esta tarde —dijo Cornish, acalorado —y yo los eché en su lugar. Intentaron ahorcarme y tampoco funcionó. No eres el único que se arriesga en este trato nuestro.

—Nosotros somos los que tenemos que seguir viviendo aquí —gritó Hays.

—Somos los que tenemos que proteger ese alambrado después de que se levante. Decidimos que preferimos vivir en paz sin alambre.

—¡Vivir en paz! —gritó Cornish—. Hombre, no sabes que nunca habrá paz a lo largo del Cottonwood hasta que acuerdes con

los de Tumbling K-llámalos y haz que se queden. Mientras tengas la hierba y el agua que ellos quieren, con o sin alambre, nunca tendrás paz. Vais a tener que luchar y podéis luchar tanto por el alambre como por cualquier otra cosa.

—Fuera de aquí —gritó Hays—. ¡Fuera de aquí antes de que te meta una bala!

Una figura salió de la puerta de la cabaña, extendió una mano y le arrebató el rifle a Hays con un rápido movimiento.

Cornish se levantó el sombrero.

—Buenas noches, señorita Hays —dijo.

Su rostro era un borrón blanco a la luz de las estrellas, pero por el porte de su cuerpo, la inclinación de su cabeza, él pudo darse cuenta de que estaba enfadada.

Sus palabras mordieron como el rápido azote de un látigo furioso.

—Me avergüenzo de ti —dijo.

—Me avergüenzo de los dos. Dos hombres adultos, aquí de pie, peleándose como dos gatos callejeros.

—Lo siento, señorita —dijo Cornish.

—Por Dios, yo no.... —bramó Hays.

—No puede venir cabalgando en mitad de la noche y decirme lo que tengo que hacer. No puede obligarme a comprar su cerca si no quiero comprarla. No le importa lo que pase después de vender la cerca...

—Padre —gritó Molly Hays—. ¡Padre, ya callate!

El viejo se calló de repente. El perro se quedó mirando, con las orejas gachas.

—Será mejor que se vaya —le dijo Molly a Cornish.

—Todos los demás piensan lo mismo que mi padre. La única manera de mantener la paz a lo largo de Cottonwood es llevarse bien sin tu alambre.

—Jim Titus decidió eso por ti —le dijo Cornish, amargamente.

Ella levantó la barbilla.

—No importa, señor Cornish, cómo lo decidimos.

Vio que no había nada más que decir, nada más que hacer.

Volvió a levantarse el sombrero.

—Buenas noches —dijo y se alejó con el caballo, cabalgando hacia el sendero.

Capítulo Tres

¡HAY QUE DISPARAR PARA VIVIR!

La fogata junto a la carreta del predicador ambulante era un faro en la noche y Cornish dirigió su caballo hacia ella, dándose cuenta por primera vez de que tenía un hambre voraz, estaba completamente agotado y lleno de mil dolores y molestias.

Detuvo el caballo y bajó de la silla con cansancio. Había dos hombres sentados frente a la hoguera. Uno de ellos se levantó y caminó hacia él. Era Steve, el camarero.

—¿Cómo te fue? —preguntó Steve.

Cornish negó con la cabeza.

—Todo se ha ido al traste entre fuegos. El Tumbling K tiene a los colonos acojonados. No tocarían ningún alambre ni con un palo de tres metros.

A sus fosas nasales llegó el aroma del café humeante; vio que la maltrecha y ennegrecida cafetera se mantenía caliente junto a las brasas. Joe Wicks ya estaba poniendo tocino en una sartén.

—En cierto modo nos sentamos por ti —explicó Steve.

—Supusimos que volverías por aquí.

—Me preguntaba dónde estarías —dijo Cornish.

—Vi el fuego cuando pasé la primera vez —dijo Steve.

—Así que cuando se llevaron mi caballo, me apresuré a volver aquí. Es un buen lugar para esperar.

Cansado, Cornish se sentó frente al fuego.

—¿Encontraste mi cubo? —preguntó Joe Wicks.

Cornish sacudió la cabeza.

—Ni rastro.

Se quedó mirando el fuego, sintió el viento frío de la noche soplándole en la espalda.

Vencido, pensó. Perdido antes de que apenas pudiera empezar. Tumbling K esperó a ver si conseguía que los colonos se interesasen y luego ellos lo estropearon todo. No quería liar a ninguno a menos que pareciera que estaba llegando a alguna parte. Pero no tuvo ninguna oportunidad. Ni desde el principio.

—La única manera —murmuró— de vender alambre de púas en el país de este hombre es vencer al Tumbling K.

—Empezaste bien esta tarde —dijo Steve desde el otro lado del fuego.

—Claro que sí —dijo Cornish con amargura.

—Les di una paliza a tres de ellos en una pelea áspera y tumultuosa y nadie se sorprendió más que yo. Pero es más que eso, mucho más que eso.

—Volví —declaró Joe Wicks solemnemente —y vi bajo el sol, que la carrera no es para los veloces, ni la batalla para los fuertes, ni el pan para los sabios...

—Eso es la Biblia —explicó Steve.

—Lo dice todo el tiempo, capítulo y versículo. Nunca lo había oído.

El tocino chisporroteaba en la sartén y en la oscuridad uno de los caballos daba pataditas en el suelo. El viento agitaba la capota de lona de la carreta, haciendo un ruido como de alas batiendo.

Cornish asintió, sintiendo el calor del fuego frente a él, oliendo el tocino en la sartén, oyendo el susurro del viento que soplaba entre las hierbas.

—¿Te gusta crujiente o tierno? —preguntó Joe Wicks.

Cornish no contestó. Ambos hombres lo miraron fijamente. Tenía la cabeza colgando y los brazos caídos sobre las rodillas.

—Está profundamente dormido —dijo Steve.

—Será mejor que lo tumbemos —dijo Wicks— antes de que se caiga de cabeza al fuego.

Steve se levantó, se estiró y bostezó.

—Mire, Padre, no tendría licor por ahí, ¿verdad? Me fui con

tanta prisa que no traje nada.

Wicks vaciló—. Llevo una botella —admitió finalmente.

—Es muy bueno para las mordeduras de serpiente.

—Me acaba de morder una serpiente —le dijo Steve.

La barba de Wicks se abrió con una sonrisa.

—Maldita sea si no lo he olvidado —dijo.

—A mí también me mordió una hace poco.

El golpeteo de los cascos por el sendero sacudió a Cornish de las mantas. Sentado junto al fuego, ahora frío, vio al jinete que bajaba hacia él, agachado sobre el cuello del caballo, empujando al animal con los talones y las riendas.

Se frotó los ojos asombrado por lo que veía. El jinete era una mujer. Su pelo ondeaba al viento y el vestido recogido ondeaba tras ella.

—¡Molly! —gritó.

—Molly, ¿qué pasa?

Se deshizo de las mantas y se puso en pie. El caballo se sacudió y la muchacha se detuvo.

En el lado opuesto del fuego, Steve y Joe Wicks estaban sentados, frotándose los ojos.

—¡Mi padre! —gritó Molly Hays—. ¡Le dispararon a mi padre!

Hubiera vuelto a ponerse en marcha, pero Cornish salió al sendero y agarró la brida del caballo.

—Tranquila, Molly —le dijo.

—Cuéntame lo que pasó. ¿Quién disparó a tu padre?

Había estado llorando, pues tenía la cara llena de lágrimas, y estaba a punto de volver a llorar.

—Fueron los del Tumbling K —dijo.

—Esta mañana trajeron un rebaño, un gran rebaño. Atravesaron nuestro campo de trigo. Mi padre salió a detenerlos y ellos... y ellos...

Se balanceó en la silla y Cornish extendió un brazo para sujetarla, pero no se cayó.

—¿Dónde está tu padre ahora?

—Lo llevé a la casa, luego cabalgué a buscar al médico. Allí es adonde voy ahora.

Una voz habló detrás de Cornish, la voz agrietada de Joe Wicks.

—Mire, señorita, no está en condiciones de ir cabalgando al pueblo. ¿Por qué no deja que uno de nosotros lo haga?

—Podríamos llevarla a su casa —dijo Steve.

—Quizá su padre la necesite.

Ella los miró durante un largo minuto y luego asintió lentamente.

—Tal vez sea lo mejor —dijo.

—Cornish cabalgará hasta el pueblo —dijo Steve.

—Joe y yo la llevaremos de regreso.

Cornish le tendió los brazos y ella se deslizó entre ellos. La posó suavemente en el suelo y durante un momento, balanceándose, ella se aferró a él. Luego se enderezó.

Cornish cogió las riendas, subió a la silla y dudó un momento.

—¿Ese grupo de ganado? —preguntó—. ¿Hacia dónde se dirigen?

Ella le miró un momento, casi sin comprender, y luego habló.

—Directamente hacia el valle, en dirección a los otros lugares.

El rostro de Cornish se endureció en líneas sombrías.

—Es el enfrentamiento, entonces —dijo, escuetamente.

—Es el as de la manga del Tumbling K. Están avanzando. Esa manada arrasará con todo en todo el valle y si los colonos intentan detenerla, ¡también serán arrasados!

Se giró hacia el camarero.

—Lleva a la Srta. Hays de vuelta, Steve, tan rápido como puedas. Luego regresa al pueblo con la carreta. Tengo una idea...

Cornish puso el caballo en movimiento y se dirigió hacia Silver Bow.

Con Doc Moore en camino hacia la casa de los Hays, Cornish cabalgó hasta el único hotel del pueblo.

La calle estaba tranquila, casi desierta. Un perro sentado frente al bar Longhorn cazaba perezosamente las moscas. La columna de

humo negro de un tren que había salido de la estación unos minutos antes aún se extendía por el cielo.

En la recepción del hotel, un hombre con sombrero gris y traje de corte caro golpeaba el suelo con un bastón de cabeza dorada.

Su voz, aguda y quejumbrosa, resonó en el vestíbulo.

—Es una barbaridad. No hay baño. ¿Por qué no os ponéis al día aquí? He hecho un largo y polvoriento viaje en tren y quiero un baño. No dentro de una hora. ¡Ahora mismo!

—Lo siento, Sr. Armstrong —gimoteó el empleado.

—Calentaré agua enseguida, pero tardaré un rato. Media hora por lo menos.

—¿Es que aquí la gente no se baña nunca? —tronó el hombre.

El empleado no contestó y el hombre continuó:

—No había nadie para recibirme en la estación. Menuda situación. Y además sabían que venía. ¿Vio a alguno de ellos por aquí?

—Titus y algunos de los otros chicos estuvieron ayer —le dijo el empleado —pero hoy no he visto ni rastro de ellos.

El hombre se apartó del escritorio. Cornish se adelantó.

—Llevaré las maletas del señor Armstrong —se ofreció.

—Iba a subir, de todos modos.

Armstrong se volvió hacia él y Cornish observó el rostro apretado y contraído de un hombre de negocios de Nueva Inglaterra. Labios finos e incoloros, ojos del monótono color de la pizarra gris.

—Gracias, señor —dijo Armstrong.

—De nada —dijo Cornish.

—Encantado de ayudarle. ¿Qué habitación, Jake?

—Diecisiete —dijo el recepcionista, dándole la llave.

Cornish subió las escaleras, dejó las maletas en el suelo, abrió la puerta y llevó las maletas al interior.

Armstrong rebuscó en su bolsillo—. ¿Me invitas a una copa?

Cornish negó con la cabeza.

—Una copa no, Armstrong. Sólo una charla.

Las cejas de Armstrong subieron y los labios incoloros se

enderezaron.

—No puedo imaginar...

—Eres el dueño del Tumbling K —dijo Cornish.

—Sí, lo soy.

—¿Sabes lo que está pasando?

La cara de Armstrong se tensó, se puso un poco más pálida.

—Mire, joven. No sé a dónde quiere llegar...

—Asesinato —dijo Cornish, tenso.

—O lo será antes de que la cosa termine. Titus está conduciendo un rebaño por el Cottonwood. No a través de él, o en él, pero directamente hacia arriba.

—El Cottonwood —dijo Armstrong.

—Veamos, ahí es donde están los colonos.

—Así que usted sabía acerca de ellos.

—Naturalmente. Titus me mantiene bien informado.

—¿Y sabía lo que planeaba hacer Titus?

—Apenas lo que planeaba hacer. Le di a entender que podía sentirse libre de tomar las medidas que considerara prudentes.

—Supongo que es prudente destruir las cosechas de toda esa gente que está intentando crear hogares en el valle. Destruir sus cultivos y matar a cualquiera de ellos que intente presentar batalla.

Armstrong se sacudió una mancha de polvo de la manga.

—Francamente, yo diría que les estaríamos haciendo un favor. Esto no es tierra de cultivo, es tierra de pastoreo. Los granjeros se morirían de hambre. Un buen año de vez en cuando, tal vez, pero no lo suficiente como para llegar a fin de mes. Los han traído aquí con la falsa idea de que pueden ganarse la vida. En realidad, la culpa es del gobierno, por permitirles el acceso a la tierra.

Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas grises.

—No puedo imaginar, joven, por qué le interesa tanto. ¿Es usted uno de esos...?

Cornish soltó una carcajada.

—No. Vendo alambre de púas.

Armstrong se puso rígido—. ¡Alambre de púas!

—Veo que usted también ha oído hablar de mí —dijo Cornish—. ¿Le aconsejó a Titus que procediera con prudencia conmigo?

Armstrong golpeó el suelo enfadado con su bastón.

—¡Nunca he visto tanta insolencia! —gritó.

—Señor —dijo Cornish— aún no ha visto nada. Si cree que viene aquí a atizar esta guerra....

—¡No sé nada de una guerra! —gruñó Armstrong—. Siempre vengo aquí cada verano, por lo menos una semana o dos.

—De acuerdo —fue la respuesta de Cornish.

—De acuerdo, si así lo quieres, pero déjame decirte algo. Sus hombres están arruinando un negocio mío. He pasado mucho tiempo vendiendo alambre a esos pájaros que están ahí fuera y no voy a dejar que tú y tu Tumbling K arruinéis todo el trabajo que he hecho...

Se oyó un paso en el pasillo exterior y Cornish giró para mirar hacia la puerta.

Squint Douglas estaba de pie justo dentro de la habitación, con los pies separados y la mano sobre la pistola.

—Entonces —dijo, y la palabra arrastrada fue un desafío y un grito de triunfo.

Cornish retiró la mano hasta que sus dedos tocaron la empuñadura del Colt que Steve le había prestado.

Durante un largo momento, los dos hombres permanecieron uno frente al otro, inmóviles, con los ojos entrecerrados a contraluz, esperando el más mínimo movimiento que los pusiera en acción.

—Muy bien, Squint —dijo Cornish.

—Adelante, haz tu jugada.

Squint se quedó clavado en el suelo, como un hombre que de repente se convierte en piedra.

—No eres más que una rata despreciable —gruñó Cornish—. Cobarde hasta la médula. Me colgarías cuando no tuviera oportunidad. Me derribaste cuando tenías un par de hombres para ayudarte. Pero no lo harás cuando las oportunidades están

igualadas.

La sonrisa retorcida que se dibujó en el feo rostro de Squint advirtió a Cornish incluso antes de que oyera el paso detrás de él e instintivamente sacudió el cuerpo hacia un lado. El bastón zumbante no le dio en la cabeza por una fracción de centímetro pero le golpeó el hombro con tanta fuerza que se dobló por las rodillas.

A través de los ojos aturcidos por el dolor, Cornish vio la pistola de Squint saliendo del cuero, vio la mirada de triunfo que se extendió por su rostro. Al perder el equilibrio por el golpe del bastón de Armstrong, Cornish buscó desesperadamente la Colt que llevaba colgada de la cadera, y la encontró incluso cuando el disparo de Squint llenó la habitación con un monstruoso trueno.

La bala rozó la mejilla de Cornish, se estrelló contra un poste de la cama detrás de él, desatando una lluvia de astillas.

El arma de Squint volvió a sonar y Cornish sintió el agujón del plomo atravesándole las costillas, oyó cómo la bala se estrellaba contra el espejo que colgaba de la pared.

Entonces su propia pistola se inclinó en su mano y su dedo se cerró sobre el gatillo. El arma rugió y golpeó contra su muñeca y Cornish supo que no tendría que volver a disparar.

En el umbral de la puerta, Squint estaba de pie con un agujero azul en la frente, de pie durante un instante antes de caer hacia delante, muerto.

Cornish se enderezó y se puso en cuclillas, mirando a Armstrong a través del humo de la pólvora que empañaba la habitación.

Los pálidos labios de Armstrong se movieron finamente—. ¡Tú lo mataste!

Cornish respondió con un gruñido, señalando con la pistola el cuerpo sin vida de Squint en el suelo.

—Eso es lo que intentaba decirte, Armstrong. Eso es lo que quería decir. Más vale que el Tumbling K no intente impedirme vender alambre.

Cornish se dirigió hacia la puerta, con la pistola colgando en la

mano. Se cruzó con Squint, pero se volvió antes de salir.

—La próxima vez —le dijo a Armstrong —cuando dos hombres se líen a tiros no vayas mezclándote con ese bastón tuyo.

Se había reunido una multitud en el vestíbulo de la planta baja y Cornish se detuvo en las escaleras, mirando las caras que le miraban fijamente. Caras en blanco, algunas de ellas las caras de los hombres que se habían negado a beber en el bar Longhorn cuando Steve les había tendido una trampa.

—Acabo de matar a Squint —dijo Cornish, casi susurrando—. ¿Alguien tiene algo que quiera hacer al respecto?

Ninguno de ellos lo hizo, al parecer. Se separaron y le abrieron paso, y él salió al porche, cruzó la acera, subió a la silla de montar y se fue a toda velocidad calle abajo.

La carreta estaba parada frente a la casa de los Hays, en el extremo sur del valle Cottonwood, y Steve estaba recostado contra una de las ruedas cuando Cornish se acercó.

—Pareces sin aliento —dijo Steve.

Cornish no contestó, hizo un gesto con el pulgar hacia la casa.

—¿Qué te parece?

—Doc dice que tenemos que llevar al viejo Bert al pueblo donde pueda vigilarlo de cerca. Prepararemos una cama dentro de la carreta y tendremos que viajar despacio.

—Mira —dijo Cornish— tuve un roce con Squint, tuve que dispararle.

—Muerto, espero —dijo Steve.

Cornish asintió.

—La grasa está realmente en el fuego, Steve. ¿Quieres quedarte conmigo?

—No tengo otra bendita cosa que hacer —dijo Steve.

—Mira ese campo de trigo. Las vacas lo han echado a perder. Da calor sólo de pensarlo.

—En cuanto llegues al pueblo —dijo Cornish— coge el alambre de púas que tengo guardado en el almacén del ferrocarril. Tengo suficiente para lanzarlo a través del valle y detener a esas vacas. Luego regresa tan rápido como puedas. Dirígete a los

Estrechos. ¿Sabes dónde están?

Steve asintió—. Un lugar al este para tender una valla. No más de media milla y árboles que puedes usar como postes.

—Esa es la idea. Y otra cosa. ¿Puedo quedarme con tu arma un rato? Tuve que irme tan rápido que no pude coger la mía.

—Claro —dijo Steve.

—Joe tiene muchas. Es el mejor predicador que he visto. Tiene una botella y un arsenal de armas. Siempre pensé que los predicadores eran muy pacíficos.

Cornish giró su caballo y se dirigió al valle.

Al mirar hacia atrás, vio a Molly Hays de pie en la puerta, observándole.

CAPÍTULO CUATRO

DETENGAN A TITUS

Cornish se acuclilló sobre los talones a la sombra de un árbol y se lió un cigarrillo. Muy por debajo se extendía el valle de Cottonwood, una franja de verde bruñido que discurría entre colinas de color amarillo ocre. Y extendida por el valle, en una línea rezagada, delgada en algunos lugares, agrupada y gorda en otros, estaba la manada de Tumbling K.

Cornish golpeó la cerilla contra la uña del pulgar y encendió el cigarrillo.

Inteligente, se dijo. Inteligente como los lobos. Dejar que el ganado subiera por el valle despacio, sin presionar demasiado, sin forzar una decisión rápida. Dar a los colonos tiempo suficiente para pensárselo, tiempo para comprender lo que significaba una guerra en la pradera. Si una familia amontonaba sus posesiones en un carro y empezaba a marcharse, todo el valle le seguiría, uno a uno, dándose cuenta de que una fuerza dividida no podría resistir la marcha de los rancheros.

Inteligente y de sangre fría.

Fumar tranquilamente, consideró. El ganado no llegaría a los Estrechos antes del anochecer, moviéndose al ritmo que lo hacían. Eso le daba tiempo para tender la alambrada al amparo de la oscuridad, para convencer a los ganaderos de la posibilidad de defender aquellos delgados hilos de acero, una oportunidad para hacerles ver que la alambrada les daba la posibilidad de plantar cara, de vencer al Tumbling K.

Apagó el cigarrillo con cuidado, volvió a montar a caballo y avanzó por las colinas.

El sol había comenzado a descender por la vertiente occidental del cielo cuando llegó a los Estrechos, donde el valle se estrechaba hasta una garganta de media milla entre riscos de cien pies cortados por profundos barrancos que se precipitaban hacia el fondo del valle. Escasos grupos de árboles cruzaban el valle y por un momento, sentado en su caballo, trazó mentalmente la línea de la valla, dibujándola de árbol en árbol.

Azuzó al caballo y empezó a bajar por uno de los barrancos que se adentraban en el valle.

A un kilómetro y medio por encima de los Estrechos se hallaba la cabaña de Russell y, mientras cabalgaba hacia ella, Cornish vio que al menos una docena de caballos estaban parados frente a la cabaña, mientras unos hombres se sentaban en el umbral y otros se encaramaban a la valla del corral.

Lo observaron en silencio mientras se acercaba, sin saludarlo.

—Hola, muchachos —dijo.

Le devolvieron la mirada impasibles, casi enfadados.

John Russell se levantó lentamente del umbral y avanzó unos pasos hacia él.

—Cornish —dijo, bruscamente —no te queremos aquí.

—¿Todavía tienes miedo? —preguntó Cornish en voz baja.

Russell se erizó.

—No tengo miedo. Sólo soy sensato. De qué sirve pelear si el Tumbling K nos va a comprar.

—¿A compraros?

—Claro, hablamos con Titus. Nos hizo una oferta.

—Te equivocas —declaró Cornish.

—No te están compensando, te están comprando. Pagándote un dinero inútil para deshacerse de ti sin demasiados problemas.

—Lo estamos aceptando —espetó Russell—. ¡Nos estamos vendiendo!

—Así que os vais —dijo Cornish.

—Estás acabado y sigues adelante. Buscarás un lugar tan bueno como éste y quizá nunca lo encuentres. Vivirás en una carreta y te quedarás sin hogar. Volveréis a ser carreteros.

Un hombre corpulento de barba negra se puso al lado de Russell, con rostro hosco y enfadado.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó y una amenaza recorrió sus palabras.

—Les ofrezco una forma de detener al Tumbling K —dijo Cornish.

—Voy a traer un cargamento de alambre. Colóquelo a lo largo del estrecho y manténgalo detrás con las armas. Avisen al Tumbling K que cualquier hombre o criatura que toque ese alambre es presa fácil.

—¿Y tú cogerás un arma y te quedarás allí con nosotros? —preguntó Russell, casi sarcásticamente.

—¡Claro que sí! —espetó Cornish.

El hombre de barba negra negó lentamente con la cabeza.

—No servirá de nada —dijo.

—Billings —preguntó Cornish—, ¿se te ocurre una forma mejor?

La mano de Russell bajó deliberadamente y sacó el revólver de seis tiros que llevaba.

—Ponte en marcha, Cornish —dijo— antes de que te la dé. No queremos verte más ni a ti ni a tu maldito alambre de púas. Si no hubiera sido por tu alambre de púas, habríamos seguido pacíficamente. Fuiste tú quien provocó el lío.

Cornish pasó los ojos de una cara a otra, leyó la misma respuesta en todas. Lentamente, hizo girar el caballo y se alejó, de

vuelta hacia los Estrechos.

Así que éste es el final, pensó. De qué servía intentar luchar cuando los hombres por los que luchabas no querían luchar, cuando lo único que querían era huir con el rabo entre las piernas.

Podía entender perfectamente que no quisieran luchar, que no quisieran someter a sus familias a los terrores de la guerra: las cabañas en llamas y los hogares destripados, los pajares en llamas y los disparos en la oscuridad, el hombre que volvía a casa tendido sobre la silla de montar.

Pero tenía que haber un momento en el que los hombres lucharan. Tenía que haber algo por lo que mereciera la pena luchar. Y el valle de Cottonwood, se dijo, debía ser una de esas cosas, uno de esos principios, uno de esos derechos por los que los hombres siempre habían estado dispuestos a sacar sus armas.

El caballo subió lentamente por el barranco que conducía a las alturas sobre los Estrechos. Cornish, desplomado en la silla, pensativo, se mecía con el paso cuidadoso del caballo por la pendiente rocosa.

Al principio, el sonido no significó nada: un pitido agudo y corto que se atenuaba con la distancia; sólo otro sonido con el canto estridente de los insectos en los arbustos del acantilado, el parloteo de una ardilla entre los cedros.

Luego volvió a sonar y él se incorporó bruscamente.

¡Un disparo!

El sonido se repitió, el agudo y rencoroso escupitajo de un rifle de alta potencia y, a continuación, el estruendo de los seis tiros.

Cornish gritó al caballo y el animal se precipitó por el sendero, lanzando una lluvia de guijarros por el barranco.

Las armas fueron un traqueteo vacío en el viento cuando Cornish coronó los riscos y el caballo comenzó a galopar.

Una milla más allá, en la cima de una colina, Cornish vio el carromato, y a los jinetes que corrían a su lado con sus humeantes revólveres de seis tiros.

Joe Wicks estaba de pie en la parte delantera de la carreta, con la barba al viento y el látigo azotando a los caballos. La lona hecha

jirones parecía velas deshilachadas, sacudiéndose en los arcos colocados en la caja de la carreta y el grupo corriendo como conejos asustados.

Las ruedas chocaron contra una roca oculta y la carreta dio un bandazo, recorrió unos dos metros con las cuatro ruedas levantadas del suelo, golpeó el suelo y rebotó. El grupo siguió corriendo mientras Joe Wicks gritaba y chillaba.

En cuclillas junto a Wicks, con el rifle humeante apuntando, estaba Steve. Al lado de Steve había otra figura, de color claro y pelo dorado, y mientras Cornish miraba con asombro congelado, la chica levantó una pistola y disparó.

El caballo se precipitó ladera abajo y Cornish gritó, un grito salvaje que le salió del fondo de los pulmones.

Delante de él, los seis tiros resonaban mientras los jinetes se abalanzaban sobre el carromato y los dos rifles respondían en un tono grave. Uno de los arcos que sujetaban la lona se dobló, alcanzado y astillado por una bala.

Cornish se puso rígido en la silla, levantó el arma y disparó.

Volaron astillas de la caja de la carreta y una bala, al rebotar en una rueda, se abrió paso hacia el cielo.

Los rifles dispararon a un ritmo constante y el humo de la pólvora se arremolinó como una nube enloquecida sobre la carreta que avanzaba a trompicones.

Delante de él, Cornish vio cómo un caballo caía y su jinete volaba por encima de su cabeza. El hombre golpeó el suelo y rodó como una pelota de goma, luego se puso en pie de nuevo, aferrándose a su segunda pistola. Un rifle martilleó y el hombre cayó al suelo, como si un poderoso puño le hubiera golpeado y estampado contra la tierra.

De repente, los dos jinetes que quedaban giraron sobre sí mismos, con los caballos asustados luchando entre sí. Cornish apretó los dientes y disparó su último tiro. Uno de los caballos se encabritó, dando patadas en el aire, y luego cayó al suelo relinchando cuando sus patas traseras cedieron.

El carromato pasó atronando, chirriando y gimiendo, mientras

Steve y Molly Hays se agazapaban con las armas en silencio.

A trompicones, maldiciéndose a sí mismo, Cornish desparramó cartuchos con dedos torpes recargando a la carrera.

El hombre cuyo caballo había caído se había levantado y corría hacia los cedros. El otro jinete había dado la vuelta y esperaba con el arma levantada, mientras su caballo bailaba de lado con pasos cortos. Un hombre grande y alto, anguloso y poderoso, que se sentaba en la silla con una gracia fácil.

¡Tito! Esperaba allí montado en su caballo y con el arma preparada. Los puños y la soga habían fallado, y ahora se trataba de la pistola.

La rabia se apoderó de Cornish cuando levantó el arma y trató de mantenerla firme contra el movimiento de su caballo. Pero, mientras la levantaba, el brazo de Titus bajó con un movimiento lento y suave, y el arma escupió fuego.

La bala pasó silbando junto a la cabeza de Cornish con un zumbido sordo y perverso, y el arma volvió a destellar. El caballo de Cornish saltó, picado por el plomo que le recorrió la cruz y se estrelló con un silbido taladrante contra el cuero del estribo, golpeando la bota de Cornish.

Muy cerca, pensó Cornish. Casi demasiado cerca para fallar. El arma de Titus volvió a arder y Cornish apretó el gatillo. Las ráfagas fueron casi una y, cuando el sonido explotó en sus oídos, Cornish sintió que salía volando de la silla del caballo que montaba.

Sintió con nitidez el impacto de su cuerpo contra el suelo, sintió que descendía a un pozo rugiente que estaba lleno de llamas que parecían no tener calor, sino que eran una vorágine aullante de color rojo, y luego se convirtieron en cenizas negras.

Del silencio surgió un agudo latigazo de sonido. Cornish se agitó, sintió que la vida volvía a su cuerpo, olió la hierba y la tierra, sintió el calor del sol del oeste brillando en su espalda.

El sonido volvió, el chasquido de un rifle lejano. Luego otro sonido, más cercano, el estruendo de un revólver de seis tiros.

Cornish estaba tumbado boca abajo e intentó darse la vuelta. El

dolor, que antes había sido un dolor sordo y palpitante que apenas notó, aumentó hasta convertirse en un grito. Cornish jadeó y volvió a caer de bruces, estremeciéndose ante la agonía palpitante que retumbaba en su hombro izquierdo.

Por primera vez fue consciente de la pistola que aún empuñaba en la mano derecha, que debía de tener congelada cuando Titus le disparó. Giró la cabeza hacia un lado y subió la mano derecha hasta el campo de visión. Inclino la muñeca para comprobar que la boca del cañón estaba despejada y no obstruida por la tierra.

El rifle chisporroteó y, ladera abajo, Cornish vio la agazapada instintiva y nerviosa de un hombre en cuclillas detrás de un grupo de cedros.

El hombre no era Titus. Era rechoncho y ancho, mientras que Titus era enjuto y anguloso. Debía de ser el hombre a cuyo caballo había disparado. El hombre, recordó, había corrido hacia los cedros.

El rifle volvió a sonar y Cornish vio que los cedros se sacudían al paso de la bala, que se estrelló contra la ladera por encima del hombre en una lluvia de césped desgarrado. El tirador, quienquiera que fuese, sabía dónde se escondía el hombre, probablemente estaba disparando deliberadamente para cubrir todos los ángulos del escondite.

El hombre se acurrucó más contra el suelo y de nuevo los cedros se sacudieron cuando otra bala se abrió paso a través del escudo verde.

No había rastro de Titus. Sin embargo, Titus tenía que estar allí. Tal vez agazapado detrás de algún arbusto, escondido en alguna hondonada, esperando una oportunidad contra el tirador oculto que tenía que ser uno de los tres que habían viajado en la carreta cargada de alambre de púas.

Con cuidado, Cornish giró el cuerpo para poner en juego el brazo armado. Apuntó al hombre que estaba detrás de los cedros.

Pero no apretó el gatillo, aunque su dedo se tensó. Era casi como si algo que caminaba sobre la tierra se hubiera detenido un momento y le hubiera dicho que no disparara. Algo que no le

permitiría disparar a un hombre que estaba de espaldas a él. Además, había que tener en cuenta a Titus. Mientras Titus pensara que estaba muerto, Titus no dispararía.

Junto a los cedros, el hombre se arrastraba, avanzaba lentamente, subiendo la colina. Luego, de repente, saltó del suelo y se puso de pie, corriendo, con la cabeza gacha, las largas piernas trabajando como pistones, subiendo la colina, agachándose y esquivando para confundir al tirador oculto.

Un único pensamiento irrumpió en la mente de Cornish y le hizo ponerse en pie en un borrón de dolor y tropiezos.

El hombre no debía escapar. Si lo hacía, el Tumbling K conocería la historia del alambre de púas. Y si el Tumbling K sabía lo de la alambrada, sus jinetes barrerían el valle de un solo golpe.

El rifle oculto chisporroteó y una pequeña fuente de tierra y hierba brotó en el aire a lo ancho del hombre que corría.

El hombre se agachó rápidamente, corrió como un conejo asustado, luego se detuvo bruscamente, se enderezó con un gesto de desprecio en el rostro y levantó el arma para apuntar a Cornish.

Apretando los dientes, Cornish luchó por mantenerse en pie en la colina que se combaba y se balanceaba. El hombre que tenía delante giraba en círculos y la escena se volvía borrosa.

Cornish trató de levantar el arma, pero ésta le pesaba. Y aunque intentaba levantarla, sabía que no podía dispararla, no con la forma en que el suelo se movía bajo sus pies y la forma en que sus ojos se negaban a enfocar.

El arma que tenía delante era un ojo rojo que parpadeaba en la bruma y sintió el zumbido del plomo zumbando junto a su cara.

Su propia arma se agitaba en su mano, pero sabía que los disparos eran disparatados. Se le doblaron las rodillas y dio un lento paso adelante para recuperar el equilibrio, observando el gruñido en el rostro empañado tras el arma parpadeante de su antagonista.

Entonces el rostro del hombre se congeló y su cuerpo se puso rígido. Desde el otro lado del barranco llegó el estruendo del

pesado rifle. El hombre se desplomó en el centro, doblándose como una bisagra oxidada y vacilante. El arma se deslizó de entre los dedos sin nervio, las rodillas cedieron y el hombre cayó al suelo, una figura acurrucada en la hierba azotada por el viento.

Torpemente, Cornish enfundó el arma, trató de secarse el vaho que se le pegaba a la cara, vio el revoloteo azul del vestido que corría por la ladera opuesta.

—¡Molly! —balbuceó.

Bajó la colina para ir a su encuentro con las piernas temblorosas, y su hombro destrozado por la bala era un dolor rugiente que le llenaba medio cerebro con el aullido de vientos monstruosos.

Cerca del final de la pendiente, ella lo alcanzó, como a un robot tambaleante. Se apoyó en ella, asombrado por la fuerza que le sostenía, que le guiaba hasta un lugar en el suelo.

—¡Titus! —gritó.

—Titus se escapó.

—Molly.

—Quédate quieto —le dijo ella.

—Tengo que detener esta sangre.

—Molly, tienes que advertir a los colonos. Titus acabará con ellos. No esperará nada ahora que sabe lo del alambre.

—Tan pronto como te cure —dijo ella.

—¿Steve?

—Alambrando —dijo ella.

—Yo les obligué a hacerlo. No soy buena construyendo vallas, pero sé usar un arma.

—¿Te quedaste atrás para mantener a esos dos a raya?

—Así es —dijo— pero no lo hice muy bien. Titus se escapó.

CAPÍTULO CINCO

MÁS SANGRE PARA EL ALAMBRE

La cerilla chasqueó contra la piedra y Cornish la sujetó con su única mano buena. En cuclillas en el barranco, sostuvo la pequeña llama cerca del suelo y la movió lentamente para encontrar la estrecha huella de la carreta que lo había precedido.

Allí estaba, un surco profundo en la tierra, con los bordes desiguales aún deshaciéndose. Lentamente movió el fósforo y vio las otras marcas, las huellas de los cascos de los caballos luchando contra el yugo del cuello para sostener el peso muerto de la carga en la cuesta abajo.

Cornish tiró el fósforo y se puso de pie, mirando el vasto tazón de oscuridad que era el valle de Cottonwood.

La carreta había llegado por aquí y en algún lugar de la oscuridad, cruzando lentamente los estrechos, estaban Joe Wicks y Steve, tendiendo el cable. Dos hombres que no tenían ningún interés en el alambre de púas o en los colonos, trabajando en la noche para resolver el destino del valle.

Y Cornish se preguntaba si servía de algo tender el alambre ahora que Titus habría regresado con la noticia.

Cornish sacudió la cabeza y se precipitó por el sendero, con cuidado en la oscuridad, con el brazo izquierdo y el hombro envueltos en la venda blanca que Molly Hays había confeccionado. Un blanco en la oscuridad al que podía apuntar el Tumbling K.

Las piedras rodaban bajo sus botas y luchaba por mantener el equilibrio. En una ocasión, su hombro vendado rozó un árbol y se retorció de dolor.

Aquí, bajo los árboles, la noche era oscura como la brea, aunque el valle se veía débilmente iluminado por el brillo de las

estrellas en el cielo despejado.

Al pie del barranco, encontró el comienzo de la valla, tres hilos de alambre enrollados y grapados alrededor de un roble blanco. Con una mano en el alambre, lo siguió a través del terreno ondulado del valle, sintiendo un profundo orgullo al sentir el acero estirado. Aunque algunos de los intervalos entre los árboles eran largos, los hilos estaban tensos y entonaban una excitante canción cuando los golpeaba con el arma.

Sabía que Steve y Joe estaban tendiendo las tres cuerdas al mismo tiempo, utilizando el carro como tendedero y extensor. Sus pies chocaron con algo en la oscuridad y tropezó con ello. Desesperado se lanzó para aterrizar sobre su hombro bueno, salvando el izquierdo destrozado. Sin aliento, se puso en pie con dificultad y buscó lo que le había hecho tropezar. Era el centro abandonado de una de las bobinas de alambre.

De nuevo en la valla, encontró el empalme en el alambre y se preguntó. Uno de los hombres que tendía ese alambre más adelante era un hombre que conocía el alambre de púas y no podía ser Steve. Steve se había pasado la vida tras la barra de los bares de todo el Oeste. Debía ser Wicks.

De pie junto a la alambrada, escuchó, y no se oía ningún martilleo, ningún zumbido en el alambre, como habría ocurrido si lo estuvieran trabajando en el otro extremo.

El terror se apoderó de él y corrió a lo largo de la valla, cruzando las ondulaciones y tropezando con los matorrales.

De entre los árboles surgió una figura oscura y unas palabras atravesaron la noche.

—Quédate donde estás y levanta las patas.

Cornish se detuvo y levantó la mano derecha.

El hombre se acercó cautelosamente—. ¿Qué pasa con la otra mano? —preguntó.

—Un disparo —dijo Cornish, rotundamente.

—¡Cornish! —susurró el otro hombre con fiereza.

—Malditos sean mis ojos si no se trata del mismo muchacho.

Avanzó y la luz de las estrellas cayó sobre la barba plateada, el

sombrero desgarrado y maltratado.

—¡Joe Wicks!

—Cállate —advirtió Wicks.

—Estamos ocultos. Uno de los malditos jinetes de Tumbling K acaba de pasar.

—Lo más probable es que estuvieran mirando si había algún cerco —dijo Cornish.

—Titus se escapó y les habló del alambre.

—Será mejor que no venga a molestar —dijo Wicks con fiereza —o le volaremos las tripas.

Cornish le miró fijamente.

—No suenas como un predicador, Joe.

Joe escupió y a Cornish le llegó el olor del aliento a whisky.

—No soy un predicador —declaró Wicks.

—Nunca fui un predicador. Todo eso era sólo un disfraz. Yo trabajo para el mismo equipo que tú.

—¡Ajax!

—Exactamente —dijo Wicks.

—Parece que había demasiados accidentes con los tipos que vendían alambre, demasiados que se perdían de vista y terminaban desaparecidos. Así que me enviaron aquí para vigilarte. Y cuando llegué me encontré con que el infierno estaba en pleno apogeo, así que hice lo que pude.

Volvió a escupir—. ¿Crees que tenemos una oportunidad de detenerlos?

—Si los colonos nos apoyan —dijo Cornish.

—Molly bajó a advertirles.

—Gran chica —declaró Wicks.

—Tiene muchas agallas. Dejó a su viejo al cuidado del médico y vino con nosotros. Dijo que si los forasteros, es decir, nosotros y vosotros, podíamos hacer frente al Tumbling K, era lo menos que ella podía hacer.

Otra figura se asomó entre los árboles.

—El jinete acaba de regresar —dijo.

—Será mejor que empecemos con ese alambre de nuevo,

pronto.

Steve llegó a través de la oscuridad, y miró a Cornish.

—Pensé que estabas muerto —dijo.

—Titus te derribó de la silla de montar.

Wicks rió entre dientes.

—Hace falta algo más que un poco de plomo para detener a un hombre del Ajax.

Permanecieron juntos en la oscuridad, escuchando el fino y agudo quejido del viento que se movía entre los árboles y se paseaba por la hierba. Desde los riscos del oeste, un búho reía irracionalmente. Las estrellas eran una red rutilante ensartada en el cielo.

—Eh, Joe —susurró Steve.

—Saca esa botella. Cuando un hombre ha vuelto de entre los muertos, tenemos que brindar por él.

Wicks arrastró los pies, buscando en su bolsillo trasero. El siseo del cristal deslizándose sobre la tela llegó suavemente a través de la noche.

—¡Silencio! —dijo Cornish—. ¡Escuchad!

Se quedaron como congelados en actitud de atención. Primero débilmente, luego más fuerte... el trueno de los cascos de los caballos barriendo el valle.

La voz de Steve casi sollozaba—. ¡Son ellos! Y no tenemos el alambre tendido.

Cornish, escuchando, sintió el frío peso de la derrota cayendo sobre él. Aquellos cascos estaban demasiado lejos hacia el este... evitarían la valla por completo, subirían por el valle para atrapar a los indecisos colonos antes de que tuvieran la oportunidad de luchar.

—Tenemos que rodearlos —gritó y echó a correr. Steve le siguió a trompicones.

—¿Qué haces? —le gritó a Cornish—. ¡Vuelve, tonto! Te aplastarán.

—Tenemos que rodearlos —jadeó Cornish.

—Tenemos que ponernos al este de ellos y abrirles paso.

Salió de los árboles y corrió a campo abierto, con los dientes apretados contra el dolor que le atravesaba el hombro a cada paso. Corriendo una carrera al ritmo de los cascos que atronaban la noche, corriendo una carrera al son de la furia que asolaba el valle.

Detrás de él oyó el golpeteo de los pies de Steve y las respiraciones rápidas y cortas de Wicks.

El suelo se abría bajo sus pies y él se deslizaba por las orillas de Cottonwood, hacia el agua, vadeando la corriente, el agua llegándole a la cintura, la succión de las arenas traicioneras aferrándose a sus pies.

Llegó a la orilla opuesta y trepó entre una lluvia de barro y arcilla desmenuzada, se tumbó boca abajo en la hierba y escuchó, y supo que habían ganado. Los caballos estaban al oeste del arroyo y los habían flanqueado.

Lentamente, con confianza, su mano volvió a la funda y sacó el seis tiros.

—Empieza a disparar en cuanto los veas —susurró.

—Empújalos contra la valla.

El acero brilló a la luz de las estrellas cuando Steve sacó su revólver y Joe Wicks, acomodando su cuerpo tendido en la hierba, se rió entre dientes mientras movía su rifle hacia adelante.

De repente, unas sombras se movían en la orilla opuesta, sombras silenciosas salvo por el golpeteo de los cascos, sombras resaltadas por el brillo de las estrellas en los relucientes cañones de los rifles.

Se oyeron gritos a través del arroyo y el sonido de los cascos se interrumpió, convirtiéndose en un ruido de caballos bramando asustados, como los forcejeos de una bestia de presa herida.

Por encima del ruido de los cascos llegaba otro sonido, el golpe y el estruendo de las ruedas que rodaban rápidamente, el ruido metálico y el tintineo de la caja de un carro que rebotaba. De la oscuridad surgió una blancura como la de un fantasma danzante, una blancura floreciente que bailaba y repicaba un rigodón. Se dirigió directamente hacia el arroyo, se desvió y se arrastró por la orilla.

—Son mis malditos caballos —gritó Wicks—. ¡Huyendo, por Dios! Hubiera jurado que no estaban ahí.

Seis revólveres impactaron en el arroyo y las balas se estrellaron contra el suelo y silbaron entre la hierba donde estaban agazapados los tres hombres. Pero por encima del estruendo de las armas, por encima de los pisotones y los relinchos de los caballos asustados, por encima del ruido sordo de la carreta en marcha, llegaba otro sonido, un sonido como un hilo que se abría paso entre los otros ruidos: el canto agudo de los alambres que se desenrollaban.

—Acabamos de poner unos carretes nuevos cuando tuvimos que dejarlo —dijo Steve.

—Ese equipo los está desenrollando a buen ritmo.

La carreta pasó por la orilla opuesta, los dos caballos corcoveando como animales enloquecidos, los carretes girando en el larguero improvisado en la caja de la carreta.

Agachado, con el arma entre las rodillas, Cornish trabajaba con su única mano buena, introduciendo cartuchos en el cilindro. A su izquierda, el rifle de Wicks se movía a un ritmo constante, mientras que, río abajo, Steve lanzaba un chorro de plomo a las sombras que se arremolinaban.

Las armas de los Tumbling K respondían, escupiendo fognazos que parpadeaban como luciérnagas danzantes en la noche iluminada por las estrellas. Las balas pasaban con un sonido furioso, buscando la muerte volando en la oscuridad, silbando en la hierba.

De repente, Wicks gritó y se tambaleó hacia delante, una figura parecida a la de un oso que se afanaba sobre sus marchitas rodillas. El arma se le soltó de la mano y cayó traqueteando por la orilla del arroyo y Wicks, doblándose, se precipitó tras ella, chocó contra la corriente con un chapoteo y quedó tendido allí, una figura despatarrada y confusa contra el resplandor estrellado del agua.

Cornish bajó tambaleándose por la orilla del arroyo, inclinándose sobre la figura acurrucada de Wicks. En el momento

en que su mano buena se extendía para agarrarlo, Cornish supo que Wicks estaba muerto, que no había vida en aquel cuerpo flácido. Con un sollozo en la garganta, sacó a Wicks del agua, lo tumbó boca arriba y enderezó una rodilla que tenía doblada. El hombre le miró con ojos vacíos que brillaban como estrellas.

Steve bajó a grandes zancadas por la orilla.

—Han chocado contra la alambrada —dijo.

—Han chocado de lleno. Eso los retendrá un rato.

Cornish asintió mudamente.

—Los oí golpear —dijo.

Se enderezó y vio que Steve miraba el cuerpo inerte tendido en la arena.

—Es Wicks —dijo Cornish.

—Le dieron justo antes de entrar en la valla.

Se pasó una mano por delante de los ojos—. ¿Recuerdas, Steve, que dijiste que habría sangre en la alambrada?

Un caballo que corría se acercó al arroyo, galopando salvajemente, luego se desvió y bajó por el valle. Al escuchar, los dos que estaban en el lecho del arroyo pudieron oír el vacío golpeteo de los estribos y supieron que la silla del caballo que corría estaba vacía.

Un único rifle bramó en la oscuridad. Se oyó un grito de rabia y un seis tiros bramó. El rifle respondió y otro se unió. Sonaron varios disparos y un hombre gritó, un grito desgarrador que recorrió el cielo y terminó en un gorgoteo.

—¡Los colonos! —gritó Steve.

—Ya era hora —dijo Cornish, con amargura —de que participaran.

Steve le miró escrutadoramente.

—Significa que hemos ganado —le recordó a Cornish.

Cornish asintió. Sí, significaba que había ganado. Significaba que la orden llegaría de nuevo a Illinois y que los ojos saltarían del cráneo reseco que era la cara de Jacobs. Significaba que los alambres rodearían el valle y dividirían los campos y los pastos. Significaba que el Tumbling K tendría que asentarse y

contentarse con lo que tenía en lugar de correr salvajemente por las tierras de otros hombres.

Porque con los rifles de los colonos apoyando la valla, el Tumbling K estaba acabado. Había hecho su jugada y había perdido. Su carta era demasiado baja.

Pero curiosamente no importaba, ahora. Wicks estaba muerto y había sangre en el alambre. El alambre costó demasiado, pensó. En todo el oeste cuesta más de lo que vale. Porque cada alambrada se paga con sangre y vidas. Porque la alambrada es una revolución y las revoluciones no se hacen sin que alguien salga herido.

Oyó chapotear en el agua, se volvió y vio a Steve vadeando y trepando por la orilla opuesta. Abrió la boca para llamarle, pero el hombre había desaparecido.

Al oeste, a lo largo de la valla, los rifles gruñían y rugían y los seis tiros martilleaban con un repentino y odioso parloteo.

Cornish se volvió lentamente, alejándose de Wicks, siguiendo a Steve a través del arroyo. A mitad del arroyo oyó los pies que corrían en la orilla por encima de él. Entonces el hombre se precipitó por la orilla y cayó al agua con un fuerte chapoteo.

Balbuceando y escupiendo agua, se levantó con dificultad, se metió hasta las rodillas en el arroyo y miró fijamente a Cornish. Alto, anguloso, un gigante que asomaba en la noche.

Cornish le devolvió la mirada, congelado.

—Así que eres tú —rugió Titus.

Con la mano buscaba el cinturón mientras Cornish avanzaba, forzando su cuerpo a través del agua que se resistía con una fuerza que no sabía que tenía. Se lanzó hacia las piernas del hombre que tenía delante.

La luz de las estrellas iluminó el arma cuando salió de la funda y, en ese momento, Cornish golpeó: su hombro derecho se estrelló contra las rodillas de Titus, el brazo rodeó las botas y apretó con fuerza.

El arma estalló en un estruendo mientras Titus caía y se golpeaba contra el borde.

Cornish se lanzó hacia delante, con un gruñido en la garganta.

El pie de Titus subió y retrocedió, y luego salió disparado hacia delante en un golpe despiadado. Cornish intentó agacharse, pero llegó demasiado tarde. La bota le dio en el pecho y le hizo retroceder, con los pies resbalando.

Titus estaba agachado, buscando a tientas la pistola que se le había caído de las manos, y emitía quejidos de prisa y exasperación en la garganta.

Cornish se llevó la mano a la funda... ¡y el arma había desaparecido! La funda estaba vacía a su lado.

Cornish avanzó despacio, con cautela, con el puño preparado.

De repente, el cuerpo de Titus se enderezó.

Cornish levantó el puño rápidamente, sintió la sacudida al golpear la carne y el hueso, sintió el estremecimiento que recorrió el cuerpo de Titus mientras el hombretón retrocedía tambaleándose.

Cornish volvió a golpear una y otra vez, golpes que partían de la punta de las botas y aterrizaban con un impacto que le dejaba el brazo muerto desde el codo hacia abajo; golpes que hacían tambalearse a Titus, lo desequilibraban y lo empujaban, paso a paso, implacable y despiadadamente, hacia el agua.

No era la ira lo que impulsaba a Cornish, ni el miedo, ni la confianza, sino la lógica simple y llana de que era su única oportunidad, de que tenía que acabar rápido con Titus o de lo contrario él mismo estaría acabado.

Con los pies en el agua, Titus se tambaleaba, con las manos arañando el aire frente a él, aturdido por los golpes que habían castigado su cuerpo. Deliberadamente, sin piedad, Cornish le apuntó a la barbilla.

El golpe fue seco y Titus se hundió en el agua con un chapoteo.

Cornish dejó caer el brazo a un lado, sintió el escozor de los cortes en los nudillos, sintió el dolor sordo y muerto que recorría los músculos maltratados.

—Más sangre para el alambre —pensó Cornish, con tristeza.

Lenta y dolorosamente, le dio la espalda al arroyo y trepó por la orilla.

A lo lejos, hacia el oeste, se oía el ruido sordo de los cascos, pero aparte de eso, el valle estaba en silencio. Las armas no sonaban y los hombres se habían ido. El Tumbling K había sido derrotado.

Cornish se tambaleó hacia adelante.

—¡Cornish!

—Aquí estoy —respondió débilmente.

Vio llegar a Molly a través de la penumbra y se detuvo a esperarla.

Por la expresión de su rostro y sus brazos extendidos, Cornish supo que su lucha no había sido en vano.

FIN

¡LOS BUENOS COLONOS SON LOS COLONOS MUERTOS!

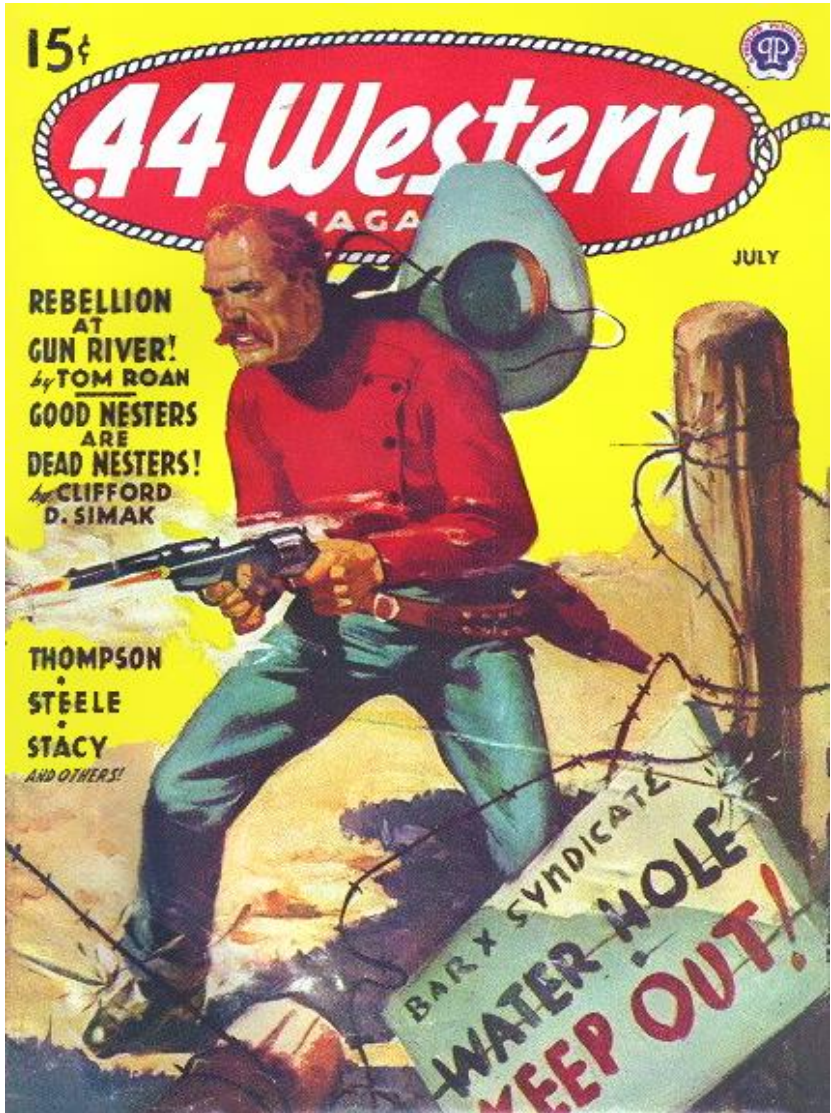


Este relato se publicó originalmente en el número de julio de 1945 de .44 Western Magazine, y estoy seguro de que no fue Clifford D. Simak quien le puso el título de “¡Los buenos colonos son los colonos muertos!” Los diarios de Cliff son razonablemente completos para el período en que se escribió este relato, y ese título nunca aparece en ellos.

Pero al revisar esos diarios, he observado que dos de los westerns de Cliff parecen buenos candidatos para haber pasado por la metamorfosis de nombres a la que me refería: un relato que Cliff tituló “Hate Ramrods a Lobo Range” por el que le pagaron 125 dólares en 1945, y otro titulado “Sixguns Write the Law” por el que recibí 177 dólares en 1944. Este último relato parece el mejor candidato, ya que el héroe de “Good Nesters” es un abogado de frontera. Además, aunque no sé a quién se envió “Hate Ramrods a Lobo Range”, “Sixguns Write the Law” se envió a Popular Publications, que era la empresa que publicaba la revista .44 Western Magazine.

Y esto va a sonar extraño, pero... lo que más se me queda grabado de esta historia es que el héroe, Crane, no deja de equivocarse; no es el tipo de héroe que lo acierta todo desde el principio.

David W. Wixon



Good Nesters are Dead Nesters!
.44 Western Magazine – Julio 1945 (Orig.1944)

CAPÍTULO UNO

HOMBRE DE LEYES, ¡FUERA!

No se movió, se quedó sentada en el umbral de la choza del colono y miró con ojos hundidos el vacío de Coyote Flats.

Por fin habló:

—Llegó a caballo y le disparó —y su voz se quebró por el dolor y el cansancio de la derrota total.

Chester Crane se bajó del gran ruano y se quedó un momento mirando a la mujer y a la figura tendida en el suelo polvoriento.

La mujer volvió a hablar y su voz era impersonal, monótona, como si el hombre arrugado que yacía allí fuera alguien a quien nunca hubiera visto antes.

—Nunca hizo nada. Sólo intentábamos construir un hogar. Y entonces apareció ese hombre....

Se le quebró la voz, pero su rostro permaneció inmutable: un rostro demacrado y macilento que parecía privado de vida.

Una niña se acercó tímidamente a la puerta de la cabaña y se quedó de pie junto a la mujer, mirando a Crane con sus grandes ojos azules, como los de un búho.

—¿Cuándo ocurrió? preguntó Crane.

Ella pareció verlo por primera vez, mirándolo con ojos que eran grandes huecos en su rostro apergaminado.

—¿Dices que se llama Crane?

—Así es —le dijo Crane.

—Fiscal del condado de Wildcat City. Pasaba por aquí...

—¿Eres un hombre de leyes?

—Algo así —dijo Crane.

—Verá, yo...

Por primera vez su voz se convirtió en habla humana, perdió aquel vacío hueco:

—¿Por qué no ponéis fin a estas cosas? ¿Por qué dejan que nos maten? No hemos hecho nada. Tenemos derecho a estar aquí. No hacemos daño a nadie. No está bien que la gente venga y nos mate. Como si fuéramos perros...

Su voz se quebró de nuevo y por un momento Crane pensó que iba a llorar, casi deseó que lo hiciera, porque aquello no era natural. Era antinatural que una mujer estuviera sentada en el umbral de una puerta sin una sola lágrima y su hombre muerto en el patio a menos de seis metros de distancia.

Crane cruzó el patio y se agachó para levantar al muerto. El chaleco, vio, estaba teñido de sangre, y había un agujero irregular por donde la bala le había salido por la espalda. A Jack Robinson le habían disparado a quemarropa con un arma pesada.

El cuerpo era robusto y Crane se tambaleó con su peso. La mujer se hizo a un lado para dejarle pasar.

Dentro, la choza era de una pobreza miserable. Una estufa, a la que le faltaba una pata, estaba apoyada en una piedra. En el centro de la habitación había una mesa desvencijada. Debajo de ella había varias cajas que hacían las veces de sillas. En una esquina de la habitación había una litera casera.

Con cuidado, Crane colocó el cadáver sobre la litera, levantó la mano, cogió un impermeable de una percha y lo extendió sobre el cuerpo. Las maltrechas y gastadas botas del muerto sobresalían grotescamente por debajo del abrigo.

La señora Robinson había entrado y estaba de pie junto a la mesa. La niña estaba acurrucada contra ella, agarrada a la falda.

—¿Qué más puedo hacer por usted? —preguntó Crane.

—Podría prepararle la carreta y llevarla a casa de un vecino.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo tiene que parar en algún sitio y contarles lo que ha pasado. Vendrán a ayudarme.

—Otra cosa —dijo Crane—. ¿Vio usted al hombre que lo hizo?

Ella asintió.

—Se llama Charley. Trabaja para el “Rancho O”.

—¿Pelirrojo?

Ella asintió y por primera vez Crane vio el brillo de las lágrimas mientras lo miraba.

—Ese debería ser Charley Kirk —dijo Crane.

—Nunca supe su apellido —le dijo ella.

—Pero, ¿qué va a hacer? —preguntó Crane.

—No puede quedarse aquí.

—No lo sé, señor —dijo ella.

—No lo he pensado. Parece que no hay nada que pueda hacer.

Ya no había brillo en sus ojos y su rostro era de nuevo una máscara, una máscara tensa y terrible, grabada con una soledad y una desesperación demasiado profundas para las lágrimas, demasiado profundas para cualquier cosa que no fuera el entumecimiento.

—Lo siento —dijo Crane.

—Haré todo lo que pueda.

Pero fue casi como si ella no le hubiera oído.

Sobre su caballo, Crane miró hacia atrás. La mujer estaba sentada de nuevo en el umbral y la niña se había subido a su regazo. Ambas miraban la llanura.

La cabaña más cercana era una mancha en el horizonte y Crane lanzó el caballo al galope en dirección a ella.

—Dios mío —se dijo Crane —no es humano.

Casi increíble. Increíble que un matón, incluso Charley Kirk, cabalgara y matara a un hombre sin provocación.

Más increíble aún porque Charley trabajaba para el “Rancho O” del viejo John Fenton. Fenton, se dijo Crane, podía ser intratable y de mano dura, pero no era el tipo de hombre que enviaría a un asalariado a matar por él. Si Fenton hubiera querido matar al colono, lo habría hecho él mismo.

Y otra cosa que Crane no podía olvidar era que el viejo John Fenton era el padre de Betty Fenton.

Nick Gulick estaba encaramado a la barandilla superior de un desvencijado corral cuando Crane detuvo su caballo junto a la choza. El humo del cigarrillo de papel marrón que colgaba de su boca se dirigía hacia el ojo izquierdo de Gulick.

—¿Qué tal, Crane? —dijo, y había un carraspeo en su voz que puso los nervios de punta a Crane.

—¿Pasa algo en casa de Robinson? —preguntó.

—Oí uno o dos disparos.

—Han matado a Robinson —respondió Crane.

—La señora Robinson me pidió que pasara y se lo hiciera saber.

Gulick estaba sentado en silencio en la valla, como un cuervo posado, con el sombrero negro calado sobre los ojos.

—Tendremos que pensar en algo para la señora Robinson —dijo Crane.

—Parece que no le quedan más que una o dos comidas para comer en la casa. Y ella está ahí sentada...

Gulick escupió con furia en el polvo.

—Tenemos que hacer algo por todos nosotros —dijo.

—Esos malditos vaqueros actúan como si fueran los dueños del territorio. Una buena dosis de plomo es lo que necesitan.

—Quería hablarte de eso —dijo Crane.

—Estoy tratando de conseguir que algunos de los muchachos vengan a una reunión en la corte esta noche. Hablaremos de esto. A ver si podemos encontrar la manera de que os llevéis bien.

Una sonrisa amarga torció el rostro de Gulick.

—Olvídate de la reunión, amigo—. Palmeó la pistola hundada que colgaba de su costado.

—Te equivocas, Gulick —le dijo Crane con sobriedad.

—Más asesinatos no es la respuesta a lo que está mal. Empiecen una guerra de alcance y todos ustedes serán aniquilados. Eso es lo que intento evitar.

—Nos encargaremos de esto nosotros mismos, ¡el tipo que mató a Robinson caminará sobre el aire!

Las palabras de Crane eran frías y cortantes:

—Te lo advierto, Gulick. Vosotros haced un trabajo de cuerda y os llevaré dentro y haré todo lo posible para que os condenen.

—Señor —gruñó Gulick— está estropeando la vista. Fuera de aquí. ¡Váyase pronto!

—Está bien —le dijo Crane.

—Es tu tierra.

Hizo girar el ruano y se dirigió hacia el oeste.

De qué sirve, pensó. Cuando hasta los colonos se sienten así, de qué sirve intentar arreglar la situación. Los ganaderos se mostrarían intransigentes, por supuesto, porque pensaban que la tierra les pertenecía por derecho y tenían armas para respaldar su opinión. Pero los colonos eran otra cosa. Labradores, granjeros, roturadores... no eran combatientes.

Crane sacudió la cabeza, sintiendo el cansancio del día sobre él. Había cabalgado desde la mañana, de rancho en rancho, de choza en choza, para contar lo de la reunión. Y en casi todas partes la respuesta había sido la misma. Evasivas corteses, burlas abiertas, escepticismo absoluto.

Había algo malo, algo mortal, algo siniestro que acechaba la pradera.

El sol estaba bajo en el cielo cuando Crane llegó al corto tramo de sendero que atravesaba las tierras baldías antes de subir a la llanura más alta y luego a Wildcat City.

Bajaba a su encuentro una figura agitada montada en una mula.

Crane se hizo a un lado cuando el jinete se acercó a él.

—Hola, Sam —dijo Crane.

Sam Lee, el cocinero chino del “Rancho O”, le sonrió.

—Le echas de menos —dijo.

—Missy, está en la ciudad.

—¿Pasa algo? —preguntó Crane—. ¿Pasó algo en el rancho?

—El jefe dice que el rancho no es lugar para ella —le dijo Sam.

—Dice que pronto se desatará el infierno.

Golpeó las costillas de la mula con los talones y las enormes mangas de su chaqueta ondearon grotescamente.

—Volver rápido —explicó.

—Otra vez cena tarde y meten a Sam en el establo de los caballos.

Las orejas de la mula se movieron, sus patas se agitaron y Sam

Lee se alejó por el sendero.

Crane sostuvo su caballo mirando tras él y le gritó.

—A esa velocidad, seguro que te hunden.

CAPÍTULO DOS

¡LA PUERTA ESTÁ ABIERTA!

El sheriff Ed Lyon estaba cabizbajo y disgustado. Pesadamente, sacó los pies del escritorio y los dejó caer al suelo.

—Esto sí que es un infierno —dijo.

—Justo cuando me estaba preparando para unos años confortables.

—Pediré una orden —dijo Crane— y tú traerás a Charley.

El sheriff Lyon se acarició el bigote.

—Caray, no sabes lo que pides. Puede pasar cualquier cosa. Alguien podría estar tendiéndome una trampa...

—No te estarán vigilando —señaló Crane— porque no te esperan.

—Mira —argumentó el sheriff —pongámoslo de esta manera. Digámosle a Charley que nos gustaría verle. Tal vez, después de todo, no fue él quien lo hizo. No puedo creer lo que dice una mujer. No, señor, nada. Todas son muy frívolas.

Crane golpeó el escritorio con el puño—. ¡Te vas y traes a Charley contigo! Ese país es un barril de dinamita y si Kirk se sale con la suya en un asesinato, es probable que haya muchos más.

El sheriff se puso en pie encogiéndose de hombros.

—Aunque ibas a arreglarlo pacíficamente —dijo acusadoramente—. Hablabas de una reunión, de juntar a todos los muchachos...

Crane sacudió la cabeza.

—Me temo que se esfumó. No habrá más de cinco o seis.

Bartley era el único que parecía interesado.

El sheriff Lyon eructó de buen humor.

—Buen tipo, ese Bartley. Aunque sea del este. Se lleva bien con todos. Les cae bien a todos. Incluso prestó dinero a sus vecinos cuando el banco se los negó.

—¿Dónde lo encontraré —preguntó Crane— cuando tenga la orden de arresto?

—Abajo, en el Silver Slipper —le dijo el sheriff.

—Tengo que fortificarme.

—Asegúrate —advirtió Crane— de que no estés como una cuba.

—Un hombre no puede ir de sheriff sin tomarse un trago — declaró Lyon.

Girando sobre sus talones, Crane salió por la puerta y bajó los escalones.

Había anochecido y salían las estrellas. Los negocios de la calle arrojaban una luz naranja y amarilla sobre la acera. La ciudad parecía casi desierta.

Crane maldijo en voz baja, pensando en el sheriff. Lo más probable era que el viejo loco fuera al Silver Slipper a emborracharse y luego lo utilizara como excusa para no salir.

Dos golpes en contra antes de empezar, se dijo Crane. Un sheriff que no vale ni la pólvora para mandarlo al infierno y una extraña corriente subterránea en la pradera, una corriente subterránea que arrastra a ganaderos y colonos hacia un holocausto de odio.

Es curioso, pensó. Hay algo que no se puede identificar. Un factor oculto...

Subió dos peldaños hasta su despacho, encima del banco, y se detuvo asombrado al ver la luz que se filtraba por la puerta abierta.

Un hombre grande como un oso estaba sentado en una silla inclinada en un rincón y una chica estaba en la silla detrás del escritorio.

La silla de John Fenton se inclinó hacia delante y bramó a

Crane:

—Pase, joven, pase.

Crane sonrió.

—Hola, John —dijo.

Saludó a la chica con la cabeza—. Me encontré con Sam en el camino. Me dijo que estarías aquí.

Ella le sonrió.

—Tienes una bonita oficina, Chet. Es la primera vez que la veo.

No era bonita, Crane lo sabía, pero le agradaba oírlo decirlo. Algún día, tal vez, sería un lugar agradable, con estanterías de libros de derecho y sillones de cuero y un escritorio que no estuviera todo mellado estropeado y quemado por cigarrillos olvidados.

John Fenton estaba sentado en su silla, con las piernas abiertas y las manos apoyadas en las rodillas. Llevaba la cadena de su reloj de oro enganchada en la barriga y el pañuelo que llevaba al cuello se había deslizado hacia un lado. La única pistola que llevaba estaba colgando junto a la silla.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo.

—Tengo que volver. Sólo he venido a hablar contigo.

—Esperaba que te quedaras a la reunión —le dijo Crane.

Fenton negó con la cabeza.

—Por eso estoy aquí. Empecé a darle vueltas después de que te hubieras ido. Mejor olvídate de la reunión, hijo.

—¿Pero por qué? —preguntó Crane.

—Seguro que quieres....

—Claro que sí —le dijo Fenton.

—Claro que me gustaría que se resolviera sin armas de fuego. Pero no es posible. Va a suceder, hagas lo que hagas. Y te haces daño a ti mismo mezclándote en el asunto. La gente no lo entenderá. Los colonos pensarán que estás del lado de los rancharos y los rancharos jurarán que estás del lado de los colonos. No puedes ganar de ninguna manera, tienes que mantenerte al margen.

—John, no puedo hacer eso —dijo Crane lentamente.

—Si lo hiciera estaría abandonando mi trabajo. La gente de este condado me eligió para ayudar a mantener la paz. Y eso es lo que voy a hacer. Cuando matan a un hombre, eso es asesinato. Puede que tú lo veas de otra manera, pero para mí es asesinato.

La cara de Fenton enrojeció y su mandíbula se desencajó.

—Eres un maldito idiota —gritó—. ¡Vengo aquí a intentar explicártelo todo y tú me sermoneas así!

—Gracias por tus buenas intenciones, de todos modos —dijo Crane.

—Vendrán aquí y te echarán a patadas —gritó Fenton.

—Si interfieres...

Crane le respondió enfadado—. ¡Interferir! ¿Quieres decir que no vas a permitir que nada interfiera en esta pequeña guerra que estás preparando? ¿Crees que tienes derecho a salir y disparar a los colonos?

—Todavía no han matado a ninguno —gruñó Fenton.

—Disparado, tal vez, y amenazado algunos.

—A uno de ellos le dispararon esta tarde —dijo Crane— y estoy preparando una orden de arresto contra el hombre que lo hizo.

Fenton le miró fijamente, ciego de rabia.

—Kirk —dijo Crane, lentamente.

—Charley Kirk, uno de sus hombres.

Fenton se levantó furioso.

—No me lo creo, Crane.

Crane se encogió de hombros.

—Tengo un testigo ocular que declarará ante el tribunal.

—Estás loco —chilló Fenton.

—Nunca lo arrestarás.

—Pero lo haré —le dijo Crane.

—Encárgate de que esté allí cuando Lyon vaya a por él. Te hago responsable de que esté allí. Y asegúrate de que Lyon vuelva. No quiero que le pase nada.

Fenton apretó sus puños golpeados por el tiempo y duros como

rocas.

—Si no fuera por mi hija, te daría...

—¡Padre! —dijo Betty suavemente.

—Padre, cálmate. Los dos deberíais estar avergonzados.

Fenton giró bruscamente sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. Crane se giró para mirar a la chica.

Sacudió la cabeza.

—Supongo que no se puede evitar. Siento que haya tenido que ser con tu padre.

—Debes de estar muy ocupado —le dijo Betty— librando esa orden.

Rodeó el escritorio y se dirigió hacia la puerta. Crane se quedó mirando cómo se iba, escuchó sus pasos por el pasillo y las escaleras.

Crane caminó detrás del escritorio y se sentó lentamente.

Dios mío, pensó, no puede ser Fenton. No puede ser Fenton quien está detrás de todo esto. Y, sin embargo, había sido uno de los hombres de Fenton quien había matado a Robinson.

Abrió un cajón, seleccionó el formulario adecuado, lo dejó sobre el escritorio y cogió la pluma.

Media hora más tarde, Crane encontró al sheriff Lyon empujando el codo en el Silver Slipper, lo subió a un caballo y lo encaminó en la dirección correcta. Luego se dirigió al único restaurante del pueblo para comer algo.

Había caído la noche cuando salió del restaurante y se dirigió hacia el juzgado. El pueblo estaba tranquilo, silencioso y extrañamente vacío.

Una figura oscura se levantó de la escalinata del juzgado y le hizo sitio. Crane se sentó y lo miró fijamente.

—Bartley —dijo.

—Me alegro de que haya venido. No te pareces a ninguno de los otros.

La pequeña brisa nocturna agitaba el árbol solitario que se erguía en el patio del juzgado. Desde las tierras baldías llegaba el ulular de un búho.

Bartley se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo.

—Yo no le daría más vueltas —dijo.

—Hiciste lo que pudiste. No es culpa tuya haber fracasado. Estos hombres, cada uno de ellos, están obsesionados con la convicción de que tienen razón. Los ganaderos llegaron aquí primero, tomaron la tierra y la conservaron, creyendo que era suya.

—Y ahora el gobierno les dice que no lo es. Les dice que pertenece a cualquiera que quiera instalarse en ella y cumpla los requisitos establecidos por la ley de colonización. Así que los ganaderos se hacen a un lado y ven cómo les arrebatan sus pozos de agua, cómo el arado revuelve la hierba de la que se alimentaba su ganado.

Crane asintió, escuchando el suave hablar del hombre que se sentaba a su lado.

—Si alguien pudiera reunirlos y hacerles entrar en razón —dijo.

—No hay ninguno de ellos que sea malvado. No hay ni un solo asesino entre todos ellos.

Bartley volvió a ponerse las gafas.

—Lo sé —dijo.

—Es sólo que cada uno piensa que tiene razón. El colono sabe que tiene razón porque está respaldado por la ley y el ganadero sabe que tiene razón porque está convencido de que la ley está equivocada.

Permanecieron sentados en silencio, escuchando el viento en el árbol solitario y el búho en las tierras desoladas.

Finalmente, Crane se inquietó.

—Supongo que no vendrá nadie —dijo.

—Debería haber sabido que no vendrían.

De repente, unos cascos resonaron desde el otro extremo de la calle y se acercaron.

Crane se puso en pie de un salto.

Un caballo desbocado bajaba por la calle en medio de una nube de polvo, con un hombre que se balanceaba agarrado a la silla.

Mientras observaba, Crane vio al hombre tambalearse, casi caer, agarrarse al asta de la silla y mantenerse sentado.

De un salto, Bartley salió a la calle y se abalanzó sobre el animal, que huía. La mano se cerró y tiró salvajemente, haciendo girar la cabeza del caballo. Los talones de Bartley se clavaron en el polvo, dejando largos surcos.

El hombre de la silla se balanceó, se dobló por la mitad, agarró el asta y falló.

Crane corrió a su encuentro y lo ayudó a bajar.

Se agachó y miró el rostro sudoroso, sintió la sangre pegajosa que se filtraba a través de la camisa manchada de polvo.

El hombre le graznó.

—Se ha desatado el infierno —dijo.

—Aquí —le gritó Crane a Bartley.

—Ayúdame con él.

Bartley soltó al caballo y el animal trotó calle abajo y luego se detuvo, arrastrando las riendas.

—Es Gamble —dijo Bartley en voz baja.

—Gamble, del Lazy M.

Los hombres corrían por la vereda, y cruzaban la calle a la carrera.

—Tendremos que llevarlo al médico —dijo Crane.

—Se ha perdido todo —les susurró Gamble.

—Todo se ha perdido. Pajares ardiendo. Edificios desaparecidos...

Crane miró a Bartley.

—Ha comenzado —dijo Bartley.

Crane se enderezó y se dirigió a los hombres que formaban un círculo a su alrededor.

—Llévenlo al médico. Tengo trabajo que hacer.

Bartley ya corría calle abajo, con sus largas piernas bombeando como dos pistones, las pistolas agitándose en sus caderas.

Una mano cogió la manga de Crane y éste se dio la vuelta.

Betty Fenton, con el chal atado a la cabeza, le miró.

—¿Qué ha pasado, Chet? —gritó—. ¿Quién era?

—Era Gamble —le dijo Crane.

—Estaba herido.

Empezó a alejarse y ella corrió tras él.

—Chet, ¿adónde vas?

—A ver a tu papá —dijo él.

—Tal vez pueda hacerlo entrar en razón. Tal vez pueda detener esto.

—Voy contigo—. Su voz era casi sollozante.

Él giró sobre sí mismo y la miró.

—Tú te quedas aquí —dijo con gesto adusto.

—Pero, Chet...

Dio media vuelta y corrió hacia el despacho. Tenía que coger su pistola y llegar a la caballeriza tan pronto como el Señor lo permitiese.

CAPÍTULO TRES

MUERTE AL INVASOR

En el punto donde la llanura se adentraba en el espolón de las tierras baldías, Crane detuvo el corcel. Se sentó y miró el negro golfo que era Coyote Flats.

Una oscuridad salpicada de pequeñas manchas rojas.

La luna estaba justo por debajo del horizonte oriental y extendía un tenue resplandor por el cielo del este. Pero el resplandor lunar no era la única luz. Otros resplandores se reflejaban en el cielo: luces rojas y furiosas que marcaban los emplazamientos de ranchos y granjas.

Pajares en llamas, edificios en llamas, casas en llamas. El rápido chasquido del rifle en la noche, el repentino toser de un arma oculta, y luego el rodar de los cascos de vuelta a la negrura.

Sólo tenía una pequeña oportunidad de hacer su jugada. Era el momento de llevar su mano al límite. Si fracasaba, mañana tendría que pagar un infierno, porque esto era sólo el principio.

Esta noche se trataba de edificios y algunos tiroteos, pero mañana llegaría la venganza, cuando hombres de labios sombríos cabalgaran para exigir una revancha sangrienta por las cenizas que habían sido sus hogares.

Crane comenzó a descender por el sendero, adentrándose en la oscuridad de las fantásticas tierras baldías, yendo despacio, abriéndose camino, con paso ligero como un gato.

Crane oyó lo que podría haber sido un disparo. El caballo retrocedió y se detuvo. Crane se inclinó hacia delante, mirando fijamente en la oscuridad. Algo se movió allí, más allá de la cabeza del caballo, y su mano bajó para empuñar la pistola enfundada.

—¿Crane?

—Así es —dijo Crane—. ¿Quién es usted?

—Sólo uno de los muchachos —dijo la sombra, y las palabras tenían un sonido áspero que puso los nervios de punta a Crane.

—¿Qué quieres? —preguntó Crane.

—Sólo advertirte —dijo la voz ronca.

—Hasta aquí has llegado. Será mejor que te des la vuelta.

De repente, Crane reconoció al hombre. Era el mismo que le había echado de su tierra: Gulick, el colono.

—Tengo un arma —dijo Gulick— y no estoy para tonterías. Será mejor que des la vuelta y regreses a Wildcat.

La mano de Crane apretó la pistola, sacándola de la funda.

—Gulick, voy a pasar. No intentes detenerme.

La voz del colono se elevó a un chillido agudo.

—Te lo advierto...

Crane azuzó al ruano con las espuelas y tiró de las riendas. El caballo saltó y embistió con violencia la sombra que le cerraba el paso.

Gulick gritó y el ruano se precipitó por el sendero, tropezando en la oscuridad, recuperando el equilibrio.

Un rifle rugió desde lo alto y Crane, agachado, con la cara casi pegada a las crines ondeantes del caballo, oyó el hosco zumbido de la bala sobre su cabeza. El rifle habló una y otra vez, agitándose con un quejido mortal mientras Gulick accionaba la palanca.

El ruano se frenaba con saltos de patas rígidas, giraba en una curva, bajaba a galope una pendiente, cruzaba un arroyo y trotaba por una subida.

Crane estaba perplejo. ¿Por qué iba Gulick a tenderle una trampa? Si alguien tenía que considerarlo su amigo eran los colonos, porque en otras zonas los ganaderos se habían levantado y habían expulsado a los colonos sin que la ley ni siquiera levantara las cejas. Él había intentado ayudarles.

Alguien debía haber apostado a Gulick allí. Esa era la única respuesta. Alguien que quería que esta guerra comenzara y se llevara a cabo hasta su amargo final. Alguien que sacaría provecho de ello.

La mente ocupada de Crane buscó respuestas, pero no encontró ninguna. Sólo un muro de contradicciones. Alguien que quería ver la región estallar en una guerra encarnizada había apostado a Gulick allí, y lo había apostado porque sabía que Crane cabalgaría en esa dirección.

El ruano se sobresaltó de repente y se apartó del camino.

—¿Algo te asusta, muchacho? —preguntó Crane, y entonces lo vio, la mancha de negrura que yacía junto al sendero.

Durante un largo momento, Crane sostuvo el caballo con la mirada fija en aquella cosa. Luego, lentamente, se bajó de la silla, se acercó y se arrodilló.

Vio que era un hombre, pero la oscuridad ocultaba su rostro. Buscó una cerilla, pasó la cabeza de azufre por la uña del pulgar y sostuvo la llama en la mano.

La luz parpadeó, proyectando pequeñas sombras. Lentamente, Crane la bajó hacia el rostro del hombre que yacía en el sendero, jadeó ante lo que vio.

El rostro muerto del sheriff Ed Lyon le devolvía la mirada y las sombras danzantes de la cerilla parpadeante hacían parecer que los labios del sheriff se retorcían, de modo que parecía que intentaba hablar.

La mano de Crane tembló y la cerilla se apagó. Buscó otra a tientas, tardó largos segundos en encontrarla y la chasqueó con el

pulgar.

El sheriff estaba muerto. No cabía duda. Tenía un pequeño agujero azulado justo encima del ojo izquierdo.

Y mientras contemplaba el rostro ceniciento, Crane recordó lo último que le había dicho el sheriff:

—No sabes lo que pides. Puede pasar cualquier cosa. Podrían estar tendiéndome una trampa.

Algo agarró a Crane por la manga. De la oscuridad salió un sonido agudo, como un látigo restallando cerca.

La llama de la cerilla saltó y revoloteó, luego se apagó y el rifle volvió a hablar, con el fogonazo brillando desde el otro lado del barranco.

Crane se echó de costado, empuñando el arma.

El rifle carraspeó de nuevo con una tos furiosa y los guijarros saltaron y traquetearon donde había impactado la bala.

Agazapado en la ladera bajo el sendero, Crane levantó el arma y apretó el gatillo, disparando al punto negro donde había estado el fogonazo.

Pero incluso mientras disparaba, Crane supo que el hombre del rifle ya no estaría allí, que en algún lugar de la oscuridad se estaba acercando a gatas, corriendo por el talud de la ladera.

Crane se puso en pie de un salto y subió tambaleándose la pendiente hacia el sendero. Unos cascos pisotearon por encima de él y se dirigió hacia el sonido, chocando contra una pared peluda que le relinchó.

Aferrándose a la silla de montar, Crane la encontró, sintió que el caballo se encabritaba mientras él se balanceaba hacia la silla.

Agachado, Crane esperó el chasquido del rifle de Gulick, pero éste no llegó.

Media milla más adelante, el sendero abandonaba las tierras baldías y salía a Coyote Flats. El cielo del este era un poderoso farol con la luna justo detrás de las colinas más lejanas y al sur se alzaban las llamas sobre un pajar que se enroscándose hacia el cielo. Mientras Crane observaba, las llamas se apagaron y se convirtieron en una brasa que brillaba en la oscuridad.

El ruano se estiró, contento de dejar atrás las tierras baldías. Crane vigilaba atentamente la noche. Había jinetes en las llanuras que dispararían a todo lo que se moviera y no tenía sentido arriesgarse.

Desde el norte llegó una andanada de disparos, diluidos por la distancia y el viento.

El terreno se quebró de nuevo y Coyote Flats quedó atrás. Justo delante estaba el “Rancho O”.

Crane bajó el gran ruano por un barranco y aminoró la marcha. Se dijo a sí mismo que no debía precipitarse. Cualquiera que lo hiciera esta noche se lo buscaba.

El bosque se acabó y Crane detuvo bruscamente el caballo. Los edificios del rancho habían desaparecido y en su lugar se elevaban pequeñas volutas de humo a la luz de la luna.

A Fenton le habían quemado todo y eso significaba que no había ninguna posibilidad en el mundo de obtener ayuda de él. Ni el infierno impediría que el viejo ranchero acabara con todo colono que se le pusiera por delante.

Crane estaba sentado en la silla, mirando los montones de cenizas, y los tres cuerpos tendidos entre lo que había sido la casa y el granero.

El olor a humo de leña era muy fuerte en las fosas nasales de Crane y la luz de la luna daba al lugar un aspecto fantasmagórico.

Lentamente bajó del ruano, caminó hacia los tres cadáveres uno a uno, mirándolos fijamente, con la aprensión y la fuerte sensación de derrota creciendo a cada paso que daba. Si uno de estos hombres fuera John Fenton...

Pero ninguno de ellos lo era. Reconoció a uno de ellos como un trabajador del “Rancho O”, los otros dos eran desconocidos.

Todo había terminado, lo sabía. Todo había terminado en lo que a él concernía. Más le valía volver a la ciudad y quedarse allí. No podía hacer nada más.

Un suave sonido le hizo girar sobre sí mismo y llevar la mano a su arma. Pero no había nada. Las cenizas yacían bajo la luz de la luna y los tres muertos miraban sorprendidos al cielo.

Con la pistola a medio desenfundar, regresó al ruano, con la piel de gallina en la espalda.

Con los hombros encorvados, se sentó en la silla y pensó, con la mente confusa y agitada.

Se irguió al oír un nuevo sonido, el lejano ruido de cascos que atravesaban el bosque del barranco. Unos cascos que se acercaban rápidamente.

Crane giró el corcel, desenfundó el arma y esperó. Un caballo corriendo salió del bosque y se dirigió hacia él, y la luz de la luna convirtió la cabeza del jinete en una lluvia de oro fundido.

—¡Betty! —gritó Crane.

Ella gritó y se detuvo bruscamente.

Crane se adelantó y agarró la brida de su caballo. La muchacha apenas le vio. Se quedó congelada en la silla, mirando las ruinas.

—Betty —dijo en voz baja, y ella lo miró con los ojos muy abiertos por el terror.

—Esos hombres —gritó—. ¡Esos hombres en el suelo!

Él sacudió la cabeza.

—Nadie que conozcamos.

Vio que el alivio inundaba su rostro.

—¿Papá? —preguntó ella.

—No está aquí —le dijo Crane.

—No hay nadie.

Unos pies se movieron detrás de él y Crane se dio la vuelta. Sam Lee trotaba hacia ellos, con las zapatillas golpeando el polvo y las amplias mangas ondeando.

—Señorita, señorita —gritaba con un chirrido agudo—. ¿A qué has venido?

—Tenía que venir —le dijo ella.

—Me enteré de los problemas y tuve que venir.

Crane, observándola, vio que estaba a punto de llorar.

—No debiste hacerlo —le dijo, casi enfadado.

—Para eso te llevé tu padre a la ciudad. Para que no estuvieras aquí cuando empezara el tiroteo. Quería quitarte de en medio, tenía miedo....

Un pensamiento repentino lo asaltó—. ¿Viniste a través de las tierras baldías?

Ella asintió.

—¿No había nadie allí? ¿Nadie te detuvo?

—No vi ni un alma —dijo ella.

Extendió la mano y le agarró la manga.

—Oh, Chet, míralo.

Crane se sentó, mirando las cenizas que habían sido una casa de rancho, los ojos apagados del fuego aún le alumbraban. A su lado, la chica sollozaba en voz baja.

—Todo se ha perdido —dijo.

—Pobre papá. Pobre papá.

—Volverá a reconstruirse —le dijo Crane, tratando de ser reconfortante.

—Ya ha superado cosas peores que ésta.

—Pero no tenemos dinero, Chet —protestó la muchacha.

—El otoño pasado papá contaba con una buena cantidad de ganado pero había mucho menos de lo que esperaba.

—Cuatrerros —dijo Crane, recordando cómo se habían limpiado las praderas.

—Colonos —corrigió ella y su voz era amarga con la salvaje amargura de cualquier ganadero.

Crane se removió en su silla de montar.

—No podemos quedarnos aquí —dijo— y el pueblo está muy lejos. Esta sierra está llena de hombres y armas.

La muchacha guardó silencio.

—Bartley nos alojaría —dijo Crane— si aún tiene un sitio.

Hizo girar su caballo y la muchacha lo siguió. Rápidamente los caballos trotaron hacia el bosque.

Una vez fuera del bosque, el campo se inundó con la luz de la luna fundida. La noche era tranquila y no dejaba entrever la presencia de fuerzas salvajes.

Crane y la muchacha cabalgaron en silencio, en dirección a la extensión de Bartley. Betty sollozaba en voz baja por momentos, recordando la devastación que había asolado el “Rancho O”.

Crane estaba pensativo, con la barbilla hundida en el pecho.

Se había equivocado al sospechar que Fenton era el hombre que estaba detrás de la guerra en la pradera, admitió para sí mismo. No podía haber mejor prueba de ello que el rancho incendiado.

Los edificios de Bartley seguían en pie, aunque dos pajares aún ardían, el fuego humeante atenuado por la pesada pila de ceniza.

Crane y la muchacha cabalgaron lentamente ladera abajo hacia el rancho. Un jinete salió de los graneros y se acomodó en su silla esperándoles.

—¿Quién es? —gritó.

—Crane y Betty Fenton. ¿Eres tú, Nordby?

Frank Nordby, el capataz de Bartley, espoleó el caballo hacia adelante.

—¿Qué está pasando en la pradera? —preguntó.

—El lugar de Fenton está arrasado —le dijo Crane.

—No sé nada de los otros. Vi algunos incendios cuando venía.

—Intentaron atacarnos —dijo Nordby— pero los estábamos esperando. Hicieron un par de incendios, pero los ahuyentamos antes de que llegaran a los edificios.

Se dirigió a Betty.

—Siento, señorita, lo de su casa.

Crane dijo:

—Pensamos que Bartley nos dejaría quedarnos aquí hasta mañana. Es un largo viaje de regreso al pueblo.

—Claro —dijo Nordby.

—Con mucho gusto. Está en la casa. Pídele a mi mujer que te prepare algo de comer.

Se detuvo cuando llegaron frente a los graneros.

—Tengo que quedarme aquí —dijo.

—Algunos de los chicos me están ayudando a vigilar. Tú sigue adelante.

A la sombra del granero del heno, una cerilla brilló brevemente mientras encendía un cigarrillo. Una voz de hombre refunfuñó y luego una risa corta y despiadada.

Nordby se alejó y Crane y la muchacha cabalgaron hacia la casa del rancho.

—Chet —susurró Betty.

—¿Qué pasa?

—Ese hombre que reía. Sonaba como Charley Kirk.

—Charley-Debes estar equivocada. ¿Qué estaría haciendo Kirk aquí?

La voz de Betty vaciló.

—Tal vez me equivoqué. Pero por un minuto sonó como él.

La señora Nordby atendió a su llamada a la puerta y les hizo pasar.

—¡Santo cielo! —chilló.

—Entra, Betty, no te he visto en un...

Una voz vino del interior de la casa—. ¿Quién es?

Antes de que ella pudiera responder, Bartley estaba en la puerta de su oficina, al otro lado del pasillo de la sala de estar, con su enorme cuerpo tapando la luz que procedía de la puerta abierta.

—Oh, Crane —dijo.

—Me alegro de verte. Y a usted, Srta. Fenton. Pase. Hablaremos mientras la Sra. Nordby prepara café.

Entró en el despacho y cerró la puerta.

—Una mala noche —les dijo.

—Una noche extremadamente mala.

—A Fenton le quemaron el rancho —le dijo Crane.

—Y hubo muchos otros incendios.

Bartley sacudió la cabeza.

—Una lástima. Esto hará retroceder al país unos buenos cinco años o más. Si al menos hubieran atendido a razones... Esa silla de ahí, señorita Fenton. La encontrará cómoda. ¿Un cigarro, Crane?

Crane negó con la cabeza, se hundió en una silla.

—Sólo quiero descansar —dijo.

—Descansar y pensar. Trate de entenderlo. Sabes, Bartley, algo anda mal. Algo más que un enfrentamiento entre colonos y rancheros. He estado intentando averiguarlo.

Bartley estaba de pie en el centro de la habitación, con las

manos a la espalda y el cigarro apretado con fuerza en la boca.

—Sabes, Crane, me gusta este país. Y cuando pienso en lo que se ha hecho esta noche...

Se detuvo de repente.

Crane se recostó en la silla y dejó que sus ojos recorrieran la habitación. Estantes de libros, el pesado escritorio lleno de papeles, una pequeña caja fuerte de hierro agazapada en una esquina.

La puerta se abrió de golpe y un hombre se plantó en ella, un hombre con un sombrero negro calado, casi hasta los ojos.

—Oiga, jefe —soltó.

—Yo...

Sus palabras se cortaron y tragó saliva, mirando fijamente a Crane.

Bartley giró sobre él, furioso.

—Maldito imbécil, no sabes que...

Se contuvo y se volvió lentamente hacia los dos que estaban en la habitación.

—Por favor, discúlpenme —dijo en voz baja.

—Volveré enseguida.

Crane se quedó helado, mirando a Gulick, que retrocedía lentamente hacia la puerta mientras Bartley se acercaba a ella. Y mientras miraba absorto, las preguntas que se arremolinaban en su cerebro de pronto se unieron y obtuvo la respuesta.

CAPÍTULO CUATRO

EL HACEDOR DE GUERRAS DE LA PRADERA

A sí que Bartley era el hombre detrás de todo... Bartley era el que había puesto a Gulick a vigilar el sendero de las tierras baldías y hacerlo retroceder. Y ahora todo estaba claro, claro que tenía que ser Bartley y nadie más. Bartley era el único que podía saber que él seguiría ese

camino.

No puedo estar equivocado, se dijo Crane. Por increíble que sea, simplemente no puedo. Porque todo encaja. Gulick vigilando el sendero y luego Gulick entrando en esta habitación y llamando jefe a Bartley.

Gulick y el hombre que se había reído en el granero cuando estaban llegando. El hombre que Betty había dicho que sonaba como Kirk. Era Kirk, por supuesto. Porque Kirk sería el hombre de Bartley, como lo era Gulick. Los hombres que Bartley había contratado para crear problemas en la pradera, hombres para poner a los rancheros y a los colonos unos contra otros.

—¿Qué pasa, Chet? —La voz de Betty llegó baja y tensa a través de la habitación.

Crane se levantó de la silla y se quedó mirando la caja fuerte de hierro del rincón.

—Betty —dijo.

—Betty, dime. ¿Alguna vez Bartley le prestó dinero a tu padre?

—Sí, lo hizo. Dos mil dólares. Después de que papá descubrió que le faltaban existencias para envíos.

—¿Y cómo se pagó? Una nota. Simplemente de palabra...

—Una hipoteca —le dijo Betty.

—Papá insistió en eso. Dijo que era la única manera de hacer negocios. El banco lo había rechazado.

El banco lo rechazó, Crane lo sabía, porque sabía que su negocio estaba pelado. Pero Bartley le prestó el dinero, sabiendo cuando se lo prestó que Fenton nunca podría devolverlo, que él, Bartley, se encargaría de que nunca pudiera pagar.

Y ahora, sin sus edificios, Fenton acudiría a su buen amigo Bartley para decirle que no podía pagar, que incluso necesitaba un préstamo mayor del que ya tenía. Y Bartley, con su voz suave del este, le diría que lo sentía, pero que las condiciones habían cambiado y que necesitaba los dos mil que ya le había prestado....

—Mira, Betty —dijo rápidamente Crane.

—Bartley ha prestado dinero a casi todo el mundo en todo este territorio. Lo más probable es que las hipotecas estén en la caja

fuerte del rincón. Ahora está intentando arruinarlos con una guerra de bandas para que no puedan devolverle el dinero...

—Pero —protestó la chica—, Bartley es nuestro amigo....

Se detuvo en seco, mirando a Crane con los ojos entornados por el miedo. Sus dedos hicieron girar nerviosamente un tintero que estaba sobre el escritorio.

—Chet, el hombre que reía allí junto al granero. El hombre que mató al colono. El hombre que empezó...

Crane asintió.

—Exactamente. Él desencadenó todo. Bartley se lo ordenó.

Crane giró sobre sus talones, se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón, luego se quedó inmóvil, mirando la boca pequeña, negra y malvada de la seis tiros que apuntaba a la boca de su estómago.

Detrás del arma, el rostro de Charley Kirk se retorció en una mueca de irónico regocijo.

—Muy bien, Crane —dijo— esto es lo que estaba esperando. Sabía que tarde o temprano saldrías a la carga como un toro con bandera roja. Desabróchate el cinturón y arrójamelos.

Lentamente, Crane llevó las manos a la hebilla del cinturón.

—Deprisa —gruñó Kirk.

—Date prisa.

Más allá de Kirk, en la sala de estar, estaba Bartley, de espaldas a la enorme chimenea de piedra, con el puro aún en la boca y una sonrisa en el rostro. A su lado estaba Gulick, observando, pero sin sonreír.

Atrapado, pensó Crane. Atrapado, limpiamente, sin ninguna oportunidad.

Kirk dio un rápido paso adelante, extendiendo la mano, con el rostro retorcido en un gruñido.

—¿Tengo que arrancarlo...

Crane oyó el silbido de la cosa que pasó junto a su cabeza, oyó el crujido cuando golpeó a Kirk de lleno en la cara y lo hizo retroceder hacia el vestíbulo, con la cara manchada de negro.

El bote de tinta rebotó en el suelo, esparciendo su contenido por la alfombra.

En el salón, Bartley se tiraba al suelo y el brazo de Gulick se abalanzaba sobre el arma de seis tiros que tenía a su lado. Con un movimiento rápido y seguro, la mano de Crane retrocedió, liberó su propia pistola de la funda y la sacó disparando.

Una mesa se derrumbó, golpeada por el hombro de Bartley, y la lámpara que estaba sobre ella salió disparada hacia el centro de la habitación.

La pistola de Gulick escupió fuego y una bala se estrelló contra la carcasa de la puerta, justo encima de la cabeza de Crane. Crane disparó un tiro rápido al hombre agazapado, tirando a la luz del aceite en llamas que corría velozmente por la alfombra desde la lámpara destrozada.

El arma de Gulick gruñó con furia y Crane sintió el soplo del plomo cuando pasó a toda velocidad y se estrelló contra la pared.

—¡Betty! —gritó Crane.

—Aquí estoy, Chet.

Desvió la mirada a un lado durante un segundo, la vio agachada contra la pared, alcanzando con la mano la pistola que Kirk había dejado caer.

—¡Por el pasillo! —le gritó.

—Por la parte de atrás.

Agachado, entrecerró los ojos hacia las llamas que danzaban por el salón, vio a Bartley saltando a través de una ventana abierta, a Gulick todavía encorvado contra la chimenea, con la pistola en alto y la cara horriblemente desencajada bajo la luz parpadeante.

El revólver gruñó y Crane se estremeció al sentir el dolor que le recorría las costillas donde la bala le había rozado.

Levantó su propia arma, pero las llamas saltaron y ocultaron al hombre que estaba agazapado junto a la chimenea.

En el suelo, Kirk gimió y se incorporó, buscando a tientas su arma. Crane giró y golpeó, con el cañón del arma emitiendo un siseo. Kirk cayó hacia atrás, desparramado en un montón grotesco.

—Supongo —dijo una voz suave detrás de él —que no lo golpeé lo suficientemente fuerte.

Crane gruñó.

—Ese tintero fue una gran idea —dijo.

Le tendió la mano a la muchacha.

—Rápido —le dijo.

—Tenemos que largarnos... salir de aquí.

Afuera la voz de Bartley bramaba órdenes... órdenes para que los hombres apagaran el fuego... órdenes para que los hombres cubrieran la parte trasera de la casa...

—¡Corre! —jadeó Crane.

Algo pasó cerca de la garganta de Crane, apenas rozando la piel, como si la hoja desafilada de un cuchillo la hubiera pasado rápidamente. Una maza le golpeó en la pierna y el mundo se convirtió en un hervidero de caras rugientes, bocas que gritaban y armas que eructaban.

Retrocedió lentamente, consciente de la lentitud de los segundos que transcurrían, oyendo a lo lejos una sola voz con una nota de histeria....

Luchando, forzó los párpados, vio la luz de la luna sobre las tablas. Su mano se movió, palpando las tablas, avanzando a tientas con los dedos, dedos que tocaron algo que no era una tabla, algo frío y liso, parecido al metal.

Poco a poco, sus dedos se deslizaron alrededor, se cerraron, se apretaron. Una pistola, le dijo su cerebro, una pistola.

La voz volvió a sonar:

—¡Dispararé! ¡Que uno de vosotros haga un movimiento hacia mí y dispararé!

Crane giró la cabeza y vio a la muchacha de pie en el porche, a no más de dos metros, con la espalda apoyada en la casa y la pistola en la mano.

Más allá, en un extremo del porche, había un grupo de hombres esperando a que la joven vacilara.

Su mano apretó la pistola, acercándosela, centímetro a centímetro.

En el otro extremo del porche, un hombre se movió, veloz, como una serpiente, saltando hacia la muchacha.

El dedo de Crane apretó el gatillo con fuerza y el arma saltó en su mano. El hombre que había saltado se sacudió en medio de la zancada y cayó hacia atrás, como si fuese un árbol derribado. Su cabeza crujió al chocar contra el porche. Debía de ser la pistola que se le había caído a otro, pues la suya estaba vacía.

La chica gritó:

—¡Chet!

El grupo de hombres se arremolinó de pronto hacia delante, y luego se tambalearon y tropezaron mientras, a la luz de la luna, una sola pistola tosía con firmeza, una tos ronca.

Con un grito, Crane se puso en pie, tambaleándose, con una pierna rígida y dolorida. Al final del porche había hombres saltando la barandilla mientras el arma ronca seguía haciendo sonar su garganta.

Entonces el porche quedó vacío y cinco cuerpos yacían donde antes habían estado tres.

—¡Missy! —gritó una voz aguda—. ¡Missy, corre!

Crane se dio la vuelta y vio la figura como la de un espantapájaros, Sam Lee, de pie en el patio. Salía humo de la boca de la pequeña pistola casi oculta en su mano.

—¡Missy, corre! —volvió a gritar.

La chica estaba junto a Crane, y con voz angustiada.

—Chet, ¿estás bien?

La empujó.

—Ponte en marcha. Estoy bien.

Su pierna era como un peso muerto mientras corría. El cocinero, vio, se dirigía hacia una mula de orejas caídas que esperaba con la cabeza caída y las caderas ladeadas.

Un rifle bramó desde la casa del rancho y levantó una lluvia de polvo justo delante de Crane. Otras armas traquetearon y gruñeron, y delante de Crane la muchacha tropezó y cayó.

Con la respiración agitada en la garganta y el miedo oprimiéndole el corazón, Crane corrió hacia la figura acurrucada. Arrodillado a su lado, tiró de su hombro y vio la raya oscura que le cruzaba la sien.

—¡Betty! —gritó—. ¡Betty!

Ella no respondió. Un pequeño hilo oscuro corría por su mejilla.

Unos pies se acercaron y Crane levantó la vista. Sam Lee regresaba.

Crane le gritó ferozmente:

—Regresa, Sam. Encuentra a Fenton. Dile que Bartley es el hombre que busca...

Por un momento el cocinero permaneció inseguro, luego dio media vuelta y corrió hacia la mula. Suavemente, Crane levantó a la muchacha en brazos, se puso en pie tambaleándose y se quedó de pie con un pavor y un terror súbitos que lo invadían.

Los cascos golpearon brevemente y luego desaparecieron. Sam Lee estaba en camino.

Rígido, balanceando la pierna herida para abrirse paso, Crane caminó hacia la casa del rancho. Los hombres corrían hacia él, pero no vaciló. Reconoció al hombre que iba en cabeza de los que corrían hacia él y se detuvo y esperó, acercando el cuerpo de la muchacha contra su pecho.

Bartley se detuvo a dos metros, justo delante de él, y los hombres de Bartley se colocaron a ambos lados, observando a Crane con el rabillo del ojo.

—Lo siento, Crane —dijo Bartley.

—Siento que la señorita...

—Bartley —dijo Crane— si está muerta, te mataré.

—¡Cállate! —rugió una voz.

—Te equivocas, Crane —dijo Bartley, suavemente.

—Tus días de matar han terminado.

Uno de los hombres se adelantó y cogió a la chica de los brazos de Crane. La miró a la cara largo rato.

—No está muerta, señor —dijo.

—Llévala a la casa —gruñó Bartley.

—Que la señora Nordby se ocupe de ella.

La voz detrás de Crane preguntó—. ¿Se la doy, jefe?

—Todavía no, Gulick —dijo Bartley.

—Quiero hablar con él.

CAPÍTULO CINCO

VIVIR Y MORIR POR LA PISTOLA

Crane estaba de pie ante la mesa del despacho de Bartley. En la silla que había detrás, Bartley estaba repantigado, limpiándose las uñas con una navaja.

—Supongo —dijo Bartley— que te imaginas que estoy muy enfadado contigo. Mataste a algunos de mis hombres, incendiaste la casa y provocaste un infierno en general. Y supongo que enviaste al chino a avisar a Fenton. Pero eso no importa. Nada de eso importa. Mis hombres ya le habrán disparado al chino y hemos apagado el fuego. Así que todo está bien. Tengo todos los ases. Debes hacer lo que te digo.

Miró fijamente a Crane y éste vio que sus ojos eran opacos, carentes de todo brillo o expresión: los ojos de un jugador de póquer y de un asesino.

—Adelante —gruñó Crane.

—Lo próximo que me dirás es que tú y yo somos amigos.

Bartley suspiró.

—Crane, tienes cerebro y me gustan los hombres con cerebro.

—Tú también lo haces muy bien —le dijo Crane con amargura.

—Tenías a todo el mundo engañado. Todos los toques agradables y sutiles. Incluso prendiste fuego a un par de tus pajares para que pareciera que alguien había intentado acabar contigo también.

Bartley cerró la navaja, se la guardó en el bolsillo y se sentó erguido en la silla.

—Sabes, Crane, podríamos llegar muy lejos si nos uniéramos. ¿Por qué no vuelves al pueblo? Llévate a la Srta. Fenton contigo. Me encargaré de que se lleven bien. Fiscal del condado ahora, juez un poco más tarde, después senador.

Crane desplazó su peso de la pierna herida—. ¿Puedes garantizar eso, Bartley?

—Claro que sí. No hay nada de qué preocuparse. No me detendré con este valle. Una vez que lo tenga, hay otras cosas que hacer. Honestamente, Crane, ustedes los del Oeste son simples. Fáciles para un hombre como yo. Nunca entenderé por qué pasé tantos años en el este tratando de salir adelante...

—¿Y quieres que te acompañe?

Bartley asintió.

—¿Todo lo que tengo que hacer es mantener la boca cerrada?

—Eso es todo —le dijo Bartley.

—Eso y hacer algunas cosas por mí cuando las necesite.

—¿Y Betty?

—Ella también mantiene la boca cerrada. Es parte del trato. Tú te casas con ella y ella tendría que quedarse tranquila entonces. No puede involucrar a su marido en algo así.

Hizo un gesto con la mano.

—Diablos, incluso haré más que eso. Romperé la hipoteca de su viejo. O lo compraré por más de lo que vale la casa.

—Supongamos —sugirió Crane— que no acepto. Supón que te digo que el trato se cancela.

—No lo harás —le dijo Bartley, tranquilamente.

—Te estoy ofreciendo una oportunidad que no volverás a tener. Me has forzado, por supuesto, pero es una de esas cosas que pasan. Cosas para las que un hombre debe estar preparado.

—Pero, supongamos...

—Crane —dijo Bartley— si te niegas, ni tú ni la chica volveréis vivos al pueblo.

Unos cascos atronaron el patio y se detuvieron. Bartley se levantó a medias de la silla, mirando hacia la puerta. Unos pies que corrían tamborileaban por el porche e irrumpieron en el vestíbulo.

—Jefe —gritó el hombre que corría—. ¡Jefe, se ha escapado!

El rostro de Bartley se puso de repente blanco como el pergamino por la ira, y su voz fue un latigazo que cruzó la

habitación.

—¿Quién escapó?

Crane vio que era Kirk. Kirk, de pie en la puerta, con el pelo rojo asomando dentro de una venda ensangrentada que le envolvía la cabeza.

—El chino —jadeó Kirk.

—Se metió en las tierras baldías y lo perdimos. Los chicos todavía están en la caza...

—Maldito seas —rugió Bartley—, ¿no te dije que le dispararas? Que lo mataras en cuanto lo vieras...

Crane giró sobre sus talones para mirar hacia la ventana abierta, dio un paso rápido y se lanzó hacia la abertura de un salto largo y uniforme. Su pierna rígida, arrastrándose, se enganchó en el alféizar y le hizo perder el equilibrio, de modo que tropezó al golpear el suelo.

Detrás de él oyó el grito de furia de Bartley y el rápido golpeteo de unos pies que corrían.

Ante él apareció de repente una figura, un hombre que corría con una pistola desenfundada. Crane se lanzó en un feroz y cortante bloqueo, y sintió que el impacto de su cuerpo le hacía perder las piernas. Sobre manos y rodillas, Crane se puso en pie de un salto, vio el brillo del arma donde se había caído y se abalanzó para recogerla.

El hombre al que había golpeado se puso de rodillas, gruñendo por lo bajo.

Un arma tronó y una bala abrió un surco polvoriento en el patio. Kirk, con el pelo rojo erizado a la luz de la luna, bajaba los escalones del porche, lenta y cuidadosamente, y su revólver humeante estaba preparado para un segundo disparo.

Crane levantó el arma y apretó el gatillo. Unas astillas saltaron del escalón junto a la rodilla de Kirk.

El arma en la mano de Kirk parpadeó como un ojo de fuego sintió un tirón en la mano cuando la bala atravesó la manga de Crane.

El arma se sacudió en su mano, se estabilizó y su dedo se cerró

sobre el gatillo. Entonces el arma escupió y saltó y Kirk bajó los escalones dando tumbos, como si hubiera perdido el equilibrio.

Detrás de él se oyó un ruido de pies y Crane se dio la vuelta, vio acercarse a un hombre armado, con la cabeza gacha y los largos brazos extendidos.

Crane se hizo a un lado, arrastrando una pierna, y bajó el arma mientras una bala tanteante le rozaba el abrigo. El cañón del revólver escupió con furia contra la cabeza con sombrero y el hombre que cargaba se desplomó en el polvo.

Un arma se disparó desde la puerta del rancho y Crane oyó el suave susurro del plomo al pasar la bala. En la noche se oían pies que corrían. Junto al granero, una voz parecida a la de un toro rugió un juramento.

Crane se escabulló por el patio. Se agachó detrás de un tanque de agua volcado, se aferró a su pared de metal, escuchó los gritos y el estrépito.

Una bala golpeó el borde del tanque y salió despedida con un aullido infernal. Otra perforó el fondo y dejó un agujero irregular. Crane apretó el cuerpo contra el suelo.

Fue una jugada tonta, se dijo a sí mismo. Algo que no debería haber hecho. Debería haberse quedado en el despacho y hablar con Bartley, debería haber aceptado la proposición que le hizo.

Por ahora no tenía ninguna posibilidad. El tanque no detendría las balas y con su pierna de combate no valía ni para correr. Era sólo cuestión de tiempo, lo sabía, antes de que lo liquidaran; o eso, o hasta que algún disparo afortunado, perforando el acero, lo alcanzara donde era preciso.

Estaba perdido, sin duda, y eso era todo. Y no sólo él, sino también Betty. Betty estaba arriba, en el rancho, con la Sra. Nordby.

Si hubiera dicho que sí a Bartley, él y Betty podrían haber vuelto a la ciudad, a salvo por fin de esta noche de fuego y humo, con la promesa de un cargo de juez y más tarde de senador, un senador con el poder corrupto de Bartley a sus espaldas.

Un revólver de seis tiros bramó y una bala hizo otro agujero en

el fondo del tanque.

Pronto me flanquearán, se dijo Crane. Se acercarán sigilosamente por ambos lados mientras los de delante me mantienen inmobilizado disparando al tanque.

La voz de Bartley se elevó en la noche:

—Crane, sal de ahí. No tienes ninguna oportunidad. Sal y nos olvidaremos de todo.

Crane se acurrucó contra el tanque, las palabras resonando en sus oídos.

Una segunda oportunidad, una oportunidad para salir de este lío. Una oportunidad de conseguir ese puesto de juez y ser senador. Una oportunidad de salvar a Betty y casarse con ella.

—Vete al infierno —rugió Crane.

La respuesta de Bartley fue suave y blanda.

—Está bien, tú te lo buscaste—. En silencio, Crane puso los pies debajo de él, agachándose. Cuatro disparos. Le quedaban cuatro disparos en la pistola y saldría echando humo. Saldría a campo abierto y alcanzaría a Bartley y quizá a Gulick antes de que las balas lo abatieran. Moriría como un hombre, de pie en vez de escondido detrás de un tanque.

Un revólver sonó cerca del granero y luego otro. Un hombre gritó. El ruido de los cascos fue ahogado por el estruendo de los disparos.

Crane salió rápidamente del tanque.

La luz de la luna hacía que el patio pareciera de día y los hombres corrían desesperados en busca de refugio mientras otros hombres, montados a caballo, llegaban desde el granero con sus armas disparando.

Corriendo, retorciéndose como un conejo perseguido, un hombre armado zigzagueaba a no más de seis pasos de él y se dirigía hacia Crane... se dirigía hacia Crane sin verlo. Un hombre perseguido huyendo del aliento de la muerte.

El seis tiros en la mano del un hombre a caballo escupió y el corredor que huía tropezó, y cayó al suelo como un saco vacío. El arma del hombre montado se alzó de nuevo y Crane, congelado en

su camino, vio la muerte en el mortífero calibre que se alineaba con él.

Entonces el caballo se encabritó, con los cascos rasgando la luz de la luna, y el arma se levantó en un gesto de saludo.

—¡John! —gritó Crane, y John Fenton respondió con un grito que Crane no pudo distinguir.

Fenton se dirigió a toda velocidad hacia el granero y Crane se quedó de pie, con las rodillas débiles, mirándole fijamente. Un segundo más y aquella pistola habría disparado y no habría habido posibilidad de fallar. John Fenton lo habría matado sin saber quién era.

El tiroteo en el granero estaba disminuyendo y las voces gritaban a los hombres escondidos que salieran con las manos por encima de la cabeza.

—Así que Sam lo consiguió —pensó Crane.

—Sam y su mula de orejas caídas. Estos chinos son maravillosos.

La puerta del rancho crujió y un hombre cruzó rápidamente el porche.

—¡Bartley! —gritó Crane.

Bartley, que se dirigía hacia el caballo, se detuvo a medio paso y durante un segundo los dos se quedaron mirando a través de una docena de metros.

La mano de Bartley se movía como la de una serpiente, buscando su pistola lanzándose hacia la pistolera a una velocidad asombrosa. El metal brilló a la luz de la luna, y en el mismo momento Crane levantó su revólver.

Los dos disparos fueron casi como uno solo, un único choque de odio que rodó por la noche. Crane sintió el pequeño susurro de viento que era una bala pasando junto a su mejilla y apretó el gatillo de nuevo, luego se relajó, amortilló el percutor y se preparó para disparar por tercera vez.

Fuera, en el patio, Bartley se doblaba, luchando por mantenerse en pie, balanceándose como un árbol que lucha contra el viento. El arma se le cayó de la mano y el hombre se desplomó,

cayendo lentamente al suelo y convirtiéndose en un montón de trapos.

Durante un largo momento, Crane se quedó mirando al hombre. Luego, deliberadamente, tiró el arma y la arrojó por el patio hasta detenerse en el polvo. Ya no mataría más.

Subió torpemente los escalones del porche y entró en el vestíbulo.

—¡Betty! —gritó.

Y desde algún lugar del piso de arriba le respondió una voz y oyó el sonido de unos pies rápidos y seguros que se acercaban a las escaleras. Llegaría a ser senador, pero de la manera honesta, con una esposa que estaría orgullosa de él.

FIN



¡EL EJÉRCITO DE LINCHADORES LLEGA A LA CIUDAD!



Como ocurría a menudo con los westerns de Cliff Simak, sus diarios no muestran que escribiera nunca un relato con el nombre con el que se publicó éste; así que admito que estoy adivinando cuando digo que sus diarios muestran que le pagaron 175 dólares en 1945 por un relato titulado “Hang Your Guns on a Gallows Tree” (Cuelga tus armas en un patíbulo); la única otra prueba que apoya esta suposición es el hecho de que el sheriff que es el héroe de esta historia estaba planeando dejar el negocio de hacer cumplir la ley, es decir, colgar sus armas.

El sheriff al que acabamos de referirnos se llama Parker, que casualmente era el apellido de soltera de la querida abuela de Cliff, pero lo mejor de esta historia es que Cliff pudo permitirse algunos fragmentos de lenguaje bastante poético que demuestran claramente la familiaridad del autor con el campo y su amor por él.

Este relato apareció originalmente como primera historia en el número de septiembre de 1945 de *Ace-High Western Stories*.

David W. Wixon



The Hangnoose Army Rides to Town!
Ace-High Western Stories – Septiembre 1945

CAPÍTULO UNO

RETRASO EN EL PAGO

El sheriff Clint Parker detuvo su tostado en la cresta de la pequeña colina que protegía los edificios del rancho Atkins. Los contempló, recordando cada rincón.

Eran pequeños y estaban desgastados por la intemperie, con un aspecto de pobreza. Allí estaba el granero donde Luke y él habían jugado de jóvenes, el arroyo en el que habían ido a pescar y la valla, que el viejo Matt había jurado que arreglaría, pero que seguía hundida con un aspecto gastado y ajado.

Un viejo perro del rancho divisó a los intrusos y bajó cojeando del porche. Se quedó en la puerta ladrando furiosamente.

Frank Betz, capataz del Turkey Track, gruñó a Parker:

—¿Para qué se detiene, para desesperarse?

Parker le espetó furioso.

—Esas personas son gente para mí, Betz. El viejo Matt Atkins y su esposa me acogieron cuando el cólera mató a mis verdaderos padres. Me trataron como a un hijo y Luke fue como un hermano para mí.

—Así que ahora te estás ablandando —se burló Betz.

Parker se llevó la mano a la funda.

—Betz —dijo en voz baja —no creo que Luke Atkins matara a tu jefe, pero las pruebas dicen que lo hizo y lo arrestaré por eso. ¿Tienes algo más que decir?

Betz, con la cara roja y en cuclillas, se encorvó en la silla de montar—. Ni una sola palabra más —dijo.

—Con eso me basta.

Parker espoleó al caballo y bajaron a galope por la ladera. El viejo perro del rancho salió a su encuentro con paso reumático, ladrando. El ladrido se convirtió en bienvenida cuando vio a

Parker y corrió hacia la casa, meneando la cola.

El viejo Matt Atkins, con una pipa rechoncha sobresaliendo de sus bigotes canosos, se levantó de la mecedora del porche.

—Hola, hijo —saludó y luego se detuvo a mitad de discurso, con los ojos abiertos de par en par al ver a Betz.

—Hola, Matt —dijo Parker—. ¿Está Luke por aquí?

—Supongo que está en alguna parte. Iré a decirle a mamá que estás aquí. Está durmiendo la siesta.

Parker levantó la mano para detenerlo.

—Todavía no está bien —dijo—. ¿Cómo está?

El viejo dio una calada obstinada a la pipa, con el humo cayéndole por los bigotes.

—Muy mal —le dijo a Parker.

—Ninguno de los dos somos jóvenes como antes. Te echa de menos, Clint. No te pasas por aquí tan a menudo como solías.

—Estoy ocupado —respondió Parker, pero incluso mientras lo decía, sabía lo poco convincente que era la excusa. No era forma de comportarse con la gente que te acogió cuando eras huérfano y te trató como si fueras suyo.

La puerta se abrió y Luke salió al porche.

—Me pareció oírte aquí —dijo—. ¿Me buscabas, Clint?

Parker asintió, se humedeció los labios con la lengua.

Saben que algo va mal, se dijo a sí mismo. El mero hecho de que Betz estuviera con ellos les diría que algo iba mal. Sabían que no cabalgaría con una escoria como Betz.

—¿Qué pasa, Clint? —preguntó Luke.

—No mucho —dijo Betz, hablando por primera vez—. ¡Sólo una pequeña matanza!

Las manos del viejo Matt salieron y se aferraron a la barandilla del porche—. ¿Qué hace ese maldito ladrón de tierras contigo, hijo? —preguntó—. ¿Otro de sus cuentos de asesinatos?

—Tienes razón, Matt —dijo Parker.

—Ha habido un asesinato. Byron Campbell fue emboscado en Calf Canyon.

—Demonios —respondió el viejo Matt —eso es todo. El

hombre que lo hizo debería recibir una recompensa.

—Creen que fue Luke —le dijo Parker en voz baja.

—Encontraron un cartucho de 45-70 a menos de diez metros del cuerpo⁸.



El viejo Matt se enderezó, cojeando hacia delante.

—Estás de broma, Clint —dijo.

—Es demasiado temprano para ese tipo de...

—Matar —gruñó Betz— es una broma de muy mal gusto.

Luke sacudió la cabeza, perplejo.

—Si has encontrado una 45-70 —dijo— debe de ser de nuestra viejo rifle. Sólo hay uno igual en el territorio. Pero debe de haber algún error. No he estado fuera de aquí en todo el día.

—Luke no ha usado es arma en una semana —les gritó el viejo Matt.

—La última vez que disparó fue hace una semana, el domingo pasado, cuando salió a cazar un lobo que había estado merodeando.

—Ah, diablos —gruñó Betz— dejémonos de bromas. Luke es

⁸ Cartucho de rifle calibre 45 que originalmente contenía 70 gramos de pólvora negra y que fue desarrollado en la Armería de Springfield del Ejército de EE. UU.

el que lo hizo, sin duda.

Parker se abalanzó sobre Betz furiosamente—. ¡Maldita sea, mantén la boca cerrada!

Se volvió hacia Luke.

—No podemos tratarlo aquí. Me temo que tendrás que venir al pueblo con nosotros.

—¿Quiere decir que me van a arrestar?

Parker asintió.

—Supongo que a eso equivale.

—¡Así que te has vuelto contra nosotros! —bramó el viejo Matt.

—Contra los que te criaron. Los que siempre han sido tus amigos. Te has unido a los sucios ladrones de tierras. Desde que comenzaste a andar con la hija de Horton, tú...

La mano de Luke se extendió y agarró el hombro de su padre, haciéndolo girar.

—No te metas en esto, papá —dijo.

—Esto es entre Clint y yo. Iré con él, pero volveré enseguida y traeré a Clint a casa a cenar conmigo.

—Eso es lo que tú crees —gruñó Betz.

Parker estaba encendiendo la lámpara en medio del primer crepúsculo de la tarde cuando Ann Horton entró en su despacho.

Parecía muy delgada con su camisa a cuadros y su overol Levi. Creyó detectar un ceño de preocupación en su cara bonita y pecosa.

—Buenas noches, Ann —dijo sobriamente, de repente contento de que ella estuviera allí, contento de que hubiera alguien con quien pudiera hablar.

Colocó la pantalla en la lámpara y tiró la cerilla encendida en el cenicero.

Se acercó rápidamente al escritorio.

—Ha sido horrible tener que hacer eso, Clint —dijo.

Él asintió.

—Supongo que fue algo que me lo busqué cuando acepté este trabajo de sheriff.

—¡Pero Luke! —protestó ella.

—Luke es tu mejor amigo, por qué es casi como tu hermano.

—Así es —coincidió Parker.

—Los Atkins nunca me trataron como a un huérfano. Siempre que Luke tenía un par de overoles nuevos, yo también tenía un par nuevo. Y el viejo Matt le daba más palizas a Luke, según me parecía, que a mí, aunque normalmente era yo el que nos metía a los dos en líos.

Se quedó mirando la lámpara, recordando.

—Hacíamos todas las tonterías que hacen los chicos —dijo.

—Incluso teníamos una cueva secreta donde cavábamos en busca de tesoros y jugábamos a escondernos de los indios, sin contárselo a nadie.

—Lo sé —le dijo Ann, en voz baja.

—Tú me enseñaste dónde estaba la cueva. ¿Recuerdas?

Le lanzó una rápida mirada y vio el brillo de sus ojos, como si las lágrimas estuvieran justo a punto de salir. Una de sus manos se extendió y se cerró sobre la de ella, encima del escritorio.

—Sí, lo recuerdo, Ann. Eres la única, aparte de Luke y de mí, que lo sabe hasta el día de hoy.

La voz de la chica era casi un susurro—. ¿Qué vas a hacer al respecto, Clint?

El rostro de Parker se endureció a la luz de la lámpara.

—Luke no lo hizo —dijo.

—Estoy seguro de que no lo hizo. Y sin embargo encontraron ese cartucho allí, detrás del árbol, y el único rifle que dispara ese tipo de cartucho es el que el viejo Matt trajo a este sitio con él. La recuerdo desde que era niño. Siempre estaba colgada en el salón y, de vez en cuando, el viejo Matt la bajaba y nos dejaba a Luke y a mí mirar por el cañón. Pero nunca nos dejaba usarla, no entonces, porque decía que era un arma de hombres. Incluso ahora, Luke no la usa a menudo, sólo cuando piensa disparar a larga distancia.

—Pero a Campbell le dispararon de cerca, en una emboscada.

—Lo sé —dijo Parker.

—Y eso es lo que no puedo entender. La bala entró en el pecho

y no salió. Casi como si el disparo hubiera venido de lejos y la bala se hubiera agotado antes de darle. Pero el cartucho estaba detrás del árbol, a no más de diez metros.

Se detuvo al oír el ruido de pasos, pero continuaron más allá de la puerta.

—No puedo decir que hubiera culpado mucho a Luke si le hubiera disparado —continuó.

—Campbell le había estado presionando mucho. Empujando el ganado hacia el prado de Luke y hacia el arroyo. Mantenía a Luke ocupado alejando a los animales.

—¿Supongo que ahora no pensarás más en ese trabajo en el norte?

Sacudió la cabeza.

—No puedo. No con esto que se avecina. Tengo que seguir siendo sheriff, mientras me necesiten. Hay mucha gente que depende de mí. Están Luke y George Lane y Jack Kennedy...

Se le cortó la voz y se detuvo, avergonzado.

—Quieres decir —le dijo Ann —que tienes que apoyar a los pequeños rancheros contra gente como nosotros.

—Si todos los grandes fueran como tu padre —dijo Parker— no tendría que preocuparme. Tu padre se lleva tolerablemente bien con todos sus vecinos, sólo pequeñas broncas de vez en cuando, pero nada serio. Son los cerdos de la tierra y el agua como Campbell y Hart en el Hashknife y el Bar C de Danielson los que causan los verdaderos problemas. Si yo dejara mi cargo y les permitiera elegir a Gibbs, los pequeños no tendrían la menor oportunidad. Serían aniquilados antes de que acabara el año.

—Y sin embargo —dijo Ann— tus pequeños rancheros odian a mi padre igual que a Hart y Danielson.

—Eso es sólo porque es uno de los grandes propietarios, Ann. Todavía no confían del todo en él.

—¿Así que vas a presentarte para otro mandato?

Parker asintió.

—Parece que tengo que hacerlo. Ese trabajo en el norte era tentador porque, como me dijo tu padre, hay muy poco futuro en

esto de ser sheriff.

—Quizá se reúnan todos y te regalen un reloj de oro con una bonita inscripción cuando acabes —le dijo Ann, con amargura.

—O acudirán todos a tu funeral y te harán una gran despedida.

Parker dijo en voz baja:

—Tienes muchas ganas de que acepte ese trabajo, ¿verdad, Ann?

Sus ojos volvieron a brillar y apartó la mano.

—Tú decides, Clint —dijo.

Él la siguió hasta la puerta y ella se detuvo un momento mirándolo fijamente.

—¿Quién encontró ese cartucho? —le preguntó ella.

—El que mató a Campbell.

—Pues fue Kennedy. Betz y Egan salieron a buscar a Campbell cuando no apareció se detuvieron en casa de Kennedy y les acompañó. Betz encontró el cuerpo y buscaron alguna señal. Fue Kennedy quien lo encontró.

—Y Kennedy es uno de tus pequeños rancheros.

Parker asintió cabizbajo.

Su voz se hundió en un susurro.

—Papá dice que no te culparía si hubiera una fuga. Dice que tampoco cree que nadie más lo haría.

Parker negó con la cabeza.

—No podría hacerlo, Ann. Eso pondría la marca del búho⁹ sobre Luke y estoy seguro de que él no lo hizo. Tendrá que arriesgarse con el jurado.

La vio cruzar la acera y subirse a la montura.

Le levantó la mano y ella le devolvió el saludo, luego galopó calle abajo.

De regreso en su oficina, Clint se sentó ante el escritorio, lió un cigarrillo y sopló el humo hacia la lámpara, observando cómo se enrollaba por encima de la chimenea.

⁹ En la jerga estadounidense-inglesa, la forma *owlhoot* se usa en el lenguaje de la ficción del Lejano Oeste para denotar un fugitivo, un forajido...

Estaría bien aceptar el trabajo del que le había hablado Ann. Pagaban bastante más que de sheriff y tenía futuro. Significaría que él y Ann podrían casarse enseguida. El viejo Hank Horton, la última vez que lo había visto, había insistido mucho en que aceptara, pero Parker recordó que había desanimado al viejo con la sensación de que el trabajo podría haber sido diseñado como un medio para sacarlo del cargo. Sacarlo a él y meter a Gibbs.

Sabía que los pequeños rancheros no podían presentar a nadie más que a él que tuviera alguna oportunidad en las urnas. Y eso significaba que los Hashknife y los del Bar C y los Turkey Track, tal vez incluso los Horton's Bent Arrow, empezarán a amontonarse, a empujar su ganado en tierras que no eran suyas, a prepararse para un tiroteo o una emboscada o simplemente unas palabras acaloradas que serían la excusa para que estallara una guerra de ranchos por toda la región.

Y una vez que eso ocurriera, los pequeños hombres estaban acabados. El rancho Atkins, los Kennedy, George Lane, el viejo Jim O'Neill y todos los demás quedarían sepultados bajo el estruendo de los cascos, el estruendo de las armas y el humo de los edificios en llamas.

Mientras Clint Parker fuera sheriff no lo intentarían, pero en cuanto se fuera....

Unos pies sonaron al otro lado de la puerta y Parker levantó la vista. Su ayudante, Bob Sawyer, entraba en la habitación con un plato lleno de comida en cada mano.

—Tengo mucha hambre —le dijo Parker—. ¿Qué tienes? Más vale que sea bueno, has tardado mucho en traerlo.

Sawyer eructó de buen humor y dejó los platos sobre el escritorio.

—Pollo —dijo.

—Paré a tomar algo.

Parker cogió uno de los platos.

—Le llevaré el de Luke.

Sawyer se sentó en una silla, la apoyó contra la pared y empezó a fumar.

En el bloque de celdas situado detrás de la oficina, Parker abrió una celda y entró.

—Algo de comer, Luke —dijo.

Luke se removió en la oscuridad.

—Se me olvidó encender la lámpara que me dejaste —dijo.

—Estoy aquí sentado reflexionando.

Una cerilla chisporroteó en el fondillo de sus pantalones y se encendió. Luke se agachó y quitó la pantalla de la lámpara, acercó la cerilla a la mecha y volvió a encenderla. Parker dejó el plato sobre la mesa.

—¿Conseguiste que alguien fuera a ocuparse del lugar? —preguntó Luke.

—Conseguiré a alguien por la mañana —dijo Parker.

—Ernie Jackson puede no ser de lo mejor, pero puede hacer las tareas.

Luke alargó la mano hacia el plato y lo puso delante de él.

—Espero que no sea por mucho tiempo —dijo.

—No tengo demasiado dinero para estar pagando a jornaleros.

—No te preocupes por eso, Luke —dijo Parker.

—Yo me encargaré. Creo que te debo algo por haberte traído aquí. Es el lugar más seguro del mundo para ti. Si no estuvieras aquí, los de Turkey Track estarían buscándote.

—Puedo cuidarme solo —le dijo Luke, repentinamente hosco.

—Veré al fiscal del condado por la mañana —dijo Parker— y conseguiré que fije una vista anticipada. Tal vez el juez haga que tu fianza sea razonable...

Luke resopló.

—Ni hablar —dijo.

—Los dos pulgosos son propiedad de Turkey Track.

Parker trató de calmarlo.

—Veremos qué podemos hacer. Si quieres algo, una manta extra o algo, sólo tienes que decirlo. Estaré en la habitación de al lado.

Luke se tragó un trozo de pollo y miró fijamente a Parker.

—De verdad, Clint —dijo— no crees que lo haya hecho.

—Sabes muy bien que no.

—Seguro que lo he pensado muchas veces —admitió Luke.

—Pensé que si alguna vez tenía la oportunidad tal vez lo haría. Pero nunca intenté buscar esa oportunidad.

—Si lo hubieras hecho —dijo Parker— le habrías disparado cara a cara. Nunca te habrías escondido para hacerlo.

Luke volvió a su pollo y Parker se inquietó un momento, avergonzado, y luego se volvió para marcharse.

—Recuerda —le dijo—. Llama si hay algo que quieras.

Cerró la puerta, oyó el chasquido de la cerradura y volvió al despacho.

Sawyer estaba reclinado en una silla contra la pared, fumando, mirando al techo.

—¿Alguna novedad en la ciudad? —preguntó al ayudante del sheriff.

—No muchas —le dijo Sawyer.

—Todo el mundo revuelto por este tiroteo. La gente habla de pasar el sombrero por Luke. Kennedy se siente muy mal por haber encontrado ese cartucho. Parece pensar que es su culpa que Luke fuera arrastrado a esto. Dice que Luke era su amigo y vecino y que si nunca hubiera encontrado el cartucho o si hubiera tenido el cerebro suficiente para quedarse callado una vez que lo encontró, Luke no estaría en apuros.

—¿Kennedy en la ciudad?

—En el Silver Dollar. Aceitándose.

Parker pensó.

—Tal vez debería ir y dirigirlo a casa.

—Ah, diablos —dijo Sawyer, disgustado.

—Es un hombre adulto. Puede cuidarse solo. Una hora más y lo echarán al callejón a dormir la mona.

Se echó hacia delante en la silla y tiró la colilla a la escupidera.

—¿Qué tal una partida de damas? —preguntó.

—De acuerdo —aceptó Parker.

—Tú prepara el tablero....

Hizo una pausa, poniéndose rígido ante el sonido que llegaba

de la calle: el sonido sordo y lento de las patas de muchos caballos golpeando el polvo.

Sawyer también escuchaba, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Mucha gente debe de haber decidido cabalgar hasta la ciudad —dijo.

Los cascos siguieron. Ningún otro sonido. Ni voces. Ni gritos. Sólo el sonido constante de los cascos.

Parker se dirigió hacia la puerta y salió a la acera.

Por la calle bajaban los caballos, que se movían a paso lento, agrupados, y los hombres que los montaban iban tranquilos y solemnes, con los rifles en equilibrio sobre los muslos.

La cabalgata dio la vuelta y se agrupó frente a la cárcel, los hombres sentados en sus caballos en silencio, mirando fijamente a Parker.

Los ojos de Parker fueron saltando de un rostro a otro y una bola de frío creció y se convirtió en hielo en la boca de su estómago. Betz, el de la cara roja, y Egan, el de la barba negra, y detrás de ellos Fred Taylor y Del Vickers, Pete Wheeler y Spike Hubbard. También había otros, todos hombres del Turkey Track.

Parker se ciñó el cinturón y se hizo a un lado para protegerse de la luz que entraba por la puerta.

Betz rompió el silencio.

—Hemos venido por Luke —dijo.

CAPÍTULO DOS

CÁÑAMO PARA EL PRISIONERO

Los hombres seguían sentados en sus caballos, vigilantes, esperando, con ojos y rostros sombríos.

Sawyer llamó desde la puerta.

—Será mejor que dejemos que se lo lleven, sheriff. No podemos...

La mirada que Parker le dirigió le hizo callar tan eficazmente como una bofetada en la boca.

—Betz —dijo Parker, dirigiéndose al hombre de la cara roja — mientras yo sea sheriff de este condado, Luke tendrá un juicio justo y no habrá fiesta de corbatas.

La turba se mantuvo en silencio, inmóvil, a la espera de lo que pudiera ocurrir.

Betz se removió en su silla, como si se dispusiera a desmontar.

—Sheriff —declaró— odiaríamos hacerle daño, pero vamos a entrar.

Parker deslizó las manos hacia las culatas de sus pistolas, medio las levantó del cuero.

—Vosotros sois mis amigos —dijo en voz baja.

—Os conozco desde hace años...

Una voz burlona interrumpió.

—No queremos ningún discurso, sheriff. Sólo queremos a Luke.

—... pero el primer hombre que se mueva —dijo Parker— recibirá una lluvia de balas.

La tensión crepitaba en el aire. Un movimiento, una palabra, el parpadeo de una pestaña, y Parker sabía que el infierno se abriría de par en par en las calles de Cedar City.

Betz era el hombre a vigilar. Él era quien decidiría. Incluso ahora, detrás de la cara roja que miraba al sheriff, el astuto cerebritito estaba trabajando, sopesando las posibilidades...

Por el rabillo del ojo, Parker percibió un movimiento y por un segundo apartó la mirada de los hombres que tenía delante.

Jack Kennedy había salido del Silver Dollar, estaba de pie tambaleándose en la acera, con una mano buscando a tientas un poste inexistente.

Los ojos de Parker volvieron a los hombres apiñados en la calle ante la cárcel, con los puños apretados en las empuñaduras de sus revólveres.

Una súbita nota de advertencia resonó en su cabeza y se movió rápidamente, girando sobre sus talones, detenido por el asombro.

Kennedy caminaba borracho calle arriba, con una pistola en cada mano y el rostro fruncido en una terrible mueca de odio.

—No —le gritó Parker.

—Kennedy, estás loco...

Pero era demasiado tarde. El arma en la mano derecha de Kennedy se levantó y explotó, escupiendo llamas y humo. Y luego el arma en su mano izquierda, y luego la derecha otra vez. Tambaleándose, pero avanzando con paso firme, Kennedy siguió avanzando, primero un arma, luego otra, disparando a quemarropa a un objetivo donde no había posibilidad de fallar.

El pandemónium estalló en la calle antes del impacto de las balas. Caballos asustados se encabitaron, luchando contra los fragmentos, levantando nubes de polvo. Un hombre gritó y otro se desplomó de la silla sin gritar. Un caballo se soltó y pasó corriendo junto a Kennedy; su jinete se balanceaba en la silla, luchando por mantenerse sentado. Los seis tiros escupieron con odio despiadado y un hombre maldijo, una maldición constante y terrible que se elevó por encima del chasquido de las armas, los gritos y alaridos, y los sonidos que hacían los caballos asustados y combativos.

La primera bala alcanzó a Kennedy y se tambaleó, pero sus armas siguieron disparándose. Luego otra bala le alcanzó y le hizo girar de medio lado y otra le hizo caer de rodillas. Luchó por levantarse, con la boca convertida en una máscara de odio, pero las balas se salieron con la suya, estrellándose contra él, golpeándole contra el polvo, haciéndole pedazos.

Las armas ya no sonaban, pero la calle estaba nublada por el polvo levantado y el humo azul de la pólvora.

Betz espoleó a su asustado caballo hacia Parker, con el arma a medio levantar. Las pistolas de Parker salieron de las fundas y se inclinaron hacia el capataz. Betz dejó caer el arma.

—Maldito seas —rugió.

—Nos lo tenías plantado. Lo tenías todo planeado.

—Recoge a tus muertos y lárgate de la ciudad —espetó Parker.

—Y hazlo rápido.

Por un momento Betz se le quedó mirando, con la boca floja.

—Deja los que no están muertos —dijo Parker— y haremos que Doc los remiende.

Los pies golpeaban la acera y la gente gritaba.

—Fuera —gritó Parker— antes de que todo el pueblo esté aquí abajo disparando contra vosotros.

Betz giró su caballo y gritó a sus hombres.

—¡Moveos, muchachos! Muévanse rápido.

Los pies tronaron hacia Parker y éste giró sobre sí mismo. Newman, el herrero, corría calle abajo con su escopeta recortada bajo el brazo.

—¿Necesita ayuda, sheriff? —gritó, pero Parker negó con la cabeza.

—Los muchachos —le dijo— ya se están marchando.

Agrupada, la turba del Turkey Track estaba saliendo de la ciudad, con los caballos al galope. En la calle había cinco formas inmóviles, apiñadas, y un poco más allá había otra.

Lentamente, Parker salió a la calle hacia el cuerpo que estaba tirado, se quedó un momento mirando al hombre destrozado por las balas.

Sawyer habló en voz baja junto a su codo:

—Quién demonios iba a pensar que lo llevaba dentro.

Parker dijo:

—Si pensó que le debía algo a Luke, seguro que ahora se lo ha pagado.

Lentamente se dio la vuelta.

—Bob —dijo— hazte cargo aquí. Limpia este desastre.

Se estaba reuniendo una multitud, Parker se abrió paso a través de ella, y entró en la oficina.

La celda de Luke estaba a oscuras y Parker habló en voz baja.

La voz de Luke salió de la oscuridad:

—¿Qué fue eso, Clint? ¿La fiesta de la cuerda?

—De eso se trataba, Luke. Betz y algunos de los chicos del Turkey Track. Pero todo está bien, ahora.

—Tengo algo que decirte— dijo Luke.

—Pero no quiero gritar. ¿No puedes entrar?

Parker encontró la llave, tanteó con ella, las manos temblorosas, finalmente consiguió abrir la puerta.

—Corres mucho riesgo reteniéndome aquí —dijo Luke.

—Betz lo intentará...

Parker percibió el rápido movimiento en la oscuridad, empezó a agacharse, pero llegó demasiado tarde. Su cabeza saltó a una súbita explosión de estrellas que estallaron dentro de su cerebro y tanteó sin cesar a través de una oscuridad que le invadía, le abrumaba y le oprimía.

Poco a poco recuperó el conocimiento y fue consciente del dolor sordo que le martilleaba la cabeza, recordó el golpe que le había hecho perder el conocimiento.

Buscó a tientas el sombrero que había caído al suelo y se lo puso en la cabeza. Lentamente, confuso, juntó las piernas y se puso en pie, agarrándose a los barrotes para mantenerse en equilibrio.

Permaneció allí un largo rato, con la mente en blanco, reconstruyendo los pequeños conocimientos que afloraban a la superficie de su cerebro.

Luke lo había engañado para que abriera la puerta y luego lo había golpeado, presumiblemente para huir.

¿Significaba esto que Luke era culpable? ¿O significaba simplemente que Luke ya no pondría a Parker, su amigo, en la peligrosa situación de ser su carcelero? Estaba confuso.

De la oficina llegaban voces bajas y Parker se abrió paso a lo largo de los barrotes hasta la puerta de la celda, se quedó allí de pie, soñoliento, escuchando el zumbido de palabras que se convertían en frases y cobraban sentido.

Sawyer decía:

—... nada. No sospecha nada. Cree que Luke no cometió el asesinato, pero no está seguro.

Otra voz dijo:

—Tenemos que venderle la idea. Si Luke lo hizo o no, tenemos que hacerle creer que lo hizo. Este ha sido el golpe más afortunado

que hemos tenido hasta ahora.

La voz de Gibbs. Gibbs ahí hablando con Sawyer. Gibbs, el hombre que los peces gordos querían que fuera sheriff, hablando con su ayudante.

Las manos de Parker se cerraron en un puño mientras escuchaba, rígido.

—Haré lo que pueda —dijo Sawyer.

—¿No ayudará a Luke a escapar?

—No, es un tipo demasiado recto para eso. Si fuera su propio hermano, y Luke está muy cerca de serlo, lo ahorcaría si creyera que es culpable.

La voz de Gibbs era un deseo:

—Sería bueno que Luke escapara. Un sheriff que no puede retener a un prisionero, una vez que lo tiene, no vale una mierda. Y si un pelotón tuviera que salir y traer a Luke muerto, tampoco le serviría de nada.

Las voces se fueron apagando y Parker supo que se dirigían a la puerta.

Con los puños apretados, salió por la puerta de la celda hacia el pasillo, dio un paso hacia la oficina y se detuvo.

Mi propio ayudante, pensó. Mi propio ayudante contra mí. Trabajando para Gibbs, comprado por los peces gordos. Conspirando contra mí en mi propia oficina. Sawyer cree que estoy en el hotel o nunca dejaría entrar a Gibbs.

Se deslizó a lo largo de la pared de bloques de celdas, moviéndose rápidamente más allá de la puerta de la oficina, alcanzando a ver a Sawyer de pie en la puerta hablando con el hombre de fuera.

Salió por la puerta trasera y la cerró tras de sí. Se quedó un momento apoyado en ella, mirando las estrellas que brillaban en el cielo, respirando profundamente el aire fresco. Aún le dolía la cabeza, pero ya no estaba mareado y tenía las piernas firmes y fuertes. Comprobó sus armas. Ambas estaban en el cinturón y no habían sido manipuladas.

La ciudad volvía a estar tranquila. Al parecer, Luke había

escapado sin problemas, sin ser visto y, de repente, Parker se alegró de ello.

En el establo, detrás de la cárcel, el caballo de pelo tostado masticaba un bocado de heno y se sacudía las patas. Cuando Parker abrió la puerta, le llegó el olor a heno y cuero y el acogedor calor del lugar.

—Vaya, muchacho —dijo, y entró rápidamente, tirando de la puerta tras de sí. Encontró la silla de montar en la oscuridad y se la ajustó.

La única luz de la cocina de la casa del rancho Atkins era un faro amistoso en la noche y Parker, dirigiéndose hacia ella, reconoció la suavidad de la luz de la luna y el contorno del campo, el olor de la artemisa y la negrura achaparrada de los edificios agazapados en la cañada como cosas viejas y familiares. Cosas que tenían un significado especial aquí como en ningún otro lugar.

El viejo perro salió de debajo del porche y corrió hacia él, a través del patio, ladrando como un león furioso.

—Hola, Shep —dijo Parker, y los ladridos se convirtieron en amistosos mientras el perro se balanceaba como un caballo mecedor.

La puerta se abrió con el tenue resplandor de la luz de la cocina que se filtraba por el pasillo y ante ella se alzó la voluminosa figura del viejo Matt, con un pesado cinturón de cartuchos alrededor de su abultada cintura.

—¿Quién demonios está ahí? —tronó.

—Soy Clint —dijo Parker.

—Puedes guardar tu arma.

Parker se bajó de la montura y subió los escalones del porche.

—¿Luke está contigo? —preguntó el viejo.

Parker negó con la cabeza.

—Luke se escapó. Me golpeó en la cabeza y se escabulló.

—Y tú le estás buscando. Crees que vino aquí.

—No lo estoy buscando, exactamente. Creo que puedo ponerle las manos encima a Luke cuando quiera. Sólo vine a avisarles.

Parker pasó junto al anciano y entró en el vestíbulo. Matt cerró

la puerta y se dirigió hacia la cocina, Parker lo siguió.

Una voz de mujer, temblorosa, surgió de la oscuridad.

—¿Quién es, papá?

—Es Clint —le dijo el viejo.

—Viene a decirnos que Luke se escapó de la cárcel. Maldito bribón. Nunca pude mantenerlo encerrado. Solía encerrarlo en un armario cuando hacía diabluras y siempre se las arreglaba para salir de alguna manera.

—Acerca una silla y deja descansar tus armas —le dijo Matt a Parker.

—Yo avivaré el fuego y tomaremos una taza de café.

Parker apartó una silla de la mesa, dejó caer su sombrero al suelo y se sentó pesadamente. Mirando a través de la puerta que daba a la sala de estar, pudo ver el brillo de la luz en la vieja 45-70 que colgaba de la pared, colgada donde había estado colgada desde que tenía memoria.

—¿No será —preguntó el viejo Matt —que ayudaste a Luke a escapar? Me imagino que tal vez lo ayudaste a salir de ese armario de vez en cuando.

—No, no le haría algo así a Luke. Eso lo marcaría como el hombre que lo hizo. Lo convertiría en un proscrito.

—Tal vez se imagina que puede rastrear al asesino.

—Tal vez —dijo Parker.

Unas zapatillas se deslizaron suavemente fuera de la oscuridad y una mujer se paró en la puerta de la cocina.

Parker se levantó de la silla.

—Hola, madre —dijo.

Alta y delgada, con el pelo blanco alisado y apretado contra la cabeza, estaba de pie en la puerta, rígida, con una mano agarrada a la jamba.

—Sabes que Luke nunca lo haría, Clint —dijo.

Parker negó con la cabeza.

—Claro que no. Tuve que llevármelo porque las pruebas estaban en su contra y porque no era seguro dejar que se quedara aquí. Betz habría tenido a sus hombres alrededor de este lugar

como coyotes alrededor de un novillo moribundo.

Caminó hacia él y sonrió con desgana.

—Los dos erais buenos chicos —dijo—. ¿Recuerdas que todos los domingos teníamos nuestras lecciones bíblicas en el salón?

Parker extendió la mano y la abrazó.

—Y ahora —sollozó ella.

—Y ahora...

El viejo Matt se quedó mirándoles, con los ojos parpadeando rápidamente, la barba temblándole sólo un poco, la cafetera en una mano y el atizador de la estufa en la otra.

—Ahora, mamá —dijo.

—Clint no persigue a Luke. Sólo ha venido a decírnoslo.

El viejo reloj de la pared latía pesadamente, marcando los segundos con un aire solemne. Una ráfaga de viento vagabundo gemía en la esquina de la chimenea.

—Pasarás la noche con nosotros, ¿verdad, Clint? —preguntó Matt.

Parker asintió.

—Es lo mejor —dijo.

La madre Atkins se apartó de Parker, se secó los ojos y cogió la cafetera.

—Dando vueltas —se quejó—. Parado todo el bendito tiempo. Apártate de mi camino. ¿No ves que el chico está hambriento?

En la habitación del ático de Luke, Parker se desvistió lentamente, sentándose en el borde de la cama para quitarse las botas, recordando la época en que él y Luke habían compartido esta misma habitación. Un muchacho huérfano, acogido por unos vecinos que nunca le hicieron sentir que era huérfano. Recibiendo los azotes del viejo Matt como su difunto padre se los habría dado a él cuando hacía algo malo, y siendo cuidado y mimado por la mujer a la que había aprendido a llamar madre, sentada con ojos solemnes y muy recta junto a Luke todos los domingos por la mañana para la lección bíblica.

Colgó la pistolera en el poste de la cama, se quitó la camisa y los pantalones, apagó la luz y se metió en la cama, sintiendo cómo

el viejo y familiar colchón se adaptaba a su cuerpo.

El viento recorría el tejado, haciendo sonar una teja aquí y otra allá, y volvía para sacudirlas de nuevo. La rama de un árbol que colgaba a poca altura rozó el lateral de la casa y abajo oyó el murmullo de las voces de los dos ancianos que hablaban hasta quedarse dormidos.

Cierra los ojos, se dijo, y haz como si fuera hace diez años. Imagina que Luke está tumbado aquí a tu lado y que mañana los dos vais a pescar en el gran agujero justo encima de la valla. Shep es un perro joven y mamá tiene menos arrugas en la cara que esta noche. La barba del viejo Matt está empezando a encanecer y puede que por la mañana baje el rifle y te deje mirar a lo largo del cañón y alardear de toda la caza que podrías conseguir si te dejara usarlo.

Pero sabía que no serviría de nada. De nada serviría tratar de comprar siquiera un momento de olvido. Porque Luke no estaba en esta cama, sino en algún lugar de la noche, un hombre perseguido, perseguido por algo que él nunca podría haber hecho. Y Shep era viejo y tenía un reumatismo tan fuerte que en las noches de invierno se le permitía entrar y dormir junto a la estufa de la cocina. Y Matt nunca pudo volver a mirar aquel rifle sin acordarse de él.

Parker se quedó tumbado, mirando en la oscuridad, escuchando el viento que se paseaba por el tejado y tropezaba con las tejas.

De repente se incorporó en la cama, sacudido por algo que había surgido de la noche. Se frotó los ojos y esperó a que volviera.

—Debía de estar dormido —se dijo, sorprendido.

Unos golpes atronadores retumbaron por toda la casa, el insistente golpe de unos puños que aporreaban una puerta.

Parker echó las sábanas hacia atrás, levantó los pies de la cama y, en la oscuridad, buscó con la mano la correa de la pistola en el poste de la cama.

Los golpes volvieron a sonar, con un ruido sordo.

Unos pies se arrastraron por la oscuridad y la voz quejumbrosa de Matt subió flotando por las escaleras.

—Ya voy, ya voy, maldición Ya voy. Espera un poco.

Parker sintió el frío del suelo mordiéndole los pies descalzos mientras caminaba suavemente, pistola en mano, hasta lo alto de la escalera. Los golpes habían cesado, pero afuera el viejo Shep ladraba ferozmente.

CAPÍTULO TRES

EL BÚMERAN DE BUSHWHACK

La pantalla de una lámpara tintineó en el salón y el resplandor de una cerilla brilló en la oscuridad. Con la pistola en la mano, Parker se acuclilló en el último escalón de la escalera, temblando en ropa interior, con los ojos fijos en la puerta principal.

Unas zapatillas golpearon el suelo y vio al viejo Matt, con el camisón en los tobillos, arrastrando los pies hacia la puerta. En una mano llevaba el monstruoso revólver de seis tiros que había llevado al principio de la noche, cuando Parker había aparecido.

El pestillo chasqueó, la puerta se abrió con un chirrido y en su interior apareció un hombre con la cara roja. Detrás de él, en el porche, había otras formas oscuras.

—¿Dónde está Luke? —gruñó Betz.

Matt se quedó quieto, con la pistola colgando, medio oculta por el camisón.

—Luke está en la cárcel —dijo.

—Deberías saberlo, Betz. Tú ayudaste a meterlo ahí.

—Luke se fugó —le dijo Betz.

—Pensamos que lo encontraríamos aquí.

—No lo he visto —dijo Matt en voz baja.

—Él y ese sheriff cobarde están desaparecidos —gritó Betz.

—Lo más probable es que se hayan ido juntos. Cuando los

encontremos, los colgaremos del mismo árbol.

El viejo Matt permaneció inmóvil.

—Apártate de mi camino —gruñó Betz.

—Vamos a entrar a buscar.

El viejo no se movió y Betz permaneció indeciso.

Lenta y deliberadamente, Parker levantó su arma, alineó la mira con fría precisión directamente entre los ojos de Betz.

—No vas a entrar —dijo Matt.

—Ni siquiera te vas a quedar.

Su mano se movió rápidamente, el enorme revólver de seis tiros brillando a la luz de la lámpara. Desde donde estaba en cuclillas, Parker oyó el gruñido de sorpresa que salió de los pulmones de Betz cuando la boca del arma se clavó en su vientre.

Lentamente, Betz dio un paso atrás.

—Volveré —gruñó.

—Haré que lamentos que...

—Muévete —graznó el viejo Matt—. ¡Vete de aquí antes de que te haga polvo!

Betz retrocedió y las formas oscuras retrocedieron con él, cruzando el porche y bajando los escalones, observando la firme amenaza de la pistola en la mano del viejo.

Parker soltó el gatillo y dejó caer suavemente el percutor.

Los cascos golpearon fuera, tamborileando en la distancia.

El viejo Matt cerró la puerta, se dio la vuelta y, a la luz de la lámpara, su rostro estaba demacrado y macilento.

Parker llamó en voz baja:

—Matt.

El viejo se dirigió al pie de la escalera y se quedó mirando hacia arriba.

—Clint —dijo—, ¿me estabas apoyando!

—Betz —le dijo Parker —nunca estuvo más cerca de morir en toda su torcida vida.

Se levantó y bajó las escaleras.

—Matt —dijo— he estado pensando. Tengo que ir a buscar a Luke.

—¿Sabes dónde encontrarlo, hijo?

—Creo que sí.

Los ojos del anciano se arrugaron un instante a la luz de la lámpara.

—Clint, te mentí esta noche. Luke estuvo aquí, justo antes de que llegaras.

Parker asintió.

—Me imaginé que había venido.

—Me parece que te metiste en un aprieto al igual que Luke.

—No habría cambiado nada —le dijo Parker.

—Si no hubiera sido Luke, habrían encontrado otra forma. Quieren atraparame, de una forma u otra. Quieren matarme o desacreditarme como sheriff. Quieren meter a su propio hombre.

—Pero la chica —protestó Matt—. ¿Y la chica? La hija del viejo Horton.

Parker negó con la cabeza.

—Está bastante disgustada conmigo. No creo que tenga mucho que ver conmigo a partir de ahora. Ella y su padre querían que aceptara un trabajo en el norte...

—Te dije algunas cosas duras esta tarde —le dijo Matt.

—Sabes, Clint, que no era mi intención.

Por un momento se quedaron uno frente al otro.

—Claro —dijo Parker.

—Claro, sé que no lo decías en serio.

Una voz llamó desde el dormitorio.

—Es mamá —dijo Matt.

—Sube rápido y ponte la ropa. Yo prepararé café.

Afuera la luna estaba baja y la mañana fresca. Las estrellas del este palidecían y los primeros gorjeos somnolientos de los pájaros llegaban del bosquecillo junto al manantial.

Más allá del porche, Parker se quedó un momento escuchando, pero sólo se oían los pájaros y el susurro del viento entre los árboles.

Una ventana del oeste del establo dejaba pasar una franja de luz de luna sobre el establo donde estaba el caballo, con la cabeza

colgando en el pesebre, dormido o adormilado. Levantó la cabeza al paso de Parker y el hombre le habló en voz baja, se acercó a la percha donde colgaba la silla de montar. Rápidamente la descolgó, se dio media vuelta y oyó el ruido.

El sonido de un pie rozando el suelo, el silbido agudo y entrecortado de una respiración humana.

—Quédate donde estás —dijo una voz.

—Y mantén la mano alejada del arma.

Lentamente, con cuidado, sin dejar de sostener la silla de montar frente a él, Parker giró y vio al hombre de pie justo al borde del rayo de luz de la luna: enorme, corpulento y de barba negra.

La luz de la luna resaltaba la pistola que sostenía en el puño peludo y los dientes del hombre brillaban a través de la maraña de su barba.

—Hola, Egan —dijo Parker.

—Así que te quedaste atrás.

—Le dije a Betz que estarías aquí o vendrías, pero no se imaginó que lo harías. Dijo que tú y Luke tenían demasiado cerebro para eso.

—Y tú pensaste que nosotros no.

Egan gruñó de disgusto y, mientras gruñía, Parker se movió... un rápido paso adelante, los brazos estirados, empujando la silla con toda la fuerza de su cuerpo en movimiento.

El arma en el puño de Egan tronó, salpicando fuego, y Parker oyó el ruido sordo de la bala al chocar contra el cuero de la silla.

Parker saltó, golpeando con su puño la muñeca que empuñaba el arma mientras la silla de montar se estrellaba contra el cuerpo de Egan, y sintió el impacto de su puño contra el brazo, que hizo volar el revólver.

E incluso mientras su puño izquierdo golpeaba la muñeca, el derecho volvía hacia atrás, acumulando potencia para el golpe que silbó hacia delante, recto y limpio. El puño estalló con un crujido y Egan se tambaleó, con la barba salpicada de sangre.

El barbudo se levantaba lentamente. Parker dio un paso

adelante. Deliberadamente, sin piedad, blandió el puño y volvió a derribar a Egan.

Desconcertado, con los ojos medio vidriosos, Egan se puso en pie con dificultad, dando un paso inseguro. Inclínándose hacia delante, casi como si luchara por mantener el equilibrio, miró fijamente al hombre que tenía delante.

—Te mataré... —murmuró e intentó precipitarse. Parker se hizo a un lado y Egan, con las piernas dobladas, cayó al suelo.

Parker avanzó a grandes zancadas, se agachó y sujetó a Egan por el cuello, lo puso en pie y le dio la vuelta. Los maltrechos labios del hombre emitían gemidos suplicantes detrás de la barba empapada en sangre.

—Egan —dijo Parker— quiero hablar contigo.

—No me golpees... —murmuró Egan.

Parker ladeó el puño y lo sacudió en la cara de Egan.

—Escucha primero —le dijo—. ¡Luego habla!

Parker le soltó el cuello y Egan se desplomó en el suelo, sentado con las piernas estiradas hacia delante. Parker se acuclilló a su lado.

Egan levantó una mano peluda, y se frotó la cara golpeada.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Recuerdas que mataron a Campbell?

—Claro —dijo Egan.

—Claro que me acuerdo. Luke lo hizo.

—Luke no lo hizo —replicó Parker.

—A Campbell le dispararon desde lejos o con un arma de pequeño calibre. Si Luke le hubiera disparado desde detrás del árbol donde se encontró el cartucho, la bala le habría atravesado el cuerpo. Le habría hecho un agujero directamente a través de él. Esa arma de Luke es muy pesada. Un hueso nunca detendría una de sus balas, disparada a quince metros.

Egan se sentó murmurando.

Parker extendió la mano y lo sacudió salvajemente.

—¿Lo entiendes? —gruñó.

Egan repitió:

—Luke lo hizo.

Parker le dio una bofetada, un golpe con la mano abierta que le sacudió la cabeza.

Egan lo miró aturdido y aterrorizado.

—Tengo que decir que Luke lo hizo —declaró.

—¿Por qué?

—Betz lo dijo. Dijo que yo dijera...

—¿Betz fue quien lo hizo?

Egan vaciló y Parker levantó la mano. Egan retrocedió.

—Continúa —dijo Parker—. ¿Qué hay de Betz?

—Betz lo hizo —murmuró Egan, arañándose la barba con una mano espasmódica.

—Disparó a su propio jefe. ¿Qué tenía contra él?

—Nada. Sólo le disparó. Le pagaron para hacerlo.

—¿Por qué?

—Una buena manera de empezar una pelea.

—Pensaba que los muchachotes se sublevarían —dijo Parker— y sería una excusa para acabar con ellos.

—Claro —dijo Egan. Miró a través de la barba ensangrentada.

—Inteligente, ¿eh?

—Lo suficientemente listo como para ahorcarte —dijo Parker con maldad.

—Se veía venir de todos modos —dijo Egan.

—Claro que se veía venir —dijo Parker.

—Sólo que Betz ayudó un poco. Dime, ¿quién pagó a Betz?

La boca de Egan se cerró y el desafío apareció en sus ojos.

—¿Quién le pagó?

Egan negó con la cabeza. Parker le abofeteó, primero un lado de la cara y luego otro. Egan gimió.

Parker esperó.

—Fue Hart.

—¿Y Danielson?

—Así es, sheriff. Hart y Danielson.

—¿Y Horton? ¿Horton también le pagó?

Egan negó con la cabeza.

—¿Está seguro de eso? ¿Horton no estaba en el ajo?

—Horton ni siquiera lo sabía —murmuró Egan.

—No podía confiar en él. Es demasiado blando de corazón.

Parker se balanceó sobre las puntas de los pies, mirando fijamente al hombre.

Así que los del Hashknife y el Bar C eran los que lo habían planeado. Hart y Danielson habían firmado la sentencia de muerte de su compañero de rancho para desencadenar una guerra de ranchos, utilizando el Turkey Track como gato por liebre para hacer el trabajo sucio. Hart y Danielson habían asesinado deliberadamente a Campbell para llevar a cabo sus planes. No es que ninguno de ellos tuviera nada contra él, pero era una forma fácil y sencilla de hacerlo.

Y tenía un ángulo extra: Campbell y Luke habían estado a punta de pistola durante meses. Si se podía hacer creer que Luke lo había hecho, pensaron, eso podría comprometer al sheriff, y quizá sacarlo del cargo. Y con los pequeños grupos aniquilados y el sheriff fuera, toda la zona sería suya.

Egan emitió quejidos y gemidos.

—Mire, sheriff, no me lo va a echar en cara. Me dejarás ir. Después de todo, yo te ayudé. Yo fui el que...

—Cállate —gritó Parker.

Su mano se extendió lentamente y recogió la parte delantera de la camisa de Egan, retorciéndola con fuerza.

—Y ahora háblame del cartucho que se encontró detrás de aquel árbol.

—Ah, eso —dijo Egan.

—Eso lo pusieron allí. Encontré el cartucho en...

—Quieres decir que te quedaste observando hasta que Luke disparó el arma, luego te colaste cuando ya se había ido y lo recogiste.

—Yo lo encontré —protestó Egan.

—Sólo estaba paseando un día...

—Y viste algo brillando en el suelo.

—Así es, sheriff —dijo Egan, complacido.

—Diste justo en el clavo.

—Te costará mucho hacer creer eso a un jurado —dijo Parker.

Unos pies crujieron en el exterior y Parker se giró para coger su pistola.

La sombra del viejo Matt tapó la luz de la luna en la puerta.

—Me pareció oír un disparo —dijo.

—Te has tomado tu tiempo —le dijo Parker.

—Joder —dijo Matt, disgustado —tuve que ponerme los pantalones. No podía salir sólo con el rabo de la camisa. Me corrí justo...

Se detuvo, mirando fijamente a Egan.

—Trató de matarme —explicó Parker.

—Parece que le salió el tiro por la culata.

Parker asintió.

—Se desahogó —dijo.

—Me dijo que Betz fue quien mató a Campbell. Ese proyectil .45-70 fue colocado para que pareciera que Luke lo había hecho.

—Y ahora que tienes a la alimaña, ¿qué vas a hacer con él?

—Tengo que llevarlo conmigo mientras doy con Luke —dijo Parker.

—No puedo perderlo de vista.

—Llévalo a la cárcel —dijo Matt.

Parker negó con la cabeza.

—Sawyer está con ellos. Se enteraría por el Turkey Track y lo sacarían o lo matarían antes de que yo pudiera volver.

Matt se quitó la pistolera.

—Déjelo aquí conmigo —sugirió.

—Cuidaré muy bien de él.

—Ni hablar —dijo Parker.

—Tienes otras cosas que hacer.

—¿Cómo qué?

—Como reunir a un grupo de muchachos para que me esperen en la ciudad. Cuando vuelva tengo trabajo que hacer.

CAPÍTULO CUATRO

ESCONDITE EN EL INFIERNO

Amanecía sobre las colinas de Rattlesnake, la oscuridad se iba levantando del suelo frente a la entrada de la tenue luz matutina que revelaba las formas de los árboles y las rocas.

Cabalgando a trote lento, Parker escudriñó la maraña dentada de los imponentes acantilados, a la caza de la boca casi oculta de aquel pequeño cañón que brotaba de las colinas desmoronadas.

Hacía mucho tiempo que no venía por aquí. De algún modo, las cosas tenían un aspecto distinto al de aquellos días en que Luke y él cazaban oro pirata y huían a salvo ante el trueno imaginario de los pieles rojas que los perseguían.

Árboles nudosos y azotados por el viento, retorcidos y mutilados como lisiados, se aferraban a las colinas leonadas y era uno de ellos el que buscaba: un árbol mutilado y lisiado que parecía un anciano caminando con un bastón.

La cuerda de la silla le tiró del asta, se giró y echó un vistazo a sus espaldas.

Egan, con las manos atadas a la espalda, estaba sentado encorvado en la silla del caballo. A la pálida luz de la mañana, tenía la cara hinchada y un ojo casi cerrado por el círculo de carne negra y maltratada que lo rodeaba.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Parker.

Egan escupió torpemente.

—Como el demonio —dijo.

—Ya casi hemos llegado —le dijo Parker.

—Te dejaré descansar un rato.

—Mira —preguntó Egan—, ¿por qué no hacemos un trato?

Parker rió con dureza.

—Nada de tratos, Egan. Te necesitaré en el estrado de los

testigos.

—Podría arreglarlo con Betz —dijo Egan.

—Es amigo mío. Compañeros, ves. Todo lo que tengo que hacer es decir la palabra. Te vamos a dejar entrar. Te quedas con el trabajo de por vida y te sacas una pasta aparte.

Parker no contestó, seguía sentado medio girado en la silla, mirando fijamente al hombre.

—Betz te pagaría bien —declaró Egan.

—Sí, lo sé. Una bala en la espalda.

Decididamente, Parker se giró en la silla. Egan guardó silencio. Siguieron cabalgando hacia el amanecer.

De repente, como si hubiera surgido del suelo, el árbol estaba allí, en el borde del acantilado, un árbol que caminaba con un bastón a lo largo de la línea del horizonte.

Parker dirigió el caballo hacia el acantilado y vio la abertura enmascarada por el árbol que señalaba la boca del cañón. Lentamente, abriéndose paso, los caballos avanzaron, las escarpadas paredes se alzaban sobre ellos, las rocas se esparcían por el lecho del arroyo por el que corría una pequeña corriente de agua.

De repente, el cañón se ensanchó y apareció una arboleda.

Este era el lugar, recordó Parker. El lugar donde Luke y él solían dejar sus ponis y subir a la cueva.

Su mano apretó las riendas y detuvo el caballo. Parker estaba sentado, con los ojos muy abiertos, mirando a los dos caballos atados en el bosquecillo. Sabía que uno debía de ser el que había montado Luke, pero el otro era blanco.

Un caballo blanco. Sólo una persona en toda la zona montaba un caballo blanco:.... ¡y esa persona era Ann Horton!

Detrás de él, Egan le gruñó:

—¿Qué pasa, sheriff?

Parker no contestó, pero espoleó a su caballo y tiró de la cuerda.

No había duda de que el caballo blanco era de Ann. Parker, entrecerrando los ojos, reconoció la silla. Se bajó del caballo, lo

ató a un árbol cercano y se dirigió a la montura de Egan.

—Bájate —le dijo al hombre.

Egan se bajó torpemente, tropezó un poco al tocar el suelo y luego se enderezó, permaneciendo de pie en silencio. Parker ató el caballo de Egan junto al suyo.

—Camina delante de mí —le dijo a Egan—. Por ese camino de ahí—. Señaló.

Egan asintió y se dirigió hacia el sendero. Detrás de él, Parker se preguntaba, buscando a tientas una explicación para el caballo blanco.

¿Qué hacía Ann Horton aquí? ¿Qué la había hecho venir?

Las señales de alarma tintineaban en su cerebro, pero no estaban claras. ¿Una trampa? No era posible. Egan había dicho que el padre de Ann no sabía nada del plan y, aunque lo supiera, Ann no se prestaría a nada.

Y, sin embargo, el caballo estaba allí, atado junto al que había montado Luke.

Parker se encogió de hombros ante las preguntas y centró su atención en el sendero ascendente que tenía delante.

Subía por la ladera en un ángulo pronunciado, se acercaba a un acantilado escarpado que de pronto se rompía y daba paso a una maraña de rocas y arbustos.

—Espero —gruñó Egan a través de sus maltrechos labios — que sepas adónde vas.

—No te preocupes por eso —dijo Parker— yo....

Un zumbido giró sobre la cabeza de Parker, chocó contra el acantilado y gritó. De delante de ellos llegó la tos furiosa de un arma de seis tiros.

Delante de Parker, Egan se lanzó de bruces sobre el sendero, retorciéndose como una serpiente hacia un arbusto que lo cubriría.

El arma volvió a toser y Parker se echó a un lado, acurrucado contra la pared del acantilado, a cubierto del arma que tenía delante.

El silencio goteaba por la mañana, un silencio frágil y

quebradizo.

Parker llamó suavemente:

—¡Luke!

No hubo respuesta. La única palabra volvió en ecos apagados de las colinas, ecos susurrantes que volvieron a pronunciar el nombre de Luke, cada vez más tenues, como podría llamar un moribundo.

Encorvado contra la pared de roca, Parker contempló el paisaje ondulado que se extendía más allá de las colinas, un paisaje plateado bajo el sol de la mañana... un paisaje vacío excepto por un grupo de ganado, empequeñecido por la distancia. Nada se movía. Ni jinetes moviéndose, ni chimeneas humeantes señalando la preparación del desayuno. Sólo la pradera ondulante y la hierba plateada.

Le llegó el susurro de Egan, algo burlón:

—¿La suerte está echada, sheriff?

Parker no respondió, sino que volvió a llamar, alzando la voz:

—¡Luke! Luke, soy Clint.

Esta vez llegó una respuesta, la voz de Luke:

—Subid, pero os tengo cubiertos. Mantened las manos alejadas de las armas.

—Luke, idiota chiflado, quiero hablar contigo.

Luke gritó:

—No intentéis coger vuestras armas.

Parker salió al sendero, empujando a Egan con el pie.

—Arriba.

Egan protestó violentamente.

—Nos disparará en cuanto nos dejemos ver —gritó.

—Nos...

Parker le atizó con saña, cortándole las palabras.

Lentamente, Egan se puso en pie y subió por el sendero, con el cuerpo tenso y los ojos escrutando el terreno.

El sendero discurría por un saliente pegado a la pared del acantilado y, de repente, se torció y ya estaban allí, delante de la cueva.

Luke, largo y espigado, estaba de pie a un lado de la boca de la cueva, con la mano levantada y los labios torcidos en una sonrisa sombría y cuidadosa.

Contra la pared de roca junto a la entrada de la cueva estaba Ann Horton, con los ojos muy abiertos, las manos detrás de la espalda mientras se apretaba contra el acantilado. Parker se detuvo en seco y se quedó mirándola a la luz de la mañana.

—Ella vino porque pensó que estarías aquí —dijo Luke—. ¡Caray, no me digas!

—¿Pensó que estaba contigo?

—Claro, pensó que me habías soltado. Algunos del equipo del Turkey Track cabalgaron hasta el Bent Arrow. Dijeron que tú y yo habíamos desaparecido. Sacó conclusiones precipitadas, Clint.

Ann se apartó de la pared, dio un lento paso adelante.

—Sé que no debería haberlo hecho —dijo y sus ojos sólo vieron a Parker.

—Sé que no debí hacerlo, pero no pude evitarlo. No podía dejar que te fueras sin mí.

—No podías... —Parker se atragantó con las palabras, de repente estaba dando zancadas hacia delante... y la chica estaba en sus brazos.

Luke se rió.

—No le creí, Clint. Pero ahora maldita sea si no lo hago.

—Me enseñaste dónde estaba la cueva —murmuró la chica.

—Recuerda, Clint, aquel día que me contaste cómo cavaste en busca del oro enterrado....

—¿Y pensaste que era aquí adonde nos dirigiríamos?

Ella asintió contra su hombro.

Luke intervino.

—¿Cuál es la idea de arrastrar a Egan aquí?

—Porque él es el hombre que va a soltar la sopa —dijo Parker.

—Tosió su...

—Buenos días —dijo otra voz.

Parker se giró para mirar en la dirección de la que habían procedido las palabras.

Betz estaba de pie en el sendero, pistola en mano, riéndose de ellos sin que se oyera el sonido de la risa.

Levantó una mano y se quitó el sombrero ante Ann.

—Ha sido muy amable, señorita Horton —dijo— al mostrarnos el camino.

—¡Enseñaros el camino! —bramó Luke.

—Por supuesto —dijo Betz.

—Llevamos la noticia al rancho y esperamos a que se fuera. Luego la seguimos.

—Nunca pierdes una sola apuesta, ¿verdad? —comentó amargamente Parker.

—Nunca, sheriff —declaró Betz.

Sus ojos se entrecerraron y el tono bromista había desaparecido de su voz.

—Así que has traído a Egan contigo.

Egan gritó presa de un repentino pánico.

—No le dije nada, Frank. Ni una sola palabra. Nunca abrí...

—Acaba de terminar de decir —le dijo Betz, sombríamente — que te has ido de la lengua.

Y las palabras fueron suaves, demasiado suaves.

La pistola se aseguró en la mano de Betz.

—Maldito seas —dijo Betz.

—Nunca me caíste bien. Siempre supe que eras un cobarde.

—¡No, Betz! —gritó Egan—. ¡Por favor, Betz! Soy tu amigo...

Con los ojos muy abiertos por el terror, retrocedió, con la boca en movimiento y sin que le salieran palabras.

Detrás de Parker, Ann le gritó—. ¡Cuidado!

Pero era demasiado tarde. Por un momento, Egan se tambaleó al borde del precipicio, con la cara torcida por el miedo, los brazos tirando de las cuerdas a su espalda, luchando por mantener el equilibrio. Luego, con un grito largo y delgado, se desplomó y se perdió de vista.

La dura voz de Betz dio una orden.

—¡Tíralo!

Los dedos de Parker se aflojaron en el revólver y dejaron que

se deslizara de nuevo en su funda. Demasiado lento, le decía su mente, demasiado lento. Mirando a Betz, oyó el sonido del revólver de Luke al caer sobre las rocas.

Betz se rió.

Parker mantenía los brazos medio levantados, con la mente acelerada.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Betz, una sonrisa burlona de triunfo.

—¿Cómo lo quieres? —preguntó—. ¿Pistola o cuerda?

Parker movió los labios y se le secó la boca—. ¿Y la chica? —preguntó.

—No importa —le dijo Betz.

—Nos ocuparemos de ella.

Su rostro no era muy agradable.

Una mano invisible le quitó el sombrero a Betz y lo hizo volar por los aires. Una bala chocó contra el acantilado y, desde algún lugar del enmarañado terreno que se extendía por el cañón, un rifle lanzó un gruñido potente que provocó una cadena de ecos.

La mano de Parker buscó rápidamente su pistola mientras Betz giraba para enfrentarse al rifle oculto.

El rifle volvió a rugir y astillas de roca volaron de la pared del acantilado justo por encima del hombro de Betz, mientras la bala aullaba hacia el cielo, rebotando de arriba abajo.

Betz se agachó rápidamente y desapareció por el sendero. Parker estaba de pie, con la pistola en la mano, mirando tontamente.

La voz de Luke le habló de repente:

—Clint, irreconoces ese rifle! Es el viejo 45-70. El viejo está ahí fuera, apoyándonos.

Otro rifle traqueteó, tres disparos rápidos, sonidos planos, crujientes, rencorosos. El 45-70 respondió.

Luke corría hacia la cornisa.

Parker se volvió rápidamente hacia Ann.

—Rápido —le dijo— entra en la cueva y quédate allí.

Se llevó la mano izquierda al cinturón, sacó la segunda pistola

y se la entregó.

—Úsala si es necesario.

Se dio la vuelta y corrió tras Luke, pero éste ya había desaparecido.

Desde muy abajo sonó un rifle y respondió un seis tiros. El 45-70 estaba en silencio.

Corriendo velozmente, inclinado hacia delante, Parker dejó atrás la pared del acantilado, alcanzó la tierra enmarañada que se precipitaba hacia el cañón. Delante de él, una pequeña bocanada de humo salió de detrás de un árbol y un rifle comenzó a martillar.

Saliendo del sendero, Parker disparó rápidamente al árbol y luego se deslizó entre la maleza, metiéndose profundamente bajo ella lanzándose en picado, con los pies por delante.

El rifle se agitó y las balas arañaron salvajemente los arbustos bajo los que yacía el sheriff. Con el cuerpo pegado al suelo y el olor a moho de las hojas en las fosas nasales, permaneció inmóvil observando el árbol a través de la red de ramas.

El cañón estaba tranquilo, no había rastro de los hombres que se escondían entre las rocas y los arbustos para matar o morir. Ni rastro de las armas escondidas, a la espera. En algún lugar, un pájaro cantaba a la mañana y, a lo lejos, los primeros rayos del sol pintaban las cimas de los acantilados.

Parker empuñó el revólver con fuerza. Todo había ido bien, demasiado bien, se dijo. Y ahora sucedería algo así. Egan muerto al pie del acantilado, el único hombre que podría haber exculpado a Luke de la acusación contra él. Egan, con las manos atadas a la espalda, cayendo desde la cornisa, cayendo a las rocas y los árboles de abajo, muerto por Betz con la misma seguridad que si Betz le hubiera disparado una bala en la cabeza.

Y ahora, apuestas de cinco a uno o más. Dos pistolas de seis tiros y un rifle en las temblorosas manos de un anciano contra una banda de hombres bien armados. Hombres que tenían que matar o ser descubiertos. Hombres que no dejarían que nada los detuviera...

Por el sendero, un revólver de seis tiros martilleaba rápidamente, los disparos se sucedían hasta que parecían un solo traqueteo.

Los disparos se interrumpieron y se hizo de nuevo el silencio.

Parker exhaló lentamente.

Sus labios se movieron silenciosamente.

—Uno —dijo.

Luke había dado en el blanco, pues no hubo respuesta. Pero un hombre no podía seguir haciendo eso, no podía seguir matando sin que lo mataran a él.

Algo se movió junto al árbol más allá de los arbustos, algo oscuro contra el verde oscuro de la maleza sombreada. Tenso, Parker observó. La cosa oscura se proyectó más lejos y hubo un brillo sombrío, el brillo de la luz sobre el acero.

Parker aspiró y levantó lentamente el revólver. La cosa brillante era el cañón de un rifle y aquella proyección oscura sería el codo del hombre que lo empuñaba.

Su dedo apretó el gatillo del revólver y el percutor retrocedió lentamente. Entonces el arma saltó en su mano y un hombre saltó, aullando, de detrás del árbol. El rifle cayó al suelo y se deslizó lentamente por la ladera y el hombre echó a correr, con la mano izquierda sujetándose el codo del brazo derecho.

La muñeca de Parker se dobló ante el impacto del arma que tosió y, en la ladera del cañón, el hombre se dobló, se dobló y cayó mientras corría, con las rodillas flexionándose bajo él y los pies rozando las hojas. Lentamente cayó de bruces y rodó.

En la ladera de la colina, por encima de Parker, un rifle retumbaba, disparando y escupiendo, y el silbido del plomo que se colaba entre los arbustos era como el sonido de una repentina tormenta de verano.

Con la respiración entrecortada, Parker se escabulló arrastrándose sobre el vientre.

Otro rifle retomó la melodía donde el otro la había dejado, parloteando y gruñendo. Los arbustos se mecían y ondulaban y las hojas cortadas por las balas revoloteaban sobre la espalda de

Parker.

Parker tenía la garganta seca, seca por el miedo repentino.

Dos rifles apuntándole, otros acercándose sigilosamente, atraídos por el ruido de los disparos y acercándose a él.

Una voz le llegó a través de la maleza.

—Será mejor que salga, sheriff.

Se abrazó al suelo, con una furia encendida en su cerebro.

—Salid —dijo la voz de Betz —o abriremos fuego. Os haremos pedazos.

No puede verme, se dijo Parker. No puede verme o haría que me dispararan. Es sólo un truco. Un truco para que me mueva y le muestre dónde estoy.

Una bala se estrelló contra el suelo a menos de quince centímetros de Parker, lanzándole una lluvia de tierra a la cara. Otra le rozó el sombrero con un sonido desgarrador al rasgar la tela. Algo le picó en la pierna izquierda.

En lo alto de la colina, un hombre gritaba y una seis tiros emitía un sonido entrecortado y torturante.

¡Un revólver! Sería Luke.

Parker se puso en pie, bajó los hombros como un ariete y cargó a través de la maleza, dirigiéndose hacia el sonido del revólver.

Un rifle rugió, pero el disparo fue desviado y Parker siguió adelante, trepando por la colina a saltos que hacían repiquetear las rocas sueltas ladera abajo.

El seis tiros estaba en silencio y el hombre que había gritado gemía, gemía y sollozaba en algún lugar entre los árboles.

Sonó el grito agudo de una mujer:

—¡Clint... Clint!

Y luego se ahogó, como si una mano le hubiera cruzado la boca.

Con la respiración agitada en la garganta, Parker saltó hacia el sonido. Un rifle gruñó y un plomo quejumbroso zumbó por encima de su cabeza.

Tropezó, atravesando una barrera de maleza, y ante él estaba Ann-Ann agarrada por uno de los jinetes del Turkey Track, con

un brazo alrededor de la cintura, sosteniéndola frente a él mientras retrocedía.

Al ver a Parker, el hombre levantó el brazo y el arma saltó en un estallido de fuego y humo. Parker se sacudió ante el impacto de la bala, que le rozó el costado.

Ann forcejeaba, luchaba, con los ojos muy abiertos, los labios apretados y rectos.

Parker levantó el arma y cuando la chica se inclinó hacia delante, tratando de zafarse del brazo que la sujetaba, apretó el gatillo.

Ann se tambaleó hacia delante, cayendo de rodillas cuando el brazo se relajó y se elevó sobre ella, con la garganta desgarrada por la bala de Parker, el hombre permaneció de pie un instante como una estatua y luego cayó hacia atrás, desplomándose como un árbol.

Parker giró sobre sí mismo, con el revólver preparado. Unas figuras ascendían por la colina, formas que se desplomaban rápidamente de un árbol a otro. El revólver del sheriff martilleó y, en la ladera, un hombre giró sobre sí mismo y rodó ladera abajo.

Un rifle rugió en tono firme y Parker sintió el viento de la muerte pasar susurrando junto a su mejilla. Las balas se estrellaron contra el suelo que se elevaba a sus espaldas.

Se dio la vuelta y vio a Ann corriendo hacia un grupo de rocas. Disparó dos tiros rápidos al rifle que disparaba y luego el percutor hizo clic en un cartucho vacío.

La chica le gritaba:

—Rápido, Clint, rápido.

Las balas surcaban el suelo a su alrededor mientras corría, pero alcanzó las rocas, se arrojó tras ellas y se quedó tumbado escuchando el aullido del plomo rebotando al chocar contra las rocas.

Una mano lo tocó.

—Clint, estás bien...

Se abalanzó sobre ella—. ¡Pequeña tonta! Te dije que te quedaras en la cueva.

—Pero te estaban disparando y yo tenía la pistola.
Se incorporó y cargó cartuchos en su Colt.
—¿Dónde está la pistola que tenías? —le preguntó.
Le tembló un poco la voz.
—Se me cayó.

De rodillas, miró a través del pequeño espacio que los separaba, viendo el temblor de sus labios.

—Lo siento —le dijo.
—Siento haber hablado así.
—¿Dónde están Luke y Matt?

Parker sacudió la cabeza.

—En algún lugar del cañón, supongo.
Señaló con la cabeza un nicho entre dos rocas.
—Entra ahí y no te muevas —le dijo.
—El infierno se desatará en cualquier momento.

Ella se metió en el nicho y Parker se agachó, con el revólver preparado, vigilando los árboles y la maleza. Estarán subiendo la colina, se dijo a sí mismo, para llegar por encima de nosotros, y cuando lo hagan, este nido de rocas no servirá de nada para esconderse.

Un rifle escupió colina arriba. El grito de un hombre se elevó por encima del estruendo del disparo y luego se cortó.

Parker se tensó. ¡Ese rifle!

Volvió a disparar y un hombre corría entre los árboles, girando y doblándose como un ciervo cazado.

Deliberadamente, Parker lo apuntó con la mira y apretó el gatillo. El corredor tropezó, se estrelló contra el suelo y rebotó, se agitó contra un árbol y luego se quedó quieto.

El arma volvió a disparar, deliberada y firmemente, como un oso acorralado.

—¡Matt! —gritó Parker—. ¡Por aquí, Matt!

El viejo le gritó desde la ladera:

—Los tenemos a la fuga, muchacho. ¡Dispara!

El ladrido del 45-70 cortó sus palabras y los rifles respondieron con rugidos y detonaciones.

Un nuevo sonido llegó, lejos a la izquierda: el traqueteo constante de un seis tiros.

¡Luke! Es Luke, se dijo Parker.

Se deslizó por la esquina de la roca, apuntó con su arma a un arbusto cubierto de humo de pólvora y disparó rápidamente. Un hombre salió de entre los arbustos y bajó zigzagueando por la colina a saltos salvajes y vertiginosos.

Otros hombres también corrían. Bajaban corriendo por la ladera, precipitándose y deslizándose, corriendo para escapar del fuego abrasador que se abatía sobre ellos.

Parker saltó de detrás de la roca, con su pistola humeante pisándole los talones al hombre que huía.

Sus botas mordían el suelo inclinado, dejando largas marcas de derrape tras de sí mientras descendía por la colina, mientras por encima de él gruñían el viejo rifle de Matt y el seis tiros de Luke tocando una melodía constante.

Una bala pasó rozando la cabeza de Parker y un arma se disparó a la izquierda. Parker controló su zancada y se dio la vuelta, vio al hombre de pie junto al árbol ralo al pie del acantilado.

Con la cara roja, el cuello de toro, los labios torcidos por el odio, Betz levantó el arma para disparar de nuevo.

Parker disparó desde la cadera, un tiro rápido que hizo volar la corteza del árbol. El arma de Betz babeó fuego y Parker se tambaleó bajo la potencia aplastante de la bala que le alcanzó en el hombro.

Entumecido, Parker levantó el arma y dio un lento paso adelante.

Ésta tiene que ser buena, le dijo su mente a través del dolor que se extendía por su cuerpo; ésta tiene que valer. Si no lo era, sabía que no tendría otra oportunidad.

Con los pies en el suelo, se mantuvo erguido y rígido por el momento, con todo lo demás borrado excepto el hombre de la cara roja y el horrible cañón del revolver de Betz preparado para otro disparo.

El arma en la mano de Parker escupió fuego, se agitó contra su muñeca. Delante de él, Betz se sacudió como si le hubiera golpeado un hierro candente. El arma se le resbaló de los dedos y el hombre se dobló por la mitad, como si tuviera bisagras en el estómago. Cuando cayó al suelo estaba quieto, muy quieto y flácido.

A través de una bruma nebulosa, Parker impulsó las piernas hacia delante, caminando hacia el hombre muerto, y se detuvo asombrado.

Algo salió rodando de debajo del árbol junto al que Betz estaba de pie, algo que se agitó y se sacudió como un pollo al que le hubieran cortado la cabeza.

Las piernas de Parker corrían y su boca gritaba:

—¡Egan! Egan!

Egan se incorporó con dificultad y le miró fijamente, con su barba negra cubierta de sangre mientras sus mandíbulas trataban de pronunciar palabras.

—Temía no salir nunca —dijo.

—La maldita cuerda se enredó con una rama.

—Pero caíste —jadeó Parker.

—Te vi...

—Claro —dijo Egan.

—Me caí contra un árbol. Me dejó inconsciente un rato, pero me salvó. Cuando volví en mí, pataleé un poco y luego hice el resto del camino hacia abajo.

Sacudió la cabeza hacia Betz.

Egan se balanceaba de un lado a otro y los árboles bailaban. Parker sintió que sus rodillas cedían y de repente estaba sentado en el suelo, cara a cara con Egan. Sacudió la cabeza para despejar la niebla y los árboles se quedaron quietos, sacudiéndose sólo un poco.

—Te ha dado —dijo Egan maliciosamente. Sus ojos se clavaron en el hombro ensangrentado de Parker.

—Espero que sea grave —dijo Egan.

—Espero que mueras junto con Betz.

Parker apretó los dientes.

—No te preocupes —le dijo al hombre.

—Viviré para verte entre rejas....

Unos pies golpearon detrás de él y giró la cabeza. Era el viejo Matt y Ann, descendiendo por la ladera. Ann era como un ciervo corriendo, Matt como un oso pardo, con la barba flotando al viento y el rifle ondeando en su mano firme.

Parker se levantó tambaleándose y se quedó esperándolos.

—¡Les ganamos, hijo! —gritó Matt—. ¡Les dimos una paliza!

Se detuvo frente a Parker, mirándole sobriamente el hombro.

—¿Estás malherido, hijo? —preguntó.

Parker negó con la cabeza.

—El brazo izquierdo no funcionará durante un tiempo —dijo.

—Pero el derecho está bien.

Para demostrárselo, se lo tendió a Ann.

El viejo Matt se reía.

—Luke y tú creíais que habíais engañado al viejo —dijo.

—Nunca se imaginaron que sabía dónde se escapaban todos los domingos por la tarde.

Parker se atragantó—. ¿Sabías lo de la cueva todo el tiempo, entonces?

—Claro que sí —le dijo Matt— pero me callaba la boca. Les hubiera estropeado la diversión si supieran que lo sabía.

Parker abrazó a Ann y vio a Luke que se acercaba por el bosque.

—Todo está bien —le dijo a Ann.

—Todo está bien.

FIN

LA SENDA DE LOS REBELDES DE LA CIUDAD DEL AHORCADO



Way for the Hangtown Rebel! se publicó originalmente en el número de mayo de 1945 de *Ace-High Western Stories*. Los diarios de Cliff Simak no mencionan que alguna vez escribiera una historia con ese título, y parece probable que el título fuera una invención de la redacción de la revista, pero uno de los diarios sí muestra que Cliff recibió 150 dólares en 1945 por una historia titulada *Gunsmoke Letter* y la acción de esta historia se precipita de hecho por una carta (por supuesto, eso también podría decirse de *Gunsmoke Interlude...*)

Otro punto de interés es el hecho de que el dueño de la taberna en esta historia se llamaba Joe Carson; Carson era el nombre de pila del hermano menor de Cliff, y su nombre aparece en varias historias de Cliff, sobre todo en los primeros años de la carrera de Cliff..

David W. Wixon



Way for the Hangtown Rebel!
Ace-High Western Stories Mayo 1945

CAPÍTULO UNO

Un saludo de cáñamo para un desconocido

La horca era lúgubre y brillaba como nueva, con el amarilleo de la madera que nunca ha desafiado a los elementos. Como una deliberada señal de advertencia, se erguía en el descampado, brillando al sol.

Las manos de Steve Burns se tensaron sobre las riendas y, aunque el día era luminoso y cálido, sintió la frialdad de la horca desafiante.

—Me estoy poniendo nervioso —se dijo, mirando fijamente la horca. La mayoría de los lugares se conformaban con un buen álamo robusto. Pero no en Skull Crossing, donde tenían un aparato hecho por el hombre que evidentemente estaba listo para el negocio.

Lentamente, Burns hizo girar el caballo y se dirigió calle abajo.

Burns se detuvo frente a la caballeriza y habló con un anciano recostado en una silla.

—¿Tienes heno y avena de sobra? —preguntó.

—Sí —le dijo el hombre y luego añadió—: La taberna está justo al final de esa calle de tierra.

Burns sonrió y bajó del caballo gris, entregándole las riendas.

—Estaba mirando ese cacharro calle arriba —dijo.

—Debe estar esperando un negocio importante.

El caballerizo escupió a través de un diente roto.

—Ya tengo el negocio. Estoy a punto de colgar a unos tipos intratables que el sheriff pilló en las colinas. Una banda mejicana que ha estado armando jaleo durante un año o dos. Casi limpian el valle.

—Noté algunos ranchos abandonados al llegar —dijo Burns.

—Me preguntaba de qué se trataba.

—Sí —declaró el hombre.

—No era seguro salir de noche. Pajares quemados. Gente asesinada. Ganado desaparecido.

—Así que los rancheros se levantaron y se fueron —dijo Burns.

—Eso es, forastero. Pasaron mucho tiempo tratando de cazar a los lobos, pero nunca encontraron su escondite. Las colinas de atrás, donde se escondieron, son un mal lugar.

—Pero el sheriff encontró a la banda.

El caballerizo volvió a escupir a través del diente roto.

—Le diré cómo es, forastero. El sheriff se pone nervioso cada vez que se acercan las elecciones.

—Creo que iré a tomar una copa —dijo Burns y se alejó por la calle vacía.

Después del resplandor del sol en el exterior, el interior del bar Longhorn era un lugar oscuro. Burns se detuvo justo al cruzar las puertas batientes y se quedó parpadeando hasta que las formas empezaron a hacerse claras. El camarero se apoyó en la barra, mirando hacia la ventana. En un rincón, algunos hombres jugaban a las cartas y otros observaban de pie.

Burns se dirigió a la barra.

—Sacar algo —le dijo al camarero.

—Quiero quitarme un poco de polvo de la garganta.

El camarero se movió pausadamente, alcanzando una botella.

—¡Burns!

La palabra chasqueó como un látigo por toda la sala.

Steve se apartó de la barra, con las manos buscando sus pistolas.

En la penumbra vio a uno de los hombres que habían estado viendo la partida acercándose a él.

La cara del hombre estaba borrosa y su cuerpo se confundía con las sombras que aún se cernían en el rincón. Pero no había duda del aplomo del cuerpo, de que aquellas manos en movimiento ya estaban golpeando las cartucheras.

La mente de Burns se quedó en blanco con una repentina concentración, todo lo demás se borró excepto aquella figura en el centro de la habitación. El tiempo se tensó en el frágil silencio y

Burns, observando la mancha del rostro del otro, supo que sus propias manos se movían con rapidez, que sus armas salían... como de memoria.

Burns esquivó con rapidez y, detrás de él, oyó el estrépito de un cristal hecho añicos cuando una bala pasó junto a su mejilla e impactó contra la parte posterior.

Entonces, las propias armas de Steve empezaron a hablar, golpeando contra sus muñecas, tosiendo con un doble sonido tan preciso que los vasos empezaron a temblar sobre la barra.

Ante él, la mancha del rostro se inclinó hacia delante, quedó suspendida durante un instante mientras el cuerpo sombrío se sacudía por el impacto de las balas, y luego se fue deslizando hacia el suelo.

Steve dejó caer las manos a los costados, olió el humo acre que salía de los cañones de sus armas, miró fijamente la cosa negra y encorvada en el centro de la habitación.

Los hombres se agitaban en el rincón, más claros ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, moviéndose lenta y cautelosamente, con las manos colgando a los lados.

Unos pies golpearon el porche y las puertas se abrieron de golpe. Un hombre enorme entró y caminó hacia Steve Burns. Cauteloso, con los pulgares enganchados en la pistolera, y la luz del sol de las puertas abiertas chocando contra la estrella niquelada prendida en su chaleco.

Se detuvo a dos metros y se quedó mirando, con los ojos entrecerrados hasta que fueron poco más que rendijas. Señaló las armas con la cabeza.

—Eres hábil con esas cosas.

—Sólo cuando es necesario —respondió Burns.

—¿Cómo es que Kagel te conocía?

—No sabría decirle —contestó Steve.

—Te llamó por tu nombre —gruñó el sheriff.

—Debes de haberlo conocido en alguna parte.

Burns negó con la cabeza—. Sabía mi nombre, sin duda. Pero no lo reconozco. Quizá sea uno nuevo.

—Quizá si le diéramos la vuelta —sugirió una voz y los ojos de Burns se desviaron hacia el hombre que había hablado. En cuclillas, cuadrado de hombros, delgado. Un alfiler de perlas brillaba en la corbata negra que se ajustaba por encima de un chaleco ornamentado.

Lentamente, Steve enfundó sus pistolas.

—Echemos un vistazo —dijo—. Le diré si le conozco.

Era lo último que quería hacer, admitió para sí mismo. Pero era algo que tenía que hacer. Un movimiento sospechoso y el corpulento sheriff podría causar problemas.

Se desplazaron por el suelo hasta situarse encima del muerto. Insensiblemente, el sheriff volteó el cadáver con la punta del pie y éste rodó grotescamente de espaldas, con los brazos extendidos y la cabeza flácida.

Burns sintió la cara rígida, como si una máscara cubriera su carne. Sabía que no podía mostrar la más mínima expresión, porque el sheriff le estaría mirando con aquellos ojos entrecerrados.

Lentamente sacudió la cabeza.

—Nunca lo había visto —dijo.

—No me puedo imaginar quién es.

Y eso, se dijo a sí mismo, era la peor mentira que había dicho nunca. Porque no había duda sobre el muerto del suelo. No se llamaba Kagel, desde luego, y parecía algo más viejo que el día en que había abandonado Devil's Gulch, jurando vengarse del hombre que lo echó.

—Creo que me tomaré esa copa —dijo Burns.

—Un momento —ordenó el sheriff.

Burns permaneció en silencio, mientras el hombre de la estrella le miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Piensas quedarte un tiempo? —preguntó el sheriff.

—No lo había pensado, sheriff.

—Sigue mi consejo —le dijo el sheriff.

—Tómame una copa y come algo. Duerme un poco si lo necesitas. Pero luego será mejor que te vayas.

Burns metió la mano en un bolsillo del chaleco y sacó una bolsita de tabaco. Sus dedos temblaron un poco al sacar el papel.

—¿Me ordena que me vaya? —dijo.

—Te doy algo de tiempo.

—Creo que me quedaré algún tiempo —le dijo Burns con calma.

El rostro del sheriff se sonrojó y sus dedos se movieron impacientes hacia sus pistolas, pero sus pulgares permanecieron anclados en el cinturón.

Burns echó tabaco en el papel.

—Verá —dijo— éste es el primer lugar del que me ordenan salir. Si dejara que esto me ocurriera, la gente podría hacerse a la idea de que sólo soy un vagabundo a caballo.

—Te dije que te largaras —dijo el sheriff—. Ya tenemos la barriga bien llena de patanes que vienen con las armas en la mano.

Burns se llevó el cigarrillo a la boca, lo lamió y lo cerró. Apenas movió los labios mientras hablaba.

—Sheriff, la única forma que tengo de discutir es con mis armas. Quizá le gustaría...

—Un momento —advirtió el hombre del chaleco elegante. Se dirigió al sheriff.

—Mira, Egan, él no empezó la pelea, Kagel lo llamó. Debe haber estado mal de la cabeza o algo así. Burns dice que nunca había visto a ese hombre.

—Eso dice él —declaró el sheriff —pero a mí me suena muy raro.

—Tenía que defenderse —argumentó el otro.

—Kagel hizo el primer disparo. Ya tenía las armas medio desenfundadas cuando gritó a Burns. En esas circunstancias, no veo por qué Burns no puede quedarse todo lo que quiera.

El sheriff empezó a hablar, tartamudeó.

—Está bien —dijo finalmente.

—De acuerdo, supongo que puede quedarse.

Se abalanzó sobre Burns como un oso pardo furioso.

—Pero no vayas a sacar a relucir las armas. Este condado se está limpiando y no toleramos los disparos a mansalva.

Burns sonrió con amargura—. Dígales a los muchachos que no me fastidien.

Bruscamente, el sheriff giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Steve se quedó mirándole. Gracioso, se dijo. Muy gracioso. Ese gran oso de sheriff doblándose ante un chaleco elegante.

Unos dedos le tocaron el codo y se dio la vuelta.

—Me llamo Carson —dijo el hombre del chaleco elegante, tendiéndole la mano.

—Joe Carson. Dueño de este lugar.

Burns extendió la mano y la estrechó. La mano de Carson era blanda y su apretón hacía juego.

—No le hagas caso al sheriff —dijo Carson.

—Se acercan las elecciones y él está en la picana. Siempre lo está, cuando llegan las elecciones. Buscando cosas que ayuden a conseguir votos.

—¿Como acorralar a los ladrones de ganado?

—Algo así —estuvo de acuerdo Carson.

—Probablemente tenía a esos cuatrerros vigilados desde hacía meses y los detuvo cuando les vino bien.

Burns se dirigió a la barra, con Carson a su lado.

—Buen tiro —le dijo el camarero.

—He visto muchos en mi vida. Pero nada como eso.

—Gracias —dijo Burns.

—Lento, sin embargo. Disparó el primero.

—Y destrozó la barra —declaró el camarero con amargura.

—Maldita sea, odio los disparos desordenados. Ordenado y limpio, digo yo. Así se hace.

—Adelante, bebe —invitó Carson.

—La botella va por cuenta de la casa.

Burns se sirvió un trago y se lo bebió.

—Quizá estés buscando trabajo —preguntó Carson.

—Si es así, me gustaría hablar contigo.

Burns vaciló.

—Bueno, no un trabajo exactamente. Busco a un hombre.

—¿No a Kagel? —preguntó Carson.

Burns negó con la cabeza.

—Un amigo. De nombre Custer, Bob Custer. Solía vivir por aquí.

—No lo encontrará, señor —le dijo el camarero a Burns.

—Se largó hace uno o dos meses.

—¿Uno de los rancheros que fueron expulsados?

El camarero asintió.

Burns bebió un segundo trago de whisky—. No parece ser Bob —protestó.

—Ni el infierno podría asustarlo.

—Ninguno de ellos tenía nada por lo que quedarse —dijo Carson.

—Su ganado había desaparecido y algunas casas se habían incendiado. Intentaron unirse, pero no sirvió de nada. No tenían hombres para protegerse. Cuando estaban en un lugar, la banda atacaba en otro. El único equipo que sobrevivió fue el Lazy K. de Newman que tenía suficientes hombres para luchar contra esos salvajes.

Burns sacudió la cabeza, desconcertado.

—Es curioso que un grupo de cuatreros se dedique a quemar y matar. La mayoría de las veces sólo les interesan las vacas.

—Los rancheros se cargaron a unos cuantos —dijo Carson.

—Les levantaron la caspa. Durante un tiempo...

Las puertas batieron y se oyó una voz.

—Tómenlo con calma, caballeros. Sigán haciendo lo que están haciendo.

Burns se puso rígido y el whisky del vaso que sostenía se derramó sobre la barra. En el espejo, vio que la cara de Carson se ponía blanca. El camarero se quedó helado con un trapo en una mano y un vaso mojado en la otra.

—Estamos atracando el banco —dijo el hombre de la puerta — y no queremos problemas.

Desde la calle se oyó un disparo.

—Alguien —dijo el hombre de la puerta —pensó que estábamos bromeando.

—Parece que no —le dijo Burns.

—Si crees que lo estamos —replicó la voz —date la vuelta y ponme a prueba.

Burns giró sobre sus talones, las rodillas se doblaron debajo de él de modo que se deslizó hacia el suelo, las manos yendo hacia sus armas. Una bala se estrelló en la madera por encima de su cabeza y el sonido de la pistola del bandido al rugir irrumpió en la quietud del bar.

—Tranquilo, amigo —dijo el bandido lentamente.

—Tranquilo, amigo. Quédate donde estás.

Las pistolas de Burns, casi fuera de las cartucheras, se deslizaron hacia abajo a medida que sus dedos se aflojaban.

—Tómalo con calma, amigo... tómalo con calma, amigo...

La voz no sonaba correctamente, amortiguada por la máscara de pañuelo azul, pero las palabras eran correctas. ¿Cuánto tiempo hacía que no oía esas palabras? Cinco años o más... siete... tal vez más que eso.

—Está bien —dijo Burns.

—Fui un tonto al intentarlo.

Se encorvó sobre sus talones, con las manos en el suelo, estudiando al hombre. Alto, recto, con el sombrero inclinado y mechones de pelo leonado asomando bajo él. La mano de la pistola estaba firme y la figura tensa, pero la voz había sido fría, llena de seguridad en sí misma.

Una ráfaga de disparos llegó desde el final de la calle. Los cascos de un caballo se pusieron en marcha y tamborilearon en la distancia.

—Tranquilo —dijo el hombre de la puerta.

—No te pongas nervioso. Un movimiento y te lleno de plomo.

Qué raro estar sentado aquí, pensó Burns, mientras se está produciendo un atraco a un banco a un par de puertas de distancia. Como los espectadores de una carrera de caballos, o como un sueño en el que un hombre ve que algo sucede y no

puede levantar una mano para detenerlo.

Alguien gritaba, daba órdenes. Sonó un revólver y se escuchó el rugido de un rifle. Los cascos volvieron a resonar, convirtiéndose en un trueno en la calle.

El hombre de la puerta se movió rápidamente. Un rápido taconeo sonó en los escalones y, justo fuera, un hombre gritó a un caballo. El ruido de los cascos pasó por delante de la taberna y retumbó calle abajo. Se oyeron disparos, que recorrieron la calle en una ola irregular.

Burns se puso en pie de un salto y corrió hacia las puertas que aún se movían.

Dos docenas de jinetes salían a la carrera de la ciudad, con los caballos encabritados y corriendo como conejos asustados, levantando una nube de polvo, mientras las armas disparadas desde puertas y ventanas lanzaban una lluvia de plomo tras ellos. No hubo disparos de respuesta. No era necesario. Los bandidos en retirada ya estaban fuera de alcance.

Burns oyó a Carson salir por la puerta detrás de él. Permanecieron juntos, uno al lado del otro, observando el remolino de polvo que se perdía de vista.

Burns sacudió la cabeza—. Gran pandilla —dijo.

—Los ladrones de bancos, por regla general, no montan con tantos juntos.

—Inteligente manera de hacerlo —dijo Carson, casi con admiración.

—Entrar y tomar la ciudad. Acabar con todo antes de que nadie pueda hacer nada.

Calle abajo, el sheriff Egan vociferaba, reuniendo un pelotón. Calle arriba, algunas almas entusiastas seguían disparando.

—Parece que el sheriff tendrá la oportunidad de ganar uno o dos votos más —dijo Burns en voz baja.

CAPÍTULO DOS

¡Disparen al hombre!

El camarero había dicho que Bob Custer se había retirado de la zona. Pero el tabernero se había equivocado. Porque el hombre que se había plantado con la pistola apuntando en la puerta del bar Longhorn era Bob Custer.

Incluso con la máscara cubriéndole la cara, no se podía confundir a un tipo como Bob Custer, se dijo Steve. No con el ángulo chulesco de su sombrero, el pelo leonado que se negaba a permanecer en su sitio, las palabras que usaba...

—Tómalo con calma, amigo —había dicho, y eran palabras que ya había usado antes. Palabras que había usado cuando los dos habían cabalgado juntos antes de que Burns aceptara el trabajo en Devil's Gulch.

Había reconocido a Steve y había utilizado deliberadamente esa expresión para evitar que su antiguo compañero utilizara sus armas.

Sentado en el borde de la cama de su habitación de hotel, Steve alisó la carta descolorida sobre su rodilla, leyó de nuevo las palabras mientras la lámpara de la mesita oscilaba con el viento:

Querido Steve

Si alguna vez piensas irte de Devil's Gulch, ¿por qué no vienes por aquí? Tengo un terreno en un valle tranquilo y me vendría bien volver a tener un compañero...

¡Un valle bonito y tranquilo! Bueno, tal vez lo había sido, cuando Bob había escrito aquella carta, casi dos años antes.

Con cuidado, Steve dobló la carta, la guardó en su cartera y se acercó a la ventana. El crepúsculo caía sobre Skull Crossing y el resplandor anaranjado y amarillo de las ventanas iluminadas

recorría la calle. El golpeteo de unas botas sobre la acera llegó a oídos de Burns mientras miraba por la ventana. Un jinete pasó al galope y a Burns le pareció que podía oler el polvo acre que los cascos del animal habían levantado con su prisa.

De alguna manera, Bob Custer, incluso entonces, dos años atrás, debía saber que llegaría el día en que un hombre no podría seguir viviendo en un pueblo donde los fantasmas de los muertos caminaban a plena luz del día. Ya entonces sabía que Steve querría colgar las armas y alejarse del constante murmullo de:

—Ese es Steve Burns, disparó a unos cincuenta hombres, limpió Devils' Gulch, es veneno con una pistola.

—Buenas noches —dijo una voz desde la puerta y Burns se asomó a la ventana, vio al hombre apoyado en la jamba.

—¿Es usted el caballero que perforó a Kagel? —preguntó el hombre.

Burns asintió, observando al hombre con recelo. Era un tipo joven, con el pelo engominado hacia atrás y una pipa bulldog colgando de la boca.

—Soy Humphrey —dijo el hombre.

—Jay Humphrey. Editor del Tribune. Tengo la habitación al otro lado del pasillo. Vi que su puerta estaba abierta.

—Encantado de conocerte, Humphrey —dijo Burns, pero no intentó que su voz sonara como si lo fuera.

—Entiendo que te llamas Burns —dijo Humphrey.

—No serás Steve Burns, ¿verdad?, de Devil's Gulch.

—Así es —le dijo Burns, con los labios apretados—. ¿No me estarás persiguiendo a mí también?

—Claro que no —protestó Humphrey.

—Yo sólo registro las noticias. Nunca intento hacerlas.

Burns sacó su bolsa de tabaco y empezó a armar un cigarrillo.

—¿Atraparon a los atracadores del banco? —preguntó.

Humphrey negó con la cabeza.

—Egan volvió con el pelotón hace un rato. Los bandidos huyeron hacia las colinas. Osborne está más dolorido que un forúnculo.

—¿Osborne, el banquero? —preguntó Burns.

—Así es —dijo Humphrey.

—Egan está pidiendo ayuda al Lazy K. Piensa llevarse a todos los que pueda a las colinas mañana.

Burns encendió una cerilla con la uña del pulgar y prendió el cigarrillo.

—Me imagino que Osborne está enfadado —dijo.

—El sheriff nunca atraparé a esa banda, esperando hasta mañana.

Sonrió a Humphrey.

—Tú tampoco pareces muy enfadado. No debes haber perdido mucho dinero en el atraco.

—Ni un centavo —dijo Humphrey.

—Los únicos que tenían dinero en el banco eran el Lazy K, Carson y el propio viejo Osborne. El resto sólo usamos el banco para pedir prestado.

—Altos intereses, supongo —dijo Burns.

—No es interés —le dijo Humphrey.

—Es un atraco a mano armada.

Se apartó de la jamba de la puerta.

—Tengo que irme —dijo.

—Tengo trabajo que hacer. Supongo que no irás con la partida por la mañana.

Burns enarcó las cejas—. ¿Por qué iba a hacerlo? No me importa lo que le pase al pueblo. Cabalga pacíficamente y ¿qué me pasa? Alguien intenta matarme.

—No te culpo —dijo Humphrey.

—Pásate por la oficina alguna vez. Tengo una botella escondida para un amigo.

Burns se quedó de pie en el centro de la habitación, escuchando el sonido de los pies del hombre que bajaba por el pasillo.

Humphrey había venido por algo. Eso, lo sabía, era seguro. Alguna información. Algo que quería saber. No había hecho ninguna pregunta, excepto sobre el asunto de Devil's Gulch y

sobre cabalgar con la partida. Pero esto último había sido curioso. Los hombres de paso rara vez cabalgaban con las cuadrillas.

Humphrey no podía sospechar que conociera a Bob Custer... probablemente nadie en el pueblo sospechaba siquiera que Custer hubiera estado implicado en el atraco. Y eso sólo hacía que la visita fuera aún más absurda.

Burns dejó escapar el humo por sus fosas nasales y frunció el ceño.

Era curioso que Custer pudiera estar enredado con una banda de atracadores. Nunca tuvo tendencias violentas. Siempre quería parar en algún sitio y establecerse.

Bob Custer y algunos otros rancheros fueron expulsados del valle por un grupo de cuatreros que no actuaban como debían hacerlo los cuatreros. Los ladrones de vacas, por regla general, no queman y matan. Reúnen algunos bichos y se largan tan rápido como pueden.

Custer participó en el atraco a un banco, pero fue un atraco curioso. No como los ladrones de bancos suelen trabajar. El grupo era demasiado grande para empezar y...

Burns se sobresaltó cuando la puerta crujió y echó mano a su revólver. Pero cuando sus dedos tocaron la empuñadura, se detuvo, paralizado por el asombro.

Una chica estaba de pie en la habitación, con la espalda apoyada en la puerta y las manos detrás, mirándole con unos ojos azules que parecían brillar a la luz humeante de la lámpara.

—¿Eres Steve Burns? —preguntó.

Burns asintió, mirándola fijamente. Los vaqueros desteñidos que llevaba estaban manchados de polvo y las mangas de la camisa azul de trabajo eran tan largas que se había subido los puños. El pelo castaño le caía por los hombros y el sombrero le colgaba a la espalda mediante un cordón alrededor de la garganta.

—Me envía Bob Custer —dijo en voz baja.

Burns se levantó despacio, se quitó el sombrero a tientas y se puso de pie con él en la mano.

—Imaginaba que tal vez se pondría en contacto conmigo —

dijo— pero nunca pensé que enviaría a una chica.

—Yo era la única que podía venir. Sería demasiado peligroso para los demás. Pero nadie me prestaría atención. Probablemente ni siquiera me reconocerían.

Sus ojos le miraron burlones.

—Además, me escabullí por detrás cuando estaba oscureciendo.

—Mire, señorita —pidió Burns.

—Quizá podría ir un poco más despacio y dejarme entenderlo. Sobre lo peligroso que es esto. Sobre el robo al banco este...

—De eso quiere hablarle Bob —declaró la chica.

—Teme que piense que realmente es un bandido, que todos nosotros estamos robando bancos y disparando a la gente y...

—Hoy lo habéis hecho muy bien —dijo Burns.

Ella alargó la mano y le tomó el brazo.

—Pero no se da cuenta de que eso es de lo que Bob quiere hablar con usted. Quiere explicarle por qué nos escondemos en las colinas, luchando contra los hombres que nos expulsaron de nuestra tierra.

—Espera un segundo —jadeó Burns—. ¿Quiere decir que Carson, Osborne y los del Lazy K fueron los que expulsaron a los rancheros?

—Sólo Carson, en realidad —le dijo la chica.

—Él es el jefe del pueblo aquí. Osborne juega con él y Newman en el Lazy K es sólo el capataz. Carson es el dueño del rancho y lo utiliza como escondite para sus pistoleros.

—Debería haberlo adivinado —dijo Burns, casi como si hablara consigo mismo.

—Debería haberlo descubierto enseguida. La falsa historia de los cuatrerros y el incendio....

Unos pasos se acercaron rápidamente por el pasillo y Burns, alargando la mano, apartó a la muchacha de la puerta, se acercó a ella y echó mano a la pistola.

Esperaron sin aliento, pero los pasos pasaron de largo y giraron hacia otra puerta situada más adelante en el pasillo.

—Tiene que salir de aquí —susurró Burns.

—Hay demasiadas posibilidades de que alguien le descubra.

—Bob me pidió que le llevara a las colinas —le susurró la chica.

—Vendrá, ¿verdad?

—Claro, iré. Qué demonios. Bob Custer es el mejor amigo que he tenido. Si tiene problemas, es hora de echarle una mano.

—Le veré en el camino al oeste del pueblo—. Se dirigió hacia la puerta, pero Burns la detuvo con un gesto. Rápidamente, se acercó a la mesa y apagó la lámpara.

—Estaré allí en cuanto pueda coger mi caballo —dijo.

Oyó girar el pomo de la puerta.

—Sólo un segundo —dijo.

—¿Sí?

—Ya que sabe mi nombre, señorita, tal vez...

—Ann —dijo ella.

La puerta se abrió y se cerró suavemente y sus pasos se oyeron como débiles golpecitos.

Burns se quedó un momento escuchando, luego se calzó el sombrero en la cabeza, salió de la habitación y bajó las escaleras. No había rastro de Ann. Probablemente, se dijo, se había escabullido por la parte de atrás. Probablemente tenía su caballo allí, en la parte trasera del hotel.

No había nadie en el vestíbulo, lo cruzó y salió al porche.

La ciudad estaba tranquila. En algún lugar, un borracho gorjeaba una canción y dos caballos permanecían atados a un enganche al otro lado de la calle.

Steve se colocó el cinturón, salió rápidamente del porche y se dirigió a la caballeriza.

Una cosa chirriante pasó rozándole y se estrelló contra el lateral del hotel. Un pesado rifle rugió hueco en la noche.

Burns se precipitó hacia el oscuro callejón entre el hotel y la barbería, con las manos aferradas a sus pistolas mientras sus piernas le empujaban hacia un lugar seguro.

El rifle volvió a gruñir y otra bala penetró en el revestimiento,

arrojando brillantes astillas que centellearon como diminutas lanzas de luz en el resplandor que provenía de la ventana situada justo encima de ellos.

Burns salió al callejón corriendo y siguió adelante, tropezando en la oscuridad.

Y mientras corría, los pensamientos martilleaban su cráneo.

Alguien sabía quién era. Probablemente Carson había colocado a ese tirador en el edificio de enfrente.

Recordó que la caballeriza estaba al oeste. Tenía que llegar allí rápidamente, coger su caballo y cabalgar hacia el oeste, fuera de la ciudad, para encontrarse con la chica.

Un pensamiento repentino lo detuvo en seco. ¡Esa chica! ¿Era realmente quien decía ser? ¿Cómo podía estar seguro de que Custer la había enviado? Quizá no era más que el cebo de la trampa de Carson. Una treta para sacarlo del hotel. Si cabalgaba a su encuentro, podría ser otra trampa.

Sacudió la cabeza, perplejo. Había sido un torpe, debería haber exigido alguna prueba de la identidad de la chica. Pero ya era demasiado tarde.

Carson había salido a por él, pues nadie más habría colocado a ese tirador. Probablemente quería atrapar a cualquiera que llegara al pueblo y pareciera problemático.

Recordó que Carson le había dedicado unas palabras, pero probablemente eso ya no significaba nada. Quizá Carson había pensado contratarlo para uno de sus negocios de pistoleros hasta que mostró demasiado interés por el valle vacío y preguntó por Bob Custer.

No había nadie a la vista al final del callejón y Burns giró hacia el oeste, se deslizó a lo largo de los edificios, con la pistola en la mano, los ojos y los oídos alerta por si había peligro.

De la calle que tenía detrás le llegó un alboroto de voces que gritaban. Probablemente, pensó sombríamente, aquellos disparos de rifle habían provocado la salida de la gente de todos los locales de la calle.

—Hay que darse prisa —se dijo.

—Un minuto más y toda la ciudad estará encima de mí.

En medio del silencio, un guijarro crujió y Burns se pegó al edificio. Detrás de él, las tablas cedieron y se hundieron cuando su hombro presionó contra ellas. En la oscuridad se oyó otro sonido, el movimiento de un pie, de un hombre que avanzaba hacia él.

Steve se pegó con más fuerza al edificio, sintió que las tablas contra su espalda se hundían aún más. Poniendo la mano detrás de él, empujó y una bisagra chirrió débilmente, como el sonido de un grillo en la hierba.

Sabía que era una puerta. Una puerta que daba a la parte trasera de uno de los edificios, aunque no podía saber cuál.

Retrocedió en silencio hacia la oscuridad, sintió el suelo bajo sus botas y se metió rápidamente en la cavernosa negrura.

Del exterior llegaba el roce de botas, el roce de varias botas. Hay más de un hombre ahí fuera, se dijo.

Alargó la punta del pie hasta el borde de la puerta y ejerció una ligera presión. La puerta giró con facilidad. Las bisagras chirriaron una sola vez y el pestillo chasqueó suavemente.

Al relajarse de la tensión de un momento antes, percibió el olor dulzón del whisky en la oscuridad, oyó el murmullo apagado de unas voces que venían justo de detrás de él.

Sus ojos distinguieron las formas de las cosas apiladas contra la pared. Barriles, cajas y una pila de botellas vacías tiradas en un rincón.

Una voz más alta que las demás se coló entre el murmullo.

—Pero, maldita sea, Egan, Gardner nunca falla. Es pura muerte con su pistola. Por eso lo elegí para el trabajo.

El rugido gutural del sheriff respondió.

—Pero falló, Carson. Disparó dos veces y falló limpiamente cada vez. Los muchachos están buscando al tipo.

Enderezándose, Burns se dirigió de puntillas hacia la oscuridad, más cerca del sonido de las voces.

El sheriff dijo:

—Espera. Oirás un disparo muy pronto. Será su fin.

—El fin de cualquier otro más que probable —gruñó Carson.

—Parece que no te entra en la cabeza quién es este hombre. Steve Burns, el marshal más duro que jamás haya tenido una estrella. Limpió Devil's Gulch él solo y ya sabes qué clase de lugar era. Un tipo como él llegó justo cuando todo estaba en marcha. Me pregunto si Custer lo mandó llamar...

La puerta trasera, la que Burns había cerrado un momento antes, se abrió de golpe.

Burns se dio la vuelta, retrocedió rápidamente y sintió que su cuerpo quedaba atrapado entre dos pilas de cajas.

—¡Eh! —gritó una voz—. ¡Eh, ahí dentro!

Había tres figuras en la puerta y una de ellas forcejeaba, luchando furiosa y silenciosamente por zafarse de las garras de las otras dos.

La voz del sheriff retumbó.

—Es Gardner. Lo tienen!

Se abrió una puerta y un torrente de luz salpicó la habitación, iluminando a los tres que forcejeaban en el umbral.

Desde su posición entre las cajas, Steve Burns dio un grito ahogado y sus armas se alzaron.

La que se interponía entre los otros dos, la que había estado luchando por liberarse, era la chica de los ojos azules, la chica que Bob Custer había enviado para guiarle hasta las colinas!

CAPÍTULO TRES

La ley y el orden de Satán

Al otro lado de la habitación, Burns vio que la boca de Ann daba forma a un grito de advertencia, vio el asombro inexpresivo que se deslizó como una máscara por el rostro de uno de los hombres que estaban junto a ella. Presintió, más que vio, el movimiento relámpago que sacó una pistola de la funda del otro hombre.

En ese espacio intemporal en el que se movía la pistola, Burns giró la muñeca y accionó el gatillo. El revólver se agitó en su mano y, al otro lado de la habitación, el otro revólver se movía a la luz de la lámpara que entraba desde la puerta interior.

Giraba como una rueda de luz mientras en la puerta el hombre que la había desenfundado se deshacía como un saco del que se derramaba el grano.

Unos pies arrastrándose se deslizaron rápidamente por el suelo y Burns se apartó de las cajas de embalaje, girando sobre las puntas de los pies. El corpulento sheriff estaba casi encima de él, con su revólver de seis tiros empuñado casi hasta el tamaño de un juguete por la mano de jamón que lo empuñaba.

El arma del sheriff resonó en la proximidad de la habitación y Burns sintió una llamarada que le atravesaba las costillas. Arremetió salvajemente contra la figura que cargaba y el cañón de su revólver se estrelló contra la cara del sheriff.

El agente de la ley se tambaleó en seco y tropezó. Se le cayó el revólver de las manos y, de repente, la sangre le brotó de la nariz. Burns se apartó de su camino y se golpeó contra una pila de cajas apiladas contra la pared.

Egan cayó de rodillas al suelo.

La sala volvió a retumbar con estruendo y una bala se estrelló contra una caja a escasos centímetros de la cabeza de Burns. Rápidamente, Burns se agachó, dobló las rodillas y se puso en cuclillas.

A través del humo de las armas que llenaba el lugar, Burns vio a Carson de pie a un lado de la puerta. Tenía una sonrisa torcida en los labios y su arma se estaba preparando para otro disparo.

Rápidamente, Burns giró su propio seis tiros y accionó el gatillo. El disparo fue desviado, pero arruinó el intento del hombre del bar. La bala de Carson abrió un surco en el suelo, arrojando brillantes astillas a la turbia luz.

Otro disparo se oyó y la puerta entreabierta junto a la que estaba Carson saltó sobre sus goznes por el impacto de la bala.

Carson retrocedió bruscamente y, moviéndose con rapidez, se

puso a salvo tras una caja vacía que estaba en el suelo.

Steve giró sobre sus talones y saltó hacia la puerta trasera. Vio a Ann de pie en el umbral, con la pistola en la mano y el humo saliendo de su cañón. El hombre que había estado a su lado, el que tenía una expresión de asombro en el rostro, estaba tirado en el suelo.

—¡Rápido! —le gritó Burns—. ¡Vamos fuera!

Ella dudó un segundo, mirándole fijamente.

De un salto, llegó a la puerta y la alcanzó. La empujó hacia la oscuridad y la detuvo bruscamente sobre sus pies. Detrás de ellos, un seis tiros rugió.

—¡Corre! —jadeó Burns.

—Al establo. Dos caballos. Yo los detendré.

Ella se aferró a él.

—Le pegué —dijo.

—Estaba allí de pie y le saqué la pistola de la funda y le golpeé en la cabeza.

Burns la apartó de un empujón.

—Al establo —le gritó—. ¡Trae los caballos!

La chica comenzó a correr y Steve corrió tras ella, atento, con las armas listas para ser usadas.

Otra pistola sonó desde la esquina de un edificio y Burns oyó el zumbido de la bala entre la hierba a la altura de los tobillos. Se contuvo de devolver el disparo.

—No pueden estar seguros de dónde estamos —se dijo a sí mismo—. No tiene sentido indicárselo.

Delante de él vio la figura en penumbra de Ann metiéndose por una puerta abierta, supo que debía de ser la entrada trasera del establo. Al llegar, se quedó en la oscuridad junto a la puerta, esperando, vigilando. Pero no había señales de que alguien les persiguiera. Quizá nadie sabía exactamente adónde habían ido. Tal vez la mayoría de ellos ni siquiera sabían lo que estaba pasando. De la banda que estaba en la trastienda del bar, Carson sería el único en condiciones de informarles. Un hombre estaba muerto, otro había sido noqueado por la chica y el sheriff

necesitaría un poco de tiempo para recomponerse.

Rápidamente, Steve se escabulló por la puerta y corrió por el pasillo que olía a heno, a cuero engrasado y a las mantas sudadas de las sillas de montar.

Un caballo se acercaba por el pasillo y Burns le habló tranquilamente. El animal resopló y retrocedió. De un salto, Burns cogió las riendas.

—¿Dónde estás? —le gritó a la muchacha, y ésta le respondió de inmediato.

—Aquí. Tengo otro caballo.

Lo estaba sacando del establo.

Burns recorrió con la mirada la hilera de establos, anhelando su propio caballo gris, aunque su mente le decía que no había tiempo para esperar, ni para elegir. Ni siquiera para ensillar. Tendrían que cabalgar sin ellas. Con solo las bridas era lo mejor que podían hacer.

Si tan sólo supiera dónde habían puesto a su propio caballo. Si tan sólo...

—Eh, ¿qué pasa? —gritó una voz aguda.

Burns se giró. Era el encargado de la caballeriza, caminando hacia él.

Burns levantó su arma.

—¿Ves esto? —preguntó.

El hombre se detuvo bruscamente.

—Da la vuelta y camina delante de nosotros —le dijo Burns.

—Muy despacio. Y deshazte de tu artillería a medida que avanzas.

Lentamente, el hombre se dio la vuelta, con las manos tanteando el cinturón donde llevaba las armas.

—Un movimiento en falso —advirtió Burns— y te mandaré al infierno.

El cinturón con las pistolas cayó de la cintura del hombre y éste avanzó a paso lento, con las manos medio levantadas.

Detrás de él, Burns oyó el ruido sordo y suave de su caballo y el de la chica.

—Cuando llegemos a la puerta —le dijo Burns a Ann — subiremos a estos ponis y saldremos a la calle a todo galope. Gira hacia el oeste y sigue adelante. Si hay disparos, no intentes responder. Yo me encargaré de eso.

Al encargado de la caballeriza, le dijo:

—Hasta aquí es suficiente para ti. Quédate donde estás y no sueltes ni un gemido.

Burns se balanceó bruscamente y saltó al lomo del caballo. El animal, acostumbrado a la silla de montar, se encabritó asustado, se lanzó hacia la puerta y salió a la calle.

Hábilmente, Burns dio la vuelta al caballo y puso su revólver en posición de disparo. Alguien salió furioso de la puerta de un restaurante, gritándole, y desde lo alto de la calle un rifle se puso en marcha con un sonido hueco.

Un ruido de cascos salió del granero y pasó junto a él. Por el rabillo del ojo, Steve vislumbró rápidamente a la chica, agachada sobre el caballo sin silla, que bajaba atronando por la calle.

Una bala zumbó sobre su cabeza y otra rebotó por la acera, como una piedra sobre el agua, arrancando nubes de astillas a su paso.

Delante del bar Longhorn había hombres corriendo hacia sus caballos. Y otros ya saltaban hacia sus monturas.

Con un grito, Steve dio la vuelta a su caballo, tomando la dirección que había tomado la chica. Las ventanas iluminadas pasaban centelleando mientras el caballo se estiraba y corría como si su vida dependiera de ello.

Luego, la ciudad de Skull Crossing quedó atrás y Steve siguió el sonido de los cascos del otro caballo.

La luna cabalgaba justo por encima del horizonte del este e inundaba el valle con una luz cristalina.

Burns frunció el ceño. Si la noche hubiera sido oscura, Ann y él habrían tenido más posibilidades. Pero con la luna casi llena, la persecución sería fácil. Pronto los caballos y sus jinetes saldrían a su paso.

El caballo bajó atronadoramente por una pendiente, atravesó

un arroyo poco profundo, se precipitó por la otra orilla y se acercó a la colina.

Ann y su montura ya no se veían, pero el sendero era claro y el caballo lo seguía infaliblemente. Si hay un lugar donde desviarse, se dijo Burns, se detendrá allí y me esperará.

De repente, el caballo se sobresaltó cuando una figura que corría salió de entre las sombras. La mano de Burns, que buscaba la culata de su pistola, se detuvo en seco. La figura que corría era Ann. Avanzaba a trompicones por el sendero a la luz de la luna, agitando la mano como si quisiera detenerle.

Había perdido el sombrero y tenía la camisa abierta por el hombro. Tenía la cara manchada de suciedad.

—El caballo —jadeó.

—Me tiró. Asustado por una serpiente....

Él le tendió una mano y ella la agarró.

—Sube —dijo él, y tiró.

El caballo se sacudió y se encabritó, y Burns le habló tranquilamente.

—Agárrate —le dijo a Ann.

Los brazos de ella le rodearon la cintura.

—Estoy bien —le dijo ella.

—Si hubiera tenido una silla de montar nunca me habría tirado. Pero saltó tan rápido que salí volando.

—¿Te has hecho daño?

—Algún rasguño. Sólo eso. Aterricé sobre mi hombro y resbalé.

—Tenemos que seguir moviéndonos —le dijo Burns.

—Hay una gran banda en el pueblo. Corrían por sus caballos cuando me fui.

—La pandilla del Lazy K —dijo Ann.

—Egan debe haber enviado por ellos.

El caballo corría con un paso fácil que devoraba el terreno.

—Tendrás que decirme cuándo dejar el camino —dijo Burns.

—Lo haré —dijo ella.

Cruzaron otro arroyo que caía desde las colinas hasta el valle y

el caballo se lanzó hacia la orilla.

—Te hemos metido en un buen lío —dijo Ann.

—Sé que Bob no se lo imaginaba así. Sólo quería hablar contigo. Quería ponerte en situación. No quería que te fueras pensando que se había dedicado a robar bancos.

—De todos modos, le habría echado una mano —le dijo Burns —en cuanto hubiera tenido la oportunidad. No me gustó Carson desde el primer momento. Un tipo sórdido.

Cabalgaron en silencio un momento.

—Vine a ver a Bob de todos modos —dijo Burns.

—Recibí una carta suya hace un par de años. Decía que necesitaba un socio. Pensé que tal vez todavía lo necesitaba. Pensé que tal vez podría encontrar un lugar donde colgar las armas.

Se rió brevemente.

—Supongo que las necesitaré durante una temporada.

Durante un largo rato no se habló nada más, hasta que Ann dijo:

—He oído algo.

Esforzando el oído, Steve también lo oyó. Lo oyó por encima del silbido del viento en sus oídos, el ritmo constante de las patas de un caballo, un lejano ruido de cascos.

—Es la partida —dijo Burns.

—Esperaba que se retrasaran un poco.

Al cabo de diez minutos abandonaron el sendero y se internaron en la maraña de colinas que se apiñaban contra el valle.

El caballo tropezaba bajo ellos, recuperaba el paso. Pero no era tan suave y firme como antes, ni tan rápido.

Detrás de ellos, el ruido de los cascos era cada vez más fuerte. Una vez un hombre gritó y el grito se oyó por encima del ruido de la persecución.

El caballo tropezó de nuevo, luego siguió adelante, pero esta vez la zancada era irregular, cojeaba.

Burns se detuvo y se bajó.

—Vamos —le gritó a la chica.

—Dile a Bob que intentaré contenerlos.

—Pero, Steve...

—¡Vamos! —gritó—. ¡Cabalga!

Golpeó al caballo con el sombrero y el animal se alejó de un salto. Vio que la chica había agarrado las riendas y se agachaba. Entonces los cascos treparon con estrépito por un desfiladero rocoso y se perdieron en la distancia.

Por un momento Burns se detuvo en la boca del desfiladero, con los ojos fijos en la escena. No era un mal lugar para plantar cara, se dijo, pero podía ser mejor.

Pero había una cosa clara. Tenía que detenerlos, retenerlos un rato para que Ann pudiera huir. Tenía que intentar resistir hasta que Bob Custer pudiera enviar a sus hombres sobre la partida.

Corrió rápidamente por el desfiladero, esquivando las rocas y dirigiéndose a una maraña de rocas y enebros a un lado del desfiladero. Mientras corría, oyó el estruendo cercano de la partida.

Soltando sus armas, saltó detrás de las rocas y enebros, agazapado esperando, con la respiración silbándole en la garganta.

De repente, los caballos y sus jinetes irrumpieron en la cima de la colina y descendieron hacia el desfiladero. Veinticinco o treinta, dedujo Burns, contando rápidamente. Demasiados, más de los que había pensado.

Humedeciéndose los labios, levantó las armas. Tenía las palmas de las manos mojadas y apretó los dedos con más fuerza.

Subieron por el desfiladero en tropel y Burns se tensó en su escondite. Lenta y deliberadamente, tensó los dedos para disparar.

El primer jinete alcanzó el peñasco que había marcado y las armas de Burns comenzaron a martillear en su puño, escupiendo fuego, desgarrando la noche con su discurso.

Estallaron gritos y alaridos y la partida se arremolinó enloquecida por un momento, los caballos encabritados derribaron a algunos jinetes, huyendo en todas direcciones, tratando de no meterse debajo de los cascos.

Uno de los jinetes levantó las manos. La sangre gorgoteó en su

garganta, ahogando su grito. Cayó, su pie quedó atrapado en el estribo, y el caballo lo arrastró barranco arriba.

Finalmente, los perseguidores se retiraron, dejando atrás tres cadáveres. Uno era mucho más grande que los otros. Barnes se dio cuenta de que una de sus balas había alcanzado al caballo.

Los caballos galopaban salvajemente, arrastrando las riendas, mientras los hombres corrían como sombras escurridizas en busca de un matorral, de una roca, de cualquier cosa que pudiera servirles de refugio de la tormenta de plomo.

Postrado sobre el vientre, Burns cargó munición en sus armas. Un arma tosió furiosamente y una bala aulló contra un peñasco, rebotando en la noche a la luz de la luna.

Otra pistola escupió como un gato asustado y la bala atravesó la malla de enebros con un sonido masticatorio y se estrelló contra la tierra. Un tercer revólver habló y luego un cuarto. El plomo gruñó y silbó.

Acurrucado contra la roca más grande, Burns no disparó. Que disparen. Que quemen un poco de pólvora. Al cabo de un rato se preguntarán a qué disparan; ahora sólo disparan a ciegas, desahogándose.

Una rama, cortada por una de las balas zumbantes, le cayó encima del sombrero y se la sacudió con un movimiento de cabeza. Otra rama se clavó en el suelo a cinco centímetros de su bota.

Era más de lo que esperaba, admitió sombríamente. Veinte hombres o más contra sus armas. Justo en medio del premio gordo y sin fichas buenas.

Las armas se silenciaron y se oyeron ruidos de hombres avanzando, acercándose a su posición, arrastrándose colina arriba para poder situarse por encima de él.

Entrecerrando los ojos a través de la maraña de enebros, esperó. A la luz de la luna, una figura sigilosa se movía, avanzando como una sombra a la deriva. Burns levantó un revólver y esperó tenso. La sombra volvió a moverse y el arma que tenía en la mano ladró en la noche. La sombra chilló y se incorporó a medias, luego

retrocedió y se desplomó sobre la ladera.

Las armas chillaron y martillearon y los enebros bailaron salvajemente con las balas. Pegado al suelo, Burns sintió el aliento de la muerte pasar susurrándole al oído. La arena le salpicó la cara. Una cosa ardiente le rastrilló el codo. Los gritos del plomo se deslizaban salvajemente desde las rocas y se alejaban aullando. Estaban haciendo todo lo posible por atraparlo.

Otra sombra se movió y Burns levantó su arma, disparó rápidamente. La sombra gritó, saltó del suelo, se convirtió en un hombre corriendo. El dedo de Burns volvió a apretar el gatillo y el hombre se dobló por la mitad, golpeó el suelo con los hombros y se precipitó por el barranco.

Las armas rugieron y la ladera y el barranco se llenaron de bocas que escupían muerte plumiza.

Los peñascos y la espesura de enebros estaban a no más de tres metros del borde del lecho seco del arroyo que se deslizaba por el barranco.

Las armas volvieron a callar. Esperaban un blanco móvil.

Barnes se agachó, se preparó para una estocada, saltó fuera de su escondite y se lanzó hacia el arroyo.

Sonó un solo disparo, pero Barnes ya se estaba sumergiendo en la oscuridad, preparándose para enfrentarse a los duros pedruscos y los guijarros afilados.

Su hombro chocó contra algo blando y flexible, algo que gruñó y maldijo, algo que se apartó de su camino.

Burns se puso en pie y giró sobre sí mismo, cara a cara con el sheriff Egan.

El impacto le había quitado la pistola de la mano y el sheriff se dirigía hacia él con un enorme puño cerrado.

Burns levantó el arma, pero al hacerlo el puño le estalló en la cara y sintió que lo levantaban de los pies y salía disparado hacia atrás. Se estrelló contra el banco de grava que tenía detrás y por un momento su cabeza pareció estallar y dar vueltas con colores chillones. Luego se arrastró sobre manos y rodillas, jadeando, con el estómago revuelto por una frialdad glacial y las rodillas y los

brazos tan débiles que le dolían.

¿Por qué no le disparaste, idiota? dijo una voz áspera por encima de él. El sheriff gruñó y Carson agregó:

—Bueno, le dispararé yo mismo, lo juro por Dios.

—Y esta, Carson, será tu última acrobacia —dijo una tercera voz.

—Porque te taladraré en el acto.

Pasaron segundos fríos, tensos y sin aliento.

La voz que había amenazado a Carson se oyó de nuevo y esta vez el aturdido cerebro de Burns la recordó: la voz del hombre que se había apoyado en la jamba de la puerta con la pipa colgando de la boca.

—Ley y orden, Carson. Eso es lo que tú quieres y lo que yo quiero, y lo tendremos aunque tenga que dispararte para conseguirlo.

El cuero crujió mientras Carson enfundaba su arma.

—De acuerdo, Humphrey —dijo.

—Tú ganas. Ley y orden. Tendrá un juicio.

—Le vendrá muy bien —gruñó el sheriff.

Una bota le golpeó con violencia.

—Vamos, levántate —le dijo alguien.

—Tienes suerte. Te vamos a meter en la cárcel.

CAPÍTULO CUATRO

Los chivos expiatorios huyen

Steve se acurrucó en un rincón de la única habitación que servía de cárcel en Skull Crossing. Miró con amargura las dos ventanas enrejadas por las que entraba algo de luz de luna.

De la esquina opuesta llegaba el sonido de la respiración, profunda y regular, no de una sola persona, sino de varias. Burns escuchó atentamente, pero la respiración subía y bajaba con la

monótona regularidad del sueño.

Es curioso lo bien que duermen esos hombres, se dijo Burns. Nunca imaginé que alguien pudiera dormir tan bien cuando lo iban a colgar. Le dolía el codo donde la bala le había hecho una herida allá en el barranco y todavía tenía el estómago revuelto, pero había hecho lo que se había propuesto. Ahora nunca encontrarían a Ann.

Era curioso que aquel periodista hubiera salvado las habichuelas. Si no hubiera sido por eso, Burns lo sabía, Carson le habría disparado a sangre fría allí en el barranco.

Burns sacudió la cabeza. Extraño montaje. Carson y el sheriff estaban confabulados, eso era lo más seguro. Pero habían hecho creer al pueblo que traían la ley y el orden a Skull Crossing.

Acorralar a esos cuatrerros en aquel rincón había sido un golpe maestro que convenció al pueblo de la importancia de la ley y el orden y aseguró la reelección del sheriff. Arreglar esa horca fue otra cosa. Mucho más impresionante que un álamo. Algo civilizado y elegante. Hacer creer a la gente que la justicia había llegado para quedarse.

Uno de los hombres se agitó en el rincón y Burns se dio cuenta de repente de que la respiración regular había cesado.

—Eh, amigo —susurró una voz—. ¿Por qué te han metido?

—Disparé a alguien —le dijo Burns.

—Ah, eso está mal —dijo la voz.

—Sólo robamos las vacas y míranos. Nos cuelgan sólo por robar algunas vacas.

Salió arrastrando los pies de la oscuridad y apareció a la luz de la luna. Otros hombres le siguieron, tres de ellos, y se acomodaron detrás de él cuando se detuvo frente a Burns.

—¿A quién has disparado? —preguntó.

Burns negó con la cabeza.

—No sabría decirte. No soy un conocedor de aquí.

—Espero que fuera al sheriff.

—El sheriff no —dijo Burns.

—Sólo golpeé al sheriff. En la cara con una pistola.

—¿Oyes eso? —dijo el hombre a los otros tres.

—Le dio al sheriff, justo en su cara grande y gorda.

—Díselo tú, Raymond —dijo uno de los otros.

—¡Cállate! —replicó Raymond.

Raymond se agachó para mirar a Burns. La luz de la luna caía sobre su rostro y Burns vio que era un rostro sucio y lobuno, un hombre que te cortaría el cuello cuando no estuvieras mirando.

—¿Quieres quedarte aquí? —preguntó.

Burns negó con la cabeza.

—No tengo intención de quedarme.

Raymond trazó un dibujo en el suelo de tierra con un dedo mugriento.

—¿Has encontrado la forma de salir? —le preguntó.

—Todavía no —dijo Burns—. Pero lo haré.

—¿Cuánto das por irte?

La boca de Steve se apretó.

—No tengo dinero.

El dedo de Raymond volvió a trazar el patrón con cuidado.

—¿Viste a algunas personas en el pueblo? —preguntó.

Burns asintió.

—Un hombre con una cicatriz en la cara —dijo Raymond.

—Se hace llamar Gunderson, tal vez. Quizá se llame de otra forma.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Burns.

—Él nos metió en esto —gruñó Raymond.

—Vino a nosotros, dijo que aquí había presa fácil. Así que venimos y tenemos presa fácil y entonces un día él nos deja y viene el sheriff.

Raymond pasó su dedo índice sobre la nuez de Adán e imitó el sonido de cortar la garganta de un hombre.

—Creemos que nos ha vendido —dijo.

—¿Creéis que seguiría por aquí si os hubiera vendido?

La cara de Raymond se arrugó como la de un perro sabueso preocupado—. Hay algo raro —dijo.

—Algo huele mal. El juez no nos deja hablar de este hombre en

el tribunal. El juez no nos deja decir nada. Como si el juez supiera de este hombre y no quisiera que lo contáramos.

—¿Un hombre pelirrojo? —preguntó Burns.

—Tiene una cicatriz en la cara. Le falta un dedo de la mano izquierda.

—Es él. Es él. Le conoces.

—Me asaltó esta tarde —dijo Burns.

—¿Y tú? Por supuesto, ¿lo mataste?

—Por supuesto —dijo Burns.

Raymond dejó salir el aliento de sus pulmones lentamente.

—¿Has oído eso? —preguntó a los otros tres.

Giró de nuevo sobre Burns.

—¿Su nombre era Gunderson? ¿Estás seguro?

—Se llamaba Kagel —dijo Burns.

—Pero eso no cambia nada. Le conocí una vez antes y se hacía llamar Taylor.

—Hombre de muchos nombres —dijo Raymond rápidamente.

—Seguro que les tomó el pelo —les dijo Burns.

—Ayudó a Carson a culparos. Carson tenía que encontrar un chivo expiatorio para justificar el terror a las praderas que utilizaba para expulsar a los rancheros, así que consiguió que Kagel o Gunderson, o como quieran llamarlo, los convirtiera a ustedes en los chivos expiatorios.

Los ojos de Raymond se entrecerraron—. ¿Engañados?

—Eso es —dijo Burns.

—El grupo de Carson robó, quemó y mató y a ustedes los culparon por ello; los van a colgar por ello.

Raymond se balanceó tranquilamente sobre las puntas de los pies y se rió suavemente para sí mismo.

—No, no nos colgarán. Lo tenemos todo arreglado.

Se puso en pie.

—Ven —dijo.

Arrastró los pies hacia el otro extremo de la habitación y Burns lo siguió, seguido por los otros tres. Había una caja de embalaje cerca de una esquina y Raymond la señaló.

—La mesa —dijo—. Dale al monte.

Puso las manos sobre la caja, gruñó y la empujó hacia un lado.

—Mira —dijo, señalando.

Burns se arrodilló en el suelo de tierra, mirando fijamente. Un agujero oscuro se abría ante él. Detrás de él oyó la risita de Raymond.

—Cavamos —dijo Raymond.

—Cavamos como el demonio. Usamos un plato de tarta viejo. Esconderemos la tierra bajo las mantas. Esta noche acabaremos con él. Y nos vamos.

Dio una palmada amistosa en el hombro de Burns.

—Tú mataste al perro gringo. Tú también te vas.

—Hace un rato —dijo Burns— hablaste de dinero.

Raymond extendió las manos, avergonzado.

—Pero eso fue antes de que supiéramos de este gringo. Nos ahorras la molestia de encontrarlo y hacer lo necesario. Te vienes con nosotros. Te vienes con nosotros.

—Me voy con ustedes —dijo Burns— pero no cabalgaré con ustedes. Tengo otras cosas que hacer.

—Como quieras —dijo Raymond.

—Yo voy primero. Tú sígueme.

El túnel era pequeño, apenas lo bastante grande para que un hombre se abriera paso, oscuro y terroso. Lentamente, Burns se abrió paso arañando con las manos y pateando con las botas, empujándose a lo largo de la pendiente descendente, a lo largo del tramo llano que pasaba por debajo de las paredes de la cárcel, y luego hacia arriba, con las estrellas brillando a través de la abertura por encima de él.

Raymond extendió una mano hacia abajo y Burns la cogió y fue arrastrado hacia arriba. El agujero emergía unos dos metros más allá de la parte trasera del edificio, justo dentro del límite de la sombra proyectada por la luna que ahora se deslizaba por el cielo del oeste.

Burns se acuclilló sobre sus talones, con los oídos alerta y los ojos ocupados en las sombras, mientras Raymond se cernía sobre

el agujero, prestando ayuda a sus tres compañeros.

Los cinco se pusieron en pie y se adentraron en la oscuridad más profunda junto al edificio.

—Ahora nos vamos —dijo Raymond en voz baja.

—Vamos a por caballos. ¿Estás seguro —instó Raymond— de que te quedas aquí?

—Tengo que quedarme —le dijo Burns.

—Tengo que ver a unos amigos.

Raymond le tendió la mano.

—Adiós —dijo.

—Adiós —dijo Burns— y mira. Deja el caballo gris. Es mío.

—Claro que sí —dijo Raymond—. Pasaremos del gris.

—Y tómatelo con calma —advirtió Burns.

—No te echés todo el pueblo encima. Mejor ve hacia el este. El oeste, hacia las colinas, debe estar lleno con los pistoleros de Carson.

—Claro Mike —dijo Raymond.

Se alejó y sus tres compañeros le siguieron. Burns se quedó mirándolos. A pocos metros volvieron a detenerse y levantaron las manos en señal de saludo. Burns les devolvió el saludo, luego se dio la vuelta y caminó rápidamente a través de la oscuridad detrás de los edificios.

En la trastienda del Tribune ardía tenuemente un farol humeante colocado en una esquina. Humphrey, encaramado a un taburete de patas altas, se afanaba en componer, con la pipa bulldog apretada entre las mandíbulas.

De pie junto a la ventana, Burns miró fijamente al editor y luego se dirigió suavemente a la puerta trasera.

Desde el final de la calle se oyó un aullido asustado, un disparo y, a continuación, el salvaje ruido de cascos que se acercaba a cierta distancia. Otro disparo resonó hueco y se hizo de nuevo el silencio, un silencio denso y sin aliento que se cernió sobre la ciudad.

La puerta trasera se abrió con un chirrido de bisagras y Humphrey apareció tras el marco mirando fijamente a la

oscuridad.

—Voy a entrar —le dijo Burns en voz baja —y no lances ni un solo graznido.

Humphrey se sobresaltó y vio a Burns.

—Oh, eres tú otra vez.

Burns cruzó el umbral y cerró la puerta tras de sí.

—Me pareció oír disparos en la parte de atrás —dijo Humphrey.

—Fue en el frente —le dijo Burns.

—Los cuatrerros acaban de escapar.

Chasqueó la lengua.

—Y esa horca tan bonita, ahí fuera esperando.

Humphrey volvió a encender su pipa, con los ojos fijos en Burns, el rostro iluminado por la llama de la cerilla.

—¿No tienes una pistola aquí atrás? —preguntó Burns.

—No —dijo Humphrey.

—Tengo una delante.

—Sólo iba a advertirte que no intentarás usarla si la tuvieras —le dijo Burns.

—He venido a hablar.

Humphrey señaló la estufa panzuda que había en el centro de la habitación y la maltrecha cafetera que estaba encima.

—¿Le apetece una taza? —preguntó.

Burns asintió.

Humphrey se acercó a la estufa y levantó la cafetera.

—Nunca seas periodista —dijo.

—Es un trabajo horrible. Trabajas a todas horas del día y de la noche.

—Sólo quería preguntarte —declaró Burns— por qué has intervenido y me has salvado el pellejo esta noche.

Humphrey arrugó el ceño.

—Asco, supongo. Me canso de vez en cuando de las maneras prepotentes de Carson. Dirige la ciudad, ya sabes. Tengo que colaborar con él, pero disparar a un hombre a sangre fría es demasiado.

—¿No tienes miedo de que se lo piense un poco y se enfade porque le hayas apuntado con una pistola?

—Tal vez —admitió Humphrey.

—Pero, diablos, ése es el único tipo de lenguaje que entiende un hombre como Carson. Y si quiere discutir, ya sabe dónde encontrarme.

Humphrey chupó ruidosamente su pipa y miró extrañado a Burns—. ¿No te estás arriesgando, amigo mío? Sentándote aquí conmigo.

—¿Quieres decir que crees que debería estar acumulando millas, y por qué ando todavía por estos lares?

Humphrey asintió.

—Ese es precisamente el pensamiento que me pasó por la cabeza.

—No puedo hacerlo —le dijo Burns.

—Tengo una cita con Carson.

—¿Por qué estás tan enfadado con Carson? —preguntó Humphrey.

—Llegas de repente a la ciudad y antes de que acabe el día ya te has enemistado con nuestro ciudadano más importante.

—Estoy en contra de cualquiera que expulse a sus vecinos —dijo Burns.

—No veo con buenos ojos atacar a tiros un valle tranquilo, robar ganado y quemar casas. No me parece muy honesto.

—Pues que me aspen —declaró Humphrey—. ¿Por qué no se me ocurrió antes? Ahora me parece natural, claro. Imaginaba que no todo estaba en la plaza, pero nunca imaginé que Carson tendría el descaro de hacer una cosa así.

—Cubrió bien sus huellas —dijo Burns.

—Parece haber engañado a la mayoría de la gente. Supongo que todos pensaron que era una banda de jinetes nocturnos.

Humphrey vaciló.

—Sí, supongo que sí. Aunque me pareció un poco gracioso que cuatro enclenques mexicanos pudieran armar tanto jaleo sin ton ni son.

—No lo hicieron —le dijo Burns.

—Los pistoleros de Carson del Lazy K fueron los que lo hicieron. Los mexicanos fueron sólo los chivos expiatorios. En realidad tuvieron dos utilidades. Cubrieron las huellas de Carson y sirvieron de cebo para mantener al sheriff de Carson cómodo en su oficina. Carson podría haber arreglado una elección corrupta y elegirlo de todos modos, pero era más simple de esta manera. Más fácil engañar a la gente para que votara por él.

Humphrey miró a Burns a la tenue luz de la linterna—. ¿Cómo es que te has metido en el juego? —preguntó—. ¿Custer o alguno de los otros te mandó llamar?

—No —le dijo Burns —estoy buscando un lugar donde colgar mis armas.

—Por lo que veo no vas a colgarlas de inmediato.

Unos puños golpearon la puerta principal y Humphrey se giró.

—Rápido —siseó a Burns.

—Fuera de aquí.

Burns no se movió, se quedó mirando cómo Humphrey se dirigía rápidamente hacia la puerta. Luego se perdió de vista y se metió entre las sombras del interior.

La puerta principal se abrió y una voz le gritó a Humphrey.

—Pensé que te encontraría aquí.

—Pasa, Osborne —dijo Humphrey.

Osborne era el banquero, Burns lo sabía. Con pies suaves, se agachó en torno a la prensa y los armarios de mecanografía, se acercó a la puerta entre las habitaciones delantera y trasera.

Una silla crujió bajo el peso de Osborne y el hombre volvió a hablar.

—Supongo que sabe que Burns escapó.

—No había oído hablar de ello —dijo Humphrey.

—He estado trabajando por aquí, poniéndome al día con algunas cosas que tenía que hacer.

—Bueno, lo hizo —gruñó Osborne.

—Se llevó a los mexicanos con él.

—Imagina que Egan está como para atarlo —dijo Humphrey.

—Carson es el que está realmente dolorido —dijo Osborne.

—Si no te hubieras entrometido ahí fuera esta noche Burns estaría fuera de juego para siempre.

El banquero se aclaró la garganta.

—He estado sentado revisando los registros del banco —dijo.

—He descubierto que nos debes bastante dinero.

—Mil dólares —dijo Humphrey.

—Más intereses —señaló Osborne.

—Me dijiste que me olvidara de todo el asunto hasta que estuviera en condiciones de pagarlo.

—Cierto —dijo Osborne.

—Nos caías bien. Pero en vista de la situación actual, habrá que hacer algo al respecto. El pagaré ya lleva noventa días de retraso.

—No hay nada que pueda hacer al respecto —dijo Humphrey.

—Entonces tendré que iniciar alguna acción —dijo el banquero.

—Lo he estado dejando pasar porque parecías un joven inteligente...

—¿Porque —preguntó Humphrey— mantuve la boca cerrada?

Se hizo el silencio en la oficina, un silencio tenso y temible.

—Mantuve la boca cerrada —dijo finalmente Humphrey — acerca de ti, Carson y Egan apoderándose del valle.

Osborne suspiró y su silla crujió.

—Lo siento —dijo.

—Hubiera estado bien dejarte seguir viviendo. Con echarte de la ciudad habría bastado. Pero después de esto...

La mano de Burns se alzó hacia una corta barra de acero que había sobre la mesa, y en dos rápidas zancadas llegó a la puerta.

Osborne seguía sentado en la silla frente a Humphrey, pero tenía un seis tiros en la mano. Humphrey, medio levantado de la silla, estaba congelado, medio de pie, con las manos apretando el borde del escritorio, la cara blanca mirando fijamente el cañón del arma.

Burns lanzó la barra con una fuerza terrible. Silbó en el aire,

giró de un extremo a otro y se estrelló con un crujido contra el brazo armado del banquero.

El brazo bajó y quedó colgando, la pistola se desprendió de los dedos y cayó al suelo junto a la barra. Osborne permaneció inmóvil, como aturdido, con la mirada fija hacia delante.

Humphrey se enderezó lentamente, luego se agachó y abrió un cajón del escritorio. Cuando sacó la mano, sostenía una pistola.

—Como abras la boca —le dijo a Osborne—, ¡te la lleno!

Burns se encorvó en la puerta—. ¿Qué vamos a hacer con ese maleducado? —preguntó— ahora que lo tenemos.

—Personalmente —dijo Humphrey— estoy a favor de la horca, pero no podemos hacerlo sin el debido proceso legal. Y el juez corrupto de Carson lo soltaría.

Los labios de Osborne se movieron en su rostro asustado, pero Humphrey movió la pistola y él no habló.

—Mejor lo atamos —dijo Burns— y lo escondemos en algún sitio. Probablemente sea un buen testigo contra Carson y su banda. Los de su clase siempre aportan pruebas.

—Hay un viejo cobertizo atrás —dijo Humphrey.

—Allí guardo mi reserva de papel.

—Buen lugar —decidió Burns.

—Tenemos que tener cuidado al atarlo. Ese brazo suyo está más roto que el infierno.

CAPÍTULO CINCO

¡Suelten sus armas!

La oficina de la cárcel estaba a oscuras y Burns se agachó rápidamente dentro, se deslizó a un lado de la puerta, apoyado contra la pared, y escuchó. No se oía ningún ruido de respiración, nada que indicara que había una segunda persona en la habitación.

Probablemente estén todos persiguiendo a los mexicanos, se

dijo Burns. Probablemente piensen que también me persiguen a mí.

Inmóvil, se quedó apoyado contra la pared y poco a poco sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad hasta que pudo distinguir la penumbra de los muebles: el escritorio maltrecho, la silla giratoria frente a él, el brillo apagado de una escupidera en una de sus esquinas.

Algo más brilló sobre el escritorio y Burns contuvo el aliento. Allí estaban, justo donde Egan las había dejado.

Rápidamente, se acercó al escritorio, cogió la pistolera y las armas. Se abrochó el cinturón, sacó las pistolas una a una y las comprobó. Seguían cargadas, salvo dos balas vacías en una de ellas, que había utilizado en las colinas antes de correr hacia el río seco. Después de recargarlas, volvió a enfundarlas.

El ruido de los cascos de los caballos le puso en tensión. Instintivamente, se dirigió hacia la puerta pero luego dio media vuelta. Sabía que no había tiempo para eso.

Como un animal atrapado, se situó en el centro de la habitación y tanteó la oscuridad en busca de una vía de escape. Una escalera de araña en el pasillo entre el despacho y la celda le llamó la atención. Una escalera. Probablemente conducía a un desván situado encima del despacho, tal vez un lugar para que el carcelero durmiera y preparara la comida.

Los cascos se oían más cerca y había más de un caballo.

Burns saltó hacia el pasillo y trepó frenéticamente por la escalera. Un agujero oscuro se abría sobre él, lo bastante ancho como para que sus hombros pudieran colarse por él. Sus manos arañaron las lisas tablas del suelo y subió al desván mientras los cascos se detenían estrepitosamente a las afueras de la cárcel.

Se tumbó en el suelo y escuchó el ruido de pies pesados que entraban en la oficina, oyó el murmullo de muchas voces.

Un sonido más cercano, un paso sigiloso, se introdujo en su cerebro y se movió rápidamente, con la alarma creciendo en su mente, pero incluso mientras se movía, unas manos salieron de la oscuridad y se cerraron alrededor de su garganta.

Enloquecido por un miedo irracional, Burns luchó por zafarse, arqueando la espalda, retorciéndose, sacudiéndose como un caballo enloquecido, desgarrando las manos que lo estrangulaban. Pero los dedos le sujetaban y apretaban mientras la respiración le silbaba en la garganta y la oscuridad se agitaba en su cerebro.

Desde algún lugar lejano oyó el chirrido de una cerilla encendida, un sonido diminuto y terrible que penetró a través del zumbido de su cráneo: el sonido de la campana de una lámpara al elevarse. Entonces la luz se encendió en su cara e incluso mientras luchaba supo que alguien de la oficina del sheriff había encendido una lámpara y la luz se colaba por el agujero del desván.

Los dedos eran ahora bandas de acero que le cerraban incluso el silbido de la garganta y dentro de su cabeza la bola negra crecía e incluso mientras seguía arañando débilmente los dedos constrictores, la negrura estalló con un rugido chillón y se convirtió en un molinete de luz que siseaba dentro de su cerebro.

Sintió que se precipitaba hacia delante y que la cabeza le golpeaba contra el suelo; de repente, los dedos abandonaron su garganta y un brazo le rodeó los hombros, levantándolo hasta dejarlo sentado. Tragó grandes bocanadas de aire y, dentro de su cerebro, el molinete se ralentizó y le llegó una voz suave al oído, una voz asustada.

—Tranquilo, amigo —le dijo la voz.

—Tranquilízate. No sabía que eras tú. Ayúdame, no lo sabía.

Las palabras subieron a la lengua de Burns, pero su lengua se negó a decirlas. Se atragantó y jadeó, tragó aire.

¡Bob Custer! Custer estrangulándole, sin saber quién era. Se sentó más erguido y miró fijamente al hombre que estaba en cuclillas cara a cara con él.

En el despacho de abajo unas botas crujían por el suelo.

Una voz dijo bruscamente:

—Estate quieto, ¿puedes? Te digo que he oído algo ahí arriba, en el desván.

La voz del sheriff retumbó:

—Ah, diablos, Carson, estás asustado, eso es todo. Este Burns

te ha puesto nervioso.

—Asustado, eh —dijo Carson, con maldad—. ¿Dónde están las armas de Burns?

—En el escritorio —dijo el sheriff.

—Justo donde las dejé, en el...

Su voz se hizo lenta y se desvaneció.

—Tal vez —aceptó el sheriff, a regañadientes —oíste algo después de todo.

Agazapados junto al agujero de la escalera, Burns y Custer oyeron al sheriff adentrarse en el pasillo, pudieron sentir al hombre de pie abajo, mirando fijamente el agujero.

Su bramido llegó hasta ellos.

—Burns, será mejor que bajas. Si no lo haces, subiremos y te sacaremos de cuajo.

La voz de Custer era aguda y nítida.

—Tiene que sacarnos a dos de nosotros, sheriff. Será mejor que traiga muchos hombres cuando vaya a hacerlo. Hombres dispuestos a morir.

Las botas retrocedieron apresuradamente por el pasillo y Carson chilló furioso:

—¡Subid y cogedlos! ¿Qué hacéis ahí parados?

—Al primero que lo haga, le doy en las tripas —dijo Custer y aunque no habló por encima de un tono ordinario, no hubo duda de que los que estaban en la oficina le oyeron.

Una pistola rugió hoscamente desde el piso de abajo y una bala astilló el suelo a unos tres metros del agujero del desván, estrellándose contra el techo.

Burns se frotó la garganta dolorida.

—¿Qué hacías, trastear en una cárcel?

—Me imaginé que estarías en ella —le dijo Custer.

—Ann me dijo que te habías librado de la partida y cuando llegué al lugar no pude encontrar ni rastro tuyo. Supuse, entonces, que no te habían matado del todo.

—¿Por qué no trajiste a tus hombres?

—No pude. Me preocupé y volví solo. Encontré a Ann en el

camino.

En la oficina se oyó otro disparo y otra bala se abrió paso a través del suelo del ático.

—Estamos en un buen aprieto —dijo Burns con tristeza.

—Encerrados en este lugar. Tarde o temprano encontrarán la forma de hacernos salir.

Otras armas bramaban ahora, las balas chocaban cada vez más rápido por el suelo.

El sheriff gritaba—. ¡Dejad de disparar! No sirven de nada. No os acercaréis ni a una milla de ellos.

La voz de Carson destilaba odio hacia él—. ¿Cómo piensas acabar con ellos, sheriff?

—Matarlos de hambre —le dijo el sheriff.

—No pueden salir, de ninguna manera. Todo lo que tenemos que hacer es sentarnos...

—Tengo una forma mejor —espetó Carson. Sus pies se movieron con determinación por el suelo.

—Eh —gritó el sheriff —no puedes hacer eso. Incendiarás el lugar.

—Claro —dijo Carson.

—Eso es exactamente lo que pretendo hacer.

La luz que se colaba por el agujero del desván bailaba extrañamente cuando Carson levantó la lámpara y la preparó para lanzarla.

—¡No! —gritó el sheriff.

Un cristal se estrelló en el pasillo bajo el agujero y una llamarada salió disparada, una llamarada que se encendió y luego subió rápidamente por las paredes.

Burns se puso en pie de un salto y se quedó pasmado mientras el agujero de la escalera se convertía en una boca ardiente... una boca de la que brotaban llamas y humo, iluminando el ático.

Custer le agarró del brazo.

—Rápido —jadeó.

—Por el tejado.

Burns le soltó el brazo.

—Nos cazarían como a ardillas —dijo.

Rápidamente recorrió la habitación con la vista y vio el hacha sobre la mesa desvencijada. De un salto, se acercó a la mesa y cogió el hacha.

—Al suelo —gritó.

El humo se extendió sobre ellos y las llamas, que salían por el agujero de la escalera, llegaron hasta el techo y se enroscaron en él.

De rodillas, Burns introdujo la hoja del hacha en una grieta entre dos tablas del suelo y apretó con todas sus fuerzas. Los clavos crujieron protestando.

—Aguanta —le gritó a Custer—. ¡Tira!

Tosió mientras el humo llegaba hasta el final de la habitación. Una chispa incandescente le cayó en la nuca, quemándole agónicamente.

Un aire más fresco sopló desde la sala de celdas mientras Custer arrancaba una tabla, arrojándola a un lado. Los clavos volvieron a chirriar cuando Burns arrancó otra tabla. Chirriando suavemente, se soltó.

—Abajo —le gritó Burns a Custer.

—Pero...

—¡Baja ahí! —gritó Burns.

—Es la única manera.

Extendió la mano, tiró de Custer, y el hombre se dejó caer, se dejó caer al suelo de tierra.

Lanzando el hacha lejos, Burns le siguió y se golpeó contra el suelo. Trastabillando, se enderezó, se paró un momento para orientarse en la habitación iluminada por las llamas.

La caja que había servido de mesa estaba en su esquina y junto a ella se abría el túnel.

—Sígueme —dijo Burns.

Con las manos y las rodillas se arrastró hacia el agujero, se escurrió y vio aparecer el círculo de luz delante de él.

Con cautela, asomó la cabeza.

Las llamas que saltaban del tejado de la cárcel iluminaban la

noche y, a la luz parpadeante, Burns vio a dos hombres de pie a un lado, con las armas en la mano, observando atentamente el tejado.

Esperaban a que nos abriéramos paso, se dijo a sí mismo. Menuda oportunidad habríamos tenido si lo hubiéramos intentado.

Haciendo acopio de fuerzas, apoyando las manos, se lanzó fuera del túnel, trastabilló al pisar el suelo y luchó desesperadamente por mantener el equilibrio. Con las manos agarrando sus armas, se puso en pie.

Gritando, los dos hombres se giraron para enfrentarse a él y sus armas se alzaron.

Una llama salió disparada hacia él y el plomo le pasó por la mejilla. Entonces sus armas comenzaron a martillar, izquierda y derecha, izquierda y derecha, con esa vieja cadencia rítmica que significaba muerte súbita.

En la noche iluminada por las llamas, los dos hombres se tambaleaban, uno de ellos desplomado como un saco, el otro luchando por mantenerse en pie, luchando por levantar de nuevo su arma. Sin dejar de luchar, se inclinó hacia delante, cayendo de bruces.

Un poderoso puño golpeó a Burns en el hombro y éste tropezó, girando de lado tras el impacto del golpe. Detrás de él, un seis tiros bramó con furia y una cosa quejumbrosa lanzó una lluvia de polvo y guijarros al golpear el suelo ante él.

Otra pistola gruñía, tosía con jadeos espasmódicos y Burns, todavía mareado por el golpe, se enderezó y se dio la vuelta, levantó las armas. Pero sólo levantó una mano, la derecha. La otra colgaba y la pistola se le había caído de los dedos. Tenía el hombro entumecido, sentía un hormigueo en el antebrazo y un pequeño hilo de sangre le atravesaba la camisa.

El sheriff Egan se acercaba hacia él, con las pistolas en sus manos, y mientras caminaba se tambaleaba, inseguro, como un ciego que ha perdido su bastón.

Junto a la boca del túnel, Custer se agazapó, con el arma saltando en su mano, la bengala de la boca salpicando

furiosamente contra la noche marcada por las llamas.

El sheriff tropezó de nuevo y luego se sentó, como un enorme oso cansado. Las pistolas se le cayeron de las manos, los brazos le colgaron flácidos y se quedó sentado observándoles. Cuando las llamas brotaron de la cárcel incendiada, Burns vio que una expresión de estúpido asombro se había extendido por su rostro.

Custer se había levantado y corría hacia la oscuridad, lejos de la columna de fuego, gritando mientras corría.

—¡Vamos, Steve! Nos perseguirán como un enjambre de...

Un arma estalló en la oscuridad y Custer se desplomó mientras corría, cayó al suelo como un saco de arena, dio una voltereta y se quedó inmóvil.

Steve comenzó a avanzar.

—¡Bob! —gritó—. ¡Bob!

El arma oculta volvió a gruñir y una mano poderosa le quitó el sombrero de la cabeza a Burns, se lo quitó y lo envió rodando sobre su ala hacia la cárcel en llamas.

Steve giró sobre la punta del pie en medio de la marcha, sacudiendo el cuerpo hacia un lado. La pistola en la oscuridad era una boca roja que babeaba y Burns oyó el susurro de la bala. Su mano se levantó y su dedo se tensó. El seis tiros bramó, martilleando en el punto donde la boca roja se había abierto en la noche.

Incluso antes de que el martillo hiciera clic en la bala vacía, Burns estaba corriendo, con la cabeza gacha, las piernas impulsándose como pistones bajo él, el hombro y el brazo izquierdos entumecidos como un peso muerto que parecía desequilibrarle mientras corría.

Un parche de maleza asomaba por delante y se lanzó hacia él, chocó contra él, se retorció frenéticamente hacia delante y luego se quedó quieto.

Jadeante, se abrazó a la tierra y recargó torpemente el revólver con la única mano que le quedaba.

Encima de él, la maleza susurraba con el viento del amanecer y las llamas de la cárcel proyectaban sombras parpadeantes sobre su

escondite.

Agarró el revólver con fuerza y sintió que una rabia sorda le quemaba el cuerpo.

Bob Custer estaba muerto, abatido por alguien que había corrido hacia la oscuridad para atraparlos entre sus armas y el edificio en llamas. Alguien que había esperado hasta que se perfilaron contra el fuego.

La hierba se agitó con los pequeños soplidos de la brisa y Burns se levantó con cautela, mirando a través de la maleza. Justo delante de él, a no más de tres metros, había un poste de madera. Lentamente, al darse cuenta, sus ojos lo siguieron hasta el larguero de madera nueva y sin desgastar.

Era la horca, la horca que había visto a caballo la tarde anterior. La horca que había estado esperando para colgar a cuatro hombres que ahora eran libres, pero que habían sido condenados a morir por algo que nunca habían hecho.

Sólo cuatro hombres más que habían sido condenados a morir para que Carson pudiera mantener el valle que había limpiado con acero y fuego...

Una voz, debilitada por la distancia, llegó a su oído:

—Está ahí en alguna parte. Junto a la horca. Quiero que cubran ese terreno. Sacadle de ahí...

Un latigazo interrumpió las palabras y una bala chirrió contra el poste de la horca. Otro disparo rugió y la maleza se dobló ante la tormenta de plomo siseante.

Steve se dejó caer de nuevo al suelo y lo abrazó con fuerza.

Aquella había sido la voz de Carson, que reunía a sus hombres como una jauría para darle caza. Hombres que cubrirían de balas cada centímetro del herbazal para hacerle salir.

Había sido Carson quien había estado allí en la oscuridad, Carson cuya bala había matado a Bob Custer, Carson quien había colocado a un tirador en la ventana frente al hotel, Carson quien había querido dispararle a sangre fría allí en las colinas. Tenía bastantes deudas que saldar con él.

Las balas repiquetearon entre los tallos de la maleza, se

clavaron en el suelo y silbaron entre la hierba.

El puño de Burns se apretó contra el arma, sintió un nudo en la garganta y su lengua dijo algo que era casi una plegaria:

—Sólo déjame darle un buen tiro, sólo un buen tiro, es todo lo que pido, sólo un buen tiro....

Se arrastró al unísono de las palabras que resonaban en su cerebro, como si fueran una marcha para ir a gatas.

Se arrastró, no para alejarse de las armas de fuego y el ruido, sino hacia ellas, arrastrándose con sombría determinación, espoleado por el odio y la esperanza de venganza.

Soy el único que queda, pensó. El único que queda para defender a Bob Custer y las cosas que él defendía. Por las casas y el ganado, por los sábados por la noche en el pueblo, por un lugar donde colgar las armas.

Hace mucho tiempo, pensó, buscaba un lugar para colgar mis armas. Porque estaba harto del humo de las armas, harto del derramamiento de sangre, harto de luchar. Pero ahora nunca habrá un lugar donde colgar esas armas; seguirán sonando hasta que mis manos no puedan sostenerlas.

Acomodó los pies debajo de sí, tensándose para el esfuerzo que levantaría su cuerpo. Una bala le levantó polvo en la cara. Otra le cortó la hierba por encima de la cabeza.

A lo lejos se oyó un tamborileo, un sonido rítmico que latía débilmente en la noche, un sonido que crecía y martilleaba como un trasfondo del gruñido de las armas que barrían la maleza.

Steve se apartó de la maleza y levantó el arma.

Delante de él, avanzando como una línea de combatientes, había figuras oscuras, recortadas contra la incandescente pila de carbón donde había estado la cárcel.

Su arma rebotó en su puño y una de las figuras oscuras levantó las manos y gritó, lanzada hacia delante.

Una bala rozó la camisa de Burns y el seis volvió a ladrar. Otro de los hombres que tenía delante se sacudió hacia atrás, doblándose y cayendo. Como un espectáculo de sombras, pensó Burns.

Las uñas de fuego le arañaban las piernas y el zumbido del plomo agitaba el aire que le pasaba por la mejilla. Delante de él danzaban motas de fuego, como luciérnagas en la noche.

Un hombre se abalanzaba sobre él, un hombre con una camisa blanca y una corbata negra azotada por el viento. Una llama brotó de la mano de la figura que se abalanzaba y el dolor azotó las costillas de Burns.

Carson... ¡Carson venía hacia él! Carson con su camisa blanca, su chaleco elegante y el corbatín que se había soltado y ondeaba al viento.

Steve sintió el golpe del arma contra su muñeca, oyó el grito repentino de Carson, vio al hombre tambaleándose.

Hubo otros gritos, gritos y el retumbar de los cascos. Cascos que bajaban atronando por la calle y atravesaban el terreno baldío detrás de la cárcel humeante. El sonido alto y claro de los cascos y los gritos de los hombres y las formas de los caballos corriendo que cargaban contra la línea de tiradores. Cargaron contra ellos con gritos de venganza y el escupir de los disparos y la lenta deriva del humo de pólvora azul contra el resplandor.

Burns sintió que se le doblaban las rodillas, sintió que el arma se le escapaba de los dedos que se aflojaban poco a poco; se mantuvo erguido con pura determinación, observando cómo Carson se tambaleaba hacia él.

Burns vio que la mano derecha de Carson era una mancha de sangre donde la bala había destrozado hueso y carne. Pero tenía la mano izquierda en el bolsillo del abrigo, tanteando...

En el cerebro de Burns resonaron campanas de alarma y echó su cuerpo golpeado hacia delante como un resorte, incluso cuando la mano de Carson salió del bolsillo y el acero brilló al levantarla para golpear.

Burns sintió que su cuerpo chocaba contra el de Carson, vio cómo el reluciente cuchillo iniciaba su estocada descendente y levantó el brazo para repeler el golpe. La punta del cuchillo se clavó en su muñeca y cortó hacia abajo hasta el codo, pero Carson se tambaleaba hacia atrás, cediendo terreno, desequilibrado por el

bloqueo del cuerpo.

Con un grito de rabia, Steve torció la muñeca, agarró la mano de Carson como una trampa de acero y dio un tirón salvaje. El cuchillo voló de los dedos repentinamente amortiguados y Carson cayó al suelo, con Burns encima.

La neblina roja frente a los ojos de Burns giraba en un círculo cada vez más cerrado y la oscuridad se introdujo en él, encogiéndose lo rojo hasta que no fue más que una bola giratoria.

Unas manos se posaron en su hombro, levantándole, tirándole de los dedos, arrastrándole de vuelta a la consciencia.

—Tranquilo, amigo —dijo una voz.

—Queremos tener unos cuantos para llevar al tribunal.

Burns forcejeó con aquellas manos, luchando por liberarse.

—Bob —murmuró.

—No puedes ser tú. Estás muerto.

—No para que te des cuenta —le dijo Custer.

—La bala me dio en la cabeza. Me dejó inconsciente. Me desperté como nuevo.

Burns se sacudió las manos, se levantó con dificultad, se quedó allí balanceándose, consciente de repente de la multitud que le rodeaba, consciente del latido que le atravesaba el hombro.

Justo delante de él vio una cara, una cara medio cubierta por unos tupidos bigotes.

—Forastero —dijeron los bigotes —seguro que te vendrá bien pasear por el río.

Burns trató de hacer funcionar su lengua, pero de algún modo falló.

—Soy Randall —dijo el hombre.

—Jim Randall. El padre de Ann. Supongo que puedo decirte que esta gente hará casi cualquier cosa que quieras.

Burns le graznó.

—Caramba, no quiero nada, Randall. Tal vez sólo una percha en algún lugar para colgar mis armas.

—Los hemos liquidado —dijo Randall.

—Los que no están muertos se están largando de aquí tan

rápido que están quemando la hierba. Ahora podemos volver y establecernos.

Una pequeña figura con una camisa rota y unos vaqueros polvorientos empujó a Randall y corrió hacia Burns.

—No deberías haberlo hecho —gritó Ann.

—No deberías haberte quedado allí en el sendero....

Burns extendió su único brazo bueno y la acercó.

—Eso fue sólo el principio —dijo.

—Esto es el final.

Miró a Randall—. ¿Quizás haya un lugar —preguntó— donde un hombre pueda establecerse?

Randall los miró sonriente.

—No me sorprendería si lo hay.

FIN

NO MÁS PIELES Y SEBO



Este relato, publicado en el número de marzo de 1946 de la revista *Lariat Story Magazine*, presenta como personaje secundario al único nativo americano que aparece en los westerns de Cliff. Cabe señalar que este “indio Joe” en particular parece tener más en común con su homónimo en “Huckleberry Finn” —un renegado que pasaba el tiempo con delincuentes blancos— que con la mayoría de los indios estereotipados de algunos westerns.

Pero lo más importante es que esta historia refleja los constantes esfuerzos de Cliff Simak por ampliar los límites de los géneros en los que trabajaba. En este caso, utilizó el género del western para demostrar el efecto de la Guerra Civil en la economía de la frontera. Durante algún tiempo después de la guerra, prácticamente no hubo mercado para el ganado que había corrido salvaje por las praderas mientras muchos de los hombres estaban fuera luchando. Y la gente que luchaba por ganarse la vida con el ganado, que no tenía forma de llevarlo a los mercados del norte y del este, se limitaba a matar a los animales para enviar las pieles y el sebo desde los puertos marítimos de Texas, dejando que el resto de los cadáveres se pudriera. La idea de conducir el ganado hacia el norte para alcanzar una línea de ferrocarril fue lo que empezó a inyectar dinero en la economía de la frontera.

David W. Wixon



No More Hides and Tallow
Lariat Story Magazine, Marzo 1946

Estafadores le habían quitado a su padre el rancho y el ganado.

Al ex soldado no le quedaba más remedio que volver al trabajo de los últimos cuatro años... volver al trabajo de matar.

I

El teniente Ned Benton detuvo el caballo y se sentó un poco más recto en la silla, como si al sentarse así pudiera alejar el horizonte y ver un poco más lejos.

Porque allí estaba lo que había anhelado, lo que había soñado durante cuatro años de sangre y sudor, miedos y hambre, frío y calor. Lo había soñado en el polvo de Gettysburg y en la niebla matinal de los campamentos de Mississippi, durante la eternidad de marchas y contramarchas, de aparentes victorias y derrotas que al final eran mortalmente definitivas. Algo que siempre le había acompañado durante los años de miseria, trabajo y amargura en los que había servido en el Ejército del Sur.

Por fin era la tierra de Benton... acres de Benton que se extendían bajo el sol poniente de Texas. Tierra de Benton y ganado de Benton... y no más pieles y sebo. Porque había cosas maravillosas en las nuevas ciudades del norte, ciudades con nombres extraños que habían surgido más allá de la curva del Missouri hacia el norte. Ciudades que querían ganado de Texas, no por las pieles y el sebo, sino por la carne. Carne para el hambriento este, carne que valía mucho dinero.

Había oído hablar de ello antes de cruzar el Mississippi... de los grandes rebaños que corrían hacia el norte, desafiando vientos, tormentas y ventiscas, cruzando ríos, moviéndose con una estela de polvo que se elevaba en el cielo como un estandarte de marcha. Y no era más que el principio... porque Texas estaba llena de ganado. Ganado medio salvaje al que nadie había prestado mucha atención excepto para matarlo por pieles y sebo cuando había necesidad de dinero. No mucho dinero... sólo lo suficiente para sobrevivir, para mantener una pobreza medio digna.

Pero eso había cambiado ahora, porque los rebaños iban hacia el norte. Rebaños que significaban riqueza. Riquezas que darían a los ancianos las comodidades que siempre habían deseado, pero de las que nunca habían hablado. Dinero para la casa que él y Jennie habían planeado cuando él regresara de la guerra. Dinero para los caballos y la valla pintada alrededor de la casa....

Le dio un golpecito al caballo y el animal avanzó por el tenue sendero que discurría entre la hierba que le llegaba hasta las rodillas y que corría como un mar en movimiento, agitado por el viento a través de los pantanos.

Sólo falta un poco, se dijo Benton. Sólo un rato hasta que entre en los edificios del rancho. Cerró los ojos, recordándolos, como lo había hecho muchas veces antes en aquellos largos cuatro años... viendo una vez más la gran casa de madera cuadrada de color gris bajo los álamos, oyendo los ladridos excitados del viejo Rover, el revoloteo asustado de las gallinas que criaba su madre.

Abrió los ojos y vio al jinete que bajaba por el sendero... un jinete que había recorrido el barranco mientras él soñaba despierto con la casa y los álamos.

Entrecerrando los ojos contra el sol, Benton reconoció al hombre. Jake Rollins, que cabalgaba para la cuadrilla Anchor de Dan Watson. Y recordó, incluso al reconocerlo, que no le gustaba Jake Rollins.

Rollins empujó su gran caballo negro hacia un lado del sendero y se detuvo. Benton jaló del caballo.

—Hola, Jake —dijo.

Rollins se quedó mirando, con los ojos entrecerrados.

—Me has asustado un momento, Ned —dijo Rollins.

—No te esperaba...

—La guerra ha terminado —le dijo Benton.

—Te habrás enterado.

—Claro. Claro que lo he oído, de acuerdo, pero... —Dudó, luego lo soltó.

—Pero oímos que habías muerto.

Benton negó con la cabeza.

—Estuve a punto una docena de veces, pero nunca me cogieron del todo.

Rollins se rio, una risa desagradable que se le escapó entre los dientes.

—Los yanquis tienen muy mala puntería.

No tiene gracia, pensó Benton. No hay nada de qué burlarse. No después de que un hombre ha visto algunas de las cosas que yo he visto.

—No son malos tiradores —le dijo Benton.

—Son unos malditos tontos para luchar. Pero difíciles de vencer.

Vaciló, mirando a través de los kilómetros de hierba ondulante.

—De hecho, no les ganamos.

—La gente se alegrará de verte en casa —le dijo Rollins, inquieto en la silla de montar.

—Yo también me alegraré de verlos —respondió Benton con sobriedad.

Y pensó: No me gusta este hombre. Nunca me gustó por su boca sucia y su mirada entrecerrada y apretada. Pero me alegro de verle. Es bueno ver a alguien de casa. Es bueno oírle hablar con familiaridad de la gente que uno conoce.

Rollins levantó las riendas como señal y el caballo se puso en marcha.

—Nos vemos —dijo Rollins.

Benton tocó al caballo con una espuela y, al hacerlo, la advertencia le llegó directamente entre los omóplatos... las pequeñas patas danzantes que señalaban el peligro. La señal que había conocido en la batalla, como si hubiera algo más allá de los ojos y los oídos para vigilar a un hombre y advertirle.

Giró rápidamente sobre la silla de montar y ya estaba medio inconsciente incluso antes de ver el arma que Rollins empuñaba y el rostro duro e inexpresivo que se había convertido en hielo y granito bajo el sombrero de ala ancha de Rollins.

La espuela de la bota izquierda de Benton rastrilló con saña el flanco del gamo cuando lo sacó del estribo y el caballo se

encabritó asustado y furioso, con los cascos golpeando el aire vacío y las cadenas de los bocados traqueteando mientras sacudía la cabeza.

La pistola en la mano de Rollins habló con repentino odio y Benton sintió que el caballo se sacudía bajo el impacto de la bala. Entonces sus pies tocaron el suelo y se apartó para dejar espacio al caballo para que cayera mientras sus manos se agitaban en busca de sus seis tiros.

Las armas de Rollins volvieron a disparar, pero su caballo se agitó y la bala salió disparada, silbando a la altura de los tobillos a través de la hierba ondulante.

Por un instante el rostro duro como el hielo del hombre montado se derritió por el miedo y en ese instante el arma derecha de Benton golpeó contra su muñeca.

El caballo de Rollins saltó asustado de repente y Rollins se convirtió en un muñeco de trapo atado a la silla de montar, agitándose y sacudiéndose con el movimiento del caballo... un muñeco de trapo tambaleante, golpeado y sin voluntad que arañaba débilmente el pomo de la silla mientras el carmesí manchaba su camisa azul brillante.

Rollins se desplomó y resbaló mientras el caballo enloquecía. Saltando hacia delante, Benton cogió las riendas que se arrastraban, balanceó su peso contra la cabeza del caballo mientras éste luchaba, se agitaba y pataleaba contra la cosa arrastrada y bamboleante que se aferraba al estribo del lado opuesto.

Sin dejar de sujetar las riendas, Benton se abrió paso hasta que pudo agarrar el estribo y liberar la bota que estaba encajada en él. El caballo se calmó, se paró nervioso, resoplando y receloso.

Rollins yacía grotescamente tendido sobre la hierba pisoteada. Benton sabía que estaba muerto. La muerte, se dijo a sí mismo, mirando fijamente el cadáver, tiene una flacidez propia, una cierta impersonalidad inconfundible.

Lentamente, condujo el caballo de Rollins de vuelta al sendero. Su propio caballo yacía allí, muerto, con un tiro en la garganta que le había alcanzado al encabritarse.

Benton se quedó mirándolo.

Menuda manera de ser recibido en casa, pensó.



Benton subió el gran caballo negro a la cima de la colina que descendía hasta los edificios del rancho y se sentó a mirarlos, vio que estaban viejos, sucios y muy silenciosos. En otro tiempo le habían parecido grandes y luminosos y llenos de vida, pero eso podía ser, se dijo, porque entonces no había visto nada con lo que pudiera compararlos. Como las plantaciones a lo largo del Mississippi o las granjas pulcras y recortadas de la campiña de Pensilvania o las mansiones que miraban al otro lado de los ríos de Virginia.

Un hilillo de humo salía de la chimenea de la cocina y era la única señal de vida. Nadie se movía en el pequeño patio ni en el granero. No había sonido ni movimiento. Sólo el humo perezoso contra el sol poniente.

Benton hizo avanzar al caballo negro y bajó lentamente por la colina.

Nadie salió al porche a saludarle. Ningún Rover saltó por una esquina para advertirle que se alejara del lugar. No hubo llamadas desde el barracón, ni gritos desde el granero.

Una vez Benton intentó gritar él mismo, pero el sonido se le secó en la garganta y su lengua se rebeló y siguió cabalgando en

silencio.

Un lúgubre gallo levantó la vista de sus escarbaduras cuando llegó al poste de enganche, le miró un momento con ojos ictericos que brillaban desde una cabeza ladeada, y luego volvió a escarbar.

Lentamente, Benton subió los desvencijados escalones que conducían al porche, buscó el pomo de la puerta principal y dudó. Por un momento se quedó parado, inmóvil... por fin levantó el puño para llamar.

El golpe resonó en la casa al otro lado de la puerta y volvió a llamar. Unos pasos lentos recorrieron el suelo del interior y la puerta se abrió.

Un hombre estaba allí... un anciano, más viejo de lo que Benton le recordaba, más viejo de lo que nunca había pensado que parecería...

—¡Papá! —dijo Benton.

Durante un largo instante el anciano se quedó en la puerta, mirándole fijamente, como si no le reconociera. Entonces una mano salió y aferró el brazo de Benton, lo aferró con un apretón huesudo, firme y posesivo.

—¡Ned! —dijo el viejo.

—¡Mi hijo! Mi hijo.

Tiró de él hacia el otro lado del umbral y cerró la puerta tras ellos, dejando fuera el patio vacío y el silencioso granero, el gallo que escarbaba y los desvencijados escalones que subían por el desplomado porche.

Benton extendió un brazo sobre los hombros del anciano y lo abrazó por un instante. Qué pequeño, pensó, qué fibroso y qué huesudo... como un viejo jamelgo, todo cuero y tripas.

La voz de su padre era pequeña, casi un susurro.

—Escuchamos que te mataron, Ned.

—No a mí —le dijo Benton.

—¿Dónde está mamá?

—Tu mamá está enferma, Ned.

—¿Y Rover? No ha venido a verme.

—Rover está muerto —dijo su padre.

—Una cascabel lo mató. Ya no era tan ágil y no podía saltar tan rápido.

En silencio, uno al lado del otro, caminando en silencio en la oscura casa, se dirigieron a la puerta del dormitorio, donde el viejo se hizo a un lado para dejar que su hijo se adelantara.

Benton se detuvo justo tras pasar la puerta, mirando con ojos que de pronto se oscurecieron a la mujer de pelo blanco apoyada en las almohadas.

Su voz le llegó desde el otro lado de la habitación, pequeña y temblorosa, pero con algo de la antigua dulzura que él recordaba.

—¡Ned! Hemos oído...

Avanzó rápidamente y se arrodilló junto a la cama.

—Sí, lo sé —le dijo.

—Pero no era cierto. Hay muchas historias así y muchas son erróneas.

—A salvo —dijo su madre, como si fuera algo que desafiara la posibilidad de creer.

—A salvo y vivo y en casa otra vez. ¡Mi niño! Querido mío.

Él la abrazó mientras una mano delgada le acariciaba el pelo.

—Recé —dijo su madre.

—Recé y recé y...

Ella sollozaba en silencio en la oscuridad que se avecinaba y su mano seguía acariciándole el pelo y, por un momento, él recuperó la sensación de ser un niño pequeño y la seguridad, el calor y el amor que había en ella.

Una tabla crujió bajo los pasos de su padre y Benton levantó la vista, viendo la habitación por primera vez desde que había entrado en ella. Simple y sencilla casi hasta la severidad. Limpia pobreza que tenía un hálito de hogar. La lámpara con la pantalla ahumada sobre la maltrecha cómoda. El estampado descolorido de las ovejas pastando junto a un arroyo. El espejo agrietado que colgaba de un clavo hundido en la pared.

—He estado enferma —le dijo su madre —pero ahora me voy a poner bien. Tú eres toda la medicina que necesito.

Al otro lado de la cama su padre asentía enérgicamente.

—Ella lo hará por ti hijo —le dijo.

—Se afligió mucho por ti.

—¿Cómo están los demás? —preguntó Benton.

—Saldré a verlos por la mañana, pero esta noche sólo quiero....

Su padre volvió a sacudir la cabeza.

—No hay nadie más, Ned.

—¡Nadie más! Pero los hombres...

—No hay nadie más.

Se hizo el silencio en la habitación, un silencio frío y quebradizo. En los últimos rayos de sol que entraban por la ventana del oeste, su padre apareció de pronto vencido y derrotado, un anciano de hombros encorvados, con líneas en el rostro.

—Jingo Charley se fue esta mañana —le dijo su padre.

—Era el último. Intenté despedirlo hace meses, pero no quiso irse. Dijo que las cosas saldrían bien. Pero esta mañana se ha levantado y se ha ido.

—Pero sin nadie más... —dijo Benton.

—El rancho...

—No hay ningún rancho.

Lentamente, Benton se puso en pie. Su madre le cogió una mano y la sostuvo entre las suyas.

—No te preocupes —le dijo.

—Aún tenemos la casa y un poco de tierra.

—El banco nos liquidó —dijo su padre.

—Teníamos una pequeña hipoteca, tu madre enferma y todo eso. El banco quebró y nos liquidaron. Watson compró la casa.

—Pero se portó muy bien —dijo su madre.

—El viejo Dan Watson nos dejó conservar la casa y diez acres de tierra. Dijo que no podía quedarse con todo lo que tenía un vecino.

—¿Watson no tenía la hipoteca?

Su padre negó con la cabeza.

—No, la tenía el banco. Pero el banco quebró y tuvo que vender sus participaciones. Watson se la compró al banco.

—¿Y Watson ejecutó la hipoteca?

—No, el banco ejecutó la hipoteca y vendió el terreno a Watson.

—Ya veo —dijo Benton.

—¿Y el banco?

—Se puso en marcha de nuevo.

Benton cerró los ojos, sintió que el cansancio de cuatro largos y amargos años se cernía sobre él, olió el polvo de las esperanzas y los sueños rotos. Su mente se agitaba confusamente. Había otra cosa. Otra pregunta.

Abrió los ojos.

—¿Y Jennie Lathrop? —preguntó.

Su madre respondió.

—Jennie, cuando se enteró de que estabas...

Su voz se quebró en el silencio.

—Cuando se enteró de que yo había muerto —dijo Benton brutalmente —se casó con otro.

Su madre lo miró desde las almohadas.

—Pensó que no volverías, hijo.

—¿Quién? —preguntó Benton.

—Ya lo conoces, Ned. Bill Watson.

—El hijo del viejo Dan Watson.

—Así es —dijo su madre.

—Pobre chica. Es un horrible borracho.

II

La ciudad de Calamity no había cambiado en los últimos cuatro años. Seguía apiñada, azotada por el viento y polvorienta, en la árida franja de llanura que se extendía hacia el oeste desde el pie de las colinas de Greasewood. El viejo letrero de madera que había delante del almacén seguía colgando torcido como hacía seis años, cuando el viento lo había arrancado. Los postes de enganche seguían

inclinados alocadamente, como una hilera de borrachos tambaleándose por la calle. El lodazal, que apenas se secaba de una tormenta a otra, seguía burbujeando en la calle ante el banco.

Benton, cabalgando calle abajo, vio todas estas cosas y supo que era casi como si nunca hubiera estado fuera. Las ciudades como Calamity, se dijo, nunca cambian. Simplemente se vuelven más sucias y mugrientas y cada año los edificios se hunden un poco más y una tabla se cae por aquí y una teja se desprende por allá y nunca son reemplazadas.

—Algún día —pensó— el lugar se derrumbará.

Había un caballo atado al enganche frente al banco y varios caballos frente a la taberna Lone Star. Una carreta, con una gran yunta gris, se alejaba del almacén y se dirigía calle abajo.

A medida que se acercaba, Benton apartó a un lado el caballo negro para dejarle paso. Vio que un hombre y una chica viajaban en la parte trasera. Un anciano de barba poblada y sin recortar, un hombre corpulento que iba sentado en la parte delantera, sosteniendo las riendas en una mano y un largo látigo en la otra. La muchacha llevaba una redecilla que le ensombrecía la cara.

Ese hombre, pensó Benton. Le conozco de algún sitio.

Y entonces lo supo. Madox. El viejo Bob Madox del Tumbling A. Casi su vecino de al lado.

Detuvo el caballo y esperó, acercándose a la carreta cuando ésta se detuvo.

Madox le miró y Benton percibió el poder que había en aquel hombre. Un pecho enorme y manos como jamones y unos ojos azules que se arrugaban bajo el sol del mediodía.

Benton le tendió la mano:

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó.

—Ned Benton.

—Claro que sí —dijo Madox.

—Claro, muchacho, me acuerdo de ti. Así que estás en casa otra vez.

—Anoche —le dijo Benton.

—Debes recordar a mi hija —dijo Madox.

—Se llama Ellen. Quítate ese maldito sombrero, Ellen, para que un hombre pueda verte la cara.

Ella se quitó la redecilla de la cabeza y ésta colgó detrás de ella por los lazos y miró a Benton con ojos risueños.

—Es agradable —dijo— tener un vecino de regreso.

Benton se llevó una mano al sombrero.

—La última vez que te vi, Ellen —dijo— no eras más que una niña con pecas y el pelo recogido en coletas.

—Diablos —dijo el viejo Madox —ahora lo lleva casi siempre en coletas. Sólo se lo recoge cuando viene a la ciudad. Casi vuelve loca a su madre. Vestirse con los pantalones de su hermano y actuar como un niño todo el bendito tiempo.

—¡Padre! —dijo Ellen, bruscamente.

—Debería haber sido un chico —dijo su padre.

—Y pelea como un gato salvaje.

—Mi padre —le dijo Ellen a Benton —se está haciendo viejo y ha perdido sus modales.

—Ven a vernos alguna vez —dijo Madox.

—Pero que sea pronto. Tenemos algunas cosas de las que hablar.

—¿Como este asunto de la ejecución hipotecaria?

Madox escupió por encima de la rueda.

—Claro que sí —dijo.

—Supongo que nos engañaron a todos.

—¿Cómo se sienten los Lee? —preguntó Benton.

—Igual que el resto de nosotros —dijo Madox.

Entrecerró los ojos.

—En un caballo del Anchor —dijo en un tono serio.

—Lo cambié por el mío —dijo Benton.

—Algunos de los chicos del Anchor están en el Lone Star —dijo Madox.

—Gracias —dijo Benton.

Madox chasqueó el látigo y la yunta se puso en marcha. Ellen saludó a Benton y él le devolvió el saludo.

Por un momento se sentó en la calle, observando el traqueteo

de la carreta, luego giró el caballo y se dirigió al Lone Star.

Salvo por los hombres del Anchor y el camarero, el local estaba vacío. El camarero dormitaba apoyado en la barra. Los demás estaban reunidos alrededor de una mesa, concentrados en sus cartas.

Benton pasaba los ojos de uno a otro. Jim Vest, el capataz, Indian Joe y Snake McAfee estaban al otro lado de la mesa, mirando hacia él, Frank Hall, Earl Andrews y otro que acababa de darse la vuelta. Ése había cambiado, pero no tanto como para que Benton no lo conociera. Bill Watson era un retrato más joven de su florido padre.

Como si alguien le hubiera dado un golpecito en el hombro, Bill Watson volvió a mirar a su alrededor, con la mirada fija durante un momento, y luego se levantó de la silla, dejando caer su mano de cartas boca abajo sobre la mesa.

—Hola, Bill —dijo Benton.

Watson no contestó. A su alrededor, detrás de él, los demás se agitaban, retiraban las sillas, bajaban las manos.

—Estoy montando un caballo del Anchor —dijo Benton.

—Confío en que no haya nadie que se oponga.

El joven Watson se humedeció los labios.

—¿Qué haces con un caballo del Anchor?

—Se lo quité a Rollins.

Vest, el capataz se levantó de su silla.

—Rollins no apareció anoche —dijo.

—Lo encontrarás en el viejo camino recto al norte de donde vives —dijo Benton.

Bill Watson dio un lento paso adelante.

—¿Qué pasó, Ned? —preguntó.

—Intentó dispararme por la espalda.

—Debes haberle dado motivos —acusó Vest.

—A mí me parece que alguien podría haber dado la orden de que no volviera —dijo Benton.

—Tengo la idea de que tal vez el camino estaba vigilado.

Ninguno de ellos se movió. No se oía nada en la habitación.

Benton repasó las caras. Watson, asustado. Vest, furioso pero temeroso de ir por su arma. El indio Joe era una cara que no se podía leer.

—Yo pago las bebidas —dijo finalmente Watson.

Pero nadie se movió. Nadie se dirigió a la barra.

—Yo no bebo —le dijo bruscamente Benton.

Se hizo el silencio. Se mantuvo el silencio y la inmovilidad del grupo que estaba alrededor de la mesa.

—Os estoy dando a vosotros, coyotes, la oportunidad de que disparéis —dijo Benton.

Watson se quedó tan quieto que el resto de su rostro parecía de piedra cuando sus labios se movieron para pronunciar las palabras que dijo.

—No tenemos ninguna necesidad de ir a por ti, Benton.

—Si sentís la necesidad de hacerlo más tarde —dijo Benton—, no me culpéis de nada de lo que ocurra.

Durante un largo momento se quedó allí, justo delante de la puerta, observándoles. Nadie se movió. Las cartas estaban sobre la mesa, los hombres permanecían donde habían quedado.

Benton se giró, deliberadamente despacio, y luego salió rápidamente por la puerta, sintiendo un escalofrío recorrerle entre los omóplatos, justo donde podría impactar una bala.

A continuación volvió a la calle, bajo la luz del sol. Y no había habido ninguna bala. Los del Anchor habían desistido.

Desató al caballo y caminó lentamente calle arriba, guiando al animal. Frente al banco volvió a atar el caballo y entró.

No había clientes y Coleman Gray estaba en su mesa más allá de la ventanilla.

El hombre levantó la vista y le vio, reconociéndole lentamente.

—Joven Benton —exclamó.

—Me alegro de verte, Ned. No sabía que habías vuelto.

—He venido a hablar —dijo.

—Entra —dijo Gray.

—Entra y toma una silla.

—Lo que tengo que decir —le dijo Benton —lo diré de pie.

—Si se trata del rancho de tu padre —dijo Gray, suavemente — me temo que no lo entiendes.

—Tú y los Watson lo ingeniaron.

—No te pongas así con los Watson, hijo —aconsejó Gray.

—Tal vez parezca duro, pero todo fue puro negocio. Después de todo, el Crazy H no era el único. Estaban los Madox y los Lee. Ellos también perdieron sus ranchos.

—Parece francamente extraño —dijo Benton—, que todo esto ocurriera justo cuando la carne de vaca empezaba a significar algo más que pieles y sebo.

Gray se enfadó:

—Me está acusando de...

—Te estoy acusando de arruinarte —espetó Benton—, y arruinar a mucha gente, para luego volver a empezar.

—Es fácil de explicar —protestó Gray—, una vez que comprendes las circunstancias. Teníamos tantos préstamos que no podíamos hacer frente a nuestras obligaciones. Así que tuvimos que recurrir a ellos y eso nos dio nuevo capital.

—Así que os mantenéis firmes —dijo.

Gray asintió.

—Si así es como quieres llamarlo —dijo— no tengo problemas.

La mano de Benton serpenteó a través de la barandilla, agarró la camisa y el chaleco del banquero, retorciendo la tela con fuerza alrededor del pecho de Gray, tirando de él hacia él.

—Robaste esos ranchos, Gray, y voy a recuperarlos. Te estoy avisando ahora. Voy a recuperarlos.

Las palabras brotaron de los labios del banquero, pero el miedo las convirtió en un galimatías.

Con un bufido de disgusto, Benton arrojó al banquero hacia atrás, haciéndole caer y tropezar con una papelera hasta estrellarse contra la pared.

Benton giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

Delante del Lone Star, los jinetes del Anchor salían a la calle, en dirección a la salida de la ciudad. Benton se quedó mirándolos.

—Ned —dijo una voz tranquila, casi a su lado.

Benton se giró.

El sheriff Johnny Pike estaba recostado contra la fachada del banco, con su estrella niquelada brillando al sol.

—Hola, Johnny —dijo Benton.

—Ned —dijo el sheriff—, has estado armando demasiado jaleo.

—Ni la mitad de lo que voy a hacer —dijo Benton.

—Vuelvo de la guerra y me encuentro con un montón de buitres que han eliminado al viejo del rancho. Me quedo con ese rancho...

El sheriff interrumpió.

—Siento lo del rancho, Ned, pero eso no es motivo para montar todo el jaleo que has organizado. Estaba mirando por la ventana y te vi golpear al banquero.

—Tuvo mucha suerte —gruñó Benton—, de que no le rompiera el cuello.

—Luego vino ese asunto —dijo el sheriff, pacientemente— de interrumpir la partida de cartas en el Lone Star. No tienes derecho a entrar y hacer algo así. Ustedes, los hombres, vuelven de la guerra y creen que pueden manejar las cosas. Creen que el resto de los ciudadanos tenemos que someternos a ustedes. Creéis que sólo porque sois héroes tenemos que...

Benton dio un rápido paso adelante.

—¿Qué vas a hacer al respecto, Johnny?

El sheriff se frotó el bigote.

—Supongo que tengo que arrestarte y ponerte una pena bajo fianza. Es lo único que puedo hacer.

Unos pasos bajaron por la acera y una voz quebrada gritó a Benton:

—¿Tienes algún problema, chico?

Benton se dio la vuelta y vio al espantapájaros que se le acercaba cojeando, con las piernas arqueadas titilando por el paseo, los bigotes blancos cayéndole casi hasta la barbilla, el sombrero echado hacia atrás para mostrar la arruga de preocupación que le retorció la cara.

—¡Jingo! —gritó Benton.

—Jingo, Pa dijo que dejaste el lugar.

—Tu padre está más loco que una cabra —le dijo Jingo Charley.

—No pudo irme del lugar. Sólo vine al pueblo a emborracharme.

Miró al sheriff con los ojos entrecerrados.

—¿Esta estrella de hojalata te está hablando de leyes?

—Dice que tiene que ponerme una pena bajo fianza —le dijo Benton.

Jingo Charley escupió a los pies del sheriff.

—Ah, diablos, no le prestes atención. Él es sólo uno de los hombres de Watson que anda por el pueblo. Vamos, nos vamos a casa.

El sheriff dio un paso adelante, llevando las manos a sus armas.

—Un momento, vosotros dos...

Con un movimiento rápido, Jingo levantó su pierna torcida y enganchó la punta del pie debajo del talón del sheriff quien perdió el equilibrio y cayó a la acera.

Jingo Charley se agachó rápidamente y agarró el cinturón del sheriff.

—Qué pistolas más bonitas —dijo, enderezándose.

—Grabadas y todo. Me pregunto si disparan.

—Devuélvemelas —rugió el sheriff.

—Devuélvelas o...

Deliberadamente, Jingo Charley las arrojó, una tras otra, al lodazal que había en la calle. Chapotearon y desaparecieron.

—Supongo esto calmará a la vieja cabra por un rato —dijo Jingo Charley.

Sacudió la cabeza con tristeza.

—Es una pena ensuciar esas bonitas armas. Grabadas y todo.

III

La maraña de las colinas de Greasewood se extendía a lo largo del sendero, elevadas alturas que brillaban en el calor de la tarde y cortos y abruptos cañones que eran negros tajos de sombra sobre una tierra iluminada por el sol.

Jingo Charley trotó con su caballo junto a Benton.

—Debes tener cuidado, chico —le advirtió.

Benton asintió.

—Eso mismo estaba pensando yo.

—El hecho de que esos hombres del Anchor se acobardaran en la taberna —dijo Jingo, no significa nada, quizás sean lo suficientemente valientes como para tendernos una emboscada detrás de esos árboles.

—No esperaba que cedieran —admitió Benton.

—Cuando fui allí, estaba seguro de que todo terminaría en un tiroteo.

—La pandilla Watson hará cualquier cosa para evitar problemas —explicó el anciano.

—Van a llevar la manada hacia el norte.

—Supongo que no sólo habrá ganado propio, sino también bienes ajenos.

—¿Y cuándo se van? —preguntó Benton.

Jingo escupió.

—En unos días. Si no pasa nada.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, si sus vacas se asustan por algo y corren hacia la montaña.

—Alguien está ahí arriba —dijo Benton en voz baja.

—Alguien cabalgando a toda velocidad.

Se detuvieron y observaron a un jinete que corría por una pendiente cubierta de arbustos. Estaba sentado erguido sobre su caballo, al estilo indio, con sus ropas hechas de tela ligera

ondeando al viento, protegiendo el resplandor del sol.

—Es la chica —gritó Jingo.

—La hija del viejo Madox.

Benton apartó su caballo del camino, clavó las espuelas y subió la colina. Ella lo vio venir y levantó un brazo en un gesto rápido.

Cabalgaba sin montura, con el vestido recogido bajo el cuerpo y las piernas brillando al sol. Había perdido la redecilla y, cuando llegó frente a Benton, éste vio las marcas rojas en las mejillas causadas por los latigazos de alguna rama.

Benton se inclinó y agarró la brida del caballo que soplaba, tiró de él y preguntó bruscamente:

—¿Qué pasa, Ellen?

—Te están esperando en la bifurcación —jadeó ella.

—¿Watson?

Ella asintió y continuó sin aliento.

—Pasaron por la carretera y papá los vio cuando pasábamos por allí. Pero hicimos como si no los hubiéramos visto. Luego, cuando nos perdimos de vista, nos detuvimos y desenganchamos.

—Te arriesgaste mucho —le dijo Benton, solemne.

Ella negó con la cabeza.

—Uno de nosotros tenía que volver y avisarte. Y papá no puede cabalgar sin una silla de montar. Está demasiado gordo. Yo puedo montar de cualquier manera.

Benton frunció el ceño.

—¿Seguro que no te vieron volver a caballo?

—No, no pudieron. Vine por un camino indirecto. Por las colinas.

Jingo Charley miró al caballo.

—Debes de haber cabalgado bastante.

Ella asintió.

—Tuve que hacerlo. No había mucho tiempo. No sabía qué tan pronto dejarías la ciudad.

Pensando en ello, Benton sintió escalofríos recorriendo su espina dorsal. Allí, en la bifurcación, el sendero se dividía en tres partes: la de la izquierda iba al Anchor spread, la de la derecha al

rancho Lathrop's Heart, y la del centro al Crazy H y al Tumbling A. El sendero subía empinado por un desfiladero hasta la altiplanicie donde se dividía el camino. Jingo y él habrían subido el desfiladero a caballo, con calma. Habrían sido cazados como pájaros sentados por los pistoleros ocultos.

—Tienen sus caballos en la boca del Cañón de la Vaca —les decía Ellen.

—Un hombre los vigila. Los vi cuando pasé.

Jingo Charley sonrió pícaramente.

—Qué vergüenza —dijo— poner a esos chicos a caminar.

Benton dijo gravemente:

—Tal vez deberías volver, Ellen. Por donde viniste. Así estarías a salvo antes de que pasara nada.

—Pensé que tal vez querrías venir conmigo —dijo Ellen.

—No hay ninguna razón por la que tengas que enredarte con ellos.

—No puedo dejar pasar una oportunidad como ésta —declaró Jingo Charley, con firmeza.

Benton reflexionó.

—No podemos eludir una cosa así —dijo.

—Tenemos que luchar contra ellos tarde o temprano, y más vale que sea ahora. Sólo hay dos cosas que hacer. Luchar o huir.

Jingo escupió con desprecio.

—Yo no valgo un carajo para correr —declaró.

—Yo tampoco —dijo Benton.

La muchacha recogió lentamente las riendas.

—Ten cuidado —advirtió Benton.

—No dejes que te vean. Esperaremos un rato para que puedas pasar.

Hizo girar su caballo.

—No sé cómo darte las gracias, Ellen —dijo Benton.

—Tenemos que permanecer juntos —le dijo Ellen, simplemente.

Luego se alejó a toda velocidad, subiendo la enmarañada colina.

Jingo Charley la siguió con la mirada.

—Nos salvó el pellejo, eso es lo que hizo —dijo.

—Muchas agallas para una chica.

Esperaron, observando las alturas por encima de ellos. Nada se movió. El día transcurría entre el sol y el sonido de los insectos.

Finalmente avanzaron, bordeando el sendero, en dirección a la boca del Cañón de la Vaca.

Jingo Charley siseó a Benton.

—Ya casi estamos, chico. Tómatelo con calma.

Algo brilló muy por encima de ellos, como si un rayo de sol hubiera iniciado de repente una danza loca. Y tan pronto como Benton hizo la pregunta, inmediatamente se dio cuenta de qué se trataba.

—¡Cuidado! —le gritó a Jingo Charlie, tiró de las riendas, golpeó con las espuelas los costados del caballo y lo hizo girar.

Un rifle tronó donde el rayo de sol bailaba y el humo se acumulaba en la ladera. Otro rifle les disparó desde un punto inmediatamente inferior al primero.

Benton espoleó a su caballo y el animal, dando un brinco de espanto, atravesó una mata de maleza, patinó sobre un talud y subió estrepitosamente por una cuesta.

Delante de él, Benton vio al viejo vaquero, instando a su caballo a que echara a correr; detrás de él oyó el estruendo de caballos al galope, y la tos seca de las pistolas.

Las balas susurraban entre la maleza a su alrededor, algunas tan cerca que oía el zumbido en el aire.

Jingo Charley se tambaleó en la silla de montar, se balanceó un momento y luego siguió cabalgando. Benton vio que le salía una mancha roja brillante en la manga, justo por encima del codo.

Benton echó un rápido vistazo detrás de él. Había jinetes con armas humeantes dispersos entre la maleza. Una rama le golpeó en la cara con fuerza cuando estaba sacando una pistola de la funda.

El caballo tropezó, se reincorporó y siguió adelante. Una bala zumbó como un perezoso abejorro sobre la cabeza de Benton.

Retorciéndose en la silla de montar, disparó el arma, sintiendo en la mano la sacudida de la misma. El hombre del Anchor que iba en cabeza se levantó de la silla y voló por encima de la cabeza del caballo, formando una maraña de brazos y piernas. El caballo giró rápidamente, asustado por la visión de un hombre en el aire delante de él, y chocó contra el segundo jinete, volcando el caballo que se precipitaba y haciéndolo rodar colina abajo.

Un grito de triunfo salió de los pulmones de Benton. Los otros jinetes del Anchor se apartaron y el caballo de Benton alcanzó la cima de la cresta y se precipitó ladera abajo, con las patas delanteras rígidas abriendo grandes surcos en el suelo.

Jingo Charley iba muy por delante, casi al pie de la ladera, balanceando su caballo para dirigirse a la boca de un cañón. Benton tiró de las riendas, hizo girar al negro para que bajara la colina en un esfuerzo por alcanzar a Jingo.

Desde la cresta se oyó un solo disparo.

Benton miró hacia atrás. Dos o tres caballos se arremolinaban allí arriba.

No querrán acercarse demasiado, pensó Benton, exultante, después de lo ocurrido al otro lado de la cresta.

En la parte inferior de la pendiente, solo unos metros por detrás de Jingo Charley, miró hacia atrás, y vio a los jinetes del Anchor, precipitándose ladera abajo.

Recuperaron los nervios, se dijo a sí mismo.

Las paredes del cañón se cerraban a su alrededor, oscuras y premonitorias. Las rocas ahogaban el pequeño hilo de agua que serpenteaba por el lecho del arroyo. La maleza crecía espesa contra las orillas.

Delante de él, Jingo Charley desmontaba y golpeaba la grupa del poni con el sombrero. Espantado, el caballo subió por el lecho del arroyo.

Jingo le gritó.

—Bájate. Podemos escondernos y contenerlos.

Benton saltó de su caballo y el negro salió corriendo tras la montura de Jingo.

—Tú ve por ese lado —le gritó Jingo.

—Yo tomaré este.

—Pero te han dado —le dijo Benton.

—¿Estás...?

—En forma como un violín —le dijo Jingo.

—La bala pasó a través de mi brazo como un silbido. No es nada.

Debajo de ellos, cerca de la boca del cañón, llegó el ruido de cascos sobre las piedras y los gritos nerviosos de los jinetes.

Volviéndose, Benton se internó en la maleza, trepó por la ladera de talud bajo la sombría pared del cañón.

Detrás de un peñasco, se acuclilló con la pistola en la rodilla. Debajo de él, el cañón se extendía como un mapa detallado.

Mirándolo, sonrió. Con él aquí y Charley al otro lado, ni siquiera un conejo podría moverse allí abajo sin que ellos lo vieran. Y con las paredes del cañón erguidas sobre ellos, nadie podría alcanzarlos desde ninguna otra dirección. Cualquier cosa o persona que entrara en ese cañón era carne muerta para sus armas.

El sol descendía por la estrecha hendidura del cañón y, en cuclillas junto a la roca, Benton sintió su calor sobre los hombros.

Le hizo pensar en otros tiempos. En el tenso silencio cuando una columna yanqui trotaba por el camino directo a una trampa de artillería. En los momentos en que se agazapaba bajo una cresta, esperando la palabra que le enviaría a él... y a otros... a cargar colina arriba hacia las bocas de los cañones enemigos.

Esto era de nuevo, pero de una manera diferente. Este era el hogar sin la paz con la que había soñado en las noches de vivac.

Muy por debajo, el casco de un caballo sonó inquieto desde un matorral cercano, un sonido seco que llenó la tarde.

Algo salió mal, se dijo Benton. Algunos de ellos deben haber visto a Ellen volviendo a caballo para avisarnos y nos han tendido una nueva trampa. O puede que haya sido la misma trampa todo el tiempo. Tal vez querían que el viejo Madox y Ellen los vieran...

Pero eso era demasiado complicado, lo sabía. Sacudió la cabeza. Para ellos habría sido más sencillo esperar en la bifurcación.

Los minutos pasaban y el sol se deslizaba por el cielo.

Benton se agitó detrás de su roca. No había rastro de los jinetes, ningún sonido que delatara su presencia.

—Jingo —dijo en voz baja.

—Sí, chico, ¿qué quieres?

—Voy para allá.

—De acuerdo. Con cuidado.

Con cautela, Benton se deslizó por la ladera. En el hilillo de agua del cauce, mojó su pañuelo y subió a rastras por la orilla opuesta.

—¿Jingo?

—Por aquí. ¿Qué quieres?

—Voy a curarme ese brazo tuyo —dijo Benton.

Se deslizó entre los arbustos junto al viejo, este se subió la manga y mostró el brazo ensangrentado. Una bala había atravesado un músculo. No era una mala herida, afirmó Benton.

Jingo se rio.

—Los detuvimos, chico. Nos tendieron una trampa y ahora nosotros les tendemos una a ellos. Nada les salió bien.

—¿Qué pasa con nuestros caballos?

—El cañón no tiene salida —dijo Jingo.

—No pueden salir a menos que les crezcan alas.

Rápida y eficientemente, Benton lavó y vendó el brazo. No era la primera herida que había tratado en los últimos años.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo.

Jingo siseó suavemente.

—Algo se mueve ahí abajo.

—Señaló con un dedo y Benton vio el leve movimiento de un arbusto, apenas un poco más de lo que el viento lo agitaría.

Esperaron. Otro arbusto se agitó. Crujió un palo.

—Es el indio Joe —susurró Jingo.

—Pensaba acercarse sigilosamente. Es el único de todos que podría haber llegado tan lejos.

Entrecerrando los ojos, Benton pudo distinguir la cara oscura de un hombre que se arrastraba en la orilla opuesta... una cara

oscura y malvada que casi se mezclaba con el follaje... casi, no del todo.

—Te lo dejo a ti —dijo Jingo en voz baja.

Benton negó con la cabeza.

—Yo ya tengo el mío hoy. Adelante, cógelo tú.

De repente se sintió tranquilo, tranquilo y seguro. De vuelta al viejo negocio. De vuelta al trabajo de los últimos cuatro años. De vuelta al trabajo de matar.

Lentamente, Jingo levantó el arma, el martillo chasqueó con un suave sonido metálico.

Entonces el arma rugió, ensordecedor en el cañón rodeado de vegetación, el sonido fue captado y sacudido de un lado a otro por las imponentes paredes de piedra.

—¡Lo tengo! —gritó Jingo.

—Lo tengo... no, por Dios, sólo lo rocé.

Los arbustos habían cobrado vida.

El arma de Jingo echó humo y fuego de nuevo.

—¡Mira cómo se va! —gritó Jingo.

—¡Mira a ese tipo salir por piernas!

Los arbustos que se movían rápidamente por la orilla marcaban el paso del indio Joe.

—Maldita sea —dijo Jingo, con pesar—. Debo estar envejeciendo. Debería haber dejado que te lo quedaras.

Se hizo de nuevo el silencio, silencio roto sólo por un pequeño viento que gemía de vez en cuando en lo alto del acantilado, y por el chirrido de un insecto en la tierra bañada por el sol.

Esperaron, encorvados entre los arbustos, estudiando las orillas del cañón. Ningún arbusto se movió. No ocurrió nada. El sol bajaba y las sombras se alargaban.

—Supongo que deben de haberse rendido —decidió Jingo.

—Voy a explorar el cañón —dijo Benton.

—Tú ve por los caballos.

Moviéndose con cautela, Benton se encaminó cañón abajo, con los ojos estudiando cada ángulo del terreno antes de avanzar.

Pero no había rastro de los jinetes del Ancla, ni señales ni

sonidos.

En la boca del cañón encontró el lugar donde habían llegado sus caballos y de donde salían unas huellas que se adentraban en las colinas.



Algo blanco ondeó en el viento y se dirigió hacia él.

Era un trozo de papel, encajado en la hendidura de un palo que había quedado entre dos rocas.

Enfadado, Benton arrancó el papel de un tirón y leyó el

mensaje garabateado a lápiz:

Benton, esta vez te hemos perdonado. Tienes 24 horas para salir. Después te fusilaremos en cuanto te veamos.

IV

El padre de Benton estaba en el patio, cortando leña, cuando llegaron. Al verlos, clavó el hacha en la tabla de cortar, la dejó allí clavada y se dirigió cojeando hacia la puerta para recibirlos. Benton vio que había preocupación en su rostro.

—Vuelvo otra vez —dijo Jingo.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo el padre de Benton.

A Benton le dijo:

—Hay alguien en la casa que quiere verte, hijo.

—Adelántate —le dijo Jingo al hombre más joven.

—Yo guardaré los caballos.

Benton saltó del negro.

—¿Cómo está madre?

—Algo mejor —dijo su padre.

—Ahora está durmiendo.

El sol se colaba por las ventanas del salón, formando barras de luz dorada sobre la gastada moqueta.

Bajo la luz tenue de un rincón, una mujer se levantó de una silla y salió al rayo de sol.

—¡Jennie! —dijo Benton.

—Jennie...

—He oído que has vuelto —le dijo ella.

Él se quedó inmóvil, mirándola fijamente, al halo dorado que la luz del sol arrojaba alrededor de su cabeza, a su rectitud, y deseó que su rostro no estuviera en la sombra.

—¿Has venido por algo? —preguntó y se odió por ello. Sabía que no era la forma de hablar a una mujer con la que había pensado casarse. No era la forma cortante y dura de hablar a una

mujer cuyo recuerdo había llevado durante cuatro largos y sangrientos años.

—Vine a pedirte que te cuides... que no te metas en problemas.

—¿Problemas? —preguntó.

—¿Qué quieres decir con problemas?

Ella se sonrojó furiosamente.

—Sabes a qué me refiero, Ned. Problemas con el Anchor. ¿Por qué no te vas? Aquí no hay nada para ti.

—Nada excepto la tierra que me robaron.

—Te matarán. No puedes luchar contra ellos, tú solo.

—¿Bill Watson te envió aquí para preguntarme esto?

Su voz se elevó hasta ser casi estridente.

—Sabes que no lo hizo, Ned. Sabes que no haría una cosa así. Ni siquiera sabe que estoy aquí.

Él soltó una carcajada corta y dura.

—Eres un hombre resentido —le dijo ella.

—Tengo derecho a estarlo —dijo él.

Ella avanzó hacia él, dos pasos vacilantes, y luego se detuvo.

—Ned —dijo en voz baja.

—Ned.

—Sí.

—Siento no haber esperado.

—Creíste que estaba muerto —dijo Benton, con pesadumbre.

—No tenía sentido esperar entonces.

—Bill fue quien me lo dijo —dijo ella.

—Fue él quien empezó la historia. Dijo que lo había oído de un hombre que había estado contigo.

—Así que te casaste con él —dijo Benton.

—Te dijo que yo estaba muerto y luego se casó contigo.

Ella se enfadó con Benton.

—Le odio. ¿Me oyes? Le odio. Es una bestia... una bestia sucia y borracha.

Por un momento Benton vio esta misma habitación como la recordaba. Un lugar brillante con un cálido resplandor. Una habitación resplandeciente y una muchacha risueña. Pero la

habitación estaba sucia ahora, aún con los rayos de sol que sólo aumentaban su monotonía.

Todo lo que quedó fue un fantasma risueño. Y Benton comprendió que aquel fantasma no tenía nada en común con la mujer que tenía delante.

La habitación estaba fría y vacía... como su corazón y su cerebro. Nada importa, pensó, observándola. Nada importa ahora. Una causa rota en un sangriento campo de batalla que se extendió a lo largo de cuatro años, un sueño destrozado por una mujer que no quiso esperar, la tierra que uno había considerado un hogar, robada por quienes se quedaron en casa mientras él salía a luchar.

—Lo siento —dijo finalmente.

—Siento haber dicho cualquier cosa al respecto.

—¿No causarás problemas entonces? ¿Te irás?

Una rabia sorda lo sacudió por un momento y luego se desvaneció, dejando un regusto amargo y sombrío.

—No deberías haber venido —dijo.

Sin moverse, la oyó caminar hacia la puerta. Por un momento se detuvo y él pensó que iba a hablar, pero no lo hizo. Permaneció allí unos largos segundos y luego siguió caminando.

La puerta crujió al abrirse y se oyó la voz de su padre.

—¿Te vas tan pronto, Jennie?

—Sí, se está haciendo tarde. Se preguntarán dónde he estado.

—Jingo te traerá el caballo.

—No, gracias. Puedo cogerlo yo misma. Está en el establo junto a la puerta.

La puerta se cerró y los pesados pies de su padre pisaron el porche. Se oyeron voces durante un momento y luego volvió a entrar. Benton salió al vestíbulo.

—Jingo me ha dicho que le han dado en el brazo —dijo su padre.

Benton asintió.

—Se metió en algunos problemas. La banda del Ancla nos asaltó en la bifurcación.

El anciano guardó silencio un momento.

—Tu madre está mucho mejor hoy —dijo finalmente.

—Está contenta de que hayas vuelto. Si algo pasara ahora, Ned, creo que la mataría.

—Tendré cuidado —prometió Benton.

Fuera, en la cocina, oía a Jingo sacudir las sartenes y avivar el fuego.

Se acercó de puntillas a la puerta de la habitación de su madre y miró dentro. Estaba dormida y sonreía. Volvió de puntillas a la cocina.

—Un poco más despacio —le dijo a Jingo.

—Mamá está dormida.

Jingo le miró extrañado.

—¿Qué pretendes hacer, chico?

—Las reses del Anchor ya están reunidas —dijo Benton, en voz baja.

—No podemos dejar que empiecen. Parte de ese ganado es nuestro y pretenden llevarlo al norte.

—No es difícil asustar a unas vacas —le dijo Jingo.

El padre de Benton habló en voz baja desde la puerta.

—Algunos de los nuestros ayudarían.

—Podrían necesitar ayuda —admitió Jingo.

—Probablemente haya una multitud de hombres del Anchor vigilando las vacas.

—Madox y su chico nos echarían una mano —dijo el padre de Benton.

—Y los dos hermanos Lee del Quarter Circle D.

—¿Tú también vas? —preguntó Jingo.

El viejo Benton asintió.

—Le diré a la señora Madox que venga y se quede con mamá.

Miró a su hijo.

—¿Te parece bien, Ned?

—Tienes suficiente gente sin mí —dijo Benton.

—Voy a ensillar y hablar con el viejo Dan Watson.

Benton detuvo a su caballo en la cima de la cresta ventosa, mirando hacia el fuego de la carreta a una milla de distancia.

Formas vagas y fantasmales se movían a su alrededor y, a veces, oía palabras gritadas, arrastradas por el viento y azotadas por la brisa hasta que dejaban de tener sentido y sólo eran sonidos de voz humana.

Más allá del fuego, un lago oscuro se amontonaba en la pradera... un lago oscuro que era el rebaño del camino hacia el norte. De vez en cuando Benton oía el chasquido de los cuernos, un mugido apagado, pero eso era todo. La manada se había asentado para pasar la noche, estaba siendo vigilada, sin duda, por jinetes que daban vueltas alrededor.

En el este se iluminaba el cielo, señal de la luna que estaba a punto de salir. La luz de las estrellas brillaba en el cielo y el viento hablaba con voces de seda en la hierba.

Benton hizo girar su caballo negro y se dirigió hacia el sur.

Media hora después aparecieron a la vista los edificios del rancho Anchor.

Vio que el barracón estaba a oscuras, pero en el salón delantero de la gran casa del rancho brillaban las luces.

Benton puso el negro a andar, entró despacio, medio preparado para el desafío o la bala que pudiera surgir de la oscuridad.

El golpeteo de los cascos del caballo contra la tierra sonó fuerte en los oídos de Benton, pero no había ningún movimiento alrededor de los edificios, ningún signo de vida, excepto las ventanas iluminadas.

Uno de los caballos estaba atado en el poste de enganche y, antes de desmontar, Benton se sentó allí un momento, observando y escuchando. El sonido de voces llegaba a través de la ventana que se abría en el porche. Pero eso era todo.

Ató su caballo, subió suavemente los escalones del porche y cruzó hasta la puerta.

Entonces, con los nudillos ya levantados para llamar, el sonido de una voz le detuvo. Una voz fuerte y arrogante que retumbó a través de la ventana. Una voz que había oído aquel día.

—... Está en la picana, Dan. No podemos permitir que arme jaleo. Nunca habría aceptado el trato si no hubiera pensado que tú

te encargarías de todo.

Benton se quedó helado. Era la voz de Coleman Gray, el banquero, que venía de la ventana.

Llegó el gruñido del viejo Dan Watson:

—No te preocupes. Nos ocuparemos de Ned Benton... y de cualquiera de los otros que empiecen a armar jaleo.

Lentamente, Benton dejó caer la mano al costado, se alejó arrastrando los pies de la puerta, pegando el cuerpo a la pared de la casa.

—Ustedes me metieron en esto —se quejó Gray.

—Fuisteis vosotros los que lo descubristeis todo.

—Fuiste condenadamente rápido en meterte en esto —gruñó la voz de Dan Watson —cuando pensaste que no había ninguna posibilidad de que te atraparan. Pero ahora que el joven Benton ha vuelto, te has acobardado.

—Pero dijiste que no volvería —gritó Gray.

—Dijiste que te encargarías de que nunca lo hiciera.

Unos pasos rápidos sonaron en el porche y Benton se giró, pero fue demasiado lento. Un duro dedo de metal se clavó en su espalda y una voz burlona habló.

—Maldito si es el héroe, que vuelve de la guerra.

Benton se ahogó de rabia.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Tu viejo amigo —dijo la voz a su espalda.

—Snake McAfee.

—Mira, Snake. Sólo venía a ver a Dan.

—Sólo una visita amistosa —gruñó Snake.

—Qué manera tan rara de hacerlo, escuchando por la ventana.

Clavó el arma en la espalda de Benton.

—Entra. El jefe querrá verte.

Empujado por la pistola, Benton se volvió hacia la puerta. Snake McAfee llamó y la puerta se abrió de golpe. Bill Watson estaba en el umbral, con cara de asombro al ver a Benton.

—Buenas noches, Bill —dijo Benton.

Detrás de él, McAfee le clavó la pistola y gruñó.

—Entra, maldito seas.

Bill Watson se hizo a un lado, con el triunfo iluminándole la cara. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa flácida y untuosa.

Benton cruzó el umbral y entró en el salón. McAfee, con la pistola aún en la mano, se deslizó a lo largo de la pared, apoyando la espalda contra ella.

El viejo Dan Watson permanecía sentado, con la cara enrojecida, las manos fuertes y regordetas agarrando los brazos de la mecedora en la que descansaba. La mandíbula del banquero se desencajó y luego volvió a cerrarse como una trampa de acero. A sus espaldas, Benton oyó las risitas del joven Watson.

—Lo encontré escuchando al otro lado de la ventana —dijo Snake McAfee a la sala.

—¿Qué has oído? —preguntó el viejo Dan Watson, y sus palabras eran lentas y pesadas, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para ocuparse de aquella situación y no fuera a apresurarse.

Benton lanzó una mirada a Gray y vio que el hombre sudaba, literalmente sudaba de terror.

—Es inútil hablar de lo que he oído —dijo Benton.

—Hablemos de lo que vamos a hacer.

—Sensato —gruñó Watson y se balanceó un par de veces en la mecedora.

—Los dos lo arreglaron entre ustedes para robar a sus vecinos —dijo Benton, sin rodeos.

Gray se levantó de un salto de la silla, pero luego volvió a sentarse.

—No puedes demostrarlo —replicó.

El viejo Dan refunfuñó burlonamente.

—No necesita demostrarlo, Coleman. Ni siquiera tendrá una oportunidad.

Giró su enorme cabeza hacia Benton.

—¿Qué has venido a hacer aquí, de todos modos?

—He venido a hacer un trato.

El viejo Dan le respondió.

—Oigamos tu propuesta.

—Tienes el Crazy H por un par de miles de míseros dólares —dijo Benton.

—Tienes ganado que vale el doble o más, por no hablar de la tierra.

El viejo Watson asintió, con ojos fríos y duros.

—Tienes ganado en tu rebaño que no lleva tu marca —dijo Benton.

—Llévate las que necesites para pagar lo que cuestan los ranchos de por aquí y devuelve a los rancheros sus escrituras.

Gray se secó el sudor de la frente con mano nerviosa.

—Eso es justo —estalló.

—Eso es justo. Después de todo, no podemos aprovecharnos de un hombre que salió y luchó por nosotros.

Watson negó con la cabeza.

—No, el trato era legal. Cuando me hice cargo ese ganado no valía un centavo porque no había dónde comercializarlo. No es culpa mía que el mercado del ganado cambiara.

—Salvo —dijo Benton, en voz baja —que tú sabías que iba a cambiar. Tenías noticias de lo que estaba pasando en el norte. Así que te moviste rápido para apoderarte de todo lo que pudiste agarrar.

Unos pies se acercaron a la ventana y Benton miró hacia ella. Snake McAfee le devolvió la mirada, con la pistola medio levantada.

—Sólo tengo una cosa que decirte —dijo Watson, lentamente.

—Vete de aquí. Eres un alborotador y ya has tenido tu advertencia. Si te quedas, te mataremos en cuanto te veamos, como a un lobo.

Sus manos golpeaban los brazos de la mecedora y su voz se alzaba como la de un viejo quejica.

—Has vuelto hace poco más de un día, Benton, y ya has matado a dos de mis hombres. No toleraré algo así.

—Los maté —dijo Benton, fríamente —porque fui más rápido con el arma que ellos. Y si sigues siendo un cabezota, morirán

muchos más.

Los ojos de Watson se entrecerraron en su rostro monstruoso.

—Lo dices en serio, ¿verdad, Benton?

Benton le miró fijamente.

—Sabes que sí, Dan. Y lo que es más, no moverás ni una vaca...

Watson se inclinó hacia delante, bramando.

—¿Qué es eso...?

De repente, unos cascos resonaron en el patio exterior de la casa, cascos que se detuvieron en seco. Los pies golpearon el porche y la puerta se abrió de golpe.

Un jinete despeinado parpadeó a la luz de la lámpara.

—¡La manada! —gritó.

—¡La han desbocado! ¡Se dirige a las colinas! Una pandilla de jinetes...

Dan Watson se levantó con un gruñido de rabia repentina y violenta. Snake McAfee estaba de pie con el brazo armado colgando, mirando fijamente al jinete.

Benton se giró, dio un paso rápido, balanceando el puño para golpear la mandíbula de Snake. Snake se estrelló contra la ventana mientras Benton saltaba hacia la puerta, con las manos aferradas a sus pistolas. Detrás de él, los cristales tintinearón y se estrellaron contra el suelo.

Benton vio al jinete que saltaba hacia él, golpeó con saña con el cañón de su pistola, pero demasiado tarde para detener al hombre. El arma golpeó con un ruido sordo y plomizo en el hombro encorvado, luego el hombro le golpeó en el estómago y le hizo retroceder tan violentamente que le voló el sombrero.

En la cabeza de Benton estallaron estrellas. Estrellas y un dolor insoportable como una explosión y un viento rugiente que silbaba en los bordes. Se sintió caer hacia delante, como cae un gran árbol, a través de una oscuridad atravesada por punzadas de dolor.

Y a través del rugido del viento que silbaba en su cerebro oyó la voz aguda, chillona y excitada del joven Bill Watson:

—Esa es la manera de matar al sucio hijo de...

Volvió la conciencia. Consciencia de la filtración de luz que

corría a lo largo de las tablas, consciencia del duro bulto que la pistola le hacía bajo el pecho, donde se le había doblado el brazo y había caído sobre él, consciencia del rumor de las voces que zumbaban por encima de él... voces que al principio eran sonidos nebulosos y luego se convirtieron en palabras y finalmente tuvieron sentido.

—... Será mejor que lo atraveses con una bala.

Era la voz del banquero, dura y desconfiada, pero con un quejido en su interior.

La voz del mayor de los Watson le retumbó.

—Diablos, es inútil. Está más muerto que un poste. Mira su cabeza... abierta de par en par.

El joven Bill Watson se rio maliciosamente.

—Cuando los golpeo, se quedan golpeados.

—Aún así, sólo para estar seguros...

La voz frenética del golpeador irrumpió.

—¡Jefe! ¡El ganado!

La voz del viejo Watson bramó.

—Sí, maldita sea, casi lo olvido.

Unos pies pisaron el suelo, haciéndolo temblar.

—¿Vienes con nosotros, Gray? —Preguntó Bill Watson.

La voz del banquero era vacilante.

—No. Creo que volveré a la ciudad. Tengo algunos asuntos...

El portazo cortó sus palabras.

El silencio recorrió la habitación, un silencio mortal y terrible.

Una gota oscura cayó al suelo a menos de dos centímetros del ojo izquierdo de Benton. Una gota que cayó y salpicó... y a la que siguió otra.

Sangre, pensó Benton. Sangre. Goteando de mi cabeza. De donde me alcanzó la culata del arma de Bill Watson.

Su mano se crispó debajo de él y apretó los dientes para mantenerla donde estaba, para evitar levantar la mano y palpase la cabeza, palpase para ver lo grave que era la herida de la cabeza.

Una oleada de vértigo se apoderó de él y, bajo sus pies, el suelo se agitó un poco. La sangre siguió goteando sobre las tablas,

formando un pequeño charco en el suelo.

Un golpe de refilón, pensó. Un golpe de refilón que me arrancó la mitad del cuero cabelludo. La cabeza debe de estar hecha un desastre para que piensen que estoy muerto.

Sólo que el banquero no está seguro de que esté muerto. Él fue el que quiso meterme una bala para asegurarse y acabar con esto. Y sigue aquí en la habitación conmigo.

El dolor le atravesó el cerebro y el cuello, un dedo lívido de dolor que trazó un camino ácido a lo largo de sus nervios crispados. Un gemido burbujeó en su garganta y él lo atrapó y lo contuvo, lo aguantó con los dientes apretados mordiéndose el labio.

Los pies se arrastraron lentamente por el suelo y en su mente Benton pudo imaginar la forma encorvada del banquero acechándole, caminando suavemente, cauteloso, observando en busca de alguna señal de vida.

Hacerse el muerto. Eso era. Quédate quieto. Tener cuidado con la respiración, aspirar sólo el aire suficiente para mantener vivos los pulmones. Así lo había hecho la noche en que una patrulla yanqui lo buscaba en Tennessee.

El tictac del reloj de la repisa de la chimenea martilleaba la habitación... un sonido fatídico. Un sonido que medía el tiempo, que se sentaba y miraba sin importarle lo que sucediera. Un sonido que se llevaba la vida de los hombres y nunca se apresuraba.

Las botas pasaron y luego se volvieron, se acercaron. Benton sintió que su cuerpo se tensaba, luchó contra la flacidez.

Un dedo del pie se estiró y le golpeó... le golpeó con fuerza. Benton dejó que su cuerpo rodara al compás de la patada.

Una puerta interior chirrió suavemente y alguien jadeó, un jadeo sibilante de respiración entrecortada que sólo podía provenir del terror.

Las botas se giraron y Benton supo que en el pequeño silencio los dos se estaban mirando... Gray y la persona que había entrado en la habitación.

—Siento, señora —dijo el banquero—, que haya entrado por casualidad.

Una voz de mujer llegó desde el otro lado de la habitación... una voz recordada.

—Es... es... ¿quién es?

La voz de Gray era a la vez brutal y triunfante.

—Es el joven Benton.

—¡Pero no puede ser! —Había una nota de creciente horror en las palabras.

—Sencillamente, no puede ser. Esta misma tarde me prometió...

La puerta exterior se abrió de golpe y unas botas pisaron con fuerza el suelo, pasando cerca de la cabeza de Benton.

—Así que hablaste con él —dijo la voz del joven Bill Watson.

—Ahí es donde estabas hoy.

—¡Bill! —gritó la chica.

—Bill, no es...

La voz de Watson le gritó, azotada por una furia cegadora.

—En cuanto me doy la vuelta, vuelves arrastrándote hacia él.

—Escucha, Bill —dijo Jennie Watson.

—Escúchame. Sí, hablé con él... y te dejo. No voy a vivir con un hombre como tú...

Algo en su cara le arrancó un grito, algo en su rostro, algo en la forma en que caminaba hacia ella.

—¡Así que me dejas! Maldita golfa, yo...

Volvió a gritar.

Benton se levantó del suelo con la pistola en la mano.

Watson estaba dando vueltas, girando al oír el sonido detrás de él, con las manos confundidas buscando sus pistolas.

—Bill —gritó Benton— ¡no lo hagas! No intentes...

Pero las pistolas de Watson ya estaban desenfundadas, se balanceaban hacia arriba.

Benton bajó su propia muñeca, apretando el gatillo. El arma se disparó y la habitación se estremeció. A través de la nube del humo de la pólvora, vio a Watson caer.

Otro disparo estalló en la habitación y Benton sintió la ráfaga de viento que le pasó por la mejilla, oyó el crujido de una bala al atravesar la pared de más allá.

Se puso de puntillas y giró el arma. El banquero estaba ante él, con la pistola humeante medio levantada.

—Así que eres tú —dijo Benton.

Levantó la pistola y Gray le miró con cara blanca de terror. El arma cayó de la mano del banquero y éste retrocedió, retrocedió hasta que la pared lo detuvo y quedó inmovilizado por la boca del arma de Benton. La boca del hombre funcionaba pero no salían palabras y parecía que se estaba estrangulando.

Benton le gruñó con disgusto.

—Deja de lloriquear. No te mataré.

La sangre goteaba de su ceja derecha y medio le cegaba. Levantó la mano libre para limpiársela y la mano salió manchada de un rojo pegajoso.

—Señor —pensó— debo de ser un espectáculo.

Al oír un ruido detrás de él, se dio la vuelta.

Watson estaba sentado y Jennie estaba de rodillas a su lado. Ambos le miraban fijamente.

—Lo siento —le dijo Benton a la chica.

—Intenté detenerle. No quería dispararle. No disparé hasta que tuve que hacerlo.

La chica habló en voz baja.

—Solías ser amable y considerado. Antes de que te fueras a la guerra y aprendieras a matar...

Watson se inclinó y extendió la mano para coger una pistola que estaba en el suelo.

Benton levantó su arma y disparó. Unas astillas saltaron del suelo. Watson se echó hacia atrás, se sentó con los hombros caídos y el ceño fruncido.

—Inténtalo otra vez —le pidió Benton.

Watson negó con la cabeza.

Benton señaló a la chica con la cabeza.

—Tienes que agradecerle a ella que estés vivo ahora. Si hubiera

querido matar al marido de Jennie Lathrop, habrías muerto hace un buen rato.

Volvió a limpiarse la cara y se restregó la mano contra la camisa.

—Después de esto —dijo— asegúrate de golpear un poco más fuerte cuando quieras matar a un hombre.

—La próxima vez —prometió Watson—, te meteré una bala en el cráneo.

Benton se dirigió a la chica.

—Será mejor que le curen ese hombro y le pongan en forma para viajar. No quiero encontrármelo por aquí cuando vuelva.

Unos pies se movieron rápidamente y Benton se dio la vuelta. Gray estaba saltando hacia la ventana, con los brazos cruzados sobre la cabeza para protegerse los ojos de los cristales que volarían, los pies balanceándose hacia fuera para saltar el alféizar y estrellarse contra los cristales ya rotos.

Benton levantó el arma, pero antes de que su dedo apretara el gatillo, Gray había golpeado la ventana en una lluvia de cristales y madera astillada.

El disparo de Benton atravesó la ventana rota, un rugido que ahogó el tintineo de los fragmentos al caer. Fuera, en el porche, un cuerpo golpeó y rodó, chocó contra la barandilla, se agitó un momento mientras Gray se retorció para ponerse en pie.

Benton agachó la cabeza, dio dos pasos rápidos, se lanzó tras Gray, atravesó la ventana rota y aterrizó en el suelo del porche con una sacudida que le hizo temblar los dientes.

Fuera, en el patio bañado por la luna, el banquero se balanceaba sobre su caballo en el enganche. Y mientras se balanceaba, su mano arañaba la silla de montar, buscando algo escondido allí... algo metálico que surgió en su puño, brillando a la luz de la luna, y explotó con una llamarada que atravesó la noche.

Benton, poniéndose en pie tambaleante, se agachó cuando la lluvia de astillas saltó de la barandilla del porche y la bala silbante se estrelló contra el alféizar de la ventana detrás de él.

El caballo de Gray se encabritó, girando sobre el poste, con bocanadas de polvo bajo sus pies danzantes.

Benton levantó el arma y disparó, sabiendo que había fallado.

Maldiciendo, saltó la barandilla del porche y corrió en busca de su propia montura mientras Gray se adentraba en la noche, rumbo al sur, rumbo a las colinas.

V

La luz de la luna convertía las colinas en una tierra de pesadilla de luces y sombras, una tierra moteada casi sobrenatural... un lugar de profundidades repentinas y alturas locas, una tierra retorcida y agitada que había sido congelada hasta la rigidez por una magia que, al parecer, podría volver a desatarla en cualquier momento.

Por delante de Benton, el caballo de Gray cruzó una cresta, se destacó por un instante contra el cielo iluminado por la luna. Luego desapareció de nuevo, precipitándose ladera abajo.

Le estaba alcanzando, se dijo Benton, cada vez más. Se agachó por encima de su poderoso caballo negro y le susurró, y él le oyó y respondió, con sus grandes músculos esforzándose por lanzarse a sí mismo y a su jinete ladera arriba.

El polvo, levantado por el paso de los cascos, dejaba un ligero olor amargo en el aire fresco de la noche.

Otro par de millas, se prometió Benton. Otro par de millas y lo alcanzaré.

El negro coronó la cresta y giró bruscamente en ángulo hacia el sendero que conducía a la negrura de la boca del cañón.

Delante de ellos, a mitad de la pendiente, el caballo de Gray era una sombra que dejaba un rastro de polvo a la luz de la luna. Una sombra que huía ante ellos en las sombras truculentas que se extendían entre las colinas.

Una sombra que de pronto se tambaleó, que fue un molinete de polvo girando colina abajo... un molinete que se convirtió en dos

partes giratorias y luego se quedó quieto. El caballo yacía tendido contra la ladera. Probablemente muerto con el cuello roto, pensó Benton.

Pero el hombre corría... una pequeña sombra furtiva como un conejo que se escabullía por un paisaje pintado.

Con un grito, Benton espoleó al caballo negro fuera del sendero y se precipitó tras la figura que corría en una lluvia de rocas y escollos. Por un momento Gray se detuvo, mirando a su alrededor. Una llama brotó de su mano y el chasquido seco de su arma resonó en la noche.

Benton levantó el arma y volvió a bajarla. No tenía sentido disparar a una figura que se agachaba y huía en la penumbra. No tenía sentido perder el tiempo.

Gray se orientó de nuevo y una vez más el arma ladró un desafío encolerizado. Muy por encima de su cabeza, Benton oyó el zumbido de la bala.

Entonces el hombre estaba justo delante, escabulléndose entre la maleza que cubría la parte baja de la ladera. Benton condujo el caballo directamente hacia él y Gray, al sentir el ruido de los cascos sobre él, gritó y se precipitó lejos, se enganchó el pie y cayó, patinando sobre su hombro a través del suelo limoso.

Benton hizo girar el caballo y saltó de la silla. Golpeó el suelo y resbaló, el terreno se desmoronó y patinó bajo sus botas de montar.

Gray se puso en pie, con las manos medio levantadas.

—No dispaes —gritó.

—No disparéis. He perdido mi pistola.

Benton caminó hacia él.

—Siempre te las arreglas para perder tu pistola —dijo— justo cuando te va a salvar.

El banquero se estremeció y retrocedió por la pendiente. Benton le siguió.

—Vamos a hablar —dijo.

—Tú y yo. Vas a contarme muchas cosas que colgarán a mucha gente.

Gray balbuceó, salvajemente.

—Hablaré. Te lo contaré todo. Te contaré todo sobre...

De repente, un rifle sonó desde algún lugar más allá de la cresta... un sonido agudo y resonante que despertó los ecos en las colinas. Y volvió a oírse, un sonido despiadado que atravesó la noche como un grito de odio.

Benton se puso rígido, sobresaltado por el sonido, sobresaltado por saber que otros hombres estaban cerca.

Un guijarro restalló y una bota se deslizó rápidamente por la arena. Unas pisadas de advertencia sacudieron la columna vertebral de Benton, que apartó su atención de los disparos del rifle y la dirigió hacia el hombre que tenía delante.

Gray estaba cargando, con los hombros encorvados, la cabeza gacha y sus largos brazos extendidos. Subía por la colina con el impulso de unas piernas poderosas que arrancaban dos riachuelos de guijarros del lugar donde descansaban y los lanzaban colina abajo en un torrente traqueteante.

Benton levantó el arma de un golpe, pero los hombros le golpearon las rodillas antes de que pudiera apretar el gatillo y unos brazos de acero le arañaron la cintura, tratando de derribarle mientras el impacto de aquellos hombros le hacía perder el equilibrio.

Su cuerpo se estrelló contra la tierra y su arma salió disparada a través de la luz de la luna, mientras su codo golpeaba una piedra y su brazo se sacudía convulsivamente por el dolor.

Por encima de él, Gray se alzaba imponente en la noche, encorvado como una bestia a punto de saltar, con el rostro retorcido en un silencioso gruñido de rabia. Benton se abalanzó sobre él con el pie, pero cuando le dio la patada, Gray se movió y corrió colina abajo tras el arma que Benton le había arrebatado de las manos.

Benton se levantó de un salto y bajó por la ladera. Gray estaba de rodillas, buscando bajo un arbusto donde se había quedado el arma, murmurando entre dientes, medio babeando por la prisa. Luego se dio la vuelta, con algo brillante en la mano.

Benton se abalanzó en una larga y limpia zambullida que impidió el movimiento del arma, que hizo que Gray se estrellara de nuevo contra el arbusto. El hombre se defendió, luchó en silencio con puños y uñas y rodillas que golpearon a Benton en el estómago y le dejaron sin aliento.

Los dedos de Benton buscaron la segunda pistola que debería llevar en el cinturón y encontraron la funda vacía. La pistola se le había caído en algún sitio, quizá cuando Gray lo había atacado por primera vez más arriba en la ladera.

La otra pistola también había desaparecido. Gray la había soltado con el impacto de la embestida de Benton y yacía en algún lugar bajo los maltrechos y enmarañados arbustos.

La rodilla se levantó de nuevo y se clavó en su estómago con una fuerza despiadada. Con arcadas, Benton se deslizó hacia delante, rodó por encima de la maleza y se arrastró sobre manos y rodillas. La colina y la luna se balanceaban en círculos gigantescos ante sus ojos y sentía una mano gigante dentro de él, desgarrándole las vísceras.

A un lado, una forma destartada se asomó a la luz de la luna y avanzó lentamente. Benton se puso en pie y se quedó esperando, observando el avance de Gray.

El hombre avanzaba despacio y con paso firme, como un asesino seguro de su objetivo, aunque procurando no cometer errores.

Benton aspiró aire con cuidado, sintió que el dolor se evaporaba de su cuerpo, sintió que volvía a tener piernas.

A dos metros de distancia, Gray saltó rápidamente, con el puño derecho en ristre y el izquierdo en alto. Benton se agachó, contraatacó con la derecha y sintió que el puño se hundía en el vientre del banquero. Gray gruñó y soltó la izquierda, que se clavó en las costillas de Benton con un impacto abrasador.

Benton dio un paso atrás, golpeó la barbilla de Gray con una derecha y una izquierda, y recibió un golpe en la mandíbula que le sacudió la cabeza.

Gray se acercaba, se acercaba rápido, con los puños trabajando

como pistones. Benton dio un rápido paso atrás para ganar espacio y sacó el puño derecho disparado desde la punta de la bota. Impactó de lleno en la cara del banquero, sacudiendo el brazo de Benton hasta el codo. Delante de Benton, Gray se doblaba, los puños aún moviéndose débilmente, los pies aún avanzando, pero doblados por las rodillas.

El hombre perdió la fuerza y se desplomó en un amasijo que gemía y arañaba para volver a ponerse en pie.

Benton se apartó y se quedó esperando.

Con dolor, Gray se puso en pie y se quedó mirando a Benton. Tenía la ropa rasgada y rota y un chorro oscuro de sangre le brotaba de la nariz y le corría negra por la boca y la barbilla.

—¿Y bien? —preguntó Benton.

Gray levantó una mano para limpiarse la sangre.

—Ya he tenido suficiente —dijo.

—Habla entonces —dijo Benton.

—Habla claro y rápido.

Gray le contestó entre dientes.

—¿Qué quieres saber?

—Sobre los ranchos. ¿Fue un juego amañado?

Gray sacudió la cabeza.

—Todo legal —protestó.

—Todo fue...

Benton avanzó hacia él y el hombre gimió asustado, levantando las manos para protegerse la cara.

—Muy bien, entonces —dijo Benton.

—Escúpelo.

—Fueron los Watson quienes lo idearon —le dijo Gray. Se detuvo para escupir la sangre de su boca y luego continuó.

—Conocían el mercado del norte y querían tierras y ganado.

—Así que lo arreglaron para arruinarse —dijo Benton.

Gray asintió.

—El banco no quebró realmente. Sólo amañamos los libros, para que hubiera alguna excusa para ejecutar nuestros préstamos.

—¿Entonces qué?

—Eso es todo —dijo Gray.

—Yo ejecuté la hipoteca y la marca Anchor se hizo cargo. Pagué el dinero al banco y me quedé con las tierras.

—¿Y lo testificarás ante el tribunal?

Gray vaciló. Benton le tendió la mano y él retrocedió. Volvió a limpiarse la boca.

—Testificaré —dijo.

De repente, Gray se irguió, con la cabeza inclinada hacia un lado, como un perro al que un sonido desconocido ha despertado de su sueño.

Entonces Benton también lo oyó. El sonido y el traqueteo de los cascos de los caballos, en algún lugar al otro lado de la cresta.

Gray se dio la vuelta y subió tambaleándose por la ladera.

—Socorro —gritó.

—¡Socorro!

Benton saltó tras él, con una rabia desenfadada rebosando en su cabeza.

—¡Socorro! —gritó Gray.

Benton le alcanzó, le agarró por el hombro y tiró de él. La boca del hombre se abría de nuevo, pero Benton la cerró de golpe, con un golpe que sonó como un disparo de pistola. Gray se desplomó tan bruscamente que la caída de su cuerpo le hizo soltar la mano con la que Benton le sujetaba el abrigo.

Esta vez no gimió ni se movió. Yacía acurrucado en el suelo, como un montón de ropa que se agitaba con el viento.

Los cascos al otro lado de la cresta aceleraban y se dirigían a la cima. Frenéticamente, Benton buscó un arma en el suelo. Tres armas, pensó, y ninguna a la vista.

Durante un instante se quedó indeciso y ese instante fue demasiado largo.

Los hombres montados se precipitaban desde la cima de la cresta, siluetas negras contra la luna, y descendían por la ladera. El polvo humeaba en bocanadas plateadas alrededor de los cascos de los caballos y los hombres cabalgaban en silencio.

Benton se lanzó rápidamente, echó a correr, pero los que

estaban en la cima le vieron, hicieron girar sus monturas y se lanzaron sobre él.

Mirando a su alrededor, esperó... y supo que la última esperanza se había esfumado. Gray había gritado al oír los cascos, pero no podía saber que los jinetes eran del rancho Anchor. Sólo se había arriesgado, apostando a que podían serlo.

Y lo eran.

Cuatro hombres, que hicieron girar a sus caballos frente a Benton, los detuvieron y se sentaron a mirarlo, como buitres negros y demacrados posados en un árbol.

Benton, inmóvil, los enumeraba en su mente. Vest, el capataz del Anchor, el indio Joe, Snake McAfee y el viejo Dan Watson en persona.

Watson se rio entre dientes, divertido.

—Sin armas —dijo.

—¿Te lo imaginas? El gran Ned Benton atrapado sin armas.

—¿Le disparo ahora? —preguntó el indio Joe y levantó su pistola.

Watson gruñó.

—Mejor así —dijo.

El indio Joe apuntó con un gesto exagerado de cuidadosa puntería.

—Lo lastimaré solo un poco —dijo Joe.

—Nada de eso —espetó Watson, malhumorado.

—Cuando dispires, dale directamente entre los ojos.

—Así no tiene gracia —se quejó el indio Joe.

Watson se dirigió a Benton.

—¿Tienes algo que decir?

Benton negó con la cabeza.

Si se daba la vuelta y echaba a correr, le pararían con una tormenta de plomo antes de que hubiera recorrido una docena de metros.

En la ladera más arriba se oyó el crujido de una roca y Vest quedó rígido en su silla de montar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Snake se rio de él.

—Nada, Vest. Sólo eres asustadizo. Eso es todo. Listo para disparar a cada sombra.

Lenta y deliberadamente, el indio Joe levantó su arma. Benton lo miró fijamente.

El arma le lanzó una llamarada de rojo furioso a sus ojos y el viento de la bala agitó el pelo de su cabeza.

—¡Fallé, por Dios! —gritó el indio Joe con fingido disgusto.

Watson le gritó furioso.

—¡Ya te he dicho que nada de eso!

El indio Joe era la viva imagen del arrepentimiento.

—Lo haré mejor la próxima vez.

Volvió a apuntar con el arma y Snake le gruñó.

—Tardas demasiado.

—Tengo que darle esta vez —dijo el Indio Joe —o el jefe se enfadará mucho.

—Justo entre los ojos, dijo. Justo entre...

En algún lugar más arriba de la colina, sonó un rifle y el indio Joe se quedó helado, de pie sobre los estribos, con el cuerpo tenso y rígido.

Vest gritó asustado de repente y el caballo del indio Joe se encabritó, arrojando al jinete de su lomo, un jinete que era un saco vacío que daba tumbos en lugar de un cuerpo duro.

Con una maldición, Snake hizo girar a su caballo, alcanzando su arma. El rifle de la colina volvió a hablar y Snake se acurrucó en su silla de montar, aferrándose la garganta y gritando, gritando con un sonido silbante y gorgoteante. Algo negro le brotó de la garganta sobre las manos que la aferraban y se desplomó de la silla cuando el caballo giró bruscamente y se precipitó hacia la boca del cañón.

Benton se lanzó hacia el reluciente revólver, que cayó de la mano de la Snake, y otro disparo resonó desde lo alto de la colina como un martillazo. Un caballo relincho de dolor; A lo lejos se oyó el ruido apresurado de unos cascos.

Levantando el arma, Benton se dio la vuelta. Rugió un seis

tiros y sintió el golpe de la bala cuando le rozó las costillas.

A la luz de la luna, Dan Watson caminaba hacia él, lenta y deliberadamente, con la pistola apuntándole desde la cadera. Detrás de él yacía el caballo que había estado montando, abatido por el rifle en la colina.

A Watson se le había caído el sombrero y la luna le iluminaba la barba. Caminaba como un oso furioso, con los anchos hombros encorvados y las piernas arqueadas contoneándose.

Benton levantó el arma de Snake, medio a tuestas con una empuñadura desconocida. Un arma pesada, pensó, más pesada de lo que jamás había usado. Demasiado pesada, incluso con un efecto de arrastre que haría bajar la punta del revolver.

Watson volvió a disparar. Algo golpeó la oreja de Benton y pasó zumbando, produciendo una especie de soplo en su mejilla.

Con todas sus fuerzas, Benton levantó el cañón y apretó el gatillo. El gran revólver de Snake se sacudió en su mano y luego nuevamente.

Delante de él, Watson dejó de caminar, se quedó parado un momento, como si estuviera sorprendido.

Entonces su mano se soltó, el arma cayó y Watson cayó de bruces.

Desde lo alto de la colina llegaba un fuerte ruido de arbustos, y una cascada de rocas que casi ahogaban el golpeteo de los cascos.

Benton se dio la vuelta, con el arma a medio levantar. Dos jinetes se le echaban encima.

Uno de ellos le apuntó con un rifle y chilló con una voz endemoniada.

—¿A cuántos les hemos dado?

—¡Jingo! —gritó Benton.

—Jingo, viejo...

Entonces vio al segundo jinete y se le secaron las palabras.

Algunas piedras cayeron sobre sus botas mientras Helen Madox tiraba de las riendas y se detenía a dos metros de Benton.

Jingo se quedó mirando los tres cuerpos en la ladera.

—Supongo que esto es todo —dijo.

—Eran cuatro —dijo Benton.
—Vest debe haber escapado.
—Y una mierda que lo hizo —espetó Jingo.
—¿Qué clase de bicho raro es ese de allí?
Señaló y Benton se rio... una risa de puro nerviosismo.
—Ese es Gray —dijo.
—Lo cogí y lo solté todo, testificaré en el juicio.
—Los hombres muertos —dijo Jingo, bruscamente —no valen nada en la corte.
—No está muerto —protestó Benton.
—Sólo más frío que un arenque.
—El joven Watson debe estar por aquí —dijo Jingo.
—¿Qué tal si lo buscamos?
Benton negó con la cabeza.
—Bill Watson está cabalgando y no va a volver.
Jingo le miró con los ojos entrecerrados.
—¿Gal cabalga con él?
—Supongo que sí —dijo Benton.
—Hicimos un buen trabajo con sus vacas —alardeó Jingo.
—Se necesitarán unas buenas seis semanas para volver a unir la manada.
—Tuviste buena ayuda —dijo Benton, mirando a Ellen Madox. Ya no llevaba el vestido que tenía en el pueblo, sino unos vaqueros y un sombrero plano de fieltro que debía de ser de su hermano, pues le quedaba grande.
Jingo resopló.
—Se suponía que no tenía que venir. Se escabulló después de que el resto se hubiera ido y se unió a nosotros.
Escupió con disgusto.
—Su padre se puso más furioso que un avispon cuando se enteró de que estaba con nosotros. Me dijo que la llevara a casa.
Volvió a escupir.
—Siempre hay algo —dijo— que estropea el buen momento de un hombre.
—Te aliviaré de esta carga, Jingo —sonrió Benton.

—Si cuidas de Gray, estaré feliz de llevar a Helen a casa.

FIN

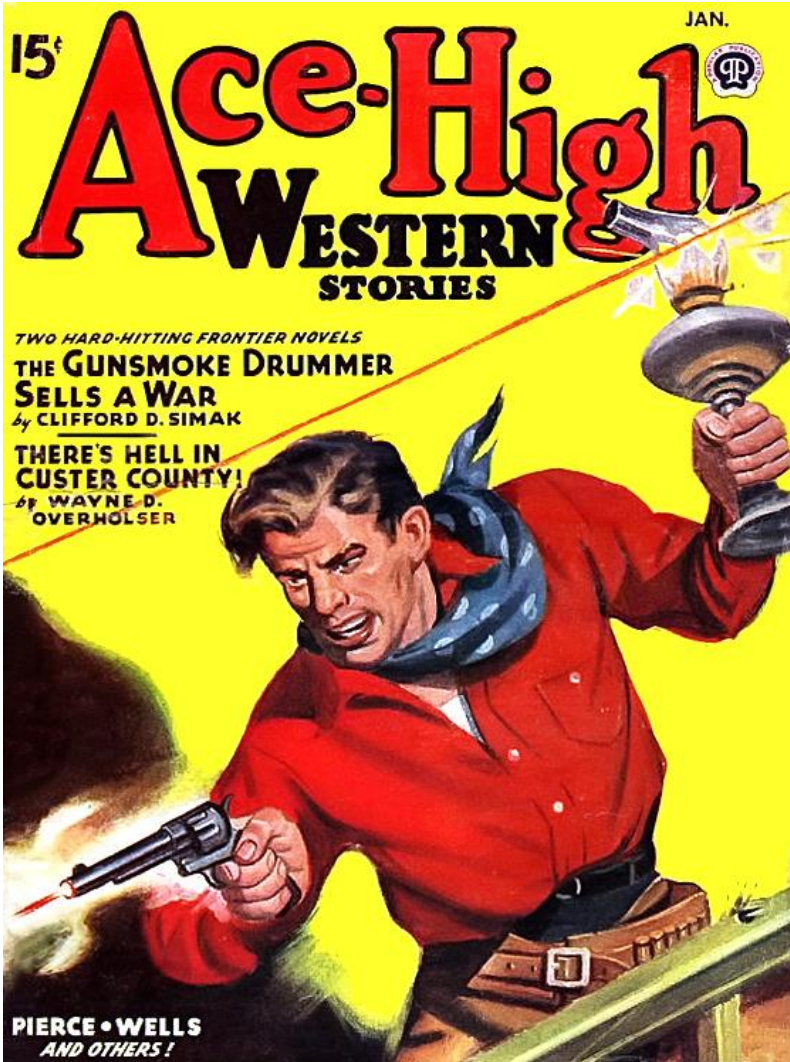
EL BUHONERO DE GUNSMOKE VENDE UNA GUERRA



Si el título de esta historia no parece una creación de Clifford Simak, probablemente se deba a que el título fue creado por alguien de Ace-High Western Stories, a quien Cliff envió la historia, y que la publicó en su número de enero de 1946. Y al editor de la revista (cuyo nombre no aparece en la cabecera) parece que le gustó lo suficiente como para convertirla en la historia principal del número, dándole la máxima prioridad en la portada y la primera posición entre las historias del interior.

De acuerdo con su deseo de incluir en sus Westerns personajes que no fueran vaqueros o indios, Cliff creó a su protagonista como un buhonero, es decir, un vendedor ambulante, una persona que conducía una carreta de pueblo en pueblo, llevando mercancías para vender y realizando algún servicio ocasional, como afilar tijeras. Pero para que la historia existiera, Johnny Harrison tenía que encontrarse en una mala situación, y condujo su carromato para intentar hacerse con el control del condado.

David W. Wixon



The Gunsmoke Drummer Sells a War
Ace-High Western Stories, Enero 1946

CAPÍTULO UNO

Un mensaje mortal

No hubo tiempo para desenfundar el arma. El jinete de la camisa azul y el pañuelo azul atado a la cara simplemente salió de la maleza que ocultaba el sendero y estaba allí, sentado sobre el alazán, con una pistola de seis tiros en la mano.

Johnny Harrison detuvo el tiro y se sentó inmóvil en el asiento de la carreta, mirando fijamente al hombre.

Los arbustos se agitaron y salió otro hombre, un hombre con una camisa roja y un pañuelo azul, montado en un caballo alazán con un tajo en la cara desde la nariz hasta las orejas. Y luego otro crujido y otro hombre, grande y fornido, con abrigo negro y bigotes pelirrojos asomando bajo la máscara.

—¿Ya están todos? —preguntó Harrison.

El arma se movió en la mano del primer hombre, arrojando repentinamente humo y un estampido. Harrison sintió que el sombrero se le escapaba de la cabeza y rodaba por el polvo. Con manos firmes sobre las riendas, luchó para que la asustada cuadrilla se calmara.

—Esto demuestra —le dijo el pistolero —que no estamos bromeando. Así que será mejor que escuches con atención.

—Ese sombrero era nuevo, señor —dijo Harrison.

—Le costará sólo diez dólares.

—Tiene un buen caballo atado detrás de la carreta —dijo el hombre del abrigo negro y los bigotes rojos—. Puede que nos lo llevemos cuando nos larguemos.

El primer hombre gruñó tras la máscara.

—Cállate —gritó.

—Y deja en paz al caballo.

Luego le dijo a Harrison:

—Tenemos un pequeño mensaje que nos gustaría que entregaras.

—Di lo que tengas que decir —dijo Harrison, secamente —y suelta esos diez pavos.

Ahora se sentía mejor, porque sabía que no lo matarían. Los hombres que quieren que uno entregue un mensaje no disparan al mensajero.

—Hay un hombre en la cárcel de Sundown —dijo el hombre —que no tiene por qué estar allí. Ve a ver al alguacil y dile esto: Dile que si no suelta a Jim Westman iremos y nos encargaremos nosotros.

—Pero... —dijo Harrison.

—Lo entenderá —le aseguró el hombre.

—No tendrás que hacer ningún dibujo.

—De acuerdo, se lo diré en cuanto llegue a la ciudad —prometió Harrison.

—Y ahora que nos hemos desahogado, ¿qué tal si hablamos de negocios? ¿Necesitan ollas o sartenes? Tengo...

El jinete del abrigo negro espoleó hacia delante, grande y corpulento sobre su desgredada montura, con la cara roja de una repentina indignación.

—Si te pones en plan gracioso —gritó— te llenaremos las cacerolas de agujeros como si fueran coladores.

—¡Cállate! —gritó el primer hombre, furioso.

—Ningún apestoso vendedor ambulante puede hacerse el gracioso con...

Las palabras del hombre se interrumpieron, tosió y se balanceó bruscamente en su silla de montar. Desde la árida cima de la colina, que se alzaba como la cabeza de un hombre calvo por encima de la ladera cubierta de maleza, llegó el rugido de un rifle de alta potencia.

El primer hombre hizo girar su caballo con brusquedad y levantó su pistola de seis tiros en un arco centelleante. Desde la cresta, el rifle rugió y un bólide pasó silbando por encima de los hombres agrupados en el sendero y se estrelló contra la maleza.

De pie, Harrison luchó con una mano con la yunta que se encabritaba y con la otra buscó uno de sus revólveres. Una 45 fue disparada junto a la carreta y, por el rabillo del ojo, Harrison vio cómo la bala levantaba una estela de nubes de polvo al deslizarse

por la cima de la colina.

El rifle escupió como un gato furioso y el caballo del hombre que había resultado herido se desbocó, el jinete de pelo negro se dobló en la silla como si un puño con garras le estuviera desgarrando las entrañas. Rebotó como un saco de avena tambaleante mientras el caballo se internaba entre la maleza y se precipitaba ladera abajo.

El hombre de la camisa azul le siguió. El hombre de la camisa roja ya se había ido. Cuando Harrison sacó su arma, el sendero estaba vacío. Tranquilizó al tiro enloquecido, se paró y escuchó el estrépito de la maleza en la ladera.

Volviéndose hacia la cresta, vio a dos jinetes que bajaban hacia él. Uno era alto y flaco como un espantapájaros y cabalgaba sin sombrero. El otro era ancho y sólido en la silla de montar y llevaba un sombrero que compensaba el que el otro no llevaba.

—¡Mamá! —Gritó Harrison—. ¡Ma Elden!

Ma Elden le respondió—. ¿Estás bien, Johnny?

—Tienen mi sombrero —gritó Harrison.

Bajó del carro y los esperó, levantando el sombrero, tratando de quitarse la suciedad con una manga torpe, mirando con pesar el agujero irregular que atravesaba la copa.

—Diez pavos —se dijo a sí mismo.

—Diez dólares enteros.

Los caballos llegaron al sendero y Ma Elden se bajó de la silla de montar, caminó pesadamente hacia adelante, buscando en el bolsillo de su camisa los utensilios para liar un cigarrillo.

—¿Qué querían? —preguntó.

—Querían que le dijera al alguacil Haynes que soltara a alguien.

Ma asintió.

—Jim Westman. Un granuja sin escrúpulos. Disparó en el pueblo la otra noche. Mató a Jack Collins.

—¿Lo mató?

—Apuesta tus botas —dijo Ma.

—Collins no era muy bueno y probablemente quería que lo mataran, pero a Sundown le gusta impartir su propia justicia. No les gusta que vengan forasteros y lo hagan por ellos.

Echó tabaco en un papel y le dio forma.

Harrison se dirigió al hombre flaco que seguía sentado en su caballo.

—Hola, Hatless.

Joe Sin Sombrero rió suavemente, con los bigotes leonados ondulándose.

—Le he hecho cosquillas a ese gordinflón, ¿verdad?

—Si vive —dijo Harrison— será un milagro.

Ma lamió el cigarrillo con destreza.

—Ladrones de caballos —dijo.

—Ladrones de caballos, tan seguro como que nací. El condado está infestado de ellos.

Harrison volvió al hombre de la cárcel—. ¿Cómo es posible —preguntó— que si este Westman mató a un hombre no esté en la cárcel del condado en Rattlesnake?

Ma resopló.

—Porque lo soltarían, por eso. Pondrían al juez de los nervios y llenarían el jurado con sus amigos. Eso si el sheriff no se olvidaba y lo soltaba antes de que llegara a juicio. Westman trabajó para Dunham en el Bar X durante un tiempo, luego se fue a Rattlesnake y desde entonces vive sin medios de subsistencia visibles, si no te fijas demasiado.

—Tal como están las cosas —dijo Hatless— pensamos hacerle un juicio justo, luego sacarlo y colgarlo.

Ma chasqueó una cerilla con la uña del pulgar y encendió el cigarro.

—¿Westman es uno de los ladrones de caballos de los que hablaste? —preguntó Harrison.

—Podría ser —le dijo Ma.

—No lo sé con certeza, por supuesto. Pero tiene todas las características. La banda tiene su escondite en algún lugar de las tierras baldías cerca de Rattlesnake. Han estado limpiando el condado.

—Lo más nuevo en robos —explicó Hatless.

—Levantar vacas ya está pasado de moda. Los caballos se mueven más rápido y ofrecen mejores precios.

Harrison asintió con gravedad.

—He oído hablar de ello. Parece que casi todo el mundo ha perdido algún caballo. Pero la gente está tan agitada con este asunto de la división del condado que no se oye hablar de otra cosa que no sea eso.

—Ya es hora de que nos deshagamos de esa panda del juzgado de Rattlesnake —dijo Ma, secamente.

—Son una banda de asesinos. Yo he estado trabajando muy duro para crear un nuevo condado, para que podamos tener un gobierno decente. El problema es que la gente parece tener miedo de Dunham. Él y el Bar X están en contra de este asunto de los dos condados. Dice que hasta ahora nos hemos llevado bien, así que qué sentido tiene cambiar.

Hatless soltó una carcajada.

—Nos llevamos bien como quiere Dunham. Él con el rancho más grande de todo el maldito territorio y trayendo un lote de hombres que no necesita en cada época de elecciones sólo para que puedan votar.

Ma se acercó a la parte trasera de la carreta.

—Veo que tienes un caballo nuevo.

—Lo compré el otro día —le dijo Harrison—. Era un poco caro, pero una vez que le puse los ojos encima...

—Sí, lo sé —dijo Ma. Lo miró de cerca—. ¿Cuándo dejarás esto de ser vendedor ambulante y tendrás tu propio negocio?

—Muy pronto —le dijo Harrison.

—Pensé que tal vez lo haría enseguida y luego....

—Y entonces viste este caballo.

Harrison sonrió.

—Le llamo Satanás. Buen nombre para él, ¿no crees? Negro como la noche. El mejor caballo que he visto.

—He oído que el almacén de Smith en Sundown está en venta —dijo Ma.

—Barato, además. Jake está pensando en mudarse más al oeste. Tiene comezón en el pie.

—Ahora no tengo dinero. Dentro de un año o así.

—Puede que te preste algo —dijo Ma.

Hatless se rió.

—Ella haría casi cualquier cosa...

Ma se enfureció con él.

—Cierra el pico, viejo buitre. ¿No tengo suficientes problemas como para que te metas en todo lo que digo?

Harrison se puso el sombrero estropeado en la cabeza y cogió las riendas.

—Gracias por ayudarme —dijo.

—Estábamos buscando unas vacas cuando oímos el disparo —dijo Hatless.

—Pensé que sería mejor ver lo que estaba pasando.

—Vendrás al rancho a cenar el domingo, ¿verdad? —preguntó mamá.

—Claro —dijo Harrison.

—Siempre lo hago cuando estoy cerca.

—Carolyn estará en casa —le dijo Ma.

—Vuelve a casa esta noche.

—Ha venido desde St. Louis —dijo Hatless.

—Se ha ido a una escuela. Muy elegante...

—Él lo sabe tan bien como tú —espetó Ma.

Le dijo a Harrison:

—Sing Lee tendrá un poco de ese brebaje preparado como a ti te gusta. Eso si él está sobrio.

—Ahora es él quien lo prepara —dijo Hatless.

—Es mejor que cuarenta barricas de cerveza. Sólo hay que atarlo antes para que no se lo tome todo.

Harrison subió a la carreta.

—Nos vemos el domingo —dijo.

Dio un chasquido a los caballos y la carreta se puso en marcha, con la lona ondeando al viento, un leve traqueteo de cacerolas procedente de la parte trasera y una única rueda seca chirriando en señal de protesta.

A dos millas de Sundown alcanzó al hombre que caminaba por el sendero y conducía un caballo.

Harrison detuvo el aparejo.

—¿Qué ocurre, Doc?

Doc Falconer esbozó una sonrisa ladeada.

—No sabes cuánto me alegro de verte.

Subió al asiento junto a Harrison, dejó su botiquín en el suelo

y sujetó las riendas de su caballo.

—¿Habéis discutido tú y el caballo? —preguntó Harrison.

—El caballo se quedó cojo —explicó Doc.

—Y no tuve valor para montarlo. Tómatelo con calma. No quiero ponérselo más difícil de lo necesario.

—¿Alguien enfermo?

Doc sacudió la cabeza.

—He estado en mi mina de oro, Johnny.

—¿De verdad tienes una mina de oro, Doc?

Los ojos de Doc Falconer se apretaron, haciendo pequeñas arrugas de humor seco en sus esquinas.

—No, pero la gente cree que sí. Creen que tengo mucho más dinero del que realmente tengo. Nadie podría ganar tanto dinero sólo ejerciendo de médico.

Entrecerró los ojos a lo largo del polvoriento sendero.

—La gente debería saber lo poco que tengo por la forma en que me pagan —declaró.

El seco clop-clop de los cascos de los caballos sonaba como débiles y apagadas explosiones en el polvo. Un insecto cantó estridentemente en el aire mustio del atardecer. Las flores otoñales cabeceaban junto al sendero.

—¿Cuándo dejarás esta vida errante y te establecerás? —preguntó Doc.

—Algún día —dijo Harrison bajando los ojos.

—Carolyn es una chica estupenda —dijo Doc.

—Vuelve a casa esta noche —le dijo Harrison.

—Lo sabía —dijo Doc.

—Imaginé que vendrías.

Tararé por lo bajo.

—Me pregunto si harías algo por mí, Johnny.

—Claro que sí —dijo Harrison.

—Es decir, si puedo.

—Sólo hay alguien por aquí que podría hacerlo —le dijo Doc.

—El único que sabe lo suficiente como para mantener la boca cerrada—. Me pregunto —dijo Doc— si guardarías una carta por mí y olvidarías que la has visto.

—Claro —aceptó Harrison.

—Puede que vaya y te la pida —dijo Doc— y puede que no. Si no vuelvo en cinco días o así, me la envías por correo.

—Parece que piensas que te va a pasar algo —dijo Harrison.

—Puede que algo pase —le dijo Doc.

—Sueles acampar en el manantial que hay debajo del pueblo, ¿verdad? —preguntó Doc.

Harrison asintió.

—Bajaré allí y caminaré el resto del camino—, dijo Doc.

—Gracias por traerme.

—Sobre esa carta...

—Te la daré por la mañana.

En el manantial, Harrison permaneció largo rato junto a la carreta, observando cómo Doc y el caballo continuaban su lento camino por la senda hacia el pueblo.

Harrison sacudió la cabeza.

—Qué extraño es esto —se dijo a sí mismo.

A la gente de Sundown no le gustaba Doc Falconer... sobre todo porque no entendían ni apreciaban su humor seco que le formaba arrugas en los extremos de sus ojos.

Y esa historia de la mina de oro. Para el propio Doc no era más que otra broma, para muchos de los ciudadanos de Sundown era la pura verdad... y es que Doc salía a cabalgar y se ausentaba durante varios días, para luego volver y pagar las facturas que se habían ido acumulando en los almacenes durante semanas.

Harrison volvió a negar con la cabeza. No era asunto suyo... ni las minas de oro ni las cartas de Doc.

Se apresuró a acampar, dar de beber a los caballos y les quitó los arneses, pasando un momento extra con Satanás, que relinchaba y le mordisqueaba juguetonamente el hombro.

—Buen caballo —dijo Harrison y le dio una palmadita extra, luego se apresuró por el sendero hacia el pueblo.

El alguacil Albert Haynes estaba recostado en una silla detrás de su escritorio, hurgándose con un cuchillo una astilla en el dedo.

—Hola, Johnny —dijo—. ¿Alguien ha robado unas cacerolas?

—No —dijo Harrison.

—Tengo un mensaje para ti.

—Dispara —invitó el marshal.

—Unos caballeros me pararon en el camino con armas. Me dijeron que te comunicara que si no soltabas a Jim Westman vendrían y se encargarían ellos mismos.

El alguacil se incorporó en su silla y clavó el cuchillo en el escritorio.

—Lo hicieron, ¿verdad?

Miró a Harrison.

—Vuelve y diles a esos hombres que se vayan al infierno. No voy a soltar a ningún asesino.

—No les voy a decir nada —dijo Harrison.

—No me lo pidieron. Me han dicho lo que tenía que decirte y tú has dicho que no y se acabó.

Haynes se encorvó hacia delante.

—No estoy tan seguro de que eso sea el final —gruñó.

—No me parece bien que vengas y me cuentes todas esas tonterías de que te han retenido para darte un recado para mí. No tiene buena pinta...

—¿Por qué, tú...? —incluso mientras hablaba, Harrison avanzó, un paso rápido que le hizo sobresalir por encima del escritorio. Una poderosa mano salió disparada, agarró al marshal por el hombro y lo puso en pie. La otra mano, doblada en forma de martillo, se movió mientras el alguacil, con el rostro retorcido por el miedo y la rabia, buscaba desesperadamente las culatas de las armas.

El puño golpeó con un sonido hueco, un ruido sordo que casi resonó en la habitación. El dolor atravesó la muñeca de Harrison con la fuerza del golpe y sintió que Haynes se aflojaba dentro de su agarre. Abrió la mano y el hombre se deslizó detrás del escritorio hasta perderse de vista.

Harrison giró sobre sus talones y salió a la calle.

Había anochecido y las primeras lámparas de la noche se encendían en los negocios que se extendían a lo largo de la calle. Dos caballos estaban parados en la barra de enganche frente al Silver Dollar. Harrison los miró al pasar, sus ojos apenas los recorrieron y luego se detuvo sorprendido. Ambos bayos, uno con una raya blanca en el hocico.

Se detuvo y miró a los caballos. Era posible, pero no probable. No era probable que otros dos hombres montaran un alazán y un alazán bayo.

Se dio la vuelta rápidamente, pero el porche de la taberna estaba vacío. Desde el interior llegaba el murmullo de las voces y el tintineo de los vasos en la barra.

Por un momento, Harrison se quedó indeciso y luego se encogió de hombros.

—No es asunto mío —se dijo.

—Me voy antes de que esa banda empiece a coser la ciudad con sus cuarenta y cinco.

Caminó rápidamente por la acera. El olor a jamón y huevos de un restaurante apresuró su paso; recordaba la hoguera que había que encender y la cena que había que cocinar.

Había luz en el despacho de Doc Falconer, encima del banco, y dentro de su almacén Jake Smith apoyaba los codos en el mostrador y hablaba con un rancharo que venía a comprar provisiones para un mes. Buen negocio, pensó Harrison. Y mamá dijo que se podía conseguir barato. Sólo que en vez de eso compré un caballo.

Y golpeé al alguacil, dijo su mente acusadora. Vaya manera de empezar un negocio en un pueblo.

Los caballos relincharon amigablemente cuando se acercó al carromato.

—Hola, amigos —les dijo—. ¿Cómo va todo?

Se abalanzaron sobre él, mordisqueando la hierba.

Pero algo iba mal, algo que tardó un largo minuto en comprender. Entonces lo supo.

Sólo había dos caballos, del equipo.

Satán se había ido.

Con el corazón palpitante, se dirigió hacia el lugar donde había colocado la estaca del negro.

Tal vez tiró de la clavija y se marchó. Tal vez...

Pero la clavija estaba allí, firmemente clavada en el suelo, con la cuerda colgando de ella. Recogió la cuerda y la estiró, pasando los dedos exploradores por el extremo libre.

¡Un corte! ¡Cortada con un cuchillo!

Habían robado a Satán.

CAPÍTULO DOS

Un negocio de armas desde la base

El alazán y el bayo pálido ya no estaban en el punto de enganche frente al Silver Dollar, pero había cierto alboroto calle arriba, frente al hotel Eagle.

Por un momento Harrison vaciló, tratando de decidir si entrar en la taberna y preguntar por los hombres o apresurarse calle arriba con la esperanza de encontrar algún rastro de ellos. Recordó que Ben, el camarero, era un hombre hosco y probablemente no le diría nada.

Después de todo, se dijo a sí mismo, de pie bajo la luz que entraba por la sucia ventana de la taberna, no tenía pruebas de que los dos hombres se hubieran llevado a Satanás, ni siquiera de que fueran los que le habían atracado aquella tarde. Sólo había visto los caballos... y otros hombres podían montar caballos exactamente iguales.

Lentamente, Harrison se alejó de la taberna y comenzó a subir la calle.

—¡Johnny!

Se dio la vuelta. Ma Elden había salido de la multitud frente al hotel y lo saludaba. Y de repente recordó... recordó una cosa que se había alejado de su mente. Carolyn vendría esta noche... subiría al escenario.

Se dio la vuelta, caminó lentamente hacia la multitud frente al hotel. Ma salió corriendo a su encuentro. Vio que estaba disgustada... disgustada y un poco enfadada.

—Johnny, te estaba esperando. Y la diligencia se retrasa. ¿Qué crees que ha pasado?

—Tuvo algún problema, tal vez —dijo Harrison.

—Se rompió una rueda o algo así.

Pero incluso mientras lo decía, sabía que la explicación era débil. Jack Carter, que conducía la diligencia, se enorgullecía del

tiempo que hacía. Y la carretera era buena.

—Sólo sé...

—Escucha —soltó Harrison.

Desde la calle de arriba llegaba el débil sonido de cascos golpeando y ruedas traqueteando.

—Es él —gritó alguien—. ¡Es Carter y la diligencia!

Ma sonrió feliz.

—Tal vez no pasó nada malo, después de todo. Tal vez es sólo...

Sus palabras se cortaron y se llevó una mano a la boca. La diligencia había doblado la esquina y bajaba por la calle, a no más de una manzana de distancia, con los caballos a la carrera, la diligencia balanceándose ebria, las largas riendas arrastrándose en el polvo, enroscándose y enlazándose como serpientes detrás de los asustados caballos.

Un hombre estaba desplomado sobre el alto salpicadero, donde se había encajado al caer del asiento. Su cabeza rodaba sin fuerza bajo la débil luz de las tiendas y sus brazos colgantes oscilaban como péndulos con el vaivén del carruaje.

Harrison saltó hacia delante con un grito y alargó la mano para sujetar la brida de uno de los líderes. El ímpetu del animal le hizo perder el equilibrio y uno de sus cascos le rozó la pierna.

Alguien se había lanzado a por las riendas, las había cogido, y los caballos frenaban en seco. Harrison se echó a un lado, oyó el estruendo de las ruedas y corrió a su lado cuando la diligencia se detuvo.

De un salto, se subió a la rueda delantera, trepó hasta el asiento, se agachó y levantó la figura desplomada que colgaba del salpicadero. El hombre fue un peso muerto en sus brazos cuando tiró de él y la cabeza ladeada se echó hacia atrás para mostrar la mueca de dolor y los ojos mirando fijamente a la muerte.

Lentamente, Harrison lo recostó y se enderezó. Tenía la mano mojada y la manga de la camisa manchada de la sangre pegajosa que había fijado la camisa del muerto contra su espalda.

Harrison miró los rostros blancos que lo observaban.

—Es Carter —les dijo—. Le dispararon.

El grito de Ma se cortó por encima del murmullo de la multitud.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Carolyn?

Harrison saltó del asiento del escenario y empujó hacia la puerta abierta. Un hombre asustado con un chaleco floreado se encogió en la diligencia.

Ma le gritó con voz histérica—. ¿Dónde está? ¿Dónde está la chica...?

—Se la han llevado —le gritó el hombre.

—Deben de haberlo hecho. Ellos...

—¿No lo sabes? —gritó Ma.

Joe Sin Sombrero se asomó junto a la figura en cuclillas y furiosa de Ma.

—Cálmate —dijo— y deja que el caballero diga algo.

Le dijo al hombre:

—Tómate tu tiempo, espabila y cuéntanoslo todo.

El hombre levantó una mano temblorosa y tiró de su cuello de camisa.

—Nos asaltaron justo a este lado del río, donde la carretera empieza a subir la cuesta.

—¿Ellos? —gritó Ma—. ¿Quiénes eran?

—No lo sabe —dijo Hatless.

—Es un forastero en estas tierras.

—Nos detuvieron —continuó el hombre —y nos dijeron que nos bajáramos. Sólo íbamos la chica y yo aquí detrás y el conductor delante. Dejaron que el conductor se quedara en el asiento, pero nos hicieron bajar a la chica y a mí. Estaba anocheciendo y no podía verlos bien, pero eran varios, cuatro o cinco, diría yo, y llevaban máscaras y pistolas.

—Uno de ellos empezó a acercarse a la chica e hizo un movimiento como si fuera a rodearla con el brazo y ella se apartó y le abofeteó. Le golpeó en la cara y él insultó. El conductor se levantó del asiento y empezó a bajar de un salto. Como si fuera a bajar a enredarse con el tipo al que la chica había golpeado. Pero no había hecho más que ponerse en pie cuando alguien le disparó. Uno de los tipos que seguía sentado en su caballo fue el que lo hizo.

Ma le gritó.

—Y tú te quedaste parado...

Hatless le gritó—. Cállate y deja que este caballero siga con su historia.

El hombre tiró de su cuello con dedos temblorosos.

—Cuando dispararon al conductor, los caballos se desbocaron. Supongo que se pusieron en marcha en cuanto sintieron que los cabos se aflojaban. Me di la vuelta y salté hacia la puerta abierta de la diligencia y lo hice...

Levantó las manos y las dejó caer.

—Supongo que eso es todo —dijo.

—Eso es todo lo que pasó.

Ma se acercó a él amenazadoramente.

—Debería despellejarte vivo —le gritó.

—Un hombre tan grande y huyes...

Hatless extendió una mano y la empujó hacia atrás.

—Déjale en paz —le dijo.

—Estaba asustado y no pensó.

—Supongo que no lo hice —dijo el hombre.

—Secuestrada —gritó Ma.

—Eso es lo que ha pasado. Mi hijita secuestrada.

Un hombre de hombros pesados se abrió paso entre la multitud.

—Quizá no sea eso, Sra. Elden —dijo.

—Tal vez no se la llevaron. Puede que esté por ahí, en el sendero.

Harrison vio que el hombre de hombros pesados era Dunham, del Bar X.

—Bueno, entonces, ¿por qué no sales a ver? —gritó Ma—. ¿Qué haces ahí parado?

Dunham se puso rígido.

—Lo haremos, señora, tan pronto como pueda reunir a los muchachos.

—¡Estando parados! —chilló Ma—. ¡Dando vueltas! Eso es todo lo que estáis haciendo, cada uno de vosotros... ¡sólo dar vueltas!

La multitud retrocedió ante su beligerancia y empezó a dispersarse.

Por primera vez Ma vio a Harrison entre la multitud. Se acercó

a él, extendió una mano y lo agarró por el brazo.

—Vas a hacer algo, ¿verdad, Johnny? Vas a hacer algo para que vuelva...

Harrison vio el débil brillo de las lágrimas en los ojos duros como piedras. Frío por dentro, asintió.

—Claro que sí, Ma. Claro que sí.

Ma le gritó.

—Pues vete. ¿O tampoco eres un hombre? Se paran aquí, dando vueltas...

Harrison sacudió la cabeza.

—Mira, Ma, se me acaba de ocurrir algo. No voy a montar en un caballo y salir ahí fuera en una búsqueda inútil. Los demás pueden hacerlo tan bien como yo. Y no serviría de nada. Tienen toda la creación para buscar y ni idea de dónde buscar.

—A menos que esté por ahí, sentada junto al camino, esperando a que alguien se acerque —dijo Hatless, esperanzado.

—No hay muchas posibilidades —declaró Harrison.

—Probablemente Ma tiene razón cuando piensa que se trata de un secuestro. Y tengo un plan.

—Espero que funcione —dijo Ma, ácidamente, su mismo tono dando a entender que algunos otros planes de Harrison no habían funcionado en absoluto.

—Tiene que funcionar —dijo Harrison sombríamente.

—Si no, soy carne de buitre.

Dio un paso adelante, la tomó por los hombros, la estrechó y la besó en la mejilla.

—Bueno, yo nunca... —jadeó Ma Elden. Levantó una mano nudosa y curtida y se frotó la mejilla curtida.

Harrison dio media vuelta y se alejó dando la vuelta en dirección a la calle.

Al doblar la esquina, se encontró cara a cara con el alguacil Haynes. Los dos hombres se detuvieron en seco, a no más de dos metros de distancia, mirándose fijamente.

Las manos del alguacil se movieron con rapidez, dirigiéndose a la culata de su pistola. Harrison sabía que sus propias manos se movían, buscando su cinturón, pero era casi como si sus manos fueran las de otra persona, actuando independientemente, casi

como por instinto.

El acero rozó el cuero y sus manos colocaron las dos pistolas en posición.

Con las pistolas a medio desenfundar, Haynes se quedó inmóvil, mirando fijamente los cañones que le apuntaban.

—Yo no lo haría, Marshal —dijo Harrison, en voz baja.

—Yo las volvería a poner en su sitio.

Haynes tragó saliva, con la nuez de Adán subiendo y bajando en su garganta de toro. Sus manos se aflojaron y las pistolas se deslizaron hacia abajo.

—Lento —dijo Harrison, y la socarronería se coló en su voz incluso cuando trató de mantenerla alejada.

—Demasiado lento para ser un agente de la ley.

Durante un largo minuto los dos hombres permanecieron uno frente al otro.

—Algún día —dijo Haynes.

—Algún día...

Sacó la lengua y se lamió los labios resecos.

Harrison asintió despreocupadamente.

—Sí, Haynes, algún día, tal vez. Pero ahora no. Tengo trabajo que hacer. Apártate de mi camino.

Hizo un gesto con la mano derecha y el alguacil se apartó rápidamente.

Harrison cruzó la calle y saltó a la acera. Cuando llegó al Silver Dollar ya estaba corriendo. Detrás de él oyó los gritos de los hombres que formaban la partida, oyó la voz chillona de Ma Elden que se elevaba por encima de los gritos y el golpeteo de los cascos.

Para cuando hubo enganchado su equipo y conducido la carreta a la pradera que se extendía detrás del pueblo, Sundown estaba tranquilo. Sentado en el asiento de la carreta y escuchando, no oía ningún ruido. Al parecer, el pelotón se había marchado. Los edificios del pueblo, achaparrados y robustos, parecían cajas de cerillas esparcidas por la calle.

Desenganchó a los caballos, los ató a una rueda de la carreta, buscó un martillo en la carreta y se dirigió a la hilera de edificios oscuros y silenciosos.

Detrás de la estructura que servía de cárcel y oficina del sheriff, se agazapó en la oscuridad, con los oídos aguzados en busca de sonidos que no se oían. La ciudad estaba en un silencio sepulcral. Sabía que todos los hombres que podían cabalgar estaban recorriendo el camino que había tomado la diligencia en busca de Carolyn.

Se arrastró a lo largo del edificio y se detuvo bajo la ventana tapiada con pesados tablones.

—¡Westman! —susurró en voz baja.

Se hizo el silencio.

Agazapado contra el edificio, Harrison sintió el primer escalofrío de aprensión y duda en su mente. Tal vez estaba equivocado... tal vez.

Pero de algún modo todo encajaba. Los hombres que le habían detenido en el camino, el atraco a la diligencia, Dunham al frente de la partida, la desaparición de Carolyn, Westman aquí en la cárcel cuando debería estar en la cárcel de Rattlesnake.

—¡Westman! —volvió a llamar.

Se oyó un leve ruido de agitación en el interior y el ruido sordo de unos pies que cruzaban el suelo en dirección a la ventana.

Una voz cautelosa surgió de la oscuridad.

—¿Eres tú, Spike?

—Spike no —dijo Harrison.

—Soy Johnny Harrison.

Vio débilmente la cara del hombre, una mancha blanca en la oscuridad detrás del entarimado.

—¡Harrison! —La voz del hombre siseó a través de la noche.

—Dime, tú eres el hombre...

—Sí, soy yo —dijo Harrison.

—Será mejor que te mantengas alejado de ese perro de la ley —advirtió Westman.

—Está deseando arrancarte las tripas.

—Tuvo la oportunidad de hacerlo hace un rato —dijo Harrison— y no lo hizo.

—¿Qué quieres? —preguntó Westman.

—Nada —dijo Harrison.

—Pensé que quizá te gustaría salir de aquí.

Westman rió suavemente, pero no contestó.

—Tengo un martillo —le dijo Harrison.

—Creo que puedo quitar algunas tablas de aquí.

—¿Qué pasa? ¿Te envía Spike?

—Nadie me envió —le dijo Harrison.

—Es todo idea mía. Necesito un lugar para esconderme. Pensé que tú podrías guiarme hasta él.

—Así que es eso —dijo Westman.

Harrison esperó, con los oídos atentos a cualquier sonido en la calle. No se oyó ninguno.

—Muy bien —dijo finalmente Westman.

—Empieza a arrancar las tablas.

Harrison levantó el martillo, pasó las garras por debajo del borde del tablón inferior y apretó. Los clavos chirriaron débilmente, protestando. Harrison tiró salvajemente, presionando contra el mango del martillo. El tablón se soltó y unas manos del interior lo empujaron para despejar la ventana.

—Un momento —dijo Harrison.

—Quiaré otro.

—No te molestes —jadeó Westman—. Esto ya está lo suficientemente grande para mí.

Sus manos se agarraron al alféizar de la ventana y su cabeza y hombros salieron por ella, empujando, forcejeando. Harrison soltó el martillo y tendió una mano para ayudar.

En el suelo, Westman se pasó las manos por el cuerpo.

—Algo desollado —dijo— pero nada grave. ¿Tienes caballos?

—Caballos y carreta. Tendrás que montar en eso.

Westman hizo un gesto de disgusto.

—Podríamos coger un par.

Harrison negó con la cabeza.

—No podemos arriesgarnos. Estarás más seguro en la carreta que en una silla de montar. A nadie se le ocurriría buscarte allí.

De vuelta a la carreta, Westman ayudó a enganchar los caballos y se subió al asiento. Harrison cogió las riendas—. ¿Hacia dónde? —preguntó.

—En dirección a Rattlesnake —le dijo Westman, y en su voz había una aspereza que no había existido antes.

Harrison cloqueó y el carro se puso en marcha. La rueda seca chirrió.

Westman maldijo.

—¿No puedes hacer algo con esa rueda?

—Probablemente podría —admitió Harrison— pero nunca llegué a hacerlo. Siéntate y tómatelo con calma. No va a pasar nada.

Se dirigió hacia el norte, atravesando la pradera en dirección al sendero que llevaba a Rattlesnake. Salió una luna pálida, una hoz en el cielo jugando al escondite con las nubes. El viento agitaba la hierba alta y seca y desde algún barranco boscoso un búho se lamentaba. Media hora más tarde abordaron el camino.

Westman se agitó inquieto, con los ojos fijos en el tenue horizonte nocturno.

—Será mejor que compartas tus armas conmigo —sugirió.

—Las armas se quedan conmigo —le dijo Harrison, tajante.

Westman se encolerizó—. ¡Qué demonios! yo...

—Sólo me la juego —dijo Harrison con calma.

—Tú y yo hicimos un trato y yo me encargaré de que cumplas tu parte.

El sendero se adentraba en terreno irregular, el camino llano daba paso a pendientes pronunciadas y curvas cerradas. Las colinas salpicadas de pinares formaban un rompecabezas.

Westman se inquietó.

—He oído algo.

—Solo es tu imaginación —espetó Harrison.

—Como un caballo.

En algún lugar de la oscuridad, un casco herrado golpeó una piedra con un ruido sordo. Westman giró rápidamente en el asiento, con la mano agarrando la pistola derecha de Harrison.

—¡Eh! —gritó Harrison, pero el hombre ya se había puesto en pie con la pistola en la mano. Con un rápido movimiento se alejó del vagón de un salto. En la oscuridad se oyó un ruido seco y luego el crujido de unos arbustos.

Una voz bramó:

—¡Arriba las manos! —Harrison detuvo la carreta y levantó lentamente las manos, tratando de distinguir la figura sombría del

hombre y el caballo junto al sendero.

El alguacil Haynes estaba sentado en el caballo, una figura maciza de hombros cuadrados, con los dientes brillando entre la barba y la luz de la luna iluminando el revólver que empuñaba.

—Suerte que tuve que volver —dijo.

—Suerte que a nadie se le ocurrió llevar un farol.

Otro caballo se movió en la oscuridad, llegó junto al del alguacil.

La voz de Ben, el cantinero, habló:

—¿Están los dos aquí, marshal?

El marshal rugió a Harrison—. ¿Qué has hecho con Westman?

Harrison fingió sorpresa—. ¿Westman? Debe de estar loco, sheriff. No conozco a ningún Westman.

—Le ayudaste a fugarse de la cárcel —gruñó el marshal.

—Como no le dejé salir cuando me amenazaste, volviste y le dejaste salir. Ben, que está aquí, oyó esa chirriante rueda tuya cuando Westman y tú os marchasteis.

—No pensé nada al respecto en ese momento —dijo Ben.

—Pero cuando Al entró en casa gritando que Westman se había ido, me acordé.

—¿Qué hiciste con él? —rugió el alguacil—. ¿Dónde lo tienes escondido?

Su brazo armado se alzó de repente y el arma lanzó una llamarada. La cubierta de lona del carro se sacudió y una cacerola sonó con el impacto de la bala. El arma volvió a rugir una y otra vez.

El alguacil gritó.

—Tú, Westman, sal de ahí. No sirve de nada esconderse. Si no...

—Ah, diablos —dijo Ben.

—No está ahí. Llévemonos a Johnny y colguémoslo.

—Seguro que te costará mucho dinero disparar tan imprudentemente —le dijo Harrison a Haynes.

—Te diré cuánto es en cuanto calcule los daños.

La voz del marshal estaba helada de rabia.

—Listillo, ¿eh? Te arreglaré para que no me pases factura.

En el cerebro de Harrison sonaron campanas de alarma...

campanas activadas por la intención asesina que recorría la voz del marshal. Se levantó del asiento y se llevó la mano a la culata izquierda. Pero sabía que no lo conseguiría. En Sundown, el marshal había tenido ventaja y aún así le había ganado en el desenfunde, pero no se puede vencer a un hombre que ya tiene el puño alrededor de un revólver.

Una seis tiros rugió, lanzando una puñalada anaranjada a través de la oscuridad y el marshal gritó de dolor y rabia cuando el arma voló de su mano.

Desde la oscuridad, la voz de Westman dijo:

—La próxima vez será en la cabeza en vez de en el brazo.

Harrison sacó su pistola y la blandió hacia el cantinero, que se quedó inmóvil y levantó lentamente los brazos.

—Caballeros —ordenó Harrison— bajen de los caballos. Vamos a cambiar el tiro y el carro por ellos.

—Y tira el arma —le dijo Harrison a Ben.

—Agáchate con cuidado y déjala caer. Si haces un movimiento brusco, te disparo.

Cuidadosamente los dos bajaron de los caballos, subieron al asiento del carro bajo la amenaza del arma de Westman. Harrison cogió el caballo del tabernero y se subió a la silla.

Al alguacil le castañeteaban los dientes de miedo y rabia.

—Me las pagarás por esto —gruñó.

—Me las pagaréis los dos.

—Da la vuelta a la carreta —espetó Westman— y lárgate de aquí.

Con torpeza, el alguacil dio la vuelta al carro, gritando a los caballos. El carromato se dirigió a toda velocidad hacia Sundown.

Harrison permaneció largo rato sentado en su silla de montar, mirando fijamente en la dirección que había tomado la carreta. Harrison se puso rígido. El arma de Westman estaba desenfundada, apoyada en la silla de montar, apuntándole directamente al medio. Y a la pálida luz de la luna, el rostro del hombre se torcía en algo que podría haber sido una sonrisa, pero que probablemente no lo era.

—Esto —dijo Westman con naturalidad— es lo más lejos que llegaremos juntos.

Durante un segundo Harrison se quedó mudo, mirando fijamente la brillante boca del arma. Luego levantó la cabeza y se agitó ligeramente en la silla de montar.

—Así que te echas atrás —respondió.

—Me metes en un lío y te echas atrás.

—Y tú me tomaste por tonto —gruñó Westman.

—Querías que te llevara a algún sitio y pensaste que lo haría si me sacabas de la cárcel.

Exclamó con violencia.

—Joder, no necesitaba tu ayuda para salir de allí. Si no hubieras aparecido, los chicos habrían llegado en un día o dos y habrían levantado el lugar de raíz para dejarme libre rápidamente.

Hizo un gesto brusco con el cañón del revólver.

—Tírate al suelo, cuerno de hojalata. Y no intentes seguirme.

Harrison hizo girar lentamente su caballo. Sabía que era inútil discutir. No tenía sentido hacer nada. Había apostado y había perdido.

—Estaré vigilando —advirtió Westman— y si intentas seguirme, te meteré una bala... justo entre ceja y ceja.

El caballo avanzó lentamente por el camino... de vuelta a Sundown.

Pero Harrison sabía que no podía ir allí. No podía ir a ninguna parte.

—Maldito imbécil —se dijo a sí mismo.

Se dio la vuelta en la silla y Westman seguía sentado con su caballo en medio del camino, una vaga mancha a la débil luz de la luna.

Podría sacar mi pistola y dispararle, se dijo Harrison. Podría...

Pero se dio cuenta de que no ganaría nada en un tiroteo con Westman. Esa no era la manera de salir del atolladero... y menudo atolladero, pensó. Ayudar a escapar a un acusado de asesinato, resistirse a un alguacil, robar un caballo....

—Me colgarán, seguro —dijo.

Se encogió de hombros y miró hacia delante en la silla, meciéndose con el lento andar del caballo, con la cabeza inclinada hacia delante, pensando. Tenía que haber una manera de llevar a cabo lo que había empezado a hacer. Tenía que haber un modo de

averiguar adónde se habían llevado a Carolyn, de averiguar por qué se la habían llevado. ¿Y Satanás? También estaba Satanás. El mejor caballo que había tenido.

Entonces, de repente, lo entendió. Doc podría ayudarlo. Doc lo entendería. Doc, con su legendaria mina de oro, con su cabalgar y volver con dinero, Doc con su frío humor irónico y las patas de gallo en los ángulos de los ojos, podría ser el amigo que necesitaba. Aún quedaban horas de oscuridad. Era el momento de comprobarlo.

Doc podría saber algo.... Doc podría ayudarle.

CAPÍTULO TRES

Trapper Bill desaparece

Apretándose contra la pared del banco, Harrison permaneció inmóvil en el estrecho callejón entre el banco y la tienda de Smith, atento a cualquier señal de vida en la calle. Detrás del banco, el caballo que le había quitado al tabernero lanzaba suaves relinchos y daba patadas en el suelo.

—Maldito caballo —pensó Harrison.

—Despertará a alguien.

Pero la calle estaba aparentemente despejada. Sobre ella y a lo largo de toda ella se extendía el silencio antinatural y sin aliento que se produce en las oscuras horas que preceden al amanecer.

Una vez seguro, Harrison salió del callejón y se metió por la puerta que conducía a la oficina y vivienda del doctor Falconer.

La luz se filtraba por debajo de la puerta de la sala de espera de Doc y Harrison vaciló, con un repentino miedo atenazándole la garganta.

—Por supuesto, puede que tenga una lámpara —se dijo a sí mismo.

—Podría dejar una encendida, así que si alguien la necesitara...

Se acercó con cuidado a la puerta de la sala de espera, alargó la mano y giró el pomo.

Doc estaba desplomado sobre el escritorio en el que ardía la

lámpara, desplomado no como un hombre dormido, sino con el cuerpo torcido.

—¡Doc! —susurró Harrison con voz ronca.

La empuñadura de un cuchillo sobresalía de la espalda de Doc, justo entre los omóplatos, un poco abajo y a la izquierda. La alfombra de trapo barato estaba abultada bajo sus pies, como si hubiera intentado levantarse y luego se hubiera caído.

Harrison cruzó la habitación y se detuvo junto al escritorio, con las manos colgando a los lados. Doc estaba muerto. No cabía duda. El único hombre que podría haberle contado algunos hechos que él necesitaba saber... él debía saberlo.

Asesinado de un navajazo en la espalda mientras escribía en el escritorio. Los ojos de Harrison contemplaron el lápiz y las hojas esparcidas. Harrison se puso rígido, recordando aquella tarde. Las palabras de Doc volvieron a él:

Me pregunto si guardaría una carta para mí y olvidaría haberla visto.

Una carta que dijo que tal vez volvería a buscar, pero que si no lo hacía Harrison debía enviar por correo. Tal vez... tal vez esta misma carta.

Harrison se agachó rápidamente para examinar el escritorio y alargó la mano para revolver los papeles. Pero no había ninguna carta. Las hojas estaban en blanco y limpias, sin trazos de tinta.

Harrison se quedó sin aliento. Aquí estaba la carta... o al menos un duplicado de la carta que Doc había estado escribiendo. El lápiz había sido duro y el papel delgado y las líneas estaban escritas aquí, una vez que la luz captó bien el papel, tan legibles como lo habían sido en la hoja en la que habían sido escritas.

Se inclinó más hacia la hoja, ajustándola para que la luz resaltara las líneas, y leyó:

U.S. Marshal,

Omaha

Estimado señor:

Sin duda habrá recibido quejas sobre el robo de caballos en este territorio. A través de una diligente observación, no sin peligro para mi persona, he averiguado que la banda está

utilizando Grizzly Valley como cuartel general. Pocas personas conocen la ubicación exacta de este valle y, aunque espero estar aquí para guiarle a usted y a su grupo cuando lleguen, si no fuera así, le aconsejo que se ponga en contacto con Trapper Bill, que tiene una cabaña...

El crujido de una tabla hizo que Harrison se diera la vuelta y echara mano a su pistola.

En la puerta estaba el hombre del chaleco floreado que había llegado con la diligencia. Tenía los labios contraídos en una mueca feroz y un diente de oro brillaba tenuemente a la luz de la lámpara. Su mano, que salía del bolsillo interior del abrigo, sostenía una pistola pequeña.

El arma gruñó bruscamente, como un perro pequeño y ladrador. La bala le pasó rozando su cabeza y se estrelló contra la ventana.

Harrison levantó su propia pistola y apretó el gatillo con violencia, demasiado deprisa para disparar con precisión.

La pequeña pistola en la mano del hombre del diente de oro volvió a gruñir, pero su pequeño ruido quedó ahogado por el estruendo de la 45 en el puño de Harrison. Algo se sacudió en el hombro izquierdo de Harrison, un golpe punzante que le hizo tambalearse sobre los talones mientras observaba cómo el hombre que tenía delante se desplomaba contra la puerta.

El hombre golpeó la jamba de la puerta y rebotó hacia delante, desfalleciente mientras rebotaba. La pistola se le escapó de los dedos, patinó y se deslizó como una rueda azul por el suelo iluminado por la luz de las lámparas. El hombre cayó de rodillas, permaneció inmóvil un instante, luego se inclinó hacia delante, cayó sobre un codo y se dio la vuelta, boca arriba, con la mandíbula flácida y abierta y los ojos en blanco.

Lentamente, con movimientos sigilosos, Harrison retrocedió hacia la ventana. Sus ojos pasaron del muerto de la puerta al muerto del escritorio y por primera vez vio el suave brillo de la cadena que colgaba de los dedos de Doc. Inclinandose rápidamente, la examinó... una cadena como de un reloj de oro, con sus frágiles eslabones rotos en ambos extremos.

Y mientras la miraba, supo por qué había regresado el hombre de la puerta... supo de quién era la mano que había empuñado el cuchillo que Doc tenía clavado en la espalda.

Rápidamente, cruzó la habitación, se inclinó sobre el muerto, vio los dos extremos de la cadena rota que colgaban de los bolsillos del chaleco floreado. Una cadena que Doc, levantándose en el momento antes de que la muerte lo abatiera, había agarrado y roto mientras el hombre del cuchillo se alejaba de su víctima.

Calle abajo, una puerta se abrió de golpe. Las botas golpearon los escalones. Harrison giró sobre sí mismo, corrió hacia la ventana destrozada por la bala del hombre del diente de oro y se lanzó a través de ella, protegiéndose la cara con los brazos cruzados. Aterrizó en el tejado y rodó. Se precipitó al suelo y se puso en pie. Delante de él, el caballo atado resopló y se encabritó. De un tirón, Harrison soltó las riendas del poste y saltó a la silla.

Desde la ventana de la que acababa de salir, un arma disparó en la noche. El caballo giraba sobre sus patas traseras bailando, con las delanteras extendidas. Harrison gritó y el animal salió corriendo con una sacudida. El arma volvió a sonar y Harrison oyó el silbido de la bala al pasar por encima de su cabeza.

Desde la calle se oyeron débiles gritos. Harrison se agachó sobre el cuello del caballo, con el golpeteo de los cascos en la cabeza. El viento fresco olía a hierba que se había secado al sol. La luna en forma de hoz colgaba baja sobre el horizonte del oeste.

Por primera vez, Harrison fue consciente de la rigidez de su hombro izquierdo y, cuando levantó una mano, descubrió que la camisa estaba empapada. Al mover el brazo, supo que no tenía ningún hueso roto. La bala del desconocido no había hecho más que magullarle, desgarrando los músculos.

Al mover el brazo, algo crujió en el bolsillo de la camisa. Al sacarlo, vio que era un fajo de papel arrugado. El duplicado de la carta que Doc había empezado, la carta al marshal allá en Omaha.

Me pregunto si me guardarías una carta....

Harrison arrugó la frente, pensativo. No había duda de que ésta era la carta que Doc había querido que guardara. Pero, ¿por qué guardarla? Si Doc hubiera querido avisar al alguacil, podría haber enviado la carta él mismo. Así de sencillo. Pero había dicho que

tal vez volvería a recogerla. ¿Significaba eso que en determinadas circunstancias no habría enviado la carta?

Harrison negó con la cabeza. Alisó con cuidado la hoja de papel, la dobló y volvió a guardársela en el bolsillo.

El hombre del chaleco floreado y el brillante diente de oro había matado a Doc para conseguir aquella carta. La había conseguido, de hecho, y luego había vuelto a por la cadena rota del reloj, sabiendo que sería una prueba que podría condenarle. Demasiado nervioso para cogerla la primera vez y volver a por ella. O tal vez no se dio cuenta de que estaba rota hasta que se marchó.

El hombre había llegado en la diligencia y en las horas siguientes había clavado su cuchillo en la espalda de Doc y robado la carta. Eso debía de significar que el hombre había venido a Sundown para hacer eso mismo... y si tal había sido el caso, debía de saber que Doc tenía intención de escribir la carta. Harrison frunció el ceño. Pero eso era imposible, se dijo. Doc no era de andar hablando. No le contaba a nadie sus asuntos y tal vez ésa era parte de la razón por la que no le caía bien a nadie.

El hombre del diente de oro había venido en la diligencia para matar a Doc y mientras él estaba en la diligencia alguien había secuestrado a Carolyn Elden. Quizá el chaleco de fantasía también había tenido algo que ver con el secuestro. Tal vez las cosas no habían sucedido tal como él las contaba. Podía haber contado cualquier historia que quisiera, pues no había nadie que pudiera contradecirle. Carolyn había sido secuestrada y el conductor de la diligencia estaba muerto.

Todo estaba relacionado... El secuestro de Carolyn, la muerte del médico, la carta robada, Westman en prisión, Dunham liderando el grupo de búsqueda... En realidad, Dunham rara vez venía a Sundown, le gustaba más Rattlesnake, y los muchachos del rancho Bar X no venían aquí a menudo. Coincidencia graciosa: Dunham llegó a la ciudad el mismo día que llegó la diligencia robada...

Harrison se llevó la mano al bolsillo de la camisa y la carta se arrugó al tocarla. Grizzly Valley, decía la carta, y añadía que poca gente conocía su ubicación exacta. Harrison volvió a tocar la carta.

El valle Grizzly, uno de esos lugares de los que oyes hablar de vez en cuando, pero donde nadie ha estado nunca. Pero Trapper Bill lo sabría, Trapper Bill, en su cabaña en el extremo sur de las tierras inhóspitas.

El caballo había aminorado la marcha y Harrison lo instó a que aumentara la velocidad.

—Arre —dijo— vamos a ver a Trapper Bill.

El sol llevaba tres horas en el cielo cuando el caballo y el jinete descendieron cautelosamente por el tortuoso sendero que conducía a la cañada donde la cabaña de Trapper Bill se acurrucaba bajo el acantilado de tierra arcillosa de color variado.

El humo salía perezosamente de la chimenea de la cabaña y Trapper Bill se apoyaba en la puerta, observando a Harrison. Dos decrépitos sabuesos aparecieron bramando y escoltaron al jinete hasta el interior.

Trapper Bill se sacó la pipa de entre los bigotes y escupió sobre el bloque de cortar leña.

—Hola, joven amigo —dijo—. ¿Dónde dejaste tu carreta?

—En el pueblo —le dijo Harrison.

Trapper Bill lo miró especulativamente—. ¿Ha habido jaleo?

—Una pequeña discusión —explicó Harrison.

—Un hombre me ha disparado.

—Tú respondiste, supongo.

Harrison bajó de la silla, rígido. El caballo estaba con la cabeza inclinada y los flancos agitados.

—Cabalgando un poco rápido —dijo Trapper.

Harrison asintió.

—Le caí mal al sheriff.

Trapper resopló.

—Ese alguacil no es muy sensato. Probablemente el tipo necesitaría que le pegaran un tiro para convertirlo en un cristiano.

Harrison se apoyó en el otro lado de la puerta, sacó papel y una bolsa de tabaco y empezó a liar un cigarrillo.

—Dime, Trapper. ¿Sabes cómo llegar al valle Grizzly?

Trapper se sacó la pipa de entre los bigotes.

—¿Piensas ir allí?

Harrison asintió.

—No estás en tus cabales —le dijo Trapper.
—Hace diez años o más que no voy. No hay por qué ir.
—Tengo que encontrarme allí con un tipo —explicó Harrison.
Trapper meneó la cabeza.
—Curioso lugar eliges para reunirte. Pero si estás decidido a ir allí...

Se acuclilló en el suelo y trazó con el dedo en el polvo.
—Sigue recto hacia el norte hasta que llegues a Cow Canyon...
Su voz seguía murmurando, mientras su dedo trazaba el mapa.
—¿Crees que lo tienes bien claro? —preguntó.
Harrison asintió. Trapper alisó la tierra con la palma de la mano.

—Pareces agotado —dijo.
—No duermo desde ayer por la mañana —le dijo Harrison.
—Mejor entra y échate una siesta mientras te preparo un café.
Harrison sacudió la cabeza.
—Hay que seguir adelante.
—Diablos —dijo Trapper— ese alguacil no te encontrará aquí.
Irás directo a Rattlesnake. Seguro supondrá que te fuiste para allá.
—Este alguacil no —dijo Harrison.
—A este alguacil no lo atraparían muerto ni a diez millas de Rattlesnake.

Trapper dio una calada a su pipa.
—Oí que los de Rattlesnake y Sundown estaban muy enfadados por un asunto.
—La división del condado —dijo Harrison.
—No lo sé —dijo Trapper.
—Yo no me muevo mucho. Sólo de vez en cuando voy a la plantación de Elden. Sing Lee me da jugo de pantera. Ahora hace el suyo. Preparó un alambique con una vieja caldera. Pensé que me envenenaría, pero aún no me ha hecho daño.
—Hatless Joe me habló de él —dijo Harrison.
—Pero aseguró que Sing Lee lo bebe todo solo.
—Un chino muy listo —dijo Trapper.
—Ahora está leyendo. Intentó que yo también lo hiciera, pero no tengo paciencia para eso. Es una forma tonta de pasar el tiempo.

—Aunque a veces es útil.

—Puede que sí —convino Trapper— pero me las he arreglado sin libros ni nada durante sesenta años y creo que podré aguantar otros veinte.

Miró a Harrison con los ojos entrecerrados.

—Pareces agotado. Nunca llegarás a Grizzly en la forma en que estás. Será mejor que entres y te eches una siestecita. Te despertaré dentro de una hora.

Harrison se sintió flaquear. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo cansado que estaba, cansado y dolorido por el esfuerzo. Y el hombro donde le había alcanzado la bala le dolía mucho.

—Sólo una hora más o menos —dijo finalmente.

—Prométeme que me despertarás. No puedo perder mucho tiempo.

—Te lo juro —prometió Trapper— y espero que descanses. Algo de sueño y carne de oso en tu barriga y estarás bien para otro día. Yo cuidaré de tu animal.

Harrison entró por la puerta, rodeó la desvencijada mesa y se sentó en el camastro. El lugar estaba sucio, lleno de olor a comida mal cocinada, a ropa transpirada y grasienta. Pero apenas se dio cuenta.

Sus ojos se cerraron en cuanto su cabeza tocó la almohada de arpillera. Dentro de un rato, dijo un pensamiento nebuloso, estaré de nuevo en camino. Valle Grizzly. Carolyn. Quizá también Satán.

Se despertó con un sobresalto y se incorporó de golpe, con la sensación de que algo había salido mal.

Por un momento luchó por recordar dónde estaba y luego se dio cuenta de golpe.

—¡Trapper! —gritó, poniéndose en pie.

No obtuvo respuesta. Un silencio sofocante y veraniego se cernía sobre la cabaña. En algún lugar zumbaba una mosca, pero no se oía ningún otro sonido.

Fuera, a la luz del sol, el silencio se mantenía. El sol estaba alto... y eso, supo de repente, era lo que estaba mal. El sol era un sol matinal cuando se había ido a dormir y ahora era más de mediodía. De pie, con las piernas abiertas, mirando al sol, se llevó

la mano al bolsillo de la camisa, buscando el papel que debería haber estado allí. Pero no había nada, nada en absoluto.

Permaneció un momento de pie, estupefacto.

Trapper Bill le había abandonado, le había robado la hoja de papel que llevaba en el bolsillo y le había abandonado. Pero, ¿hacia dónde? Un caballo relinchó y Harrison se dio la vuelta, echando mano a su pistola.

Luego se relajó. El caballo no tenía jinete, trotaba hacia él y lo reconoció como el que le había quitado al camarero y montado hasta allí.

—Buen caballo —dijo.

—Buen caballo.

Avanzó rápidamente. Iba a marchar, se dijo, tan rápido como el caballo pudiera.

CAPÍTULO CUATRO

Johnny detiene al jefe

El hombre del sombrero gris salió de detrás de una roca y empuñó el rifle.

—¿Adónde diablos crees que vas? —preguntó.

Harrison se detuvo y se sentó sin fuerzas en la silla de montar.

—Podría haberte disparado —dijo el hombre —cuando venías por el sendero y estuve a punto de hacerlo. Sólo mi bondad natural me lo impidió.

—He venido a ver al jefe —dijo Harrison.

—No va a ver a nadie —dijo el hombre.

—Se enfadaría mucho más si supiera que no te disparé. Me dijo que lo hiciera. “Si alguien se acerca por el sendero”, dijo.

—Recibí un mensaje del doctor Falconer —dijo Harrison.

El hombre se quedó boquiabierto.

—Pero, el Doc...

Luego cerró la boca y levantó el rifle.

Unos cascos resonaron en la ladera opuesta y el hombre, con el arma casi al hombro, vaciló.

Un jinete dobló una curva por debajo de la pared de rocas y refrenó su caballo.

—Hola, Westman —dijo Harrison.

Westman detuvo su caballo, mirando fijamente a Harrison, y luego se dirigió a Spike.

—Baja el arma —dijo.

—Podrías haber matado al hombre.

Spike murmuró débilmente.

—Pero el jefe dijo que disparáramos a cualquiera que viniera...

—Sí, claro, dijo eso. Pero no sabía que Harrison iba a venir.

—¿Conoces a este sujeto? —preguntó Spike, asombrado.

—¡Conocerlo! Es el hombre que me sacó de la cárcel.

Spike sonrió.

—Bueno, en ese caso, quizá sea diferente. Dice que trae noticias del Doc. Pero yo creía que Doc...

Westman le gritó ferozmente:

—¡Cállate!

—Si te refieres a que creías que Doc estaba muerto —le dijo Harrison a Spike—, tienes razón. Llegué allí justo después de que lo mataran y conseguí la carta que estaba escribiendo.

—Pero ese hombre, el jefe...

—Si el hombre era el caballero con las margaritas en el chaleco, yo lo maté.

Miró riendo a los dos, Spike con el rifle colgando en la mano, Westman tieso y recto sobre el caballo.

—Así que, si estás pensando en arreglarlo para que me pase algo —dijo Harrison—, será mejor que lo dejes. No puedes permitirte matarme.

Westman hizo girar su caballo y dijo bruscamente:

—Vamos. Será mejor que veas al jefe.

—Para eso —declaró Harrison— es para lo que he venido.

Cabalgaron con cuidado por el sendero rocoso y delante de ellos Harrison vio la verde extensión de un valle oculto.

—Al jefe no le va a gustar esto —dijo Westman.

—Para empezar, está muy enfadado. Enfadado conmigo por haber salido de la cárcel. Supongo que pensaba usarme como cebo. Quería que me quedara allí para tener una excusa para

mandar al infierno al pueblo.

—¿Qué te parece? —preguntó Harrison.

Westman vaciló, como si estuviera debatiendo su respuesta.

—A decir verdad, Harrison, no lo sé. Mi mujer, Marie, está a tu favor. Dice que al jefe no le importa lo que me pase. Cree que si me hubieran matado en la fuga que el jefe estaba tramando le habría encantado.

—Parece que tú y el jefe no os lleváis bien.

—Hemos tenido nuestras discusiones —dijo Westman escuetamente.

El sendero llegó al valle y se inclinó a través de su verdor, en dirección al grupo de edificios apiñados bajo la pared occidental de una imponente escarpa. Atravesaron un vado del río.

Frente a una de las residencias más grandes, Westman se enganchó al palo de enganche. Dos hombres sentados en los escalones de la entrada se levantaron y se recostaron contra la barandilla del porche, observando cómo Westman y Harrison desmontaban.

—¿Está el jefe? —preguntó Westman.

Uno de los hombres señaló la puerta con el pulgar y no dijo nada. El otro se dedicó a enrollar un cigarrillo. Harrison miró rápidamente y con detenimiento al hombre que había movido el pulgar. Había algo inquietantemente familiar en aquel hombre, más en su porte que en su rostro.

—Vamos —dijo Westman.

Harrison le siguió al interior de la casa. En la puerta de una pequeña habitación amueblada como despacho se detuvo inmóvil, mirando fijamente al hombre con los pies apoyados en el escritorio.

Dunham. Dunham, del Bar X.

El gran ranchero se sacó un puro de la boca, escupió a una escupidera y falló.

—No pongas esa cara de asombro, Johnny —dijo—. ¿A quién esperabas encontrar?

Harrison avanzó un paso. Ahora lo entendía.

—Así que por eso no quieres la división del condado.

Dunham agitó su cigarro, aireadamente.

—Déjame decirte algo, Johnny. Tampoco se va a dividir. Yo, me llevo fenomenal tal y como están las cosas. Los chicos de Rattlesnake entienden la situación, pero esa maldita banda de Sundown me estaría tocando las narices todo el tiempo... todo el tiempo.

—No tiene nada de extraño que la panda de Rattlesnake te comprenda —dijo Harrison, alegremente.

—Prácticamente los eliges a dedo.

Dunham se rió de buena gana.

—Ninguno de esos malditos Sundowners sospecha de mí, al menos no en voz alta. Excepto tal vez Ma Elden y ella no dijo ni pío al respecto. Supongo que pensó que no estaba lo bastante segura. Y ahora la tengo donde quiero. Lo tengo arreglado para que no emita ni un susurro.

—Carolyn —dijo Harrison, en voz baja.

Dunham volvió a meterse el puro en la boca y miró a su alrededor.

—Te das cuenta rápido de las cosas —dijo.

—Cuando mamá reciba la nota que la chica va a enviarle, saldrá y trabajará contra la división del condado. Dará un giro tan rápido que se mareará—. Se rió al pensarlo—. ¡Imagina a Ma Elden alineándose con Rattlesnake!

—Inteligente —dijo Harrison.

—Inteligente jugador, Dunham. Incluso te uniste a la partida que salió a buscar a Carolyn.

—Claro —le dijo Dunham.

—Pienso en todo.

—Y preparaste a uno de tus buitres para que matara a Doc. ¿O contrataste a alguien para que hiciera el truco?

—Alguien que contraté —dijo Dunham, con calma —pero jugué sobre seguro. Ni siquiera sabe quién le contrató.

—Espero que aún no le hayas pagado —dijo Harrison— porque seguro que ha hecho una chapuza.

Dunham se quedó boquiabierto y el puro cayó al escritorio. Sus pies bajaron del escritorio con un fuerte golpe.

—¡Qué dices! —rugió.

—El caballero de las margaritas mató a Doc —dijo Harrison—

pero yo me entrometí. Le clavé un trozo de plomo a tu asesino y conseguí la carta que Doc estaba escribiendo.

Con un gesto de rabia, Dunham apartó el cigarro encendido del escritorio. Tenía la cara totalmente enrojecida.

—¿Qué carta? —gritó.

Harrison rió en voz baja.

—Creía que lo sabías —dijo.

—La de Omaha. Al comisario de allí. Doc debió de insinuarte que iba a escribirla.

La mano de Dunham se movió rápidamente bajo el escritorio y sacó una pesada pistola de seis tiros que apuntó al estómago de Harrison.

—Aprieta el gatillo —dijo Harrison— y tendrás la soga al cuello—. Doc había avanzado bastante en esa carta. Había puesto algunos nombres.

—¿Dónde está? —preguntó Dunham, con frialdad.

—Entrégamela.

—Se la dejé a un amigo mío —dijo Harrison— y le pedí que la enviara por correo si no iba a recogerla. Le dije que si no volvía mañana por la mañana lo enviara a Omaha.

Dunham gruñó.

—Podría quitártela, piojoso vagabundo. Podría...

—No puedes hacer nada —dijo Harrison en voz baja.

—Te tengo entre la espada y la pared y lo sabes. Mátame y la carta irá a Omaha. Si esperas demasiado para decidirte, irá a Omaha. Así que mejor guarda la pistola y hablemos de negocios.

El revólver en el puño de Dunham se aflojó.

—¿Qué quieres, Harrison?

—¿Por cuánto te atracó Doc?

Dunham dudó.

—Diez mil —dijo finalmente —y era demasiado. Si hubiera pedido cuatro o cinco...

—Te va a costar más que eso —le dijo Harrison, tajante.

Dunham golpeó el escritorio con el puño.

—No lo pagaré —gritó.

—Yo...

—Te costará una mujer y un caballo —dijo Harrison.

—Una mujer y un...

—Carolyn Elden y el caballo negro que uno de tus hombres me robó.

Dunham parecía aliviado. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ahora, Johnny, está bien. Consígueme la carta y luego tú y la chica salid en el caballo y no le digáis a nadie dónde habéis estado.

Se lamió los labios, como un gato que acaba de sorber un plato de nata.

—Ningún problema, ya ves. Hacemos el trato y todo va bien.

Harrison negó con la cabeza.

—Y tendrías hombres a lo largo del sendero para atacarnos antes de que hubiéramos avanzado una milla.

Dunham levantó las manos horrorizado—. ¡Nunca! Siempre mantengo mi palabra. Nunca les dispararía...

Unas botas resonaron en el porche y la puerta se abrió con un chirrido. Harrison giró sobre sus talones, apoyado contra la pared. Las botas atravesaron la habitación exterior y el hombre entró por la puerta.

Al verle, la mano de Harrison se deslizó rápidamente hacia su pistola.

—Hola, comisario —dijo Dunham con suavidad.

—No le haga caso a Johnny. Está un poco nervioso.

El marshal Albert Haynes se quedó rígido, mirando la pistola en la mano de Harrison.

—Arriba las manos —dijo Harrison.

—A todos. Tú también, Westman.

Dirigió una rápida mirada a Dunham, que seguía sentado en la silla, pero con los codos apoyados en el escritorio y las manos rígidamente levantadas en el aire.

—Así que tú también lo contrataste —dijo Harrison.

Dunham gruñó.

—Lo compré. Sundown no paga mucho a su sheriff.

Sin dejar de mirar a Harrison, Haynes habló por la comisura de los labios.

—Tengo una carta para ti, Dunham. La saqué del bolsillo del hombre que enviaste a matar a Falconer.

Dunham rió pesadamente.

—Te has marcado un buen farol, Johnny —dijo— pero supongo que ya se te ha terminado.

CAPÍTULO CINCO

Puños contra tres pistolas

El cerebro de Harrison daba vueltas, pero la mano de su pistola se mantenía firme y su rostro era adusto. Dunham tenía razón. Su farol se había quedado en nada y estaba solo. Un momento antes Dunham no se habría atrevido a levantar un arma contra él, pero ahora era presa fácil de cualquier bala que pudiera cruzarse en su camino.

—Quietos —les dijo.

—Cualquiera que se mueva recibirá un balazo en las tripas.

Dunham se rió de él.

—Mejor piensa rápido, Johnny. No puedes quedarte ahí todo el día. El siguiente movimiento depende de ti.

Y eso, Harrison lo sabía, era la amarga verdad. Lentamente, con cautela, se dirigió hacia la puerta y se deslizó por ella. Extendió la mano y tomó el picaporte.

—Buena suerte, Johnny —dijo Dunham, y el hombre se reía de él... se reía porque sabía que Johnny no podría lograrlo, sabía que moriría en cuanto saliese a la calle.

—Te meteré esa risa por la garganta —dijo Harrison—. ¡A balazos!

Dio un paso atrás y cerrando la puerta tras de sí, corrió por la habitación, dirigiéndose a las escaleras que llevaban al piso superior. A mitad de camino, se dio la vuelta para cubrirse las espaldas, pero no había nadie. La puerta de la oficina seguía cerrada, pero alguien gritaba por una ventana a alguien en la calle.

—¡Que no salga! Vigila todas las puertas y ventanas.

Atrapado, se dijo Harrison. Atrapado en esta casa, sin posibilidad de ganar.

Una voz suave le llegó desde arriba.

—¡Johnny! ¡Johnny Harrison!

Se giró, con un grito surgiendo en su garganta.

—¡Carolyn!

Ella estaba allí, en lo alto de las escaleras, más hermosa de lo que él la recordaba. Llevaba un vestido que hacía juego con sus ojos y el pelo recogido de una forma que él nunca había visto... amontonado en lo alto de la cabeza en lugar de trenzado en coletas. Mitad colegiala del este... mitad hija de Ma Elden, tal como él la recordaba.

—Sabía que me encontrarías, Johnny —dijo ella, y su voz era suave.

—Sabía que vendrías.

—¡Atrás! —advirtió Harrison—. ¡Ocúltate lejos de mí!

Subió las escaleras hacia ella y la arrastró fuera de la línea de la habitación de abajo.

—¿Problemas, Johnny?

Harrison medio gimió.

—Hasta las cejas —dijo.

—Creí que los había engañado, pero no funcionó.

Se oyeron gritos fuera de la casa, el sonido de pies corriendo, hombres llamándose unos a otros, el golpeteo de cascos.

—¿Estás aquí solo?

Asintió cabizbajo y preguntó:

—¿Y tú?

—Marie estaba conmigo, pero salió y me dejó un momento.

—¿Marie?

—La mujer de Jim Westman. Ha estado conmigo todo el tiempo. Quieren que le escriba una nota a mamá, diciéndole que tiene que trabajar contra la división del condado si alguna vez quiere volver a verme.

—Y tú no la escribirías.

Ella negó con la cabeza, obstinada.

Él la estrechó con fuerza.

—Buena chica —dijo.

Desde la habitación de abajo les gritó una voz.

—Será mejor que bajes, Johnny. Tenemos toda la casa cubierta.

Harrison empuñó el revólver con fuerza y miró a la chica.

—Vete al infierno —dijo Harrison.

—Si me quieres, ven a buscarme.

—Buen chico —dijo Carolyn, con una sonrisa.

En la habitación de abajo sonó un disparo y una bala se estrelló contra la pared de enfrente de la escalera. Harrison esperó. El revólver volvió a rugir y saltaron astillas de los paneles de la pared.

Silencio... un silencio profundo y mortal. Entonces, de repente, algo se oyó fuera, un ruido de deslizamiento y chirriante.

Carolyn jadeó.

—Una escalera. Alguien está colocando una escalera en una de las ventanas.

Harrison se volvió hacia la habitación de donde había venido el ruido y luego dio media vuelta. La negra derrota se agolpó en su cerebro. Me han vencido, se dijo. Aplastado hasta el suelo. Encerrado sin poder moverse. Si abandonaba la escalera para llegar hasta los hombres de la escalera, la banda de abajo cargaría contra él y si esperaba aquí, los hombres de la escalera lo atraparían.

Silencio otra vez... y luego el silencio fue roto por un crujido constante, la protesta de la escalera ante el peso de un hombre sobre ella... un hombre que subía rápidamente.

—Carolyn —dijo Harrison, roncamente.

—Carolyn, yo...

Sus palabras fueron ahogadas por un grito humano, una nota aguda de dolor y terror. Y a través del grito llegó el lejano sonido de un rifle de alta potencia. El rifle volvió a escupir, un sonido furioso que se diluyó con la distancia... y luego otra vez. Otro hombre gritó brevemente, como si el grito hubiera comenzado y luego alguien lo hubiera agarrado por el cuello.

Carolyn lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Son los hombres de la escalera —gritó.

—Alguien está disparando a...

Él se levantó de un salto y la agarró por la muñeca.

—Vamos —gritó.

Cruzó el pasillo y entró en la habitación donde estaba la escalera. En la ventana vio que la escalera seguía allí, apoyada

contra la casa, mientras que a sus pies yacían dos hombres muertos, uno tendido en el suelo donde la bala lo había alcanzado, el otro acurrucado grotescamente donde había caído de los peldaños.

Miró hacia arriba, hacia el imponente acantilado. El arma, lo sabía, debía de estar allí arriba, en el acantilado... el arma que había puesto a cubierto a todos los hombres de Dunham.

Unos pies subieron las escaleras y Harrison se dio la vuelta. Con una mano, empujó a Carolyn hacia una esquina de la habitación. De un salto llegó a la puerta de la habitación.

Su pistola escupió fuego cuando la cabeza y los hombros de un hombre aparecieron por la esquina de la escalera, y el estruendo del arma sacudió la pequeña habitación como un trueno. La cabeza y los hombros chocaron contra la barandilla y se perdieron de vista. Alguien gritó y los pies descendieron por la escalera, sin subir.

—¡Rápido! —Harrison le gritó a Carolyn.

—Sal por la ventana y baja por esa escalera.

Ella vaciló, agazapándose en la esquina de la habitación.

—¡Deprisa! —le gritó él.

—Mientras haya luz quien esté en el acantilado puede cubrirnos y la luz no durará mucho.

Con una larga zancada, llegó a la ventana y la abrió de un tirón.

—Aquí —dijo, y extendiendo un brazo, la empujó bruscamente a través de la hoja.

—Agárrate fuerte —susurró.

—Pero deprisa, deprisa...

Tenía terror en los ojos cuando lo miró, pero se movió rápidamente, con paso seguro, por los peldaños. Carolyn había llegado al final de la escalera y corría hacia las sombras que se extendían como una manta arrugada al pie de los imponentes acantilados.

Imprudentemente, Harrison se lanzó por la escalera a grandes saltos. Desde una mata de hierba a su izquierda, una pistola de seis tiros se disparó con una tos seca y, en algún lugar a la derecha, un rifle habló con tono mesurado. Escuchó el silbido de las balas a su alrededor, escuchó el plomo zumbando dentro de la casa, sintió

que le dolían las manos y los hombros por el agarre convulsivo a los peldaños de la escalera.

Luego tropezó, cayó de cabeza y levantó los brazos para protegerse la cara del suelo que se precipitaba sobre él. En lo alto del acantilado se agitaba el rifle oculto. Harrison se puso en pie a ciegas y corrió, corrió con la cabeza agachada y los hombros encorvados, corrió con una mente que le obligaba a seguir adelante.

Estaba cerca de las sombras bajo el acantilado. Casi, casi... ¡Las sombras están cubiertas! Si llegaba allí, las balas no le harían daño. Sería posible olvidarse con seguridad de esas pequeñas sinvergüenzas que susurran en la hierba y silban en lo alto.

Algo se movió en la sombra delante de él. ¡Carolyn! ¡Carolyn, venía hacia él!

—¡Regresa! —gritó—. ¡Vuelve!

Una forma oscura surgió de la hierba y sujetó a la chica con brazos simiescos. Harrison intentó gritar una advertencia, pero todo lo que salió de su garganta fue un sonido áspero. Levantó a medias el arma y algo le atravesó el cráneo, algo que era un rayo de luz cayendo en la oscuridad, algo que era una bola giratoria de rojo fuego. Y estaba cayendo de cabeza en un pozo de tinta.

Salió a tientas de la oscuridad, reanimado. Su cabeza era un pulso palpitante que subía y bajaba, que se hinchaba y luego se desplomaba. Lentamente movió una de sus manos y se la llevó a la cabeza. La retiró húmeda y pegajosa.

La primera estrella titilaba en el este y la bruma era más azul, casi negra. Harrison yacía de espaldas, con los pensamientos agitándose en su cabeza palpitante.

Había sido alcanzado por una bala al salir corriendo de la casa, al levantar el arma para disparar al hombre que había surgido de la hierba junto a Carolyn.

Sus labios se movieron.

—Carolyn —dijeron.

—Carolyn...

Pero todo había terminado. Allá en la oficina, Dunham se había reído de él y le había dicho que el farol se había acabado. Y ahora lo había hecho. A pesar de...

¡El rifle en el acantilado! Alguien había estado allí. Alguien todavía podría estar cerca. Un arma que no se levantaría contra él.

La esperanza se encendió y luego casi se desvaneció. Un arma contra todo el valle. Sacudió lentamente la cabeza. Sencillamente, no funcionaría.

¿Su propia arma? La buscó con cuidado. Pero no había ningún arma, nada más que la hierba. Debía de habersele caído de la mano al ser golpeado, y probablemente había rodado varios metros antes de detenerse.

Un leve susurro llegó a sus oídos y él se puso tenso. El crujido continuó. Con cuidado, se dio la vuelta, se puso de rodillas y esperó. Sus manos se cerraron con fuerza, luego se abrieron y volvieron a cerrarse. Manos desnudas, pensó. Manos desnudas es todo lo que tengo.

Una voz le llamó suavemente—. ¡Johnny!

¡Carolyn! Carolyn le llamaba. Rápidamente una respuesta vino a sus labios y luego se apagó, porque había otro sonido, el sonido de los hombres que había olvidado. Unas botas atravesaban la hierba y se dirigían hacia él.

—Por aquí —dijo una voz y él la reconoció como la del hombre que llevaba la máscara azul en la carretera cuando los tres lo habían detenido ayer. ¿Sólo ayer? Habían pasado suficientes cosas para toda una vida.

Una voz gruñó al hombre de la máscara azul.

—Estás loco, lo único que oíste fue el viento.

—Era una voz —dijo el hombre obstinadamente.

—Sonaba como la chica.

—No era Harrison —dijo el otro.

—Spike lo atrapó. ¿Verdad, Spike?

—Claro —dijo la tercera voz.

—Tuve el presentimiento cuando lo vi venir por el camino esta tarde que tendría que dispararle. Dispárale entonces y ahórrate muchos problemas.

Con cautela, Harrison levantó la cabeza, vio a los tres que se le echaban encima, vio que el hombre alto del centro era el de la máscara azul, el hombre que había sacudido el pulgar cuando Westman le había preguntado si estaba el jefe.

—Bonito caballo le has quitado —dijo el segundo hombre.

—El maldito imbécil se limitó a atarlo en el bosque y luego se marchó y lo abandonó.

—Creo que un hombre así no se merece un caballo tan bueno —declaró Spike.

Las manos de Harrison se cerraron en puños y su cuerpo se tensó. Su cabeza estaba más clara, pero seguía nerviosa y su cuerpo era un solo dolor.

No tenía con qué luchar... y, sin embargo, tenía que luchar. Era una locura... un hombre sin nada más que sus manos contra tres hombres armados. Su mente volvió a Carolyn, agazapada en algún lugar de la hierba. Gracias a Dios, se dijo, ella también los ha oído y se mantiene en silencio.

Contó a medida que se acercaban, contando los pasos. Uno, dos, y uno, dos y uno, dos. No estaban a más de tres pasos y eso era suficiente. Casi demasiado cerca. Casi...

Se levantó de la hierba, como un oso luchador que se alza sobre sus patas cuando por fin se ve acorralado, y de su garganta brotó un grito involuntario...

Las piernas de Johnny lo llevaron adelante por su cuenta, lo arrastraron al ataque, y su brazo derecho ya estaba levantado para golpear. El puño voló directo, inevitable y mortal, hacia la figura del bandido que había estado usando la máscara azul el día anterior.

Por un instante, en la penumbra, vio sus miradas vacías, las mandíbulas caídas por el asombro, y luego el apresurado e instintivo apuntar de las manos para disparar.

El hombre de la máscara azul empezó a agacharse, pero lo hizo demasiado tarde. El puño de Harrison le alcanzó por debajo de la mandíbula, le hizo retroceder la cabeza con su brutal potencia y le levantó de sus pies.

Como un gato, Harrison giró, vio el rostro lascivo de Spike ante él, vio la pistola dispararse, supo que nunca podría esquivar la bala.

—Te tengo.... —se mofó Spike, y entonces el gorgoteo le detuvo, el gorgoteo que le llegó a la garganta, el suave isplat! del acero sobre la carne que le hizo retroceder tambaleándose.

Tambaleándose, soltó el arma y sus manos se dirigieron a su garganta, aferrándose a la empuñadura del cuchillo que sobresalía contra su cuello.

Como una plomada, Harrison se lanzó a por la pistola de Spike, medio tambaleándose al recogerla de la hierba, medio por tacto, medio por suerte.

El único hombre que quedaba del trío de bandidos estaba preparando un disparo y, casi presa del pánico, Harrison apretó el gatillo del arma que había recogido.

El revólver que tenía delante disparó a mansalva, pero el arma que tenía en el puño le bailaba en la mano. El hombre que tenía delante retrocedió tambaleándose, con el brazo armado por encima de la cabeza. Retrocedía y retrocedía a trompicones y con sombría ferocidad, con una ira roja y apagada, Harrison seguía accionando el gatillo, descargando bala tras bala en aquel cuerpo tambaleante.

—Está muerto —dijo una voz tranquila y cantarina en la penumbra.

—Es inútil dispararle más.

Harrison dejó caer el arma a su lado y se dio la vuelta.

—¡Sing Lee! —gritó.

—Vengo buacar a señorita —explicó el cocinero chino.

—Traer un cuchillo por si acaso.

—Entonces fuiste tú —dijo Harrison.

—Fuiste tú quien impidió que volviera corriendo.

—Fui yo —dijo Sing Lee.

—Estuve a punto de dispararte —le dijo Harrison.

Avanzó lentamente—. ¿Dónde está Carolyn? ¿Dónde está...?

Entonces la vio, de pie a un lado de Sing Lee. Caminó hacia ella, pero Sing Lee extendió una mano y la detuvo.

—Corramos como locos —dijo.

—Los hombres oyen disparos y vienen.

Harrison miró rápidamente por encima del hombro y vio que el cocinero tenía razón. Venían hombres... y no hombres a pie esta vez, sino hombres montados, que se acercaban a ellos con sus caballos a toda velocidad.

—¡No hay tiempo para correr! —jadeó Harrison.

—Tenemos que luchar. ¡Al suelo! Tírate a la hierba y cúbrete.

Saltó hacia la figura muerta de Spike y le quitó el cinturón con los cartuchos. Con dedos temblorosos, introdujo nuevas balas en el revólver.

Sobre una rodilla, Harrison levantó el arma, apuntó con decisión y disparó. Uno de los jinetes más adelantados dio una sacudida brusca y cayó de la silla. Los seis tiros restallaron y los caballos se balancearon, luchando contra sus monturas, encabritándose y derrapando. Las balas se estrellaban contra el suelo y el aire gemía con sus silbidos. La tierra golpeó a Harrison en la cara cuando una bala se estrelló contra el suelo a sus pies. Accionó rápidamente el gatillo.

De la oscuridad a sus espaldas surgió el escupitajo furioso de un rifle de alta potencia, un rifle machacón y furioso que hablaba en tonos medidos, sin prisas, deliberados, vengativos.

Luego se oyeron otros rifles y los gritos de los hombres que cargaban, acercándose a los caballos de la banda de bandidos.

El seis tiros chasqueó sobre un cartucho vacío y Harrison echó mano al cinturón que tenía a sus pies. En la penumbra crepuscular se encendió un destello irregular... un destello que no era de un arma de fuego. Harrison levantó la cabeza y dejó caer el arma de sus manos.

Las llamas salían de las casas, llamas que se arrastraban, saltaban y trepaban hacia el cielo. Los disparos habían cesado y Harrison podía oír el crepitar de las llamas en la pradera que se extendía entre él y las casas.

Lenta y rígidamente, se levantó y tomó una profunda bocanada de aire.

Una figura alta salió de la penumbra hacia él, con el rifle colgado del brazo.

—Wal —dijo Trapper Bill —supongo que eso acaba con las alimañas. Todo lo que teníamos que hacer era escondernos y aguantar hasta que Ma recibiera la nota.

Harrison jadeó.

—¿Qué nota?

—La nota que le escribió Sing Lee. Sing Lee es un chino muy listo. Te dije que estaba aprendiendo a leer y escribir, ¿no?

—Claro. ¿Pero cómo es que Sing Lee...

—Leí esa carta que tenías en tu bolsillo —explicó Bill, nada avergonzado—. Inmediatamente pensé que este pedazo de papel podría ser útil. Entonces, cuando te dormiste, lo tomé y fui a ver a Sing Lee para que me lo leyera.

—Pero no había nada en ella.

—Claro que sí. Sing Lee lo sostuvo a la luz. Dijo que era la escritura más graciosa que había visto.

—Así que le dejaste una nota a Ma y luego vinisteis, los dos. Eran ustedes en el acantilado.

—Maldita sea —dijo Trapper.

—Seguro que los mantuvimos a raya.

La hierba crujió y Harrison se giró. Carolyn corría hacia él con Sing Lee detrás. Rápidamente, Harrison dio un paso adelante y abrazó a la muchacha. Ella se acurrucó contra él en busca de consuelo.

—Todo listo —dijo Trapper.

—Missy está bien —dijo Sing Lee.

—Feliz, eso es todo.

Unos caballos se dirigían hacia ellos y se detuvieron. Ma Elden bajó rígidamente de la montura, caminó hacia el grupo y sacó las cosas para armar del bolsillo de su camisa.

—¿Están todos bien? —preguntó.

—Todos aquí —le dijo Sing Lee en su agudo canto.

—Todos contentos.

—Me alegro mucho —dijo Ma—. Otras personas no lo están. Tenemos a Dunham atado y encontramos a Haynes donde no debía estar, así que lo encerramos para estar seguros. Westman escapó, pero los chicos siguen buscándolo.

Encendió una cerilla con el pulgar y levantó la luz para poder mirar a Harrison.

—Bueno —preguntó—, ¿no tienes nada que decir?

—Me preguntaba —dijo Harrison —si aún me prestarías ese dinero para comprar la tienda.

—Apuesta tus botas —dijo Ma.

Encendió el cigarrillo y dio una calada pensativa.

—Tal vez —dijo— podríamos hacer una boda doble. Hatless y

yo pensamos casarnos alguna vez, y éste es un buen momento.

FIN

INTERLUDIO EN GUNSMOKE



—Gunsmoke Interlude —el último de los catorce westerns conocidos de Cliff que se publicó, está cortado con una tela literaria diferente a la de los demás, lo que nos lleva a preguntarnos si no fue escrito como despedida del género. Aún así, es difícil decir cuándo se escribió esta historia, ya que no aparece ninguna con el nombre de “Gunsmoke Interlude” en las esporádicas notas de Cliff. Aparecido originalmente en la revista *10 Story Western Magazine* en 1952, el relato bien podría haber sido escrito años antes; esas mismas notas parecen insinuar que más de un relato de Simak vendido a finales de los cuarenta quedó sin publicar. En cualquier caso, la lectura de este relato es muy, muy diferente de la avalancha de westerns que Cliff produjo durante y justo después de la Segunda Guerra Mundial.

Es una historia sobre la redención.

David W. Wixon



Gunsmoke Interlude
10 Story Western Magazine, Octobre 1952

INTERLUDIO EN GUNSMOKE

El gran caballo negro estaba cojo y Clay medio dormido en la silla cuando llegaron a Gila Gulch. No era lugar ni momento para detenerse, pues la frontera estaba a un día por delante y John Trent a un día por detrás. Pero no había elección. El caballo no aguantaría un día más y Clay necesitaba comer y dormir, y el último día de cabalgata sería el peor de toda la pesadilla, pues atravesaba un tortuoso espolón montañoso donde la marcha no sería ni rápida ni fácil.

Frente al establo, Clay bajó de la silla y condujo al caballo al interior.

—Dale todo lo que necesite —le dijo al hombre del establo.

—Se lo ha ganado.

Clay miró a los tres caballos que había en el establo.

—¿Esto es todo lo que tiene? —preguntó.

El hombre asintió.

—El negocio se fue al infierno desde que la ciudad se volvió pura y santa. Solía tener una docena aquí, pero ya no.

Clay volvió a mirar a los tres caballos. Eran bestias lamentables, ninguna de ellas el tipo de caballo que él necesitaba.

—Este tuyo no viajará por un tiempo —dijo el hombre del establo.

—Le has dado bastante duro.

—Pisó una piedra —dijo Clay.

Salió al exterior y se quedó un momento de pie, enganchándose el cinturón del arma, evaluando el lugar.

Gila Gulch dormía bajo el sol de primera hora de la mañana, silencioso y polvoriento, pero con un aspecto descuidado y curtido incluso en la suavidad de la primera luz del sol.

Bajó por la calle hasta el lugar que decía Hotel y fue directamente al bar. El encargado estaba quitando el polvo de los muebles y se tomó su tiempo para volver detrás de la barra.

—Necesito algo —le dijo Clay —para curarme las llagas de la silla de montar.

El hombre le tendió una botella y un vaso.

Clay los tomó, se acercó a una mesa y se dejó caer tranquilamente en una silla, sintiendo por primera vez el cansancio absoluto que casi mil millas de cabalgata habían cargado sobre su enorme cuerpo. Se apartó el sombrero de la frente y se sacudió el polvo de las piernas. Luego apartó el vaso, descorchó la botella y se la llevó a los labios.

Dejó la botella en el suelo, se limpió la boca y sintió que el licor le golpeaba el estómago, explotaba y le calentaba las entrañas.

Pero no sabía igual, se dijo. No sabía tan bien como antes. No se apoderó de él como lo hacía antes.

Muchas cosas, pensó, ya no son como antes.

Una mosca zumbaba en el silencio de la mañana, intentando atravesar el cristal de una ventana.

Clay estaba sentado en su silla, pensando en cómo eran las cosas antes, tachando los nombres de hombres que ahora estaban muertos, de mujeres casi olvidadas, de pueblos que ya no eran más que nombres.

El cantinero se apoyó en la barra y se hurgó los dientes con el extremo afilado de una cerilla. Clay siguió sentado, bebiendo de vez en cuando.

—¿Quiere desayunar? —preguntó el encargado.

—Desayuno y habitación —dijo Clay.

—Llevo mucho retraso con el sueño.

—¿Qué quiere desayunar?

—Lo que tengas —dijo Clay.

—No soy exigente.

Estaba desayunando cuando entró el muchacho con la estrella brillando en su chaleco.

El muchacho se acercó y se sentó frente a él.

—¿Es su primera vez en el pueblo? —preguntó el chico.

Clay asintió.

—Tengo que decirle algo entonces —dijo el muchacho.

—Aquí tenemos una norma sobre llevar armas.

—Soy un forastero aquí —dijo Clay.

—No había oído hablar de vuestra norma.

—Las entregas —dijo el chico, hablando con naturalidad.

—Cuando sales de la ciudad las recuperas nuevamente.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Clay.

—Te vas a meter en un lío —dijo el muchacho, serio y claro, pero sin dejar de ser amable.

—Me sentiría desnudo sin mis pistolas —dijo Clay, pensando que no podía decirle abiertamente al muchacho que John Trent podría venir cabalgando a la ciudad y que necesitaría esas pistolas.

—De todos modos —dijo— me voy directamente a la cama. No quiero causar problemas.

—Tienes hasta la noche —dijo el muchacho en tono casual.

—Estaré afuera al atardecer—. Si no quieres entregar las armas, sal y solucionaremos el asunto. Si no sales, iré a buscarte.

—Allí estaré —dijo Clay, y lo dijo con toda naturalidad, porque así eran las cosas. Así había sido muchas veces. Era parte de la vida. Y, en cualquier caso, aquel crío descarado no tenía ni idea de a quién estaba desafiando.

Comió en silencio después de que el muchacho se hubiera marchado, el camarero apoyado en los codos y todavía hurgándose los dientes.

Más tarde, en su habitación, tumbado en la dura cama y mirando al techo, pensó en aquel chico y en la estrella que llevaba y en su forma de hablar, no dura ni mezquina, sino formal y tranquila.

Y ese era el tipo de personas, se dijo Clay, a las que había que temer. Aunque Clay no temía a ningún hombre desde hacía muchos, muchos años. No temía a los hombres y ya no le importaban los hombres. Se obligó a admitir que ya no le importaba nada. Ni siquiera su propia vida, probablemente, aunque nunca había pensado en ello.

Y ahora estaba aquí, mirando al techo. Aquí estaba, a un día de

la libertad, a un día del momento en que podría dejar atrás su pasado y empezar una nueva vida. Allí tumbado, se preguntaba con qué comenzaría esa nueva vida.

Cien mil dólares, por supuesto, escondidos al otro lado de la frontera, y eso era mucho dinero. Pero era todo lo que tenía. También tendría un nuevo nombre, pero eso no importaba. Los nombres nunca importan. Cien mil dólares a buen recaudo al otro lado de la frontera y diez mil sobre su cabeza, con John Trent cabalgando a toda prisa sólo un día detrás para cobrar los diez mil.

Saldría por la tarde, montado en uno de aquellos lamentables jamelgos de la caballeriza y, aunque el caballo no sería del tipo que él quería, le llevaría adonde deseaba ir. Pero antes de partir, tendría que matar al muchacho, y eso era algo molesto de hacer en un momento como éste.

Preferiría no matarlo, pensó, pero no debería haber hablado tanto. Podía llevar sus armas a la calle, por supuesto, y dárselas al chico y decirle que las cuidara bien, que volvería a buscarlas hacia la hora de cenar. Pero podría necesitar esas armas antes de la hora de cenar y, de todos modos, nadie antes le había quitado las armas a Coleman Clay y era demasiado tarde para dejar que ocurriera ahora.

Demasiado tarde, pensó. Demasiado tarde para que el whisky volviera a saber como antes, demasiado tarde para devolver la vida a los hombres que fueron a buscar los cien mil dólares que estaban escondidos al otro lado de la frontera.

Cerró los ojos y el sueño le golpeó como un martillo.

El sol estaba bajo en el cielo del oeste cuando se despertó y bajó las escaleras.

Una yunta de caballos estaba en la barandilla frente al hotel, enganchada a un destartado carromato. Un hombre hablaba con el empleado.

—Me voy —dijo Clay.

—Son dos dólares —dijo el encargado.

Clay le pagó y preguntó:

—¿Tienes papel y lápiz? Quiero escribir una carta.

El encargado asintió. Arrancó una hoja de papel rayado de una cuartilla barata y se la entregó junto con un cabo de lápiz.

—Si no tarda mucho —dijo el hombre que había estado hablando con el encargado —lo esperaré.

—Jim es el cartero —dijo el hombre.

—Aquí no tenemos oficina de correos. La oficina de correos más cercana está en Buckhorn.

—Tiene suerte, forastero —dijo el cartero.

—Sólo voy allí dos veces por semana. Es un largo viaje. Casi cien kilómetros.

Clay asintió dándole las gracias. Se dirigió a la mesa que había en un rincón de la habitación y escribió laboriosamente:

Querida Sis:

Voy de camino a México para revisar algo. Puede que se me pase por la cabeza establecerme allí. Te escribiré más adelante.

No me has dicho dónde está Gordon últimamente. Pensé que tal vez me lo encontraría, pero no ha sido así.

Firmó la carta con un nombre que no era Coleman Clay y volvió al escritorio para coger un sobre. Volvió a la mesa y dirigió el sobre a la señora Esther Blaine, Pontiac, Ill. Luego sacó del bolsillo un rollo de billetes, separó media docena, los dobló cuidadosamente junto con la carta y cerró el sobre.

En el mostrador compró un sello y el empleado se agachó detrás del mostrador y sacó la bolsa del correo. Le acercó la bolsa abierta y Clay dejó caer la carta en su interior. El empleado la cerró con un tirón.

—Aquí tienes —le dijo al cartero, empujando la bolsa al otro lado del mostrador.

El cartero la recogió.

—Tengo que irme —dijo.

Se dirigió hacia la puerta y se volvió.

—Si yo fuera usted, forastero, cambiaría de opinión. Ese muchacho es veneno puro con su ferretería.

—No —dijo Clay.

—De acuerdo —dijo el cartero —como quiera. Siento no poder

quedarme a verlo.

Salió por la puerta y el encargado y Clay se quedaron en silencio viéndole subir a la carreta y sacar el tiro a la calle.

—Ese sheriff suyo —preguntó Clay—, ¿cómo se llama?

—Blaine —dijo el encargado—. Gordon Blaine.

Clay se agarró al borde del escritorio y se aferró con tanta fuerza que sus dedos se pusieron blancos bajo el bronceado del sol.

—Gordon Blaine —dijo, y mantuvo su rostro inmutable incluso mientras sus dedos se ponían blancos.

—Nunca había oído ese nombre.

—Nadie más lo había escuchado, tampoco —dijo el empleado.

—Apareció de la nada. Este pueblo mató a cuatro sheriffs antes de que él aceptara el trabajo. Hace un mes o dos que nadie intenta matar a Blaine.

Clay se rió y se apartó del escritorio como un hombre de madera. Salió por la puerta hacia el porche.

El sol se estaba poniendo.

Clay recordó la carta que había recibido en una oficina de correos de Montana hacía uno o dos años.

Gordon se va al oeste. No puedo hacer nada para impedirselo, ya que tú lo has hecho tan bien. Dice que es inútil quedarse aquí y trabajar como un esclavo cuando se puede hacer una fortuna como la que tú tienes en el Oeste. Tal vez lo veas por ahí alguna vez...

La calle estaba silenciosa y desierta pero había, Clay lo sabía, rostros en cada ventana, rostros que esperaban ver a los dos hombres que saldrían a la calle.

La carreta del cartero era un punto menguante en la pradera que se extendía al este del pueblo.

Vio al chico bajar los escalones de la oficina del sheriff y dirigirse al centro de la polvorienta calle. Allí se quedó esperando, con las pistolas en la cadera y las manos colgando a los lados.

Aún podría desabrocharme las pistolas y salir a su encuentro con ellas en la mano, se dijo Clay. Pero aunque lo pensara, sabía que no podía hacerlo. Era una acción que iba en contra de todo lo

que había hecho, de todo en lo que había creído, de todos los códigos que había seguido.

Bajó lentamente los escalones y se dirigió al centro de la calle. Se dio la vuelta, miró al chico y empezaron a caminar.

Dentro de un rato, pensó Clay, John Trent vendrá cabalgando y entonces se enterarán quién soy. Esther nunca lo sabrá, pues la carta tendrá un matasellos de unos cien kilómetros de aquí, aunque quizá se pregunte por qué no escribo desde México.

John Trent vendrá cabalgando y sólo me conocerá por el nombre de Coleman Clay, con un precio por mi cabeza. Nadie más, absolutamente nadie, conoce mi otro nombre. Y el chico nunca lo sabrá.

Diez mil dólares, pensó Clay. Este dinero es suficiente para que el niño viva como un ser humano. Y para enorgullecer a su madre.

FIN

CUANDO LLEGA LA HORA DE LA “SOGA” EN EL INFIERNO



Como ocurre con la mayoría de los relatos del Oeste de Clifford D. Simak, el título con el que se publicó originalmente esta historia no era el que llevaba cuando fue enviada a la revista; pero cuando digo esto, no puedo decirles cuál era el título que el autor le había dado a esta historia. Los títulos de la mayoría de sus Westerns fueron cambiados después de que salieran de sus manos, y la mayoría de ellos fueron escritos en un periodo de pocos años; por lo tanto, aunque lo he intentado, no he tenido mucha suerte al hacer coincidir lo poco que sé sobre las fechas de envío de esas historias con las fechas de publicación de muchas de ellas.

Este relato apareció por primera vez en el número de abril de 1946 de .44 Western Magazine, pero aunque puedo decirles que Cliff cobró sesenta dólares en 1943 por un relato titulado “Sixgun Gamble”, y cobró ciento sesenta en 1946 por un relato titulado “Walk in the Middle of the Street”; también tengo que decirles que vendió al menos otros diez Westerns durante el periodo comprendido entre esos dos relatos, y no se sabe que exista copia de ninguno de esos manuscritos.

No obstante, puedo decirles que, fiel a sus preferencias, Cliff hizo de esta historia algo poco convencional: su protagonista es un jugador en barcos fluviales que estaba lejos del Mississippi, y es honesto.

También es contundente:

—Dispara o vadea —dice Culver.

David W. Wixon

15¢

44 Western

MAGAZINE



APRIL



**WHEN IT'S HANGNOOSE
TIME IN HELL**
*ROARING NOVEL OF THE
WILD FRONTIER*
by **CLIFFORD D. SIMAK**

**FRISCO BREEN'S
BULLET ANTE**
by **LEE E. WELLS**

**JOSELYN • CHADWICK
OVERHOLSER • FLOREN**
AND OTHERS

When it's Hangnoose Time in Hell
.44 Western Magazine, April 1946

CAPÍTULO UNO

El insulto se paga con la muerte

GRANT CULVER iba caminando, metido en sus asuntos y pensando en Nancy Atwood, cuando un hombre chocó contra él y lo hizo salir tambaleándose de la acera hacia el barro que era la calle principal de Gun Gulch.

Culver cayó de espaldas. Su sombrero salió volando y fue a parar bajo las ruedas de una carreta que pasaba. La bolsa que colgaba de su hombro se deslizó de su brazo y voló a un charco a unos buenos dos metros de distancia. En el porche del bar “Crystal” una multitud de espectadores comenzó a reírse al unísono, los hombres comenzaron a darse palmadas en el hombro con alegría.

Culver se incorporó, con el frío rezumando a través de su ropa, y miró a la multitud que reía. Una especie de iniciación, supuso. Una broma que gastan a los pies tiernos.

Se puso en pie y señaló al hombre que le había empujado, un oso que rugía de la risa.

Culver llegó vadeando hasta el entarimado, con el barro y el agua goteando de su ropa. Subió al entablado y se secó las manos en la parte delantera del abrigo. Las risas se calmaron y el hombre que le había golpeado se dio la vuelta y se encaró con él. Culver lo estudió, vio la mueca de desprecio en su rostro.

—Supongo —dijo Culver— que ha sido un accidente.

El hombre se tomó su tiempo para responder, con sus pequeños ojos de cerdo, rojos y penetrantes.

—Diablos, no —dijo.

—Lo hice a propósito.

Deliberadamente, Culver se pasó el dorso de la mano derecha por el abrigo y, a medida que la mano se desplazaba por la tela, se convirtió en un puño, un puño que golpeó con una velocidad salvaje y fulminante.

Fue tan rápido que el hombre ni siquiera se agachó. Le golpeó

la barbilla con un sonido sordo y seco que le levantó de sus pies y le hizo retroceder. Aterrizó en el barro con un impacto que hizo saltar agua amarilla por los aires.

Culver echó un rápido vistazo por encima del hombro a los que estaban en el porche, pero no se habían movido. Permanecían de pie como hombres congelados, esperando a que la tierra se abriera bajo sus pies.

Afuera, en la calle, el antagonista de Culver se había levantado y estaba volviendo al entablado. Se quedó allí de pie, sacudiéndose las manos para librarse del barro pegado mientras en el porche, detrás de Culver, se hizo un profundo silencio.



—Usted gana, señor —le dijo Culver al hombre embarrado.

—Ha hecho usted un chapuzón mayor que el mío.

El hombre avanzó un paso o dos, con sus ojos de cerdo brillando por encima de su tupida barba. Entonces su brazo se movió, se levantó y se encorvó, apuntando hacia la culata de la

pistola que tenía a su lado.

Los dedos de Culver se cerraron en torno a la empuñadura del revólver y lo liberaron del cuero. Su muñeca se sacudió por el impacto del retroceso.

En la acera, el hombre con aspecto de oso se quedó tieso, hasta que pareció que se ponía de puntillas, mientras un pequeño chorro rojo le salía de la frente.

Se tambaleó, la pistola se le cayó de los dedos y luego cayó, como caería un árbol, rígido y recto. Su cabeza y sus hombros chapotearon en el barro, pero sus botas se quedaron en la acera.

Culver se volvió hacia el porche. Lentamente, levantó su seis y sopló por la boca para despejar el humo.

—Tal vez —sugirió en voz baja —a alguno de ustedes, caballeros, no les importaría salir a la calle para coger mi bolsa.

Permanecieron quietos y en silencio, observándole con ojos fijos y fríos, pero se dio cuenta de que sus manos se cuidaban mucho de no moverse hacia sus cinturones.

Culver suspiró.

—No me gustaría insistir —les dijo.

Uno de ellos se apartó de la multitud y empezó a bajar las escaleras, cojeando sobre la pata de palo que le servía de pierna derecha. La madera repiqueteó en el silencio mientras el hombre bajaba lentamente los escalones.

—Espere un momento —dijo Culver bruscamente.

—No eres tú quien lo ha hecho. No te reíste ni medio fuerte cuando estaba tirado ahí fuera.

Señaló a un hombre con el cañón de su pistola.

—Ese caballero —dijo a la multitud —estaba fuera de sí. Nunca vi a un hombre divertirse tanto con algo tan simple...

—Si crees que voy a salir a por tu bolsa —le rugió el hombre —estás loco.

Culver se encogió de hombros.

—Supongo que tienes una pistola —dijo.

Vio que la cara del hombre se ponía blanca y descajada.

Farfulló.

—Si usted supone...

—Dispara o vadea —le dijo Culver, casi con indiferencia.

Otro hombre habló en voz baja, bruscamente.

—Por el amor de Dios, Perkins, ve a buscarlo. No tendrías ninguna oportunidad.

Perkins miró a su alrededor, escrutando los rostros que le rodeaban.

Bajó los hombros.

—De acuerdo —dijo.

Bajó despacio los escalones, cruzó la acera y salió con cautela al barro. El barro le llegaba a las rodillas cuando llegó a la bolsa, la sacó de las garras de la pegajosa masa y la trajo de vuelta. La dejó con cuidado en la acera y volvió a subir las escaleras.

Culver observó los rostros del porche.

—¿Satisfechos? —preguntó.

Una o dos cabezas asintieron.

—Sólo quiero asegurarme de que nadie se siente menospreciado —les dijo Culver.

Nadie parecía estarlo. Enfundó el revólver y recogió la bolsa.

—Una cosa que ustedes tienen que recordar —les dijo.

—Es de muy mala educación empujar a extraños a lodazales.

Se dio la vuelta y se dirigió a la acera, pero detrás de él se oyó un golpecito y una voz que llamaba.

—Un momento, señor.

Se dio la vuelta y vio al caballero de la pata de palo que se apresuraba tras él—. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó.

El pata de palo sacó un cuaderno del bolsillo, hojeó las páginas, se sacó un lápiz de detrás de la oreja y se lo mojó en la lengua.

—Me pregunto si podría decirme su nombre —dijo.

Culver se sobresaltó ante la pregunta.

—Pues supongo que sí. Culver. Grant Culver.

El hombre escribió con dedos acalambrados y laboriosos.

—¿De dónde? —preguntó.

—Del Mississippi —le dijo Culver.

—A veces del Missouri.

—El tipo que te has fumado —dijo Pata de Palo—, era Stover. Se lo pasó en grande empujando a la gente al barro. Creía que era una broma.

Cerró el cuaderno y se lo guardó en el bolsillo, se metió el cabo

del lápiz detrás de la oreja.

—Muchas gracias —dijo y empezó a darse la vuelta.

—Oiga, espera un momento —le dijo Culver—. ¿De qué va todo esto?

—Estadísticas vitales —dijo Pata de Palo.

—Quieres decir que tienes los nombres de todos los que vienen al pueblo.

—De la mayoría —dijo Pata de Palo.

—De vez en cuando se me escapa alguno.

—¿Tienes a Nancy y Robert Atwood? Deberían haber llegado ayer.

Pata de Palo sacó su cuaderno y lo hojeó.

—Sí, aquí están. Llegaron ayer. Se alojan en el Hotel Antlers, calle abajo. La chica es muy guapa. El hermano es ingeniero y muy mal jugador de póquer.

Cerró el libro y se lo metió en el bolsillo.

—Eso será un dólar —dijo.

—¿Un qué?

—Un dólar. Un dólar. Un billete. Por la información. No doy información gratis.

Culver jadeó.

—Ah, ya veo —dijo. Sacó un dólar del bolsillo y se lo entregó al hombre. Éste lo cogió y se tocó el raído sombrero a modo de agradecimiento.

—Cuando quiera saber algo, acuda a mí —le dijo.

—Si no lo sé, lo averiguaré.

—Me pregunto... —empezó Culver.

—Sí. ¿Qué ocurre? ¿Quieres saber algo más? —La mano de Pata de Palo buscaba el libro en el bolsillo.

Culver negó con la cabeza.

—No. Simplemente olvídale. En otra ocasión, quizá.

—De acuerdo —dijo alegremente Pata de Palo. Se dio la vuelta y cojeó calle abajo.

Culver le siguió con la mirada, frotándose la barbilla pensativamente con la mano. Luego cogió su bolsa y se dirigió calle abajo hacia el Hotel Antlers.

Gun Gulch era un hervidero de seres humanos enloquecidos

por el germen de oro que corría por sus venas. Su única calle principal estaba convertida en una franja de barro pastoso y succionante por el empuje de las ruedas de las carretas, por el golpeteo y el esfuerzo de los cascos de los caballos que traían la carga con la que se construían las tiendas de fachada falsa y se abastecían de las necesidades para la prole de la frontera.

En la ciudad de Antelope, le habían dicho a Culver a modo de advertencia:

—Gun Gulch es un pueblo duro. Camina por el medio de la calle y ocúpate de tus asuntos.

Y eso, pensó, desde la ventana de su habitación, era cierto. Camina por el medio de la calle, a menos que seas empujado. Deliberadamente, por un hombre de barba negra y ojos de cerdo que vigilaba cada movimiento que hacías.

El nombre del lugar había sido el Crystal Bar. Ese sería el lugar de Hamilton. Hamilton podría haber oído hablar de Farson, podría contarle algo de él. Desde luego, si Farson pasaba por Gun Gulch, Hamilton lo habría sabido.

Culver frunció el ceño, recordando sus relaciones pasadas con Hamilton. Un hombre que hacía que un pequeño escalofrío recorriera sus hombros. Un hombre cuyo apretón de manos era como agarrar a un pescado flácido y sudoroso. Y lo peor de todo era que si Hamilton no sabía nada de Farson, tendría que pedirle trabajo. Aquel dólar que le había dado a Pata de Palo había sido casi el último.

Quizá Pata de Palo tenía a Farson en su libreta. Había estado a punto de pedírselo y luego había decidido no hacerlo. Hamilton mantendría la boca cerrada y Pata de Palo probablemente no. Culver sonrió, recordando al hombrecillo dando golpecitos con su pata de palo.

Las primeras luces del atardecer asomaban por las ventanas de la calle, arrojando salpicaduras de luz naranja y amarilla por las aceras abarrotadas y hacia el camino embarrado. Pasó un vagón cargado de mercancías. Desde donde estaba, Culver pudo oír las palabras agudas y estridentes del carretero por encima del murmullo de la calle.

Después de salir de la habitación Culver salió por la puerta, se

dirigió a las escaleras y casi las había alcanzado cuando una voz le llamó desde el vestíbulo. Se dio la vuelta y vio a Nancy Atwood, de pie frente a una puerta abierta casi enfrente de la suya.

—Grant Culver —dijo ella —ven a saludarme.

Él caminó hacia ella, sonriendo.

—Me preguntaba cuándo te vería. Un hombre con una pata de palo me dijo que te habías alojado aquí.

—Pensé —le dijo ella —que después de haber viajado todo el camino con nosotros creí que podríamos haber seguido juntos hasta llegar a Gun Gulch.

El negó con la cabeza.

—Tuve que parar en Antelope para preguntar por un hombre.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó Nancy.

—No estoy seguro. Solía serlo.

Guapa, pensó él, mirándola. Bonita como un cuadro, con su pelo negro recogido en lo alto de la cabeza. Llevaba un vestido color fuego que le dejaba los hombros al descubierto.

—¿Vas a salir, Grant? —preguntó ella.

—Pensaba hacerlo. Si...

Lo hizo callar con un gesto de la mano.

—Podrías vigilar a Bob —dijo entonces.

—Tengo un poco de miedo.

Él se rio de ella con naturalidad.

—Gun Gulch puede ser duro, Nancy, pero no tanto como eso. Tu hermano puede cuidarse solo.

Su voz se entrecortó un poco.

—Ha estado jugando —dijo.

—Lo niega, pero sé que lo ha hecho. Y es tan malo en eso y tenemos tan poco dinero.

—¿Y quieres que acabe con el juego?

—Bueno, no exactamente eso. Podrías ver qué puedes hacer para sacarle de esto con el mayor tacto posible.

Frunció el ceño—. ¿Tu hermano tiene trabajo aquí?

Ella asintió.

—Sí, lo tiene. Pero el hombre al que tiene que ver está en alguna prospección y Bob tiene que esperar hasta que vuelva a la ciudad.

—Voy a ver si lo encuentro —le dijo.

Ella le sonrió.

—Gracias, Grant —dijo.

—Buenas noches.

Él la observó hasta que cerró la puerta, y luego siguió adelante por el pasillo y salió a la calle de Gun Gulch.

CAPÍTULO DOS

El hombre llamado Hamilton

EL CRYSTAL BAR era un bullicio de humo, un lugar de luces y música, charlas y tintineos, con el trasfondo de los pies arrastrando el serrín. Por un momento, Culver se quedó en la puerta, mirando a la multitud que llenaba el lugar. Las luces brillaban desde el techo, con un resplandor atenuado por las estelas de humo de cigarro que serpenteaban en cintas azuladas. La cristalería brillaba y centelleaba en la barra del fondo y los camareros se movían casi como bailarines.

Culver avanzó por la sala, despacio, abriéndose paso entre la multitud. Pie a pie, se dirigió hacia la barra.

Un camarero le gruñó:

—¿Qué quieres?

—Ahora mismo nada —le dijo Culver—. ¿Dónde puedo encontrar a Hamilton?

—¡Qué demonios! —El camarero se detuvo en mitad de la frase, mirándole fijamente. Sus modales cambiaron y casi le aduló.

—El jefe me ha dicho que tenía que verle nada más entrar.

—Gracias —dijo Culver.

El camarero se inclinó sobre la barra.

—Invita la casa antes de subir—. Agarró una botella por el cuello y cogió un vaso.

Culver negó con la cabeza.

—Señor —dijo el camarero —puede que no lo sepa, pero es usted la comidilla de la ciudad.

—¿Por qué? —preguntó Culver.

—Stover era el pistolero más rápido que se había visto en este lugar —le dijo el tabernero.

Culver sacudió la cabeza.

—Lento —dijo.

—Terrible, terriblemente lento.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el centro de la sala.

El disparo fue como un trueno que se abrió paso a través de la charla, un estallido estruendoso que ahogó todo sonido e hizo que las lámparas del techo se balancearan sobre sus cadenas.

La multitud retrocedió y dejó un espacio despejado en el centro de la sala, un lugar de serrín raspado y mesas verdes y luz filtrada por el humo.

Culver se quedó inmóvil, mirando a la figura en el suelo.

Bob Atwood.

Bob Atwood, que había viajado con él en la diligencia desde San Luis. El hermano de Nancy Atwood.

Culver levantó los ojos y miró fijamente al hombre que estaba de pie detrás de la mesa, un hombre con el sombrero ladeado sobre la nuca, los dientes mostrando una línea blanca y firme bajo el alegre bigote, y con una pistola humeante agarrada con fuerza en su mano.

El hombre miraba a Culver y, desde donde estaba, Culver pudo ver cómo se le arrugaban las comisuras de los ojos.

—Y bien —dijo el hombre.

Culver sintió que sus músculos se tensaban, luchó por relajarlos.

El hombre que estaba al otro lado de la mesa era Perkins, el que había salido a la calle a por su mochila.

La pistola se dirigía hacia él, despacio, con seguridad, y no había posibilidad de vencerlo.

—Perkins —dijo Culver— eres un pésimo tirador. Acabas de darle a tu hombre.

Los ojos de Perkins parpadearon un instante hacia Bob Atwood en el suelo y, al hacerlo, el brazo de Culver se movió con rapidez, brazo y muñeca y dedos en una súbita cadena de fuerza y velocidad que sacó el seis tiros de su funda.

La mano de Perkins dio una sacudida nerviosa y su pistola

echó humo y fuego. Culver sintió el zumbido de la bala al pasar junto a su cabeza, y el estrépito del cristal al romperse contra el espejo de la barra.

—Tuviste tu oportunidad —le dijo Culver, sombrío.

—Ahora, por Dios, me toca a mí.

Perkins se quedó rígido ante él, con el rostro de un blanco mortal, la pistola en la mano e inclinada hacia el techo. Lenta y deliberadamente, el pulgar de Culver tiró hacia atrás del martillo y el chasquido del mecanismo de la pistola de seis tiros fue un sonido áspero y sobrecogedor. Perkins gimió. De repente le tembló la mano y se le cayó la pistola.

Sin decir palabra, Culver enfundó su revólver y se volvió hacia el hombre que estaba en el suelo. Atwood estaba sentado, con la mano agarrándose el hombro, mirando fijamente a Culver.

Culver cruzó hacia él—. ¿Puedes levantarte? —le preguntó.

Atwood asintió.

—Repartió desde el fondo de la baraja —dijo.

—Le pillé en ello.

CAPÍTULO TRES

Se busca a un espía

HAMILTON rebuscó en el cajón inferior del maltrecho escritorio y sacó una caja de puros—. Adelante, Culver.

Mordiéndolo la punta de su cigarro, Culver estudió al hombre. Más o menos igual que siempre, decidió. Un poco más duro, un poco más despiadado, un poco más viejo de lo que había sido en el río. Pero era el mismo Calvin Hamilton.

—Siento lo de tu amigo —dijo Hamilton.

—Espero que se recupere.

Culver encendió una cerilla.

—Lo llevé al hotel y lo acostamos. Conseguí un médico para él de inmediato.

Culver pasó la cerilla por la punta del cigarro, observando la habitación. Una vieja caja fuerte de hierro detrás del escritorio, un

par de sillas, moqueta en el suelo y cuadros deportivos esparcidos por las paredes.

Hamilton se reclinó en el chirriante sillón e introdujo los pulgares en las sisas del chaleco.

—Me sorprende verte aquí —dijo—. ¿Se secó el río?

Culver sacudió la cabeza.

—Salí a buscar a un hombre. Se supone que vino aquí. Se llama Mark Farson. Quizá hayas oído hablar de él.

Hamilton se balanceó lentamente en la silla, con el ceño fruncido.

—No puedo decir que sí —declaró.

—Pero podría habérmelo perdido. Hay tanta gente. ¿Alguien a quien debería conocer?

—Supongo que no —le dijo Culver.

—Vino después de que te hubieras ido. Se puede decir que nos hicimos amigos.

Culver partió la cerilla en dos y la tiró con el pulgar.

—Supongo que era mi mejor amigo. Habría atravesado el infierno descalzo por ese chico.

Detrás del escritorio, los ojos de Hamilton se entrecerraron con astucia—. ¿Le prestaste dinero?

—Peor que eso —dijo Culver.

—Oí hablar de Gun Gulch. Oí que era un buen pueblo. Así que juntamos nuestras ganancias y él vino hasta aquí para echarle un vistazo. Debía decirme si valía la pena invertir.

Culver echó humo hacia el techo, deseando vagamente tener dinero para comprar puros semejantes a aquel que tenía entre los dedos.

—No he oído ni una palabra de él —dijo.

—Ni una sola palabra desde que se fue. Así que vine a comprobarlo. Pensé que algo podría haberle pasado al chico.

—Salió corriendo —dijo Hamilton, rotundamente.

Culver lo miró, pero el rostro era una máscara blanca y lisa.

—Empezaba a pensar eso mismo.

Hubo un largo silencio mientras Culver fumaba y Hamilton se balanceaba en la silla.

—¿Y ahora qué? —preguntó finalmente Hamilton.

—Nada, supongo —dijo Culver.

—Ni rastro de él. Ni siquiera puedo estar seguro de que viniera aquí. He preguntado por todas partes, pero no se ha sabido nada. No prueba que no haya venido, por supuesto, pero no tengo pruebas de que lo haya hecho.

—¿Quieres quedarte unos días antes de volver? —le dijo Hamilton, con naturalidad—. Es un pueblo interesante.

Culver negó con la cabeza.

—No puedo volver. Estoy al borde de la quiebra.

Esperó, pero el hombre del otro lado del escritorio guardó silencio.

Finalmente Culver dijo:

—Pensé que podrías tener un trabajo para mí. Todavía puedo manejar bien una baraja y conozco a los que juegan conmigo.

Hamilton le miró atentamente, con astucia en el rostro—. ¿Crees que podrías hacer un truco o dos?

—Ni hablar —le dijo Culver, secamente.

—Siempre he jugado limpio. Sin trucos. Gané porque era mejor jugador que los demás. Aquí todo es simple: para mí es trabajo, pero para otros es entretenimiento.

—Aquí no se puede hacer así —declaró Hamilton.

—Esta es una propuesta a corto plazo. Las minas pueden agotarse cualquier día. Tienes que recoger todo lo que puedas. Tengo mucho dinero invertido. Hay que recuperarlo.

Se inclinó hacia delante en la silla y sacó los pulgares de las sisas del chaleco—. ¿Qué tal un préstamo? —preguntó.

Culver negó con la cabeza.

—Miraré un poco.

—Ahora que lo pienso —dijo Hamilton— quizá pueda darte un trabajo.

—Barriendo el bar, tal vez —dijo Culver, con amargura.

—No, un buen trabajo. Hay un lugar al otro lado de la calle, ves. Se hace llamar Golden Slipper. Me ha dado muchos problemas. Lo dirige un hombre llamado Brown. Barney Brown. Hay cosas que me gustaría saber.

Culver tiró el cigarro a medio fumar a la escupidera con rabia.

—Yo no soy ningún espía —dijo, brevemente.

—Hablemos con sensatez—. Hamilton le dijo con calma—. Tú eres el único hombre en quien puedo confiar. Tal vez no nos llevamos muy bien, pero puedo confiar en ti y eso es más de lo que puedo decir de cualquier otra persona de por aquí. Todo lo que tienes que hacer es ir a ver a Brown. Te cogerá en un minuto. Caray, después de que mataras a uno de mis hombres, él...

Culver se sentó en la silla—. ¡Uno de tus hombres!

Hamilton se rio de él.

—Claro, Stover. Creí que lo sabías.

—Claro que no —dijo Culver.

—Sólo era alguien que se metió conmigo. No habría pasado nada si no hubiera ido a por su pistola. Entonces, naturalmente, tuve que hacerlo...

—Ciertamente —le dijo Hamilton.

—Desde luego. No hay necesidad de excusarse.

—Perkins uno de sus hombres, también, supongo.

Hamilton asintió.

—Por Dios, qué montón de sarnosos.

—Eso es lo que he estado tratando de decirte —dijo Hamilton.

—Es difícil conseguir buenos hombres. Por eso te necesito.

Culver se levantó.

—La respuesta es no, Hamilton. No voy a espiar para tú ni para ningún otro hombre.

Hamilton volvió a reclinarsse e introdujo los pulgares en su chaleco, meciéndose suavemente.

—Si yo fuera tú, Culver, me andaría con cuidado. Stover tenía algunos amigos, ya sabes.

—Supongo que eso es una amenaza —dijo Culver.

—Francamente —le dijo Hamilton —eso es exactamente lo que es.

La calle se había calmado un poco, pero los hombres seguían moviéndose por las aceras y de las ventanas abiertas salían gritos de risas de borrachos. Al otro lado de la calle estaba el Golden Slipper y junto a él una imprenta. GUN GULCH GAZETTE decía el cartel irregular garabateado en el escaparate con pintura negra. Detrás del escaparate había un hombre sentado en un taburete junto a un gabinete tipográfico, con los hombros

encorvados sobre su trabajo.

Una mano tiró de la manga de Culver y éste se dio la vuelta. El hombre de la pata de palo estaba a su lado.

—Buenas noches —dijo Pata de Palo. Sacó el cuaderno del bolsillo y se quitó el lápiz de detrás de la oreja.

—Me pregunto si podría decirme cómo se escribe el nombre de Atwood. Me temo que me he equivocado. No me importan las otras palabras, pero me gusta escribir bien los nombres.

—¡Pensé que tú tenías su nombre antes!

—Lo tenía —dijo Pata de Palo.

—Pero tengo que escribirlo otra vez. Le dispararon, ya sabes.

—¿Quieres decir que registras todos los tiroteos?

—La mayoría —dijo Pata de Palo con orgullo.

—Quizá me pierda algunos de los más insignificantes, pero pillo los principales.

Culver sonrió.

—Deberías ser periodista.

Pata de Palo se rascó la oreja.

—Lo soy, más o menos. Jake, el de la Gaceta, saca mucho material de mí. La gente me paga para que publique cosas sobre ellos en el periódico y Jake me da una copa o me invita a cenar por llevarle el material, así que las dos partes salimos ganando.

—Por cierto —preguntó Culver—, ¿cómo te llamas?

—Harvey —respondió el hombre —pero casi siempre me llaman Crip.

Colocó el lápiz sobre el cuaderno.

—Ahora, si me dice cómo se escribe Atwood.

Culver se lo dijo, y luego hizo una pregunta:

—¿Cómo cruzo la calle? ¿Tengo que vadearla?

El hombre de la pata de palo se rio.

—Un tipo calle arriba tiene unos tablones para cruzar el barro. Te cobra un dólar.

Cruzada la calle y pagado su dólar, Culver se quedó un momento delante del Golden Slipper, escuchando el ruido de jolgorio que llegaba de detrás de la puerta.

—Brown te contratará —había dicho Hamilton.

Culver se encogió de hombros. En el peor de los casos, tendría

que hacerlo, pero todavía no.

Pasó por delante del local y giró a la puerta de la imprenta.

El hombre sentado en el taburete levantó la vista cuando entró.

—Usted es Jake, supongo —dijo Culver.

El hombre dejó a un lado la máquina de escribir, se bajó del taburete y se acercó a él.

—Así es, forastero. Jake Palmer soy yo.

—El mío es Culver—. Culver extendió la mano y el hombre la tomó con su mano huesuda y manchada de tinta.

—Usted debe ser el caballero que perforó a Stover.

Culver asintió.

—¿Qué puedo hacer por usted, forastero? —preguntó Jake.

—Cualquier hombre que elimine a un canalla como Stover es amigo mío.

—Pensé que quizá podrías ayudarme —le dijo Culver.

—Busco a un amigo llamado Farson. Mark Farson. Pensé que tal vez había oído hablar de él.

Jake levantó una mano y se rascó la cabeza.

—Parece que hubo un caballero con ese nombre por aquí hace un tiempo. Pero no lo recuerdo bien. No duró mucho, me parece.

Mostró los dientes manchados de tabaco en una mueca de disculpa.

—Siento no poder ser de más ayuda.

—Crip me habló de usted —dijo Culver.

—Me imaginé que tal vez lo sabría.

Jake negó con la cabeza.

—Ese Crip me mete en más problemas. Va por ahí diciendo que está recopilando noticias para mí. Si no fuera porque está chiflado, hace tiempo que sería carne de buitre. Tiene suficientes cosas en ese maldito cuaderno como para condenar a medio pueblo si se pudieran probar.

—A mí me pareció que estaba bien —dijo Culver.

—No lo está —insistió Jake.

—Está loco de remate y todo el mundo lo sabe. Por eso no le prestan atención. Si lo hicieran, estaría tan lleno de agujeros que se le escurriría el *whisky*.

—Parece un lugar animado —declaró Culver.

—Crip probablemente encuentra mucho que anotar.

—Señor —declaró Jake, solemnemente —este pueblo aún no ha visto nada. El infierno va a estallar uno de estos días y cuando lo haga usted andará con sangre hasta los tobillos por ahí en la calle. Hamilton y Brown se están encargando de ello...

—¿Hamilton?

—Apueste sus botas. Él y Brown tienen los dos únicos lugares grandes aquí. Los pequeños no cuentan. No son nada comparados con los palacios del pecado de Hamilton y Brown. Ambos ganan dinero a manos llenas y aún no están satisfechos. Cada uno quiere echar al otro. Han estado importando pistoleros y uno de estos días habrá un enfrentamiento.

Desde el fondo de la tienda llegó una voz aguda y chillona:

—Papá, ya has trabajado bastante. Déjate de cháchara y cierra. Por Dios, trabajas todo el tiempo.

Jake esbozó una sonrisa ladeada.

—Esa es mi mujer —dijo.

—Será mejor que se vaya, señor. Gracias por venir.

Era casi como si Culver se hubiera quitado un peso de encima. Durante largos kilómetros de camino desde San Luis, había pensado en Farson, había discutido consigo mismo, se había culpado de la negra sospecha que rondaba su cerebro. Mark no había huido, se dijo, exultante. No había huido.

Cuando Culver volvió al lugar donde había estado el tablón, el tablón y el hombre ya no estaban. Contemplando con pesar la calle embarrada, se sentó en el escalón de una armería y se arremangó las perneras de los pantalones. Si tenía que vadear aquel lodazal, no tenía sentido embarrarse tanto los pantalones como las botas.

Desde la calle se oyó un golpeteo, un sonido entrecortado y cojeante. Escuchó un momento, perplejo, y entonces cayó en la cuenta. Era Crip, que bajaba cojeando. Se levantó del escalón, caminó hasta el borde de la acera y se metió en el barro.

De repente, el golpeteo cesó y volvió a empezar, más rápido, apresurado, como si el hombre estuviera corriendo, esquivando y agachándose mientras corría. Las botas golpearon con fuerza y se oyó un ruido de roces.

Una voz jadeante gritó:

—¡No! ¡No!

Girando sobre sí mismo, Culver saltó de nuevo a la acera, corriendo calle arriba hacia el ruido que, de repente, quedó en silencio. Mientras corría, su mano retrocedió y sacó la pistola de seis tiros de su funda.

Delante de él, una llama anaranjada floreció en la noche y, mientras lo hacía, una cosa zumbante pasó junto a él y se estrelló contra la ventana de un edificio. Los cristales estallaron, tintinearón y la llama naranja volvió a brotar.

Culver levantó el arma y apretó el gatillo con rapidez, agachándose de lado mientras disparaba, dirigiéndose a la boca oscura de un callejón entre dos edificios.

Delante de él, el revólver de seis tiros retumbó entre los edificios, y Culver oyó el chasquido húmedo de las balas al chocar contra las tablas de madera a su lado. Entonces estaba en el callejón, retrocediendo a paso de gato, con el revólver preparado.

Algo le agarró por detrás de los tobillos y le hizo tropezar. Intentó mantenerse en pie, pero no lo consiguió; echó la mano izquierda hacia atrás para frenar la caída y sintió la dureza de la tela gruesa bajo los dedos. Chocó contra un objeto redondeado y blando rodando hacia un lado, alargó la mano para explorar y se horrorizó al ver lo que encontró. Era Crip.

En la oscuridad, Culver deslizó los dedos por la espalda del muerto, encontró el lugar pegajoso que rodeaba la empuñadura de asta de un cuchillo. Agazapado en la oscuridad entre los dos edificios, la mente de Culver hizo un rápido clic.

El hombre de la pata de palo había sido acuchillado allí en la calle, se había arrastrado hasta el callejón antes de que la muerte le alcanzara. Asesinado por alguien que había usado un cuchillo para guardar silencio, pero alguien que había estado lo bastante desesperado como para usar el revólver cuando se enfrentó a ser descubierto.

Loco, había dicho Jake en la imprenta, loco como una cabra. Muerto hace mucho tiempo si no lo hubiera estado. Y ahora estaba muerto. Ni siquiera la locura podía evitar la muerte.

Tenso sobre el cadáver, Culver encontró el bolsillo del hombre

muerto y deslizó la mano rápidamente en él. Sus dedos tocaron el cuaderno y se cerraron en torno a él, extrayéndolo.

Luego, de nuevo en pie, corrió por el callejón, con los oídos aguzados en busca de un sonido de botas corriendo que no se produjo.

De vuelta en su habitación de hotel, Culver cerró y atrancó la puerta tras de sí, y se quedó un momento escuchando el más leve movimiento en la oscuridad de la habitación. Pero la habitación estaba vacía. Buscó la lámpara y la encendió, se acercó a la ventana y bajó la persiana.

Acercó una silla a la mesa de la lámpara, sacó el cuaderno del bolsillo y lo hojeó con rapidez. Un artículo le llamó la atención y se detuvo a leer:

Black Jack tirado por 100 dólares en Golden Slipper. Jim lo consiguió.

16 de julio: El coronel Newhouse vino a la ciudad. Frank Smith encontró oro. Geo. Johnson perdió 80 dólares jugando al póker con Big Steve.

Julio 17: H. Jackson asesinado por Nelson. El viejo Henry murió.

Julio 18: Stover mató a un extraño, obtuvo 500 dólares. Nadie sabe esto.

Stover, pensó Culver. Stover había sido el hombre del paseo, el de la barba tupida y los ojos de cerdo. Así que Stover había robado 500 dólares a un desconocido y nadie, decía el garabato de Crip, lo sabía. Nadie excepto Crip, que lo había escrito. Crip, que no era tan bueno con otras grafías, pero le gustaba escribir bien los nombres. Un libro de chismes, cosas que Gun Gulch sabía y cosas que no sabía. Cosas que un hombre sólo sabría si merodeara por allí y escuchara y sumara dos y dos... un hombre que de no estar un poco chiflado hubiera muerto hacía mucho tiempo.

El libro resbaló entre sus dedos y se le perdió la página.

Agachó la cabeza y volvió a abrirlo, buscando una fecha. Mayo. Junio. Y de pronto, allí estaba.

9 de junio: Perkins mató a Farson por su cinturón de dinero. Hamilton le hizo hacerlo. Nadie sabe esto. Lo enterraron por la noche.

Culver se puso rígido en su silla, su mano se cerró en un puño que aplastó y arrugó el libro en su violento agarre.

9 de junio: Perkins mató a Farson....

Y ahora el propio Crip estaba muerto. Muerto, más que probablemente a causa de esa misma entrada en el libro. Muerto porque Hamilton temía que pudiera estar allí, porque sabía que Crip tenía muchas cosas en el libro que ningún otro hombre debería saber. Que especialmente un hombre llamado Culver no debería saber.

Culver se levantó de la silla, apagó la luz y salió al vestíbulo.

Abajo se detuvo y arrojó el libro sobre el escritorio.

—¿Quiere guardar esto en la caja fuerte? —preguntó.

El empleado cogió el libro y lo miró nervioso.

—¿Lo conoce? —preguntó Culver.

El empleado tragó saliva y asintió.

—Alguien mató a Crip para conseguir ese libro —dijo Culver.

—Sólo que yo llegué primero.

—Pero... pero... ¿a dónde va, señor?

—Voy a cobrar una deuda —dijo Culver.



"17 de julio, H. Jackson asesinado por Nelson... Old Henry Dide... 18 de julio, Stover mató a un extraño, recibió 500 dolar..." Así rezaba el "Quién es quién en el infierno" del pueblo de Gun Gulch. Y cuando Grant Culver, que seguía la pista de su compañero, leyó esas líneas, supo que su propia cita con el fuego mortal estaba a sólo unos segundos de distancia...

CAPÍTULO CUATRO

Cuando un héroe falla

HAMILTON levantó rápidamente la vista de su escritorio al oír el sonido de una pisada y se quedó helado al ver la pistola en la mano de Culver.

Culver rio suavemente:

—¿Cómo estás, Cal? —preguntó.

Los labios de Hamilton se movieron secamente en su cara—. ¿Cómo has entrado?

—Por la ventana del sótano —dijo Culver.

—Todas las demás estaban cerradas. El lugar estaba oscuro, pero vi la luz en la ventana de aquí.

Una de las manos de Hamilton se deslizó por la superficie del escritorio y Culver le gritó:

—Mantén esas manos donde están. No intentes alcanzar un cajón.

Hamilton volvió a deslizarse la mano y Culver entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Montones de billetes y montones de monedas de plata se amontonaban sobre el escritorio y delante de Hamilton había un pesado libro de contabilidad.

—¿Haciendo recuento de los beneficios? —preguntó Culver.

Hamilton no contestó y continuó.

—Me he estado preguntando qué se hace cuando se tiene una ganancia inesperada. Diez mil dólares, digamos. ¿Lo metes en la libreta, todo regular y ordenado?

—No sé de qué estás hablando —dijo Hamilton.

—Supón que matas a un hombre— dijo Culver.

—O que alguien lo mate por ti. Supón que tiene un cinturón con diez mil dólares. ¿Qué haces con eso?

—No lo sé —dijo Hamilton.

—Nunca me ha pasado. Nunca he pensado en ello.

—No me gustaría tener una memoria como la tuya —dijo Culver, en voz baja.

—Malo para los negocios. Imagínate ir por ahí y olvidarte un

fajo de billetes como ése.

—Mira —dijo Hamilton—. ¡Estoy ocupado!

Culver bramó ferozmente.

—No trates de engatusarme, Cal. No puedes engañarme porque te conozco de arriba abajo. Por si lo has olvidado, estoy hablando de Farson.

—¿Farson?

—Sí, Farson. El hombre que hiciste matar a Perkins.

Hamilton se encogió de hombros.

—Probablemente Perkins haya matado a muchos hombres que yo desconozco.

—No Farson —dijo Culver, en tono uniforme.

—Sabías de él, sin duda.

—No tienes ninguna prueba —señaló Hamilton.

—Un libro —dijo Culver.

Hamilton soltó una risita.

—El libro de Crip. Nunca se sostendría ante la ley.

—No estoy hablando de la ley, Hamilton. Estoy hablando de una deuda.

—¿Una deuda?

—Así es. Diez mil dólares. Ese dinero que tenía Farson me pertenecía.

—Quieres decir...

—Quiero decir que quiero recuperar el dinero.

—¿Eso es todo?

—Todo por ahora —le dijo Culver.

—Después de conseguir el dinero saldré a buscar a Perkins y cuando acabe con él volveré a por ti. Te daré esa oportunidad, Cal. Te daré tiempo para huir si quieres huir.

—¿Y si no quiero?

—Espero que no lo hagas —dijo Culver.

Una de las manos de Hamilton se crispó nerviosamente.

—Mira, Culver, somos viejos amigos. Nos conocimos allá en el río.

Culver sonrió irónicamente.

—Exageras un poco cuando dices que éramos amigos. ¿Qué tal si empezamos a contar el dinero?

—No lo tengo aquí —dijo Hamilton.

—Tendría que abrir la caja fuerte.

—De acuerdo —dijo Culver.

—Empieza a hacerlo.

Se movió alrededor del escritorio, con la pistola preparada.

—Un movimiento en falso —advirtió— y nunca terminarás lo que estás haciendo.

Hamilton giró la silla, se levantó de ella y se arrodilló ante la caja fuerte. Sus dedos se acercaron al dial y lo giraron, tanteando mientras trabajaban.

—Has cedido con bastante facilidad —le dijo Culver.

—Si tienes algún as en la manga no intentes sacarlo.

El dial hizo clic y Hamilton tiró de la manivela de la caja fuerte. En el silencio de la habitación, Culver oyó cómo salían disparados los cerrojos. Las bisagras chirriaron un poco al abrirse la puerta.

Otro ruido, un ruido que apenas se oyó, hizo que Culver girara sobre sí mismo, alejándose del hombre arrodillado para mirar hacia la puerta. Perkins estaba de pie en el umbral, con una mano en el pomo y la otra empuñando el seis tiros.

Culver levantó su arma tratando de apretar el gatillo. El arma de Perkins tosió con fuerza, como un carraspeo, y un fuego abrasador se abrió paso sobre los nudillos de la mano de Culver. Sintió que sus dedos se aflojaban y que el arma saltaba de ellos al disparar, rebotando en el aire y cayendo al suelo.

El arma de Perkins se estaba enderezando de nuevo y detrás de ella el rostro del hombre era una máscara de odio. Culver retrocedió hacia la pared, paso a paso.

Hamilton se había apartado de la caja fuerte, seguía en cuclillas sobre los talones, pero también empuñaba una pistola. Por eso cedió tan fácilmente, se dijo Culver. Tenía la pistola allí y se la jugó. Pero nunca lo habría conseguido de no ser por Perkins. Nunca había tenido la oportunidad de alcanzarla.

Culver sintió la pared a su espalda y se quedó rígido, viendo a Perkins avanzar hacia él, con la pistola apuntándole y la cara retorcida por el odio.

La voz de Hamilton atravesó la tensión del silencio—.

¡Perkins! Perkins, no dispaes.

Los ojos de Perkins no se apartaron de Culver. Preguntó:

—¿Por qué no?

—¡Tiene el libro! —Hamilton gritó.

—Tiene el libro de Crip. Él es el que te hizo huir y se llevó el libro.

—Diablos, todo lo que tenemos que hacer —gruñó Perkins— es eliminarlo y tomarlo.

—¡Idiota! —Gritó Hamilton—. ¿No creerás que la lleva encima? Es demasiado listo para llevarlo encima.

—Tienes razón, Cal —dijo Culver.

—No lo tengo encima.

Perkins se acercó—. ¿Dónde está? —preguntó.

Culver negó con la cabeza.

—No tienes demasiado a la suerte —le dijo Perkins, con fiereza.

—Tengo un par de cosas que arreglar contigo y podría olvidarme de mí mismo.

—Podríamos hacer un trato —dijo Culver.

—No voy a hacer tratos —respondió Perkins.

—No con un hombre que no tiene fichas.

Su mano derecha golpeó con la boca de la pistola en el estómago de Culver, su izquierda subió y golpeó, un salvaje golpe a mano abierta que sacudió la cabeza de Culver.

—La próxima vez —gruñó Perkins— usaré el puño. Te haré bajar cada diente que tienes por tu sucia garganta.

Culver se apartó de la pared, con los brazos a medio levantar, pero el cañón de la pistola clavándose en su estómago le hizo retroceder.

—Los hombres que reciben un disparo en la barriga mueren lenta y penosamente —dijo Perkins macabramente —pero siempre mueren. Inténtalo otra vez y te la daré.

Culver vio venir el puño de Perkins y trató de esquivarlo, pero le alcanzó junto a la mandíbula y le hizo retroceder la cabeza contra la pared. El puño se acercó de nuevo y el dolor estalló en su cerebro. Sintió que se caía y una sacudida le recorrió al caer al suelo. Una pesada bota le golpeó las costillas y lo derribó de

espaldas.

A través de la neblina gris que llenaba la habitación, oyó la voz chillona de Hamilton.

—¡Perkins! Déjalo un momento. Dale la oportunidad de hablar.

Ahora estaba de rodillas, con la cabeza colgando hacia el suelo, y se preguntaba cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era estar tumbado boca arriba.

Sacudió la cabeza y vio las gotas oscuras que salpicaban el suelo. Levantó una mano inestable y se limpió la barbilla; tenía la mano roja.

Despejando los ojos, recorrió con la mirada el desgastado dibujo de la moqueta que cubría el suelo y aspiró. Allí, a menos de metro y medio de él, estaba la pistola que se le había caído. Una oportunidad; eso era todo lo que tendría.

Juntó las rodillas, se tensó y saltó. El dolor sacudió su cuerpo por el esfuerzo y su mano, vacilante, sintió el tacto del metal. Sus dedos apretaron la presa.

Una bota se estrelló contra su estómago y le levantó por la mitad, enviando una oleada de náuseas a través de él, convirtiéndole en una masa acuosa de arcadas. Sintió que el arma se le escapaba de los dedos, la buscó a tientas en la negrura que se extendía por el suelo.

Una mano lo agarró por la nuca con dedos de acero y lo levantó.

Delante de él vio un rostro de rabia retorcida y una boca que gritaba palabrotas. Sus ojos, sombríos, captaron el destello del cañón de un seis tiros y, entonces, el cañón bajó y su cerebro explotó.

Durante un largo instante permaneció sumido en un torpor misericordioso y, poco a poco, fue tomando conciencia de su maltrecho cuerpo. Su estómago era un trozo de plomo que le sujetaba y a su espalda las manos y las muñecas le producían un dolor agudo y rojo.

Lentamente, abrió los ojos, con cuidado para que la luz lancinante no volviera a golpearlos. Pero no había luz. Permaneció inmóvil, con los ojos moviéndose lentamente para

intentar captar algo sustancial en la oscuridad. Uno a uno, distinguió la presencia oscura y agazapada de los muebles. Los postes de la cama de bronce en la que yacía, captando el leve brillo de las estrellas a través de la ventana a su espalda. La mesa que estaba junto a la cama con la lámpara encima.

Movió un brazo para estirarlo y tocar la mesa a su lado, y el brazo se movió uno o dos centímetros y ya no se movió más. Un dolor agudo le atravesó desde la muñeca hasta el codo.

Metódicamente, mecánicamente, redujo su mente para considerar sus manos y su cerebro dibujó las torturadas líneas de sangrienta crudeza donde las cuerdas mordían la carne dolorida. También tenía los pies atados por los tobillos.

Volverían. Hamilton con su fría crueldad, Perkins con su odio retorcido. Volverían para hacerle hablar, y cuando hablara, le matarían.

Tenía que salir antes de que los dos volvieran. De alguna manera tenía que escapar de esta habitación. Y la ventana era la única manera. Un hombre podía romper una ventana con el hombro y sacar su cuerpo por ella. Se estremeció al pensar en los cristales rotos, pero era la única manera.

Con cuidado, sin hacer ruido, bajó los pies de la cama y los estiró hasta que pudo ponerse de pie. La frialdad le invadió mientras permanecía de pie en la oscuridad, frialdad y una terrible sensación de impotencia. Saltó, despacio, con cuidado, centímetro a centímetro. Un salto, luego otro, le llevaría hasta la ventana.

Algo le tiró de las muñecas y se detuvo, parado, con el sudor frío brotándole. No sólo tenía las muñecas atadas, sino que estaban sujetas a la cama.

Giró con cautela y miró la mesa con la lámpara encima. Una lámpara significaba que habría cerillas. Se inclinó hacia delante desde la cintura para acercar los ojos al borde de la mesa, y allí estaban las cerillas, un vaso de agua lleno de ellas, cerca del borde.

Con cautela, saltó hacia atrás, moviendo los dedos en busca de la mesa. Lo consiguió y se detuvo, forzando los brazos hacia atrás para llevar los dedos hasta el vaso de agua.

Con torpeza, un dedo atrapó la parte superior del vaso, lo volcó

y las cerillas se derramaron sobre la mesa. Raspando, tanteando, sus dedos amontonaron las cerillas y buscaron a tientas la cuerda que le ataba a la cama.

Con cuidado, tanteando una y otra vez, amontonó la cuerda floja sobre las cerillas y se quedó rígido un momento, jadeando.

Lo que tenía que hacer a continuación le exigiría firmeza, seguridad. No podía vacilar. Si tiraba las cerillas al suelo, si...

Consiguió meter una cerilla entre dos dedos, presionó la cabeza contra el borde de la mesa y la levantó rápidamente. La luz se encendió en la habitación y unas sombras danzantes se movieron a lo largo de la pared.

Contuvo la respiración, mantuvo los dedos apretados sobre el palo en llamas, lo llevó hacia atrás hasta que otro dedo tocó el montón de cerillas y la cuerda, y luego lo dejó caer.

Por un momento no ocurrió nada, luego otra cerilla prendió con un chisporroteo y una segunda, luego al menos una docena, con un repentino resplandor de llamas y olor a azufre en combustión.

El repentino calor de las llamas le abrasó las manos y las cerillas volvieron a arder con un repentino soplido, iluminando la habitación con un espantoso resplandor amarillo. Otro olor se impuso al del azufre, el hedor de la cuerda quemada.

Esperó mientras la llama del montón de cerillas ardiendo le mordía las manos. Esperó mientras las sombras danzaban y morían en la pared, y de repente se impulsó hacia delante. La cuerda se enganchó, aguantó un instante, luego se rompió y lo arrojó de bruces. Rodó sobre un costado, se golpeó con los pies y oyó el estrépito de la mesa al chocar sus botas contra ella.

Sentado en el suelo, contempló horrorizado las llamas que devoraban la ropa de cama. Sus pies habían derribado la mesa y arrojado las cerillas encendidas sobre la cama.

Se levantó con un solo movimiento y saltó desesperadamente hacia la ventana. Detrás de él, las llamas crepitaban furiosamente mientras se propagaban como entre mazorcas de maíz. Sabía que en un minuto la habitación sería un infierno, una sábana de fuego rugiente. Le quedaban escasos segundos para alcanzar la ventana.

Tropezó, se arrodilló y volvió a levantarse. El aliento caliente

del fuego le rozaba la espalda. Los pies corrían por las escaleras y las voces gritaban. Alguien había oído el ruido de la mesa.

La ventana estaba ante él y dio un último salto. Tropezó y su cuerpo chocó contra la pared y quedó agarrotado. Desesperado, arrastró los pies bajo él, y bajó el hombro para presionarse contra la ventana.

Las botas corrían por el suelo justo al otro lado de la puerta. No había tiempo que perder. Por el rabillo del ojo, vio una lámina de llamas enroscarse hacia el techo, dejar la pared empapelada de negro y salpicada de ceniza incandescente.

La hoja se dobló bajo el esfuerzo de su hombro y la ventana estalló como la explosión de una pistola. Los cristales tintinearón en el suelo y la hoja cayó hacia fuera. Una ráfaga de aire penetró en la habitación y las llamas saltaron a lo alto, formando una nube en el techo.

Culver metió la cabeza y el pecho por la ventana rota, vio el tejado inclinado de un cobertizo bajo él. Suerte, dijo su cerebro. Suerte que está ahí para amortiguar tu caída.

Empujó con toda la fuerza que había en sus pies, sintió que su cuerpo se deslizaba por la ventana. Un trozo de cristal roto como un cuchillo atravesó sus pantalones y se clavó en su muslo. Luego cayó. Chocó contra el techo inclinado, rodó y volvió a caer.

El suelo le golpeó y le dejó sin aliento. Rodó y siguió rodando hasta salir del barro y llegar a un matorral.

Agazapado en la maleza, intentó orientarse. Allí estaba la caballeriza, un terreno baldío y, más allá, el hotel Antlers. El hotel, se dijo, era el lugar al que había que ir.

Se puso en pie y saltó, saltó con todas las fuerzas de su cuerpo. La hierba se le enganchó en los pies y le hizo tropezar, así que se levantó de nuevo y siguió saltando, en una carrera desesperada contra el tiempo.

Los hombres gritaban en la calle, los pies golpeaban las aceras. Alguien gritaba con voz de toro, una y otra vez:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Perdió unos segundos preciosos en mirar por encima del hombro, vio que el Crystal Bar era una masa de llamas retorcidas a lo largo de todo su segundo piso. Volvió a echar un vistazo a su

alrededor, miró hacia arriba, a las ventanas del hotel, y de pronto gritó a una figura que estaba de pie en una de las plazas iluminadas.

—¡Nancy! ¡Nancy! Es Culver!

Cayó de rodillas y volvió a incorporarse.

Nancy Atwood había abierto su ventana, estaba asomada.

—¡Nancy! —gritó.

Sus pies se engancharon en una caja de madera desechada y volvió a caer en un montón enmarañado y golpeado.

CAPÍTULO CINCO

Pelea a puñetazos en el infierno

EL SUELO estaba blando y fresco bajo él y los gritos de los hombres en la calle eran un sonido sordo, como de muy lejos. Culver se tumbó boca abajo y esperó. Su mente estaba, por el momento, en blanco, descansando también del horror del incendio, del miedo irracional de un animal atrapado y acorralado.

El ruido de unos cascos le despertó y le hizo levantarse del suelo. Pasó un caballo, cuyas crines volaban a la luz deslumbrante del edificio en llamas, con las patas golpeando aterrorizadas. Alguien había entrado en la caballeriza y estaba soltando a los caballos antes de que el fuego se propagara desde el bar en llamas.

Luchó por ponerse de rodillas, trató de levantarse y volvió a hundirse cuando sus tobillos torturados le gritaron de dolor. Otros caballos pasaron al galope, con los ojos desorbitados brillando a la luz. Por encima de los gritos de los hombres en la calle se oía el ruido metálico de los cubos. Se estaba formando una línea de extinción, pasando cubos llenos de agua de hombre a hombre, probablemente para mojar la caballeriza. No había esperanza de salvar el Crystal Bar. El lugar era una antorcha que se alzaba en la noche, un pilar de fuego rizado coronado por un denso humo negro, que se veía débilmente en la primera grisura del amanecer.

—¡Grant!

Culver se dio la vuelta y vio a la chica corriendo hacia él, con el abrigo por encima y el pelo alborotado sobre los hombros.

—¡Nancy! —gritó.

—Por aquí, Nancy.

Se puso en pie mientras ella se acercaba.

Ella se detuvo ante él, por un momento no dijo nada, mirándole fijamente, con la cara enrojecida por el fuego ardiente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Hay una navaja en el bolsillo de mi chaleco —le dijo él.

—Eso si no se me ha caído. No, el de abajo a la derecha.

Sus dedos la encontraron y la sacaron.

—Fue por Bob —sollozó.

—Te metiste en todos estos problemas por lo que hiciste por él. Él me lo dijo.

Sacudió la cabeza.

—Fue por otra cosa —dijo.

Ella le dio un buen corte a la cuerda que le ataba las muñecas y él sintió que se aflojaba y caía. Sus brazos cayeron a los lados y los levantó frente a él. Las muñecas parecían carne cruda y las manos estaban manchadas de sangre.

—Ahora tus pies —dijo Nancy.

—Siéntate para que pueda alcanzarlos.

—Déjame a mí —dijo él.

Extendió la mano y ella le dio el cuchillo. Sentado, cortó las cuerdas ferozmente.

—¿Pero a qué viene todo esto? —preguntó ella.

—El fuego y tú aquí fuera así.

—Bueno —le dijo él.

—Verás, yo provoqué el incendio.

Cerró la hoja de la navaja y se la guardó en el bolsillo.

—Ese hombre por el que estuviste preguntando todo el camino —dijo Nancy—. ¿Lo encontraste?

Culver negó con la cabeza.

—No, no lo encontré, pero descubrí lo que le pasó. Y esto es sólo el principio.

Se puso en pie y pataleó para recuperar la circulación.

—Será mejor que vuelvas dentro —dijo.

—Aquí fuera no hay sitio para ti. Gracias por venir.

Por encima del crepitar del fuego y de los gritos en la calle, oyó el ruido de unos pies detrás de él y se dio la vuelta. Con un grito de advertencia, le tendió una mano a Nancy y la hizo retroceder.

Perkins corría hacia delante a través de la oscuridad iluminada por las llamas. La pistola que llevaba en la mano brillaba.

Culver se agachó rápidamente, oyó el zumbido furioso de la bala por encima de su hombro. Sus dedos palparon el suelo y se aferraron al borde de la caja de madera que le había hecho tropezar. Se enderezó rápidamente y la lanzó por encima del hombro contra el hombre que cargaba.

El arma volvió a sonar. Entonces la caja chocó contra Perkins, haciéndole tambalearse.

Culver se abalanzó hacia delante, sintiendo el calor del disparo en la piel cuando el Colt disparó de nuevo, al azar. Luego, su mano izquierda asestó un golpe aplastante en la muñeca del oponente. En el mismo momento, Culver agitó su mano derecha y le dio a Perkins un fuerte golpe en la mandíbula. El bandido dejó caer su arma.

Culver se le aproximó con sus puños que funcionaban como pistones. Perkins cedió lenta y obstinadamente, cubriéndose.

El pie de Culver se enganchó en un matorral de hierba, lo desequilibró y dio a Perkins la oportunidad que había estado esperando. Culver sintió el puño en lugar de verlo, levantó el codo, pero sólo lo bloqueó parcialmente. Se deslizó por su antebrazo y explotó en su mandíbula.

La derecha de Perkins se acercaba de nuevo, él se agachó y golpeó a ciegas con la izquierda. Sintió que su puño golpeaba la carne y se hundía en ella con un sonido apagado. Entonces el golpe de Perkins conectó y le hizo tambalearse. La derecha de Culver actuó automáticamente, arremetiendo con una fuerza desesperada.

La cabeza de Perkins era un saco de boxeo que se balanceaba en la niebla... una cabeza que se balanceaba y se sacudía. Culver se acercó y giró su izquierda y la cabeza se giró, balanceándose en el cuello. Culver golpeó con la derecha, un golpe que comenzó a la

altura de la bota, que ganó velocidad a medida que se acercaba, que tenía la fuerza encorvada y pivotante de 90 kilos de hueso y músculo detrás de él.

La cabeza había desaparecido y Culver no sabía dónde estaba, porque la cabeza era todo lo que tenía para guiarse. Levantó una mano, se la pasó por los ojos y se quedó mirando los restos en llamas del Crystal Bar. Perkins era una forma oscura en el suelo, una forma retorcida y maltrecha.

Culver sintió una mano en el brazo y se volvió. Era Nancy Atwood. Levantó una mano y se la pasó por la boca, limpiándose la sangre que goteaba de un labio maltrecho.

—Toma —dijo ella, y él vio que sostenía en la mano un revólver de seis tiros.

Él, entumecido, alargó la mano, la cogió y se la metió en la cintura del pantalón.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—La cogí yo —dijo Nancy.

—Era la que se le cayó cuando le golpeaste. Intentaba... Jadeó.

—Quieres decir que intentabas disparar a Perkins.

Ella asintió, medio sollozando.

—Pero siempre estabas en medio. Tenía miedo de herirte.

Le rodeó el hombro con un brazo torpe y la acercó.

—Tranquila —le dijo con voz ronca.

Ella le miró a la cara—. ¿De qué se trata, Grant?

Le explicó brevemente, con rapidez.

—Mataron a Mark por su dinero. Mi dinero. El dinero que llevaba en el cinturón. Lo mataron y lo enterraron por la noche, en algún lugar de las colinas. Y no es el único caso. Ha habido otros como éste. Hombres asesinados, hombres robados y engañados.

—El río se estaba muriendo —dijo—. Cada vez viajan menos barcos y las listas de pasajeros eran más escasas. Mark y yo pensamos que debíamos trasladarnos a campos más frescos, así que él se adelantó para echarles un vistazo. Nos dirigimos aquí primero porque habíamos oído que Gun Gulch era un buen pueblo.

Se estremeció con el viento del amanecer.

—Volvamos al hotel —dijo la chica.

—Bob se estará preguntando de qué va todo esto y un poco de agua y jabón no te vendrían mal en la cara.

Caminaron codo con codo por el descampado hacia la acera.

El incendio del Crystal Bar casi se había extinguido, pero en la calle aún resonaba la agitación. Los caballos, liberados de la caballeriza, se movían como fantasmas en las primeras luces grises del amanecer. Culver miró por encima del hombro las ruinas humeantes del Crystal Bar y una leve y sombría sonrisa se dibujó en sus labios. No lo hizo deliberadamente, se dijo, pero seguro que le pagué a Hamilton una parte de lo que hizo.

Nancy se detuvo en seco, agarrándose al brazo de Culver.

—Mira, Grant. Ese hombre de ahí fuera. ¿Qué le están haciendo?

Culver se quedó mirando al círculo de hombres que, de pie en la calle embarrada, gritaban al hombre que habían metido en la caja de un carro. Incluso desde su posición, podía ver la soga alrededor del cuello del hombre y la palidez mortal y retorcida de su rostro.

—Vuelve al hotel, rápido —le dijo bruscamente a la chica.

A grandes zancadas cruzó el descampado y subió a la acera. Desde el lado opuesto de la calle, una voz bronca bramó.

—Que alguien vaya a por los caballos. No tenemos toda la noche que perder.

Otra voz se rio.

—Agárrate la camisa, Mike. Ya casi es de día.

Culver extendió la mano y tocó el hombro del hombre que estaba frente a él—. ¿Qué está pasando? —preguntó.

El hombre se volvió y Culver vio que era Jake, el impresor.

Jake escupió deliberadamente en el barro antes de contestar.

—Vamos a colgar a ese hijo de puta —dijo.

—En cuanto reunamos unos caballos para llevarlo adonde podamos encontrar un árbol, lo colgaremos. Hay que hacer algo para convencer a la gente de por aquí de que no es sano salir y quemar la propiedad de otros.

Volvió a escupir en el barro.

—Claro que a nadie le importa el Bar Cristal, pero es una amenaza, eso es lo que es. Ese fuego podría haberse extendido a la caballeriza. Podría haber quemado medio pueblo. Los muchachos trabajaron duro para salvarlo y no están de humor para titubeos.

Culver aspiró bruscamente—. ¿Quiere decir que cree que ese tipo provocó el incendio?

—Lo provocó o hizo que alguien lo provocara —dijo Jake.

—Es lógico que lo hiciera. Odiaba a Hamilton. El tipo del que le hablé. Barney Brown, en el Golden Slipper.

—Pero no le estás dando una oportunidad —protestó Culver.

—Debería tener un juicio. Debe tener algo que decir sobre este asunto de ser ahorcado.

—Diablos —dijo Jake, disgustado —negaría haberlo hecho. Es lógico que lo hiciera. Él y Hamilton estaban preparando un enfrentamiento y Barney se adelantó a Hamilton, eso es todo. Por el contrario, si el Golden Slipper se hubiera quemado, colgaríamos a Hamilton.

Culver levantó la cabeza y miró a Barney Brown. El hombre estaba muerto de miedo. Allí de pie, en la caja del vagón, con la soga al cuello, de pronto daba lástima. Llevaba el chaleco desabrochado y el corbatón ondeaba al viento. Su mano se levantó nerviosa y agarró la cuerda que le colgaba de los hombros, luego se apartó de un tirón como si sus dedos hubieran tocado un hierro candente.

La multitud rugió de risa y la voz de toro se mofó:

—¿No te gusta cómo se siente, Barney? Espera a que la apretemos un poco.

Alguien gritó:

—¿Dónde están esos malditos caballos?

—Agarremos la carreta y saquémosla nosotros mismos —gritó otro.

—Tenemos suficientes hombres aquí. Podemos hacerlo fácilmente.

Culver sintió que el asco le retorció las entrañas. Una manada de cobardes, se dijo a sí mismo. Una manada de lobos. Grandes y listos y bocazas porque eran muchos, porque podían hacer lo que quisieran con Barney Brown y nadie les haría daño.

Alzó la voz.

—Os habéis equivocado de hombre —les gritó.

Se hizo el silencio, un silencio conmocionado e inquieto. Las cabezas se giraron para mirarle.

Un gruñido surgió de la multitud, un sonido feroz y furioso. La voz de la manada a la que le roban el ciervo que ha abatido.

Más allá de la carreta avanzaba un hombre enorme, atravesando pesadamente el mar de rostros, y la multitud se separó rápidamente para dejarle pasar.

Inmóvil en la acera, Culver se quedó mirándole llegar. Lucía una espesa barba y su largo cabello caía sobre el cuello de una gruesa camisa de lana como las crines de un caballo.

Sabía que era el hombre de la voz grave. El hombre que había gritado más alto y más enfadado, que había abucheado a Brown... el hombre al que los hombres llamaban Mike.

A dos metros de distancia, Mike se detuvo, con los brazos en alto, mirando fijamente a Culver.

—¿Has dicho algo, forastero? —preguntó, y su voz era como el redoble de un tambor en la calle.

—Dije que te habías equivocado de hombre —dijo Culver.

—Yo fui quien provocó ese incendio.

Un murmullo recorrió la multitud y se agitó de repente, para luego volver a calmarse, como una manada de lobos.

—De acuerdo —dijo Mike— te colgaremos a ti en lugar de a Brown.

Dio un lento paso adelante y la multitud se animó. Voces airadas escupieron gritos contra Culver y, a través de las palabras, oyó el chapoteo y la succión de los pies moviéndose por el barro.

Desde detrás de él, una figura ciclónica se abalanzó sobre Culver, con el abrigo volando al viento. Una mano le arrebató el revólver de seis tiros de la cintura y lo levantó. La mano de Culver se alargó para agarrar el arma y la descarga del cañón dio un intenso y quemante golpe a su mano.

En la calle embarrada, Mike se echó hacia atrás, con su voz de toro bramando, y se llevó la mano al antebrazo derecho.

La multitud se detuvo, se quedó inmóvil, con las palabras airadas congeladas en la boca y las botas clavadas en el barro.

Los dedos de Culver se cerraron sobre el arma, arrebatándosela a Nancy Atwood.

—Creí haberte dicho... —empezó él, pero ella lo interrumpió con un torrente de palabras.

—Gran idiota, te quedas ahí sin moverte, aunque tengas una pistola. ¿No ves lo que te pasaría si no los detuvieras?

Se le quebró la voz y se quedó de pie en la acera, acurrucada ante el terror del momento, con las manos apretándose el abrigo alrededor del cuerpo.

Culver empuñó el revólver y miró a la multitud.

—¿Todavía queréis colgarme? —preguntó en voz baja.

Nadie se movió.

Culver miró a Mike. El hombre le devolvió la mirada, con la mano aún agarrando su antebrazo, la sangre rezumando entre sus dedos.

—¿Qué te parece, Mike? —preguntó Grant Culver.

El hombre grande cambió de posición.

—Tal vez estábamos un poco nerviosos —dijo.

—Quizá deberíamos haberte preguntado si tenías algún motivo para provocar aquel incendio.

Culver sonrió.

—Eso está mejor. No se puede colgar a un hombre legalmente sin tener un juicio. Estoy listo para ser juzgado en cualquier momento.

Un zumbido le pasó junto a su oreja y desde el descampado le llegó el sonido de un rifle de alta potencia.

Con la pistola en la mano, Culver se dio la vuelta. El rifle volvió a toser y sintió el ardor de la bala al rozarle las costillas.

Fuera, en el descampado, Calvin Hamilton corría a grandes saltos hacia un caballo ensillado junto a la esquina del hotel. Culver avanzó a toda velocidad, disparando su Colt mientras corría. Hamilton tropezó una vez, pero recuperó el equilibrio y siguió corriendo. Con un grito, saltó a la silla y el caballo se perdió de vista detrás de los edificios.

Con la respiración entrecortada, Culver dobló la esquina del hotel. Desde algún lugar más adelante se oyó el martilleo de un rifle y el silbido de una bala pesada que pasaba por encima de él.

En el espacio entre el hotel y la barbería, unos cascos rápidos golpearon y un caballo asustado salió al descubierto.

—¡So, muchacho! —gritó Culver.

Avanzando rápidamente mientras el animal giraba para huir, Culver saltó desesperadamente y atrapó la crin voladora con un agarre de acero. Los dedos de sus pies se arrastraron por un momento mientras el caballo se desviaba, luego saltó y el caballo se levantó sobre sus patas traseras, luchando. Culver se aferró desesperadamente, clavando los talones.

Luego el caballo volvió a bajar y corrió... corrió en la dirección correcta. En la dirección que Hamilton había tomado.

CAPÍTULO SEIS

Fin del camino

SIN SILLA, sin brida, sólo un caballo. Uno de los caballos que habían sido sacados de la caballeriza cuando se temió que pudiera incendiarse.

No tenía brida, pero el caballo iba en la dirección correcta, girando por detrás de los edificios para salir a la calle, alcanzando el sendero que conducía fuera de la ciudad, corriendo con las patas espoleadas por la sorpresa y el miedo.

A lo lejos en el camino, Culver pudo ver a Hamilton y su montura, figuras borrosas bajo la luz gris del amanecer. Culver se agachó a lo largo del cuello del caballo y pronunció palabras tranquilizadoras dirigidas a sus orejas tumbadas. Si el caballo siguiera adelante, tal vez podría manejarlo incluso sin brida. Sujetarle la cabeza para que girara en la dirección correcta, darle una patada en las costillas en lugar de usar espuelas.

Cabalgaba inclinado hacia delante, con el silbido del viento rugiendo en sus oídos, acentuado por el golpeteo de los cascos de las patas que trabajaban bajo él.

Hamilton había desaparecido en un recodo del camino, pero volvió a aparecer. Culver forzó la vista. El hombre parecía estar más cerca que antes. La esperanza aumentó en él.

—Tal vez podamos hacerlo, amigo —dijo.

—Quizá tú y yo podamos hacerlo.

Se llevó la mano a la cintura del pantalón y sacó el revólver. Y mientras lo hacía, un pensamiento repentino lo golpeó con fuerza paralizante. Perkins había disparado la pistola dos veces. Nancy la había usado una vez. Quedaban sólo tres cartuchos. El corazón de Culver se hundió al pensar en ello. ¿Cuántas veces había apretado él mismo el gatillo cuando corría por el descampado persiguiendo a Hamilton?

Con dedos torpes, hizo girar el cilindro y tragó aliviado. Había un cartucho listo. Sólo había disparado dos veces en el descampado. ¡Pero un cartucho! ¡Una bala! ¡Una bala contra todas las balas que Hamilton debía llevar en aquel pesado rifle!

El camino se elevaba hacia tierras más altas, se hacía cada vez más retorcido y tortuoso de lo que había sido antes. A la izquierda, se elevaban acantilados irregulares y terraplenes pedregosos, al pie de los cuales frágiles cedros se aferraban desesperadamente a parches de tierra, y a la derecha, la pendiente descendía por completo abruptamente.

Se estaba acercando a Hamilton. Culver lo sabía. Cada vez que el hombre reaparecía tras quedar oculto por un ángulo del sendero, había perdido terreno. Una vez giró sobre su montura y levantó el arma hacia su hombro, pero la bajó de nuevo sin apretar el gatillo.

Culver se inclinó hacia abajo y acarició el cuello del caballo.

—Sigue adelante —le dijo.

—Sigue adelante.

Más adelante rugió un rifle e incluso al hacerlo, Culver oyó el escupitajo de la pesada bala golpeando la carne. El caballo que tenía debajo pareció tropezar, perder el paso, se le doblaron las patas delanteras, bajó la cabeza y Culver sintió que su cuerpo se elevaba en el aire.

Sobre manos y rodillas, Culver se lanzó a un lado del sendero y se abrió paso hasta un grupo de cedros que trepaban por encima de dos rocas inclinadas. El rifle volvió a rugir y la bala chocó contra una de las rocas y se perdió en el espacio.

Pegado al suelo, Culver miró hacia el sendero. El caballo yacía

desplomado en el camino, con un charco de sangre oscureciendo los surcos de las ruedas dejado por el paso de numerosos carros. Sabía que Hamilton había disparado deliberadamente al animal. Había apostado el rifle contra el revólver en un tiroteo en esta ladera rocosa.

Culver hizo una mueca. Las probabilidades eran mayores de lo que Hamilton podía suponer. Con sólo un cartucho en el seis tiros, no tenía prácticamente ninguna posibilidad. En la ladera, el rifle efectuó tres disparos rápidos y las balas se estrellaron contra un cedro tras él.

Está tratando de hacerme salir, se dijo Culver. Lo único que podía hacer era subir por la colina a la izquierda de la posición de Hamilton, aprovechando las rocas y los matorrales de hoja perenne. Ponerse por encima de Hamilton para que tuviera que salir. Culver se puso en pie y echó a correr, agachado, zigzagueando, abriéndose paso por la ladera sembrada de rocalla.

Algo golpeó a Culver en el hombro y fue a caer, precipitándose en un giro vertiginoso hacia las rocas revueltas que yacían bajo sus pies. Como si no le pertenecieran, como si fueran entidades separadas, sabía que sus pies luchaban por mantenerle en pie. Pero no podían hacer nada.

Extendió su mano, lánguida y débil, y buscó a tientas una piedra del tamaño de la cabeza de un hombre. Los dedos se cerraron alrededor de la piedra, pero luego resbalaron y la mano quedó exhausta en el suelo.

Hamilton me tiene, pensó. Me atrapó igual que a Farson y a Crip. Sólo que esta vez lo hizo con sus propias manos en lugar de las de alguien más. Saldrá, pensando que estoy muerto. Sólo que probablemente vendrá a asegurarse y cuando vea que no lo estoy me meterá otra bala.

Culver se tumbó boca abajo sobre las rocas y sintió su frescor a través de la ropa. Muy pronto, pensó, ese hombro empezará a dolerme como un demonio. Sólo que, probablemente, para entonces estaré muerto. Si me muevo ahora, estoy muerto, porque Hamilton debe estar acercándose y tendrá el rifle preparado. A la derecha oyó el roce de cuero sobre las rocas y supo que el hombre se acercaba. ¿Por qué no usar ese cartucho? ¿Por qué no

arriesgarse? No sería la primera vez. En el río decían que Grant Culver se arriesgaba a todo. Por la vuelta de una carta, por el goteo de dos gotas de lluvia que caen por una ventana, por oportunidades imposibles con una pistola... por casi cualquier cosa.

—Un hombre malo con el que enredarse —decían— porque no le importa nada.

¿Y por qué debería importarle ahora? Estaba casi muerto. Cuando Hamilton viera que aún tenía vida, se la arrancaría con una bala del rifle.

Culver se tumbó y escuchó el crujido de los pies, el traqueteo de las piedras que se desprendían y se deslizaban por la ladera. A treinta pasos, pensó Culver. Diez pasos. Dejaré que se acerque un poco más. Contó los pasos. Uno, dos, tres, cuatro... ¡cinco pasos ahora!

Se tensó, apoyó un dedo del pie contra una roca y se levantó como un oso herido que se levanta sobre sus patas traseras. Su mano se movía hacia la pistola que llevaba en la cintura, con la misma precisión de antaño, con la misma eficacia indiferente de siempre.

Ante él, Hamilton se había detenido, con la boca abierta por el asombro, los pies separados como si se hubiera congelado a medio paso cuando Culver se movió. Pero el rifle se acercaba, el cañón era un brillante barrido de metal que apuntaba desde la cadera. Culver sintió que el revólver se soltaba y se inclinaba hacia arriba en su puño. La boca del rifle escupió llamas y humo y una mano salvaje aferró la camisa de Culver y la sacudió con furia.

El triunfo surgió en el cerebro de Culver y su mano estaba segura. La pistola de seis tiros chocó contra su palma y el sonido de su horrible ladrido resonó en sus oídos.

En las rocas, Hamilton tropezó hacia delante, como si hubiera empezado a correr y se hubiera tropezado. Su mano se abrió, el rifle cayó y el hombre se precipitó hacia delante.

Culver soltó el arma, se quedó mirando cómo Hamilton caía al suelo. Un viento del amanecer subió por la ladera y agitó los cedros. Hamilton era un oscuro bulto sobre las rocas.

—Mark —dijo Culver— supongo que volveré al río. Este no es

el tipo de sitio para gente como nosotros.

Volvió a meterse el revólver en la cintura y bajó la colina tambaleándose. El hombro le dolía ahora, con un dolor punzante que le martilleaba todo el cuerpo.

Del camino de abajo llegaba el ruido de cascos. Los chicos de Gun Gulch, pensó, vienen a ver de qué va todo esto. Llegó al camino mientras subían por la ladera.

Mike, el hombre corpulento al que Nancy había disparado, iba en cabeza. Un bulto bajo la manga de su camisa delataba un brazo vendado. Detrás iba Jake, el impresor, con una docena de personas más. Se detuvieron, y dejaron sus caballos en el camino, mirándole fijamente.

Él les sacudió la cabeza.

—Demasiado tarde, caballeros —dijo.

—Os habéis perdido toda la diversión. Hamilton está ahí arriba.

Mike se rio entre dientes.

—Tú también te has divertido mucho —dijo.

—Parece que Hamilton te la ha jugado.

—Lo hizo —le dijo Culver.

—Pero yo le devolví la jugada.

—Espera, Mike —espetó Jake— no te quedes ahí charlando. El hombre está herido. Llémoslo al pueblo.

—Claro, claro —aceptó Mike.

—La dama nos echará la bronca si no lo llevamos de vuelta—. Se revolvió la barba con una mano que parecía jamón y soltó una risita.

—Es la primera vez que me dispara una mujer, así que ayúdame.

—Encontramos a Perkins en el descampado —dijo Jake— y soltó las tripas. Vamos a colgarlo en cuanto volvamos.

—¿Quieres decir que no habrá ningún juicio para mí?

—No habrá juicio —dijo Jake.

—Entonces —dijo Culver— Me iré al río. No será tan emocionante, quizá, pero mucho más sano.

—Mira, forastero —protestó Mike— estábamos pensando que quizá te podrías quedar aquí.

Culver sacudió la cabeza.

—Soy un hombre de juego —les dijo.

—Mi sitio está otra vez en los botes.

—¿Siempre repartes bien? —preguntó Jake.

—Correcto —dijo Culver.

—Aquellos que no pueden ganar sin hacer trampa, es mejor dejar que dejen de jugar.

—Justo el hombre que queremos —dijo Jake.

—Pero...

Mike interrumpió.

—Parece que Brown quiere irse de Gun Gulch. Está ofreciendo el Golden Slipper en venta... muy barato.

—A los muchachos —dijo Jake— les gustaría que tú lo administraras. Ya que van a perder su dinero de todos modos, prefieren perderlo honradamente.

—Si estás un poco corto de dinero —le dijo Mike —los chicos pasarán el sombrero.

Culver rio en voz baja.

—No veo cómo puedo decepcionaros, caballeros.

Mike se bajó del caballo.

—Tranquilo con ese hombro —dijo.

—Vamos arriba.

—Pero tú...

—Diablos —gruñó Mike—. De todos modos, doy un largo paseo todas las mañanas.

Levantó su enorme mano y Culver la tomó, sintió el agarre firme y sólido.

—Será mejor que te pongas en marcha —dijo Mike.

—La señorita te está esperando.

FIN

EL ASESINO DEL HUMO



Inculpado por el asesinato de su compañero y a dos pasos de un linchamiento, la única esperanza de salvación de Danny Morgan era un saco de tabaco desechado. Esta historia es probablemente el primero de los westerns publicados por Clifford Simak (aunque sólo sea por el estilo y el lenguaje de la historia). Sospecho que este relato era probablemente el titulado “Los asesinos no deberían fumar” cuando Cliff lo envió.

Originalmente enviado a Wild West Weekly en febrero de 1943, fue rechazado antes de ser aceptado por Lariat Story Magazine, que lo publicaría en mayo de 1944, a un precio de veinte centavos si se compraba en un quiosco (pero se podía suscribir por 1, 25 dólares al año). Se trata de uno de los westerns más cortos de Cliff, lo que probablemente significa que no cobró una gran suma (la mayoría de sus westerns posteriores serían mucho más largos).

David W. Wixon



Smoke Killer
Lariat Story Magazine, Mayo 1944

EL ASESINO DEL HUMO

Morgan no podía permitirse ser imprudente. Señalado como asesino y con una partida de linchadores tras su pista, quería igualar la cuenta en una apuesta desesperada.

DANNY MORGAN encontró a Jack Harris en la parte trasera de la cabaña.

Alguien había disparado a Harris directamente entre los ojos y yacía de espaldas, con una pierna doblada bajo él y los brazos abiertos, como si una mano gigante le hubiera abofeteado violentamente arrojándolo hacia atrás. La pistola de Harris seguía en su funda. Sus ojos miraban al cielo silencioso. Su boca parecía haberse contraído como si, antes de morir, hubiera tenido tiempo de sorprenderse.

Las manos de Morgan se dirigieron a la culata de su arma y luego se retiraron. Se dio cuenta de que ya no había peligro. El hombre del suelo había muerto hacía horas, probablemente días. Probablemente poco después de que Morgan hubiera partido hacia Butte City.

Lentamente, Morgan miró a su alrededor. La pradera marchaba en filas seriadas hacia el horizonte que delimitaba el cuenco donde se extendía. Y el cuenco estaba vacío, vacío al sol y a las pequeñas ráfagas de viento que soplaban y se deslizaban por las colinas. Nada se movía en su interior, ningún signo de vida. El ganado estaría abajo, en los corrales, en la parte baja del rancho.

Más adelante, sobresaliendo de la ladera del arroyo, había una saliente de rocas desordenadas y rotas. Los ojos de Morgan se entrecerraron con fuerza a la luz del sol. Aquellas rocas eran el único refugio cercano, desde donde se podía disparar fácilmente con un rifle.

Caminó por el arroyo y trepó hasta el grupo de rocas. En la

ladera, justo debajo de las rocas, había algo blanco... un cigarrillo, medio quemado, con tabaco sin consumir desprendiéndose del papel. Un hombre sentado en las rocas de arriba podría haberlo tirado allí.

Entre las rocas Morgan encontró otras colillas. Todas ellas medio fumadas. Alguien, obviamente, se había acucillado allí, dando caladas nerviosas mientras esperaba.

Agazapado entre las rocas, el rancharo miró hacia el valle, donde yacía el cuerpo de su compañero. Ni siquiera un pie tierno podría haber fallado un tiro así.

Una pequeña brisa, caliente bajo el sol del mediodía, se movía por el arroyo, agitando algo que yacía en la sombra. Morgan alargó la mano. Era un saco de tabaco, vuelto del revés, como si el hombre que había esperado allí se hubiera empeñado en sacar de él hasta la última brizna de tabaco.

Con la mirada fija en el saco, Morgan trató de ordenar sus pensamientos.

Jack Harris había tenido sus momentos de mal humor, sus días hoscos, pero no era un alborotador, se llevaba bien con la gente que conocía. Morgan se devanó los sesos en busca de algún enemigo que pudiera haber tenido Harris, pero no se le ocurrió ninguno.

¿Podría haber sido el asesino alguien del pasado de Harris? ¿Alguien que finalmente le dio caza? ¿Alguien que finalmente lo atrapó?

Eso, reflexionó Morgan, podría haber sido la razón por la que Jack había estado tan ansioso por venderse. Aunque el último invierno había bastado para que cualquiera quisiera vender, con más de la mitad del ganado desaparecido antes de que llegara el deshielo primaveral. Aunque a ellos no les había afectado tanto, quizá no tan duramente, como a otros. El Diamond C, el gran rancho de Jay Crawford, justo al sur, había perdido más de 20.000 cabezas.

Un caballo relincho desde la chabola. Probablemente era el caballo de Harris, que seguía en pie tal y como Morgan lo había

encontrado, ensillado y con las bridas puestas, esperando con la cabeza gacha ante la puerta de la chabola. Casi como si supiera que su amo había muerto.

Entonces Morgan vio a los jinetes, tres de ellos, que subían por la hondonada, los caballos abriéndose paso a través del bosquecillo de álamos que crecía por encima del manantial.

Morgan bajó de la colina, caminó por la cañada y esperó junto al muerto hasta que los tres echaron las riendas.

—Hola, sheriff —dijo Morgan.

—Sólo venía a verle.

El fornido sheriff sostuvo su caballo con facilidad, despreocupado, y se quedó mirando el cuerpo de Harris. Morgan saludó con la cabeza a los otros dos. Uno de ellos era Harry Kress, el ayudante del sheriff, el otro Hank Fridley, capataz de Diamond C. Ambos asintieron sin decir nada.

—¿Qué sabes de esto, Danny? —preguntó el sheriff.

—Nada —dijo Morgan.

—Acabo de encontrarlo. No hace más de una hora. El malhechor que lo hizo se escondió entre las rocas.

El sheriff asintió.

—¿Cómo es que no lo has encontrado hasta ahora? —preguntó.

—Por su aspecto, diría que lleva muerto mucho tiempo.

—Acabo de regresar. Salí para Butte City hace una semana.

El sheriff lo miró bruscamente.

—¿Tú y Jack tuvieron otra pelea? —preguntó.

—Tuvimos algunas palabras —admitió Morgan.

—Crawford nos hizo una oferta por la extensión y Jack quería vender. Yo quería quedarme. El caso es que me fui a Butte City a intentar reunir el dinero para comprar su parte.

El sheriff se bajó del caballo y se acercó al cadáver.

—El trabajo más limpio que he visto —Miró a Morgan solemnemente—. ¿Por qué has tardado tanto en ir y volver de Butte City? ¿Fuiste de paseo?

—Nunca llegué a Butte City —dijo Morgan.

—Al final del primer día, mi caballo fue mordido por una serpiente. Tuve que quedarme un tiempo junto al arroyo y esperar a que pudiera viajar. Entonces regresé aquí, guiándolo. Tardé tres días en llegar.

—¿Quieres decir que nunca llegaste a Butte City? ¿Todo este tiempo has estado sentado en la pradera, cuidando de un caballo mordido por una serpiente?

Morgan se enfureció.

—¿Qué está tratando de decir, sheriff?

El ayudante se rió.

—No juegues más con él, Fred. Adelante, dile lo que tienes en mente—. Por un momento se hizo silencio y se quedaron inmóviles, sin que ninguno de ellos moviera un músculo.

Entonces habló el ayudante del sheriff.

—Yo que tú no iría a por esas pistolas, Danny —Fridley rió suavemente.

—Estáis locos de remate —gritó Morgan—. ¿Por qué iba yo a matar a Jack? Él y yo éramos socios. Por qué nosotros...

—Cierra el pico —dijo el sheriff— y levanta las zarpas. Os voy a quitar las armas.

—Algún día —declaró Morgan—. Simplemente os dispararé a los tres por esto.

—Será mejor que te des prisa, entonces —dijo Kress, burlonamente.

—Porque no pasará mucho tiempo antes de que estés estirando cáñamo.

DESDE la diminuta ventana de la parte trasera de la cárcel, Morgan contemplaba la tierra enloquecidamente retorcida de riscos coronados de altos acantilados y furiosos cañones de color púrpura. El sol poniente se ocultaba en el oeste, intensificando los extraños colores.

Su cerebro zumbaba con miles de preguntas. ¿Quién mató a Harris? ¿Por qué? ¿Cómo es que el sheriff apareció justo cuando lo hizo? Por supuesto, el sheriff lo había explicado. Dijo que Hank

Fridley había encontrado el cadáver de Harris y acudió a informar. Pero nunca antes, en los tres años que Harris y él llevaban viviendo en el campo, había estado Fridley en su casa. ¿Y por qué, sobre todo, el sheriff se había apresurado tanto a culparle a él?

Morgan sacudió la cabeza. Nada cuadraba, nada le parecía correcto.

Llamaron a la puerta.

—Sí, ¿qué pasa? —Dijo Morgan.

La puerta, de madera pesada, se abrió con un chirrido.

—Me alegro de verle —declaró el ayudante del sheriff Kress.

Un hombre alto, vestido con un abrigo de paño y botas pulidas, con el polvo del camino pegado a la ropa, se asomó a la puerta. Era Jay Crawford.

—Hola —dijo Morgan.

—Es muy amable por tu parte.

Crawford entró tambaleándose en la habitación, las tablas del suelo crujían bajo sus pesadas pisadas.

—Oí que tenías problemas, Danny —dijo— y vine corriendo. Pensé que podría ayudarte.

—Creen que yo maté a Jack —dijo Morgan.

Crawford se sentó pesadamente en el único banco de la habitación.

—Eso me dijo el sheriff. Dijo que no tienes muchas posibilidades—. Morgan se encogió de hombros.

—Puede que el sheriff tenga razón. Me quedé atrapado en medio de la nada con un caballo mordido por una serpiente. Supongo que no puedo demostrar dónde estaba.

Crawford meneó la cabeza.

—Siento que te hayas metido en algo así, Danny. Os he estado vigilando a ti y a Jack. Dispuesto a echaros una mano si algo iba mal. Pero parecía que te las arreglabas bien. Envié a algunos de los muchachos esta tarde para que cuidaran tus cosas.

—Muy agradecido —declaró Morgan. Crawford miró furtivamente a su alrededor y bajó la voz.

—Pero no he venido sólo para eso, Danny.
Morgan se puso rígido.
—¿Qué más? —espetó.
—El pueblo está revuelto —dijo Crawford.
—Es la primera vez que hay un asesinato aquí. La gente se ha puesto de los nervios. Hablan de una fiesta de corbatas.
—No puede ser —jadeó Morgan.
—Ni siquiera me han acusado de nada. No hay ninguna prueba real...
—Eso no cambia nada —insistió Crawford.
—Algunos de los cabezas calientes se pusieron a hablar en el Red Rooster y todos los demás se unieron y antes de que te des cuenta todo el mundo está cabreado contigo.
—No pueden hacerlo —insistió Morgan.
—El sheriff...
Crawford escupió con disgusto.
—El sheriff es un sucio cobarde —declaró.
—Se largaría de aquí a la primera señal de problemas. Pero yo tengo un plan preparado.
Bajó el tono de voz hasta convertirlo en un áspero susurro.
—Reuniré a algunos de mis muchachos y al anochecer atacaremos la cárcel como si estuviéramos planeando una fiesta de corbatas. El sheriff saldrá y nosotros tiraremos la puerta abajo disparando y gritando. En el alboroto, te vas a toda carrera. Diremos que te nos escapaste.
Morgan reflexionó.
—Pero eso significaría huir. Dejar atrás mi extensión. Sería como admitir que soy culpable.
—Si estás pensando en el dinero —dijo Crawford— avísame en cuanto te instales en algún sitio y te pagaré un precio razonable por tu extensión. No es que lo necesite...
—Sólo como vecino —sugirió Morgan.
—Eso es —declaró Crawford.
—Sólo vecindad, eso es todo. Me caes bien. Quiero ayudarte en lo que pueda.

—No puede ser, Crawford —dijo Morgan.

—¿Cómo?

—He dicho que no. Me quedo aquí, con o sin fiesta de corbatas.

—Quieres decir...

—Quiero decir que quiero seguir con esto. Hay algo raro en todo este asunto. Alguien quiere liquidarme... y no me van a liquidar.

—Te colgarán, seguro —advirtió Crawford.

—Me arriesgaré —declaró Morgan.

El ranchero se levantó lentamente, sacudiendo la cabeza.

—Ojalá me dejaras ayudarte, Danny.

—Estoy muy agradecido por la oferta —dijo Morgan.

—Pero no puedo verlo así.

Escuchando los pasos que se alejaban de Crawford y el ayudante del sheriff, Morgan se sentó en el banco y trató de entender las cosas. Estaba seguro de que había algo detrás de la oferta de fuga de Crawford. Quizá Crawford lo consideraba culpable de verdad y trataba de ayudarlo a escapar. Pero, de algún modo, esa explicación no se sostenía. ¿Quería Crawford su rancho? No parecía probable. El ranchero tenía miles de acres propios, más de los que necesitaba. El agua no era un problema, ya que Crawford también tenía mucha.

Sus pensamientos no le llevaban a ninguna parte, excepto a sugerir que, después de todo, podía haber sido un estúpido al no aceptar ayuda. Una vez fuera, podría empezar de nuevo con el dinero de la extensión. No le gustaba la idea, pero era mejor que decorar un álamo.

El crepúsculo llegó y la oscuridad se apoderó de él. En las tierras yermas, una pantera rugió y en la pradera los coyotes lanzaron sus lúgubres aullidos. En algún lugar de los cedros, un búho emitió una extraña risa.

Desde el pueblo, cerca de la taberna del Gallo Rojo, llegaban los gritos de los hombres y, de vez en cuando, un disparo de un seis tiros. Los chicos se lo estaban pasando en grande.

Se acercó a la ventana lateral y miró hacia fuera. Los escaparates de la taberna y la tienda iluminaban la calle y el espacio frente a los dos edificios estaba abarrotado de hombres, algunos a caballo y otros a pie. Alguien, de pie en el porche de la tienda, intentaba pronunciar un discurso, gritando para hacerse oír por encima del furioso estruendo que provenía de la multitud.

Morgan sintió que se le erizaba el vello de la nuca y que el miedo le recorría la espalda. Había algo en las voces de aquellos hombres... algo que no era del todo humano.

Una voz de toro bramó, ahogando el zumbido.

—Al diablo con toda esta cháchara. Que alguien traiga una cuerda.

TRES o cuatro hombres se precipitaron hacia la puerta de la tienda, algunos de los otros montaron en sus caballos. Algunos se dirigieron hacia la cárcel, pero luego se detuvieron y esperaron.

Lo que Crawford había dicho era cierto.

Frenéticamente se apartó de la ventana, se dirigió hacia la puerta y luego dio media vuelta, con una súbita conciencia de lo desesperada que era su situación.

Una tabla crujió bajo sus pies y se detuvo en seco, recordando cómo las tablas se habían tambaleado bajo las pisadas de Crawford.

La cárcel no era muy sólida. Nunca había estado pensada para albergar a nadie que realmente quisiera escapar. Sus inquilinos habituales llegaban las noches de pago, cuando los borrachos demasiado entusiastas se empeñaban en liarse a tiros con el pueblo.

Morgan se arrodilló y palpó el suelo con las manos. Sus dedos se deslizaron por una grieta. Apretó con fuerza y se levantó. La tabla cedió un poco. Hizo más fuerza y cedió aún más. Sin aliento, tiró con furia y la tabla se soltó. La lanzó a un lado, cogió otra, la arrancó, y descolgó su cuerpo por el agujero.

No había mucho espacio. Lo justo para el cuerpo de un

hombre.

Arrastrándose por el suelo, se arrastró entre los dos largueros. Su cabeza se golpeó y su hombro se arañó contra el suelo.

La suciedad obstruía el camino y él escarbaba furiosamente en ella con las manos, como un perro tras un topo. Una línea de luz nocturna apareció ante su rostro. La tierra que había estado escarbando era el terraplén del invierno pasado que se había levantado alrededor de la cárcel para protegerla del frío.

De la noche surgieron los aullidos de la turba, el ruido de los cascos al correr, el repentino chasquido de las seis tiros. Estaban asaltando la cárcel.

Salvajemente, Morgan se impulsó hacia delante, atravesando el montón de tierra que quedaba, arañando ferozmente para liberarse. Por un momento pensó que estaba atascado y luego se liberó.

Por un momento permaneció agazapado, tragando grandes bocanadas de aire.

Los cascos tamborileaban cada vez más cerca y las voces bramaban de locura. Los seis tiros resonaban.

Justo delante estaban las tierras baldías. A menos de cien metros. Una vez allí, nunca lo encontrarían.

Agachándose, corrió hacia el cañón, el cañón que los búfalos habían utilizado durante siglos. Encorvado, contuvo la respiración, tensando los músculos, apretando el estómago, esperando sentir en cualquier momento el golpe de una bala del 45 entre los omóplatos.

Había recorrido la mitad de la distancia antes de que el primer grito de alarma en la cárcel anunciara que le habían visto. Una pistola ladró con saña y una bala silbó sobre su cabeza. Otra pistola martilleó y otra más. Morgan se lanzó a un lado en un poderoso salto, zigzagueando, corriendo hacia abajo. ¡Si pudiera alcanzar la sombra de aquellos arbustos!

Detrás de él, destellos rojos teñían la noche. Una bala atravesó la tierra a sus pies. Otra pasó tan cerca que le abanicó la mejilla. Sonaron gritos salvajes y los cascos retumbaron en la pradera.

Morgan sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, se lanzó hacia unos arbustos, golpeó el suelo y rodó. Las zarzas desgarraron su ropa, su brazo derecho quedó casi paralizado al golpearse contra una roca. Salió disparado por encima de un talud y cayó en picado desde una altura de seis metros, consiguiendo aterrizar de pie antes de caer de rodillas. Luego echó a correr, serpenteando y saltando por el cañón, manteniéndose en las sombras.

Quince minutos después, se detuvo y escuchó. Todavía se oían ruidos dentro del cañón, al pie de la ciudad, de hombres a pie golpeando la maleza. Pronto se darían por vencidos y volverían a pasar la noche bebiendo y fanfarroneando. Nadie arriesgaría un caballo en un lugar así por la noche.

Podrían ir tras él en cuanto amaneciera, aunque lo dudaba. Todavía se oían ruidos dentro del cañón, al pie del pueblo, pero la fiebre de la horca ya se habría consumido para entonces. En cualquier caso, sería una buena idea poner cierta distancia entre él y Buffalo Gap.

Cruzó la ladera de la colina y empezó a descender por otro cañón. En la oscuridad, su pie se enganchó en un arbusto bajo y se inclinó bruscamente hacia delante. Sus manos no pudieron salvarle y su cabeza se estrelló contra una piedra. Danny Morgan yacía inerte.

EL olor a tocino frito llenaba el aire. En algún lugar cercano, un pájaro cantaba ruidosamente. Alguien se movía de un lado a otro.

Danny estaba quieto, con los ojos cerrados. Le dolía la cabeza. Abrió lentamente un ojo y miró las vigas de madera sin pelar, cubiertas de arcilla amarilla. Abrió el otro ojo y giró la cabeza hacia un lado.

Estaba en una pequeña cabaña. Vio que el suelo era de tierra. Una mesa desvencijada, construida con troncos y un par de tablas viejas, se apoyaba estrafalariamente contra las paredes de troncos. Dos cuernos de alce colgaban de la pared, servían de armero y

sostenían un rifle antiguo. Unos pantalones sucios y un maltrecho sombrero de fieltro colgaban de una percha.

Un hombre entró en su visión, llevando una taza y un plato a la mesa. Era viejo. Tenía el pelo largo y gris rizado sobre los hombros de una camisa de franela roja y la cara hecha una masa de bigotes color sal y pimienta.

—¡Bill! —gritó Morgan.

Badlands Bill se dio la vuelta y sonrió con los dientes manchados de tabaco.

—Así que has vuelto a la vida —dijo.

—Me duele mucho la cabeza —dijo Morgan.

—Tienes un chichón del tamaño de un huevo de ganso —declaró Bill.

—Me extraña que no se te saltaran los sesos.

Morgan bajó las piernas de la cama.

—Recuerdo que me golpeé el dedo del pie y me caí —dijo.

—Te diste un golpe en el coco que te dejó tirado —dijo Bill.

—Estuviste a punto de romper la roca. Yo iba detrás de ti.

Morgan se puso rígido.

—¿Siguiéndome?

—Así fue. Estaba llegando al pueblo cuando se desató el infierno. Vi que corrías y que te perseguían, así que, como soy un tipo pacífico, me escondí entre unos arbustos y observé lo que pasaba. Veo que no tienes armas de fuego y pensé que tal vez alguno de esos tipos te podría darte con algo. Así que troté contigo, pensando que si lo hacía podría echarte una mano.

—¿Quieres decir que estabas de mi lado?

—Apuesto lo que quieras —le dijo Bill.

—No me gusta esta idea de todo el maldito pueblo saltando sobre un tipo. Además, la mayoría eran hombres del Diamond C y no hay nada que odie más que al Diamond C.

—Espera un segundo —dijo Morgan, lentamente.

—Debes estar equivocado en eso Bill. Crawford en persona vino y se ofreció a ayudarme. Se ofreció a fingir un linchamiento y dejarme escapar. Quizá fue eso lo que hizo. Incluso después de

que le dije que no...

—Ninguno de ellos estaba dispuesto a dejarte escapar — declaró Bill.

—Te lanzaban plomo como agua de un balde. Y tampoco disparaban al cielo. Las armas te apuntaban a la espalda.

—¿Y la mayoría eran hombres Diamond C?

—Te apuesto lo que quieras a que sí. El grupo de hombres más malvados que jamás haya existido.

Morgan sacudió la cabeza.

—No puedo entenderlo —dijo.

—El propio Crawford...

—Ven aquí y ponte cómodo —invitó Bill.

—Mete un poco de carne y café en tus tripas y luego hablaremos.

Morgan cruzó mareado la habitación y tomó asiento en una caja de embalaje cubierta con una piel de oveja. Bill le sirvió una taza de hojalata llena de café humeante y le sirvió medio urogallo y tiras de tocino en un plato.

Con el aroma de la comida en sus fosas nasales, Morgan se dio cuenta de que tenía hambre, no había comido desde el mediodía anterior. Con impaciencia, arrancó la pata del urogallo y comió vorazmente.

Cuando terminó, apartó el plato y miró a Bill. El viejo había avivado su pipa rechoncha. Brillante y chisporroteante bajo la fuerza de sus caladas, el tabaco parecía estar en inminente peligro de prender fuego a sus bigotes.

Bill, uno de los viejos cazadores de castores que se habían quedado cuando éstos desaparecieron, era uno de los personajes de Buffalo Gap. Morgan lo había visto muchas veces, había bebido un trago o dos con él en el Red Rooster, sabía que el viejo vivía en una cabaña escondida en algún lugar de las tierras altas. Nadie parecía saber dónde.

—Parece que te guardas las espaldas ante el Diamond C —dijo Morgan—. ¿Qué te han hecho?

—Hace tres o cuatro años —dijo Bill —maté a uno de sus

bichos. Un invierno duro y no había caza en kilómetros. No soy de los que se mueren de hambre cuando la carne se acerca a la puerta, aunque lleve una marca.

—Me lo imagino —dijo Morgan.

—Se armó jaleo contigo.

—Más que un infierno, mi amigo —declaró Bill— estaban decididos a acabar conmigo. Mi pistola y yo les disuadimos.

El viejo permaneció sentado en silencio durante un momento, con nubes de humo de tabaco agitándose entre sus bigotes.

—No sé en qué clase de problema estás metido —dijo finalmente —pero debe ser muy grave. He estado esperando que ocurriera, tarde o temprano, desde que hablé con ese tipo de las rocas el verano pasado.

—¿Qué tipo de las rocas?

—El tipo que Crawford tenía inspeccionando su rancho. Un tipo bastante torpe. Llevaba botas con cordones. Era del este. Dijo que era geólo... algo así como geógrafo, aunque no recuerdo bien.

—Geólogo —sugirió Morgan.

El viejo se golpeó la rodilla.

—Por Dios, ésa es la palabra. Nunca pude recordarla. Mira las rocas en la superficie, me dijo, y puede saber lo que hay debajo. Crawford le hizo buscar petróleo.

—No hay petróleo en este territorio —objetó Morgan.

—Feller me dijo que lo había —insistió Bill.

—Él y yo nos pusimos a beber una noche y se puso como loco. Me dijo muchas cosas que probablemente no debería haber dicho. Dijo que había petróleo, sí, por Dios, pero que no estaba en las tierras de Crawford. Dijo que estaba en una gran reserva al norte de la casa de Crawford.

—Al norte —gritó Morgan—. ¡Ese es mi sitio!

El viejo asintió.

—Eso pensé yo también. Me quedé mucho tiempo pensando si debía decírtelo. Decidí no hacerlo porque no era asunto mío.

Morgan se puso en pie y se dirigió a la puerta, se quedó mirando hacia el este, hacia la tenue púrpura de la escarpa. El sol

estaba apenas una hora por encima del horizonte. En el arroyo de abajo el agua balbuceaba con un sonido somnoliento. Un pájaro escarlata saltó desde lo alto de un cedro muerto y rozó la artemisa.

El viejo Bill se le unió en la puerta.

—Mañana va ser otro día infernal —opinó, entrecerrando los ojos al sol.

—Tengo negocios para esta noche —dijo Morgan, escuetamente.

—Pensé que los tendrías —dijo Badlands Bill.

BUFFALO GAP estaba tranquilo, tranquilo con el frescor de la noche tras un día de agosto. A diferencia de la noche anterior, no había movimiento en la calle. Las ventanas del Red Rooster brillaban en amarillo, pero el porche del saloon estaba vacío. Sólo había un caballo en la barra de enganche.

Danny Morgan salió como una sombra fugaz de entre los arbustos de la entrada y se dirigió a la cárcel. Agachándose y corriendo, llegó a la parte trasera del edificio. Agazapado allí, esperó cualquier sonido que pudiera indicar que había sido visto. Al apoyar la mano en el suelo, ésta entró en contacto con tierra fresca y húmeda y, al mirar hacia abajo, vio que estaba en cuclillas junto al agujero que había abierto a zarpazos para escapar la noche anterior.

Moviéndose con cautela, Morgan se deslizó por la esquina de la cárcel. Había luz en el despacho. Se acercó lentamente a la ventana y miró dentro. Kress, el ayudante del sheriff, estaba sentado con los pies sobre el escritorio, la silla echada hacia atrás y el sombrero sobre la cara. La lámpara ardía débilmente. No había ni rastro del sheriff.

Los ojos de Morgan recorrieron rápidamente la pared y se fijaron en el doble cinturón y en el par de pistolas que colgaban de un clavo. Las habría reconocido en cualquier parte.

La puerta estaba entreabierta y Kress no se movió cuando Morgan la empujó con facilidad. Durante un segundo, Morgan permaneció de pie en el umbral, y luego avanzó a grandes

zancadas.

El ayudante del sheriff se sobresaltó, levantando los pies del escritorio, pero antes de que pudiera lanzar un grito, Morgan lo tenía agarrado por el cuello y lo estaba tirando al suelo. La silla cayó con estrépito.

Kress luchó como un loco, tratando de gritar, pero el agarre de su garganta redujo sus gritos a pequeños gorjeos que salían débilmente de sus labios. Intentó alcanzar su pistola, pero ésta se había deslizado por debajo de su cuerpo al caer y había quedado sujeta entre él y el suelo. Con violencia, Morgan recibió un rodillazo en el estómago y, durante un largo instante, el rancharo se sintió caer vertiginosamente en un pozo de negrura oscilante. Pero consiguió mantener las manos aferradas a la garganta de Kress, clavó los dedos en la carne del hombre al que sujetaba.

Kress volvió a intentarlo con la rodilla, pero le fallaban las fuerzas. Sus ojos se abrieron de par en par, jadeó y sollozó en busca de aliento. Con las manos arañó ineficazmente las manos que lo estrangulaban. Los tacones de sus botas golpeaban el suelo como si fuera un flojo muñeco de trapo.

Dejando caer a Kress, Morgan se acercó rápidamente a la pared y descolgó de un tirón el doble cinturón y las pistolas que allí colgaban... las pistolas que le habían quitado.

Sacó cada pistola e hizo girar los cilindros para asegurarse de que estaban completamente cargadas, luego las volvió a enfundar.

Con calma, el rancharo cerró la puerta y echó el cerrojo, luego volvió junto a Kress, le quitó la pistolera al ayudante del sheriff y la arrojó a un rincón. Con un trozo de cuerda que encontró en un cajón del escritorio, ató las manos de Kress a la espalda. Utilizó el pañuelo de su cuello para amordazarlo. Después lo arrastró hasta el escritorio y lo levantó.

El ayudante del sheriff abrió los ojos y por un momento se quedó mirando a Morgan con cara de perplejidad.

Morgan le sonrió.

—¿Cómo te encuentras, Kress?

Kress movió las mandíbulas, pero no emitió ningún sonido.

—Sí, lo sé —dijo Morgan— me columpiaré por esto.

Kress emitió sonidos de gorgoteo.

—Alguien estará por aquí y te encontrará pronto —dijo Morgan.

—Tal vez sea una mala pasada jugártela, pero no peor de lo que me la jugaste a mí. Y tuve que volver a coger mis armas. No puedo hacer lo que planeo sin armas.

Su rostro se puso serio.

—Sólo hay una cosa, Kress. Vosotros me metisteis en la cárcel por un asesinato que yo no cometí y nunca levantasteis un dedo para detener a la fiesta de corbatas que estaba preparada para liquidarme. Eso no lo olvido. Me metieron por el camino de los búhos y si tengo que recorrerlo, quiero hacerlo bien. Así que dile al sheriff que si viene a por mí, mejor que venga armado. Y lo mismo te digo a ti o a cualquier otro.

Deliberadamente, Morgan giró sobre sus talones, abrió la puerta y salió. La calle seguía despejada. El caballo seguía de pie, con la cabeza caída, en el poste de enganche.

Morgan sacó uno de sus seis tiros de su funda y, aferrándola en la mano, avanzó con valentía, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su avance. Con un Colt, ya no era necesario esconderse.

Al llegar al caballo, desató las riendas y saltó a la silla. En ese momento, las puertas alas de murciélago de la taberna se abrieron y salió un hombre. Por un momento el hombre se quedó inmóvil, asombrado, y luego, con un grito salvaje, fue a por sus pistolas.

Morgan gritó y golpeó salvajemente con las espuelas mientras el caballo se encabritaba y se agitaba. La luz que entraba por la ventana iluminó el rostro del hombre que estaba en el porche cuando dio un rápido paso adelante. Era Hank Fridley, el capataz del Diamond C, el hombre que había encontrado a Jack Harris y había ido a avisar al sheriff.

Sin dejar de luchar con su caballo encabritado, Morgan le arrebató la funda y le arrancó una de las 45. La mano de Fridley se movió. El plomo pasó zumbando por el oído de Morgan. Luego, la otra pistola habló y el caballo corcoveó salvajemente.

Retorciéndose en su silla, Morgan disparó salvajemente, rociando la fachada del saloon con una lluvia de muerte. Fridley se lanzó a la seguridad de la calle, cayendo de bruces en una profunda capa de polvo amarillo.



Con un grito de triunfo, Morgan apuntó su último disparo al hombre que estaba en el centro de la calle, y la bala levantó un géiser de polvo a quince centímetros de su cara.

Entonces el gatillo chasquéó en una recámara vacía.

El caballo seguía corriendo, estirándose y comiéndose el terreno. Morgan le dejó correr.

La oscuridad se cerró tras él hasta que las luces de Buffalo Gap fueron luciérnagas titilantes a lo lejos.

Morgan cabalgó hacia el este, hacia el rancho del Diamond C.

LAS edificaciones del Diamond C formaban un grupo oscuro en la pradera.

De pie junto al caballo, Morgan esperaba en una pequeña hondonada que discurría entre dos pantanos, con los oídos atentos al redoble de los cascos que anunciarían la llegada de Fridley. Morgan no dudaba de que Fridley se dirigiría directamente al rancho en cuanto pudiera conseguir otro caballo.

No tuvo que esperar mucho. En menos de cinco minutos, el caballo a la carrera y el jinete coronaron una cresta a menos de un cuarto de milla de distancia y descendieron hacia el rancho.

Oyó el grito de Fridley cuando el capataz se detuvo frente a la casona del rancho, vio encenderse una luz a través de una de las ventanas. Otra luz parpadeó en una de las ventanas del barracón. Por la puerta del barracón salieron hombres. Algunos corrieron hacia la casa, otros se dirigieron al corral.

—Supondrán que me iré a mi propia parcela —se dijo Morgan.

—Tal vez para encubrir alguna prueba o conseguir algo que no quiero dejar atrás. Algunos cabalgarán hasta allí y los otros intentarán cortarme la huida de vuelta a las tierras altas.

Los jinetes se reunieron formando un grupo alrededor de la puerta principal de la casa del rancho. Alguien que se parecía a Crawford estaba de pie en la puerta, su forma perfilada por la luz de la lámpara.

Con una sonrisa burlona, Morgan los miró irse, esperó otro cuarto de hora, luego montó a caballo y cabalgó lentamente hacia la casa del rancho.

Nadie le desafió cuando desmontó y subió al porche. Sin detenerse, abrió la puerta de golpe y entró.

—¿Eres tú, Mike? —sonó la voz de Crawford.

Morgan no contestó. La voz procedía del despacho, justo al lado del salón.

Sin apresurarse, sin cambiar el paso, recorrió el espacio hasta la puerta del despacho.

Crawford, sentado detrás del escritorio, levantó la vista y una expresión de asombro, lentamente sustituida por la ira, se dibujó en su rostro. Luego se movió con rapidez, poniéndose de pie y echando la silla hacia atrás, todo en un solo movimiento.

Pero a la primera insinuación de movimiento, las manos de Morgan bajaron a la culata de su arma y los dos seis tiros salieron, estabilizados a la altura de la cintura. Las manos de Crawford se detuvieron, justo a la altura de sus pistolas.

—Tienes algo que quiero, Crawford —le dijo Morgan, escuetamente.

—Todo lo que tengo para ti es una cuerda —gruñó Crawford.

—Si vuelves a hablar así —le dijo Morgan con suavidad —dejaré que te atravesara la luz del día. No tengo nada que perder. Ya me tienen por un asesino y la horca por un asesinato real no es peor que la horca por uno que nunca he cometido.

Crawford lo miró fijamente, se estremeció un poco al ver lo que había en los ojos de Morgan.

Morgan enfundó una de sus pistolas, pasó la mano por detrás y cerró la puerta.

—Saca los revólveres —ordenó.

—Con cuidado. Sólo las culatas entre el pulgar y los dedos. Déjalas en el suelo. Delante del escritorio.

Crawford dudó. La voz de Morgan era mortal.

—Sácalas.

Sin apartar la mirada de Morgan, Crawford obedeció. Las dos pistolas cayeron al suelo delante del escritorio.

—Ahora —dijo Morgan— quiero saber dónde está ese informe geológico.

—¿Informe geológico? —preguntó Crawford.

—No te hagas el bobo —espetó Morgan.

—Ya sabe a qué me refiero. El informe que te hizo el geólogo. El que demostró que había petróleo en mi terreno.

Crawford no se movió, no habló.

Morgan avanzó, amenazador.

—¿Tengo que romperte los dientes? —preguntó.

—No está aquí —dijo Crawford.

—Eso está muy mal para ti —respondió Morgan.

Su pistola se movió ligeramente hacia abajo y sus ojos se entrecerraron. Su dedo se tensó sobre el gatillo.

—Justo en la barriga —dijo.

—Sufrirás de lo lindo, Crawford.

Crawford se estremeció.

—¡No, Danny, no hagas eso! Está aquí. En mi escritorio.

Se dirigió hacia el escritorio, pero Morgan lo detuvo.

—Quédate donde estás —le ordenó.

—Dime en qué cajón.

—El de arriba a la izquierda —dijo Crawford, sin aliento.

Sin dejar de mirar al ranchero, Morgan se colocó detrás del escritorio, abrió el cajón y arrojó un montón de papeles sobre la mesa.

—Escoje —dijo.

Crawford avanzó lentamente y se ocultó tras el escritorio. Con un solo movimiento, Morgan recogió los papeles del escritorio y dio un empujón al pesado mueble.

Un arma rugió desde el suelo y el fuego se abrió paso a lo largo del brazo izquierdo de Morgan. Crawford gritó cuando el escritorio le cayó encima y, en ese momento, Morgan giró sobre sí mismo, bajó la cabeza y saltó directamente hacia la ventana.

El cristal estalló en pedazos y Morgan salió a través de ella, dando tumbos por el suelo, tratando de mantenerse en pie. Se metió los papeles en el bolsillo, corrió hacia la parte delantera de la casa y saltó a la silla de montar.

El caballo giró sobre sí mismo y se lanzó a la carrera. Desde la casa que había detrás de él, un arma tosió roncamente.

Desde la casa del rancho se oyeron débiles gritos.

Morgan, cabalgando hacia el oeste en la noche, se palpó con cautela el brazo izquierdo. La bala apenas había arañado la carne. Sabía que mañana tendría el brazo rígido, pero por lo demás estaba ileso.

—Una cosa —se dijo a sí mismo y al viento nocturno —seguro que hice que Crawford se entere que está en una pelea.

BADLANDS BILL había estado en lo correcto. Había petróleo en su terreno, lo que explicaba muchas cosas. Explicaba por qué le habían inculcado del asesinato de Harris, por qué Crawford había estado tan ansioso por ayudarlo a salir la noche que estuvo en la cárcel.

Crawford sabía y el sheriff también que no tenían un caso sólido, que si alguna vez lo llevaban a juicio la acusación sería desestimada por falta de pruebas.

Allí sentado, junto a las brasas de la hoguera, Morgan sintió que le invadía una oleada de ira. Crawford nunca había tenido intención de dejarle escapar cuando sus hombres habían asaltado la cárcel. El rancharo, Morgan estaba seguro ahora, se había propuesto matarlo tan deliberadamente como había matado a Jack Harris, o había contratado alguien para que lo asesinaran. Tal vez, después de todo, no había sido Crawford quien se había acuclillado entre las rocas, fumando cigarrillos, esperando a que no hubiera posibilidad de fallar.

Levantó la mano y sacó del bolsillo el informe del reconocimiento. Fue una suerte, se dijo, que el informe estuviera entre los papeles que había sacado del cajón. Crawford podría haber intentado engañarle, indicándole el cajón equivocado. Que le hubiera indicado el cajón correcto sólo significaba una cosa. El rancharo había actuado por impulso cuando se había tirado al suelo y había ido tras las armas que estaban allí.

Morgan alisó el papel sobre la rodilla y volvió a leerlo despacio, entrecerrando los ojos para protegerse del resplandor del sol.

Algo tiró con violencia del papel que Morgan tenía en la mano, arrancándolo de su mano, y al mismo tiempo el silencio se abrió

de par en par por el agudo y perverso chirrido de un rifle de alto calibre.

Morgan se lanzó detrás de la roca más cercana. Y cuando aterrizó, agachado, tenía los seis tiros en las manos.

Lentamente, atento a cualquier movimiento, a cualquier indicio del hombre que había disparado el rifle, Morgan examinó cada boca de arroyo, cada peñasco elevado, cada matorral que se marchitaba al sol.

Los minutos pasaban lentamente y la tierra se adormecía en una tarde soñolienta.

Entonces algo se movió, apenas un parpadeo de movimiento, en un matorral bajo la colina rosa y amarilla. Con los ojos clavados en el lugar, Morgan se mantuvo agazapado y esperó. El movimiento se repitió, como si un hombre cambiara de posición, cansado de permanecer demasiado tiempo en una misma postura.

Allí había algo que parecía un sombrero gris, algo blanco debajo que podría haber sido la borrosa cara del pistolero.

Con cuidado, Morgan levantó una de sus pistolas y la apoyó contra la roca. La mira apuntó a lo que podría haber sido un sombrero y su dedo empezó a apretar el gatillo.

Algo golpeó el peñasco justo por encima de su cabeza y silbó en el espacio, una bala rebotando y saltando por los aires, ahogando el terrible sonido del rifle oculto. Pequeñas astillas de roca cayeron sobre el sombrero de Morgan, que se agachó instintivamente. Otra bala se estrelló contra la roca, quince centímetros por debajo de donde había impactado la primera, y salió disparada con un zumbido furioso.

Rápidamente, Morgan corrió alrededor de la roca, con la respiración entrecortada en la garganta. Lo que se había movido en la espesura no había sido el tirador. Probablemente un conejo o tal vez un oso. O... y se le heló el corazón por un instante al pensarlo... podría haber dos pistoleros tras su pista. Tal vez más.

Un leve rastro de humo flotaba desde una saliente rocosa que sobresalía del monte al otro lado del arroyo.

Morgan asintió con sombría satisfacción. Al menos, había

localizado la posición.

Se agachó y esperó, con las armas preparadas.

El sol brilló sobre un objeto metálico y Morgan vio el cañón de un rifle deslizándose lentamente alrededor de una roca. Encorvado, con la sensación del frío de la muerte entre los omóplatos, Morgan no se movió. Todos sus instintos le pedían a gritos que se apartara de un salto del peligro, que se arrojara detrás de la roca, que pusiera algo entre él y el cañón del rifle. Pero aguantó.

Una mancha marrón apareció junto a la roca en la ladera. Una mancha cada vez más grande. Morgan tragó saliva y contuvo la respiración. Aquella mancha era el codo de alguien, el codo doblado del hombre que sostenía el arma. El rifle aún tenía que moverse un poco para ser apuntado correctamente, y Morgan esperó... esperó a un blanco más grande.

Entonces, de repente, entró en acción. Levantó la mano derecha y, por un instante, el revólver se quedó rígido en su puño antes de disparar y volver a disparar.

Un grito agudo surcó el aire y el rifle se precipitó hacia delante para aterrizar en la ladera, deslizándose lentamente, abriendo un surco con el cañón en el talud polvoriento.

Morgan cargó desde detrás de su roca abriéndose paso por la traicionera pendiente.

Desde el valle, un rifle rugió y la tierra salpicó sus pies. El rifle volvió a rugir y una bala impactó contra las rocas y se perdió en el espacio con un chirrido lastimero.

Girando sobre sus talones, Morgan vio al segundo hombre erguido en un matorral, con el rifle al hombro, y le disparó. El hombre se echó a un lado mientras las dos armas de Morgan hablaban, lanzando una lluvia de plomo.

Luego, con las armas aún humeantes, Morgan se lanzó hacia las rocas que tenía más arriba, y rodeó su extremo superior.

Un seis rugió y la bala se estrelló contra la ladera. Saltando hacia el sonido del disparo, Morgan vio a un hombre agachado con la espalda apoyada en las rocas, el brazo izquierdo destrozado

y sangrando, pero con un seis en la otra mano y un gesto de odio en la cara.

El hombre era Fridley, el capataz de Crawford.

El arma de Fridley apuntó hacia arriba, pero al hacerlo, la pistola de Morgan tronó y el capataz aulló de dolor. Lentamente, la pistola que tenía en la mano inclinó la boca hacia el suelo y luego cayó de una mano destrozada por una bala.

Con lentitud, Morgan avanzó hasta situarse a dos metros del hombre herido. Una sonrisa se dibujó en su labio mientras miraba a Fridley.

—Hank, estás hecho polvo —le dijo.

El capataz le gruñó, agitando una mano ensangrentada.

—Te cogerán —gritó.

—Te columpiarás. Seguro como el infierno, te columpiarás.

—No, a menos que envíen tras de mí a hombres mejores que tú —dijo Morgan.

Una colilla aún humeante yacía a los pies de Fridley. Morgan miró a su alrededor. Había otra colilla a poca distancia. Y en el suelo algo más, un saco de tabaco.

Lentamente, Morgan se agachó y lo recogió. El saco estaba del revés.

Lo miró fijamente y entrecerró los ojos.

—Fumas mucho en tus trabajos de asesino —le dijo a Fridley, en voz baja.

Fridley no dijo nada, le miró fijamente.

Morgan movió el saco de arriba abajo en la palma de la mano.

—Encontré una de estas cosas, igual que ésta, vuelta del revés, donde esperabas para matar a Harris.

—¿Qué intentas hacer? —gritó Fridley—. ¿Culpar a otro?

El rostro de Morgan se volvió sombrío.

—No tengo que culpar a nadie —dijo.

—Sé quién mató a Harris. Fuiste tú.

Levantó la pistola lentamente.

—Lo arreglaste para que pareciera que fui yo quien lo hizo —dijo Morgan.

—Me convertiste en un forajido. Supongo que ahora nadie me creería, aunque tuviera pruebas de que yo no lo hice.

Los ojos de Fridley brillaron de miedo.

—¿Qué quieres decir, Morgan?

—Supongo que naturalmente tendré que dispararte, Hank. No tengo nada que perder. Además, me daría mucha satisfacción hacerlo.

—Mira, Danny —suplicó Fridley— no puedes hacer eso. No a sangre fría.

—No veo por qué no —declaró Morgan, casi alegremente.

—No estás en condiciones de detenerme.

Desde valle abajo llegó el rápido estrépito de cascos.

—Mira —dijo Morgan— tu amigo te está abandonando. Probablemente piensa que ya estás perdido. Volverá dentro de un rato con ayuda para rodearme. En un minuto o dos te prepararé para plantarte, y luego me iré.

—Te excusaré —gritó Fridley, casi babeando de terror.

—Les diré que maté a Harris. Les...

Se detuvo y miró fijamente a Morgan.

—Continúa —ordenó Morgan.

—Crawford me obligó a hacerlo. Dijo que me entregaría por algo en Texas si no lo hacía. Sabe que hay petróleo en tu extensión y cuando no pudo comprarlo...

Morgan asintió.

—Así que pensó que si mataba a Harris y me ahorcaban por el asesinato, podría quedarse con el rancho. Pero temía que no me condenaran, así que organizó aquella fiesta de corbatas.

Fridley se lamió los labios resecos.

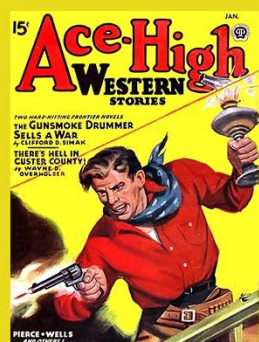
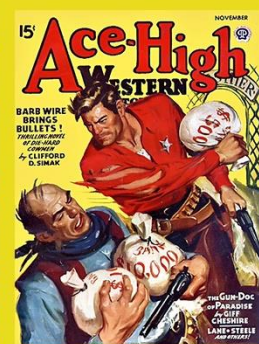
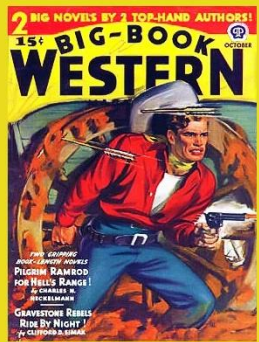
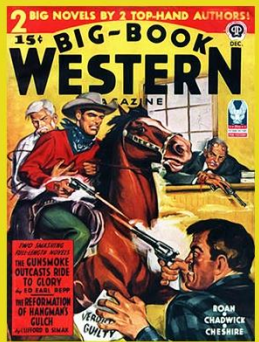
—Más o menos —dijo.

Morgan se levantó.

—Tenemos que montar a caballo —dijo—. ¿Puedes bajar andando o tengo que llevarte en brazos?

—Puedo caminar —dijo Fridley.

FIN



COWBOY-LIFE ROMANCES
Lariat
STORY MAGAZINE
MAY 20c
"SIX SINS IN MY HOLSTER"
A Novel
BY JOHN STARR
WHEN RANGE WOLVES RIDE
A NOVEL BY CLIFFORD D. SIMAK
BY CURTIS BISHOP

OESTE
CLIFFORD D. SIMAK
★
TRADUCCIÓN DE
DANIELUS
28 DE OCTUBRE DEL 2023

